

A KIND OF MAGIC I

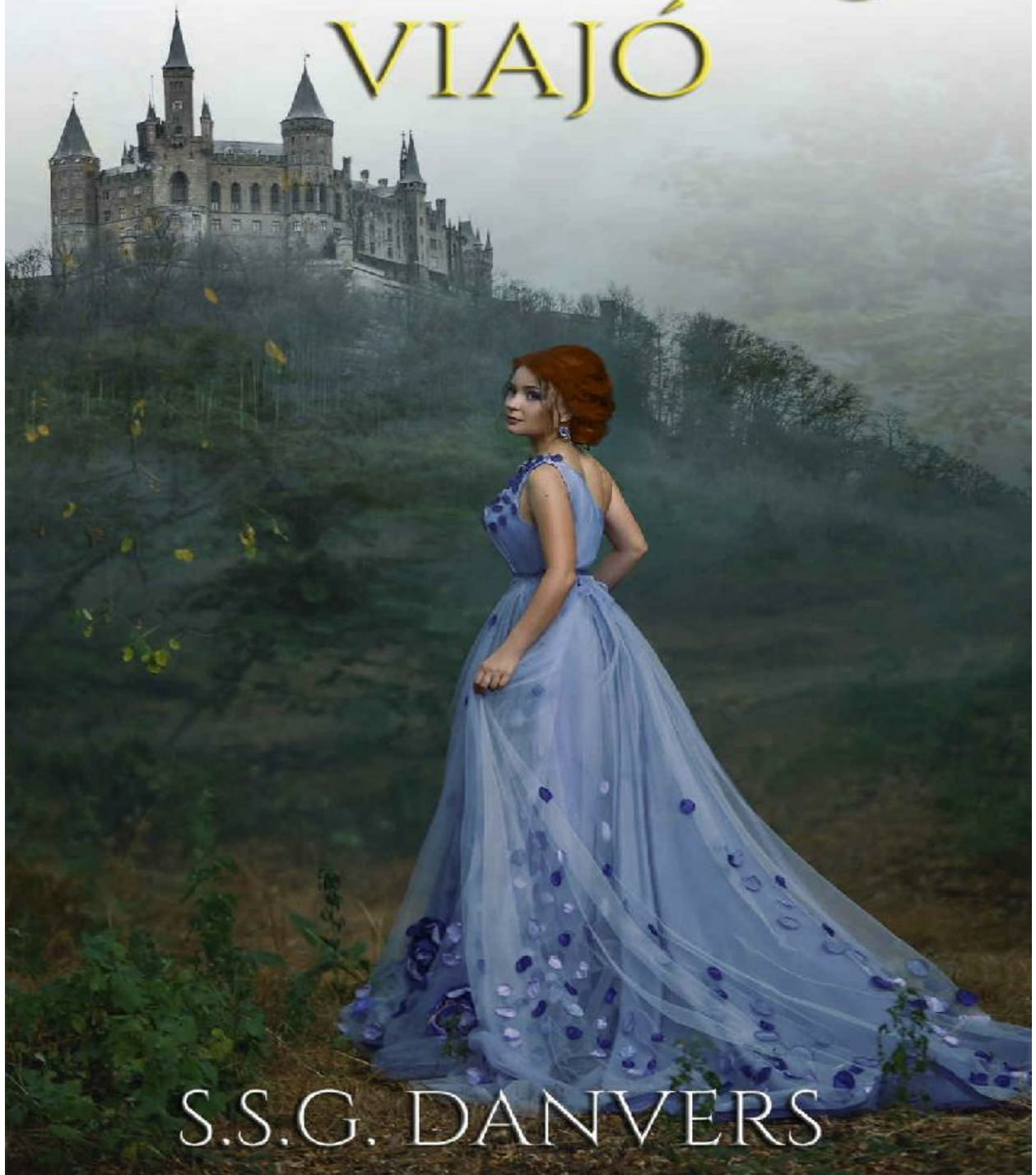
LA CHICA QUE  
VIAJÓ



S.S.G. DANVERS

A KIND OF MAGIC I

LA CHICA QUE  
VIAJÓ



S.S.G. DANVERS

A KIND OF MAGIC I

LA CHICA QUE  
VIAJÓ



S.S.G DANVERS

**SAGA A KIND OF MAGIC**

**LIBRO PRIMERO**

*La chica que viajó*

**Autora: S. S. G. Danvers**

*"Soy el amo de mi destino,*

*Soy el capitán de mi alma"*

Invictus. William Ernest Henley

## PRÓLOGO

Esta es la historia de una chica que viajó.

Sí, esa chica soy yo.

Puede que estuviera huyendo. Se dice que huir es de cobardes. Quizás yo lo fuera, después de todo, aunque hubo quienes me dijeron todo lo contrario. Llega un momento en el que has pasado por tanto que ya no estás segura de nada. Lo cierto es que tuve mucho de lo que huir. Pero esta no es la historia de una chica que huyó.

Es la historia de una chica que viajó. Se fue en busca de un hogar.

Encontrar ese hogar no fue sencillo, tuve que tomar muchas decisiones. Algunas fueron acertadas, otras no tanto. Y a pesar de todo el dolor, la pena y el sufrimiento que ocasionaron mis propias decisiones, pasaría por ello una y mil veces más, y elegiría exactamente lo mismo. Porque todas aquellas experiencias me enseñaron mucho. Me enseñaron, sobre todo, la diferencia entre vivir y estar viva. Pero esta no es la historia de una chica que vivió.

Esta es la historia de una chica que viajó. Me fui muchas veces. De muchos sitios.

La primera vez que viajé, lo hice a través de un libro. En el libro había un palacio. En el palacio una alcoba. En la alcoba una cama.

Mi historia empezó cuando abrí los ojos en esa cama.

## **Primera parte**

### **Una princesa**

#### **Capítulo 1**

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes primero

Las sábanas tenían un tacto suave, esponjoso y cálido. Me pareció que incluso olían a algo. No pude identificar el olor, pero era muy agradable. Nunca antes había olido algo así. Al igual que la tela. Ninguna de las sábanas que yo había visto se parecía a aquellas entre las que me encontraba.

Durante mis diecisiete años de vida había soñado despierta cientos de veces. Y nunca, jamás había tenido un sueño tan vívido como este. Mi cabeza recordaba perfectamente los sucesos del día anterior, pero mi razón se negaba a admitirlos como verídicos. Aunque algo dentro de mí me decía que era cierto. Había llegado mi momento. Iba a vivir mi gran sueño, mi aventura. Esto no era Narnia, ni Fantasía, ni la Tierra Media. Era mejor que todos ellos, porque era real y porque yo me encontraba ahí.

Todo había empezado unas horas antes, cuando saqué un libro de la biblioteca. Un libro muy raro, que me llamó la atención en la estantería porque me pareció hecho de luz y por el que no pude evitar sentirme poderosamente atraída. Esa noche, después de cenar, me tumbé en la cama y me puse a leer. Era apasionante, me hablaba de un mundo mágico en donde los seres humanos de la Tierra son llamados y viven grandes y maravillosas aventuras que les cambian para siempre y les hacen ser mejores personas, hasta el punto de que deciden establecerse allí definitivamente. Algunos eran llamados para

gobernar y cambiaban ese mundo para hacer de él un lugar mejor.

El caso era que tenía la certeza de haber leído todas las páginas del libro, desde la primera hasta la última, y de hecho, en mi cabeza estaba claro su contenido, como si lo hubiera hecho. Pero no recordaba la experiencia de haberlo leído, ni las sensaciones que su lectura me provocó. De alguna manera, perdí la noción de todo en cuanto empecé a leer y caí como en un extraño sueño. Desperté cuando el libro ya estaba abierto por la última página y su contenido en mi cabeza. Era como si lo hubiese leído y no lo hubiera hecho. Todo a la vez.

Lo que sucedió después es algo difícil de explicar, y es que oí en mi cabeza al propio libro preguntándome si aceptaba trasladarme a su interior como la siguiente princesa. De alguna manera, supe que era el libro quien me hacía la pregunta. Y dije "Sí". En ese momento, fue como si entrara en trance. No recuerdo que supiera lo que estaba haciendo, era como si alguien me moviera. Cogí el libro abierto, y con él en brazos me dirigí hacia la puerta que tenía más cerca, que era la de mi armario. Sujeté el libro abierto contra mi pecho con una mano, con la otra abrí el armario, del cual salió un resplandor blanco, y noté como si me absorbieran. Como la sangre en las jeringuillas cuando hacen un análisis. Como los batidos a través de una pajita. El libro usó el armario como puerta, y me absorbió. Después caí, dando vueltas y más vueltas, casi pareciendo que estuviera en una lavadora a cámara lenta. Poco a poco, fui saliendo del trance, y entonces me di cuenta de que ya no caía. Estaba todo oscuro, y junto a mí, un hombre con barba canosa, tipo maestro Jedi, y con un acento rarísimo me dijo que era el rey. Me confirmó lo que acababa de aceptar y me informó acerca del último paso, que era hacer un juramento. Lo hice. Y a partir de ahí empecé a vivir mi sueño. O más bien, mi realidad, que comenzaba en ese momento, cuando acababa de despertarme en aquella habitación a la que me habían llevado para que descansara tras el

viaje.

Me senté en la cama, con los pies colgando. Retiré las cortinas y eché un vistazo a la estancia donde me encontraba. La poca luz que entraba por las ventanas dejaba ver una alcoba mayor que el comedor de la casa de mis padres. Contaba con varios muebles, entre los que me pareció distinguir un enorme armario, un tocador y una cómoda espaciosa con varios cajones. Al fondo había una chimenea y a continuación otra dependencia con varios sofás, una mesa en el centro y una gran librería.

Se me ocurrió que, con más luz, lo vería todo mejor. Me dirigí a las ventanas para abrirlas del todo, pero me encontré con que no había persianas, sino varias contraventanas que se colocaban con un sistema de corredera muy extraño. La que estaba actualmente puesta dejaba entrar muy poca luz, y revisando lo que había, di con una prácticamente transparente. No me llevó mucho cogerle el truco a aquel mecanismo raro de las ventanas y en pocos minutos había abierto las tres que tenía en mi primera dependencia para verlo todo con claridad. Los muebles que me parecieron claros en realidad eran blancos, y las cortinas y tapicería eran color melocotón. Las paredes tenían decoraciones como las de las películas de época inglesas de la mitad hacia arriba, hacia abajo estaban revestidas de madera blanca y contaban con unas hojas talladas que no me desagradaron. Todo era tan... dulce que no tenía claro si me gustaba o no. Al menos habían tenido el detalle de no usar el color rosa.

Me asomé a una de las ventanas, y lo de fuera me gustó más. Abajo veía una plaza con mucho movimiento, gente que cargaba con carretas, cestas y montaba algunos tenderetes con lo que me parecieron cultivos. Tras la plaza se distinguían decenas de rústicas casitas de cuyas chimeneas salía humo. Más allá, se extendían campos de cultivo, bosques y lo que me parecieron unas vías de tren. Y, en el horizonte, unos verdes montes relucían, orgullosos e imponentes, con los picos ocultos por la niebla. Una sensación extraña me



invadió. Esas montañas probablemente habían estado ahí desde siempre, y, dada su altura, habían sido testigos de cualquier cosa que habían tenido lugar. Era como si me insinuaran que vigilaban todos y cada uno de mis movimientos. No pude evitar sentirme sobrecogida.

Me retiré de la ventana, todavía sintiéndome un poco extraña. No era la primera vez que veía montañas y nunca había tenido esa sensación. Claro que... estaba en un mundo que existía dentro de un libro. Nada debería extrañarme.

Me acerqué a la cómoda y me miré al espejo. Lo que vi me asustó tanto que retrocedí varios pasos y tropecé con la descalzadora, cayéndome de culo en ella. Sin pensarlo, me cogí un mechón de pelo y lo miré. Era rojo. ¡Mi pelo se había vuelto rojo! No es que echara de menos mi pelo castaño, de hecho me parecía un color muy aburrido y soso, pero siempre pensé que, si alguna vez me teñía, serían unas mechitas de diferentes tonos de castaño y rubio oscuro, parecido a lo que llevaba Rachel, la de Friends... ¿Pero... rojo? Volví al espejo. Ay, qué rara me veía. Evidentemente, esas eran mis greñas, mi pelo indomable, ni liso ni rizado, con una facilidad increíble para salirse de su sitio e ir completamente a su bola. El resto de mi yo no había variado nada: una chica a la que le sobraban bastantes kilos, no muy alta y con la cara más redonda y corriente que pudiera existir, sin nada destacable.

En la cómoda había varios peines y cepillos y los usé como pude, pero mi pelo hoy no quería estar presentable. Por suerte, yo aún llevaba puesto el pantalón del chándal con el que había ido al instituto esa misma mañana y normalmente en el bolsillo siempre tenía algún coletero. *Voilà*. Seguían siendo greñas, pero al menos no se notaba tanto. Me puse las deportivas y salí de la habitación. Mi nueva vida me esperaba.

## Capítulo 2

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes segundo

Solté la pluma y me apoyé la cara en la mano. Aquello era imposible. Ni dedicándole diez horas diarias aprendería aquel idioma infernal con esa escritura de locos. Suspiré. No quería parecer la típica niñata maleducada, ni comportarme de manera borde. El hombre a mi lado estaba dando lo mejor de sí mismo tratando de que esa lengua entrara en mi cabeza, sin resultados. Aquello no tenía nada que ver con nada de lo que yo había visto jamás. No tenía base latina, y fonéticamente no se parecía al inglés, ni al alemán, ni al árabe, tampoco sonaba ni remotamente parecido a los coros africanos de *El rey león*, ni a la cancioncita de *Heidi*. La escritura tampoco era mejor: los simbolitos podían ser una sílaba, una letra, una palabra entera o el mal rayo que partiera a quien se le ocurrió inventar aquello. No había estado tan frustrada desde los tiempos de los problemas de física y de la formulación en química que, todo sea dicho, aprobé porque el profe se jubilaba. Vamos a ver, las letras eran lo mío, el inglés siempre se me dio bien, y el poco latín y griego que estudié lo asimilé sin problemas, incluso en francés saqué una buena nota. ¿Qué me pasaba con éste?

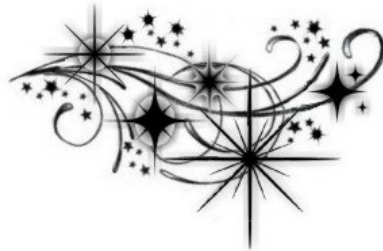
--*Quizás debiéramos tomarnos un pequeño descanso* --sugirió el profe, en español. Ni siquiera recordaba cómo se llamaba este hombre, pero deberían darle un premio a la paciencia. No me había regañado ni una sola vez, y siempre me explicaba todo de manera sencilla y amena. Incluso me lo repetía una y otra vez. Llevábamos ya varios días estancados con lo mismo, sin avanzar. Quería ser una buena alumna, este hombre lo merecía. Pero no lo estaba consiguiendo.

--Lo siento mucho --respondí en su idioma. Estaba siendo sincera. Quería aprender su lengua. Si quería prosperar como princesa y futura heredera, el idioma era fundamental. El rey me dijo el primer día que debería aprender y tomar clases de muchas cosas: política, historia, protocolo... y unas cuantas más que no recordaba. Pero, claro, si quería entender a los profes y que ellos me entendieran a mí, lo primero era la lengua. Y, según me dijo, muy poca gente hablaba las lenguas de los Continentes. Los Continentes. ¡Qué gracia! Llamaban así a la Tierra porque, aparte de que no tenían el concepto de "planeta", es que por lo visto, en donde me encontraba no era un planeta separado de otros por la distancia, como los que conocemos. Este mundo estaba tan cerca o tan lejos como sintiéramos. No es un planeta redondo que girara, sino un mundo, simplemente. Para mí había estado muy cerca, ya que entré a través del libro, pero para otras personas estaba tan lejos que no entrarían jamás. Desde luego, no sabía si eso era una manera retrógrada de pensamiento o era toda una nueva filosofía de vida. Tampoco quería perder el tiempo estrujándome el cerebro con ello, desde luego.

Me vino a la cabeza la última vez que traje las notas a casa. Un par de suspensos: Matemáticas e Historia del Mundo Contemporáneo. También un sobresaliente en Literatura, con una nota del profe alabando mi buen hacer. Por supuesto, mis padres no vieron eso. Nunca veían mis cosas buenas. Solamente veían las malas. Yo era una vaga y una inútil, y si no valía para estudiar, no valía para nada. No solamente se limitaban a dedicarme tan bellas y dignas palabras, sino que las acompañaban con una buena paliza. A partir de ahora ya no tendrían que cargar más conmigo, pensé mientras apretaba los puños con rabia. Quizás ahora se desquitaran con mis hermanos, cuyas notas eran muy parecidas a las mías, aunque, por algún motivo, siempre era yo la que cobraba por los cuatro. Pues me importaba más bien poco. Se acabaron las palizas, los gritos, la violencia, y, por mi parte, tenía claro que se había acabado mi

desgracia y que esto era la recompensa al final del camino por tantas lágrimas.

Lo que entonces no sabía era que, en ese mundo de ensueño, aún me quedaban muchas más por derramar.



Estaba exhausta. Me dolía la espalda horrores, mis piernas eran dos macarrones flojos y mis pies dos bombas que estallaban a cada paso. Había tenido mi primera clase de baile, y desde luego el profe era bastante exigente. Al día siguiente probablemente tendría unas agujetas colosales. Me dejé caer boca abajo en mi cama de princesa, con sus cortinas color melocotón y su ropa de cama, esos días estampada con florecillas silvestres rosas. En cuanto pudiera, tenía que pedir que cambiaran estos tonos. Si no moría de agotamiento con tanta clase y tanta formación, moriría de un ataque de diabetes o de una hemorroide apastelada.

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba viviendo aquí, pero sin duda eran ya varias semanas. Mi manejo del lenguaje había mejorado, tenía ya un repertorio de palabras y expresiones bastante extenso, y era capaz de articular ciertos sonidos que en español no existen. En ese sentido, el haber estudiado inglés y francés ayudaba, aunque la gramática de la lengua local seguía pareciéndome ilógica y mi cerebro se resistía a registrarla.

Unos golpecitos en la puerta me sacaron de mi ensimismamiento.

--¿Señora?

Era la voz de Ángela. Ella era la encargada de supervisar mi formación, es decir, de hacer de mí la princesa que el rey deseaba que fuera. Se ocupaba de

todo lo que tuviera que ver conmigo: ropas, clases, horarios, comidas... Además llevaba todo el tema de controlar el servicio y los trabajadores del palacio. Era una buena mujer, eficiente y buena conocedora de su trabajo. Me caía bien. ¡Pero cómo odiaba que me llamara Señora! Ella y todo el mundo. El rey fue el único que me llamó por mi nombre de pila, Melania, lo cual también era raro porque casi nadie en mi mundo me llamaba así. La gente me solía llamar Mel, y si querían hacer la bromita, Melón. Pero lo de "Señora" me sonaba fatal. Aquí no existían "Señorita", ni "Alteza", ni las pamplinas que usan en las series de época. Por un lado, se me había caído un mito, y es que me hacía ilusión que me llamaran Alteza, pero por otro lado, casi mejor: menos palabrejas que tenía que aprender. A saber cómo hubiera sonado eso en esta lengua rara.

--Entrada --respondí, para darme cuenta al instante de que lo había vuelto a decirlo mal--. Entre.

Oí cómo entraba, cerraba la puerta y se dirigía hacia la cama.

--¿Está muy cansada?

Lentamente, volví la cabeza hacia ella. Quería decirle algo como que estaba para que me enterraran, o que quería dormir una semana seguida, pero mi cerebro estaba demasiado cansado como para ponerse a pensar en la construcción de esas frases. Afortunadamente, mi cara hablaba por sí sola. Me dijo algo que no entendí. Me apoyé en los antebrazos y me giré, quedando boca arriba.

--No entender --aclaré. A la porra la gramática.

--Baño --Me mostró un frasco con una cosa espesa llena de cositas que brillaban--. Le hará bien --pronunció despacio.

Lo que me faltaba. Ya de por sí, en mi casa, detestaba bañarme y trataba de evitarlo siempre que podía. Pero en el Palacio era una auténtica tortura. Junto a mi alcoba había una sala destinada a tal menester. La sala era grande y

contaba con una chimenea para que no hubiera posibilidad de que me enfriara. Había varios muebles y estantes con jabones y recipientes cuyo contenido desconocía, pero sin duda destinados a su uso para la limpieza corporal. Varios percheros de pie sostenían toallas de diversos tamaños, y cada una era para una parte en concreto de mi cuerpo: una para la cabeza, otra para los pies, para el pecho, para la cintura... En el centro de la sala había una bañera a la que le echaban cubos y cubos de agua caliente. Yo tenía que meterme cuando estaba llena hasta la mitad, y dos o tres doncellas se dedicaban a enjabonarme, frotarme y echarme cubos y más cubos de agua, mientras otras tantas iban y venían trayendo y llevándose cosas. Intimidación: ninguna. No me hacía ninguna gracia que tantas desconocidas me vieran como mi madre me trajo al mundo mientras hablaban entre ellas y yo no me enteraba de nada. A saber si estaban riéndose de mis michelines, de mi culo, de que tenía pelos en donde no debería o si comparaban mi pecho con el de alguna otra. El primer día fue más que suficiente para mí, y el segundo, con todas mis hojas de clase y apuntes sobre el idioma en la mano, conseguí articular las palabras "Baño sola". Tras un intento de conversación de besugos, me dieron un camisoncillo para que me lo pusiera y así me tapara con él mientras me lavaban. Era mejor que nada, pero para mí seguía siendo igual de humillante.

Ángela leyó en mi cara lo que estaba pensando y me sonrió.

--Sola --prometió.

Me hubiese encantado explicarle a Ángela que el problema en este instante no era ese. Era que no quería bañarme. Quería meterme en la cama e hibernar durante unas cuantas semanas. No me gustaba bañarme. Un poco cochino por mi parte, vale, lo reconozco. Pero nunca me había gustado. En una situación normal, lo detestaba. Pero estando muerta de cansancio, me reventaba perder una valiosa hora de sueño, y que fuera en remojo me reventaba el doble. Bien. A ver cómo le explicaba eso a Ángela. Me urgía aprender a hablar.

La buena mujer, alta, delgada, ahí con su coleta rubio ceniza, su camisa y su falda larga, me recordaba a una doncella victoriana. Estaba llena de buenas intenciones. De alguna manera, se las había arreglado para conseguirme un baño a solas. Si yo estuviera en su lugar... bueno, no me sentaría bien que me rechazaran algo que me había costado conseguir y que debería ser recibido con alegría y agradecimiento. Así que, haciendo un gran esfuerzo, me senté en la cama. Ángela me ayudó a incorporarme, me acompañó a la habitación contigua, donde estaba el baño preparado, y me echó una mano con la cantidad de tela que tenía mi vestimenta. Cuando me desató los cordones del vestido y antes de que éste cayera al suelo, miré a Ángela.

--Sola --le recordé. Ella asintió, recogió mi vestido y salió de la habitación.

Aún llevaba puesta la camisola de ropa interior y decidí no quitármela. Por si acaso alguna doncella entraba mientras me bañaba. Aquel mejunje que Ángela traía había provocado una espuma brillante y olorosa. Sonreí y me metí en la bañera. Al menos, los geles de baño no eran exclusivos de mi mundo. Aquí también los tenían. Estaba bien saberlo, así pediría que no volvieran a usar esos cepillos que más bien parecían para caballos y que, a pesar del camisón, me dejaban la piel enrojecida. En cuanto apoyé la espalda descubrí que no solamente era un gel oloroso: las cositas brillantes me envolvían y me hacían sentir increíblemente bien. No era simplemente que me relajaran, era un peldaño más arriba de la relajación. Me quitaban el cansancio y me estaban dejando como nueva. Al cabo de unos minutos, ya no tenía la sensación de que iba a despertarme con agujetas al día siguiente. Estaba tan a gusto que me sentí un poco la sirenita y me puse a canturrear. Me sentía cómoda y bien. Este baño no me parecía en absoluto detestable. No me importaría repetirlo.

Pasé bastante tiempo en remojo. Las cositas brillantes fueron apagándose y

el agua de la bañera cada vez estaba más fría, señal de que iba siendo hora de salir. Mientras me decidía a incorporarme, me quedé mirando el agua. Saqué una mano y observé cómo goteaba. Sin dejar de mirar la superficie del agua, moví el dedo índice. Un poco de agua se separó de la superficie y empezó a seguir los movimientos de mi dedo. Era gracioso. Aproximadamente equivaldría a una cucharada o dos, no mucho más. Pero yo la controlaba. Si quería que subiera, subía. Si quería que fuera redonda, se convertía en una perfecta esfera. Arriba, abajo. A un lado, al otro. Finalmente la dejé caer y mezclarse con el resto del agua, y salí de la bañera.

Mientras me secaba y me ponía el pijama, recordé que el rey me dijo el primer día que, como princesa, la naturaleza y el palacio me darían cierto poder y que se me enseñaría a controlarlo. Y que empezaría a manifestarse muy poco a poco. Quizás se refiriera a eso. Probablemente sí. Aunque controlar el agua ciertamente no iba a servirme de mucho, era divertido.

Volví a mi cuarto, me metí en la cama y no pensé más en ello.



### Capítulo 3

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes tercero

Me había costado bastante conseguirlo, pero por fin tenía un día para mí, sin clases, sin nada de nada, para hacer lo que a mí me diera la gana. Pensé que lo que más iba a costar era hacerme entender con mi todavía torpe manera de expresarme, pero no. Fue más complicado hacerles entender que mi cuerpo y mi cerebro necesitaban descansar de tanto ajetreo. En Palacio nunca se descansaba, todos los días se cocinaba, se limpiaba, se podían aprobar leyes y decretos... con lo cual yo tampoco tenía derecho a descansar. Consideraban que dormir por las noches era más que suficiente. Intenté explicarles que yo no era así y que mi cuerpo estaba acostumbrado a tener clases cinco días y descansar dos, además de tener algún día extra por celebraciones o festividades de vez en cuando. Tras mucho insistir, finalmente, me salí con la mía.

Estaba sentada en mi saloncito particular, la dependencia que había junto a mi alcoba y que compartía la chimenea con ésta. De vez en cuando me levantaba del canapé y salía a mi balcón. Me encantaba asomarme y ver las montañas recortarse contra el horizonte. Me imponían igual que la primera mañana, eran preciosas y cada día sentía como si nos saludáramos mutuamente. El viento otoñal me acariciaba la cara y me daba sensación de paz. Echaba muchísimo de menos ese frescor, y además, este en concreto me traía olores de tierras más allá de Palacio. Cerré los ojos y, con una sonrisa, me dediqué a disfrutar del momento. Probablemente perdiera la noción del tiempo, porque la voz de Ángela detrás de mí me devolvió a la realidad. Solo

entonces noté que tenía la cara y las manos heladas. Con un gesto, Ángela me indicó que entrara. En la mesita del centro de la estancia había una bandeja con una infusión y unas galletas. En ese momento, se me ocurrió una idea.

--Ángela, siéntate conmigo aquí.

¿Por qué no? Era mi día libre, y me apetecía tener un poco de compañía. De todos los criados, Ángela era la que más me frecuentaba, y me apetecía hablar de algo que no fueran reglas gramaticales, normas de protocolo o pasos de baile. Sin embargo, la mujer se mostró sorprendida.

--Por favor --supliqué.

Obedeció, claro. Aun así, la notaba tensa y forzada. ¿Sería que los criados no se cuentan sus cosas? ¿Se trataban como extraños? Me parecía raro.

--Quiero ser tu amiga --declaré con una sonrisa--. Cuéntame algo de ti.

--Ah --Ángela rió--. ¿Qué quiere saber?

--¿Dónde naciste? --Me pareció mejor empezar la conversación por algo que no tuviera que ver con su trabajo.

--Nací aquí --respondió--. Mis padres trabajaron en Palacio muchos años. Ellos me enseñaron. Me gusta el palacio.

--¿Cuándo empezaste a trabajar aquí? ¿Ya estaba el rey Basileo?

--Mis padres tenían unas habitaciones abajo, con el reto de criados. Yo fui al colegio como los demás niños, en el pueblo. Cuando acababa las clases, ayudaba a mi madre en la cocina. Al terminar el colegio, el palacio me gustaba y decidí continuar como mis padres. Para trabajar aquí, hacen varias pruebas: solamente escogen a los mejores. Sin embargo, yo no tuve que hacer ninguna prueba porque llevaba muchos años aquí y conocía el trabajo. El rey Basileo llegó cuando yo aún era una niña. No recuerdo bien al anterior, yo era... muy pequeña.

Me sorprendió lo bien que había entendido sus palabras. Ángela hablaba despacio y usaba estructuras y frases sencillas para que yo la pudiera entender.

--Él era un poco más mayor que usted cuando llegó --continuó--. Su pelo antes era negro; era muy apuesto. También le costó aprender el idioma --me confesó con una sonrisa--. Usted aprende más deprisa que él.

Me costaba imaginarme al rey como un chavalito joven, moreno y guapo. Y me consolaba saber que el idioma era difícil ya de por sí, y que no era la única a la que se le daba mal. De cualquier manera, si él lo había conseguido, dándosele peor... yo también lo conseguiría. La idea me animó.

--Es difícil hablarlo bien.

--Sí --repuso--. Mi abuela nunca aprendió del todo. No se preocupe.

--¿Tu abuela era... era... eh...? -- ¿Terrestres? ¿Continetales? ¿Cómo se llamaban los nacidos en la Tierra? Sin embargo, ella me entendió.

--Sí, aunque desconozco exactamente cómo llegó. Ella se llamaba como yo. Habrá visto que mi nombre no es común aquí.

¡Así que era eso! Nunca lo hubiera imaginado. El desconcierto se debió reflejar en mi cara y Ángela sonrió.

--Mucha gente de los Continentes viene cada año. Por supuesto, la mayoría han nacido aquí, pero hay una gran cantidad de inmigrantes. Nadie viene obligado: todos deciden venir o no venir. Al igual que usted. Pero su caso es especial, porque el Libro la ha elegido como princesa y futura reina. Pero todos los que vienen son personas que tendrán aquí una vida mejor.

Al menos en mi caso, se cumplía. Yo había dejado atrás una familia que no me apreciaba. Mi padre era alcohólico y mi madre no se interesaba mucho por el cuidado de sus cuatro hijos, como mandaban los cánones. En el instituto no tenía amigos y en menos de un año mis padres me hubieran puesto a trabajar de cualquier cosa. Pronto habría cumplido la mayoría de edad, pero eso no significaba que sería dueña de mi vida. Más bien todo lo contrario, ya que dejaría de contar con la protección que el Estado daba a los menores. No tenía novio ni nada que se le pareciera, así que supuse que nadie me echaría de

menos. Salvo los profesores, tal vez, cuando pasaran lista (tiene guasa). Quizás mis hermanos se dieran cuenta por la mañana de que mi cama estaba vacía y darían la voz de alarma. Mi madre pondría una denuncia en la policía, y durante algunos días estarían atentos... Pero habían pasado ya varias semanas. Calculaba que unos tres meses o algo más. Ya se habrían acostumbrado a mi ausencia... o a mi no-presencia. Me fui a finales de abril y ya debía de estar entrando el verano, por lo que habrían traído las notas de fin de curso. Por primera vez, no iban a tocarme un pelo. ¿Estarían echando espuma por la boca de la rabia?

Que les dieran.

--¿Le ocurre algo? --Ángela me sacó de mis pensamientos.

--No... gracias, Ángela. Cuéntame más cosas --Necesitaba sacarme de la cabeza a mis padres y mi antigua vida.

--¿Sobre qué?

--Pues... No sé... ¿Estás casada?

--No, no lo estoy.

Me quedé callada esperando que dijera algo más sobre el asunto. En vista de que no lo hacía, me atreví yo.

--¿Por qué? Eres muy guapa --Inmediatamente quise no haber dicho eso último.

--Supongo que... un buen hombre, que aceptara mi trabajo y que además quisiera casarse conmigo... no es fácil de encontrar.

Me pareció que se sentía incómoda. Quizás había algo más en ese asunto, y yo no iba a meter el dedo en la llaga. Pero aún me quedaban un par de galletas y la mitad de la infusión, y me gustaba escuchar cosas que no tuvieran que ver con lo de todos los días. Ya me había hablado de ella, de sus padres, que su abuela era de mi mundo, me había contado un par de cosas del rey... ¿Qué más podía contarme? Evidentemente, no podría preguntarle si yo era una buena

princesa o si le gustaba cuidarme porque me diría que era maravillosa. Me quedé con la vista fija en el balcón mientras pensaba.

--Ángela...

--¿Sí, Señora?

--¿Qué hay... ahí afuera? ¿Cómo es fuera del Palacio?

Ángela pareció sorprendida.

--¿Fuera? ¿A qué se refiere?

Me levanté y fui hacia el ventanal.

--Por las mañanas veo la plaza y en ella veo gente, mucha gente, que llevan cosas... En la explanada hay puestos, venden, compran... Veo niños... Más allá hay casas... Campo... ¿Cómo es?

Ángela se puso junto a mí en el ventanal.

--En los campos y en las casas del pueblo, la gente trabaja. Algunos cultivan, otros hacen ropas, herramientas, libros... y cada día, temprano, vienen a la explanada de Palacio para vender lo que hacen. Es su forma de vida. También hacen intercambios y trueques. Para conseguir lo mejor hay que ir temprano, por eso en Palacio somos de los primeros en llegar y comprar. Los niños acompañan a sus padres y más tarde se dirigen al colegio. Al salir, vuelven a la explanada, ayudan a sus padres a recoger y vuelven a casa todos para comer. Es una vida sencilla.

--¿Y todo el mundo tiene un trabajo? ¿Todos cosen, o siembran, o... todo eso que has dicho antes?

--Bueno, también vienen magos de vez en cuando. Preparan conjuros y pócimas para todo tipo de cosas, y se venden muy caros.

--¿Y funcionan?

--No lo sé --rió--. Nunca he comprado ninguno. Pero supongo que si siguen viniendo es porque la gente los compra... y si lo hacen, es porque funcionan, ¿no cree? También vienen algunas brujas y pitonisas que leen el futuro y ven

cosas que nadie más ve... o eso dicen ellas. Actores, músicos, juglares... todo tiene cabida en el pueblo.

Mi imaginación volaba y todo lo que Ángela narraba se me antojaba maravilloso. Desde luego que iba a pedir que me llevaran. Tenía que verlo con mis propios ojos.

--¿Y eso de ahí es un tren?

--Sí, claro. Funcionan con la energía que se obtiene quemando ciertas plantas. No solamente en los Continentes hay trenes --rió--. Aquí, en Pueblo Palacio, está la estación central, con cuatro líneas: norte, sur, este y oeste. Los trenes que llegan suelen venir de lugares lejanos con productos que no pueden conseguirse aquí, y también hay gente que viene en busca de trabajo.

--¿Y lo consiguen?

--En los campos de cultivo siempre se necesitan manos. Si no, en las herrerías, en los jardines, imprentas, sastrerías, limpiando la explanada después del mercado... mucha gente viene, con su trabajo ahorra dinero, luego coge el tren de vuelta, con ese dinero abre su negocio y solamente vuelve cuando tiene suficiente producto que vender. Como le explicaba, aquí todo es muy sencillo. Probablemente muy diferente de donde usted viene.

Asentí. Ya lo creo que era diferente. Hace algunos siglos, en Europa también se vivía de una manera parecida. Todo muy sencillo y artesano. Me pregunté cómo serían los servicios médicos. ¿Tendrían vacunas y todos los remedios que había en mi mundo? Seguro que no había cirugías plásticas, liposucciones y esas cosas. Aquí había comodidades tales como luz que, sin ser eléctrica, era muy parecida a esta, y por supuesto no había electrodomésticos. Había agua corriente, pero a temperatura ambiente; para mi baño tenían que calentarla previamente. Y por supuesto, no había calefacción de ningún tipo. Como era obvio, no había televisión, ni cines, ni siquiera teléfonos. Cuando llegué, eché de menos la tele, ver mis series y telenovelas

favoritas... pero luego no me importó tanto. Tenía libros (aunque no supiera leerlos... pero tiempo al tiempo) e instrumentos musicales que me estaban enseñando a tocar. A veces, incluso otros los tocaban para mí. ¿Qué más necesitaba?

## Capítulo 4

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes quinto

Entre clases y más clases, vestiditos y miriñaques, ir de Palacio de una estancia a otra, el tiempo había pasado volando. Ya me desenvolvía hablando, con muchos errores, pero conseguía entender y hacer que me entendieran. Las clases al principio me gustaban, pero fue más por la novedad que por otra cosa, porque luego se me hicieron aburridas hasta la saciedad. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Me sentía algo ahogada entre las paredes de mis habitaciones y del palacio, necesitaba respirar el aire de fuera. Así que decidí que había llegado el momento de tomarme un pequeño respiro y conocer lo que había más allá de los muros. Cuando Ángela vino aquella tarde, se lo comenté ilusionada.

--No, no puede ser, Señora --me respondió.

--¿Por qué no?

--Es imposible.

--Pero, ¿por qué?

--Normas de Palacio. Usted no puede salir.

--¡Pero yo necesito salir! --supliqué-- Ángela, por favor...

Ángela me miró y supe por sus ojos que quería decirme algo, pero no supe interpretar su mirada. Mi cara debió de ser más expresiva que sus ojos, ya que noté que se ablandaba un poco.

--Señora... no puedo dejarla salir. La princesa solamente sale de Palacio cuando se la requiere fuera. Son las normas.

--¿Me estás diciendo que voy a quedarme encerrada aquí hasta que... hasta



que... a alguien le parezca que puedo ser útil en alguna otra parte? --No podía creerlo--. *¡Venga ya! ¡No me fastidies!* --me desahogué en español.

--Señora, puedo prometerle que no es una regla que yo haya establecido...

--Ángela, eso ya lo supongo. Pero me da igual. Me da igual de quién haya sido la idea. Necesito salir. Me siento como un animal enjaulado. Con todo el mundo dándome clases a diario para cambiarme y hacer de mí lo que ellos quieren. Peor que un animal enjaulado. Me siento como... como... --Quería decir "Conejillo de indias", "cobaya", "experimento", pero no sabía ninguna de esas tres palabras en su lengua, lo que aumentó mi frustración. Solté un gruñido de exasperación--. *¡No soy vuestra maldita prisionera ni de vuestra propiedad! ¡No podéis encerrarme eternamente!*

Cerré los ojos y me concentré en respirar para calmarme un poco. Evidentemente, Ángela no entendía ni una palabra cuando me daba por sacar mi lengua materna. Y el que me pusiera a manifestar mi enfado no ayudaría en absoluto a conseguir mis propósitos. Me di la vuelta, puse las manos sobre el respaldo de una de las sillas y apoyé un poco mi peso en ella.

--Vete, Ángela. Vuelve a tus deberes.

--Señora, yo... --Por el tono de voz, parecía que realmente le afectaba un poco. Me di la vuelta y la miré.

--Ángela, ya me has dicho que no puedo salir. Y que no puedes ayudarme. Por favor, no te lo tomes a mal, pero... quiero estar sola.

Me miró unos segundos.

--Como guste --Se dio la vuelta y abandonó la habitación.

Era cierto. ¿Qué se supone que iba a hacer? No quería comportarme como una princesa mimada y caprichosa. Quería que los criados me apreciaran, que me consideraran una buena chica, y, ¿por qué no? Que tuvieran confianza en mí. Que me vieran como alguien cercano, como una igual. Su jefa, pero igual a fin de cuentas. Aunque a pesar de todo, no fuera perfecta. No me iba a tragar

mi cabreo y enseñarle mi mejor sonrisa mientras me estaban diciendo que era su muñequita para moldear y que no iba a salirme ni un milímetro de lo que ellos tenían planeado para mí. Pues no. Era y sigo siendo humana, y tenía todo el derecho del mundo a enfadarme.

Fui hasta el canapé, me quité los zapatos y me tiré sobre él de una manera muy poco decorosa. Me quedé mirando al techo mientras rumiaba mi enfado. No quería quedar mal con Ángela ahora que por fin habíamos cogido un poco de confianza. Se supone que, aunque no éramos amigas con el significado que la propia palabra implica, sí que éramos algo más que una simple doncella y su señora, de hecho, a veces me pareció notar cierta complicidad entre nosotras. Me había contado algunas historias de su juventud e incluso anécdotas graciosas que suceden en las cocinas o en el día a día en el servicio. Yo le contaba cómo era mi mundo, cómo era mi ciudad, mi vida antes de convertirme en princesa. Me resultaba muy frustrante comprobar que Ángela podía ser una mujer con la que compartir risas en algún que otro rato entretenido, pero luego cambiar y ponerse de parte de los que hacían que mi vida en el Palacio no fuera tan bonita como me habían hecho creer. Quería saber cual de las dos era la auténtica Ángela. Ya solo me faltaba que confiara ciegamente en ella y luego me pegara una puñalada traperera. Pero, ¿cómo averiguarlo? De nuevo, sentía sobre mí la sensación de que estaba sola. Era como una gran losa que me aplastaba. Necesitaba alguien en quien confiar, y creía que Ángela podía ser esa persona. Ahora me quedaba la gran duda, ¿me habría equivocado?

Tenía que buscarla y aclarar las cosas con ella. Aunque no fuera una amiga a la que contar mis secretos, era lo más parecido que tenía, y no quería que nuestra relación fuera tirante, sabiendo que íbamos a estar juntas durante, probablemente, varios años. Nos convenía llevarnos bien, así que decidí aclarar este malentendido. Y luego le preguntaría qué pasaba con lo de salir de

Palacio.

Volví a ponerme los zapatos y salí de mis habitaciones. ¿Dónde estaría Ángela? Podría estar en cualquiera de las estancias, que no eran pocas. Pero sin duda en las cocinas podrían darme alguna pista o ayudarme. Me dirigí al corredor del piso y después empecé a bajar escaleras. Se suponía que no tendría que hacer eso, ya que una princesa no debía deambular sola por los pasillos y dependencias de Palacio. De hecho, la mayoría de las veces que me dirigía de una estancia a otra era para ir a las diferentes clases que me programaban, y siempre iba acompañada de la propia Ángela o alguna doncella.

Nunca había estado en las cocinas, pero tenía curiosidad por saber cómo eran. Lo que sí sabía es que estaban abajo, ya que cada vez que escuchaba alguna conversación entre los empleados, cuando se referían a las cocinas, siempre lo hacían con el término "bajar". En mi camino, me crucé con algunos criados que, o bien noté que me miraban de reojo, o bien interrumpían lo que estuvieran haciendo y se me quedaban mirando como si fuera un alien. Tenía que darme prisa, no fuera que a alguno se le ocurriera dar la voz de alarma. Eran capaces de llevarme arrastras a mis habitaciones, y no quería que pudiera darse el caso de que me encerraran bajo llave.

Al girar en la esquina de un pasillo, me topé con un criado, que fue, de todos los que se habían cruzado conmigo, el primero que me dirigió la palabra.

--Señora, ¿puedo ayudarla?

--Sí --respondí-- ¿Dónde están las cocinas?

--¿Las... co-cocinas? --tartamudeó--. No es el lugar más adecuado para usted...

--Me gustaría mucho ver las cocinas. Nunca las he visitado --pedí con carita de niña a la que la llevan a ver a Papá Noel por primera vez. Después

de todo, no estaba diciendo ninguna mentira--. ¿Dónde están?

--Por supuesto. Permitidme --Extendió el brazo, indicándome por dónde debía ir. Según parecía, yo iba en dirección contraria. Se puso a mi lado y me llevó por el pasillo del que yo venía, para luego meternos por un corredor que no me sonaba. Al final de éste había dos puertas de tamaño considerable. Pasamos por ellas y me sorprendí al ver que al otro lado ya no parecía un majestuoso palacio, con paredes llenas de brocados y muebles de la más alta calidad, sino que a partir de ahí las paredes eran de piedra y no había luz blanca que salía de unas bolas en los techos, sino unas cuantas antorchas para iluminar esos pasillos. Eran totalmente opuestos a lo que era la parte del palacio que yo conocía, esos realmente parecían salidos de la Edad Media. Estuvimos un par de minutos caminando por el pasillo y encontrando más criados, que se nos quedaban mirando estupefactos. Finalmente, llegamos a una gran estancia, muy luminosa, que, a juzgar por el olor, era lo que yo buscaba.

--Éstas son las cocinas, Señora --anunció el criado--. ¿Necesita algo más?

--No, es suficiente. Muchas gracias --Le sonreí. El criado hizo una ligera reverencia y se marchó por donde habíamos venido.

Cuando volví la vista a las cocinas, todas las que estaban allí estaban estupefactas. Algunas se sacudían el delantal o se colocaban la cofia, otras estarían haciendo vete a saber qué y trataban de componerse. Una tras otra, todas dejaban lo que estaban haciendo y se quedaban quietas ante mí, mirándome. Era evidente que nadie los había avisado de mi visita; de hecho, ni siquiera contemplaban que se me pudiera ocurrir visitarlos, ni aun avisando. Me sentí incómoda, había venido a interrumpirlos sin más. Ellas tampoco debían de sentirse muy cómodas.

--Esto... hola --saludé.

Una a una empezaron a hacer tímidas reverencias. Yo ya no estaba segura

de qué hacer o qué decir. Se suponía que había bajado a preguntarles por Ángela, pero esa escena de serie victoriana ahora me parecía mil veces más interesante que encontrarla y aclarar nada. Me apetecía charlar un ratito con ellas. Pero, ¿qué se supone que iba a decirles? "¿Qué hacéis?" o "¿Qué habrá de comer hoy?" me resultaban ridículas.

--Por favor --añadí--, seguid con lo que estabais haciendo. No quiero molestar o interrumpir vuestro trabajo --Nadie se movió. Tragué saliva. ¿Habría cometido algún error gramatical y por consiguiente dicho lo contrario de lo que quería?--. Continúad trabajando.

La señora que estaba al lado del fuego se volvió y removió lo que fuera que tuviera ahí. Era rechoncha y achuchable, como la Señora Potts. ¿Habría algún Chip por aquí? ¿Algún cocinero malhumorado? Pasé mi vista por los criados. Aún estaban quietos como estatuas, mirándome.

--Si necesito ayuda, os la pediré. Por favor, continuad con vuestro trabajo.

Esto pareció surtir un poco de efecto. Poco a poco, fueron ocupándose de lo que tenían entre manos cuando llegué. Pero, aparte de los ruidos que hacían los diferentes utensilios de cocina y los propios alimentos, no se oía nada. Estaba claro, yo había venido y les había cortado el buen ambiente y la camaradería. No sabía qué decir para que siguieran como antes, así que empecé a pasearme por las cocinas y mirar cosas. En la mesa grande, había una jovencita separando y atando diferentes hierbas y vegetales. A su lado, otra seleccionaba algunos y los cortaba en trocitos, para luego meterlos en una especie de mortero y prácticamente reducirlos a polvo, y de ahí la hierba triturada iba a un bote en cuya etiqueta ponía "Ensador".

--¿Qué es Ensador? --Pregunté, en parte por curiosidad y en parte por romper el hielo y el silencio.

--Ensador es para las comidas. Elimina... cosas malas que puedan hacer daño.

--Nunca lo había oído. ¿Se usa mucho?

--Sí, Señora, en casi todas las comidas. Carne, pescado, verduras.

--¿Y qué es lo que le ponéis al agua para que tenga eso como... rayas y esté tan buena?

--Eso --interrumpió la Señora Potts, con una sonrisa-- es algo que mis padres me ponían cuando era pequeña y que yo le pongo a mis nietos. Es Fraselia y hace que el agua adquiera rayas de colores y un ligero sabor. La Fraselia solamente puede crecer en las nieves del norte, yo siempre digo a mi familia que me mande una buena cantidad. Me tomé la libertad de incluíselo en su bebida cuando llegó. Me alegro mucho si es de su agrado, Señora.

--Sí lo es. Muchas gracias --Le dediqué una sonrisa sincera. Bueno, al menos no parecía que todo el mundo me odiara. No quería que lo hicieran. Tampoco esperaba que me adoraran, pero sí que me vieran como una persona igual a ellos. Quizás pudiera conseguirlo, después de todo.

En ese momento, por la puerta opuesta a la que yo había llegado entró corriendo un niño de unos siete años. Tenía el pelo negro azabache y parecía muy feliz. No reparó en mi presencia, su trayecto lo tenía calculado al dedillo desde la puerta hasta el rincón, de donde cogió un taburete y siguió con su carrerita hasta delante de una alacena. Colocó el taburete, se subió a él y agarró un bote que en su pequeña mano parecía enorme. Lo destapó y metió la mano en lo que parecían gominolas de colores. En ese momento, una de las chicas, que estaba colocando unos pucheros en su sitio, se dio cuenta.

--Ah, no, jovencito. Hoy no. Ayer ya cogiste para toda la semana. Que luego te duele la tripa --lo regañó mientras le sacaba la mano del bote y lo bajaba del taburete.

Yo me había quedado con la boca abierta. Que sí que había un Chip. En serio. La Señora Potts y Chip. Me tapé la boca con la mano, divertida. Qué bueno. ¿Yo, entonces, era Bella? ¿Habría una Bestia y un ala oeste prohibida

para mí? Desde luego, los últimos acontecimientos hacían que me sintiera algo prisionera, y el amor por los libros me acercaba más a Bella... ¿Era posible? Venga ya. No. Yo quería mi historia original y genuina.

--¡Mira, mira, se están riendo de ti! --Cuando la chica me señaló y el niño clavó su mirada infantil en mí, fue suficiente para sacarme de mis pensamientos y volver a donde estaba. Me coloqué a su lado y me agaché.

--Hola, ¿cómo estás? --Quería decirle algo como "peque", "chiquitín", "ricura", pero mi vocabulario no daba para tanto. Maldita sea, tenía que practicar y estudiar mucho todavía. El niño se me había quedado mirando fijamente, pero no decía ni mu --. ¿Cómo te llamas?

--Bueno, respóndele, ¿no? Dile cómo te llamas. Es la princesa que ha venido a verte, ¿y te quedas callado?

Por toda respuesta, el niño se metió detrás de las faldas de la chica.

--Lo siento --se disculpó la chica-- es un poco tímido con los que no conoce, pero normalmente es bastante espabilado...

--No pasa nada. Lo entiendo. Cuando me vuelva a ver ya me conocerá y me hablará. Y nos haremos amigos --Me incliné hacia donde estaba el niño, tras la falda de la chica--, ¿verdad?

--Ay, deja de tirarme de la falda, que me la descolocas --le regañó--. ¿Dónde te has dejado a tu madre? --El niño siguió callado--. Es que acaba de salir de la escuela --me explicó--. Se le habrá soltado a su madre para ver si nos engañaba y se llevaba unos dulces. Como si no le conociéramos --rió. En ese momento, el niño salió de detrás de su falda y se dirigió como una flecha a la entrada de la que vino--. Ah, hablando de su madre, ahí está.

No sé quién de las dos se sorprendió más, si la madre del niño al encontrarme en las cocinas, o yo, al ver que ella era ni más ni menos que Ángela.

La linda Ángela. En estos últimos meses habíamos compartido algunas

historias. Yo, entre otras cosas, le había hablado de mi familia y ella a mí de la suya. De sus padres. De que nunca se había casado. Pero había olvidado contarme un insignificante detalle... ¡Un hijo! Me sentí engañada. Había creído que podríamos ser amigas. Ya no solamente mostraba una doble cara, sino que ni siquiera en una de sus caras podía ser totalmente sincera y confiar en mí. No solamente me sentía engañada, también un poco dolida. Decidí lanzarle una indirecta muy directa.

--Tienes un niño muy guapo, Ángela. Debes estar muy contenta.

Ángela reaccionó dirigiéndose con paso rápido hacia mí.

--Este no es lugar para usted, Señora. La acompañaré a sus habitaciones -- Me cogió suavemente del brazo y me hizo señal para que la acompañara. Yo sacudí el brazo y me quité el suyo de encima.

--Suéltame.

--Señora, debo insistir en que...

--Tú no me insistes nada. ¿Tampoco puedo estar aquí? ¿También está prohibido?

--Señora, es simplemente que no es lugar para usted...

--¿Por qué? ¿No puedo conocer el Palacio y a la gente que trabaja aquí? -- Me estaba empezando a calentar. Mis ganas de aclarar el malentendido de antes se habían esfumado. Si Ángela no quería confiar en mí, yo no iba a confiar en ella. Me había propuesto portarme con el servicio de la mejor manera posible y confiaba que fuera recíproco, pero parece ser que eso no iba con Ángela. Sinceramente, las cocinas no eran un lugar que me sonara apetecible para pasar mucho rato pero, si eso le hacía rabiar a Ángela, era capaz de quedarme unas cuantas horas.

--Bien. Si me necesita, por favor, avísame --Se volvió hacia el niño--. Narian, vamos --Se marcharon sin dirigirme la mirada.

¿Ya? ¿Tan fácil había sido? Por un lado me sentía contenta de que hubiera



respetado lo que quería, pero por otro me sentía mal, como si hubiera dado un paso atrás. Por no decir de que la pequeña discusión había tenido lugar en las cocinas, delante de todos los criados. Ángela, además de ser la encargada de mi persona, era una de las jefas de personal. No estaba segura de si la había humillado o dejado en ridículo. No le había dicho nada fuera de lugar... o eso me pareció. Pero entonces, ¿por qué el remordimiento era más grande que la alegría?

Un vaso lleno de agua con fraselia que apareció de repente frente a mi cara me sacó de mis pensamientos. La Señora Potts era la dueña del brazo que lo sostenía. Al verla, sentí cómo la historieta que me había montado de la Bella y la Bestia explotaba como una pompa de jabón. Definitivamente, mi cuento era otro... afortunadamente. Al menos por ahora. Cogí el vaso y di las gracias.

--Conozco a Ángela desde que era una chiquilla --me animó la Señora Potts--. Sabe bien cual es su lugar y su trabajo. Pero le aseguro que también es una persona. Puede hablar con ella en confianza. Y si, como creo, van a tratar la una con la otra durante bastante tiempo, es mejor que lo hagan. Hágame caso--. Me pareció que me guiñaba un ojo. Di un trago del agua con fraselia. Estaba realmente deliciosa. Me la terminé y le devolví el vaso a la señora Potts.

--Gracias por todo. Creo que voy a volver a mi habitación, no quiero que se distraigan por mi culpa. He pasado un rato muy agradable con ustedes. Siento si... las he molestado. No era mi intención.

--La acompañaré arriba, en estos pasillos es fácil perderse --se ofreció la chica que había protagonizado el incidente de los dulces con el hijo de Ángela.

Recorrimos el camino a la inversa que había hecho yo un rato antes. Al llegar a la puerta grande que comunicaba los pasillos de piedra con el resto del castillo, se volvió hacia mí.

--No me está permitido seguir más allá de aquí. ¿Podrá continuar sola?

--Claro que sí. Muchas gracias.

--Señora, antes de que se vaya... Su visita nos dejó... algo desconcertados, pero le aseguro que ha sido un honor. Hablo en nombre de todos.

--¿No los he molestado?

--En absoluto. Nos ha sorprendido, pero ha sido muy agradable.

Sonreí.

--Para mí también lo ha sido.

Crucé la puerta y busqué a alguien que me guiara hasta mis habitaciones.

## Capítulo 5

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes sexto

Habían pasado varias semanas desde aquel día y no tenía noticias de Ángela. Normalmente era ella quien me despertaba y luego un par de doncellas me arreglaban mientras Ángela me anunciaba mi agenda para el día. Tras el desayuno, ella era la que normalmente me llevaba de una estancia a otra para las diferentes clases. Y, para acabar la tarde, solíamos tomar una infusión juntas mientras teníamos una agradable conversación. Ya no. Ya nadie me leía mi agenda, y siempre era cualquier doncella la que me acompañaba de un lado para otro. La merienda me la tomaba sola. No quería pedirle a ninguna chica del servicio que me acompañara con una infusión, ya que, después de lo de Ángela, tenía la sensación de que todas estaban en el mismo bando, y que ese bando no era el mío.

Me sentía muy sola.

Cuando iba al instituto, no tenía ninguna amiga íntima para contarle cosas personales, pero al menos podía charlar de temas banales con mis compañeras. Aunque fuera para copiarnos los deberes. Siempre había sido una chica solitaria, pero me llevaba bien en general con la clase. Incluso con los chicos. Eran todos unos idiotas con las hormonas disparadas, pero como yo no pertenecía al grupo de las tías buenas ni de las que se pintaban como una puerta, me dejaban en paz, y si hablábamos de algo, siempre eran cosas de clase. Ventajas de ser gorda y normalucha.

Mi deseo de salir de Palacio era cada vez más fuerte. Las paredes me ahogaban, todo mi ser imploraba que pasara unas horas bajo el cielo, con la luz del sol y el viento acariciándome la cara. Caminar y correr sin tener que

atravesar puertas y corredores. Realmente echaba de menos aquellos veinte minutos que tardaba en ir de mi casa al instituto y vuelta.

Por supuesto, no deseaba volver a mi casa. Por nada del mundo querría retomar mi vida anterior. Llevaba ya varios meses como princesa, y sin duda mi cumpleaños habría pasado ya. Oficialmente ya sería mayor de edad y, aunque eso significaba que era dueña de mi vida, mi padre no lo veía así. No había dinero para que siguiera estudiando, y ya me había adelantado que me buscaría trabajo de camarera o de dependienta en alguna parte para ayudar con los gastos familiares. Lo tenía muy bien pensado, ya que me tenía bien alimentada y vestida, me obligaba a estudiar mientras fuera menor de edad, y, cuando me pegaba, nunca me dejaba moratones ni cicatrices. Realmente no tenía pruebas de maltrato. Ningún organismo de protección al menor me hubiera creído. Al haber cumplido la mayoría de edad, era de suponer que su actitud cambiaría... a peor. Ya no tendría que fingir que me quería, y, puesto que yo no tenía a dónde ir, estaba condenada a vivir en su casa. Trabajando y regalándole mi sueldo para que pudiera seguir bebiendo. Sin posibilidad de huida ni de una vida mejor. No, no, no. No iba a volver. No quería volver a ver la cara de mi padre jamás.

El pensar en mi padre había hecho que me dieran escalofríos. Necesitaba distraer la cabeza con otra cosa así que me asomé por el balconcito de mi habitación. El sol de color morado empezaba a bañar de oscuridad el pueblo. Observé cómo los campesinos iban retirándose y regresando a sus hogares. Una tras otra, las chimeneas iban dando muestras de que en las casas se estaba ya preparando la cena.

Familias.

Cómo me hubiera gustado tener una madre que me aconsejara, que me hubiera introducido en el mundillo de los trapos y el maquillaje, o que me hubiera dado la consabida charlita sobre de dónde vienen los niños (charlita

que me dio una de mis tías mientras pasaba unos días en su casa). Pero no, mi madre por la mañana hacía algo de la casa y la compra, al mediodía hacía la comida, luego se sentaba a ver la telenovela, por la tarde intentaba no pelearse con mi padre, hacía la cena, y fin. Tenía cuatro hijos, pero como si tuviera cuatro geranios. Solamente se ocupaba de nosotros para darnos de comer. Eran mis tías o mis abuelos quienes me solían comprar la ropa y el resto de mis cosas. Mi madre pasaba del tema.

Recordé cuando mis abuelos vivían. Yo me crié con ellos, y tuve una infancia muy bonita. Recuerdo que me llevaban al zoo, al cine, al teatro, a comer a restaurantes... Pero cuando yo tenía doce años, mi abuela cogió un cáncer que la fulminó en pocos meses. Mi abuelo cayó en una espiral de depresión que se lo llevó al poco tiempo también. Desde entonces, mi vida ya no fue la misma. No solo porque los echaba terriblemente de menos. Estuve algo más de un año yéndome a vivir con mis tías, varios meses con unas y varios con otras, y tras ese tiempo me establecí definitivamente con mis padres. Entonces fue cuando empecé a sentirme del todo desgraciada. Descubrí la afición de mi padre a la bebida, y que a mi madre no le importaba en absoluto. Jamás nadie me había puesto la mano encima, al menos con clara intención de hacerme daño. Hasta entonces. La primera vez estuve llorando casi toda la noche. Las siguientes también lloré mucho. Finalmente llegó un momento en que me acostumbré al dolor. No dejé de sentirlo, pero me resigné a que mi vida iba a ser un infierno.

Mis hermanos eran tan despreocupados como mi madre y tan brutos como mi padre. Yo era la única chica, y eso no significaba ni de lejos que yo era la niña bonita de la familia. Para mis abuelos sí lo fui. Pero cuando se fueron, me convertí en el blanco de todos los gritos de mi padre, y más tarde de sus borracheras y de su mal humor. Mi madre decía que no podíamos hacer nada. Pero claro que podíamos. Solo que ella no quería y a mí nadie me hubiera

creído.

De alguna manera, notaba la presencia de mis abuelos a mi lado. Era como una cálida lucecita que me decía que continuara. Sentía como si permanecieran junto a mí y eso me animaba. Era la misma sensación que tenía cuando era pequeña y me abrazaban. Algo que jamás sentí con mis padres, pero sí con mis abuelos, y que aún notaba de vez en cuando. Incluso aquí. Me los llevé conmigo. Quizás ellos siguieran cuidando de mí, después de todo. Al fin y al cabo, yo era su nieta favorita. O así es como me sentía. Allá donde estuvieran, quería que se sintieran orgullosos de su angelito de ojos color aceituna, como a veces me decían.

*--Ahora soy pelirroja y toco el piano, abuelos. Y papá ya no puede hacerme daño.*

Volví a sentir que mis abuelos me sonreían y me daban un cálido abrazo.

¿Cómo sería tener un hogar de verdad? ¿Cómo sería vivir en el seno de una familia que te quiere y te apoya? En la tele había visto muchas familias y todas eran tan diferentes a la mía... Me preguntaba si era simplemente ficción o realmente mi familia era la rara e inusual.

Suspiré. Nunca tendría la respuesta a esas preguntas.

## Capítulo 6

Estaba acostada en mi cama color melocotón, en esa ocasión con sábanas que simulaban pétalos color crema sobre fondo blanco. Era noche cerrada. No había un sol que salía y se ponía; sino varios soles, de diferentes colores. Según el color del sol que tuviéramos, sería un día con mucha o poca luz. De igual modo, había soles de color morado, que nos daban una luz equivalente a la de la noche en la Tierra. O en los Continentes, como decían aquí. Aquella noche habían salido tres soles morados, lo que significaba una noche oscura como pocas.

No podía dormir. Me sentía acongojada. El sentimiento de soledad se había ido haciendo cada vez más grande, y pensar que la alternativa era regresar con mis padres me daba ganas de llorar. Mis clases habían aumentado; ahora, además de baile, protocolo, música, idioma, historia, sociología y razas, ahora tenía que aprender economía y política. Eran las peores asignaturas que había tenido que aprender jamás.

El rey era la autoridad absoluta, lo que él decía era ley. Junto a él, había una serie de gente, los consejeros, que eran algo así como una especie de parlamento. No sé quien elegía a esas personas, pero desde luego, el pueblo no. Ellos eran de quienes partían las ideas que se convertirían en leyes. Por decirlo de alguna manera, le contaban al rey cual era el problema y él decidía qué hacer. O bien tomaban ellos mismos las decisiones, se las comentaban al rey en reunión, y él simplemente firmaba. No había que ser muy listo para comprobar que ese sistema no era ni por asomo justo. Al menos, a mí no me lo parecía. Pero los profesores estaban ahí para encargarse de que me lo pareciera.

Vamos, para lavarme el cerebro.

Así que eso era. No era más que una muñequita. Querían tenerme en mi

habitación de princesa sin que me faltara de nada, mientras me convencían de que todo era fabuloso y, por la puerta de atrás, me decían que debía sonreír, callar y obedecer para que todo siguiera igual o me mandarían de vuelta para mi casa.

Me consideraba optimista por naturaleza. Cuando la vida te ha tratado mal, siempre has de buscar el lado bueno, o te vuelves loca. Agarrarte al recurso más tonto que la imaginación pueda encontrar para convencerte a ti misma de que lo que te está pasando no puede ser tan malo. Eso generaba una falsa sensación de felicidad. Falsa, sí, pero mil veces preferible a pasar los años amargada. Pero con este tema, por más que le daba vueltas no le encontraba salida. La política nunca me había llamado la atención, pero consideraba que todos los problemas, sean políticos o de cualquier índole, pueden solucionarse si se conoce bien el terreno a tratar. Cuando mi padre llegaba a casa, ya fuera borracho o sobrio, y me levantaba la mano, lo hacía sin preguntar. Siempre pensé que si hablara un poco más y se interesara por lo que tenía en casa, no seríamos todos tan desgraciados. Y en este caso pensaba exactamente igual: si se conociera el terreno a tratar, minimizaríamos los problemas considerablemente. Pero ahí estaba la cuestión: no se me iba a dar la oportunidad de conocerlo. Ellos iban a manipularlo para enseñarme su terreno particular y privado.

A pesar de que el tema me había desvelado, el cansancio del día hizo mella en mí y caí en un duermevela bastante intranquilo. Me pareció soñar con una burbuja brillante que flotaba delante de mí y dejaba una pequeña estela luminosa. Mirar la burbuja me relajaba y me sentaba bien. Empecé a seguirla con la mirada y más tarde con la cabeza. Cuando se alejó de mi cama, me levanté. Era en verdad una burbuja bonita y brillante, incluso iluminaba la estancia y hacía que los encajes blancos de mi pijama tuvieran reflejos azulados. La burbuja se paseaba por la habitación, muy lentamente, y yo la



seguía a igual velocidad. Poquito a poco, mi amiga la burbuja iba explorando todos los recovecos existentes. Entró y salió de debajo de la cama, de detrás del espejo, de entre las cortinas. Se metió en mi saloncito y empezó a pasearse por la pequeña biblioteca. Pasó por debajo del canapé y revoloteó entre las patas de la mesa y las de las sillas. Yo la seguía, divertida. A pesar de ser un sueño, era bastante vívido, quizás porque no estaba tan dormida como debiera, es más, incluso en mi sueño me sentía cansada y soñolienta. La burbuja se acercó a mí y me rodeó varias veces con un rápido revoloteo que me hizo cosquillas. De repente, se acercó a una pared junto a la biblioteca y desapareció. Perezosamente, me dirigí hacia el punto por donde la había visto por última vez. En donde se juntaban dos de los paneles de madera que revestían la mitad inferior de la habitación, aún se veía brillar algo. ¿Se habría escondido la burbuja? ¿O tal vez atascado? Quise ayudarla a liberarse para seguir nuestro juego, ¡me lo estaba pasando tan bien! Sujeté cada panel con una mano y empecé a hacer fuerza. Hacia arriba, hacia abajo, a un lado, a otro, para dentro, para fuera... Nada. Seguí probando, algo se tendría que poder hacer. Las manos empezaron a sudarme del contacto prolongado con la superficie barnizada. Seguí haciendo esfuerzos por mover los paneles y liberar a mi amiga hasta que, de repente, el sudor hizo que una de mis manos resbalara hacia un lado. Mis dedos chocaron contra una de las flores que había talladas en el panel, mientras que con la otra mano me sujeté al mismo para no perder el equilibrio con el movimiento brusco que acababa de hacer, y... el panel se abrió.

Ni siquiera pensé que me había cargado la pared. O en el ruido que había hecho la madera al crujir. Después de todo, era un sueño, ¿no? Y yo era consciente de que así era, con lo cual, eran mi sueño y mis reglas. Y mira por dónde, ahí estaba la burbujita, se había atascado entre los paneles y yo la había liberado. Esperaba seguir jugando con ella, hacía que me sintiera tan

bien... pero la burbuja no parecía querer intención de volver al cuarto, más bien revoloteaba por el agujero que acababa de hacer entre los dos paneles. Me apoyé en el panel descolocado y metí un brazo en el hueco, para tratar de atrapar a mi amiga. El panel descolocado, al haber descargado el peso de mi cuerpo en él, se abrió aún más, y yo me caí detrás.

Ahora estaba en un lugar estrecho. La burbuja seguía revoloteando y me invitaba a seguirla. Me pareció que esto era algo así como un pasadizo oculto, pero daba igual, puesto que era un sueño y probablemente eso se debía a las ganas que tenía de salir. De cualquier manera, me estaba divirtiendo muchísimo con ese sueño. Tras seguir a la burbuja durante un rato, noté que bajo mis pies ya no había una superficie dura y sólida, sino húmeda y fría. Miré hacia abajo, pero no se veía nada. Mi amiga la burbuja me debió leer la mente y me iluminó los pies para que lo viera. Era algo así como musgo. El suelo ahora eran piedras irregulares con musgo. Y yo estaba descalza, así que tenía que andar con cuidado. En un principio el suelo, aunque irregular, era llano y horizontal, pero el pasadizo acababa en un montón de piedras, y esas piedras estaban puestas de manera que se podía escalar por ellas fácilmente. La burbuja empezó a ir hacia arriba y yo a trepar, siguiéndola. Al llegar arriba, por los bordes de una piedra vi que se filtraba algo de luz. Aparté la piedra, asombrosamente ligera, y saqué primero la cabeza y luego medio cuerpo por el agujero que había quedado. Y lo que vi fue el amanecer: uno de los soles, en el horizonte, estaba saliendo. La silueta de las montañas se recortaba delante de él. En mi sueño lo estaba viendo desde fuera, no desde mi balcón. El viento de la mañana me saludó en la cara, enviándome una agradable y reconfortante sensación. Qué bonito era el amanecer en mi sueño: el cielo daba la bienvenida a un nuevo día tiñéndose de colores anaranjados. De los tres soles morados que habíamos tenido esa noche, uno ya no estaba, otro estaba ya lejos y el tercero aún daba un poco de oscuridad. Incluso me

pareció ver algunas estrellas. Las estrellas estaban destinadas a convertirse un día en un sol, que viviría unas horas y luego moriría, dando lugar a más pequeñas estrellas.

Saqué el resto del cuerpo fuera, donde las rocas estaban formando un montículo. Me senté sobre ellas, adormilada, y me dediqué a contemplar el amanecer más precioso que había visto jamás. Era un sueño, pero qué sueño.

No sé cuánto tiempo permanecí así. Creo que incluso en mi sueño debí de dormirme un poco, a pesar de lo incómodo que es dormir encajada entre rocas, incluso en sueños. El caso es que desperté, ya no dentro de mi sueño, sino fuera de él, en mi realidad. Estaba en mala postura, bastante incómoda, y me dolían la espalda y la cadera. El dolor me despejó del todo. O quizás me despejé al darme cuenta de lo que había pasado.

No había sido un sueño. Estaba fuera de Palacio.

Rápido volví a la realidad. Estaba descalza, en pijama y al aire libre. Había amanecido ya hacía rato y por favor, por favor, deseaba que no hubieran entrado a despertarme todavía. Si entraban y no me encontraban se iba a organizar una tremenda. Empecé a buscar el hueco entre las rocas por donde había salido. Apenas empecé a moverme, mi cuerpo se encargó de decirme que la postura en la que había dormido había pasado factura a mi espalda, a mi cadera y a mis hombros y cuello: apenas podía moverme bien. Con dificultad, empecé a apoyar las manos en todas las piedras, con la esperanza de que alguna se moviera y me indicara el camino. Estaba muy nerviosa y mis movimientos eran torpes. Finalmente fue mi pie el que dio con la piedra correcta, pero de la peor manera, ya que justamente era el pie que me sostenía. Al abrirse la roca y caerme dentro, me despeñé por las piedras que había trepado la noche anterior. El pie que había encontrado la entrada era el que se había llevado la peor parte, ya que la humedad de las rocas, combinada con el resbalón, había hecho que diera un giro poco común, y la caída hacia la cueva,

golpeándose contra las rocas y sosteniendo mi peso, no había sido muy beneficioso para él. El golpe no había sido precisamente suave: Ahora me dolían bastantes más sitios que antes. Cojeando y apretando los dientes, tomé el pasadizo por el que la noche anterior me había llevado la burbuja. Mientras caminaba, pensaba que... qué rayos había pasado. ¿Qué era esa burbuja? Era evidente que no me lo había imaginado, porque mi "amiga" me acababa de mostrar un pasadizo desde mi habitación hasta fuera de Palacio. Pasadizo por el que ahora deambulaba yo a oscuras apoyándome en la pared. Como tuviera alguna bifurcación, estaba apañada. Pero, por fortuna, no fue así. Enseguida pude ver una pequeña luz al final del pasadizo, que era la luz del día entrando por las ventanas de mis habitaciones. Decidí afrontar lo que fuera: Si habían entrado y no me habían visto, probablemente vieran los paneles abiertos y me buscaran por ahí. Quizás hasta me estuvieran esperando. Pero, por suerte, me equivocaba.

Apenas entré en mi saloncito, empujé los paneles para cerrarlos. El crujido y el roce provocó un ruido que me pareció infernal, pero nadie vino. Volví a la cama. Me dolían todos los huesos. Cerré los ojos y traté de dormir.

## Capítulo 7

Cuando vinieron a despertarme, el dolor se había intensificado. Curiosamente, en Palacio no había ningún médico: todos estaban en una clínica en el pueblo. Me pareció raro, ¿y si a alguien le daba un infarto fulminante o algo que no pudiera esperar? El caso es que mandaron a buscar a un doctor ya que yo, literalmente, no podía levantarme, y al rato vino un señor, de unos cuarenta años, que me palpó las zonas doloridas.

--¿Cómo ha sucedido? --preguntó.

--Ah... eh...--Quería haber dicho "mala postura", pero no sabía decir eso ni si el significado fuera el mismo en mi idioma que en el suyo--. Dormí mal -- contesté al fin.

En ese momento me destapó las piernas para examinármelas y me di cuenta de un detalle: mi pijama estaba lleno de polvo y barro. Él también se dio cuenta.

--¿Durmió... mal?

Me sentí estúpida. Que había dormido mal era evidente. Creí percibir cierta duda en la entonación del médico en la palabra "durmió". Por supuesto. Estaba claro que, lo que se dice dormir, no había dormido mucho, ni bien ni mal, y la suciedad de mi pijama me delataba. Miré al doctor a la cara y le rogué con los ojos que no dijera nada, que no hiciera preguntas sobre mi ropa ni alertara a alguien más. Al cabo de unos segundos apartó la mirada y se dispuso a examinarme los tobillos. Ciertamente uno de ellos, el que se llevó la peor parte la noche anterior, no tenía muy buen aspecto. Estaba hinchado como una pelota, enrojecido e incluso despellejado por algunas zonas. Apenas tocó mi machacado pie, di un salto y un gritito.

--¿Duele?

Asentí. Empezó a girarme el pie. Aquello dolía como el demonio... Intenté

aguantarme y apretar los dientes. Finalmente, el médico acabó y me arropó de nuevo. Se dirigió a la parte que separaba mi habitación de mi saloncito, donde había alguien esperando noticias. Me estiré un poco para ver si captaba algo, pero lo que más me llamó la atención fue que la persona con la que estaba hablando el doctor era Ángela, y eso me distrajo, por lo que apenas pude entender mucho, y aparte, no hablaban muy alto. Un momento, ¿no se supondría que la paciente también tendría derecho a saber qué le pasaba? ¿A qué venía tanto secretito? Finalmente, el doctor se volvió hacia mí, hizo una pequeña reverencia y se despidió. Salió del cuarto, seguido de Ángela. Si no me doliera todo el cuerpo, hubiera salido tras ellos. Pero Ángela volvió pasados unos minutos con una bandeja en la que había algunas vendas. Hizo ademán de destaparme, pero se lo impedí. Ella menos que nadie podía ver los bajos de mi pijama llenos de barro.

--¿Qué pasa, Ángela?

--Tobillo torcido --respondió, escueta. Volvió a intentar destaparme. Se lo volví a impedir.

--Ángela --La miré con ojos suplicantes--. ¿Me... me traes... --Tragué saliva--... un vaso de agua... con fraselia? --Ángela me miró extrañada--. ¿Por favor?

Ella se levantó y salió. Rápido, empecé a remangarme las perneras del pijama de forma que el barro quedara tapado. A tiempo, porque justo cuando me volví a tapar llegó Ángela con lo que le había pedido. Me lo bebí, y me sentó bastante bien. Le di las gracias a Ángela, ella me destapó y empezó a vendarme el tobillo.

--Ángela...

--Dígame.

--Hace mucho que no te veo.

--Usted no estaba contenta conmigo.

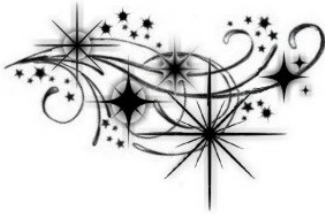
--¿Qué? ¡No! Eso no es cierto. Solo que... quiero salir, Ángela. No me gusta estar encerrada siempre aquí.

--Me temo que, con el tobillo torcido, no va a poder salir mucho.

--Pero me pondré bien. Por favor, Ángela... por favor --Coloqué mi mano sobre la suya, que seguía vendándome el tobillo --. Habla con el rey. O con quien sea. Necesito salir. Solamente un rato.

Apretó mi mano y me sonrió.

--Lo intentaré.



Habían pasado tres días. El cuerpo ya no me dolía, aunque el pie aún no estaba bien del todo. Lo bueno era que me había librado de todas y cada una de mis clases. Lo malo era que, para Ángela, tener un tobillo torcido equivalía a estar convaleciente y no salir de la cama. El primer día lo soporté, pero el segundo necesitaba moverme.

Cuando Ángela me vio fuera de la cama casi le dio un infarto. Le expliqué que necesitaba moverme porque si no, el cuerpo me dolía, y me inventé un rollo de que los nacidos en los Continentes somos así, rollo que, incomprensiblemente, se tragó. El tercer día estaba en pijama y bata, asomada a mi balconcito y disfrutando del frescor, cuando Ángela entró.

--Buenos días, Señora. Traigo buenas noticias para usted.

--¿Ah, sí? Eh, Buenos días, Ángela.

Salí del balconcito y me senté en la cama.

--Dentro de unos días van a otorgarse unos premios a los estudiantes más destacados. Médicos, soldados, maestros... muchos. Los que han obtenido

mejores notas tendrán una mención especial de Palacio. Esa mención les será de mucha ayuda para trabajar, ya que les abrirá muchas puertas, y les resultará muy fácil encontrar trabajo. Todos quieren a los mejores.

Yo escuchaba y asentía con la cabeza.

--Esos premios son entregados por el rey en persona. Es todo un honor. Pues verá, he llevado su sugerencia a la persona que se ocupa de ello y creo que la sugerencia ha sido llevada más arriba.

--¿Mi sugerencia?

--Que sea usted quien entregue los premios en lugar del rey.

Me quedé sorprendida. ¿Cuándo había sugerido yo eso? Si ni siquiera sabía que esos premios existían. Por otro lado... me resultaba muy tentador. Algo nuevo, al fin, después de todos estos meses.

--La condición --continuó Ángela-- es que usted debe hablar con fluidez. Se le dará un discurso para leer, que podrá ensayar, así como las palabras de felicitación y agradecimiento a los estudiantes. Debe saludar a todos los asistentes uno por uno tal y como se le va a enseñar en la clase de protocolo.

Desvié la mirada. ¿Solamente eso? ¿No había truco, ni gato encerrado? Parecía demasiado fácil. Podía negarme, pero eso significaba la misma rutina del día a día que ya conocía. Y yo necesitaba tanto cambiar un poco eso.

--Diles que acepto.



## Capítulo 8

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes séptimo

Durante los días siguientes apenas tuve tiempo de aburrirme. El médico me visitó una vez más para comprobar los progresos de mi esguince, y, pese a que a su juicio no debería someter el pie a demasiados esfuerzos, acabó dando el visto bueno. Desde el principio no quiso que usara muletas: en su opinión había que obligar al pie a que me sostuviera sin ayuda, pero claro, sin pasarme.

Me entregaron el famoso discurso que debería ensayar hasta tenerlo totalmente pulido. El profesor de protocolo me hizo ensayar varias felicitaciones diferentes y las respuestas a las posibles palabras que pudieran dirigirme los estudiantes. Bajamos varias veces al gran salón donde tendría lugar el evento para que me hiciera a él, e hicimos ensayos generales.

La víspera del evento estaba bastante tranquila. Me sentía con bastante confianza, ya que habíamos ensayado tanto y lo habíamos preparado todo tan concienzudamente, hasta el más mínimo detalle, que nada podía salir mal. Al menos por mi parte.

Las medidas de seguridad eran parecidas a las de mi mundo, solo que en lugar de un arco de seguridad, cada persona que entrara debía haber hecho previamente una especie de juramento de fidelidad hacia la Corona. El palacio tenía una fuerte carga mágica, y los juramentos eran algo muy importante: si alguien había jurado en vano, la magia de Palacio lo delataría. Era como si la magia mirara dentro de tu corazón. No tenía claro si eso era bueno o malo: por un lado bien, ya que, según había podido intuir entre lo que me contaban, no

todo era felicidad y alegría: había varios grupos antimonárquicos que de vez en cuando intentaban perpetrar algún golpe contra el rey. Nunca había pasado nada, pero ciertamente, al ser yo parte de la Corona, también estaba en riesgo. Aquella magia me parecía bien en ese sentido, era una garantía para mí o para quien la usara, pero, por otro lado, me parecía un poco como si fuera una invasión a la intimidad. Realmente lo único que tenemos "nuestro" del todo, y que nadie nos puede quitar son nuestros pensamientos, sentimientos y opiniones, y el que puedan quedar expuestos ante otros mediante la magia no me parecía del todo correcto.

Aquella mañana me desperté nerviosa. La confianza que tenía el día anterior se había esfumado. ¿Y si metía la pata? ¿Y si me quedaba en blanco, se me trababa la lengua o cometía uno de mis tan frecuentes fallos gramaticales?

El médico me visitó y me examinó el tobillo una vez más. Su veredicto fue que ya podía ir esa noche (y en adelante) sin la venda, pero que fuera despacio, que tuviera cuidado y que no forzara el pie.

Por la tarde me obligaron a bañarme y no me dejaron sola como venía siendo habitual. Me frotaron con cepillos que en mi mundo hubieran estado destinados a animales de granja hasta que mi piel acabó enrojecida y me aplicaron un ungüento oloroso por el cuerpo. Después me pusieron una especie de camisoncillo blanco (traslúcido y que dejaba intuir bastante bien lo que había debajo) que era, junto con las braguitas, la ropa interior que se usaba. No había sujetadores, supongo que porque los vestidos con el corpiño rígido que me solían poner ya sujetaban lo suficiente.

Vestida únicamente con eso, me sentaron en el tocador y empezó la tortura. Mi pelo nunca ha sido dócil y manejable. Ni era liso, ni era rizado: era una maraña estropajosa que las doncellas intentaban colocar decentemente. Cada día tardaban lo que estimaba que sería una hora en ponerlo presentable y, por

sus caras de esfuerzo, no les resultaba fácil. Pues bien, aquel día ya no era simplemente poner cada pelo en su sitio, sino que me iban a hacer un peinado especial para la ocasión. Encendieron la chimenea y en ella pusieron un caldero con agua a hervir. Mientras llegaba al punto de ebullición, con un peine fueron desenredando los mechones y poniendo a cada uno una especie de pasta azulada. Enrollaban cada mechón en un pequeño rulo, tirando de mi pelo como si me lo quisieran arrancar y haciendo sufrir a mi cuero cabelludo con cada mechón. Después sacaron del caldero lo que me pareció el fruto del amor entre unas pinzas de barbacoa y unos alicates, pero lo que me erizó la piel fue comprobar que desprendía como ondas eléctricas. Y no me equivocaba: metían aquel instrumento del horror dentro de cada rulo y a continuación lanzaba una especie de descarga. Y lo hacían uno a uno. Hubiera preferido que tuvieran varios instrumentos de tortura de esos y me lo hicieran a la vez: hubieran acabado antes y habría sido menos molesto. Tuvieron que recargar varias veces el cacharro en el agua hirviendo, pero llegó un momento en el que terminaron. Las chicas estaban exhaustas y mi cabeza estaba tirante y frita. Me dejaron con los rulos puestos así que supuse que la operación Rapunzel aún no había terminado.

Lo siguiente que hicieron fue meterme los dedos en agua y repasarme las uñas. Lo hacían a menudo, con lo cual apenas tuvieron mucho trabajo, solamente dejarme cada uña en un perfecto óvalo y ponerle un esmalte nacarado.

A continuación me pusieron de pie y me llevaron al vestidor. Lo que vi allí me asustó. Había leído las suficientes novelas y visto las suficientes películas de época como para saber que un corsé no era en absoluto cómodo ni deseable, pero parecía que estaba a punto de comprobarlo por mí misma. Me embutieron en esa especie de caja-jaula y, como a Scarlett O'Hara, me hicieron agarrarme al poste de mi cama mientras tiraban de los cordones y me

dejaban sin respiración. Les hice ver que así no podía casi respirar, pero de poco sirvió. Luego me pusieron unas enaguas, en varias capas finas y suaves. Y por último el vestido. Era realmente precioso, en tonos melocotón con adornos blancos. Tenía un escote que realzaba mi pecho y unas mangas ligeramente abultadas en los hombros que me llegaban hasta la mitad del antebrazo. El talle tenía bordados en vertical que me estilizaban el cuerpo, y la falda constaba de dos capas: una interna, blanca, con flores bordadas en la parte de abajo, y otra externa, de color melocotón, con delicadas perlititas blancas. La capa interna se veía en la parte delantera, detalle que me fascinó. En los codos y en el escote tenía sendos lazos. No era demasiado sobrecargado, ni tampoco demasiado sobrio. Estaba todo en su punto justo. Era, de lejos, el vestido más bonito que había llevado jamás.

No pude vérmelo puesto porque en cuanto me metieron en él, aseguraron los cierres y alisaron las arrugas, inmediatamente volvimos al tocador y empezó la sesión de tortura, segunda parte. Aunque no fue tan dolorosa como la primera, debo decir. Me quitaron los rulos y empezaron a trabajar con mi pelo, ahora dócil y manejable. Me sujetaron mechón a mechón en la parte de atrás de la cabeza, y me dejaron unos rizos sueltos a los lados para enmarcar mi cara. Siguieron trabajando con horquillas y retorciéndome el pelo. Quizás sería por la descarga a la que me sometieron o porque estaba tan concentrada en respirar con el corsé que no me daba cuenta, pero el caso fue que ese proceso apenas me dolió. Luego empezaron a echarme polvos en la cara; el proceso me pareció igual que el que había visto mil veces en mi mundo. Me iluminaron los párpados con blanco, me dieron rímel en las pestañas, colorete, y me pintaron y perfilaron los labios con un pincelito. Por último, me trajeron unos zapatos con bastante tacón, a juego con el vestido. Odiaba a muerte los tacones. Ellos y yo nos habíamos declarado la guerra hacía muchos años, y como de costumbre, no sirvió de nada que protestara ni que al ponerme de pie

me tambaleara. Pero ya estaba lista.

O aún no. En ese momento Ángela entró con un par de cajas, una grande de madera labrada y otra más pequeña, como de cartón. De la pequeña sacó una pulsera fina y dorada. Me la puso en la muñeca. Después, de la misma caja, sacó unos pendientes también dorados, y me los colocó en las orejas. Por último, sacó una cadenita y me la puso en el cuello. De la cadenita pendía una estrella, en tonos dorados y nacarados. La estrella era mi símbolo. Me pareció muy adecuado.

--Mírate. Estás preciosa.

No pasé por alto el que me había tuteado, pero tampoco le di demasiada importancia. Es más, me dio confianza. Me llevó al espejo. Lo que vi me dejó total y absolutamente perpleja. Diría que también me dejó sin respiración, pero eso ya lo estaba de antes. El pelo lo tenía recogido en la parte de arriba de la cabeza, era algo a medio camino del moño pero sin llegar a serlo. En la parte baja mis rizos rojos caían en forma de graciosos tirabuzones. El maquillaje no se notaba: parecía natural, pero me cambiaba un poco a mejor. Y el vestido... qué bonito. Ya en la percha era precioso, pero vérmelo puesto era una sensación increíble. La modista que lo hubiera confeccionado realmente sabía muy bien cómo era yo y lo bien que me iba a quedar. Quería conocerla para darle mi más sincera enhorabuena por esa obra de arte.

Ángela abrió la caja de madera y sacó de ella una pequeña tiara de brillantes. Suavemente, me la colocó en la cabeza y me la sujetó. Me miró a través de mi reflejo.

--Ahora sí.

Me giré y la miré. Había orgullo en sus ojos ambarinos, orgullo al ver su obra. No me quedaba duda de que ella había dirigido y supervisado todo. Y me pareció ver también algo de cariño cuando nos miramos.

--Gracias, Ángela. De verdad.

--Anda, ve y demuéstrales lo que vales.

## Capítulo 9

Estaba nerviosísima. Solamente deseaba que nada saliera mal, no meter la pata, que mis nervios o cualquier otra cosa me traicionase. A pesar de tenerlo todo ultraensayado y de que por todas partes me habían repetido que era muy improbable que algo saliera mal, yo seguía estando intranquila. En cierto modo, pensaba, era normal: iba a salir a que me viera la gente después de siete meses encerrada. Me moría por ver caras nuevas, y más teniendo en cuenta que eran caras alegres y felices, personas a las que su esfuerzo les iba a ser recompensado. Me sentía bien por formar parte de tan bonito acontecimiento. Si es que nada lo estropeaba, claro.

La fiesta hacía alrededor de una hora que había empezado cuando el momento llegó: escuché cómo anunciaban mi entrada en la sala. Cogí aire, y entré con aplomo y decisión. Pasos firmes, ni muy deprisa ni muy despacio. Tal y como me habían dicho.

En el atril me esperaba el encargado de presentar la ceremonia. La sala entera tronó en aplausos mientras el encargado me tendía la mano para ayudarme a subir. Me sujeté la falda del vestido para no tropezar con ella al subir las escaleras, y, aunque trastabillando un poco a causa de los malditos tacones, ya estaba en el atril. En él estaban las hojas de papel que conformaban mi discurso. No eran muchas y, aunque en su mayoría me lo había casi aprendido a base de ensayar y ensayar, en aquel instante me pareció largo. Eterno. Y vacío. Palabras, palabras, solamente palabras.

--Buenas noches a todos. Bienvenidos a Palacio. Es para mí muy grato el haber sido la persona elegida en este acto para dirigirme a ustedes y hacer constar que, una vez más, Palacio puede enorgullecerse de contar con las más grandes personas, dispuestas a hacer las más grandes cosas. Como todos sabrán, hace ya bastante tiempo que me encuentro en este bello mundo; tiempo

que he dedicado a aprender todas sus costumbres, cultura, tradiciones, en suma, todo aquello que me hará convertirme algún día en la Reina que este mundo merece. El título de princesa, que es el que en la actualidad con entera satisfacción ostento, me ha permitido esta noche ser partícipe de tan magnífico acontecimiento como es en el que ahora nos encontramos; y he elegido dicho acontecimiento para que sea mi primera aparición pública desde que llegué. Deseo de corazón que mi pueblo me permita participar, de la misma manera que lo hago hoy, en sus días de celebración y felicidad como en sus días de desdicha. No solamente es mi obligación, sino también mi intención y mi deseo, convertir la Corona en algo cercano, algo con lo que el pueblo pueda contar en todo momento.

Pequeña pausa, tal como me dijeron y tal como estaba apuntado en el papel. Mi corazón iba a mil por hora. La voz apenas me temblaba, en parte debido a que lo había ensayado como un millón de veces, pero sentía las piernas rígidas, tensas, como si me sostuviera en un hilo, y si las movía un milímetro, me vendría abajo, literalmente. Y los tacones no ayudaban en absoluto. En la sala se oyó algún pequeño murmullo. Tragué saliva y continué.

--Cuando me hablaron del evento que hoy nos ocupa, me interesé con una mezcla de curiosidad e infinita admiración. Lo que tengo ante mí es un grupo de jóvenes, cuyo número supera ampliamente mis expectativas, que han creído en causas como la medicina, la enseñanza, la convivencia, la ciencia, la investigación, en resumidas cuentas, que creen que en este mundo su ayuda puede ser necesaria e incluso imprescindible para su mejora. El palacio se enorgullece de tener hoy aquí a tan excepcionales personas. Me atrevería incluso a afirmar que, en próximos días, todos serán contactados para continuar con sus carreras en el mismísimo corazón de nuestro bello mundo. Me enorgullezco por pertenecer al palacio desde donde continuarán, y asimismo, me enorgullezco también de ser la princesa y futura reina de



personas con tan grandes capacidades como las suyas --En ese momento empecé a aplaudir, al igual que los que estaban detrás de mí, y los asistentes a la gala nos imitaron. Pronto todo el mundo estaba aplaudiendo.

--Cedo la palabra a Auder Svejla, de la escuela de Enseñanza, quien ha obtenido la máxima nota en los últimos tiempos, y que desea dirigirles unas palabras.

Volví a aplaudir, todos hicieron lo mismo, y me bajé del estrado con mi sonrisa de plástico y las piernas temblorosas. Malditos tacones. Me senté en una butaca tapizada que había a mi izquierda, mientras una chica muy elegante ocupaba el lugar donde yo había estado y empezaba con su discurso. Coloqué las manos en el regazo, como siempre decía el profe de protocolo. Lo peor había pasado. Hasta ese momento, todo iba bien. Ahora solamente quedaba que esa chica y un par más dijeran sus discursitos, y me tocaría dar los diplomas uno por uno. En el salón había unas cien o doscientas personas. Una vez hubiera dado su diploma a todos, vendría la segunda parte del discurso y despedida. Los camareros servirían algo de comer (hasta entonces solo habían servido bebida) mientras la orquesta tocaría para quienes quisieran bailar, y, tras eso, la gente empezaría a retirarse. Todo estaba saliendo como estaba previsto. Me sentía feliz, pero, por otro lado, mi discurso me parecía vacío y carente de sentido. Me lo pareció el primer día y me lo seguía pareciendo en aquel instante. Me preguntaba si los que estaban allí también opinarían como yo. En ese caso, eran libres de pensar que tenían una princesa y futura reina totalmente estúpida a la que le encantaba destacar y mirarse el ombligo en cualquier ocasión. ¿Habría algún modo de saber el efecto que había causado mi presencia y mi discurso entre los asistentes? No tenía sentido preguntar en Palacio, porque todo el mundo me diría que había sido un éxito total y absoluto. Quizás pudiera pedir que me trajeran algunos periódicos...

No estaba prestando la más mínima atención al discurso que la

emocionada chica daba a sus compañeros. Aún me latía el corazón fuertemente, a pesar de estar sentada y aparentemente calmada. Tenía la mirada fija en ella, pero mi cerebro estaba en otra parte.

Después de hablar durante bastante rato, la chica terminó su discurso y cedió el puesto a un joven con gafas. No pillé su nombre, pero sí que entendí que pertenecía a la escuela de Construcción. Ese chaval diseñaría casas, calles, puentes y cosas varias que supuestamente harían la vida mejor. El chico tenía el pelo peinado hacia atrás y parecía que se había echado gomina o algún producto similar para mantenerlo en su sitio. Sin duda no habría tenido que pasar por la tortura que pasé yo para que me colocaran las greñas. Miré de reojo a las chicas, y en general vi un poco de todo, tanto melenas lisas como rizadas. Rubias, castañas y morenas. Ninguna tenía un color rojo cereza tan chillón como el mío. Desde luego, que yo era la extranjera en la sala era obvio. Según me habían explicado, por el hecho de tener varios soles y cada uno alumbrar de una manera diferente, y todos a su vez tener un factor común que los diferenciaba de nuestro sol, la luz incidía de manera diferente y hacía que mi pelo fuera rojo. En realidad sucedía con todos los inmigrantes nacidos en los Continentes: si alguna vez me cruzaba con alguien con un color de pelo extraño, demasiado brillante o demasiado chillón, probablemente fuera nacido en la Tierra. Ángela me dijo en su momento que el rey Basileo tenía el pelo negro brillante cuando llegó. Cuando yo lo conocí, su pelo ya estaba poblado de canas y del negro le quedaba más bien poco. Aun así, no fue un detalle en el que me fijara aquel día en el que llegué, el día que hice mi juramento. Tenía muchas cosas que consultarle al rey, pero no había vuelto a verlo desde entonces. Vaya con el rey. Siete meses y no se había preocupado de hacerme una visita. Suponía que Ángela le tendría bien informado de mis progresos, pero había muchas preguntas que quería hacerle, preguntas que solamente me podría contestar él, que ya había pasado por esto que yo estaba pasando.

Un nuevo aplauso me sacó de mis pensamientos. El chico se bajó del estrado y subió otra chica, muy morenita y con graciosos rizos negros. La chica se llamaba Eskati no-se-qué y era especialista de Relaciones entre especies. Esa era una profesión que casi nadie elegía, porque implicaba separarte para siempre de los tuyos para irte a vivir con gente de otra especie. Podían ser hadas o elfos. Esas dos especies eran las más sencillas porque hablaban el idioma de los humanos, además del suyo propio, por supuesto, y siempre se mostraban dispuestas a prácticamente cualquier cosa para ayudar. También podrían ser sirenas, en cuyo caso la chica se iría a vivir a orillas del mar y viviría una gran parte de su vida en remojo. O podría ser lo más complicado, que le tocara una especie fantástica que no hablara ningún tipo de idioma comprensible, como, por ejemplo, alguna especie-planta, u otras tantas criaturas que apenas tienen contacto con el ser humano, pero que por supuesto, existen, aquí sí. Fuera cual fuera la especie que le tocara, la chica serviría de puente entre ambos mundos y mediaría en las relaciones para que cualquier posible conflicto tuviera el mejor final posible. Era una profesión complicada, ya que era casi como renunciar a lo que eres para ser otra cosa. Por lo que me contó el profe en su momento, muy poca gente lo quería, y así ocurría que había muchísimas zonas sin mediación entre especies, y por tanto sin armonía, más bien discordia y hasta batallas.

Eskati no-se-qué terminó su discurso. Era mi turno de nuevo. El presentador de la ceremonia anunció que ahora se daría paso a la entrega de los diplomas. El atril, por tanto, ahora estaría ocupado por él. Iría leyendo los nombres de los alumnos, y uno por uno recogerían el diploma que yo les daría.

Al principio todo iba bien. Cada alumno tenía una cara de felicidad que me contagiaba, por lo que no me hacía falta sacar la sonrisa de plástico. La auténtica sonrisa funcionaba a las mil maravillas, así como las diferentes palabras de felicitación y enhorabuena que me había aprendido durante los

días pasados. Sin embargo, cuando ya llevaba unos cuantos diplomas dados, el asunto se me tornó monótono y pude comprobar que era lo más repetitivo que había hecho en mi vida. Los alumnos que en principio me parecieron doscientos resultaron ser como quinientos. O mil. O un millón. Daba igual cual fuera la cifra exacta, eran muchísimos y no se acababan nunca. Igual que los marcianitos de los videojuegos, que matas uno y aparecen veinte de la nada. Sus caras ya se me mezclaban y me parecían todas iguales, como muñecas con la misma base y diferente peluca o pinturas. Los nombres, a los que en principio prestaba atención por si había alguno que me sonara de mi mundo, empezaron a parecerse cada vez más al chino. Mi sonrisa era ya de plástico. Me aburría. Mis pies protestaban e imploraban que saliera ya de esos tacones infernales. Quería acabar aquello cuanto antes. Entre diploma y diploma, por el rabillo del ojo vi que ya habían empezado a servir unos aperitivos. Mi tripa rugió al verlos y emitió un desagradable sonido que, afortunadamente, nadie aparte de mí oyó. Y no solamente tenía algo de hambre, también tenía sed. En aquel preciso instante sentí deseos de tomarme una coca-cola. Por supuesto, no había. Hacía siete meses que no me bebía una y, la verdad, las echaba de menos. El agua con fraselia estaba muy buena, pero yo quería una coca-cola, con sus burbujitas, que me hiciera pegar un eructo animal. Solo con pensarlo mi sonrisa de plástico se hizo auténtica: sería divertido. Me imaginaba que, en lugar de las palabras enlatadas que decía a cada estudiante, de repente soltaba un eructo. ¿Qué ocurriría? ¿Pararían todo? ¿Continuarían con lo que estaban como si no pasara nada? Por otro lado, a quien le tocara esa muestra de felicitación tan exclusiva, probablemente no le hiciera mucha gracia, y peor si resultaba que era de los que estaba deseando conocerme, darme la mano y que le dijera unas palabritas. No, mejor que no pensara en esas cosas. Por muy aburrido que fuera todo esto, llegaría el momento en el que acabara.

El reloj del gran salón dio la hora. Y me sorprendí al comprobar que hacía ya tres horas que había empezado la gala. Mi discurso no había durado mucho, pero los de los alumnos sí. Solo que no les había hecho ni puñeterísimo caso porque estaba sumida en mis pensamientos. Igual que ahora. Había puesto el piloto automático y daba los diplomas mecánicamente. Y así seguí. Uno, y otro, y otro más. Y más diplomas. Y venga más. Y muchas gracias. Y enhorabuena. Y felicidades. Y un gran futuro te espera. Y bla, bla, bla. Por todos los cielos, ¿en qué rayos estaba pensando cuando dije que sí, sin más? ¿Sin informarme primero? Primera y última vez. La próxima vez que Ángela me propusiera una actividad social, preguntaría hasta el más mínimo detalle. Eso me pasaba por novata. No volvería a suceder. El rey se estaría partiendo la caja y pensando que de menudo coñazo se había librado al encasquetarme esto. Y dale con los diplomas. Otro más. Y otro. Venga, que estamos que lo regalamos. Al rico diploma. Y otro más. Madre mía, qué aburrimiento.

Y de repente... se acabaron.

Se habían terminado. Por fin. Me dolían las manos, y lo de los pies ya había pasado a otro nivel. El corsé me apretaba partes que no sabía ni que podían ser apretadas. Y quería hacer pis. También quería una coca-cola. Pero sobre todo, ¡quería irme de ahí! En mis pensamientos apareció mi cama, blanda y calentita. Quería meterme bajo las sábanas y edredones de plumas. No me importaba si me las habían cambiado y me las habían puesto rosa Barbie, con tal de poderme enterrar en ellas. También quería asomarme a mi balconcito y respirar el fresco de la noche. El salón estaba cerrado a cal y canto y yo lo notaba, vaya que sí. El aire se me hacía a ratos viciado e incluso irrespirable. Pero, según lo planeado, debía dejar a los graduados unos minutos para que disfrutaran de su diploma y de su momento, que bebieran si quisieran, que fueran al baño... ¿Por qué ellos podían ir al baño y yo no? Volví a sentarme en la butaca y esperé el momento para recitar, otra vez, una

perorata ridícula que no escucharían ni la mitad de los asistentes. Al sentarme noté que mis pies me lo agradecían. Los zapatos tenían demasiado tacón, y el peor parado era mi pobre tobillo recién recuperado, que me dolía notablemente más que el otro. Entonces había hecho bien en sentarme, así descansaría un poquito.

Me trajeron un vaso de agua sin que lo hubiera pedido, y lo agradecí, ya que tenía la boca totalmente seca. Al cabo de unos minutos, el presentador llamó la atención de los invitados de nuevo y les anunció la segunda parte de mi discurso. Me levanté y empecé a subir los escalones del estrado.

Todo sucedió muy deprisa. Quizás al sentarme mi tobillo se enfrió y se puso en modo off. O quizás di un mal paso. O puede que fuera la consecuencia de ponerme esos taconazos cuando jamás en mi vida he sabido llevarlos. O a lo mejor todas esas cosas a la vez. O vete a saber, porque en cuanto puse el pie en el primer escalón y apoyé mi peso en él para subir el segundo, el tobillo se me dobló de una manera que me pareció antinatural, doliéndome horribilmente, y me vine abajo con todo el equipo. Y cuando digo todo el equipo, me refiero a que me llevé por delante atril, tapete, papeles, agua, tintero, plumas, todo lo que había ahí. Rodé escaleras abajo; suerte que solo eran cuatro. Los asistentes que estaban conmigo corrieron y en cero coma estaban junto a mí, preguntándome si estaba bien.

Realmente, si antes quedaba alguno de los graduados que no estuviese mirando, ahora no quedaba ninguno. Qué desastre. Ahora sí que tenía la atención de todos y cada uno de los invitados. Noté que me estaba poniendo colorada. La había pifiado, y bien. Primera oportunidad, primera metedura de pata. Y bien gorda. No podía ser. Estaba todo calculado al milímetro para que nada saliera mal. Me había empollado los dos malditos discursos durante días. Había ensayado y practicado hasta el aburrimiento. No era justo. Los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas, eso no podía estar pasando. Tanto trabajo

para nada. Hice un gran esfuerzo por concentrarme y que las lágrimas no cayeran. No podían verme llorar. No en público. No en mi primera aparición.

Justo entonces el tobillo me dio un fuerte latigazo que me arrancó un quejido e hizo que me llevara las manos a él y lo apretara con fuerza. Dolía. Mucho. Apreté los dientes y mis lágrimas pugnaron por salir. El corsé me apretaba todo y no me dejaba respirar bien. Sollocé, no pude evitarlo, aquella situación me superaba. Creo que solamente lo oyeron los asistentes que estaban junto a mí y lo debieron achacar al pie.

--¡Id a buscar al médico! ¡Rápido! --ordenó uno.

De entre la multitud surgió un chaval y se acercó a nosotros.

--¡Yo soy médico! --gritó.

Claro. Era obvio. Aquí estaban los mejores de todas las profesiones. ¿Para qué hacía falta ir al pueblo a por el médico, teniendo en esta misma sala unos cuantos nuevecitos y recién diplomados? Qué irónico. La primera paciente de aquel chaval iba a ser la que acababa de entregarle el título. Los asistentes de Palacio miraron al chico y debieron pensar lo mismo que yo, porque se apartaron y le permitieron que se acercara. Pero no se fueron muy lejos ni le quitaron ojo. Al fondo, la orquesta empezó a tocar.

El chico se puso frente a mí. Yo le había dado su diploma, pero no me acordaba en absoluto de su cara. Era rubio claro y tenía el pelo liso y un poco largo, sin llegar a ser melena, cuidadosamente peinado con raya a un lado. Sus facciones eran dulces, como si no se quisiera desprender de los últimos retazos de su adolescencia. Pero si se había graduado en medicina, debería tener cinco años más que yo, como mínimo. No tenía pinta de médico, la verdad. Hizo una reverencia.

--Mi Señora --Se agachó a mi lado y dirigió sus manos hacia mi pie--.  
¿Puedo?

Tragué saliva. Estaba muerta de la vergüenza. Por mucha orquesta y mucho

entretenimiento que hubiera, esto iba a salir en todos los periódicos del día siguiente y a ser recordado siempre. Probablemente me pusieran un mote, así como Melania I la Torpe. Miré al chico a los ojos. Los tenía azules, pero no azul celeste, sino azules como el mar. Por algún motivo, me dieron confianza y asentí con la cabeza, quitando lentamente las manos de mi pie y dejando que me lo examinara. Con suavidad y al mismo tiempo con firmeza, me quitó el zapato, palpó los huesos y giró la articulación. Aquello me hizo ver las estrellas y en ese momento hubiera gritado de no ser porque me faltó el aire. Qué vergüenza. Qué desastre. Se me escaparon las lágrimas. Me tapé la cara con la mano, aunque, afortunadamente para mí, los asistentes actuaban a modo de barrera y prácticamente nadie en el salón podría verme llorar. Uno de ellos, disimuladamente, me dio un pañuelo. Me sequé como pude e intenté tranquilizarme y respirar. El chico-médico probablemente no se habría dado cuenta, ya que estaba concentrado en mi tobillo. Finalmente, colocó el pie con delicadeza de nuevo en el suelo y me miró a los ojos.

--Tiene usted una luxación, Mi Señora. Por la hinchazón y el color, diría que no es algo que haya empezado... ahora, sino que ya tenía algo de antes de la ceremonia --Eché un rápido vistazo a mis zapatos--. Es posible que tuviera un esguince del que no se hubiera recuperado totalmente. Siendo así, no le aconsejo llevar ese tipo de calzado ni permanecer de pie tanto rato como usted... ha hecho hoy.

Asentí con la cabeza. Qué diferencia. Este médico me decía lo que me pasaba tal cual, a mí, a la paciente. No como el otro, que se andaba con secretitos. Tragué saliva --¿Qué recomienda? --pregunté, haciendo un esfuerzo por no derramar (más) lágrimas. No me salían las palabras para articular una frase mejor.

--Hay que colocar la articulación, se ha salido de su sitio. Vendarla, y -- Me miró a los ojos-- usted debería guardar reposo y no forzar en absoluto. No



apoyar durante unos días.

Levanté la cabeza y miré a los asistentes. Se dijeron algo que no pude entender, hicieron como una seña y uno de ellos salió de la sala. Otro me levantó en brazos con bastante esfuerzo: se notaba que esto no estaba en absoluto previsto. Un tercero le dijo al chico-médico que nos acompañara, y así salí de la sala. Qué vergüenza. Y todo el mundo mirando. Gracias que los paparazzi no existían aquí, porque si no, ya hubiera sido mi hundimiento total y absoluto. En cuanto salimos y se cerró la puerta que daba al gran salón, sentí un extraño alivio. Todo había terminado. Ya había pasado mi gran noche. Claro que... no como yo quería.

El asistente me llevó hasta una sala cercana, en la que había una mesa como de comedor, muebles funcionales con cajones y puertas, y unos cuantos sillones y sofás, colocándome en uno de estos últimos. Invitó al chico-médico a que se sentara también, pero éste declinó la invitación. Lo miré de reojo y lo noté curioso, mirando la sala con atención. Tampoco es que fuera muy especial, era una más de tantas que tenía el palacio. En la pared había colgados bastantes retratos de gente de la que yo no tenía la más remota idea de quién era. Quizás antiguos reyes y reinas. A saber. Supuse que el chico-médico nunca había estado en Palacio, como era lógico, y si estar en el gran salón le parecía fantástico, estar en una sala así, sin haberlo planeado siquiera, debía parecerle todavía mejor. El asistente no nos iba a dejar solos, naturalmente, y se paseaba tranquilamente por la sala. Aquello no duró mucho, solamente unos minutos, que fue lo que tardó en abrirse de nuevo la puerta y entrar el otro asistente seguido de Ángela y una doncella.

--¿Qué ha pasado? --preguntó Ángela. Había preocupación en su cara.

--Presenta luxación en tobillo derecho --respondió el chico-médico mientras Ángela se acercaba y miraba mi tobillo--. Posiblemente agravado de una lesión anterior. No parece grave, pero debe guardar reposo y no apoyar

durante varios días.

Mi tobillo se estaba hinchando y amoratando por momentos. Ángela no había puesto muy buena cara al verlo.

--Dígame qué necesita. Vendas, ¿y algo más?

--Nieve, hielo o algo frío, lo primero, para desinflamar la zona. Después, algodón y vendas.

Ángela mandó a la doncella y ésta regresó enseguida con todo lo que el chico-médico había pedido. Me colocó en el tobillo una bolsa de tela dura llena de algo muy frío, helado, pero me calmó un poco el dolor. Al cabo de un rato, el chico-médico retiró la bolsa. Ya no estaba tan inflamado y me dolía algo menos. Se agachó, cogió mi pie con una mano y sujetó por encima de mi tobillo con la otra, me miró con cara rara, como dándome ánimos, y antes de que pudiera entender nada noté (y oí) un chasquido que me dolió como el demonio y me hizo lanzar un grito. Aquello no me lo esperaba.

--Ya ha pasado lo peor --me aseguró, sonriéndome.

Cogió un rollo de algodón y me vendó el pie con él. Luego hizo lo mismo con la venda, estirándola y dejándola bien tirante y prieta. Cuando acabó, noté el tobillo bien sujeto, lo que me produjo una sensación de seguridad. Me seguía doliendo, pero para nada como antes. Sin levantarme, con cuidado, puse el pie despacito en el suelo.

--No apoye el pie, mi Señora. No al menos durante unos cuantos días --Hizo una pausa--. No se quite la venda. Si se le afloja, llame para que se la aprieten y se la coloquen de nuevo. Procure no mojársela. Si el dolor persistiera, llame a un médico inmediatamente.

Asentí. El chico-médico se puso en pie.

--Deseo que su tobillo se recupere lo antes posible.

--Gracias --contesté--. De verdad. Tiene usted mi más sincera gratitud.

--Ha sido un placer --Se volvió y se dirigió a Ángela--. Quisiera elaborar

un informe con lo que he hecho, por si fuera necesario para algún compañero mío en un futuro.

--Sí, claro --respondió Ángela.

Se acercó a un cajón y sacó papeles, pluma y tintero, los colocó en la mesa y le hizo una señal al chico-médico para que escribiera lo que tuviera que escribir. Este lo hizo, escribió dos hojas que firmaron tanto él como Ángela. A continuación ella sacó una pasta que debía de ser lacre, porque, tras calentarla y verter un poco en cada hoja, estampó un sello. Cuando el lacre se enfrió, Ángela se quedó una hoja y el chico-médico se guardó la otra en el bolsillo interior de la chaqueta.

--Bueno, creo que debería marcharme. Si no se les ofrece nada más, por mi parte, es todo.

--Por supuesto --Ángela miró a los asistentes--. ¿Podrían conducirlo a tesorería y luego a la salida, por favor?

Los tres --el chico-médico y los dos asistentes-- se dirigieron hacia la puerta. Antes de salir, el chico-médico hizo una reverencia y finalmente salió de la estancia. Ángela y yo nos quedamos solas.

--Ángela... lo siento. Lo siento mucho --Ahora sí que no luché por contener las lágrimas--. No sé qué pasó... Creo que pisé mal y... --Aún conservaba el pañuelo que me dieron en el gran salón. Me enjuagué las lágrimas. Con el corsé, me costaba respirar y por consiguiente llorar, era como si me ahogara sin ahogarme. Sentía deseos de arrancármelo.

Ángela se agachó y quedó a mi altura.

--No te preocupes, anda. No pasa nada. No ha sido culpa tuya.

--Me lo he cargado todo. Y todo el mundo lo vio.

--Son cosas que pasan. Cosas que escapan a nuestro control. Si hay alguien culpable, esa soy yo. No tú.

--¿Tú? ¿Por qué?

--Yo fui quien tuvo la idea de que hicieras esto sabiendo que tenías el tobillo torcido.

--¿Qué? ¡No! Ángela, tú lo hiciste con buena intención.

--Pero descuidé tu salud y tu seguridad. Yo me encargué de todo, si hay alguien a quien culpar es a mí y solamente a mí. Soy la responsable, chiquilla. Yo, no tú.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

--Ángela, no... oye, no te pasará nada, ¿verdad? No te van... a regañar, o a echar, o...

Ángela rió.

--No, mi niña. No lo harán. Eso te lo aseguro.

--¿Me lo prometes?

--Claro.

Alargué un poco los brazos para abrazarla. Era la primera vez que lo hacía, y ella entendió el gesto y me abrazó, lo cual me reconfortó. Sin embargo, seguía sollozando. No podía parar.

--Venga, campeona. Vamos a tu habitación, que ya has oído al médico. Reposo absoluto.

--¿Qué dice el informe?

--Vamos a ver --Tomó el papel y le echó un vistazo--. Nada que no nos haya dicho ya. Mira --Me lo enseñó y me fue señalando con el dedo--: fecha de hoy, lo que te ha dicho antes sobre la luxación, lo que te ha hecho y lo que debes hacer tú ahora. Su firma y su número de colegiado.

Miré la firma.

--Westley D. Crewe.

--Él se ha quedado con una copia igual que ésta y mañana va a presumir pero bien entre sus compañeros. Por eso no me ha importado firmar como testigo. Además, en tesorería lo necesitará como prueba, y le habrán dado un

buen incentivo por sus servicios. Anda, sécate esa cara, que voy a llamar para que te lleven, y no querrás que se corra el rumor de que no dejabas de llorar.

Me sequé con el pañuelo lo mejor que pude, y Ángela llamó a otro asistente, que me cogió en brazos y me llevó a mis habitaciones. Una vez allí, ella me ayudó a quitarme el precioso vestido, las joyas y --Oh, sí, gracias-- el corsé del infierno. Era curioso. Habían sido más los momentos en los que no lo notaba que los que sí, sin embargo, cuando Ángela me lo quitó, suspiré aliviada, lo que provocó que ella sonriera, divertida. Luego me ayudó a ponerme el pijama y me arropó.

--Trata de dormir y no pienses en lo que ha ocurrido. Ya hablaremos de ello con tranquilidad.

Dicho esto, apagó la luz y salió del cuarto. Yo cerré los ojos. Ya estaba en mi cama, cómoda y calentita. Irónicamente, era lo que estaba deseando en el gran salón, pero ahora que por fin estaba acostada, no me sentía bien en absoluto: independientemente de mi pie, era como si tuviera un gran peso dentro que me ahogaba.

## Capítulo 10

Si creía que con lo del tobillo me iba a librar de mis clases, iba lista. Era cierto que no tenía casi todas las horas del día ya planeadas como antes, pero no me iba a quedar un mes tumbada sin hacer nada. Aprendí a manejarme con muletas, cosa que agradecí, ya que por nada del mundo iba a permitir que me llevaran en brazos de un lado para otro ni que la cama fuera poco más que un lugar de reclusión. A la semana, más o menos, del incidente, vino un médico. No el que me atendió la primera vez y tampoco el Doctor Westley: era otro al que nunca había visto. Se me había aflojado un poco la venda y Ángela no estaba muy tranquila al respecto. Ella sabía vendar, pero lo justito, y se echaba la culpa de que el primer esguince no se me hubiera curado bien por haberlo vendado ella y no un médico en condiciones. De modo que vino un médico y me examinó el pie. Había mejorado, pero me seguía doliendo. Alabó el trabajo de su compañero el doctor Westley, al que por lo visto conocía en persona; nos comentó que su actuación y su rapidez fueron decisivas. Me volvió a vendar, otra vez prieto, y me dijo que podía apoyar pero sin pasarme, y que no dejara las muletas. Aunque me alegraba este pequeño respiro que la lesión me otorgaba, estaba deseando ponerme bien porque tenía mis propios planes. Y es que no me había olvidado de mi pasadizo. Tenía que idear un plan, un momento ideal para salir de Palacio y volver sin prisas. Por supuesto, sería por la noche. No me importaba si la pasaba en vela, ya tendría tiempo de dormir al día siguiente. Me inventaría cualquier historia, o si no, tan simple como aguantarme, aunque me costara, y ya dormiría la noche siguiente. Pero que saldría, sin duda.

Ángela no me había vuelto a mencionar el incidente. Yo no quería sacar el tema, porque suponía que ella tendría sus razones y yo tampoco quería insistirle si ella no quería recordarlo. Por mi parte, estaba más que segura de

que tenían que haberle dado algún toque por arriba. Aunque tarde o temprano una de las dos tendría que tomar la iniciativa, ya que, al menos yo, consideraba que teníamos que hablar de ello. A pesar de todo el desastre que había resultado ser, para mí la experiencia había tenido su punto positivo y era que había hecho algo diferente, y desde ese día sabía cómo se hacían estas cosas. Estaba convencida de que si hubiera salido bien, la sensación de euforia que tendría sería incomparable, y quería experimentarla. No podía encerrarme ahora en mi fracaso: si lo hacía, volverían los días que se convertirían en semanas que se convertirían en meses con siempre, siempre la misma rutina. Lo mejor era dejar pasar un poco de tiempo, el tiempo que tardara mi pie en recuperarse del todo, y entonces, solamente entonces, le diría a Ángela que me buscara alguna actividad de ese estilo.

Una tarde, mientras merendábamos en mi saloncito y charlábamos de cosillas varias, le hice la pregunta que hacía tiempo que rondaba por mi cabeza.

--¿Por qué el rey nunca viene a verme? Es decir, no es que tenga que visitarme, pero no lo he vuelto a ver desde el día en que vine.

Ella se quedó callada y pensativa. Esperé a que contestara, pero no lo hizo, lo cual me extrañó.

--Te lo digo porque me extraña mucho que desde aquel día no haya querido saber más de la chica que lo va a suceder en el trono. Digo yo que, cuando le llegue la hora, querrá que yo esté preparada, y si no me visita, pues difícilmente lo va a saber... Bueno, también supongo que los profesores, o tú misma, le tendréis informado, pero es que aun así... es todo tan raro.

--Bueno... pues el rey tiene, como ya sabrás, muchos compromisos y muchas cosas que hacer. Suele pasar largas temporadas fuera, y te seré sincera: no tengo la menor idea de lo que hace. No es algo de lo que yo deba estar informada, de hecho, ni siquiera estoy autorizada a saberlo. Se supone

que son asuntos del reino, quizás relaciones diplomáticas con alguna especie en concreto, tratados que firmar... o simplemente que quiera descansar.

--¿Descansar? --Aquello me dejó perpleja--. ¿Él puede tomarse vacaciones y yo no?

--Al menos una vez cada dos meses ha de estar aquí. Tiene reunión con los consejeros reales para la aprobación de leyes y decisiones importantes. Puedo asegurarte que, cuando viene, prácticamente no tiene tiempo ni para dormir. De vez en cuando tiene algún evento como el que tú presidiste hace unos días, y ya que lo has mencionado, te responderé: sí. Él hace un seguimiento bastante cercano de tus progresos. Los profesores le presentan mensualmente un informe, y una de mis obligaciones es contestar cualquier cosa que me pregunte sobre ti. No me malinterpretes --añadió rápidamente al ver mi cara de pasmo--. No me va a preguntar nada extraño, ni nada íntimo tuyo. Solamente las cosas que tengan que ver con tu formación o con tu estancia. Me puede preguntar si comes bien, si obedeces y haces lo que se te manda, si se te ve feliz... ese tipo de cosas. Esto --Señaló mi pie vendado-- he tenido que decírselo sin que él preguntara. Es importante y es mi obligación. Además de uno de los detalles de lo que sucedió aquel día.

Al final había salido el tema.

--¿Cómo se lo tomó?

--Bien. Ya te dije que no tenías que preocuparte. Estaba informado de cómo te estabas preparando y del esfuerzo que hiciste. Lo importante es que te esforzaste mucho. Lo que sucedió no fue culpa tuya. Todos confiábamos en que te habías recuperado del todo del primer esguince y ese fue nuestro fallo. ¿No te has dado cuenta que el médico que te atendió entonces no es el mismo que te atiende ahora?

Era cierto. El primero fue un tipo grande y el último era uno delgaducho con gafas.



--Ese médico --continuó Ángela-- va a tener una pequeña nota en su historial. Trabajar en Palacio, ya sea como médico o como doncella, es un prestigio. Aquí solamente entran los mejores de los mejores. Si se hace bien, tanto la reputación que se adquiere como el salario que tienen son generosos. Ahora que, si cometen un error, puede ser fatal. A ese médico no le hemos arruinado la carrera ni mucho menos. Pero no va a volver a pisar el palacio. Y el que te atendió en el salón... Ese va a tener una carta de presentación que ya la quisieran muchos.

--Entonces, al rey, ¿no volveré a verlo?

--Oh, sí que lo harás. Créeme. Cuando estés preparada, asistirás con él a las reuniones con los consejeros reales. Eso está en el plan para tu formación como futura reina. Quizás te lleve de viaje a alguna misión de las que te comenté antes. Eso no está en el plan, pero no es descartable; tienes que aprender.

--¿Y cuántos años de formación me esperan? --bromeé. No esperaba respuesta a esta pregunta, por lo que me sorprendió tenerla.

--Eso nadie lo sabe, Melania. Un día el Libro dirá una fecha, y ese día tomarás posesión de la corona y del trono. Puede ser dentro de unos días, o dentro de unos años. Nadie lo sabe. Aunque esperamos que todavía te falte mucho.

--El Libro... --Me sonaba haber escuchado hablar del Libro en boca del rey el día en que llegué. Según me dijo, todo dependía del Libro. El Libro lo sabía todo. De hecho, yo había cruzado entre dos mundos a través de un libro. Pero, después de más de siete meses, ese día me quedaba tan lejano que apenas lo recordaba--. ¿Qué sabes del Libro, Ángela?

--¿A qué te refieres?

--Vine aquí a través de un libro que saqué de la biblioteca de mi ciudad. Cuando lo leí, hablaba de... de todo esto. Dejando a un lado lo raro que fue el

proceso de leerlo, ese libro me abrió la puerta para venir. El rey me esperaba, me estuvo contando, y antes de que yo hiciera el juramento, me habló del famoso Libro. Parece que es algo muy importante, y sin duda tiene que ver con el hecho de que fuera precisamente un libro lo que me trajera aquí. Así que te lo vuelvo a preguntar... ¿Qué sabes del Libro?

--En realidad... no mucho.

--Pues ya es más de lo que sé yo.

--Sé que está en la torre . Ahí ha estado siempre y no hay modo de moverlo. Yo jamás lo he visto; no me está permitido. Pero se supone que contiene la historia de los reyes. De todos: de los que fueron y de los que serán. No me preguntes cómo es eso, porque no lo sé. No lo he visto -- ¿Contiene mi historia? --Aquello ya me hizo flipar. ¿Cuándo había pasado mi cuento a ser de fantasía a ciencia ficción?

--No creo que contenga todos y cada uno de los minutos de tu vida. Probablemente tenga un pequeño resumen. Nada más.

Mi mirada se desvió hacia un punto indefinido en el suelo. Eso no me lo esperaba. Mi destino estaba ahí escrito, y me acababa de enterar. El rey podía haber tenido la amabilidad de decirme algo de ese asunto. ¿Y si no hubiera aceptado convertirme en princesa? Podía haber rehusado a hacer el juramento. De hecho, todavía podía renunciar si quisiera. No iba a hacerlo, desde luego que no, pero...

--¿Estás bien?

Asentí, con la vista todavía fija en la moqueta.

--Te has quedado muy callada. ¿Pasa algo?

Despacito, dirigí mi vista hacia Ángela y sonreí.

--No, no pasa nada. Solo que... quiero ver el Libro.

--¿Qué quieres verlo? Pero, ¿para qué? No estarás pensando en... Melania, no. No lo hagas.

--¿El qué?

--No creo que quieras ver los reyes pasados en el Libro, teniendo una biblioteca entera donde poder consultarlos con detalle. ¿Me equivoco?

--Bueno... --El asunto me parecía divertido. Creo que jamás en mi vida había sentido tanta curiosidad por nada--. Si es cierto lo que pone, el que yo lo vea no cambiará nada, y si no es cierto, ¿qué más da?

--Imagínate que te dice que te van a quemar viva tus propios súbditos el día de tu coronación. ¿En serio te haría ilusión saber eso?

--Pues mira, si dice el día que me voy a morir, al menos estaré avisada y para ese día tendré hecho todo lo que deba. Además, si no lo veo ahora, lo veré cuando sea reina. ¿Qué diferencia hay? Lo voy a ver de todas formas, Ángela. Tarde o temprano lo haré. Pero me gustaría verlo cuanto antes. ¿Podrías decírselo al rey?

Me miró muy seria.

--Ángela, te lo pido por favor. Si no quieres hacerle ese favor a una amiga, entonces cumple una orden de tu princesa. Pero me gustaría que fuera lo primero. Por cariño y no por obligación.

Se terminó su infusión, se levantó y retiró las tazas y platos.

--Como guste, Señora. Cumpliré su deseo.

## Capítulo 11

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes octavo

Pasado el tiempo que inicialmente dijeron, el médico flacucho con gafas me quitó la venda del pie. Ya estaba recuperada oficialmente, y aunque al principio me daba un poco de miedito caminar, al día siguiente de que me la quitaran me levanté de la cama y ya no notaba la falta de la venda, con lo cual mi recuperación era completa. Retomé mi ritmo habitual con las clases, si bien las de baile quedaron suspendidas hasta nuevo aviso. Volvieron a freírme con la política, que por supuesto seguía siendo el mismo rollazo insoportable que era antes. Me preguntaba si lo que me había dicho Ángela de que el rey me llevaría a las reuniones de los consejeros estaría ligado a esas clases. No estaba segura de querer dar el paso de ir a esas reuniones porque me daba que todo lo que se derivara de la clase de política no podía ser en absoluto interesante.

Ángela había dejado de tutearme durante unos días, aunque pasado ese tiempo, volvió a hacerlo. No entendía a esa mujer. ¿En qué quedamos? ¿Amiga o criada? Supuse que estaba enfadada por haberla obligado a hacer algo que no quería, pero eso es lo que hacen los criados, ¿no? Para eso los pagan. Y muy bien, por lo que ella misma me contó. Yo también debería estar molesta con ella por haberme obligado a usar mi rango ya que como amiga no me quería hacer ese favor. Puede que no estuviera de acuerdo con lo que le estaba pidiendo, pero si era mi amiga debería haberlo respetado. Aunque en realidad Ángela y las cosas de palacio era lo último en lo que quería pensar.

Porque aquella noche iba a ser mi noche.

No mi gran noche; esa ya fue y no resultó. Iba a ser mi noche, simplemente. Una noche solo para mí.

Porque iba a salir. Había elegido del vestidor un vestidito simple y cómodo que había usado hacía no mucho y que en cuanto me lo puse supe que ese iba a ser el vestido. Cogí un chal marrón, por si acaso refrescaba, y por último, algo de luz. Había ido a las cocinas y birlado una caja de cerillas (me había costado lo mío, varias visitas allí entre otras cosas) para iluminar un poco mi camino por el pasadizo. Había investigado un poco sobre los soles y esa noche iba a hacer buen tiempo. Me había preparado como buenamente pude, dadas las circunstancias.

Nunca le llegué a revelar a Ángela nada sobre el hueco entre los tablones de la pared. Sentía la necesidad de compartirlo con alguien, pero realmente no tenía con quién. Ángela era en quien más confiaba, y ni de lejos merecía que le contara algo así, como bien había demostrado. Éste era, por decirlo de alguna manera, nuestro secreto. Del palacio y mío. Era mejor no cuestionarme por qué se me había revelado ese secreto; el caso es que lo sabía, y esta vez disfrutaría del exterior con mis cinco sentidos.

Tras la cena afirmé estar muy cansada y lo acompañé con unos bostezos, que hicieron mi actuación totalmente creíble. Esperé unos minutos después de que apagaran las luces, entonces me levanté, me recogí un poco el pelo, me puse el vestido, unos zapatos casi planos, cogí un chal por si acaso y... a ello. Al acercarme a los tablones, apretar el botón y comprobar si el mecanismo respondía, casi contenía la respiración. Cuando se abrió la rendija y empujé para abrir el hueco, el momento me pareció solemne. Por fin, ahí estaba mi vía de escape. Mi libertad. Solo por una noche, pero para mí era suficiente. Al menos en aquel momento lo era. Saqué la caja de cerillas de mi escote (una de tantas veces en las que deseé que alguno de mis vestidos tuviera bolsillos) y encendí la primera. No quería arriesgarme a tropezar con algo en la oscuridad

y volverme a fastidiar un pie. Lo poco que vi del pasadizo a la luz de la cerilla no me sorprendió. Sucio y polvoriento. Al menos no había bichos, animalejos o huesos.

Tal y como recordaba, el suelo de madera pasaba a ser de piedra hacia la mitad del camino. Tras caminar un poco, finalmente llegué al amasijo de rocas que conformaba la salida. Despacito, escalé. La otra vez no eran demasiado complicadas y tampoco lo fueron en esa ocasión. Empujé la piedra por la que entraba una ligera luz en los bordes y en seguida sentí un golpe de fresco en la cara. Salí del agujero y me coloqué sobre la piedra que hacía las veces de entrada, para no perderla. Tenía que memorizarla bien, pero antes, hice lo que tanto tiempo llevaba queriendo hacer: me puse derecha, abrí los brazos, cerré los ojos y dejé que el viento se colara entre mis dedos, me acariciara la cara, me revolviera el pelo e hiciera ondear mi ropa.

--Soy libre. Libre, por fin. Estoy fuera. Y tengo toda la noche por delante.

Era como si las estrellas brillaran intensamente. Puede que desde fuera se apreciara más su brillo, o puede que realmente brillasen como nunca. Me guardé las cerillas, puesto que no las iba a necesitar. Bajé del montículo de piedras, me quité los zapatos y empecé a girar y girar, a correr y dar saltos por la hierba. Libertad, por fin. Estiré los brazos y seguí corriendo, primero dando varias vueltas alrededor del montículo y luego zigzagueando entre los árboles. Saltaba e intentaba tocar las ramas altas de éstos. Me tiré al suelo y empecé a rodar cual croqueta. La sensación de felicidad que tenía, después de tanto tiempo, de poder hacer lo que me diera la gana, era maravillosa. Y qué decir de las florecillas silvestres que me acariciaban la cara mientras rodaba. Me sentía genial. El mejor momento desde que llegué. Dejé de rodar y me quedé un rato así, tumbada boca arriba, mirando las estrellas.

Pasado un buen rato me incorporé y me calcé de nuevo los zapatos. Mi vestido era verde claro y podía llamar un poco la atención desde lejos, así que

me cubrí como pude con el chal marrón. No me tapaba todo, pero al menos no sería tan llamativa. Había memorizado bien cómo era la piedra que servía de tapón para la entrada al pasadizo, no tendría problemas para encontrarla, de modo que empecé a caminar. La brisa de la noche me acariciaba suavemente la cara y hacía bailar mi pelo, y hacía tanto tiempo que no experimentaba esa sensación, que reía e intentaba guardarla dentro de mí como un tesoro.

A lo lejos, en una elevación, se veía el palacio, con su gran explanada que conformaba la plaza del mercado, ahora vacía. No estaba excesivamente lejos, pero sin duda quien construyó ese pasadizo se aseguró de que hubiera la distancia suficiente para que desde el Palacio no fuera vista la salida ni los que la utilizaban. Por ese pasadizo no había pasado nadie en... ¿décadas? ¿Siglos? Quién sabe. Yo era la primera que lo utilizaba en mucho tiempo, y a saber si no era la primera en toda su historia. Quizás, después de todo, sí que era un secreto entre el palacio y yo. Puede que el palacio estuviera esperándome para mostrármelo. Cuando se hizo, fue por mí y para mí, esperando el lejano momento en el que yo llegara. Lo que me llevaba a pensar en el famoso Libro que tenía todo escrito antes de que sucediera. Todo aquello me parecía fascinante y quería saber más.

Caminé y caminé, tomando como referencia el palacio para no perderme. De vez en cuando me paraba y me sentaba en alguna piedra para observar el paisaje y tomar el fresco. Y descansar un poco, claro. Y caminando, empecé a avistar las primeras casitas. Ahí empezaba el pueblo. Prácticamente todas las viviendas estaban a oscuras, eran pocas aquellas en donde se veía una luz en la ventana. Me adentré en sus calles, calles que llevaba viendo a través de mi balconcito y mis ventanas durante meses, y que eran mucho más bonitas y pintorescas desde abajo. Eran muy variadas: algunas tenían tejados de paja, otras de piedra, otras tenían simplemente las clásicas tejas. Los muros abarcaban una amplia variedad de colores que iba desde el blancuzco hasta el

marrón. El material usado era la piedra, aunque se veían postes de madera, que ignoraba si se usaban como refuerzo para los cimientos o como adorno, ya que quedaban muy bonitos. Las calles eran de adoquines, había algunos postes con una pequeña antorcha que iluminaba, y la fuente que se situaba en el centro de la plaza era más bonita en persona que como me imaginé que sería al verla de lejos desde mis habitaciones.

Al otro lado de la plaza divisé un poste con un cartel. Me acerqué para ver qué ponía, y me encontré con que era un anuncio de unas festividades. El nombre de la fiesta en sí no me sonaba y no me aventuré a intentar leerlo (aunque mi conocimiento del idioma había mejorado, estaba mucho de ser perfecto), pero el cartel prometía unos días de fiestas muy divertidos, donde habría comida y bebida para todos los asistentes. Todas y cada una de las personas del pueblo estaban invitadas, y habría espectáculos de danza, magia y muchas más sorpresas. Miré las fechas y traté de cuadrarlas con el calendario que tenía en mi cabeza. Porque ni que decir tiene que iba a asistir, por supuesto que sí. Saldría por el pasadizo y me mezclaría con la gente. Viviría en primera persona lo que es ser una ciudadana normal en un mundo donde la magia estaba a la orden del día. La ilusión empezó a crecer en mi estómago como una luz brillante... Sí, tenía que ir, tenía que conseguirlo. Si no me gustaba, era tan simple como volver y meterme en la cama, pero era algo que tenía que vivir sí o sí. Estaba decidida.

Empecé a escuchar pájaros cantando. Eso solamente podía significar una cosa, y es que el amanecer estaba al caer. Me di la vuelta y me encaminé hacia la salida del pueblo, y una vez allí, de vuelta por donde había venido. Esta vez no me senté tanto como a la ida, preferí apretar el paso ya que no sabía exactamente con cuánto tiempo contaba. Cuando llegué al montículo de piedras, el ambiente ya había clareado ligeramente. Me senté sobre las piedras mientras descansaba un poco y veía el espectacular amanecer. Algunos



pajarillos se posaban cerca de mí, y no parecían tenerme miedo. Por un momento me vino a la cabeza la imagen de Blancanieves cantando mientras sostenía un pajarito que le hacía los coros. En teoría yo podía hacerlo también, que para eso me habían intentado dar clases de canto, aunque el profe cada vez estaba más horrorizado ante mis nulos progresos y mi falta de sentido vocal. Y es que, la verdad, lo hacía fatal. Pero no. Yo no era Blancanieves ni me iba a poner a cantar con los pajaritos. Mi cuento no era ese. No quería que fuera ese. Aunque cuando llegué la idea de ser una princesa en su palacio me resultaba atractiva, con el paso de los meses mi deseo de salir iba más allá: quería conocer el mundo, quería algo más que lo que Palacio me ofrecía. Y si el Rey podía irse por ahí, ¿por qué yo no?

Un pajarito se posó en mi rodilla, sacándome de mis pensamientos. Pues sí, yo era toda una princesa de cuento. Con todos los clichés, al parecer. Pero estaba decidida a que no fuera así. Cuando intenté tocar al pajarito, este levantó el vuelo y se unió a su bandada. Observé cómo se alejaban, libres. Tan libres como yo quería ser. Pero no ahora, no en ese momento, ya que tenía que volver a mi cama antes de que me descubrieran. Moví las piedras, bajé con muchísimo cuidado, enfilé el pasadizo y al poco rato estaba ya durmiendo en mi cama.

## Capítulo 12

Los meses eran de treinta y cinco días y el año de trescientos cincuenta. Según me explicaron, los primeros que llegaron de los Continentes, hace muchos, muchos cientos de años, decidieron adaptar el sistema al que estaban acostumbrados, y lo mejoraron haciendo todos los meses de igual duración. Como no había estaciones propiamente dichas, usaron un número redondo y así se empezó a contar a partir de entonces. Pues bien, ya hacía casi ocho meses que yo había llegado. Desde entonces no había tenido noticia alguna del rey, hasta aquel día. Ángela me despertó, como de costumbre, y mientras me ayudaba a vestirme, me leyó lo que tenía proyectado para la jornada.

--Hoy no tendrás clases. Cuando acabes de desayunar, vas a subir a la torre.

--¿A la torre?

--Sí, tal y como pediste. El rey te espera para hablarte del Libro.

--¿En serio? --Miré a Ángela sin disimular mi sorpresa. No esperaba tener respuesta a mi petición y mucho menos de esa manera.

--Eso parece.

--¿Y cómo va a ser?

--Lo ignoro, Melania. Lo único que sé es lo que ya te he dicho. Debes subir a la torre, allí te espera el rey. No sé qué es lo que tiene pensado decirte.

"Pero esperas que me eche una buena bronca por cotilla", pensé para mis adentros. Me senté en el tocador y las dos doncellas empezaron el trabajo que nadie en sus cabales querría hacer: mi pelo. Cuando iba a la peluquería con mi madre, normalmente eran dos las que me peinaban. Una no era capaz de hacerlo sola. Y por lo visto, hay cosas que no cambian, independientemente del lugar.

Durante el desayuno no pensaba en otra cosa. Estaba nerviosa y mi

estómago no tuvo reparos en demostrármelo. Cuando al fin me acompañaron hacia la torre, temía que acabaría vomitando lo que había tomado, que no dejaba de revolverse en el estómago. Finalmente me abrieron la puerta de la torre, y a partir de ahí debía seguir sola. Era como la torre del castillo de un cuento: estrecha, con escalera de caracol, y con estatuas de siniestro gusto iluminadas por antorchas en las paredes. A medio camino había como una especie de descansillo en el que aproveché para recuperar el aliento. Ese lugar debía de hacer las veces de trastero: distinguí algunos arcones polvorientos y varios montones de ropa igualmente llena de polvo. Me tapé la nariz y curioseé un poco. En uno de los montones de ropa me pareció ver una especie de capa marrón, o tal vez fuera un abrigo, o el hijo ilegítimo de ambos. Estaba llenísimo de polvo pero se me ocurrió que quizás pudiera serme útil. Lo aparté a un lado para recogerlo a la vuelta, y seguí subiendo las escaleras. Finalmente llegué arriba, donde me esperaba una puerta entreabierta. Despacito, la empujé, y se movió con un sonoro chirrido. La estancia que seguía era parecida a la que me encontré antes: con arcones, bultos tirados de cualquier manera y muebles y cosas viejas llenas de polvo. Desde una pared, un espejo roto me devolvía mi reflejo en mil pedazos. En otras paredes descubrí jirones de lo que una vez debieron de ser tapices, y más estatuas de gárgolas y otros bichos tétricos.

--Pasa, Melania, no te quedes ahí --Oí. Era la voz que hacía casi ocho meses que no escuchaba: la del rey Basileo. Sonaba amable y sin rastro de enfado o rencor.

Tomé aire. Allá iba. Me acerqué y vi al rey de espaldas, mirando por una ventana puntiaguda, estrecha y larga que llegaba casi hasta el suelo. Era tal y como lo recordaba: corpulento, alto, con el pelo que una vez fue negro y ahora mostraba bastantes hebras blancas. Se giró y me miró.

--Buenos días, Melania. Un placer volver a verte después de todos estos

meses. ¿Qué tal tu estancia aquí hasta ahora?

--Bien --me apresuré a contestar--. Muy bien.

--Lo celebro. Yo también fui príncipe una vez. Tuve que pasar por lo mismo que estás pasando tú. Sé que puede parecer ilógico lo que voy a decirte, pero intenta disfrutar tu época de princesa. Una vez seas reina, todo cambiará.

No entendí por qué tenía que disfrutar una época en la que me estaban intentando moldear para adaptarme a lo que ellos querían, y no me dejaban tener voz ni voto en nada, pero asentí.

--Me dijeron que tuviste un accidente que te obligó a guardar reposo varias semanas, ¿verdad? --Volví a asentir--. Espero que ya estés mejor.

--Sí, me torcí un tobillo. Nada grave. Ya estoy bien. Me cuidaron muy bien --añadí.

--Me alegro. Y veo que ya te desenvuelves bien hablando.

--Sí --Esbocé una sonrisa nerviosa--. Me cuesta todavía un poco, pero me defiendo.

--Bueno, si no me han informado mal, no estás aquí para charlar de esto. Quieres ver el Libro.

--Así es.

--Te han hablado de él y quieres verlo. Es normal. Sin embargo, antes de que lo hagas voy a explicarte lo que es exactamente. Como sabrás, siempre ha habido un rey o reina procedente de la Tierra. Tú lo eres, yo lo soy, y el rey anterior a mí también lo era. El Libro es quien los elige. Constantemente están viniendo nacidos en la Tierra. Gente que de seguro tendrá una vida mejor aquí. Entre todas las personas con predisposición a venir, el Libro elige una y la selecciona para ser el siguiente rey o reina. No podemos saber cómo lo hace ni los criterios que utiliza, simplemente el Libro elige y esa persona siempre ha resultado ser lo que se busca. Del mismo modo que sabe que los que trae

estarán mejor aquí, conoce nuestros valores y sabe que somos los adecuados para reinar.

Empezó a caminar tranquilamente a través de la estancia, esquivando muebles y trastos. Lo seguí, y al doblar una esquina, pude ver un gran atril de piedra sobre el que reposaba un libro gigantesco del que emanaba un resplandor blanco. De inmediato sentí un cosquilleo en el dedo. Lo miré, y en la base de mi dedo anular izquierdo se distinguía con total claridad un fino trazo blanco que dibujaba un anillo hecho de pequeñas estrellas entrelazadas. Era algo así como un tatuaje y lo llevaba desde el día que hice el juramento, aunque solo era visible si me fijaba mucho. En ese momento se veía hasta de lejos, y resplandecía al igual que el libro.

--El Libro te ha reconocido --me enseñó su mano, donde tenía un anillo que resplandecía igual que el mío, aunque el suyo tenía un dibujo diferente--. Nos ha reconocido. Tú eres la estrella, yo la piedra. Son los símbolos que el Libro nos ha dado. No en vano nos encontramos en el corazón del reino. Los anillos están hechos de magia, por eso no te lo puedes quitar. Apenas se ve, solamente si miras muy atentamente. Ahora brillan porque su magia está activa. Cuando aprendas a usar tu magia lo verás brillar como ahora.

--¿Mi magia? --Recordé el día en la bañera en el que hice cosas raras con el agua. No había vuelto a hacer nada más desde entonces.

--Te irá llegando poco a poco. Es un proceso lento. Pero no es de eso de lo que estábamos hablando, ¿verdad?

--No. Continúa con lo del Libro.

El Rey se dirigió al Libro y lo abrió por una página al azar. Me hizo una señal para que me acercara. Era un libro enorme y, de alguna manera, podía sentir la magia que emanaba de sus páginas. La que tenía delante tenía un marco hecho de filigranas doradas y hablaba de uno de los Reyes que había visto en clase de historia, Bertrand Hasparren.

--Fíjate. Este Rey tenía el símbolo del agua. Se dice que fue un reinado limpio y transparente. Fue el precursor de la Escuela de Construcción, que todavía sigue en pie. Destinó una gran cantidad de fondos a ella, precisamente se le recuerda por eso: sin él, no tendríamos pueblos, calles, puentes... ¿Y qué dice el Libro sobre él? "El Soberano que unió a las personas y las hizo mejores. El que estableció las bases de muchos pueblos que permanecieron durante miles de años". Esto estaba escrito mucho antes de que Bertrand llegara. Y, como sabrás, se cumplió.

Pasó unas cuantas páginas y me enseñó otra al azar.

--Catherine Thompson. Su símbolo es el fuego. Lo que sabemos de esta reina es que llevó a sus tropas a la guerra contra los elfos y murió en ella. Aunque su muerte sirvió para algo: ambos bandos decidieron terminar de pelear, de común acuerdo. Era decidida y cuentan que temperamental y de ideas fijas. Por eso tenía el fuego. Y, según el Libro, "La reina que se dio a sí misma para que dos especies pudieran vivir por fin en paz, siendo su reinado solamente de cinco años". Fíjate, cuando esta Reina murió, llamaron al anterior y volvió a reinar durante unos años más, mientras se formaba al siguiente príncipe.

Siguió pasando páginas.

--Esta es mi página. Basileo Gianakopopulos. Soy la piedra y de mí se dijo antes de que llegara, que iba a ser "Un rey que aplicó el peso de su deber para salvaguardar la seguridad de su raza sin importar el precio o sacrificio a pagar". Y, ciertamente, es lo que he intentado desde hace mucho tiempo. Un rey se debe a su pueblo. Si hay que tomar medidas drásticas, se toman. Todo sea por el pueblo y por las generaciones futuras. El que el pueblo te quiera o te odie cuando seas reina no es algo que te deba importar. El deber es el deber, y ya lo aprenderás. Siempre habrá gente que no esté de acuerdo con las decisiones que tomes, y esa gente suele ser la que hace más ruido, pero tú

debes satisfacer a lo que te parezca que es justo. Por eso puse los consejeros. Te serán de mucha ayuda cuando subas al trono, ya lo verás. También dice "El soberano que marcó el final". El tiempo dirá qué significa esto, que no te extrañe que aparezcan cosas que no entiendes. Tú estás destinada a convertirte en reina y por eso tienes una página en el Libro. La que viene a continuación de la mía --Hizo una pausa--. ¿Quieres verla?

Me quedé callada unos segundos. Tenía un presentimiento raro.

--Sí --respondí.

Pasó la página.

Me puse delante de ella y coloqué mis manos en la parte de abajo, tapando las letras. Me temblaban. Leí arriba mi nombre: Melania Martínez. Símbolo: la estrella. Fecha en la que subió al trono: en blanco. Tragué saliva porque estaba a punto de leer el spoiler de mi vida. Literalmente. Despacio, retiré las manos y leí.

"La muchacha que traicionaría a la Casa Real en su propio beneficio. Aun siendo la reina que contaba con la mejor preparación para el cargo, el fin de su reinado llegó abrupta e inesperadamente cuando aún no llevaba un año en el trono."

Y abajo ponía:

"Última soberana"

La mirada se me desenfocó. Y supe por qué Ángela me decía que no debía leerlo. Iba a subir al trono, y lo iba a hacer a lo grande puesto que se me recordaría por traicionar a la Casa Real porque yo lo valía. No contenta con eso, como reina lo iba a hacer tan mal que me iban a asesinar al poco tiempo. De hecho, iba a batir algún récord de chapucería, porque el Libro no tendría narices de llamar a más gente para reinar.

Mi destino era ser la María Antonieta de mi propio cuento macabro.

## Capítulo 13

Durante los siguientes días traté de no pensar en ello. Ángela no me preguntó y yo no se lo quise contar. No tenía ni idea de cómo me las iba a apañar para traicionar a lo que yo representaba aquí en mi propio beneficio y luego hacer que el pueblo me liquidara con viento fresco. Lo de hacer lo que me diera la gana... tenía que reconocer que sí que podía ir conmigo. Pero, ¿tanto me iban a odiar las gentes? ¿Hasta el punto de matarme? Intentaba quitar el Libro de mi cabeza, pero no era fácil. Lo que tenía que hacer era concentrarme en la fiesta a la que iba a asistir con toda seguridad en dos días.

Durante los ratos que tenía libres, intentaba hacerle un apaño al saco-trapo que había cogido de la torre. Al no encontrar nada que pudiera servirme para limpiarlo, decidí sacrificar mi cepillo del pelo (ya traerían otro cuando advirtieran su desaparición), y a base de mojarlo en agua y frotar y frotar, conseguí sacarle al saco-trapo todo el polvo. Cogí un poco de los pétalos de flores que usaban para perfumar mi ropa y lo usé para intentar quitarle el olor a viejo. En otro tiempo, eso había sido sin duda un abrigo. El corte no era especialmente bonito, parecía más bien un saco al que le habían abierto por delante y cosido un par de mangas y una capucha, pero la tela era buena y tenía unos pocos botones para abrocharlo. Me lo probé y me sentaba tan bien como a un santo dos pistolas, pero sin duda me serviría. No podía ir por ahí y mezclarme con la gente vestida de princesa. El abrigo-saco no era bonito, pero sí discreto y pegaría con lo que yo veía por la ventana llevar a la gente.

Finalmente llegó la gran noche. Era el primer día de celebraciones, y no pensaba perdérmelo. Como la anterior vez, esperé unos minutos después de que me apagarán la luz, me levanté, me puse un vestido simple y cómodo y me recogí un poco el pelo. Guardaba mi abrigo-saco en el pasadizo: tenía la completa seguridad de que era el único sitio donde nunca mirarían. Y así, con



mi caja de cerillas y enfundada en la prenda más horrenda que jamás me había puesto, atravesé el pasadizo y me dirigí al pueblo.

Ya de lejos se oía la algarabía de la fiesta. Antes de meterme en las calles del pueblo, ya había gente riendo alegre y feliz y algunos juegos de tiro con arco, encestar o pescar frutas en el agua. Echaba tanto de menos estas multitudes que enseguida me dejé contagiar de la alegría de la gente. Cuando me metí en el pueblo, vi un grupo que miraba algo asombrado, y cuando me acerqué para ver qué era, resultaron ser unos saltimbanquis que hacían auténticas acrobacias y piruetas. En otra calle un mago parecido a Gandalf el azul marino deleitaba a los asistentes con algunos trucos a los que la gente, entre la que me incluí, aplaudía asombrada. Más allá, una mujer que dijo poder ver el futuro se ofreció a leerme el mío, a lo que me negué. Ya había tenido suficientes dosis de profecías, había aprendido la lección. Seguí caminando entre puestos y gente variopinta, y así llegué a la plaza principal. De la fuente ya no salía agua, salía un líquido marrón oscuro que me recordó al café... y a la coca-cola. La gente bebía alegremente de ella. A un lado, un hombre tenía varias cajas de donde sacaba vasos como de latón y los repartía. Me acerqué, curiosa, y me dio un vaso.

--¡Adelante, bebe! --me invitó.

--¿Qué es?

--Es karengi. Aprovecha, que mañana la fuente volverá a ser de agua corriente.

Llené el vaso y di un sorbo. No era coca-cola, pero tenía cierto regustillo a burbujas que me cosquilleaban en la garganta, lo cual me trajo recuerdos y me hizo dar un traguito. Lo saboreé bien. No estaba malo, ciertamente. Me terminé el vaso y me puse otro. Ese me lo bebí de un trago. Volví a llenarlo y me alejé de la fuente, porque tampoco era plan de hincharme a beber. Ya volvería más tarde. Seguí caminando y encontré un grupo de baile. Estaban

vestidos con trajes a juego y ejecutaban una alegre danza mientras el público los acompañaba con palmadas y, detrás de ellos, una chica con una melena rubia preciosa tocaba el arpa y un hombre con el pelo castaño tocaba el clarinete. Me quedé a verlos bailar un par de numeritos y me hubiera quedado más, pero quería ver la feria completa. Pasé de nuevo por la fuente, bebí más karengi, y a continuación tomé otra calle donde había un grupo que cantaba. Sus voces eran melodiosas, casi líricas, y aunque no presté mucha atención a lo que decían, cantaban tan bien que me quedé bastante rato observándolos. Volví a la fuente, bebí un poco más y de nuevo fui donde los bailarines, que me habían gustado mucho y me apetecía seguir viéndolos.

Estaba yo tan feliz dando palmas con todos, cuando empecé a ver luces de colores delante de mí. Sacudí la cabeza, me froté los ojos y sentí como si el suelo empezara a moverse. Me alejé del grupo y me apoyé en una pared. Yo no era chica de mareos, en ese sentido mi cuerpo era bastante fuerte. ¿Qué me estaba pasando?

Busqué un sitio para sentarme; por fortuna el pueblo estaba lleno de bancos de piedra y no tardé en encontrar uno. Traté de tranquilizarme; sin duda esto se pasaría en unos minutos.

Cuando me pareció que estaba mejor, me levanté y volví a la fuente. Tras beber un poquito más, seguí caminando, pero las luces de colores volvieron, fosforitas y de tonos psicodélicos. Me puse a un lado y me masajé los ojos. Hasta con ellos cerrados veía las dichosas luces. Aquello no iba bien. Con todo el dolor de mi corazón, llegué a la conclusión de que había llegado el momento de retirarse. Así que despacito y apoyándome en la pared, emprendí el camino hacia la salida del pueblo. Pero aquello iba a peor, a cada paso me mareaba más. De vez en cuando paraba, apoyaba la espalda y la cabeza contra la pared, cerraba los ojos y cogía fuerzas. Cada vez me costaba más moverme, y si a esto añadimos un fuerte dolor de cabeza, el resultado era un problema

grave. Necesitaba volver y descansar. Y ya no estaba segura ni siquiera de si sabría encontrar el camino de vuelta en esas condiciones.

Vi otro banco de piedra vacío y me senté. Con el vaso de karengi aún en las manos, apoyé los codos en los muslos e incliné el cuerpo hacia delante, confiando en que esa postura fuera más efectiva que las otras. Estaba preocupada: me había metido en un lío del que difícilmente iba a salir.

--Disculpa --dijo una voz a mi lado--. ¿Te encuentras bien? Te he visto y me pareció que estabas...

Su pregunta quedó interrumpida cuando levanté la cabeza y lo miré a la cara. Porque me reconoció. Y yo lo reconocí a él: era el doctor Westley. El que me atendió el tobillo en el gran salón tras la caída.

Hubo unos momentos de silencio. Si hacía un momento pensaba que las cosas no podían ir a peor, evidentemente me equivocaba. Eso ya era el fin. El fin de mi excursión, de mis escapadas, de todo, si no se me ocurría algo rápido. Y tal y como me encontraba, no estaba como para ponerme a pensar algo para salir del paso.

--Mi Señora... --Se llevó la mano al pecho e hizo una ligera reverencia.

No podía inventarme nada. No me quedaba más remedio que decirle la verdad y confiar en él. Después de todo, era médico y quizás pudiera ayudarme. Y, a fin de cuentas, en la situación en la que me encontraba, ya no tenía nada que perder. Moví la cabeza de un lado a otro muy suavemente.

--Me encuentro muy mal. Ayúdeme, por favor.

Se agachó a mi lado.

--¿Qué le pasa?

--No puedo andar. Me mareo mucho. Me duelen los ojos, veo como... luces, y... la cabeza...

--Entiendo --En ese momento, reparó en el vaso que yo aún tenía en la mano--. ¿Me permite?

Me cogió el vaso y se lo llevó a la nariz. Inmediatamente reconoció el olor.

--¿Karengi? --masculló más para sí mismo--. ¿Ha tomado karengi, mi Señora?

--S-sí --respondí con dificultad.

Se quedó mirando el vaso unos segundos y golpeándolo suavemente con un dedo mientras pensaba. Finalmente se puso en pie y extendió las manos para ayudarme a levantarme del banco.

--¿Ha traído escoltas? ¿Están cerca?

Negué con la cabeza.

--¿No? --Parecía extrañado--. Bueno... acompáñeme a la clínica. No está lejos. Vamos. La ayudaré.

Y así, me dejé llevar por él, sin mirar el camino, sin pensar en nada. Caminamos entre la gente por unas cuantas calles hasta que llegamos a un edificio iluminado y bastante mayor a las casitas. Antes de entrar, me paré en seco. Intenté buscar unas palabras amables y algo con sentido antes de que me volvieran a fallar las fuerzas, pero mi cerebro estaba totalmente embotado.

--¿Pasa algo, mi Señora?

--Doctor, por favor --Hice un esfuerzo y lo miré a los ojos--, no me delate. No diga quién soy. Por favor.

Me miró con extrañeza.

--Tengo que hacerlo para que avisen en Palacio y vengan a recogerla.

--No quiero que avisen.

--Sin duda deben estar buscándola...

--No me buscan. Estoy sola.

--Mi Señora, le ruego que me disculpe si no he sabido explicarme bien, pero es necesario que...

--Nadie sabe que estoy aquí.

Me miró con cierto asombro. Empezaba a entenderlo.

--Por favor. No diga nada. Por favor --Hice una mueca. La cabeza casi me estallaba.

--Está bien. Venga conmigo.

Entramos en la clínica. La luminosidad del interior me cegó. En el recibidor, oí cómo una chica lo saludaba.

--Eh, Westley, has vuelto muy pronto.

--Acércame mi maletín. ¿Qué sala está libre?

--Aquí lo tienes. Pues tu sala está ocupada ahora mismo.

--Lo sé, pero dame una para atender a esta chica.

--Pasad a la sala siete. Ten la llave.

--Bien. Gracias.

Me condujo a una sala, encendió las luces y cerró la puerta.

--Bien, lo primero... quítese el abrigo, está sudando.

Empecé a desabrocharme los botones mientras él iba a una pequeña pila y se lavaba las manos. Cuando acabó, me ayudó a sentarme en una especie de mesa alargada de madera de la que me quedaban los pies colgando, abrió su maletín y empezó a sacar aparatejos. Me tomó la temperatura, el pulso y me auscultó por la espalda.

--¿Cuánto karengi ha tomado?

--No sé. Bastante.

--¿Más de tres vasos?

--Sí.

Salió un momento de la sala y volvió enseguida con una botella o más bien garrafa tamaño XXL. Sacó un vaso y lo llenó.

--Beba. Es agua. Tiene que eliminar el karengi de su organismo y ésta es la manera más rápida. Beba toda la que pueda. Si necesita usar el excusado, está ahí. Vuelvo en unos minutos. No se mueva.

Dicho esto, salió de nuevo. Yo obedecí y bebí agua. No tenía apenas sed, pero si beber agua me iba a ayudar, estaba dispuesta a beberme una piscina si era necesario. Curiosamente, el agua empezó a hacerme efecto casi de inmediato. Tras unos cuantos vasos y una visita al excusado, noté que me había despejado bastante.

Tal y como dijo, volvió en unos minutos con un cazo lleno de algo humeante. El olor me pareció manzanilla y algo más que no reconocí.

--¿Qué tal? ¿Algo mejor? Bueno, esto, en cuanto se enfríe un poco, le limpiará el estómago y le calmará el mareo --Dejó el cazo en una mesita auxiliar y se apoyó en la mesa principal, quedando frente a mí--. Estoy seguro de que lo que tiene es debido al karengi. Es una bebida que a los nacidos aquí no les hace nada, un simple refresco, pero a los nacidos en los Continentes les sienta inexplicablemente mal. Pueden darse vómitos, desmayos, taquicardias, incluso ha habido gente que se ha ahogado. La reacción que ha tenido usted es bastante común, por suerte la respiración está bien, no tiene fiebre y el pulso es normal. ¿No sabe exactamente cuánto bebió?

Me puse a hacer memoria. En cada visita a la fuente había tomado dos vasos y uno extra para el camino. Y había ido por lo menos tres veces.

--Pues... nueve, creo...

--Nueve --Sus labios articularon algo como "guau"--. Es una buena cantidad. Los nacidos en los Continentes no suelen tomar más de tres o cuatro. Ha tenido suerte.

Suerte. Dentro de lo que cabe, sí. La había tenido. Y ahora me tocaba a mí decir algo. Se lo debía.

--Yo... no sé cómo empezar. Pero, ante todo, gracias. De verdad.

--Ha sido un placer. Es mi trabajo.

--No solo por atenderme. También por su discreción.

Se puso muy serio.

--Mi Señora, respecto a ese tema, debo decirle que me he puesto en riesgo. Si alguien se entera... sería fatal, tanto para mi carrera en general como para mi persona en particular. Por más princesa que usted sea, el rey es quien nos gobierna. Si alguien viera a la princesa deambular fuera de Palacio como lo estaba haciendo usted, y no avisa, puede ser acusado de traición al rey.

Era cierto. Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. "No llores, no llores", me repetí mentalmente.

--Lo sé. Si lo que quiere es una compensación, trataré de...

--No quiero una compensación, mi Señora. Como ya le dije, es mi trabajo. Pero cuando alguien como usted le pide a alguien como yo que haga algo por lo que me pueden acusar de traición, quiero creer que hay un buen motivo. Y me gustaría saberlo, por mi propia seguridad.

Empecé a hipar y ahora sí, las lágrimas empezaron a brotar. Lo último que quería era involucrar a terceras personas, y vaya si lo había hecho. Y de qué manera. Me sentía como una niña caprichosa que no medía las consecuencias de sus actos, una pija que no veía más allá de su voluntad. Yo solamente quería tomar el aire y pasear un rato. No quería meter en un lío a nadie.

Cogió una caja con pliegos de papel y me la acercó. Me miró preocupado.

--Lo siento. Si he dicho algo inapropiado...

--No, no --sollocé--. Solamente ha dicho la verdad.

--Por fortuna, todo ha acabado bien. No hay nada que lamentar, en mi opinión no es... --Pareció pensar lo que iba a decir-- tan grave como para merecer unas lágrimas.

Empecé a sacar pliegos y a secarme las lágrimas.

--No... No es por eso. Es todo lo que me está sucediendo desde que llegué. Perdóneme. Se me pasará.

Mientras me secaba la cara y trataba de calmarme, él fue hacia el cazo con la infusión y la vertió en un vaso.

--Tenga. Esto le sentará bien. Hay más, por si lo necesitara.

--Gracias.

--¿Quiere contármelo? A veces viene bien hablar.

Me bebí la infusión de un trago, me sequé la cara y respiré. La cabeza apenas me dolía ya, y las luces de colores habían desaparecido.

--¿Me promete que no se lo dirá a nadie?

--Eso depende de lo que me cuente --sonrió--, pero en principio puede estar tranquila.

Bajé la mirada hasta mi regazo, cogí aire y empecé.

--Llevo muchos meses aquí. Ahí... encerrada. No me está permitido salir. Ni sola ni acompañada. Todos los días me llevan de un lado para otro, me exigen más y más, me aprietan las tuercas, todo el mundo me dice lo que tengo que hacer, cómo debo hablar, cómo debo moverme, cómo debo pensar, y cómo debo ser. Cada vez me sentía más un animal o un trozo de masa manejable y menos persona. Necesitaba salir. Respirar el aire de fuera, volver a pisar la hierba, correr y... ser libre, aunque fuera por un rato. Créame que lo necesitaba. Si seguía ahí, me iba a volver loca. Un día descubrí un pasadizo que nadie más conocía y que me dejaba fuera. Fue entonces cuando me torcí el tobillo la primera vez --Sonreí ligeramente al recordarlo, y levanté la cabeza--. Cuando supe de los festejos, tenía que ir. Es difícil de explicar, pero... necesitaba volver a sentirme una persona.

Él me escuchaba mientras asentía. Cuando acabé, tenía cara como de estar digiriendo todo lo que acababa de soltarle. Volví a sentirme estúpida. La pobre niña rica.

Bajé de nuevo la vista a mi regazo y me sorbí los mocos.

--No era mi intención mezclar en esto a nadie, se lo aseguro... lo que he hecho probablemente le parezca absurdo, pero es que...

--En absoluto.



--¿Lo dice en serio? No tiene por qué darme la razón si no es cierto...

--Lo entiendo, se lo digo sinceramente. Es más: apoyo lo que ha hecho --  
Me sonrió y me colocó una mano en el hombro--. Y, si me lo permite... no llore más, todo está bien. Ánimo.

--¿Me guardará el secreto?

--Sí. Tiene mi palabra.

Sonreí yo también y me sequé los restos de las lágrimas.

--Normalmente no soy tan llorona.

--Bueno --Siguió sonriendo--, es normal, dadas las circunstancias. Pero ya está, ¿eh? Por mi parte, no ha pasado nada.

Nos quedamos mirándonos unos segundos.

--¿Cómo va ese mareo? ¿Se encuentra un poco mejor? Tómese otra taza de infusión. Le sentará bien.

--Creo que se me va pasando --Me puse en pie.

--¿A ver? Camine un poco... sí, parece que está usted mejor. El agua le ha hecho efecto muy rápido.

--Doctor, me gustaría agradecerle esto, pero no sé muy bien cómo...

--No se preocupe. Sería difícil si queremos que siga siendo un secreto. Tenga, póngase el abrigo. Nos vamos.

--¿Nos vamos?

--Usted tiene que regresar a Palacio, a ser posible antes de que se den cuenta de que no está, ¿verdad?

--Sí, claro...

--Y no pensará que voy a dejar que vaya sola a estas horas de la madrugada.

--No es la primera vez que lo hago.

--Pero sí sería la primera vez que lo hace recién salida de una intoxicación por karengi. Como médico, me quedo más tranquilo si la acompaño.

Y así fue como me encontré a altas horas de la noche paseando con un médico al que apenas conocía, pero al que acababa de abrirme y contar mi secreto. Me sentía extrañamente relajada y cómoda a su lado, mucho más de lo que había llegado a sentirme junto a Ángela a lo largo de ocho meses. Tenía ganas de hablar con alguien en confianza, pero hasta ese momento no me había dado cuenta de hasta qué punto lo necesitaba.

--Entonces, me está diciendo que no le está permitido salir. Ni siquiera con escolta.

--No, y créame que lo he pedido muchas veces, y siempre me han dicho lo mismo: que son las normas.

--No es sano estar tantos meses aislada y encerrada. Es bueno tomar el aire de vez en cuando. De verdad, entiendo por qué ha salido a escondidas. Ha hecho bien.

--Pensé que valía la pena correr el riesgo. Lo necesitaba. Pero no pretendía molestarle... Ni a usted ni a nadie... Mi intención era pasar desapercibida.

--No me ha molestado. No se preocupe. Aunque reconozco que no me lo esperaba.

--Yo tampoco, la verdad --Sonreí.

--El día que saltó la noticia de que teníamos nueva princesa, hace unos ocho meses, sí... recuerdo el sentimiento general de la gente, y era que querían conocerla. Se preguntaban cuándo iban a presentárnosla oficialmente.

--Es una buena pregunta. En realidad, la primera vez que vi gente que no fueran criados, fue el día de la ceremonia.

--Es increíble que la hayan mantenido aislada tanto tiempo.

--Estuvieron preparándome para la gala durante semanas. Y el final ya lo conoce. Fue muy frustrante.

--Sí. Debió de serlo.

--¿Y usted, qué me cuenta, doctor? ¿Le gustó lo que vio de mi cárcel particular? --reí.

--Bueno --rió también--, no es que ver el palacio por dentro fuera una de mis ambiciones. Cuando la vi caer y rodar escaleras abajo, ni siquiera pensé en otra cosa salvo que había una persona que necesitaba mi ayuda. Pedí una copia del informe, pero sobre todo para tenerlo de recuerdo. No todos los días atiende uno a la princesa y algún día supongo que se lo podré contar a mis hijos o a mis nietos.

Hubo unos momentos de silencio.

--¿Le ha gustado lo que ha visto hoy en el pueblo? --me preguntó.

--Sí --respondí--, me ha encantado todo. No he podido ver mucho, pero lo que he visto ha merecido la pena. La pareja que tocaba, los que bailaban, los cantores, los puestos de diversiones...

--El karengi...

Ambos reímos.

--Nueve vasos es algo totalmente anormal e inusual para alguien no nacido aquí, princesita. Me sorprende que aún se mantuviera en pie.

--Te aseguro que si hubiera sabido que produce resaca instantánea, no hubiera bebido ni una gota.

--¿Y no notaste que te estaba sentando mal?

--Pues... sí, empecé a ver lucecitas parpadeantes, pero no le di importancia. Ni siquiera lo achaqué a la bebida. Es que estaba muy bueno y todo el mundo lo estaba bebiendo, hasta los niños. ¡Cómo iba a suponer que me iba a dejar así!

Volvimos a reír, y añadí:

--¿Sabes una cosa?

--¿Qué?

--En realidad creo que fueron más de nueve.

--Dioses, si eso no te ha matado, ya nada lo hará. ¿No has pensado en ir a algún concurso? Te llevarías un premio seguro con ese aguante.

--Ni loca. No vuelvo a beber eso en mi vida.

Y de ese modo, entre risas y bromas, llegamos al montículo de piedras que tapaba la entrada al pasadizo. Estaba a punto de amanecer.

--Gracias por acompañarme. Me quedo aquí. El pasadizo está bajo esas piedras.

--Ha sido un placer, princesa --Hizo una ligera reverencia--. Mi Señora.

--Melania. Puedes llamarme Melania. Es mi nombre.

Se quedó mirándome unos segundos.

--Está bien, siempre y cuando tú me llames Westley.

--Trato hecho --Sonreí.

Me senté sobre las piedras.

--¿Estás cansada?

--No. Pero voy a quedarme aquí un poco, antes de entrar y volver a estar encerrada. Los últimos momentos de libertad.

Se sentó a mi lado.

--Viendo el amanecer. Chica lista.

Y nos quedamos así, en silencio, viendo como una estrella se convertía en sol, nos saludaba con sus primeros rayos color naranja pálido y poco a poco su luz iba bañando bosque, pueblo y palacio.

## Capítulo 14

Aquel día fue horrible. Apenas había pegado ojo cuando me despertaron y durante el proceso de vestido y peinado estaba en modo zombi. Ni siquiera me enteré cuando Ángela me leyó los planes para el día, ni de las clases, que se sucedieron lentamente una tras otra. A mediodía comí con avidez, y es que realmente estaba hambrienta. Sin embargo, en la merienda, empecé a dar cabezadas en la mesa. Le dije a Ángela que había tenido pesadillas que me quitaron el sueño, y diría que se lo tragó.

Pasaron unos días sin nada digno de mención: todos y cada uno de ellos, exactamente iguales. Finalmente, sabiendo que era la última noche de fiestas en el pueblo, decidí hacer otra excursión fuera y ver la clausura. Metida en mi abrigo-saco, atravesé el pasadizo y salí al exterior.

Decidí tomarme unos minutos para saborear la libertad antes de encaminarme hacia el pueblo. Me senté en las rocas, levanté la cabeza y dejé que el aire de la noche me acariciara la cara una vez más. Los soles eran azules y el cielo estaba lleno de estrellas, como el primer día que fui al pueblo y caminé sola por sus calles, lo que significaba que sería una noche en la que no faltaría la luz. No tendría problema para volver, siempre y cuando no me diera por beber sustancias alucinógenas o algo parecido, claro. Me puse en pie y miré al frente. De repente, me pareció que algo se movía. Un escalofrío me recorrió por la espalda. Efectivamente, ahí había alguien. El corazón se me disparó. Di un paso atrás y me dispuse a volver al pasadizo. Pero el estar tan nerviosa no fue bueno, porque me apoyé mal y me vine abajo. Oí pasos que corrían hacia mí.

--¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Reconocí la voz. No podía ser. Me senté y miré. Era Westley.

--¿Qué haces aquí?

--Acompañarte a la fiesta. ¿No es ahí a donde vas? Hoy es el último día.  
Me quedé sin palabras.

--Pero... ¿cómo...?

--Sí, bueno. La segunda noche no ibas a salir, por motivos obvios. Las siguientes tuve turno de noche y no sé si saliste o no. Hoy lo tengo libre y pensé que, ya que era el último día, pudiera darse el caso de que cierta princesita desobediente quisiera escaparse de su palacio.

--¿Y qué hay de lo de que alguien me reconozca y te acuse de traidor?

--Quizás me puse demasiado nervioso al respecto el otro día. Luego lo pensé mejor. Tendríamos que tener muy mala suerte para encontrarnos a alguna de las personas que estaban presentes cuando te vendé el tobillo y que nos denunciara. Y, si sucediera, siempre puedo decir que no te reconocí.

Me quedé callada. Sonaba plausible. Ventajas de que no hubiera sido presentada oficialmente aún. Era muy improbable que alguien me reconociera, y aún más improbable que lo reconociera a él también. Me puse de pie. Westley me ayudó a levantarme.

--¿Te has hecho daño?

--No, estoy bien --me sacudí el abrigo--. De tres veces que nos hemos encontrado, dos de ellas me has visto cayéndome al suelo. Debes de pensar que soy la chica más torpe de la historia.

--Y la tercera con intoxicación por karengi, no lo olvides.

--No te preocupes, no lo olvidaré. Aprendí la lección.

--¿Qué suelen darte de beber en Palacio?

--Agua. Y a veces con fraselia. Infusiones y esas cosas.

--Pues entonces, hoy voy a ponerme en mi papel de anfitrión y voy a mostrarle a la princesita venida de los Continentes la gran variedad de bebidas autóctonas que puede disfrutar sin riesgos.

Y lo hizo, vaya que sí. Me llevó por la parte exterior del pueblo donde

estaban los puestos de comida y bebida, y de casi todos salía con un par de vasitos, me decía el nombre de la bebida y me explicaba de lo que estaba hecha. De algunos puestos incluso me traía algo de comer, siempre casero, que jamás había probado en Palacio. Me contaba historias y anécdotas de cuando había probado aquellas cosas por primera vez, de su primera borrachera, o de las raras frutas de las que se extraían algunos zumos muy inusuales de ver. Yo le contaba cosas de la Tierra, de los vinos, la cerveza, el champán y algunas bebidas alcohólicas. Le hablé de la coca-cola, la leche, los batidos y los helados. Él me escuchaba con atención y se sorprendía con algunas de las cosas que le contaba: --Espera, espera. ¿Que toman pescado crudo? ¿En serio?

--De verdad. Te lo prometo. El sushi es arroz hervido y lleva pescado crudo, o verduras o lo que ellos quieran ponerle. Pero sí, uno de los ingredientes de la comida japonesa es el pescado crudo. A los occidentales se nos hace raro, pero una vez lo probamos, no está tan malo. Lo peor de ir a un restaurante japonés es comer con palillos.

--¿Palillos? ¿No tienen cubiertos?

--Si los pides, te los dan. Pero normalmente en la mesa hay un par de palillos de este tamaño, que los tienes que coger como... así... y con eso comes. A mí no se me da del todo mal, mis abuelos eran unos expertos, pero mis hermanos no saben. Se les cae todo --reí.

--Tu familia está en...

--Sí. En mi mundo.

--¿No los echas de menos?

--No --Hubo unos momentos de silencio y finalmente añadí--. Prefiero vivir en una cárcel como es Palacio antes que volver con ellos.

--¿Quieres hablar de ellos?

--No. No ahora, quiero decir. Estamos de fiesta, ¿no? Vamos a hablar de cosas alegres.

Hablamos, nos contamos historias de nuestros respectivos mundos, lugares que para el otro resultaban tan extraños como fascinantes. Le hablé de la medicina en la Tierra, de los hospitales, los centros de salud, las especialidades, de los médicos y enfermeras, de las farmacias y de algunas enfermedades. Él escuchaba atónito, casi sin pestañear. Me estuvo contando que la carrera de medicina eran cinco años de estudio, y no existe especialidad: los médicos tienen que saber de todo. Aunque también es una carrera que estaba abierta a la investigación y, de hecho, existían muchos libros escritos por médicos que complementan y ayudan a otros médicos en casos complicados o inusuales.

--¿Y te ves tú escribiendo un libro de esos?

--No. Qué va. En absoluto. No me siento atraído por ningún tema médico en particular. Me gusta la medicina en general.

--Quizás algún día encuentres un caso que te haga cambiar de idea.

--Quizás, sí. Tengo una idea: escribiré uno al que llamaré "El karengi y sus diferentes efectos en inmigrantes"

Nos reímos a carcajadas los dos.

--¡No te atreverás!

--Y contaré el increíble caso de la princesita que no solo se bebió más de nueve vasos sin caer fulminada, sino que sigue viva.

--Te lo clasificarán en novela de ficción.

--Probablemente.

--En historias de terror.

--¿Qué le ponemos para hacerlo más entretenido?

--Un kraken.

--¿Un qué?

--Nada, olvídale --empecé a reírme--. Es un bicho marino que no existe. En mi mundo hay novelas y relatos donde sale, pero es todo inventado. Tiene



tentáculos y aplasta y destroza barcos.

--Espera, que esto promete. Un kraken de esos, que se pone a beber karengi... y acaba... ¿dónde?

--En una pescadería.

--¿Acabamos de crearlo y ya lo quieres matar? Princesita despiadada. Procuraré no enfadarte cuando seas reina.

--Bueno, entonces, en lugar de mandarlo a una pescadería, le damos una oportunidad y le hacemos pequeñito con magia, ¿vale? Y lo podemos mandar de excursión a buscar las bolas de dragón por el mar para que pida un deseo. Su deseo sería poder vivir tanto dentro como fuera del agua.

--Pero qué imaginación tienes.

Seguimos contándonos historias y bromeando durante mucho rato, tanto que perdimos la noción del tiempo y nos sorprendimos cuando, finalmente, los puestos empezaron a recoger, lo que significaba el fin de la jornada festiva y de la fiesta en general, hasta el año siguiente. Con pesar, nos pusimos camino de vuelta al bosque y al montículo de piedras. Al llegar a la entrada al pasadizo, me senté sobre las rocas para contemplar el amanecer. Él se sentó a mi lado. El cielo empezó a clarear y ambos lo contemplamos en silencio. Finalmente fui yo la que habló: --Westley.

--Dime.

--Gracias por esta noche.

--¿Lo has pasado bien?

--Muchísimo. No sabes cuánto.

--Me alegro. Yo también lo he pasado muy bien.

--¿Volveremos a vernos?

Él se quedó callado. En el fondo, me lo temía. Al dar las doce, Cenicienta tuvo que volver a su casa; el sueño se acabó. Pero era lógico: aunque en estas dos salidas no nos había pasado nada, si seguíamos viéndonos por el pueblo,

era cuestión de tiempo que alguien acabara descubriéndonos. Ambos lo sabíamos. No me estaba permitido salir, como había quedado claro, y no solamente me estaba arriesgando yo al hacerlo, sino que también le estaba poniendo a él en un aprieto. Finalmente, me incorporé y busqué la piedra que taponaba la entrada al pasadizo.

--Sí --dijo de repente.

Yo ya tenía casi abierto el hueco que taponaba el agujero. Me paré y lo miré.

--Claro que volveremos a vernos --aclaró con una sonrisa.

Quería preguntarle cuándo. Quería proponer fecha para otra salida como aquella. Pero no quería que se me notara ansiosa ni desesperada. Porque no lo estaba. ¿O sí?

--Vete ya, no vayan a llegar antes que tú.

Tenía razón. Me metí despacito en el agujero.

--Que duermas bien, princesita.

--Tú también. Que descanses.

Dicho esto, cerré la abertura en las rocas encima de mi cabeza y seguí por el pasadizo hasta mis habitaciones que, como era de suponer, estaban tal y como las dejé. Me puse el pijama, escondí mi abrigo-saco y me metí en la cama. Una vez allí, me puse a evocar los momentos de la noche anterior, las risas, las charlas, las bebidas, los puestos... No podía dejar de sonreír. Realmente habían sido las mejores horas que había vivido desde que llegué. Y en todos esos recuerdos podía ver la sonrisa de Westley y sus ojos azules como el mar.

## Capítulo 15

Exteriores del Palacio Real

Año de gracia 25 de Basileo

Mes noveno

A pesar de que era perfectamente consciente de que no podía quedarme en vela tantas noches y mucho menos seguidas, casi todas las noches cruzaba el pasadizo y salía al montículo de piedras, aunque no con la intención de quedarme hasta el amanecer. Me autoconvencí de que salir a tomar el aire era sano y me propuse dedicarle un rato todas o casi todas las noches. Hasta yo misma me notaba mejor, porque ya no tenía esa sensación de que me faltaba el aire, y me sentía más tranquila en mi día a día. Incluso una noche que lloviznaba me quedé allí. El agua me empapó el pelo y el vestido, pero yo aún así estaba feliz, me sentía viva y me marqué un bailecito en plan *Cantando bajo la lluvia*, corriendo por ahí con los brazos abiertos y dando vueltas cual animalillo silvestre.

Otras noches en las que las estrellas brillaban especialmente, me quedaba mirando la gran montaña. Me imponía igual que el primer día y sentía cierta empatía entre ella y yo, como si me estuviera invitando a descubrir lo que había por esa zona.

Una de esas noches, mientras la miraba, cerré los ojos y me puse a cantarle a la montaña una de las canciones de *Sonrisas y lágrimas*. Suponía que nadie podía oír mis berridos, así que no tenía de qué preocuparme. Estaba cantando (o más bien destrozando) una de las canciones de la peli, cuando oí un ruido detrás de mí y me giré, asustada. Westley estaba apoyado en un árbol observándome. Evidentemente, me había oído. Al verlo, el corazón empezó a latirme más deprisa. Nos quedamos unos segundos mirándonos, hasta que

decidí romper el silencio.

--Buenas noches, Westley.

--Buenas noches. Perdóname. No quería interrumpirte.

--No te preocupes. No pasa nada --En ese momento, me sentí ridícula. Le estaba cantando a una montaña. Qué estupidez--. No te quedes ahí, puedes sentarte... si quieres.

Salió de entre los árboles y se sentó en las piedras a mi lado.

--Me he dado cuenta de que tuviste muy buen gusto cuando escogiste este lugar para tomar el aire y relajarte de tu día a día. Está alejado, solitario, tranquilo... es ideal.

--¿Ah, sí? Me alegro de que te guste.

--Sí. De hecho, te he copiado la idea. Tuve hace unos días una jornada complicada en el trabajo que no acabó muy bien. Cuando salí, me vine aquí un rato, estuve viendo amanecer, y la sensación de paz que da es increíble.

--No vayas a decírselo a nadie, ¿eh?

--Claro que no. Es nuestro secreto.

"Nuestro segundo secreto", pensé. Hubo unos segundos de silencio que él rompió: --No sabía que cantarás.

--Me has oído.

--Lo siento, no pretendía ser un intruso...

--No te preocupes. No pasa nada. Total, eran más berridos que otra cosa... El profe de canto ya ha tirado la toalla conmigo.

--¿Usa una toalla para enseñarte?

--No --reí--. Digo que se ha rendido ya, me ha dado por imposible. Yo no tengo talento ni voz para el canto.

--Pues a mí no me parecía tan malo. ¿Qué canción era?

--Pues... es de mi mundo. Pertenece a un musical. Es cuando... a ver, es como si te contaran una historia, pero cantando. Varias personas, cada uno un

personaje. Cantan y te transmiten las emociones y sentimientos de los personajes.

--Debe ser una historia muy bonita, porque lo poco que te he escuchado, lo parecía.

--Es de una chica que llega a la casa de un viudo con siete hijos, para cuidar de ellos. Es muy alegre, les enseña a cantar, y se gana el corazón de todos. La chica existió en realidad, y hay libros que cuentan su historia, además que está ligada a una gran guerra que hubo en mi mundo hace ya muchísimo tiempo. Por desgracia, nunca me mandaron leer esos libros para hacerme más amena la asignatura de historia. Ni en historia, ni en lengua, ni en literatura nos ponían lecturas interesantes: nos hacían leer auténticos bodrios que aburrían a las ovejas.

--Ahm. Qué cosas tan diferentes hacías en tu mundo. Aquí se lee por placer, no por obligación.

--En mi mundo también leía por placer. Me encanta la literatura. A veces tenía problemas porque me ponía a leer lo que yo quería y no lo que me mandaban, y entonces llegaba el examen y no sabía interpretar los textos de hace mil años, pero podía estar horas hablando de la Compañía del Anillo, por ejemplo.

--Háblame de ella.

--¿De qué?

--Has dicho que podrías estar horas hablando sobre la Compañía del Anillo. No la conozco, cuéntame qué es.

--Ah, pues... Es parte del libro más maravilloso del mundo. De mi mundo, al menos. La Compañía del Anillo está formada por cuatro hobbits, un enano, un elfo, dos hombres y el fabuloso mago Gandalf el gris. Su misión es arrojar el Anillo Único al Monte del Destino para vencer a Sauron. Es mi libro favorito, tiene más de mil páginas llenas de aventuras, lugares fantásticos,

batallas, magia... los personajes son geniales y la historia es la mejor que existe. Me metía bajo las mantas con una linterna para leer y que mis padres no me descubrieran. A veces perdía tanto la noción del tiempo que me quedaba toda la noche en vela leyendo --Suspiré--. Cómo me gustaría tener un ejemplar aquí y releerlo otra vez. Lo echo de menos.

--Realmente te gusta. Te brillan los ojos cuando hablas de él.

--¿Sí? --Noté que me ponía colorada y bajé la cabeza, sonriendo. No podía evitarlo: El Señor de los Anillos era mi debilidad, mi libro de cabecera. Lo había leído muchísimas veces y nunca me cansaba. Hum, ¿se había fijado en mis ojos?-- ¿A ti te gusta leer?

--Sí, claro. Aunque yo soy más de otro tipo de lecturas. Siempre me han gustado las historias de cosas de la naturaleza, y cuando fui más mayor, empecé a interesarme por las de médicos. Fíjate hasta qué punto, que me convertí en uno.

--Y muy bueno, por lo que tengo entendido.

Esta vez fue él quien bajó la cabeza. Hubo un silencio que se me hizo algo incómodo y pensé en hablarle de George Clooney y de las mil temporadas de *Urgencias*, pero finalmente decidí que casi mejor me callaba.

--¿He dicho algo malo?

--No. No, en absoluto. No eres la primera que me lo dice, y supongo que aún no me acostumbro. No hice nada fuera de lo normal: simplemente, estudié.

--Pero si estabas ahí obviamente fue porque te lo merecías.

--Supongo que sí. Aunque no termino de asimilarlo --Me miró con sus ojos color del mar y en ese momento mi cabeza se quedó en blanco. El corazón se me empezó a acelerar y el estómago a encogerseme. No se me ocurría nada que decirle. Me coloqué un mechón de pelo tras la oreja y con eso se rompió el contacto visual y mi cerebro volvió a funcionar.

--Cuéntame --continuó-- ¿Qué haces en Palacio desde que te levantas hasta

que te acuestas? Tengo curiosidad; no todos los días puede uno enterarse de cómo es la vida de la princesa.

--Ah --reí--. No es nada extraordinario. Es, de hecho, bastante pesado. Me despiertan temprano. Me meten en el modelito que ellos mismos han elegido y me arreglan, a pesar de que les he dicho mil veces que soy mayorcita y puedo hacerlo sola, pero les da igual. Me llevan a desayunar y me leen todo lo que tengo proyectado para el día, que suelen ser clases y más clases. De baile, de geografía, de historia, de protocolo, de música, de especies... a cual peor.

--Suenan apasionante --rió.

--Especialmente cuando los profesores parece que se esfuerzan por ser lo más aburrido posible. No me lo hacen para nada atrayente. Me cuesta bastante seguir el ritmo. Y bueno, las peores son... esas en donde me... me... muy sutilmente me dicen todos y cada uno de los pasos que debo dar el resto de mi vida, me gusten o no. Las decisiones que debo tomar, ya sean justas o injustas... pero que ellos ven necesarias. El sacrificio de hoy será el gran fruto del mañana, me dicen mucho.

Me quedé mirando al horizonte.

--Que no me conviene tener ideas --continué--. Eso fue lo que me sugirieron una vez. Que ya hubo gente que pensó una vez en el mejor sistema, y que mi obligación es mantenerlo.

--Y tú... ¿estás de acuerdo?

Lo miré a los ojos.

--¿Puedo hablarte en confianza? ¿Quedaría entre nosotros?

--Por supuesto. Tienes mi palabra de honor.

--No estoy de acuerdo en absoluto. Pero no se me permite no estar de acuerdo. Tengo que fingir estarlo, y decir que sí a todo, aunque por dentro esté gritando que es una injusticia. Si protesto, o hago ver que... que pienso otra cosa, me aprietan y me exprimen más, hasta que ellos piensan que me han

sacado esas ideas de la cabeza. Al principio fue así. Y era muy duro. Me iba a la cama totalmente insomne y con la sensación de haberme traicionado a mí misma. Por eso decidí que era mejor aparentar. Y todavía me pregunto si hice bien. No sé si sabré mantenerlo mucho tiempo, ni si tendrá consecuencias.

--Si te sirve de algo, yo creo que estás haciendo bien.

Sonreí, volví a mirar al horizonte unos instantes, después miré de nuevo a Westley.

--Cuéntame tú ahora, ¿cómo... cómo es tu trabajo?

Me miró extrañado.

--Soy médico, ya lo sabes.

--Sí, pero yo me paso el día encerrada, no sé cómo es nada fuera de Palacio. ¿Cómo es un día normal en la clínica?

--Oh. Bueno, yo trabajo de noche. Fui el último que se incorporó a la plantilla y me dieron el único turno que estaba libre en ese momento. Es el turno que nadie quiere, como podrás imaginarte. Pero tiene sus cosas buenas, y es que apenas hay complicaciones a esas horas. Las noches suelen ser tranquilas. No es que estemos toda la noche sin hacer nada, claro, siempre viene alguien con algo puntual. A veces hay alguna pelea y vienen heridos, o quizás algún accidente. Durante las fiestas es común que haya más pacientes por la noche. Accidentes leves, gente que se ha pasado comiendo, caídas, quemaduras, o quizás una princesita que bebe lo que no debe...

Reí.

--¿Nunca se te va a olvidar?

--Me temo que no. Pero gracias a eso estamos aquí ahora.

--¿Se lo contaste a alguien?

--No, princesita. Secreto profesional. Además de que, por si no lo recuerdas, te di mi palabra.

Pero qué majo. Westley era un cielo.



--Cuéntame más cosas de tu trabajo.

--Pues por la noche, normalmente, somos dos. Mi jefe, que es el responsable del turno, y yo. Por lo general suele ser suficiente. A veces algún compañero de otro turno necesita hacer horas extras y entonces somos tres, o se aprovecha la ocasión cuando mi jefe o yo libramos. También es normal tener algún estudiante en prácticas; yo mismo las hice todas aquí, en este pueblo. Durante las fiestas puede ser que tengamos uno o dos médicos más de apoyo, por si acaso. Por la mañana y por la tarde suelen ser cinco o seis médicos por turno. Hay bastante más movimiento de pacientes a esas horas, como es lógico.

--¿Y qué hacéis cuando no hay pacientes?

--Un poco de todo. Tenemos una habitación con ingredientes para las medicinas. Solemos revisar que todo esté bien, que no nos quedemos cortos de nada, miramos las mezclas que requieren reposo, descartamos las que ya no pueden usarse... Hay también un laboratorio, por si hubiera que analizar algo. A veces tenemos a alguien ingresado, y entonces solemos pasarnos cada poco para comprobar que esté bien. Si está grave, suele quedarse un médico permanentemente con el paciente en la sala.

--En mi mundo hay unos edificios enormes, con muchas plantas, donde siempre hay montones de gente ingresada.

--Sí, ya me lo contaste. Debe ser apasionante, aunque, en cierto modo, prefiero la medicina de aquí. Menos enfermedades, menos gravedad, menos muertes...

--¿Alguna vez se te ha muerto alguien en el trabajo? Oh. Perdona. No tenía que habértelo preguntado. Olvídalo.

--Alguna vez ha sucedido, sí. Enfermedades que no se detectaron a tiempo o que no pudimos suministrarles la medicina, heridos de gravedad...

--No tienes que decírmelo si no quieres o no puedes...

--No pasa nada, princesita. Estamos hablando en confianza, ¿no?

--Sí, pero no te lo tenía que haber preguntado. Suelo meter mucho la pata...

--¿De qué pata hablas?

--Es algo que decimos en mi mundo que significa que... que hacemos algo mal sin querer. Como cuando me caigo en mi primera aparición en público, bebo cosas que me sientan mal o digo cosas que no debo.

Se levantó una ráfaga de viento frío que me provocó un pequeño temblor.

--Creo que mejor vuelves a tu habitación. Te vas a enfriar. Lo último que quiero es que cojas un resfriado.

--¿Tan mala paciente he sido, que no quieres volverme a atender? --reí.

--Mala, no. Solo algo llorona.

--Te molestó. No era mi intención...

--No seas tontita. Era una broma. Ya sé que no era tu intención. Me ha quedado claro que normalmente no eres así. Anda, vete ya, y que no me entere yo que te has resfriado. Porque te aseguro que me enteraré.

--¡A la orden, mi capitán!

Me ayudó a subir al montículo, y una vez arriba, quité la piedra que taponaba la entrada, me despedí de él con la mano y me metí en el pasadizo. Mientras recorría el camino hacia mis habitaciones, noté que estaba algo destemplada, así que más valía que me metiera en la cama pronto, o tendría un bonito catarro. Me di prisa y en seguida estaba de vuelta en mi alcoba.

Me metí en la cama y cerré los ojos. La cara de Westley apareció en mis pensamientos. Qué ojos tan bonitos. Qué pelo rubio. Y qué sonrisa. Maldita sea, no. Tenía que controlar eso. No podía colarme por un chico. No. Ni hablar.

--Solo amigos. Solo somos amigos.

## Capítulo 16

Tenía en mente un pequeño plan. Me gustaban las clases de piano, pero quería tocar algo más de mi mundo, más actual, más moderno. Y, tras mucho pensarlo, había dado con lo que quería.

La música, al contrario que el canto, no se me daba mal. Al principio me costó, pero, tras algunas semanas de práctica y dedicación, conseguí dominar las notas y tocar melodías con soltura. Me equivocaba, vale, a veces mis dedos se iban a la tecla que no era, pero el profe me animaba diciendo que era normal y que eso se solucionaría con el tiempo y, sobre todo, con práctica.

Me veía capaz de tocar algo de oído, sin partitura. Sabía qué tecla hacía cada nota. Iba a ser algo facilito, nada de Mozart o Chopin. Bueno, a decir verdad, no sabía a ciencia cierta si lo que tenía en mente era fácil o difícil, solamente me lo sabía de memoria y lo conocía bien.

Llegué un poco antes a la sala del piano. El profe aún no estaba. Bien, pues me senté, levanté la tapa, y, con el corazón martilleándome, respiré hondo, cerré los ojos y empecé.

La parte lenta y sencilla. Allá vamos.

*--Find me somebody to love,*

*Find me somebody to love...*

Me estaba saliendo bien. Hice la frase algunas veces más, y ya me notaba con confianza, así que probé con la parte ya más chunguilla: *--Each morning I get up I die a little*

*Can barely stand on my feet*

*Take a look in the mirror and cry*

*Lord what you're doing to me...*

Queen. Mi grupo favorito de toda la vida. Si Freddie Mercury me oyera, del susto se volvía a morir, porque estaba haciendo una versión lenta, algo

torpe, a piano y con mi vocecita en susurros medio inventándose la letra. Pero me estaba saliendo bien. Estaba tocándola. Volví a recordar aquellos viajes en el coche de mis abuelos, de vacaciones hacia la costa, en donde les daba mi música para que la pusieran, y, si bien no les disgustaba, me preguntaban "¿Pero tú entiendes lo que dice este hombre, cielo? Porque yo noooo" Y yo les respondía que quizás alguna palabra suelta, pero que no hacía falta entender la letra porque eso era lo de menos. Y mi abuela se reía y me dejaba caer que tenía a Julio Iglesias en la guantera, por si me apeteciera en algún momento entender lo que escuchaba.

*--I try and I try and I try But everybody wants to put me down...*

Con esto último alcé la voz. Ya no eran susurros. Eran mis berridos de siempre. En un idioma chapurreado que no iba a entender ni el tato. De hecho, ni yo misma lo entendía.

*--They say I'm going crazy They say I got a lot of water in my brain*

*Ah, no common sense...*

Mis hermanos se reían mucho de mí y me vacilaban diciéndome que por qué no escuchaba algo más actual, o al menos algo cuyo cantante aún viviera, pero a mí me daba lo mismo. Queen era mi grupo y los idiotas de mis hermanos podían seguir escuchando sus canciones pachangueras, pero que me dejaran en paz. Tampoco es que fuera lo único que escuchara: me gustaban también otros grupos y otros cantantes, casi todo de gente que tuvo sus éxitos antes de que yo naciera, pero ¿a quién le importaba eso? Fundamentalmente en mi habitación sonaba Freddie y su banda en el noventa y cinco por ciento de los casos. Qué irónico que, siendo yo una princesa, mi grupo favorito se llamara Queen. De siempre. Era casi profético.

*--Can anybody find meeeeeee...!!!!*

*--¡¡Ouch!! --Oí a mi lado.*

Dejé de tocar y me giré rápidamente. El profe estaba ya en la habitación, y

tenía una mueca como de dolor en su cara. Detrás de él, Ángela me miraba con un gesto entre extrañado, torturado y divertido.

--Buenas tardes, Señora. Si ha terminado y le parece bien, podemos empezar la clase --saludó el profe.

--Sí, sí, disculpe.

Me levanté y pude ver que Ángela me hacía una seña para que me acercara. Fui junto a ella y noté que le costaba aguantarse la risa. Puso un gesto serio, me miró, pero empezó a resoplar y volvió a reírse, tapándose la boca con la mano.

--¿Qué? ¿Qué pasa?

--La próxima vez que quieras aporrear sola el piano, avísame. Creíamos que se había colado un gato y que se le había atascado la cola en alguna parte.

## Capítulo 17

Habían pasado unos cuantos días desde el incidente del piano. Le intenté explicar a Ángela que era una canción de mi mundo, de mi tiempo, pero ella se partía de risa al recordarlo y me repetía una y otra vez que no había problema en que utilizara el piano para "practicar", siempre y cuando fuera en mis ratos libres, pero que no se me ocurriera pensar que cantando extasiaría a mi público. Y terminaba recordándome que las cosas de mi mundo mejor las dejaba para cuando estuviese sola.

--Recuerda, Melania, que aunque seas princesa, no dejas de ser inmigrante. Y debes adaptarte a la vida aquí, a sus gentes y a sus costumbres, no intentar que estos se adapten a ti.

Lo tenía muy presente cada día que pasaba. No porque no estuviera de acuerdo; lo estaba. Pero, al mismo tiempo, era como si mi antiguo yo se estuviera enterrando más y más en una caja en el trastero. Ya no era Mel, la chica a la que le gustaba el chocolate, la coca-cola y las chuches, la loca por los libros de fantasía y las comedias románticas con un cajón de palomitas. Ahora era Melania, una princesa de cuento en un mundo de fantasía al que había llegado de una manera inverosímil, la futura soberana que tenía que prepararse para el destino que le aguardaba en el trono. Todo lo había dejado atrás: mis libros, mis aficiones, mis clases en el instituto... y sí, también mi familia, aunque a ellos no los echaba de menos. Aquí no me faltaba de nada; ni comida ni ropa, y tenía cualquier cosa que pudiera necesitar. Pero me faltaba algo: continuar con mi adolescencia, con mi edad del pavo. Llegué aquí con diecisiete años y medio, y desde entonces no habían parado de exigirme y exprimirme. Había pasado casi un año desde que llegué. Y echaba de menos tirarme en la cama, hacer el vago, leer revistas, hablar con la gente, mirar escaparates... Mis salidas nocturnas empezaban a ser insuficientes.

Nunca pasaba nadie por el bosque donde estaba el montículo de piedras, a excepción de Westley, las dos veces que había venido. En alguna ocasión volví a ponerme mi abrigo-saco y a aventurarme por el pueblo. Me había cruzado con algunas gentes, pero ni me habían mirado. Pasaba totalmente desapercibida, como una más, pero a las horas a las que salía, todas las tiendecitas estaban cerradas y no había nada que ver, ya que tapaban sus escaparates y ventanas. Yo quería ver el pueblo de día, en todo su esplendor. ¿Sería eso posible alguna vez?

En la pequeña biblioteca de mi cuarto había muchos libros de consulta, para mis clases, y una parte con libros de lectura. Todo eran novelas ligeras y ya había conseguido leer alguna de ellas completa. No eran ninguna maravilla, pero me entretenían. En una ocasión se me ocurrió salir con una de ellas, por la noche, para leer a la luz de las estrellas, pero mi gozo en un pozo, ya que no había luz suficiente para la lectura. De modo que, la noche siguiente, cogí un libro con grandes y vistosas ilustraciones de animales y los diferentes lugares donde vivían, y salí.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas, estilo indio (postura que me habían prohibido expresamente adoptar por su poco decoro), extendí bien mi vestido, cubriéndome las piernas, y dejé que la luz nocturna iluminara las páginas del libro. Me pareció sumamente curioso el hecho de que se apreciaban mucho mejor los detalles y los trazos con la luz de las estrellas que con la luz blanca que había en Palacio. Las letras eran pocas, pero grandes, y su tamaño era ideal para leer por las noches. ¿Habrían diseñado el libro para leer bajo las estrellas?

Estuve un ratito ojeando el libro, deleitándome con las preciosas ilustraciones, hasta que me decidí a leer un poco. Me fui al capítulo de las aves.

--Attishan. Ave nocturna --comencé a leer en voz alta--. Plumaje espeso y

brillante. Se alimenta de los frutos del... del fear... faer... foernat...

--Faerthain.

Di un grito, y casi un salto del susto. El libro se me cayó de las manos y el corazón se me disparó. Miré hacia el lugar de donde provenía la voz y vi a Westley.



--¡Perdona! Perdona, por favor. No pretendía asustarte --Corrió hacia donde estaba y se agachó a mi lado--. ¿Estás bien?

Me puso una mano suavemente en el hombro, mientras yo recuperaba el aliento y asentía con la cabeza.

--Sí, sí. Pero... no vuelvas a hacerlo, por favor.

--No, no lo haré --Recogió el libro del suelo y me lo tendió--. Discúlpame. Lo miré, cogí el libro y sonreí.

--Perdóname, lo siento de veras. Es que cuando llegué estabas tan concentrada leyendo que no quise interrumpirte. Y cuando te atascaste... me pareció que necesitabas un poco de ayuda. No debí hacerlo.

--No pasa nada --Le sonreí y abrí el libro de nuevo, buscando la página del attishan--. ¿Cómo decías que se leía esta cosa?

--Faerthain. Mira, este símbolo no es de letra, sino de palabra. Thain, lluvia.

--Anda...

--¿Sabes lo que es el faerthain?

--No.

--Es el tipo de lluvia que es frecuente en algunas zonas montañosas. El agua contiene pequeñas semillitas que, o bien se las comen las attishan, o bien caen a la tierra y germinan. La planta que sale puede ser de muchos tipos, y algunos son usados en medicina.

--No lo sabía. No sabía que podía llover algo que no fuera líquido o granizo. ¿Y si le cae a alguien en la cabeza no le hace daño?

--No, princesita, son granos muy pequeños. Aproximadamente como las letras de tu libro. Si te cayeran en la cabeza, no te darías cuenta.

--Vaya. A mí no me enseñan estas cosas.

--No le des tanta importancia. Esas lluvias son solamente frecuentes en zonas montañosas, no las verás por aquí. Yo las conozco bien; de pequeño, en

mi pueblo, cuando dejaba de llover, veía los granitos en mi ventana.

--Pensaba que eras de por aquí.

--No. Vengo de un pueblo del norte. Un pueblo de montaña, con mucha nieve, muy bonito. Vine aquí para entrar en la Escuela de Medicina. Mi padre era granjero y trabajó muy duro para que pudiera conseguir mi sueño. Estaría orgulloso de mí, supongo.

Me quedé callada. Sentía que cualquier pregunta o cosa que dijera resultaría estúpida e innecesaria.

Su mirada estaba perdida en alguna parte de la lejanía. Se quedó así callado un minuto o dos, y yo no me atreví a romper el silencio ni a arrancarle de sus pensamientos.

--El trabajar en el pueblo donde está el palacio es algo que todos los médicos quieren. Da mucho prestigio. Pero yo solamente estaré unos años. Lo suficiente para ahorrar un poco. Me gustaría volver a mi pueblo y montar allí mi propia clínica.

--Es una idea muy bonita.

--Si hubiera habido una clínica entonces, mis padres aún vivirían. No puedo devolverles la vida, pero impediré que otros la pierdan como ellos.

A la porra todo. Era un amigo (lo era, ¿no?) que necesitaba apoyo. Le puse una mano en el hombro para reconfortarle. Un gesto de apoyo. Nada más. No podía ser interpretado de otra manera. Claro que no.

--Lo siento, Westley. Lo siento mucho.

Se mantuvo quieto unos segundos, con la mirada perdida en alguna parte, y cuando yo estaba ya pensando en retirar mi mano, no fuera él a pensar que yo quería algo... algo más, colocó su mano sobre la mía.

Glups.

Esto no me lo esperaba. Mi estómago empezaba otra vez a retorcerse. ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo ahora? ¿Retirar la mano o dejarla ahí?

¿Moverme? ¿Decirle algo? En ese momento volvió la cabeza y me miró. Ay. Esos ojos azules me desarmaron y se me clavaron en el alma. Mi cabeza volvió a quedarse en blanco.

--Gracias --dijo al cabo de unos segundos, retirando su mano, momento que aproveché para recuperar la mía. No supe qué contestarle, y lo único que se me ocurrió fue sonreírle.

Bajé la mirada hacia mi regazo, donde reposaban mis manos. Una de ellas estaba fresca, la otra aún conservaba la calidez de la mano de Westley. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había sido un simple gesto entre amigos... o había sido algo más?

--Perdona. No quería aburrirte con estas historias.

--No me aburres. Puedes contarme lo que quieras. Después de todo, vas con ventaja: me has visto llorando un par de veces.

Me miró otra vez de esa manera que me dejaba en blanco.

--Pero prefiero que sonrías, princesita.

Pero qué ojos tan bonitos. Cuando me miraba así y me decía esas cosas, me desarmaba completamente. Tenía que decir algo, romper el silencio como fuera...Cogí de nuevo el libro y lo abrí por cualquier página.

--Tre... ther... thzre...

--Thesenthal. Lo han escrito combinando letras y sílabas, por eso te has liado. Sabrás que lo normal es usar uno u otro, ¿verdad?

--Sí. Gracias, profe.

Emitió una leve risita.

--Sigue leyendo, princesita.

--Thesenthal. Posee un cuerpo alargado y flexible. Sus escamas atraen o alejan a voluntad a toda forma de vida próxima a él. Se alimenta de algas y otras plantas marinas. Viaja entre lagos, ríos, mares y océanos, alcanzando velocidades jamás igualadas por ningún otro animal.

--Muy bien leído.

--Fíjate qué bicho.

--Nunca he visto uno en persona. Ni conozco a nadie que lo haya hecho. No se dejan ver fácilmente, y hay gente que dice que son una leyenda o un cuento para niños.

--¿Entonces no existen?

--No se sabe a ciencia cierta. Hay gente que dice haberlos visto, pero podría ser verdad, o no.

--Me recuerda a Nessie...

--¿A quién?

--A un monstruo que en mi mundo es... pues como aquí. Que no se sabe si existe de verdad o no. Los dibujos que lo representan son así, como este. Vive en un lago y es un símbolo de su país. Oye, ¿te imaginas que fuera el mismo bicho? ¿Qué viajara entre este mundo y el mío?

--Interesante teoría, princesita. Podría ser. Fíjate --Se arrimó a mí hasta estar muy, muy pegado, y empezó a señalar la ilustración--. ¿Ves? Está arqueado por varios sitios. Tiene una estructura ósea que le permite serpentear y moverse por el agua sin límite, y --Su mano iba hacia las partes del dibujo que estaban donde yo tenía la mano, con lo cual no dejaba de rozármela una y otra vez-- estas escamas tienen como unos filamentos que son los que atrapan a los seres que tiene cerca.

Dicho esto, dejó de señalar el dibujo y dejó su mano junto a la mía, suavemente, de manera que ambas quedaban en contacto. Un bicho de estos era lo que se había instalado en mi estómago, que no dejaba de agitarlo y de provocar remolinos. Ay por favor, Westley me estaba haciendo sentir lo que ningún chico me había hecho sentir en mi vida.

No me atrevía a mirarlo. Mi cabeza y mi cuello estaban rígidos, mirando el dibujito del libro. Unos segundos nada más. El tiempo que tardó en

sobrevenirme un oportuno bostezo.

--Creo que harás bien en irte a la cama, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza. Él se levantó y me tendió las manos para ayudarme. Cuando me puse en pie, el libro se cayó y él se agachó a recogerlo. Me lo dio y lo apreté contra mi pecho.

--Gracias, Westley.

Me ayudó a subir al montículo y a apartar la piedra que ocultaba la entrada, así como a meterme en el agujero.

--Ya cierro yo la entrada. Descansa, bonita.

Le dije adiós con la mano y regresé, aún adormilada, a mi alcoba. Me puse el pijama y, mirando al techo, me quedé rumiando la salida de aquella noche.

Me había cogido la mano.

Se había sentado pegadito a mí.

Había dejado su mano juntita con la mía.

Me había llamado bonita.

Y yo me estaba enamorando.

## Capítulo 18

Ángela me despertó demasiado temprano, para mi gusto. Como venía siendo habitual. Pero aquella mañana mi cuerpo no tenía ganas de cooperar: me había quedado desvelada dándole vueltas a lo que había o no había entre Westley y yo y, como resultado, apenas había dormido. En principio, el agua helada que me echó en la cara me despejó, pero, una vez sentada mientras esperaba al profe de protocolo, comencé a adormilarme.

Empecé a ver lindos pajaritos que cantaban y se elevaban hacia el cielo. El ambiente olía a hierbas y flores silvestres y yo andaba trotando y saltando como si fuera una cabra, hasta que oí un par de palmadas delante de mi cara que me sacaron de mis ensoñaciones.

--¿Se encuentra bien, Señora? --preguntó el profe.

--Sí. Estoy bien. Discúlpeme, por favor. Puede comenzar.

--Bien. En la clase de hoy, veremos los tratamientos y honores. Hasta ahora, los hemos visto de manera específica, con vistas a la ceremonia de entrega que presidió. Hoy los veremos en profundidad.

Sonaba aburridísimo. Vaya mañanita me esperaba. Me resigné y deseé que pasara lo más pronto posible mientras abría el tintero y preparaba la pluma y los papeles.

--Como ya sabrá, el tratamiento adecuado para el rey es "Señor" o "Mi Señor", y para la princesa es "Señora" o "Mi Señora". Cuando se les dirige una instancia, se encabezará con esos tratamientos, y se finalizará con "A los reales pies de mi Señor / Señora"

--¿En serio? --Me parecía ridículo.

--Sí, Señora, en serio. Así es como deben dirigirse hacia su persona, y está en su derecho de exigir tales tratamientos. Además, usted ostenta el rango de Excelentísima Señora, que deberá usar en firmas y actos oficiales.

Apunté en el papel: "Soy Excelentísima Señora".

--Los jueces reciben el tratamiento de "Señoría", aunque también se les puede llamar "Señor juez". Los miembros del jurado, acusación y defensa jamás podrán tener un tratamiento igual o superior al del juez. Se les llamará por su apellido o por su cargo.

Apunté: "Abogadooooo"

--Todo militar recibirá el tratamiento que tenga legalmente reconocido por razón de dignidad, autoridad, empleo o cargo y condecoraciones que posea.

Aquello me sonó más a chino que a otra cosa. Debajo de lo último que escribí, anoté: "Sal, ratita, quiero verte la colita".

--Toda persona que haya servido en el ejército dirá "Mi capitán", "Mi teniente", "Mi coronel", etcétera. El resto de personas, entre las que usted se incluye, deberán evitar el uso del posesivo "Mi", diciendo "General", "Capitán", "Coronel". En ningún caso se dirá "Señor capitán", "Señor general", "Señor Coronel".

--*Qué rollo...* --se me escapó, en español.

--¿Disculpe, Señora?

--Nada. Continúe, por favor.

--Sobre los títulos nobiliarios, sabrá ya que el principal es el de duque, que es otorgado por el rey o reina a una persona que le ha prestado un gran servicio a lo largo de su vida. Dicho título suele ir acompañado de unas tierras, y se pierde cuando el duque o duquesa fallece, quedando las tierras a disposición de los herederos para su adquisición definitiva, o devolviéndose a la corona en caso de que los herederos no estuvieran interesados en ellas. El título de duque no se hereda de padres a hijos, así como tampoco ninguno de los privilegios, que pasaremos a enumerar a continuación...

Mientras el profe seguía con su interminable charla, los ojos se me cerraron y empecé a dar cabezadas sobre la mesa. Me imaginé a los herederos

de un duque a punto de morir, que no querían perder sus tierras, pero no tenían dinero para comprarlas. El duque tenía la cara de Robert de Niro y decía "Le haré una oferta que no podrá rechazar". Luego salía Al Pacino y decía: "Mi padre le dijo que sus sesos o su firma estarían en el contrato". A continuación los personajes empezaron a soltar frasecitas: "Bonasera, Bonasera...", "Vienes a casa el día de la boda de mi hija a pedirme que mate por dinero". De repente sentí una fuerte sacudida en los hombros que me sacó de los mafiosos y me hizo volver a la realidad. Me había quedado frita y el profe había ido a buscar a Ángela, que me había despertado sin ningún cuidado. Me limpié las babas que me salían de las comisuras de los labios. Jopé.

--¡Melania! ¡Pero cómo es posible! ¿Te parece que está bien quedarte dormida en mitad de la clase? ¡Eso no es propio de una princesa! ¡Dioses! ¡Pero cómo se te ocurre! ¡Y mírate! Tienes toda la cara llena de tinta. ¿Pero qué te pasa? ¿Cuándo vas a empezar a comportarte como te hemos enseñado a hacerlo? ¿Cuándo vas a dejar de ser tan descuidada? ¡Esto no es un juego, Melania! ¡Que tú eres la que va a ser el futuro del reino! ¡Tómate las cosas en serio, por favor! ¿No te da vergüenza? ¡Eres peor que mi hijo!

--Ángela, Ángela, ¿qué he hecho para que me trates con tan poco respeto?

--¿Pero tú te oyes? ¿Hablas de respeto cuando has dejado al profesor con la palabra en la boca? ¡Que incluso estabas roncando! ¿Qué habrá pensado el pobre profesor?

--Ángela, no digas el pobre profesor, porque es un insulto a mi inteligencia, y eso no me divierte.

--Me da igual que te divierta o no. Podemos cambiar de profesor si quieres. Pero el protocolo es el protocolo. Y tienes que aprenderlo.

--Si te sientes con fuerzas para ayudarme, Ángela, dímelo. De lo contrario, coge al profe tostonazo este, a tu hijo, a tu amante, a tu familia y establécete en Las Vegas.



Ángela se quedó con la boca abierta. Yo me partía de risa por dentro.

--Nunca pensé que fueras una mala empleada, Ángela. Pensé que este era un mal profe, descanse en paz.

--Será posible...

--Juro, por las almas de mis nietos, que no seré yo quien quebrante la paz que hemos acordado hoy aquí.

--Melania, haz el favor de tomarte las cosas en serio...

--No es personal, Ángela, solo son negocios --Me estaba costando horrores aguantarme la risa.

Ángela salió de la habitación. En cuanto cerró la puerta, estallé en carcajadas.

## Capítulo 19

A pesar de que la bromita, al menos para mi gusto, no fue tan pesada, Ángela se tomó su pequeña venganza, aunque no inmediatamente. Fue unos días después.

Acudí a clase como el resto de días de mi aburrida existencia allí. Aquel día empecé con una clase de historia sobre una reina que hubo hacía muchos años, que curiosamente se llamaba Lola, y tenía como símbolo el mar. El profe me estaba contando no sé qué rollo de la inmensidad de no sé qué, de que fue una reina que, al igual que el mar, unía tierras, especies y culturas... y yo me puse a divagar y a recordar un verano que pasé con mis abuelos en la costa. Yo era muy pequeñita e iba a todas partes con mi cubito y mi pala, e intentaba hacer un castillo que resultaba ser más un churro que otra cosa. En ello andaban mis pensamientos cuando, de repente, oí un fortísimo ¡Clash! a mi lado. Pegué un salto del susto y allí estaba Ángela, que tenía una especie de regla larga y que acababa de pegar un reglazo contra la mesa, a mi lado, que me había dado un susto de muerte.

--¿Pero qué haces?

--Impedir que te vuelvas a dormir.

--No me estaba durmiendo.

--Por si se te ocurriera.

--Casi me da un infarto.

--Si hubieras estado prestando atención, te habrías dado cuenta.

--No se te ocurra volver a hacer eso jamás.

--Pues no vuelvas a dormirte.

--Solo lo hice una vez, y fue sin querer.

--Para que no se te olvide.

--Si me dejaras dormir un poco más, no me habría sucedido.

--No me intentes echar la culpa.

--Lárgate a tus ocupaciones.

--Mi ocupación hoy es vigilar que no te duermas.

--¿Lo estás disfrutando, verdad?

--Siga con su clase, profesor.

Y prácticamente no me dejó respirar ni relajarme. Parecía que tenía una especie de dispositivo que le indicaba cuándo mi mente desconectaba un poquito para dar un reglazo que me hacía volver a pegar un salto. En más de una ocasión estuve tentada de quitarle la regla y tirarla por la ventana, pero me controlé y no lo hice. Algo me decía que no serviría de nada y que, si lo hacía, lo iba a pagar caro. Ya me tomaría mi venganza más adelante.

Estuvo así toda la mañana, hasta la hora de comer, en la que, al fin, me dejó sola. Tenía la cabeza como un bombo y un cabreo impresionante. Por la tarde tuve que agonizar con cuatro horas seguidas, ¡cuatro!, de clase de piano. El dolor de cabeza no se me pasó y el cabreo me aumentó hasta el infinito y más allá, porque durante las clases de piano Ángela seguía ahí. A mí me parecía imposible desconectar en una clase práctica de música, pero ella daba un reglazo cada vez que me equivocaba, lo que me exasperaba. Al terminar la clase, no solo estaba enfadadísima, sino que además me sentía impotente y ninguneada, y la cabeza me iba a estallar.

No tenía apetito y rechacé la cena. Me metí en la cama con unas ganas horribles de llorar, pero no lo hice. Tras unos minutos dando vueltas, cogí una manta, me envolví en ella y atravesé el pasadizo hacia fuera.

Cuando salí, estaba lloviendo a cántaros. Viva. Nada como eso para rematar un día horrible. Ni siquiera el tiempo estaba de mi lado. Miré hacia arriba y dejé que la lluvia me mojara la cara. Estuve un rato así, hasta que me empecé a notar algo fría, por lo que decidí resguardarme bajo un árbol.

Me senté en el suelo y me apoyé contra el tronco. Estuve mirando el

aguacero un rato. Tenía sueño, pero el dolor de cabeza no se me iba y así no conseguiría dormir. Esperaba que el sonido de la lluvia y el olor a tierra mojada me relajaran un poco. Cerré los ojos.

Ángela se había pasado tres pueblos. Yo solamente le gasté una pequeña bromita. No era motivo para que se pusiera así conmigo. No me merecía eso. Y lo peor era que no atendía a razones. Eso de que hablando se entiende la gente no iba con ella. ¿Y en adelante todos los días iban a ser así? ¿En qué momento Ángela se convirtió en la Rottenmeier? ¿Dónde estaba esa mujer amable y simpática que conocí cuando llegué?

--¿Melania?

¡Madre, qué susto! Me volví. Ahí estaba Westley. Por fin algo bueno en este día infernal.

--¿Qué haces aquí con esta lluvia, muchacha?

Me encogí de hombros y esboqué una ligera sonrisa.

--Lo mismo que tú, ¿no?

--Bueno, yo he traído un paraguas.

--Y yo una manta.

Se agachó a mi lado.

--¡Estás empapada! ¿Qué te ha pasado?

--Nada. Que me he mojado con la lluvia. Solo eso.

Me puso una mano en la frente. Estaba algo serio y parecía preocupado.

--¿Te encuentras bien?

--Sí, sí. Estoy bien. Salí a tomar el aire y estaba lloviendo, así que... pues en lugar de tomar el aire, tomé la lluvia. Ya ves.

--Esa manta está muy mojada. Y tienes el pelo chorreando. Te vas a resfriar.

Lo cierto era que no le faltaba razón. Solté un poco la manta.

--¿Estás en pijama?

--Bueno... --Me dio algo de vergüenza--. Sí, es que ya estaba en la cama y no me iba a vestir otra vez...

--¿Y no tienes frío?

--Para eso traje la manta...

Se quedó mirándome unos segundos apretando los labios, como si quisiera decirme algo y a la vez no quisiera. Finalmente, se quitó la chaqueta, me la puso por encima de los hombros y se sentó junto a mí.

--No hace falta...

--Anda, ven, pégate a mí.

Me lo quedé mirando. ¿Había dicho lo que yo creía que había dicho?

--Vamos, no te enfríes. Ven.

Despacito, me arrimé a él. Me pasó un brazo por encima de los hombros y me atrajo hacia sí. Estaba cálido y olía a una mezcla de jabón y algo que definiría como... masculino. El olor, tan agradable y combinaba con él a la perfección, inundó mis fosas nasales y me dejó sin saber qué decir.

--¿En qué estabas pensando para quedarte bajo la lluvia? Tuviste que estar un buen rato para mojarte así.

La cabeza me seguía doliendo. La apoyé sobre su hombro, sin ser del todo consciente de ello. Qué bien se estaba así...

--No lo sé. He tenido un día horrible. Han estado detrás de mí, literalmente, todo el maldito día, para que no me relajara ni un segundo, regañándome a cada minuto. Me han apretado tanto que me siento exprimida como si fuera un limón. Además, creo que encima lo estaban disfrutando. No he tenido un solo momento de descanso... Te juro que la cabeza me va a estallar. Me quedé bajo la lluvia para ver si se me pasaba un poco.

--¿Quieres que vaya a la clínica a por una medicina?

"Oh, no, Westley, por favor, no te separes de mí...", pensé.

--No te preocupes. Es solo un dolor de cabeza. Ya se me pasará.

--Bien, pues... Relájate. No pienses en nada. Ahora puedes.

--Sí --Sonreí--. Ahora sí.

Cerré los ojos y me olvidé de todo. Me concentré en el sonido de la lluvia, en el olor a tierra mojada, y en el olor y el calorcito que desprendía Westley. A su lado me sentía bien. Era como si nada más importara. Me relajé completamente y me despreocupé de todo.

No sé cuánto tiempo pasó. Estaba muy cómoda y tranquila, y fue la suave voz de Westley la que me hizo volver a la realidad.

--Princesita. Eh, bonita.

--¿Ehm?

--Está amaneciendo.

Abrí los ojos. Me había quedado dormida... y no solo eso, además me había movido: mi cabeza estaba en su regazo. Su mano, a pesar de todo, seguía apoyada suavemente en mi hombro. Me puse recta como impulsada por un resorte. Ay, madre, qué vergüenza.

--Lo siento, Westley. Me he dormido. Y no pretendía usarte de almohada, ha sido sin querer... Perdóname.

--Esa era la intención, que te relajaras y descansaras un poco. ¿Cómo va esa cabecita? ¿Estás mejor?

Se levantó y me tendió una mano. Ayudada por él, me levanté.

--Sí. Ya no me duele.

Sin pensarlo siquiera, le di un abrazo.

--Gracias, Westley. De verdad. Muchísimas gracias.

Vaciló unos segundos y me abrazó él también.

--No es nada. Para eso estamos los amigos.

Me hubiera quedado así, abrazándole, durante todo el día. Además de muy cálido y agradable, su abrazo era firme y me daba seguridad. Pero, evidentemente, no podía hacerlo, de modo que tras unos segundos me separé

de él, le devolví la chaqueta y miré hacia el montículo de piedras.

--Está lloviendo más que antes.

--Hacía mucho que no llovía. Es bueno.

Caía un auténtico aguacero. Incluso con el paraguas, probablemente Westley se mojara en el camino de vuelta hacia el pueblo. Se me ocurrió algo.

--Toma. Llévate la manta y cúbrete un poco por el camino. Mira, por aquí está seca y te servirá. Con lo que llueve, tu paraguas no te va a bastar. Te pondrás hecho una sopa.

--¿Sopa?

Sonreí.

--Es algo que significa que te vas a mojar hasta los huesos.

--Es imposible que los huesos se mojen, princesita...

Sonreímos los dos. Le coloqué la manta sobre los hombros. Estábamos casi, casi, abrazados. Nos quedamos mirándonos a los ojos.

--No es necesario...

--Después de lo que has hecho hoy por mí, sí lo es. No me lo rechaces, anda.

--Tú necesitas también algo que te proteja de la humedad, y además, no quiero que te metas en problemas por prestarme una manta.

--Yo estaré a cubierto en menos de un minuto, no te preocupes. Hay tantas mantas que ni se darán cuenta de que falta una.

Agarró los extremos de la manta, que estaba sujetando yo en su pecho, y sus manos rozaron las mías unos segundos.

--Bueno, en ese caso, te lo acepto, princesita.

Me dirigí a las rocas y él me siguió, tapándome con su paraguas. Empecé a trepar por ellas, pero la lluvia las mantenía resbalosas y, tras subirme a la segunda, me escurrí y caí. Westley estaba detrás y me atrapó al vuelo. Ahora sí. Me estaba agarrando fuerte.

--¿Estás bien?

Me giré. Tenía su cara a pocos centímetros. Ay. Incluso sentía su aliento, y seguro que él también podía sentir el mío. Asentí levemente con la cabeza y volví a girarme hacia las rocas. Ayudada por él, llegué a la roca que taponaba, la abrimos y entré. Le dije adiós con la mano y me metí en el pasadizo.

Ya en mi alcoba, mientras me quitaba el pijama mojado y me ponía otro, me quedé pensando en la salida de aquella noche. Westley era un encanto. Un cielo. Con esa actitud, solamente conseguía que... que cada vez me gustara más y más. Me estaba pillando sin remedio, y no quería. Era la mejor persona que jamás había conocido, y no quería que si yo empezaba a verlo como algo más que un amigo, y él se daba cuenta, esta amistad tan bonita que habíamos construido se fuera al traste.

Me metí en la cama y me quedé mirando hacia arriba.

--¿Y ahora qué hago con todo esto? ¿Qué hago? ¿Qué se hace en estos casos?



## Capítulo 20

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 25 de Basileo

Mes décimo

--Arriba, dormilona.

Ángela había entrado aquella mañana como una tromba y había corrido las cortinas, tanto las del dormitorio como las de la cama, dejando que todo se inundara de luz. Me tapé la cabeza con las mantas y articulé un sonido inidentificable a ningún idioma, o más bien común a todos y que podría significar quierodormirrrr.

--No, Melania, hoy te vas a levantar ya.

--¡Hoy es mi día libreee!

--Tendrá que ser otro día. Te esperan en dos horas en reunión de los consejeros.

--¿Queeeeé? --bostecé. Realmente no entendía nada. Aún estaba prácticamente dormida y mi cuerpo se resistía a levantarse. Las últimas noches había salido un rato corto, pero justo la noche anterior me había quedado en la cama leyendo hasta las tantas, con lo cual no había tenido casi ocasión de dormir. Perezosamente, me senté en la cama y volví a cerrar los ojos, que aún no se habían acostumbrado a tanta luz. ¿Me estaba hablando de los consejeros? ¿Qué puñetas querían esa panda de vejestorios? ¿No había otro día mejor, verdad? Yo solamente quería dormir un poquito, un poquito nada más. Hummm...

Sentí que Ángela me sacudía los hombros y me arrancaba de mi comfortable mundo, por segunda vez esa mañana.

--¡Eh! ¡Que te duermes! ¡Vamos, levántate!

--Ángela, yo qué te he hecho... --me quejé con voz pastosa.

--Vamos, espabílate, o te espabilo yo --Me sacó las piernas de la cama.

--Diles que no puedo ir...

--Eso sería faltar a la verdad. Vamos, en pie --Me tendió las manos para ayudarme, pero como no me moví, me cogió de las axilas y me levantó ella misma.

--¡Aaaay! ¡Que estoy viva!

--Pues demuéstalo --Me arrancó la camiseta del pijama.

--¡Aaaah! ¡Frío frío frío frío! --Hice un intento de correr hacia la cama, pero Ángela fue más rápida y me agarró a tiempo.

--Veeeenga.

--Nooooo...

--Deja de hacer tanto teatro --Y al decir esto, noté que me echaba agua en la cara, que cayó luego al pecho y a mi tripa. Y, por cierto, agua helada.

--¡Kyaaaa! --Ahora sí que me había despertado.

--Si te pones así con agua, no quiero saber cómo te pondrías si te echara el ácido que usan para limpiar las cocinas.

--Serías capaz.

--¿Quieres comprobarlo?

--Casi que no.

El asunto de los reglazos, por suerte para mí, solo duró un día. Ángela y yo habíamos vuelto a tratarnos con menos tirantez, en gran parte porque en alguna de mis incursiones a las cocinas me había tropezado con su riquísimo y monísimo hijo Narian, y me había ganado la confianza del pequeño. Parece ser que le caí en gracia, lo que me abrió un poco el camino hacia su madre. Esperaba que algún día tuviera el valor para contarme su historia y que me hablara sobre el padre del niño. Mientras no lo hiciera, desde luego que yo no le iba a hacer ninguna confidencia. Era como los juicios de las pelis: todo lo

que dijera podría ser luego usado en mí contra. Lo que me llevaba a pensar, ¿qué rayos querían de mí los consejeros? Las clases de política las sacaba más mal que bien, y casi todo lo estudiaba el día antes, lo soltaba en el examen y lo olvidaba al día siguiente. No estaba preparada para presenciar una reunión de las suyas con el rey; al menos, no todavía. ¿Quizás se habrían enterado de mis excursiones nocturnas? Un escalofrío me recorrió la espalda. Esperaba, o casi rogaba para que no fuera eso. Empecé a ponerme nerviosa y el desayuno no me sentó bien. Tanta incertidumbre me mataba.

Finalmente me llevaron a la sala donde se reunían el rey y los consejeros. Eran tal y como los había imaginado: un puñado de tipos con cara de estreñidos, y cuyo miembro más joven debía de rondar los cincuenta años. En cuanto me acerqué a la mesa, saludé a los presentes e hice una reverencia al rey, sentí cómo se me clavaban veinte pares de ojos. Me miraban como si quisieran ver en mi interior, como intentándome leer el pensamiento. La verdad, no tenía ni idea de si podían o no... así que me puse a pensar en alguna tontería, por si acaso, como por ejemplo en Goku lanzándoles uno de sus ataques más potentes. La imagen me resultaba divertida.

--Tome asiento, por favor.

Obedecí sin rechistar. Todos empezaron a mirar y colocar sus papeles, y estuvieron así un largo rato, como si se hubieran olvidado de que me habían llamado y de que ya estaba allí sentada esperando que me dijeran... no sé, algo. Porque no me habían dicho ni hola.

--Diez meses --dijo de pronto el rey.

Lo miré, sin comprender.

--Llevas casi un año aquí, Melania.

Huy. Esto empezaba mal. Veinte pares de ojos me taladraban mientras sentía que me hundía hacia abajo en el sillón.

--Creemos que es hora de hacer algo --añadió uno de los consejeros. Mi

sensación de incomodidad empezaba a alcanzar niveles de maestría.

--¿A-algo como qué? --me aventuré a decir. O me decían de qué se trataba todo esto, o me fulminaban ahí mismo con sus miradas. Casi prefería lo primero.

Otra vez volvieron a sus papeles, carpetas y notas. ¿Pero esta gente de qué iba? Mi miedo inicial se estaba transformando en confusión. Me vino a la cabeza aquella frase mítica jedi "El miedo conduce a la ira... la ira al odio..." y sí, muy apropiada, porque como esto siguiera así, el siguiente paso era que desarrollara algo no muy bonito por esos pintamonas. De hecho, ya me caían mal.

--¿Algo como qué? --repetí, más alto.

Todos me miraron otra vez.

--¿No le han enseñado en protocolo que no debe hablar sin que se le pregunte?

Aquello ya era el colmo.

--Lo que me han enseñado es que la única persona que está por encima de mí es el rey --repliqué, desafiante. Chúpate esa, cara rata.

Ahora sí tenía la atención de todos. Ya no me lanzaban taladros percutores, sino que sus caras de sorpresa los hacían parecer monigotes ridículos. Y de repente se volvieron hacia el otro extremo de la mesa, donde estaba el rey... partiéndose de risa.

--Sin duda, tiene arrestos --comentó el rey, cuando se le calmó la risa--. A esta reina no habrá quien se atreva a contrariarla, como pueden ver.

Los consejeros no dijeron nada. Ni se rieron. Pues ya podían cambiar su actitud conmigo, porque cuando me tocara presidir la mesa no les iba a consentir esas tonterías.

--Al grano, señores. Sin duda nuestra princesa tiene mejores cosas en las que aprovechar su valioso tiempo antes que contemplarnos --dedujo uno de

ellos--. Quizás, atender mejor en las clases de protocolo.

--Verás, Melania --continuó el rey--. Llevas casi diez meses aquí. Casi un año. Consideramos que es tiempo de que seas presentada oficialmente.

--En una semana --apuntó otro--. Coincidiendo con la fecha exacta en la que llegó, hace un año.

Claro, los años eran de diez meses. Trescientos cincuenta días en total. Pero... ¿Una semana? ¿Y me lo decían con tan poquísimo tiempo?

--La ceremonia de presentación tendrá lugar por la tarde. El rey y la princesa recorrerán en una calesa las calles del pueblo, acompañados por un desfile militar. Usted solamente tendrá que saludar a sus súbditos. Por la noche, en el gran salón, recibirá a los reyes, jefes y gobernantes de otras especies, y les concederá un baile cuando le sea solicitado.

¿Acaso tenía opción? No me lo estaban proponiendo. Me lo estaban imponiendo. Hubiera sido todo un detalle que pidieran mi opinión antes de planear todo eso.

--Consideramos que una semana es tiempo más que suficiente de preparación, incluyendo su discurso.

Y encima, con discurso. Por un momento pensé en expresar mi descontento, pero caí en la cuenta de que estaba el rey ahí. Y como bien dije antes, era el único que podía tener autoridad sobre mi persona y decidir cualquier cosa sin contar conmigo. Para algo era el rey. Pero cuando yo fuera reina, estos se iban a meter sus discursos por donde no les daba el sol.

--Confiamos en su entera predisposición para que todo ocurra sin contratiempos, por supuesto.

Capullo. Le faltó decir "para que no vuelva a caerse de morros".

--Suponemos que podemos contar con su intención de no arruinar el evento esta vez. En caso contrario, le rogaríamos que nos lo dijera ahora y no esperara al último momento.

Me quedé sin palabras. ¿Había dicho lo que me pareció que había dicho? ¿Este monigote de guiñol me estaba insinuando que me caí y me destrocé el pie intencionadamente?

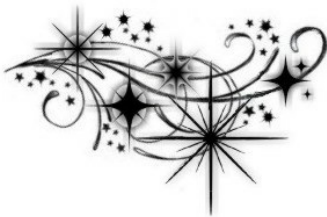
--¿Tiene usted algo que añadir al respecto?

"Que cuando me convierta en reina os vais a acordar de este día"

--No, nada que añadir.

--En ese caso, puedes retirarte, Melania --concluyó el rey--. Empezarás con la preparación enseguida.

Me levanté del sillón, hice una pequeña reverencia al rey para despedirme (los otros monicacos me importaban un pito) y salí de allí en silencio.



Esa noche estaba doblemente cansada. Acumulaba el cansancio físico del día anterior y la falta de sueño y el cansancio mental derivado de una densa clase de protocolo especialmente diseñada para la ocasión. Sin embargo, tenía que salir. Mi cabeza estaba cargadísima y necesitaba que me diera el aire. Ni siquiera me cambié de ropa, y tampoco me puse el abrigo-saco, puesto que no tenía la intención de alejarme de las rocas. Solamente me llevé un chal por si refrescaba, y como pude comprobar, hice bien, ya que había llovido y el ambiente estaba fresco.

Ángela había tenido un poco de consideración conmigo y había hecho que las clases acabaran temprano, para servir pronto la cena y que me pudiera acostar antes. Como resultado, cuando salí del pasadizo y me senté, aún no había anochecido del todo. Había estado lloviendo y se notaba la humedad en el ambiente. El cielo estaba encapotado y esa noche habría dos soles morados,

lo que indicaba no demasiada luz. Me quedé observando cómo los soles oscuros nacían para oscurecer la noche mientras el de color rosado que quedaba del día se convertía en estrellas. Sin pensar en nada en especial, solo esperando que la cabeza se me descargara un poco. Llevaba en torno a una hora allí, cuando oí una voz cerca de mí. Me giré y vi a Westley, que me sonreía. Mi corazón dio un vuelco. Me sentí tan feliz de verle que no pude evitar sonreírle yo también.

--Te gusta salir en las noches húmedas, ¿eh?

Se sentó junto a mí.

--No especialmente, pero cuando necesito aire, no importa mucho el tiempo.

--¿Hoy también ha sido un día difícil para ti? --continuó él.

--Sí. No es agradable vivir ahí dentro.

--¿Qué se les ha ocurrido esta vez?

--La semana que viene se cumple un año del día que llegué. Van a presentarme oficialmente. Por fin, supongo. No es que me moleste el hecho en sí, lo que me molesta es que me lo han dicho hoy, cuando falta una semana, y no antes. Y que me lo han impuesto, no me han pedido opinión, ni me han preguntado nada. Me han llevado a conocer a los consejeros, que son... desagradables, y prepotentes, me han tratado con un desprecio absoluto que me han dado ganas de... --Hice un gesto como si estrangulara a alguien--. ¡Argh!

--Ya veo --Asintió--. Los famosos consejeros. Nadie que los conoce habla bien de ellos. En el pueblo se dice que no son precisamente las mejores personas.

--Pues están en lo cierto. No sé si lo entiendes, pero es que me he sentido tan ninguneada... y lo peor es que no pude hacer nada al respecto.

--Lo entiendo. Te entiendo. Es normal que estés enfadada.

--No es enfado, es que me estaban ahí lanzando indirectas y diciéndome que no lo echara a perder como hice cuando vuestros diplomas... insinuándome que aquel día lo hice aposta, que me pegué el castañazo y me torcí el tobillo con intención expresa de que todo saliera mal.

--¿De verdad te han dicho eso? --Su cara dejó ver la sorpresa.

--Sí.

--Lo siento --Colocó su mano en mi antebrazo para darme ánimos, y con eso hizo que mi estómago empezara a bailar--. Pero deja que crean lo que quieran. Tú sabes que no fue así. Y cualquier persona en su sano juicio sabría que fue un accidente. Sé fuerte, demuéstrales que no te afecta lo que digan, y eso es lo que más les dolerá.

Me quedé callada. No porque tuviera razón (que la tenía), sino porque no me atrevía a mover un músculo y que eso hiciera que quitara su mano de mi brazo pensando que no me gustaba. Porque me gustaba su mano, y me gustaba él. Mucho. Era inútil tratar de negarlo o de ignorarlo a esas alturas, las mariposas en mi estómago me lo estaban gritando: me había enamorado de Westley. Y, maldita sea, quería quedarme ahí con él. Quería ver amanecer otra vez a su lado, y que su mano bajara por mi antebrazo y me cogiera la mía, para entrelazar mis dedos con los suyos. Quería que me diera mi primer beso. Quería que me abrazara otra vez y me dejara apoyarme en su pecho. Quería no tener tanto sueño, y no tener que levantarme al día siguiente temprano para seguir agonizando con el evento de la próxima semana.

Bajó un poco la mano por mi antebrazo hasta que quedó sobre la mía, y movió un poco los dedos, acariciándome levemente. Madre mía, menos mal que esa noche era oscurilla, porque si no, seguro que veía que me estaba poniendo colorada. Por favor, que no se me pusiera la piel de gallina, que entonces lo iba a notar de fijo. Y eso que solo había movido los dedos un segundo. Como siguiera así, lo que me hacía sentir iba a ser más que evidente



y cualquier día lo iba a notar. Más valía que aprendiera a controlarme, o iba a cantar por los cuatro costados. Y no. Me daba muchísima vergüenza. Para él solamente era una amiga. O su hermanita pequeña.

--El día de tu presentación voy a cambiarle el turno a un compañero para tener la noche libre.

Lo miré. Esos ojazos azules deberían ser delito.

--Solo por si... necesitaras hablar.

Me reí.

--Dado mi historial de meteduras de pata, probablemente lo necesite.

--No lo decía por eso. No me malinterpretes. Estoy convencido de que te va a salir todo bien. Solo lo decía por... Bueno, por si quisieras desahogarte. O simplemente hablar.

--Lo sé, Westley. Ya sé que no lo decías con esa intención. Y me hará mucha ilusión si vienes. Gracias.

--No me lo agradezcas. Siempre es un placer ayudarte. Además, te lo debo, princesita.

¿Qué me lo debía? ¿De qué me estaba hablando? Preferí no preguntar.

--Bueno, tú has evitado que cogiera algunos catarros, y me salvaste el pellejo el primer día de las fiestas.

--Eso no cuenta, es mi trabajo.

--¿El no delatarme es tu trabajo?

Me miró, divertido.

--Dejémoslo en tablas.

## **Segunda parte**

### **Un reino**

#### **Capítulo 21**

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 26 de Basileo

Mes primero

El gran día había llegado. Ángela me levantó temprano y me condujo a mi saloncito para desayunar. Cuando terminé, llegó de nuevo, esta vez con su pequeño Narian y dos de las chicas que ya conocía, que me hicieron llegar, en nombre de todo el personal de cocinas, su enhorabuena por ese primer año en Palacio y sus buenos deseos para tan señalado día. Me pareció un detalle precioso que me levantó el ánimo. Al menos en el palacio había gente que me apreciaba, y les di las gracias, emocionada.

Tras las felicitaciones, tocó de nuevo la sesión de tortura. Baño casi de carácter público, de nuevo con cepillos para caballos. Volvieron a impregnarme de sustancias olorosas, me pusieron un camisoncillo casi transparente, como la otra vez, y al tocador. Recordaba más o menos los pasos que seguían, y fueron igual de dolorosos que la primera vez. El cacharro del infierno que se recargaba en agua hirviendo y que me lanzaba descargas mechón a mechón era casi peor de cómo recordaba que era. Lo único bueno era que aquellas descargas, combinadas con aquel gel pastoso, tenían un efecto duradero y durante varias semanas mi pelo iba a estar dócil, suave y manso como un corderito. Tras lo que me parecieron varias horas de dolor y quedármeme el cuero cabelludo atontado, el resultado que pude ver ante el espejo fue un peinado muy parecido al de la otra vez: un recogido alto, con

tirabuzones cayendo de él, salvo unos pocos pequeños a los lados. Me habían puesto unas perlititas que se quedaban pegadas al gel del pelo y se eliminarían solas en un día o dos. Me colocaron una bata y sirvieron la comida en mi saloncito, en lugar de llevarme al comedor. Me pareció que era muy temprano, pero me figuré que no podríamos esperar a la hora normal de la comida porque iríamos con el tiempo apretado. Aun así, comí con avidez; a saber cuándo tendría la oportunidad de volver a llevarme algo al estómago aquel día. Al acabar, me llevaron al tocador de nuevo, donde era el turno de la sesión de maquillaje. Fue breve: se limitaron a darme un poco de colorete y demás polvos en la cara, y con sendos pincelitos, me iluminaron los ojos y me pusieron brillo en los labios. Mientras, otras dos doncellas me hacían cosas raras en las uñas. No pude mirar lo que me estaban haciendo pero juraría que sentí un papel de lija antes de que me aplicaran el esmalte. De ahí, me llevaron al vestidor, donde pude ver lo que iban a ponerme.

Si el vestido que llevé la anterior vez era precioso, este directamente dejaba sin aliento. Tenía un escote generoso, pero tampoco exagerado; los hombros al aire y manga corta. En el talle había tres lazos, uno debajo de otro, hasta donde empezaba la falda. La parte de abajo tenía dos capas, igual que el anterior, una abierta por delante llena de adornos y bordados, que dejaba ver la de debajo, donde había algunas rosas hechas con la propia tela del vestido. Los colores eran azul claro y dorado, a partes iguales. No eran telas brillantes y no pretendía ser llamativo, pero vaya si llamaba la atención. Era una maravilla.

Estaba extasiada admirando esa pequeña obra de arte cuando noté que me desataban la bata y me quedaba de nuevo en camisón. Y, sin que me lo viera venir, desde detrás me colocaron un corsé. La jaula del infierno.

--Ángela, no... la otra vez casi me ahogué.

--Lo siento, Melania, pero hay que ponérselo. Estás bastante regordeta. He

conseguido que no tuvieras que llevarlo a diario, pero en estas ocasiones me temo que no hay alternativa.

--Por cosas como esta podría caerme de nuevo.

--Este se ata por delante, te será más fácil de manejar si hubiera que recolocarlo. Además, con lo que has comido, en cuanto hagas la digestión notarás que no te aprieta tanto.

Dejé que Ángela me apretara el corsé y me pusiera unas enaguas. Después, junto con otra doncella, me pusieron el vestido. Colocaron el camisón interior de forma que no se viera nada, o apenas nada, y alisaron las arrugas y pliegues que se habían formado. Cuando me lo abrocharon, por delante, Ángela me dijo que podría quitármelo yo sola, sin ayuda. Eso estaba bien. Un poquito de intimidad no me vendría mal después del día que me esperaba. Finalmente, me puso unos pendientes con una delicada piedrecita dorada, una pulserita también dorada, y una gargantilla que me molestaba al tragar saliva. Esa no me gustaba. Prefería un collarcito algo más suelto. Me sacaron unos zapatos, por supuesto de tacones, a juego con el vestido, y por último, de la caja de madera tallada que ya conocía. Ángela sacó la tiara, la misma de la otra vez, y me la puso en la cabeza. ¿Me lo estaba imaginando o pesaba más que la otra vez? Dio un par de pasos atrás y me contempló. Otra vez, pude ver ese brillito de orgullo al ver su creación.

--Vas a robarle el corazón a todos. Mírate.

Me giré hacia el espejo. No es que me guste echarme flores, pero Ángela me conocía muy bien y sabía la clase de ropa que encajaría con mis gustos personales y al mismo tiempo con mi fisonomía. El vestido estaba hecho para mi persona, para una chica corriente de pelo rojo cereza y ojos color aceituna a la que no le gustaba llamar la atención en exceso.

Salimos del cuarto. En el pasillo nos esperaban algunas doncellas, sin duda para contemplar el resultado final. Entre exclamaciones de "Oh, mira",

"Está deslumbrante", "Dioses", y similares, me desearon suerte mientras seguía a Ángela escaleras abajo. Aquello me produjo una sensación muy bonita, y es que entre el mensaje de las chicas de las cocinas y ahora de las doncellas, me sentí satisfecha porque por fin sabía que había conseguido ganarme el cariño del personal de Palacio. Cuando todo esto pasara, tenía que ir y darles las gracias. El mundo sería un lugar más bonito si todos diéramos las gracias más a menudo.

Ángela me condujo a las cocheras, donde nunca había estado, y donde pude ver todo tipo de carrozas: grandes, pequeñas, viejas, modernas, feas, muy feas, visualmente soportables... y finalmente, nuestra calesa. Llevaba dos caballos blancos y estaba adornada con flores. Por un lado había como decoración unos telares con bordados que simulaban la piedra, el símbolo del rey, y por el otro, los bordados simulaban la estrella, mi símbolo. En el pescante había un cochero vestido de gala.

El rey llegó enseguida. Vestía un traje para las ocasiones, con galones y medallas, y además llevaba puesta la corona, como el día que lo conocí.

--Melania --saludó. Me miró de arriba abajo--. Buen trabajo, Ángela.

--Gracias, Señor --contesto ella, mientras abría la puerta de mi lado y me ayudaba a subir.

El cochero espoleó a los caballos, y la calesa se puso en marcha. Nos detuvimos en la puerta de la cochera unos minutos, en los que ninguno de los dos dijo nada, y finalmente las puertas se abrieron y salimos. En seguida pude ver el motivo de la anterior pausa, y era que nos precedía la caballería. La puerta de las cocheras estaba situada junto a la de los establos, y parecía ser que el espectáculo empezaba mucho antes de nosotros. Creí recordar algo que me contaron de un desfile militar y de una banda de música. En cuanto salimos a las calles del pueblo y empecé a ver gente, decidí concentrarme en sonreír y saludar, tal y como me habían dicho que hiciera. La gente se mostraba alegre y

feliz, en casi todas las calles apelotonada en las aceras y controlada por varios guardias que cuidaban que no se acercaran demasiado. El pueblo estaba adornado con calabazas, espantapájaros, setas, girasoles y tallos de trigo, maíz y otras plantas, y si no me fallaba la memoria, se debía a que era la época de fin de cosechas. La música que me llegaba era muy alegre, eran violines que tocaban música parecida a la del tipo country, que pegaban mucho con la decoración que veía. Pasamos por debajo de varios arcos hechos de hojas y motivos otoñales. Me sentía contenta con lo que estaba viendo. A pesar de que ya había estado en el pueblo, nunca había sido a la luz del día, y ahora podía apreciar detalles en las calles que antes se me habían pasado por alto. La decoración no hubiera podido verse tan bonita de noche, sin lugar a dudas. Cuando giramos hacia la plaza, pude ver en el centro la fuente que hace unas cuantas semanas tenía karengi en lugar de agua, y me acordé de Westley. El corazón me dio un vuelco al pensar en él. ¿Estaría en algún lugar entre la multitud? No había manera de saberlo, y evidentemente no iba a ponerme a escudriñar entre la gente.

La calesa siguió su recorrido por zonas del pueblo donde yo no había estado y en donde la gente, desde la distancia que le era permitida, me saludaba y gritaban palabras de bienvenida y de cariño. Me pareció que alguien decía "Es usted nuestra única esperanza" y, dejando a un lado que dudaba que fueran Leia y Obi-Wan, se me hizo muy extraño. Ya lo pensaría con detenimiento en otro momento. Lo que tenía que hacer ese día era sonreír y saludar.

Finalmente, tras el recorrido por las calles del pueblo, que duró cerca de un par de horas, volvimos a las cocheras. Ángela me esperaba, y otro lacayo esperaba al rey. Nos acompañaron de nuevo dentro del palacio, y en el tocador me retocaron un poco los tirabuzones.

--Vamos a cambiarte de ropa.

--¿Y eso?

--Para lo que viene ahora necesitas un vestido de noche. Ahora lo verás, ve desabrochándotelo.

Obedecí. Resultó más fácil de lo que pensé, y cuando cayó al suelo, las doncellas se lo llevaron y solamente entonces pude ver el vestido para la segunda parte del evento. Ya no sabía cual de los tres me gustaba más. Este era muy, muy parecido al anterior, diría que casi el mismo modelo, solo que la tela era azul marino y los detalles en blanco, me cubría los hombros y la manga me llegaba hasta el codo. Por debajo de esa manga salían otras de una tela blanca fina y suave, al igual que la parte de dentro de la falda. Esta no tenía rosas hechas de la propia tela, sino bordadas. Los adornos de la parte externa de la falda también eran blancos, pero el color predominante era el azul marino. Como la noche. Realmente era un vestido de noche, sí señor.

De modo que, un rato después, me encontré entrando al gran salón en medio de una enorme ovación. Me acerqué al atril y pronuncié lo que no era un discurso en sí, sino una mini-presentación para que se me oyera hablar, más que nada. Hice la reverencia al rey, quien me indicó con la cabeza que tenía su permiso para empezar.

--Señores y señoras aquí reunidos. Lo primero, aprovecho para expresar mi más sincera gratitud por haber venido y por su interés en mi persona. Hace exactamente un año que llegué, y sirva la noche de hoy para corroborar el juramento que hice. En este año me han preparado, he aprendido, y sin duda adquirido experiencias altamente valiosas que me han de servir el día que el Libro elija para que suba al trono, y sucesivos. Me es grato conocer a todos los aquí asistentes, a los que pasaré a saludar personalmente en breves instantes. Es mi intención establecer desde el día de hoy una cordial relación con todos ustedes, por el bien de nuestros reinos. Sin más, espero y deseo que pasen una agradable velada. Siéntanse cómodos, por favor. Buenas noches.

De nuevo una ovación. Despacito, y sin borrar la sonrisa de mi cara, me bajé del estrado, poniendo especial cuidado en dónde y cómo ponía los pies, y esta vez ni pisé mal, ni hubo traspies, ni caída. El rey se colocó junto a mí al pie de las escaleras. Ya estábamos listos para la recepción.

Al fondo empezó a tocar la orquesta. Los invitados fueron formando una fila delante de nosotros, siendo ayudados por algunos de los asistentes de Palacio cuando era necesario colocarse. Nadie estaba desocupado, los que no estaban en la fila para saludarnos estaban en las mesas con las degustaciones especialmente dispuestas para ellos. Los invitados eran presentados por un ujier a nuestro lado, y una vez presentados, saludaban con una reverencia, primero al rey y luego a mí. De vez en cuando me decían algo en plan "Será un placer trabajar con una joven tan encantadora", "Encantado de conocerla", y similares. No había tantos invitados como estudiantes aquella otra vez, por lo que las presentaciones duraron relativamente poco. Era la primera vez en mi vida que veía elfos, con sus orejas puntiagudas y sus diademas con motivos celtas, sus ropas vaporosas... también vi a la representante del reino de las hadas, una especialista en relaciones entre especies que vivía con ellas. Y lo mismo sucedió con el reino de las sirenas y el de los duendes. Parece ser que, sí alguna vez quería ver a estos seres, debería desplazarme yo misma hasta su habitat. Había también representantes de otras criaturas con nombres impronunciables, y me resultó curioso que cada especie traía un séquito, de menor o mayor número, pero séquito al fin y al cabo, lo que hacía que la sala estuviera bastante llena, si bien las personas a las que saludé no eran demasiadas. Se me había dicho que debería aceptar todas las solicitudes de baile que se me hicieran, y lo hice. El resultado fue que acabé con la cabeza como un bombo tras tanta vueltecita, y a eso había que añadir los pies reventados, con lo cual estaba temerosa de dar otro tropezón inoportuno en cualquier momento. De modo que, tras unas cuantas horas de bailes, saludos y



sonrisas, y de ir de aquí para allá por el gran salón, le comuniqué a uno de los asistentes de Palacio que me empezaba a encontrar indispuesta y cansada, hubo unas cuantas comunicaciones entre asistentes y el rey, y finalmente este último anunció a todos que la homenajeadada --o sea, yo-- se encontraba algo cansada debido a los numerosos acontecimientos que habían tenido lugar en ese día, y que, con gran pesar, debía retirarse a sus aposentos. Los invitados me dedicaron una sonora ovación, me despedí con una reverencia y me retiré. En la puerta estaba esperándome Ángela, que, evidentemente, había sido avisada de que ya me iba a la cama.

--Cuéntame. ¿Qué tal ha ido?

Lo primero que hice en cuanto se cerró la puerta del gran salón detrás de mí fue quitarme los zapatos para seguir descalza.

--¿Pero qué haces?

--Si no me quito este calzado inútil ya, me reventarán los pies. De hecho, creo que ya tengo algunas ampollas. Aaaay, por fin...

--En fin, esperemos que no te vea nadie así en lo que llegamos a tus habitaciones...

--Como si me importara.

--Bueno, dime, que me tienes en ascuas.

--¿No te han dicho nada? ¿Nadie?

--No, solamente me llamaron para decirme que te retirabas y que te acompañara. ¿Estás bien?

--Estoy solamente cansada y me duelen los pies. Me quiero ir a la cama --Dirigí mi mirada hacia ella y hablé sin disimular un poco de orgullo--. No ha pasado nada. No me he pegado un trompazo, si es lo que me estás preguntando. Y diría que he dicho exactamente las palabras justas en el momento justo. Creo que todo ha salido bien.

--No sabes cuánto me alegro. Sabía que lo conseguirías. Siempre lo supe.

--Oye, ¿me traerías ese mejunje tuyo relajante? Necesito algo para los pies.

--Claro. En cuanto te deje en tus habitaciones voy a buscarlo.

Llegamos a mi alcoba, y mientras Ángela iba a buscar lo que le había pedido, me examiné los pies detenidamente. Tenía una ampolla grande en cada talón y algunas más pequeñas en los dedos. Casi todas se habían reventado, lo cual no era de extrañar. Ángela vino con un tarrito que contenía un gel azul con burbujas blancas y me lo dio. Me puse una buena cantidad y le dije a Ángela que podía retirarse. Ya me quitaría yo sola el vestido. Ella me dio las buenas noches y salió de la alcoba.

Me quedé atravesada en la cama mientras esperaba que lo de los pies me hiciera efecto, porque esa noche iba a salir. Independientemente de que necesitaba tomar aire y relajarme, esa noche tenía un motivo de peso, y era que Westley me estaba esperando.

## Capítulo 22

Dejé pasar un rato y me dirigí al tocador. Me quité la tiara, que ya la sentía como clavada en la cabeza de lo que pesaba, y la gargantilla, que me rozaba y me molestaba. Pensé en quitarme el corsé, pero si lo hacía, probablemente el vestido no me abrocharía, y no me apetecía ponerme a elegir otro y perder un buen rato. Y, después de todo, Ángela tenía razón: en cuanto bajé la comida, dejó de apretarme y de ser tan molesto. Busqué unos zapatos bajos que no apretaran demasiado, y enseguida encontré unos que me irían bien, así que me los calcé, abrí el pasadizo y salí.

Al otro lado era ya noche cerrada, y no me esperaba ver fuegos artificiales en el cielo. No sabía que aquí también podrían tenerlos, y el poder verlos después de tanto tiempo me produjo una cálida sensación. Me quedé así, mirando al cielo con medio cuerpo en el pasadizo y medio cuerpo fuera no sé bien durante cuánto tiempo, hasta que la voz de Westley me hizo volver.

--Buenas noches, princesita. La fiesta en tu honor continúa.

--Hola, Westley. Ya lo veo. Pues hace rato que oficialmente me retiré.

--Quizás haya quien no se hubiera enterado. O si tenían esto preparado de todos modos, qué menos que no desperdiciarlo. Espera, te ayudo a salir.

Me tendió las manos y así salí mejor. Una vez estuve fuera, nos quedamos frente a frente, sin soltarnos las manos ¿deliberadamente? unos segundos. Me pareció que desprendía un suave, ligero y agradable olor, distinto del de la noche de la lluvia. ¿Se había echado perfume? Además, estaba más arreglado que normalmente: se había peinado un poco más, como en la gala, y no llevaba la ropa casual de siempre. No estaba trajeado, pero tampoco estaba como normalmente.

Hoy habíamos quedado. No habíamos venido y nos habíamos encontrado de casualidad, como otras veces. Él había cambiado el turno para verme,

como bien me dijo. Y se había arreglado para estar conmigo. Eso me emocionaba y me ponía pelín nerviosa. No podía ser que él también... no, no. Me estaba montando otra película.

--Guau --susurró--. Estás impresionante, si me permites que te lo diga.

--Más vale --respondí--, ha costado varias horas de dolor y sufrimiento.

Rió.

--Unas horas muy bien aprovechadas.

--Gracias, Westley --Bajé la mirada --. Tú también estás... diferente.

--Bueno, hoy había quedado con cierta princesita que siempre suele vestirse mejor que yo. Y en un día tan especial para ti, no pretenderás que fuera vestido de campesino, ¿no?

--No pasa nada porque lleves tu ropa de siempre. Además, lo mío es obligación, no elección.

Ambos reímos y nos sentamos. El corazón me latía tan fuerte que me extrañaba que no lo oyera.

--Supongo que no te habrá ido mal. No he escuchado ningún comentario negativo. Más bien al contrario.

--¿Ah, sí? ¿Al contrario? ¿Qué has oído?

--Cuéntame tú primero. ¿Qué tal te ha ido?

--Bien. O al menos, eso creo. No me he caído. No he tropezado. No he dicho nada fuera de su sitio. He conocido a un montón de gente de la cual ya no me acuerdo. He visto elfos por primera vez en mi vida. He acabado muy harta de la recepción. Sí, creo que todo ha ido bien.

--Seguro que les has encantado a todos. No podía ser de otra manera.

--El pueblo estaba decorado muy bonito. No estaba como cuando fuimos, ¿verdad? ¿Son las fiestas de la cosecha?

--Efectivamente. La de este año ha sido bastante buena, por lo que cuentan. Han engalanado el pueblo más de la cuenta, aprovechando que lo tuyo

coincidía. Lo han dejado muy bien.

--¿Has visto pasar el desfile?

--En parte. Vi los bailarines, unos soldados, un grupo de músicos, más bailarines, y en ese momento tuve que entrar de nuevo a la clínica porque me estaban llamando. No llegué a verte. Pero te estoy viendo ahora, y de cerca --  
Sonrió.

--Yo tampoco vi mucho. Por delante de donde yo iba solo había soldados a caballo. No vi bailarines ni nada de lo que comentas. Bueno, cuenta, ¿qué oíste?

--Pues algunos compañeros de la clínica vieron el desfile completo. Y todos coincidían en que era espectacular. Perfecto. Y también coincidieron, y cito textualmente, en que tenemos una princesa adorable.

--Adorable.

--Sí, y muchos se hacían la gran pregunta: ¿Por qué han esperado un año?

--Créeme que soy la primera a la que le gustaría saberlo.

Nos quedamos mirando el espectáculo pirotécnico del cielo en silencio durante unos minutos. La noche era perfecta. La brisa otoñal en la cara me hacía sentir despierta y viva. Y la compañía... no podía ser más perfecta.

--Un año ya. ¿Qué balance haces?

--¿Balance? Pues... no sé. Ciertamente, no ha sido lo que esperaba cuando llegué.

--Si pudieras volver atrás ahora, ¿cambiarías algo?

--No. Habría hecho exactamente lo mismo. No me arrepiento de nada.

--¿Y no echas de menos tu antigua vida?

--La verdad es que no. Mi padre era alcohólico. Me pegaba. Mi madre no hacía nada por remediarlo. En estos momentos, ya tendría la edad legal para trabajar y me hubieran obligado a hacerlo de lo que fuera con tal de que él pudiera seguir bebiendo. No, no quiero volver. Aunque esto sea poco más que

una cárcel, estoy mejor.

Westley se quedó callado muy serio, como asimilando lo que acababa de decirle. Volvió a ponerme la mano en el antebrazo y las mariposas de mi estómago se levantaron en bandada. Ay, ay, ay.

--No sabía nada. Siento mucho todo lo que has tenido que pasar.

--No te preocupes. Ya pasó. Hace un año, exactamente.

--Por cierto, ¿cuándo es tu cumpleaños? --preguntó de repente, quitando la mano de mi brazo.

--¿Mi cumple? Pues... --Según el calendario de la Tierra, era el veintidós de octubre, pero según este calendario... a saber. -- no lo sé --admití, avergonzada--. En mi mundo, los días y los meses se cuentan de otra manera.

--En Palacio no celebráis estas cosas, ¿verdad?

--No.

--Lo suponía. Pues --Metió su mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un pequeño bulto-- aprovechando que hoy es un día importante y señalado para ti, que podría decirse que es algo así como tu cumpleaños, porque es el día que llegaste... te he comprado un detalle. Toma, cógelo.

Eso sí que no me lo esperaba. Me puso en la mano un bultito envuelto en un tosco papel marrón arrugado.

--Westley, yo... no sé qué decir.

--Pues no digas nada y ábrelo.

--No tenías que haberte molestado.

--No es molestia, princesita. No irás a rechazarlo, ¿verdad?

Desenvolví el paquetito. Dentro había una bolsita de tela. La abrí y de ella salió una cadenita de la que pendía una libélula en cuyo cuerpo había incrustada una piedrecita ambarina, finita y alargada.

--Qué bonito...

--¿De verdad te gusta? No es gran cosa al lado de lo que tienes en

Palacio...

--Es mucho mejor que todas las joyas de Palacio juntas. Me encanta.

--¿No lo dices por quedar bien? Me consta que das clases para decir siempre palabras que suenen agradables... --bromeó.

--¡No seas tonto! --Le di un manotazo--. Me gusta mucho. Gracias.

Volví a mirar la libélula. Toqué la piedrecita. Estaba recreándome en la ilusión tan tonta que me hacía cuando caí en la cuenta de que debería ponérmela, así que abrí el cierre e intenté abrochármela por detrás del cuello, a ciegas.

--Espera, espera. ¿Te ayudo?

Le di la cadena abierta, sujetándola por los extremos, y me aparté los rojos tirabuzones hacia un lado. Él se acercó, pasó sus brazos por detrás de mí, me colocó la cadena y ajustó el cierre. Permanecimos unos segundos así, quietos, con sus dedos sobre mi piel y las mariposas golpeando rabiosamente las paredes de mi estómago. Estaba tan cerca que sentía su aliento y olía el perfume que llevaba. Nuestras miradas se encontraron durante unos instantes, hasta que bajó la suya hacia mi boca, se movió unos centímetros y, vacilando, depositó un pequeño y dulce beso sobre mis labios.

Mi primer beso. Me lo acababa de dar Westley. Y era lo más maravilloso que había sentido jamás.

Me quedé quieta. No sabía qué se hacía. Pensaba que, si me movía, él lo interpretaría mal y la magia se rompería. Empecé a ponerme nerviosa, porque no quería equivocarme, y además, el beso que me acababa de dar había despertado algo en mí que nunca había sentido antes. Algo muy agradable. Con delicadeza, sus dedos se movieron hasta mi mejilla y la acariciaron suavemente. Volvió a besarme, y esta vez sus labios acariciaron los míos unos segundos más.

--Bonita --susurró--, una palabra tuya y pararé.

Estábamos a escasos milímetros el uno del otro. El corazón me trotaba, no, me galopaba en el pecho. Ahora sabía qué se siente al ser besada por primera vez, además por un chico que me atraía y me gustaba tanto. Ninguno de los libros que había leído ni de las películas que había visto hacían justicia a lo que estaba sintiendo en aquel momento; era algo precioso, lo más bonito que había llegado a sentir nunca por nadie. Y no quería que Westley se alejara de mí. Lo quería a mi lado, tan cerca de mí como estaba en ese momento, con su mano acariciándome la cara y sus labios sobre los míos. Y susurrándome cosas con esa voz suya tan preciosa que me llegaba hasta el corazón y hacía que me derritiera.

--¿Quieres que siga?

--Ah... yo... eh...

Oh cielos, ¿dónde estaban las lecciones de idioma cuando las necesitaba? ¿Cómo se decía en aquella lengua infernal? ¡Se me había ido todo de la cabeza! ¡Estaba en blanco!

--¿O prefieres que pare?

--Eh... no... --conseguí decir.

--¿No? ¿No sigo? ¿O no paro?

--Eh... *es que...* eh...

Se retiró un poco, pero mis manos fueron hasta su pechera y tiraron ligeramente de su ropa, haciendo que no se alejara más.

--Pídeme que siga, Melania. Por favor.

Sin retirar las manos de su ropa, asentí ligeramente con la cabeza, aunque creo que no lo vio. Volvió a acariciarme la cara mientras se acercaba a mí de nuevo, hasta quedar a escasos milímetros de mi boca.

--Pídemelo.

¿Cómo se lo iba a pedir si no me salía nada? Seguía en blanco y muy nerviosa, y si yo no hacía algo pronto él sí que lo iba a malinterpretar y...



mejor no pensar en qué podría pasar. De modo que aproveché la cercanía y le di un pequeño, pequeñísimo besito en los labios. Dejé mis labios unos instantes sobre los suyos y eso fue suficiente para que lo entendiera, porque antes de que pudiera retirarme me sujetó la cara con las dos manos, abrió un poco la boca y mi beso se convirtió en nuestro beso. Atrapó mi boca con la suya y me besó con más intensidad, saboreando mis labios, mientras yo desplazé mis manos desde su pechera hasta sus hombros, tímidamente y sin apenas apretar. Empecé a mover un poco la boca yo también, y esperaba estar haciéndolo bien y que no se notara mucho mi inexperiencia. Su boca era suave y cálida, y sus besos eran lo más bonito que jamás había experimentado. El corazón me iba a la velocidad de la luz y mi cabeza no podía creer que aquello estuviera pasando. Tras unos minutos en los que me besó sin detenerse, paró un momento para que ambos recuperáramos el aliento.

--Melania, estoy enamorado de ti.

Madre mía, qué directo. Mi estómago dio un salto al oír esas palabras. No me lo esperaba. Quería decirle algo; evidentemente, cuando uno se declara, espera que le contesten... pero seguía en blanco; no me salía nada. La gramática y todas las lecciones para hablar se habían esfumado de mi cabeza. Quería decírselo, quería decirle que yo también estaba enamorada de él, pero estaba tan emocionada que no era capaz de decir una frase con sentido. Y, en el fondo... esas palabras me asustaban. Me sentía muy vulnerable y no sabía por qué.

--Yo... *es que...* eh... *yo...* Westley...

Sonrió y me miró con esos ojos tan bonitos que tenía.

--Dime, preciosa.

--Es que yo... me... *yo nunca...* eh... mi... *tú me...*

Suspiré apretando los dientes. De todas las veces que podía sucederme, tenía que ser precisamente esa noche. Un poco de miedo, bastantes nervios,

mucha emoción... y como resultado teníamos a mi cerebro totalmente atascado.

Westley me acarició la mejilla suavemente.

--Tranquilízate --Me dio un suave besito en los labios.

--Estar... estoy... bloqueada. Lo siento mucho... --musité.

--No pasa nada. Hay tiempo. No voy a irme a ninguna parte.

--¿Me... me... ayudas?

Se lo pregunté con los ojos cerrados de la vergüenza que me daba. Aquella situación me estaba empezando a parecer un poco bochornosa. Había imaginado cientos de veces en los últimos años cómo sería cuando alguien me dijera algo así, y mi mente romántica había creado bastantes situaciones, pero ninguna como aquella. Años después, lo recordaría con humor, pero en ese momento no me hacía ni pizca de gracia.

--Te ayudo, bonita, claro que sí.

Me dio un pequeño beso en la punta de la nariz. Con los dedos, empezó a acariciarme la mejilla.

--Estás muy coloradita...

Por favor, qué vergüenza. Bajé la cabeza. Eso ya era más de lo que mi dignidad podía soportar. No solo estaba mezclando idiomas y siendo incapaz de pronunciar una frase con sentido, sino que además me había puesto como un tomate. Después de aquello, el pobre iba a pensar que se había enamorado de una lerda suprema.

--No, no, no bajas la cabeza. Te hace aún más encantadora. Me gusta mucho --rió mientras me ponía la mano en la barbilla y me levantaba la cabeza. No dejé que me la levantara mucho; me estaba muriendo del corte --. ¿Y ese ruborcillo podría deberse a que tu tierno corazoncito siente algo por mí?

Asentí con la cabeza, sin abrir los ojos.

--¿Algo más que amistad?

Volví a asentir con la cabeza.

--¿Sabes lo feliz que me hace eso, preciosa?

Abrí los ojos lentamente y lo miré. Sentía como si hubieran quitado todos los envoltorios y mi corazón estuviera en carne viva delante de él, frágil y vulnerable. Vi su sonrisa tan bonita, y la manera en la que me estaba mirando, y volví a cerrar los ojos, bajando de nuevo la cabeza. Él me abrazó y mi cabeza se acomodó en su hombro mientras me acariciaba el pelo con suavidad.

--Princesita tímida... Que no te de vergüenza sentir algo tan bonito. Al menos, no conmigo, por favor. Estoy enamorado de ti, y que tú me correspondas es lo mejor que podría pasarme.

--Yo... es que... yo nunca había sentido esto, Westley --me salió al fin. No era eso lo que quería decirle exactamente, pero no era ninguna mentira, y al menos había podido decir algo que no fueran balbuceos.

--¿Y qué problema hay? ¿No te gusta?

--Sí. Mucho.

--A mí también me gusta lo que estoy sintiendo. Y tampoco había sentido nunca nada igual.

Me cogió la cara con mucha suavidad y me besó de nuevo. Yo empezaba a cogerle el truco y trataba de devolverle los besos. No sé si lo estaría haciendo bien o mal, quizás le estaba llenando de babas, pero él no dijo nada. Su mano fue desde mi cara a mi nuca y luego bajó hasta mi espalda. Me recorrió un pequeño escalofrío. ¿Hasta dónde íbamos a llegar? Por mucho que Westley me gustara y que deseara que me besara y me abrazara como lo estaba haciendo, hasta hacía unos minutos éramos simplemente amigos y no veía bien que quisiera quitarme la ropa o ir más allá. Yo no estaba preparada. Al menos, no todavía. No la primera noche, cuando hacía pocos minutos que acabábamos de confesarnos nuestros sentimientos. No pegaba con su manera de ser, pero ¿y si

yo me había equivocado?

--Estás temblando. ¿Tienes miedo?

--Un poco.

--Quiero que te sientas cómoda y a gusto. Si no lo estás....

--No. No, Westley. Estoy muy bien. Me gusta mucho esto.

--¿De verdad?

--Sí, de verdad.

Y para enfatizar mis palabras, esta vez tomé yo la iniciativa y lo besé. Y lo hice tan torpemente que nuestras narices chocaron, lo que provocó que ambos nos riéramos.

--Perdona. Es que es la primera vez que... que... eh...

--Ya veo --Sonrió--. Pero no tienes que tener miedo. No tengo intención de hacerte daño. Ni de obligarte a hacer nada que tú no quieras.

Tragué saliva y respiré contenta. Lo sabía. Con lo caballeroso y respetuoso que era, no podía ser de otra manera.

--Lo sé, Westley --Sonreí y le acaricié un poco la cara--. Ya lo sabía.

--Pero lo que seguro que no sabes es que yo también tenía y tengo miedo.

--¿De qué?

--Tenía miedo de que me rechazaras. Y ahora que esto ha empezado... tengo miedo porque no me veo capaz de detenerlo. Ni aunque quisiera.

--Yo... yo no quiero detenerlo, Westley...

--Yo tampoco, preciosa.

Volvimos a besarnos, despacito y con mucha ternura. Intenté ignorar el miedo y mis nervios, y concentrarme en lo que me hacían sentir sus besos y sus caricias. Poco a poco, me fui relajando y notando cómo la chispita de la felicidad, de esa felicidad que solo da el amor cuando es correspondido, iba creciendo dentro de mí. Estaba disfrutando el momento, me sentía menos nerviosa, y cuando paramos dediqué una gran sonrisa a Westley, que él

correspondió con otra.

--Pero qué bonita eres. Qué sonrisa.

Le acaricié la cara suavemente. Él hizo lo mismo con la mía, apartándome algunos mechones que ya andaban con vida propia.

--¿Sabes? Mi padre me dijo una vez que enamorarse es lo más bonito que les puede pasar a dos personas.

Dejé pasar unos instantes, sin dejar de mirarlo.

--¿Y estás de acuerdo?

--Lo que siento ahora mismo por ti es lo más bello que he sentido jamás -- Me dio un pequeño besito--. Le hubieras encantado. Y a mi madre también.

No supe qué contestar a eso. Me quedé callada, y él aprovechó para atraerme hacia sí, sentarme en su regazo y volver a besarme. Empezó a bajar desde mi boca hasta mi mentón y de ahí al cuello. Yo me derretía y le dejaba hacer; era muy agradable. Al cabo de unos minutos, paramos de nuevo, pero seguimos casi abrazados, a escasos milímetros el uno del otro. Apoyé la cabeza sobre su hombro; me encantaba sentir su contacto y su calor. Estaba algo abrumada ante todo esto que era tan nuevo para mí. Porque, sí, Westley me hacía sentir algo muy grande y bonito. No llegaba a ser algo como para decirle que le quería, pero era algo más que me gustara o me atrajera. Y me llenaba de alegría y felicidad que él sintiera lo mismo. Era amable, cariñoso, tierno, bueno y gentil, todo un caballero que hacía que me sintiera muy afortunada y segura de haber sabido elegir bien. Pero al mismo tiempo, sentía algo de temor, porque no sabía a dónde me iba a llevar esto que estaba sintiendo. No quería dejarlo pasar ni ignorarlo, pero sabía que no habría marcha atrás y que ya nada sería igual, y me daba miedo lo que pudiera pasar. Tendríamos que mantenerlo en secreto, y si alguien se llegara a enterar nos caería una buena, tanto a él como a mí. De hecho, probablemente él corriera más peligro que yo.

--Westley, si alguien se enterara de esto...

--Estoy dispuesto a correr el riesgo. Y a... aceptar las consecuencias, sean las que sean.

Busqué su mano y puse la mía en ella. Él reaccionó rápido y me la atrapó, agarrándola con firmeza, como si se fuera a escapar.

--Yo también --aclaré.

Cerré los dedos; era tan bonito sentir la suavidad y tibieza de su mano en torno a la mía, ahora sin dudas y sin preguntarme qué estaba pasando...

--De todos modos --continuó--, nadie tiene por qué enterarse. Creo que sabremos continuar sin levantar sospechas.

--Yo llevo un tiempo saliendo a escondidas de Palacio y nadie lo sabe.

--Ahora que has sido presentada, te convendría no pisar el pueblo. Cualquiera puede reconocerte.

Tenía razón. No había caído en eso. Qué fastidio.

--Pero yo seguiré viniendo por aquí a verte una noche a la semana, la que tenga libre. ¿Qué te parece?

--No dejes de hacerlo, por favor.

Me estrechó con fuerza.

--Hace bastante que no puedo dejar de hacerlo, Melania. ¿No te habías dado cuenta?

--De lo único que me he dado cuenta es de que quiero estar contigo.

Me dio un fuerte beso en la cabeza.

--Y yo contigo, bonita.

Empezó a mover suavemente el pulgar sobre el dorso de mi mano, y yo puse la que me quedaba libre en su mejilla y se la acaricié suavemente. Estaba muy suave; probablemente se habría afeitado no hacía mucho.

--No puedo creer que esto esté sucediendo --comentó, feliz.

--Ni yo tampoco.

--Tenía muchas ganas de hacerlo.

--Y yo tenía muchas ganas de que lo hicieras.

--Qué suerte la mía. Tengo en mis brazos a la chica más preciosa y encantadora del pueblo. Y no solo eso: acabo de declararme a ella, de besarla, y me ha correspondido. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Dejé escapar una pequeña risa, porque yo había pensado lo mismo, y él rió también.

--¿Se notaba mucho que me interesabas? --preguntó.

--No --reí--. La verdad, no.

--Pues creo que fui bastante claro, princesita.

--Creí que me lo estaba imaginando... Se supone que éramos amigos...

--Los amigos no se cogen de las manos ni se miran como yo te miraba a ti. Como te estoy mirando ahora. ¿No te habías dado cuenta de lo que estaba tratando de decirte?

--¿Y tú no te habías dado cuenta de que también me gustabas mucho?

--Supongo que también me parecía imposible que tú sintieras lo mismo que yo.

--Pero tú eres médico, seguro que notaste que se me ponía el corazón a mil.

--¿Te parece que, teniendo esta carita de ensueño delante, me iba a poner a tomarte el pulso? Qué cosas tienes.

Oculté la cara, algo cortada.

--Eres toda dulzura y encanto --Volvió a sonreír--. Mi preciosa princesita.

Desde el pueblo se oía música. Lejana, pero nos llegaban algunos ecos.

--¿Te gustaría bailar con tu princesita en su aniversario?

--Lo estoy deseando.

Nos pusimos en pie, nos alejamos unos cuantos pasos de las rocas y nos abrazamos de nuevo. Colocó una mano en mi espalda e hizo ademán de

cogerme la mano para bailar algo tipo vals, pero yo se la coloqué en mi espalda, apoyé la cabeza en su hombro y puse las manos en su espalda y en su otro hombro, tocando suavemente su cuello.

--No conozco mucho los bailes. Vas a tener que enseñarme las nociones básicas.

--En mi mundo los enamorados bailan abrazados, así.

--Me gusta.

--Y no necesitas saber ningún paso ni nada.

--Eso también me gusta.

Dejó su mano en mi espalda y con la otra me acarició los rizos rojos, la mejilla y el cuello. Yo dejé las manos en sus hombros y de vez en cuando mis dedos acariciaban su cuello y la curva de su mandíbula. No era mucho más alto que yo, pero sí un poco, lo suficiente para que pudiera besarme en la frente. Ojalá no me hubiera puesto el corsé, seguro que lo notaba. Me dio un poco de vergüenza.

Bailar con él me ayudó a relajarme del todo. Los nervios que tenía se fueron, así como ese pequeño temor inicial. Estuvimos bailando lentamente, en silencio, mucho tiempo, hasta que nos dimos cuenta de que llevábamos el último rato bailando sin música. Nos quedamos quietos, abrazados, unos segundos, entonces me levantó la cabeza y comenzó a darme pequeños y dulces besos en los labios. Se los devolví al mismo tiempo. Y me gustaba la sensación de besarle y que me besara. Era maravillosa y muy agradable. El resto del mundo no importaba, era como si ambos estuviéramos metidos en una burbuja en la que no había sitio para nada más. Solamente él y yo. Y la burbuja era eterna: podríamos besarnos durante meses, porque nada más importaba. Ni el tiempo, ni la hora. Dentro de la burbuja, junto a él, me sentía segura, feliz y enamorada. Porque, sí, estaba enamorada. No hasta el punto de querer dejarlo todo por él, casarme o lo que hacen en las pelis románticas, pero sin duda esto



debía ser el inicio, y me gustaba. Me gustaba sentirlo. No sabía dónde me iba a llevar esto que estaba sintiendo, pero no importaba: a donde fuera que me llevara, él estaría conmigo.

No quería separarme de él. Quería que esa noche no acabara nunca. Que esta felicidad no acabara nunca. Simplemente quedarme junto a él, respirando el mismo aire. Tras unos minutos, paramos, pero seguimos abrazados, sin separarnos ni un milímetro.

--Estás preciosa esta noche.

--Estoy como siempre.

--No lo estás. Te lo aseguro. Estás radiante.

--Entonces será porque llevo puesto tu regalo.

Rió.

--Eres encantadora. Y cómo aguantas todo lo que pasa ahí dentro sin dejar que te moldeen. Me encanta que tengas ideas, que pienses por ti misma y que no dejes que otros lo hagan por ti. Y también que te veas capaz de hacer cualquier cosa tú sola, sin ayuda de nadie. Además, eres tan alegre y ocurrente. Me has dado muchos motivos para enamorarme, princesita. Y siempre estás tan bonita. No me canso de mirarte.

--Vas a hacer que me ponga colorada otra vez.

Soltó una leve risita y volvimos a besarnos.

--Melania, para mí no eres una diversión. Quiero conocerte mejor, y que me conozcas tú a mí. Que nos sigamos viendo porque ambos lo deseamos, y no por... coincidencia. Me gustaría hacerte feliz. Nunca me había enamorado hasta que entraste en mi vida; estoy feliz de que haya sucedido, también de que tú sientas lo mismo, y quisiera continuar esto que hemos empezado hoy. Quiero ir en serio contigo.

Me quedé otra vez bloqueada. ¿Qué rayos me estaba pasando esa noche?

--Eh... yo... me... es que... eh...

--Oh, dioses, qué adorable eres --rió.

Resoplé. Odiaba trabarme en momentos como este.

--¡No te rías!

--No, no. No me río de ti. Solo que me pareces encantadora incluso cuando te pones nerviosa y te atascas.

--Es que este no es mi idioma. Me cuesta bastante.

--Para llevar solamente un año, lo hablas muy bien. Es un idioma complicado.

--Lo sé de sobras --Puse los ojos en blanco.

--Tienes un acento muy gracioso. Muy particular. Tan encantador como tú.

--¿Que tengo acento? Eso sí que no me lo habían dicho los profes nunca. Y mira que doy clases y que me equivoco.

--Y según las clases que te dan, ¿cuál es la manera más adecuada de pedirle a una princesa que sea mi chica?

--No lo sé. Creo que a esa clase no he llegado. O quizás me volví a quedar dormida mientras el profe soltaba su rollo. Me sucedió una vez, eh.

--Te quedas dormida en clase y me lo dices como si fuera lo más normal del mundo. Eres increíble.

--Pues verás cuando te cuente mis andanzas y mis días de pellas en el instituto.

Reímos los dos.

--No me has contestado, princesita.

--¿El qué?

--Quiero que seas mi novia.

Sonreí y se me escapó una pequeña risa. Para mí, era más que obvio que, tras lo que había pasado, ya éramos pareja, pero él quería mi consentimiento. Qué galante.

--¿Eso es un sí?

Me quedé un momentito callada, recreándome en el momento y lo que me hacía sentir. Me estaba derritiendo y mi corazón estaba volando. Westley empezó a besarme suavemente en la mejilla, dirigiéndose a mi oreja, y me susurró: --¿Es un sí?

--Sí, es un sí.

Su cara se iluminó con la sonrisa más bonita que jamás le había visto. Me abrazó, envolviéndome completamente con sus brazos.

--Gracias --me susurró al oído--. Eres el mejor regalo que la vida me ha hecho jamás. Haré todo lo que pueda para merecerte. Te lo prometo.

Y volvió a besarme dulcemente. Esta vez, su lengua se adentró en mi boca y comenzó a explorarla, mientras me abrazaba con fuerza y me apretaba contra sí. Yo le pasé los brazos por encima de los hombros y le devolví el beso. Me sentía flotando en una nube, y por los pies me subía una sensación que solamente podía describirse como mágica. Me agarró fuerte y me levantó del suelo. Ahora sí que me sentía volar junto a él.

Después, nos sentamos de nuevo en las piedras, él pasó el brazo sobre mis hombros y con la mano empezó a jugar con mi oreja y con mi pelo. Yo apoyé la cabeza contra su pecho. Hacía mucho que quería hacerlo. Era tan bonito y agradable como me había imaginado, o incluso más. Apoyé la mano en su pecho, junto a mi cara, y él me la cogió suavemente. Y nos quedamos así, sentados, abrazados, sin hablar, mirando las estrellas. El espectáculo pirotécnico hacía rato que había terminado, y lo único que se oía era el sonido de nuestra respiración, y de vez en cuando el del viento moviendo las hojas de los árboles. Y, por supuesto, el de nuestros corazones. Apoyada en su pecho como estaba, podía escuchar el suyo, y el mío latía tan fuerte que estaba segura de que él también podría escucharlo. Finalmente, una de las estrellas en el horizonte empezó a titilar, lo que significaba que estaba naciendo un nuevo sol que iluminaría todo durante el día que estaba a punto de comenzar.

Los amaneceres eran algo digno de ver. Los que se veían desde donde estábamos eran especialmente bellos. Pero ver amanecer en aquel lugar, en los brazos de Westley, mientras me acariciaba suavemente, y tras la noche que acabábamos de vivir, era algo realmente maravilloso que no se podía comparar a nada.

En aquel momento era la chica más feliz del universo. Ambos sentíamos lo mismo por el otro. Nos habíamos enamorado. Ya no me sentiría sola nunca más.

## Capítulo 23

No pude dormir. Cuando me metí en la cama no podía dejar de pensar en lo que acababa de suceder. Abracé un cojín, cerré los ojos y me puse a pensar en Westley, en sus cálidos besos, sus abrazos y sus manos tan suaves. Me seguía sintiendo en una nube, como si flotara, y eso que desde que nos despedimos, poco después de que amaneciera, hacía ya un buen rato.

*--Abuelos --susurré en español--, he conocido a un chico maravilloso. Se llama Westley y es médico. Estoy enamorada. Y soy muy feliz. Más que nunca en mi vida.*

Volví a sentir ese cálido y familiar abrazo. Allá donde estuvieran, mis abuelos se alegraban por mí. Estaba segurísima.

Cuando Ángela llegó para despertarme, afortunadamente no se dio cuenta de que no estaba dormida en absoluto.

--Mira que bien te has levantado. Así me gusta, que empieces el día con una sonrisa. Estarás contenta, lo de ayer no pudo haber ido mejor.

--Sí, ya lo creo...

--¿Cómo tienes los pies?

--Bien, tu potingue es muy bueno.

--Me dijeron que los invitados casi hacían cola para bailar contigo. Estás hecha una rompecorazones.

--No creas. Acabé de los bailecitos hasta el moño --"Salvo el último baile, que supero a los demás con creces", pensé.

--Melania, tienes que dejar de hablar así. Eso de "hasta el moño" no es propio de una princesa. Ya llevas un año y tienes que saber guardar las formas. Ni "castañazo", ni "trompazo", ni "potingue", ni todo lo que lleva saliendo de tu boquita estos meses. Menos mal que solamente lo oigo yo.

Puse los ojos en blanco. Ni que salieran sapos y culebras por mi boca. No

era de esas que se llenaban la boca diciendo tacos o palabras malsonantes, y, que yo recordara, nunca había dicho nada así desde que llegué. Y si lo había hecho, probablemente fuera en español, con lo cual nadie me habría entendido. Aun así, había que admitir que mis progresos con el idioma eran notables, si sabía decir ese tipo de palabritas que a Ángela le sonaban tan mal. Ya apenas me equivocaba, podía decirse que por fin dominaba el idioma. Aunque a veces mi cerebro me traicionaba y se ponía en huelga cuando más necesitaba hablar bien y claro. Como la noche anterior... Jo, qué noche. Qué gran noche.

Me incorporé y bostecé. A buenas horas me venía el sueño. Pero me daba igual. Iba a estar caminando en una nube y soñando despierta todo el día. Ese era mi plan.

Y en realidad eso fue lo que hice durante todos los días de las semanas siguientes. Las clases se sucedían una tras otra y no les estaba prestando la más mínima atención.

No veía a Westley a diario, a pesar de que era lo que nos hubiera gustado a los dos. Gracias a ser considerado el mejor médico de la promoción de aquel año, y ayudado por la firma de Ángela en el informe del día que nos conocimos, Westley había conseguido un trabajo fijo en la clínica del pueblo casi sin pestañear. Pero siendo el último en incorporarse a la plantilla, tenía el turno de noche, el que nadie quería. Cuando podía intercambiárselo a algún compañero o le daban libre, aprovechábamos para vernos, aunque eso sucedía con menos frecuencia de la que ambos queríamos. Pero tenía tantas ganas de volver a verle, y de que me susurrara cosas al oído...

--¡Melania! ¡Que te estoy hablando!

Nave nodriza aterrizando de emergencia. Ángela me estaba diciendo algo y me había pillado en Babia.

--Perdona, estaba distraída...

--¡Ya se ve!

--¿Qué me decías?

--¿Estás durmiendo bien? Porque no es la primera vez que te pasa, y los profesores también me han dicho que, desde la fiesta del aniversario, tu capacidad de concentración prácticamente ha desaparecido...

Ángela se colocó frente a mí, me levantó la barbilla con la mano y me escudriñó la cara.

--¿Hay algo que no sepa? ¿Algo que tengas que contarme?

"Sí, anda, a ti te lo voy a decir. Para que lo vayas largando al rey. Estaré en la luna, pero no tanto", pensé mientras abría exageradamente los ojos y negaba con la cabeza.

--Te noto diferente.

--No me pasa nada, Ángela.

--Melania, sé que hay unas cuantas cosas que no te he querido decir. Pero todo lo que te he contado es verdad. Nunca te he dicho una mentira. Creo que tú y yo tenemos confianza.

--Bueno, pues cuéntame sobre el padre de Narian.

Se quedó unos segundos en silencio.

--Melania, eso no es asunto tuyo.

--¿Eso no es asunto mío, y sin embargo mis cosas sí son asunto tuyo? Porque es lo mismo, Ángela.

--No, no es lo mismo. Yo soy la encargada de velar por tu bienestar.

--Ahí está la diferencia, Ángela. Si tú me cuentas algo confidencial, te guardaré el secreto porque me considero tu amiga. Pero yo no te puedo contar algo confidencial. Porque vas a ir y se lo vas a soltar al rey. Ya sé que es tu trabajo. Pero no intentes utilizar la confianza que te tengo como medio para hacer tu trabajo más sencillo. ¿Te crees que te voy a contar mis intimidades y mis secretos para que se conviertan en asunto de estado? Pues no, Ángela. Pues no. Aprende a diferenciar cuándo algo es personal e íntimo, y cuándo no.

Y entonces, hablamos.

--Melania, mi trabajo no es así de fácil.

--Nadie dijo que lo fuera. Pero te lo diré de otra manera: ¿Estás de mi lado, o del lado del rey? Y antes de decantarte, piensa en quién va a gobernar este reino.

Parece que había apretado el botón correcto. Se quedó pensativa y algo sorprendida.

--Esto es absurdo. ¿Cómo hemos llegado a este punto? Solamente te he preguntado qué te pasa.

--Y yo te he dicho que nada.

--Y eso está claro que no es cierto. Melania, llevo más de un año junto a ti. Te conozco.

--Mira, Ángela, Tú tienes tus secretos, lo cual me parece fenomenal, y yo tengo los míos. Punto.

Se quedó callada unos instantes.

--El padre de Narian es un hombre del que prefiero no hablar mucho. No fue una historia de amor de esas que te hacen suspirar. Tuvimos una aventura, y de ahí nació mi hijo.

--¿Y por qué no te casaste?

--Por muchas razones. Una de ellas, porque él venía de los Continentes.

--¿Y eso que tiene que ver?

--Si prestaras más atención en clase lo sabrías. Aunque todos pertenecemos a la especie humana, no se nos está permitido casarnos con alguien que venga de tu mundo.

--¿Por qué? ¿Estamos apestados o algo?

--Siempre se ha hecho así.

--No lo entiendo.

--Cuando llegaron los primeros inmigrantes es lo que se pactó. Se



consideraban dos especies diferentes y formar una familia de ese modo era casi una aberración. Ahora ya no se consideran especies diferentes, pero el pacto sigue en pie.

--Es la cosa más absurda que he oído en mi vida.

--Es la costumbre.

--Y después de todo ese tiempo, ¿a nadie se le ha ocurrido derogar eso?

--En realidad les da igual. No se casan, pero forman una familia igualmente. Viven juntos como tales y los hijos son considerados nacidos aquí. El resultado es el mismo. Supongo que por eso no han querido cambiarlo.

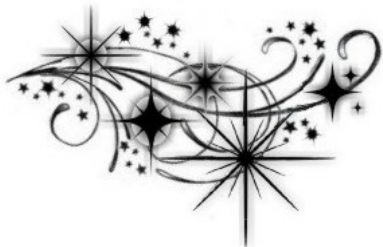
--¿Tú no deseabas casarte y darle un padre a tu hijo?

--Mi hijo tiene un padre. Es consciente de ello y me ayuda mucho con su manutención. A Narian no le falta ni le faltará de nada.

Hubo unos minutos de silencio. Cada día me contaban una cosa de este mundo que me hacía alucinar más que la del día anterior. Cuando fuera reina iba a hacer una reforma total. Cuanto más tiempo pasaba, más necesaria y urgente la veía.

--Bueno, ya te he contado lo que querías saber. Ahora dime, ¿qué te tiene tan distraída?

--Bueno, que... me pregunto qué habrá sido de mi familia. Si me echarán de menos y eso.



--¿Y se lo creyó?

--Creo que sí.

--De modo que nuestra próxima reina es toda una mentirosilla...

--Cuando sea reina seré totalmente sincera. No habrá ni una sola mentira.

--Y yo estaré orgulloso de mi chica.

Westley había extendido una manta en el suelo y nos habíamos tumbado los dos, con las manos entrelazadas.

--¿Tú se lo has dicho a alguien?

Giró y se puso boca abajo, con su cara encima de la mía.

--¿El qué? ¿Qué estoy con la chica más bonita --Me besó--, especial --Me besó otra vez-- y maravillosa del pueblo? --Me besó una vez más--. No, pero creo que en la clínica se huelen que hay una chica que me tiene bajo su poder -  
-Me dio un largo beso.

Estuvimos un rato mirándonos, en silencio. Él repasaba con su dedo los contornos de mi cara.

--Me tienes embrujado, princesita. Nunca había conocido a una chica que me hiciera sentir esto.

--¿Cuándo empezó todo?

--¿Que cuándo? ¿Te refieres al día de la gala?

--No. Me refiero a... ¿Cuándo notamos que ya no había marcha atrás?

--Pues... --Suspiró-- no estoy seguro, pero creo que por mi parte fue el día de la clausura de las fiestas. El primer día me lo pasé muy bien contigo.

--A pesar de que estaba como una cuba, llorando y moqueando. Tienes gustos muy raritos.

--¿Qué dices? Me pareciste la criatura más tierna que jamás había visto. Y me lo pasé muy bien en el camino de vuelta. Te lo digo en serio. Por eso fue por lo que fui a buscarte el día del cierre de fiestas --Volvió la vista hacia arriba, al cielo--. Créeme que tenía muy presente en lo que me estaba metiendo. Y no quise pararlo --Me miró de nuevo --. No me arrepiento.

--Yo también lo pasé muy bien aquella noche. Y creo que fue justo entonces cuando ya no pude dejar de pensar en ti. Mi doctor. Tampoco me

arrepiento de nada. Ni siquiera de haberme puesto hasta arriba de karengi.

Soltó una carcajada.

--Más de nueve vasos. Y me lo dijiste tan tranquila.

--¡Yo qué iba a saber! Anda que, si no hubieras aparecido...

--¿Sabes que no estaba previsto que apareciera? Tenía que trabajar. Pero aquel día un compañero de la tarde me pidió que le cambiara el turno y por eso tenía la noche libre. Cuando salí, pensé en retirarme, pero finalmente me convencieron para que no me fuera sin haber visto el primer día de fiestas. Dejé el maletín en la clínica y estaba dando una vuelta cuando te vi.

--Primero me ves pegándome de morros contra el suelo, luego como una cuba, y aun así quisiste volver a verme.

--Y cómo no iba a querer verte de nuevo. Eres encantadora --Me apartó un mechón de la cara--. Quería saber más de ti, y cuanto más nos veíamos, más necesario se volvía.

--Quería pedirte que vinieras más veces. Pero no me atrevía.

--Habérmelo pedido, muchacha. Me hubieras hecho muy feliz.

--Me daba mucho corte.

Me dio un largo beso.

--En mi vida había conocido a una criaturita tan tímida. Conmigo no tienes que tener vergüenza de nada, ¿eh?

--Aún no me lo puedo creer.

--Ni yo tampoco.

--Pero eres real.

--Y lo que siento por ti también lo es.

--No sabes la alegría que me dabas cuando salía y te encontraba aquí.

--Me decía a mí mismo que venía aquí porque el sitio es realmente bueno para relajarse. Pero en el fondo venía porque tenía la esperanza de encontrarme contigo. Con la chica más bonita del pueblo.

Sonreí y bajé la mirada. Westley continuó.

--¿Sabes en qué momento me di cuenta de que estaba totalmente enamorado de ti? Cuando me abrazaste sin más aquel día que llovía tanto. Fuiste directa al corazón, princesita.

--Tú me abrazaste también.

--Y cómo no iba a hacerlo. Lo estaba deseando, y me diste una excusa perfecta --Me abrazó --. Me gusta abrazarte, eres tan tierna y tan blandita...

--Nah. Eso son los niños. Yo ya no tengo edad para ser ni tierna ni blandita.

--Pues lo eres, aunque te pese. Lo que me lleva a pensar que nunca te he preguntado la edad que tienes.

--Debo de estar a punto de cumplir los diecinueve.

--Vaya --rió--, pensé que tendrías menos. No los aparentas.

--¿Tengo cara de niña pequeña?

--Es que eres encantadoramente adorable, princesita. Tienes un aspecto tan inocente y tierno como los niños. Pero no me interpretes mal, ¿eh? Me gusta. Y me alegro de que tengas más de diecinueve, pensaba que tendrías unos... dieciséis, y me daba cargo de conciencia.

--¿Te creías un asaltacunas? ¡Ja, ja, ja, ja!

--¿Un asalta...cunas?

--En mi mundo lo llamamos así cuando en una pareja uno de los dos es mucho mayor que el otro. Decimos que el mayor es un asaltacunas. Especialmente si la otra persona es todavía adolescente.

--Vaya, menudas palabras que usáis en tu mundo. Pero sí, algo así debía de sentirme. Me alegro de no serlo.

--¿Cuántos tienes tú?

--Veinticuatro.

--Vaya. Pues ahora me siento pequeña.

--No digas tonterías. Eres toda una mujercita. Soy yo quien debería sentirse viejo. O asaltacunas.

--Venga ya. No eres nada de eso.

--Ni tú eres pequeñita.

--¿Y no te importa que nos llevemos más de cinco años?

--Si no me importaba cuando creía que tenías dieciséis, ¿crees que me importa que tengas diecinueve? No es tanta diferencia entre tú y yo. ¿A ti sí te importa?

--No. Qué va. Para nada. Me gustas tal cual eres.

--Y tú a mí también. Si con diecinueve años eres así de preciosa, cuando tengas mi edad vas a estar arrebatadora.

Reí.

--Te tomo la palabra, y cuando llegue ese día me lo recuerdas.

--Tendré que andarme con ojo, no sea que para entonces venga algún listillo que quiera quitarme a mi preciosa princesita.

--Eso nunca. Solo tú.

Se acercó a mí y nos besamos de nuevo.

--Dioses. Pero qué suerte he tenido. Todavía no me lo creo. La chica más bonita del pueblo me corresponde.

Volvimos a besarnos unos minutos. Cuando paramos, se quedó mirando hacia un punto indefinido en la lejanía, pensativo.

--¡Un penique por tus pensamientos!

--¿Qué? ¿Un qué?

--Lo decía mi profe de inglés en el instituto --reí-- y viene a significar que quiero saber en qué piensas. *A penny for your thoughts.*

--En ti, por supuesto --Sonrió--. Más concretamente... en tus padres.

--¿En mis padres?

--¿Habría alguna manera de que pudiera hablar con ellos?

--¿Para qué quieres hablar con ellos?

--Pues, para... para presentarles mis respetos y asegurarles que mis intenciones contigo son honestas.

Me quedé con la boca abierta.

--Espera... ¿Qué?

--Te dije que iba en serio contigo, Melania. Quiero que tus padres sepan que su hija está siendo cortejada por un hombre honrado.

¿Cortejada? ¿Cuántos siglos hace que esa palabra pasó de moda? Si Westley le venía con esas a mi madre, ella alucinaría primero, puede que se partiera de risa, y luego se encogería de hombros diciendo que le daba igual, y en cuanto a mi padre... en caso de que lo encontrara sobrio, dudo que le hiciera mucha gracia que se le presentara una posible amenaza para sacarme de su casa (a mí, y sobre todo al dinero que podría traer con mi trabajo), y si estaba borracho, me llamaría de puta para arriba y se pondría más violento que nunca. No, mis padres no eran un buen ejemplo de lo que un hombre quisiera como suegros.

--Westley... Mis padres no son en absoluto el tipo de personas a las que les puedas decir eso...

--Me lo dijiste, pero a pesar de eso, Melania, me gustaría hacerlo.

--... Además de que en mi mundo hace ya varios siglos que no se procede así. Los chicos y las chicas salen juntos y no necesitan consentimiento paterno. A los dieciocho años cumplen la mayoría de edad y pueden casarse, les guste o no a los padres.

--Aun así, Melania. Quiero hacerlo. Es como me han educado... Es lo que mi padre me dijo que debía hacer cuando encontrara a la mujer de mis sueños, y esa eres tú, Melania. Por favor. Es muy importante para mí. ¿Habría alguna manera?

Me quedé pensando, y finalmente negué con la cabeza.

--Tendrías que viajar tú allí o venir ellos aquí. Y no veo viable ninguna de las dos opciones. Hasta donde yo sé, los nacidos aquí no podéis viajar, y los de mi mundo son elegidos cuidadosamente por el Libro y la magia.

Su cara mostró un gesto mezcla de fastidio, desilusión y resignación.

--¿Y tal vez enviarles una carta? Me parece demasiado impersonal, pero si no quedara más remedio...

--Westley, ni siquiera habláis el mismo idioma. Yo podría hacer de interprete, pero si ya de por sí lo que pretendes es raro, conmigo traduciendo al lado va a ser incluso surrealista...

--Me siento como un canalla cortejando a una chica como tú sin el consentimiento de tus padres.

Empezó a darme penita. A mí me podía parecer anticuado, pero para él era muy importante, y de ninguna manera quería que se sintiera mal por no haber podido hablar con mis padres...

--Mientras sea princesa, se supone que puedo ir y venir cuantas veces quiera. Podemos intentar lo de la carta...

Aquello pareció satisfacerle un poco.

--Me gustaría escribirla yo, pero en tu idioma... ¿me enseñarías?

--Por supuesto. Pero prepárate, porque si a mí me costó aprender esta lengua vuestra, la mía está considerada una de las más difíciles del mundo. De mi mundo.

--¿Cómo se llama tu idioma?

--*Español.*

--Pues aprenderé a hablar *español* y además podré decirte cosas en tu idioma. ¿Te gusta la idea?

--*Sí* --respondí en español mientras asentía con la cabeza.

--¿*Sí*, princesita? --rió.

--*Sí.*

## Capítulo 24

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 26 de Basileo

Mes segundo

Días después, fui llamada nuevamente con los consejeros cara rata, y, según me dijeron, esta vez iba a ser una reunión real y auténtica. Sin el rey. Mi misión aquel día era, y cito textualmente las palabras de Ángela, "ver, oír y callar". Pudiera darse el caso de que me preguntaran, y entonces, solamente entonces, debería contestar.

--Y por favor, Melania --me rogó Ángela-- cuidado con tus modales.

--Qué fácil es decir eso cuando nunca no los has tenido delante.

--Sí los he tenido delante, Melania. Llevo muchos años en Palacio y sé quienes son y cómo se las gastan.

--Pues entonces no debería extrañarte que en algún momento dado pierda la paciencia con ellos.

--Melania, están poniéndote a prueba.

--¿A prueba para qué? ¿Para comprobar que soy la muñequita manejable que buscan? Pues no lo soy. Siento decepcionarlos. O no, no lo siento en absoluto.

--Melania, te lo pido por favor. Compórtate.

--¿Qué me comporte? Que se comporten ellos primero. Yo fui con toda mi buena intención la otra vez. Y se dedicaron a lanzarme dardos envenenados.

--Tú te comportaste de una manera grosera.

--¿Ah, sí? ¿Eso es lo que te han dicho? Pues te han mentado. Se dedicaron a pasar de mí, a comportarse como si yo fuera un adorno de la mesa, luego a mirarme como si quisieran hacerme explotar con la mente, y cuando parecía



que por fin habíamos llegado a lo que se asemejaba a un principio de conversación, me soltaron que me callara la boca. Y yo les contesté, por supuesto. E imagínate cómo sería mi contestación, que se quedaron de piedra y el rey se partió de risa.

Ángela guardó silencio.

--Y luego se vengaron. Me anunciaron los planes para el aniversario y resaltaron que una semana era tiempo suficiente para prepararlo. Hay que tener narices, Ángela. Una maldita semana para preparar un evento multitudinario como ese. Apenas dormí. Y tú lo sabes. No me dejaron decir nada. No me preguntaron si me parecía bien. No me pidieron mi opinión. Y la perla fue cuando me insinuaron que la caída que tuve donde me torcí el pie fue intencionada para hacer que Palacio quedara mal.

--No, ciertamente algunos de esos detalles no me los habían contado.

--Claro. Cómo te los van a contar.

--Aun así, pienso que si pierdes los modales estás dándoles lo que buscan. No les des ese gusto.

Recordé que Westley me había dicho algo parecido.

--Ángela, sé que tienes toda la razón en eso. Pero créeme que es muy difícil estar allí y contenerse. Van a por mí. Qué menos que me defienda.

--No entres en su juego. ¿No te das cuenta de que les das un arma contra ti?

--Entonces, ¿según tú, qué debería hacer?

--Aunque te cueste, comportarte como te han enseñado.

--O sea, dejarme humillar --Esperé la respuesta de Ángela, pero ésta se quedó callada--. No puedo creer que estés de acuerdo con eso, Ángela. ¿Qué clase de reina voy a ser si dejo que estos me controlen a su antojo? Soy yo quien se pondrá algún día la corona, Ángela. Yo, no ellos. Están pretendiendo intimidarme para asegurarse su permanencia en el consejo. Es el rey quien los ha puesto ahí. Sin un rey o reina que los mantenga, ellos no son nada. Me

quieren controlar para seguir en esos puestos.

Ángela me alisó las arrugas del vestido y me acercó los zapatos en silencio.

--En mi mundo --añadí-- tengo una familia que no sabe lo que es el respeto. Ahora que por fin acabó toda esa etapa, no voy a permitir que otros vuelvan a hacer conmigo lo que quieran, no si puedo impedirlo. Mis abuelos no me criaron para que me dejara pisotear. Ya que no estás de acuerdo, espero que al menos lo entiendas.

Hicimos el camino hacia la sala del consejo sin decir una palabra. Yo tenía razón, y Ángela lo sabía. Solo que no podía decírmelo y con ello animarme a que me comportara de la manera que ellos no querían.

Cuando entré en la sala del consejo, de nuevo veinte pares de ojos me taladraron. Pero esta vez ya estaba advertida y no iba a bajar la guardia. Que se atrevieran a soltarme alguna puyita, que se iban a enterar.

--Buenos días --saludé. Que no se diga que no mostré modales desde el primer momento.

Todos volvieron a sus papeles sin decirme una palabra. Me quedé de pie, como una estatua, a ver cuánto tardaban en invitarme a sentarme.

--Tome asiento, por favor.

Lo hice. Sin dar las gracias. ¿Querían que no hablara? Pues vale.

De nuevo, volvieron a mirar sus papeles durante varios minutos. Inspiré profundamente. Paciencia.

--Punto primero del orden del día --anunció uno de ellos tras un buen rato--. Petición de los pueblos de la circunvalación noventa y ocho noreste para limitar los derechos de los inmigrantes de los Continentes.

--Solicitan que dichos inmigrantes no se mezclen con los nacidos aquí de ninguna de las maneras posibles. En otras palabras, pretenden que amparemos su petición para que sus hijos no estudien en las escuelas con los demás

alumnos, no sean atendidos en los mismos centros médicos, ni por el mismo personal, y que se obligue a los propietarios de las tiendas a limitar el acceso de los inmigrantes a sus locales.

Me quedé alucinada. ¿Que qué?

--Asimismo, también nos sugieren que las viviendas de los inmigrantes estén en barrios separados de los de los demás.

--Y proponen extender esta medida a los hijos de inmigrantes.

--¿Qué contestaría usted, Señora?

--Eh... por supuesto, que no. Peticiones denegadas. Todas.

--¿Denegaría todas las peticiones sin estudiar antes la situación?

--¿Qué situación? Están diciendo que no se quieren mezclar con unas personas solamente porque nacieron en un lugar diferente al suyo. Incluso a los hijos de estas, que nacieron aquí. No hay nada que estudiar. Estamos ante un caso de racismo.

--Racismo.

--Anotaremos, pues, que la princesa lo califica como "caso de racismo".

Observé cómo todos anotaban mis palabras. Empecé a sentirme como si hubiera hecho algo mal y con esto fuera a quedar constancia. Pero no había hecho nada mal, ¿verdad? Me dije a mí misma que todo iba bien.

--De modo que usted tiene una manera de tomar las decisiones que es actuar... rápido, por impulso, sin analizar la situación, en resumidas cuentas, sin pensar.

--No, señor consejero. Verá, hay situaciones y peticiones que merecen la pena analizarse y otras, como ésta, que en sí mismas son tan absurdas que valen mucho menos que el tiempo que estamos gastando en discutir las.

--Anotaremos, pues, que la princesa piensa que analizar las peticiones es perder el tiempo.

--¡Oiga! ¡Yo no he dicho eso!

Ni caso. Todos lo anotaron. Oía la voz de Ángela en mi cabeza rogándome que me controlara.

--Bueno, quizás debiéramos tener un poco de consideración y comprensión con la princesa. Es la primera reunión a la que asiste. No está familiarizada.

--Probablemente eche de menos su mundo y esté deseando volver.

--Porque de otro modo, no se explica que, tras más de un año de formación, aún tenga ese tipo de ideas.

--Es evidente que no está respondiendo bien a la formación.

--Por supuesto, porque, de lo contrario, sabría que en la circunvalación noventa y ocho noreste la situación es extremadamente delicada.

--Sería todo un detalle por su parte el dejar de hablar como si yo no estuviera presente --inquirí, molesta.

--Sugiero que repasemos la realidad de la circunvalación noventa y ocho noreste antes de continuar.

--A no ser que nuestra princesa tenga algo que objetar, ya que recientemente expresó su preocupación por aquello en lo que gastamos nuestro tiempo.

--¿Tiene usted algún inconveniente en ello, Señora?

--Adelante --escupí.

--Suponemos que usted tiene unas mínimas nociones sobre el terreno en el que se halla dicha zona. Pero, en consideración a su persona, vamos a recordar la localización exacta: está...

--Está a más de tres días de viaje de aquí. Pudieran ser dos, si no se para durante la noche, como se haría si, por ejemplo, se usara el tren o en los carruajes los conductores hicieran turnos, o incluso menos, si se viaja en un caballo entrenado para la velocidad y las largas distancias. Como bien dice su nombre, está al noreste, y son pueblos muy pequeños, a veces de menos de cien habitantes. Como ven, no necesito que me recuerden nada. Qué pena,

¿verdad?

--No hace falta tener un título para saber eso.

--En efecto, no hace falta título o diploma alguno, ni tampoco una ceremonia de entrega, por muy accidentada que se intente resultar.

Aquello ya me sobrepasó. Me levanté bruscamente y la silla cayó al suelo.

--¡Ya está bien!

Los miré a todos con ira.

--¿Hasta cuándo piensan recordarme eso? ¿No hay manera que les entre en la cabeza que los accidentes pueden suceder? ¿Creen que me caí y me destrocé el tobillo con intención de arruinar la fiestecita? Claro, cree el ladrón que todos son de su condición...

--Señora, me veo en la obligación de pedirle que se siente y que...

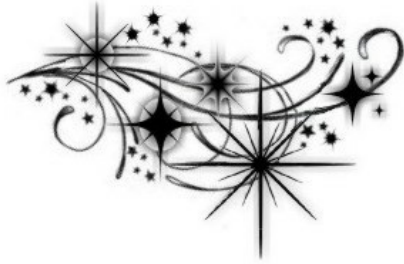
--¡Cállese! --grité, dando un puñetazo en la mesa.

Lo que sucedió nadie lo esperaba, y es que de ese puñetazo salió como una ola de energía que empujó a todos hacia atrás, con silla incluida. Los más afortunados acabaron en el suelo, a unos cuantos metros de la mesa, pero otros dieron con sus cabezas contra la pared de la sala.

Me miré el puño, asustada. Eso lo había hecho yo. Y no tenía ni la más remota idea de cómo.

Uno de los Consejeros se levantó y salió corriendo por la puerta. Un segundo Consejero se levantó también y lo siguió. El resto fueron incorporándose poco a poco, en silencio. En unos minutos, volvieron los dos que se habían ido, seguidos de un par de asistentes que me rogaron que los acompañara.

Me miré las manos. ¿En qué clase de monstruo me estaba convirtiendo?



--Bébetelo. Te sentará bien.

Intenté coger la taza que Ángela me tendía, pero las manos me temblaban. No pude hacerlo.

Ángela tocó mi mejilla y a continuación mis manos.

--Estás helada. Y nunca te había visto tan pálida.

Lo que estaba era aterrorizada. Quería decir algo, pero no me salían las palabras. También tenía ganas de llorar, y las lágrimas tampoco salían. No podía dejar de temblar.

--Venga, venga, mi niña, no pasa nada --Se puso de pie y me abrazó. Estuvo unos minutos meciéndome, y finalmente cogió ella misma la taza y me la puso en las manos, para después cogerlas y así conducir la infusión hacia mi boca. Funcionó.

--Así me gusta. Bebe. Esto te ayudará a calmarte un poco.

Volvió a tocarme la mejilla y a continuación echó un par de leños a la chimenea.

--Vamos a ver, Melania. El rey está de viaje. Si no fuera así, ten por seguro que estaría aquí explicándote esto. Pero lo que te ha pasado es completamente normal. Tanto el rey como tú recibís la carga mágica de Palacio. En tu caso, al llevar poco tiempo, no se te ha manifestado hasta ahora. Pero lo que te ha pasado ha sido tu magia. Ni más ni menos, tesoro. No es nada malo.

Se agachó y se puso a la altura de mis ojos, con una sonrisa pícaro.

--Eh. No me han contado los detalles. Pero diría que les has dado a los consejeros algo que venían pidiendo desde hace ya mucho, ¿eh? Y que quede entre nosotras: me alegro de que por fin alguien les haya dado una lección, y

me alegro aun más de que hayas sido tú esa persona --Me apretó las manos y me arrancó algo parecido a un intento de sonrisa.

Se levantó, fue al tocador, cogió el cepillo del pelo y empezó a pasarlo por mi melena, suavemente.

--No te preocupes por ellos. Están todos bien... por desgracia. Bicho malo nunca muere, dicen. Unos golpes bien merecidos no les habrán venido mal. Y ellos saben tan bien como yo que tienes unos poderes que no te pueden quitar. No se esperaban que los usaras contra ellos, y probablemente den un poco de guerra con ese asunto. Pero no pasará nada.

--No sé cómo sucedió --conseguí decir al fin.

--Eso está claro. No creo que lo planearas. Te conozco, no eres así.

--Yo no quería... de verdad.

--Lo sé, lo sé. No te preocupes. Cuando vuelva el rey sin duda te lo explicará el mismo, y te dará algún consejo como quien lo ha vivido en primera persona.

--¿Y si vuelve a suceder y me cargo a alguien? ¿Y si te doy a ti sin querer?

--Pues si me das, solo me quedará esperar que no me hagas mucho daño. Y en cuanto a lo otro, dudo muy seriamente que mates a alguien. Eres demasiado buena persona como para eso. Vas a ser una reina estupenda.

Lo que Ángela no sabía es que el Libro no opinaba lo mismo de ese asunto.

## Capítulo 25

Exteriores del Palacio Real

Año de gracia 26 de Basileo

Mes tercero

Estábamos tumbados sobre la manta. Una brisa primaveral soplaba sobre nosotros.

--Me encantan estos rizos rojos que tienes --comentó Westley tomando uno y enrollándolo en su dedo.

--Eso es porque no me has visto recién levantada, parece que la almohada me ha atacado y que he librado una dura batalla contra ella.

--Me gustaría verte. Seguro que estás preciosísima.

Me partí de risa.

--No hablas en serio.

--Aquel día que llovía tanto, con el pelo mojado estabas preciosa.

--Y no veas el resultado que dio la combinación de lluvia más almohada...

--¡Eso me gustaría verlo!

--Pues lo tienes difícil. ¿Qué sugieres?

--Podría empaparte de pies a cabeza, luego te llevo a la habitación, te quito la ropa para que no te resfríes, y te meto en la cama...

La risa se nos fue de repente. Me senté y él hizo lo mismo.

--Esto, no, perdona. No quería decir que... No me vayas a entender mal...

Bajé la mirada. No sabía qué decir. Llevábamos un par de meses como pareja y por supuesto que por mi cabeza había pasado la idea de acostarme con él. Claro que quería que me acariciara por todo el cuerpo y que luego pasara lo que tuviera que pasar. Me preguntaba qué se sentiría en ese momento, y de lo único que no tenía ninguna duda era que Westley era el chico. Confiaba en él con todo mi ser, y a su lado me sentía cómoda y segura.



No sabía si un par de meses era muy pronto o era el momento adecuado, pero sabía que si él me lo preguntaba mi respuesta sin duda iba a ser que sí, aunque la idea me hiciese temblar de los nervios. Era un gran paso, me iba a doler y luego no habría vuelta atrás, pero definitivamente, sí, quería hacerlo.

--No te preocupes, Westley. Está bien.

--Pensarás que estoy loco por llevarte a la cama...

--Sé que no querías decir eso.

--...y es que estoy loco por llevarte a la cama.

Me quedé atónita. Eso no me lo esperaba.

--Pero esperaré el tiempo que quieras. Melania, mírame. No quiero mentirte. Cada vez que nos vemos estás más guapa que la anterior. No sé quién te hace los vestidos, pero sabe bien cómo hacer funcionar la imaginación. Y, por los dioses, te aseguro que lo consigue. Pero no quiero forzarte a nada. Esperaré. Tú vales la pena.

--¿Tanto estoy enseñando? --Preocupada, me miré el escote. No era muy pronunciado.

--No es lo que enseñas, Melania. Es lo que me haces imaginar. Mira, por ejemplo, este tirante... cada vez que se te resbala, enseguida pienso que también te cae el otro, y... que el resto del vestido va hacia abajo...

Noté que me estaba poniendo colorada. En realidad eso no era culpa de la modista: los tirantes y yo nos habíamos declarado la guerra hacía algunos años, cuando empecé a usar sujetador, más o menos.

--Anda, ven aquí --Extendió los brazos, atrayéndome hacia él--. No quiero que pienses que soy un perverso. El día de tu aniversario te dije que no te iba a obligar a hacer nada que no quisieras, y era en serio. Te prometo que esperaré el tiempo que sea necesario.

Apoyé la cabeza en su hombro y el costado en su pecho. Él pasó su brazo sobre mis hombros y con la otra mano empezó a jugar con mis dedos.

Estuvimos así unos minutos hasta que por fin me decidí.

--Westley.

--Dime.

--Sí.

--¿Sí, qué?

--Quiero que lo hagamos.

Noté cómo se ponía tenso.

--Melania, de verdad que puedo esperar...

--No hace falta.

Me cogió por los hombros y puso mi cara frente a la suya.

--Mírame a los ojos y júrame que no te sientes forzada.

--Te lo juro, Westley. Y esto que hemos estado hablando no tiene nada que ver. Ya lo tenía decidido de antes, quiero hacerlo. Contigo.

--¿Eres consciente de que solamente tendrás una primera vez en tu vida?  
¿Y que te va a doler?

--Bueno, estaré en manos de un médico, ¿no?

Rió levemente.

--¿Estás segura?

--Sí, completamente.

--Siendo así... te traeré de la clínica algo para minimizar los riesgos.  
Tendrás que tomarlo a diario.

--Vale.

--Y por favor, Melania. Te lo digo muy en serio. Si cambiaras de idea, dímelo. No pasará absolutamente nada. No quiero obligarte.

--No me siento obligada.

--Y con esto... sí que quisiera comunicarle mis intenciones a tus padres lo antes posible. ¿Me seguirás enseñando tu idioma?

--No pensarás contarles que te vas a acostar conmigo, ¿verdad?

--Por supuesto que no. ¿Cómo piensas que voy a hacer eso? Solo que... nos estamos metiendo en asuntos ya considerables. Estamos dando un paso muy grande y aún no he podido decirles nada. Y siendo tu primera vez, lo considero más importante.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los dos dijo nada. Ya estaba. Se lo había dicho. Y había accedido. Íbamos a hacerlo. Bien.

Pero... aún no sabía cuándo, y ya estaba nerviosa. Quería creer que él tendría alguna idea del tema, por ligera que fuese. Estuve dándole vueltas a la pregunta y finalmente se la solté: --¿Tú lo has... hecho antes?

--Ah. Bueno, cuando empecé en la Escuela de Medicina... El primer año hay mucho desenfreno. Muchas fiestas y jolgorio. Tuve dos o tres aventuras. Pero solamente fueron eso: aventuras. Después senté la cabeza y me dediqué de lleno a estudiar. En realidad, hace bastante que no lo hago. Pero no se me ha olvidado cómo se hace --añadió, sonriendo.

--Eso espero --bromeé.

--¡Oye! ¿Qué insinúas, princesita?

Le contesté con una mirada divertida.

--¡De modo que me estás cuestionando en un tema como ese!

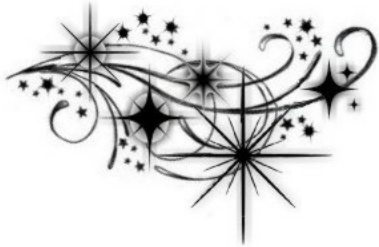
--¿Yoooo?

--Sí, tú, ven, que te voy a dar tu merecido...

Empezó a hacerme cosquillas. Y yo a retorcerme y a patalear y dar cabezazos, incapaz de parar de reír. Estuvimos forcejeando unos minutos hasta que no pudimos más.

--¿Sabes que tienes la cabeza dura como una roca? Dioses, por un momento creí que me habías roto la nariz.

--Pues tenga cuidado, doctor. Ya ve que no siempre soy tan tierna y adorable.



Ángela se equivocó. El rey no vino a explicarme lo de los poderes ni esa semana, ni la siguiente, ni ese mes, ni al otro. Perdí la esperanza de que alguna vez lo hiciera e intenté no pensar en el tema, como ya lo hice con lo de la profecía del Libro. Después de todo, no se había vuelto a manifestar. Cuando me calmé un poco y perdí el miedo, sola en mis habitaciones, intentaba mover alguna cosa ligera, como una cucharilla o una pluma. Pero no había manera; lo único que podía hacer era levantar un poco de líquido como ya lo hice aquella vez en la bañera, hacía ya más de un año. Sin duda mis poderes eran algo selectivos.

Westley me había dado un frasco con extracto de no-se-qué para que lo fuera tomando como medida de precaución de cara a cuando tuviéramos nuestra primera vez juntos. Me dijo que debería estar tomándolo durante un par de meses sin faltar un día para estar seguros de que hacía efecto. Cuando le conté los métodos anticonceptivos que teníamos en mi mundo, con algunos se sorprendió y con otros me miró horrorizado. La medicina de allí era bastante simple y rudimentaria, y más si la comparamos con la medicina de mi mundo, pero la del suyo tenía algo especial, y era que no necesitaban más. Ciertamente, dada nuestra situación, nos hubieran venido bien unos preservativos, pero con lo que me dio, por lo general era suficiente. Y se podía aplicar lo mismo a otras tantas cosas: a pesar de que había

enfermedades, y algunas de ellas mortales, si se recibía el tratamiento adecuado a tiempo no había que temer. Aunque, como bien me dijo Westley, yo tenía que andarme con cuidado, ya que, al haber nacido fuera, no había desarrollado inmunidad contra elementos que para los nacidos aquí eran inofensivos. El karengi era solamente un ejemplo de esas cosas. Aunque tampoco era necesario asustarse ya que todo tenía solución si se actuaba a tiempo, y esa solución solía estar en la propia naturaleza. En las clínicas había remedios y tratamientos para todo. Era raro que alguien muriese por una enfermedad o una infección.

--Es bonito vivir en un mundo donde no existe el cáncer --pensé en voz alta.

--¿Una enfermedad mortal? --quiso saber Westley.

--De las más crueles. Se llevó a mis abuelos.

--Ser médico en tu mundo debe ser apasionante.

--No sé. Supongo que sí. Hay mucho que hacer y mucho que investigar. Debe ser como un libro del que, aunque haya terminado, van saliendo capítulos extra, no sé si me entiendes. Cada día hay cosas nuevas.

--Por lo que me has contado, prefiero la de aquí. La de tu mundo es como... como más complicada.

--Sí, lo es. Mucho. Es un negocio que mueve mucho dinero. Aquí los médicos actuáis para ayudar a la gente, allí también, pero hay toda una industria detrás que convierte la salud en un negocio.

--Bueno, princesita, que los médicos de aquí también tenemos que vivir de algo, ¿eh? --rió.

--Lo sé --reí yo también--. Pero sois diferentes. ¿Tú dejarías de atender a alguien si no tuviera dinero para pagarte?

--Claro que no. ¿Se te ha olvidado que atendí a una princesita que se había bebido nueve vasos de karengi sin pedirle nada a cambio?

Sonreí al recordarlo. Era cierto, me atendió y no me dijo nada de cobrar por sus servicios. Incluso se negó cuando le propuse intentar conseguirle dinero por ello.

--Pero depende de muchos factores --continuó--. ¿Tienes idea de cómo funciona el sistema aquí?

--No. Cuéntamelo.

--En Pueblo Palacio, la clínica fue construida hace muchos años por mandato de un rey. En los otros pueblos, cualquier persona puede construir o abrir una, solo necesita dinero. Una vez se tiene el edificio y los materiales, solamente tiene que contratar personal. Abrir una clínica es caro, pero otra salida es establecerse como médico local. La clínica ofrece mejores servicios, tiene más cosas, y personal a todas horas, mientras que el médico local no deja de ser una persona que ha abierto una consulta en su casa. ¿Entiendes la diferencia hasta aquí?

--Sí.

--En cuanto en un pueblo hay una clínica o un médico local, se les ofrece a los que viven allí la posibilidad de pagar una cantidad al mes o al año que cubriría cualquier cosa que les sucediera. Si es una clínica, suele ser una cantidad más alta. Por supuesto, nadie está obligado a pagar, pero entonces, si quiere usar sus servicios tendría que pagar en la consulta.

--¿Y es mucha la diferencia?

--Si es una persona fuerte y sana que no suele necesitar atención médica, es mejor pagar por visita. En el caso de personas que tengan predisposición a ponerse enfermas, lo más conveniente es despreocuparse pagando una vez por todo lo que puedan necesitar. No es una cantidad muy alta. Con toda la gente que vive en Pueblo Palacio, los ingresos dan de sobra para pagar el sueldo de todos los médicos que trabajamos allí, para comprar medicinas y materiales, y para que Palacio se lleve unas ganancias. A fin de cuentas, la clínica es suya.

--Entiendo.

--Y a tu pregunta de antes: si viniera alguna persona que no pudiera pagar, mientras siga en la clínica debo hacer lo que me diga mi jefe y acatar sus órdenes. Pero si algún día me establezco por mi cuenta, por supuesto que no dejaré a nadie sin atención. Estudié medicina para ayudar a la gente. Para salvar vidas. Cuando te atendí el día de la ceremonia, no lo hice por dinero.

--Lo sé, lo sé.

--Y quién me iba a decir que ese gesto iba a cambiar mi vida así. Ven aquí, bonita.

Me atrajo hacia sí y me besó. Nos tumbamos sobre la manta y ahí seguimos besándonos unos minutos. Cuando paramos, acomodé mi cabeza sobre su pecho y me relajé escuchando su corazón mientras él hundía sus dedos en mis rizos.

--Me comentaste una vez que tu sueño era abrir una clínica en tu pueblo.

--Si, me encantaría hacerlo. Pero, siendo realista, es un sueño bastante imposible.

--¿Por qué?

--Porque se necesita mucho dinero. Hace mucho tiempo que no voy por mi pueblo, pero no recuerdo que hubiera ningún edificio que sirviera para hacer una clínica. Tendría que comprar un terreno y construirlo desde cero. Y luego comprar equipamiento. Es un dinero que ahora mismo no tengo. Aunque sí que me encantaría hacerlo.

--Cuando sea reina, puedo abrir la clínica yo misma.

Me miró con una mezcla de sorpresa y extrañeza.

--No gastes el dinero de Palacio en eso. Te meterías en un lío, ya que tendrías que abrir una clínica en cada pueblo que no la tuviera para que la gente no hablara de favoritismos; y si hicieras eso, probablemente fastidiarías a más de un médico local que esté establecido por su cuenta. Aparte de que

dudo mucho que haya dinero suficiente para montar una clínica en cada pueblo. No lo hagas, Melania. Deja que todo siga como está.

--Pero alguna solución tiene que haber. Todos los pueblos deberían tener como mínimo un médico.

--Sí. Pero no está en tu mano cambiar eso.

--¿Cómo que no? Si la reina no lo hace, ¿Quién lo hará?

--Melania, preciosa --me besó en los labios--. No intentes cambiar las cosas tan rápido. Vas a ser una reina excelente. Pero antes debes aprender.

Suspiré.

--Con la cantidad de cosas inútiles que me enseñan, dudo que aprenda algo que me vaya a servir para cuando llegue el día.

--¿Y aprenderlo tú por tu cuenta?

--¿A qué te refieres?

--¿Nunca has pensado en irte? No me refiero a esto. Me refiero a irte y no volver. A hacer con tu vida lo que quieras.

--Pues... no, nunca lo había pensado. Pero no puedo. Hice un juramento.

--¿Qué juraste?

--Pues las palabras exactas no las recuerdo ya. Pero me comprometí a asumir el trono cuando fuera llamada. A servir a los intereses de la Corona. Acepté la preparación que se me daría hasta que sucediera. Y, ya para cuando fuera reina, a gobernar con justicia. Y las condiciones que me dijo el rey era que podía volver a mi mundo cuando quisiera mientras fuera princesa, pero una vez fuera reina no podría abandonar el reino. Y que, también mientras fuera princesa, podía echarme atrás y no convertirme en reina, pero en ese caso, volvería a mi mundo: no se me permitiría quedarme aquí.

--¿En ese juramento decía algo de que tendrías que vivir en Palacio? ¿O que la formación sería allí?

Dubitativa, traté de hacer memoria.



--No. Estoy casi segura de que el Palacio no fue mencionado.

--Pues entonces, nada te ata.

Me quedé mirando el Palacio en la lejanía. El sol de aquella noche le daba un brillo púrpura. De repente me parecía más engaño y más prisión que nunca.

--Nunca lo había pensado...

--Siempre has dicho que es una cárcel. Pero has encontrado la salida. Vete. Tú misma dices que te dan montones de clases inútiles. No te dejan salir. No te dejan conocer el que va a ser tu reino. Lo que realmente te va a servir para cuando subas al trono no está ahí dentro, sino ahí fuera --Señaló las montañas.

--En cuanto se den cuenta, no tardarán en mandar unas cuantas patrullas para encontrarme.

--Si coges el último tren, que sale cuando supuestamente ya te has ido a dormir, cuando se den cuenta estarás ya muy lejos.

--Pero... ¿y tú? No quiero separarme de ti...

Me sonrió y me besó.

--Claro que no, princesita. Ni pienses que voy a dejarte ir sola por ahí fuera. Yo me iría contigo. Tengo un diploma que me acredita como el mejor estudiante, un documento firmado por Ángela en el que certifica mis servicios a la Casa Real, y en la clínica sin duda me harán una carta de recomendación. No tendré problemas para encontrar trabajo. Y tú vivirías conmigo. ¿Qué te parece?

--No voy a permitir que tú pagues todo. Trabajaré de lo que sea.

--Pues te buscaremos un empleo. En los pueblos pequeños hay granjas y suelen necesitar gente. Y en los más grandes suele haber tiendas o algún negocio donde hacen falta manos. Si no te importa trabajar duro...

--No. No me importa.

--Pero antes, y te lo digo muy en serio, intenta recuperar las palabras exactas de tu juramento. Hay que estudiarlo muy bien antes de tomar cualquier

decisión.

--Claro. Aunque para eso voy a tener que esperar a la vuelta del rey, y a ver qué excusa me invento para que me lo diga.

--También puedes tratar de buscarlo en el Libro o en la biblioteca. Quizás algún manual de historia o de leyes tenga algo que nos ayude.

--Sí --lo besé--. Me hace mucha ilusión empezar una vida junto a ti.

--No te ilusiones tanto, princesita --rió--. Cuando te acuestes conmigo ya no tendrás tantas ganas.

## Capítulo 26

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 26 de Basileo

Mes cuarto

Durante las semanas siguientes hice frecuentes visitas a la biblioteca. Miré tratados de todo tipo, manuales de historia, libros individuales sobre un rey o reina en particular, incluso me metí en los de leyes para ver si encontraba alguno que explicara derechos y deberes de la monarquía.

Nada.

Ni uno solo de los libros citaba el contenido del juramento. Algunos, muy pocos, mencionaban de pasada que existía, pero en ninguno había una transcripción, ni siquiera una definición.

De modo que volví a la torre a darle una segunda mirada al Libro. El rey me dijo que podía ir cuando quisiera, ya que el Libro debe estar siempre disponible para aquellos a los que eligió. Subí por la estrecha escalera de caracol hasta lo más alto y de nuevo me encontré en ese trastero siniestro. Me producía repelús y al mismo tiempo una extraña atracción. Los jirones que colgaban de las paredes en otro tiempo debieron de ser unos tapices muy bonitos, pero ahora estaban destrozados, en parte por el paso del tiempo y en parte por la falta de cuidados. El espejo roto de la pared me devolvía una grotesca imagen de mí misma con mis ojos reflejados en casi todos sus pedazos. Entre los trastos, me pareció avistar un libro con pinta de ser antiguo. Fui a por él, pero estaba tan viejo que se deshizo en mis manos. Justo debajo había un viejo arcón, cubierto por una densa capa de polvo en la que quedaron marcadas las huellas de mis dedos cuando lo abrí. El interior olía a algo que no había sido abierto en muchísimo tiempo: rancio y cerrado. Aun así, el arcón contenía varios metros de tela rojiza muy suave, que me pareció terciopelo,

conservada en perfecto estado, con festones dorados rematando los bordes. Seguí mirando los trastos. Encima de otro arcón había una nueva pila de libros, que de nueva tenía poco, ya que algunos se me deshicieron en las manos como el primero que cogí, y otros habían sufrido el paso del tiempo, que había borrado las letras de sus páginas. En este arcón encontré varios rollos de papel, ya apergaminados, en los que, gracias al haber estado preservados en el arcón, aún podían distinguirse con bastante claridad los restos de lo que una vez fueron mapas. Tenían marcadas ciertas zonas con cruces, y direcciones con flechas. Me pareció que simulaban algún tipo de estrategia de combate. Debajo del todo me pareció ver algo que brillaba, e indagué para descubrir de qué se trataba. Era un objeto grande y muy pesado que, aunque me costó, conseguí sacar. Al darle la luz, pude ver un magnífico escudo que se conservaba intacto. En él había grabado un árbol, y debajo una inscripción: "Rey Dietrich, por el bien y por la tierra". Éste debió de ser un rey que tuvo que librar alguna batalla o alguna guerra, como atestiguaban los mapas. Me pregunté dónde estaría el resto de su armadura.

Seguí fisgoneando la torre. La cantidad de objetos que había era inmensa, y pronto me sumergí en esos detalles de la historia que no venían en los libros, detalles que nadie me contaría jamás, que habían sido relegados al olvido en un lugar que solamente visitaban los gobernantes actuales y futuros. Pronto olvidé cual era mi misión principal, y mi deseo de ver el Libro quedó eclipsado frente a la inmensidad que representaba todo lo que había allí. Amontonado de cualquier manera, sin cuidado, todo olvidado, como si de esa manera se pretendiera borrar trozos del pasado, todos aquellos detalles que a los ojos de los demás no importaban por ser demasiado nimios.

Ángela sabía dónde estaba, por lo que aquella visita me había servido además para que las clases de aquel día quedaran suspendidas. Me gustaba aquello de que el Libro era una parte esencial de la magia del reino y que al

ser la princesa nunca debía negármeme, y por tanto se convertiría siempre en mi prioridad principal frente a cualquier cosa. Eso me permitiría en un futuro escaquearme, y se me ocurrió que incluso podría venir a echarme la siesta, pero enseguida cambié de idea, ya que solo faltaba que un día apareciera el rey y me encontrara roncando.

Las horas pasaron sin que me diera cuenta. Fuera, el cielo se había encapotado y más tarde había empezado a llover. La luz de los relámpagos, combinada con el sonido de los truenos, entraba por las ventanas, estrechas, largas y apuntadas, dando al interior de la torre un aspecto aún más tétrico. Las estatuas, que asemejaban gárgolas y otros animalejos, cada vez que caía un relámpago cobraban un aspecto aterrador y siniestro. Poco a poco la estancia se quedó sin más luz que aquella que emanaba del Libro, por lo que tuve que dejar de curiosear. En esa parte de Palacio la única luz que había era la proporcionada por antorchas, y en la torre en concreto tampoco había de éstas, lo que me pareció lógico: dejar una antorcha encendida aquí era como pedir que ardiera todo.

Me levanté del suelo y lentamente me dirigí hacia el Libro. Estaba sola. Fui directamente a mi página, y comprobé lo que ya sabía: que no había cambiado ni una letra.

## Capítulo 27

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 26 de Basileo

Mes quinto

Dejé la taza con la infusión de la merienda sobre la mesa. No me esperaba la noticia que Ángela me acababa de dar.

--¿No es eso lo que querías? --me preguntó.

Me quedé callada.

--Vamos, chiquilla. Llevas más de un año pidiendo salir de Palacio.

--Sí, lo sé...

--¿Y no te hace ilusión?

--Pero irme tan lejos y tanto tiempo... no sé, me da... cosa.

--Sabíamos que podía suceder. Tienes que aprender para cuando te toque.

--No hay posibilidad de negarme, ¿verdad?

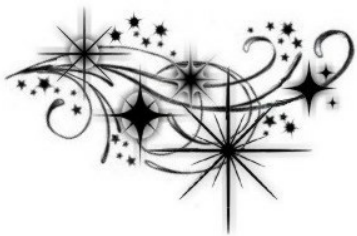
--No lo he preguntado, probablemente no, pero, ¿no decías que querías tomar el aire y salir de la rutina?

Era cierto. Pero llevaba tanto tiempo pidiéndolo sin resultado, que nunca pensé que algún día me dirían de hacer una salida así. Aparte, desde que encontré mi pasadizo y salía a ver las estrellas y que me diera el aire por las noches, ya no lo echaba tanto de menos.

Parece ser que el rey iba a salir en misión diplomática. En algunas zonas al oeste había grupos de elfos mestizos renegados que querían terrenos para establecerse en una colonia. Los elfos no querían mestizos entre su población, pero a los seres humanos tampoco les hacía mucha gracia adoptarlos, y menos a costa de ceder terreno que consideraban suyo. La solución que habían adoptado los renegados era ir armados y sembrando el terror por donde pasaban. El rey iba a reunirse con las colonias de elfos que había por la zona

para tratar de llegar a un punto que satisficiera a ambos grupos: humanos, elfos y mestizos. Y quería que yo lo acompañara para que empezara a familiarizarme con estos temas. Iban a ser en torno a tres días de viaje, parando por las noches, y una vez allí, el tiempo que estaríamos serían unos pocos días, pero podrían llegar a ser unas pocas semanas si las negociaciones así lo requerían. Cómo iba a echar de menos a Westley.

--Pues si no tengo elección, Ángela, qué remedio.



La siguiente vez que vi a Westley le conté lo que iba a suceder y le pedí que me llevara a su casa a dar el gran paso. Hacía ya más de dos meses que me estaba tomando el líquido que me dio y no quería irme de viaje sin llevarme un recuerdo especial. Él me preguntó una vez más si estaba segura, y ante mi respuesta más que afirmativa, me llevó a una casita de dos pisos, pequeña y antigua, cuya planta superior le pertenecía como inquilino.

La vivienda ni siquiera tenía luz blanca que salía del techo como la clínica o el palacio, sino que se alumbraba mediante farolillos y velas, y solamente contaba con una cocina, una salita donde él tenía sus libros y cosas de medicina, un cuarto de baño y una habitación. Ninguna de ellas era demasiado grande, de hecho, su casa entera cabría en mi alcoba. Aunque la verdad, para una persona, lo que Westley tenía era suficiente.

--No es mucho lo que tengo, como puedes ver.

--No pasa nada. Es muy acogedora.

--Ni siquiera tengo una chimenea para darte calor --Parecía algo avergonzado--. Espero al menos que no cojas un resfriado.

--Estaré bien.

--¿Quieres una tila o algo?

--No, no hace falta.

--Pero si estás temblando, muchacha. ¿De verdad quieres hacer esto?

Asentí.

Se acercó a mí y me besó dulcemente. Luego, me cogió las manos y me condujo hasta la habitación. Colocó las contraventanas de modo que solamente entraba una suave penumbra, y me besó de nuevo.

--Si en cualquier momento cambias de idea y quieres parar...

--Sí, sí. Te lo diré.

--¿Te confieso una cosa?

--¿El qué?

--Yo también estoy muy nervioso --rió--. Hace como cuatro o cinco años que no lo hago... y nunca lo he hecho con una chica que me importara tanto como tú, Melania. Lo haré lo mejor que pueda... y espero que te guste y que sea como esperas.

--Yo... solo espero que sea bonito. Aunque me duela, yo... eh... no sé si me entiendes...

--No sé que sabrás o qué te habrán contado, pero esto puede ser tan bonito como queramos. Aunque no quiero engañarte: te va a doler. Vamos a procurar que no lo recuerdes como algo doloroso y desagradable. Intenta relajarte. Si estás tensa, será peor.

Se quitó la chaqueta y se sentó en la cama, desde donde se quitó los zapatos. Yo hice lo mismo. Se levantó, me tendió gentilmente la mano y me ayudó a ponerme en pie. Me desabrochó la cadenita que me regaló el día de mi aniversario, la cual desde entonces procuraba llevar siempre que podía, y la dejó en su mesita. Empezó a besarme muy despacito y progresivamente fue aumentando la intensidad. Yo le correspondía lo mejor que sabía. Estuvimos



así un buen rato, besándonos como siempre, mientras yo le acariciaba su pelo rubio y él movía suavemente sus manos en mi espalda y mi cadera. Poco a poco, empezó a bajar desde mi cara hasta mi cuello, sin parar de besarme, muy despacito y con mucho cuidado, como si tuviera miedo de que me fuera a romper. Siguió bajando, hasta mi clavícula.

--No tengas miedo, ¿de acuerdo?

--No lo tengo. Confío en ti.

--Tienes la piel suavísima, Melania. Es una delicia acariciarte --comentó mientras pasaba las yemas de los dedos por mi clavícula.

No supe qué decir. Retiró las manos despacito y se quitó el chaleco y la camisa, sin dejar de mirarme a los ojos. Empecé a sentirme cortada. ¿Se suponía que ahora yo debería echar una miradita, o le sentaría mal? De cualquier manera, con la poca luz que entraba, apenas iba a ver mucho. Y caí en la cuenta de algo que me hizo sentirme más cortada aún: ¿tenía que quitarme yo el vestido ya? Sabía que en algún momento tendría que hacerlo, era inevitable, pero me daba muchísimo apuro que me viera desnuda. Además de que a él, tras quitarse la camisa, aún le quedaban los pantalones, mientras que, si yo me quitaba el vestido, solamente me iban a quedar las braguitas.

Westley me sacó de mis pensamientos cogiéndome con suavidad las manos y colocándolas en su pecho, con las suyas encima, impidiéndome retirarlas.

--Tranquila. Toca donde quieras. No me va a molestar, sino todo lo contrario. No tengas miedo, bonita.

Retiró sus manos de encima de las mías y las colocó en mi espalda. Tímidamente moví un poco los dedos y lo acaricié con suavidad. Su piel era suave y tersa y tenía algo de vello en el pecho. A pesar de la poca luz, no pude ver ninguna mancha oscura, por lo que supuse que su vello sería rubio, como él. Con las manos algo temblorosas, subí un poco y llegué hasta los hombros. En ese momento él me atrajo más hacia sí y noté que estaba hurgando en los

cierres de mi vestido, por la parte de detrás. Tragué saliva y le acaricié la espalda. No había vello en ella. Moví mis manos torpemente mientras él me besaba en la curva del cuello y, uno tras otro, iba soltando todos los cierres del vestido. El estómago empezó a retorcerse ante la inminencia de lo que venía ahora: en unos minutos iba a estar prácticamente desnuda ante él. Empecé a decirme que no tenía de qué preocuparme, pues él, como médico, conocería más que bien como era un cuerpo femenino... pero no funcionaba. No podía engañarme a mí misma: estaba muy, pero que muy cortada.

Terminó de abrir los cierres, pero no me quitó el vestido. Me levantó la cabeza y me besó con pasión, a lo que yo correspondí de la misma manera. Estuvimos besándonos con avidez durante varios minutos, hasta que él separó su boca de la mía unos milímetros.

--¿Qué tal vas?

--Bi-bien.

En ese momento, un tirante se me resbaló. Él se dio cuenta, desvió la mirada hacia la zona, empezándome a besar el hombro que acababa de quedar al descubierto, y me bajó el otro tirante con decisión. Su otra mano se dirigió a la parte alta de mi espalda, la metió bajo el vestido, por arriba, y empezó a acariciarme. Eso provocó unos pequeños pero constantes empujoncitos en el vestido, que hicieron que empezara a caer, muy poquito a poco. Westley siguió acariciándome la espalda y dando pequeños tirones del vestido hacia abajo, hasta que se separó un poco de mí y me cogió las manos, con las que, inconscientemente, yo misma me estaba sujetando el vestido por delante, impidiendo que cayera. Despacito, me abrió los dedos, me hizo soltar el vestido y, sin dejar de mirarme a los ojos, llevó mis manos hasta sus labios, dándoles un tierno beso.

--¿Quieres parar?

Negué con la cabeza. Volvió a besarme en la curva del cuello, y cuando

llevaba como un minuto así, dio el tirón final y el vestido cayó al suelo. Rápidamente él me abrazó y pegó su cuerpo fuertemente al mío, acariciándome la espalda de arriba abajo con firmeza. Juntó su boca con la mía y con su lengua empezó a acariciar su interior muy suavemente. Apreté su cuerpo contra mí y en ese instante noté la presión de su torso en mis pechos. Estaba segura de que él los notaba, y eso me daba mucho corte.

Se separó unos centímetros y, sin dejar de mirarme a los ojos, le noté enredar para quitarse los pantalones.

--¿Te he dicho alguna vez que eres preciosa?

--Unas cuantas --sonreí levemente.

--Siempre me parecerán pocas --declaró sonriendo cuando tiró los pantalones a un rincón.

Me abrazó de nuevo y volvió a besarme. Sus manos empezaron a moverse de mi espalda a mis costados, firmemente, y llegaron hasta mi barriga y mis michelines, cosa que me hizo recordar que no era una chica delgada y en su línea como las demás, sino con bastante sobrepeso, pero a él no pareció importarle.

--Estás blandita. Me encanta.

--Lo que estoy es obesa.

--Qué tontería. Ni se te ocurra perder un gramo.

--¿En serio te gusta?

--Este culito redondo --murmuró pasando la mano por encima de mis braguitas-- está en su justa medida.

No me esperaba que me tocara el culo y pegué un respingo. Paró un momento.

--¿Todo bien?

--Sí, sí. Es que... es que... eh...

Sonrió y empezó a dar pasos hacia atrás, tirando de mí.

--Ven, vamos a ponernos algo más cómodos.

Me senté en el borde de la cama y él se puso a mi lado, girado hacia mí. Bajó un poco la cabeza y depositó suaves besitos en mi hombro; y poco a poco fue bajando por mi espalda.

--Qué preciosa eres. Y qué suave estás.

Tiró suavemente de mí mientras se tumbaba, y lo interpreté como que quería que me tumbara junto a él. Se colocó de costado y yo adopté la misma posición, de cara a él, y le acaricié el hombro y el brazo. Tenía los bíceps firmes y bien formados, sin un gramo de grasa que le sobrara. Colocó dos dedos en el centro de mi clavícula y fue bajando despacito, sin dejar de mirarme a los ojos. Cuando llegó al ombligo, apoyó la mano y me acarició la tripa.

--En serio, me gustas así como estás. Redondita y adorable. No me gustaría que te pusieras a adelgazar.

--Tú también me gustas mucho.

Me besó con mucha delicadeza, mientras su mano subía por donde había venido, y se detuvo unos segundos entre mis pechos. Lentamente, fue hacia uno de ellos y empezó a rozarlo con las yemas de los dedos. Poquito a poco, sus dedos llegaron al pezón y empezaron a acariciarlo con suaves movimientos circulares. La piel se me erizó; esperé que no se diera cuenta. Noté que el pezón se me estaba poniendo rígido y me dio algo de vergüenza. Por un lado, me gustaba la sensación cuando me lo tocaba, pero por otro, me sentía algo incómoda. Y eso que ni siquiera había mirado: durante todo el proceso no habíamos dejado de mirarnos a los ojos y besarnos.

--Tienes un cuerpo precioso, Melania --susurró, mirándome a los ojos con esa mirada que me desarmaba--. Me vuelve loco.

Su mano siguió tocándome el mismo lugar, mientras su boca se dirigió a mi otro pecho y empezó a besarlo suavemente. No me lo esperaba y todo mi

cuerpo se puso tenso. Cerré los ojos con fuerza y me concentré en las pequeñas descargas que me producían el contacto de sus dedos y su lengua en mis pezones. Aún me sentía un poco incómoda, pero por encima de eso, lo que me hacía me estaba gustando... y demasiado. Lo abracé y apreté su cuerpo contra mí, lo que le hizo aumentar la intensidad de lo que me estaba haciendo, y eso provocó que se me escapara un gemido, que él interpretó como que me gustaba lo que me hacía, y continuó durante varios minutos, con menos delicadeza y más firmeza. Mis manos empezaron a moverse por su espalda y por sus hombros, despacio, acompasadas a los suaves movimientos de sus dedos y su boca.

--Pero cómo puedes ser tan bonita --murmuró antes de volver a mi boca a besarme.

Colocó sus manos en mis pechos y empezó a acariciar y a hacer como si amasara. Bajó de mi boca por mi cuello y llegó hasta donde tenía las manos. Juntó mis pechos y empezó a besar entre ellos, para a continuación ir de uno a otro. Yo empezaba ya a abandonarme del todo a lo que me hacía, que cada vez me gustaba más. Me notaba que estaba comenzando a sudar y a respirar profundamente. Tras un rato concentrado en mis pechos, me abrazó y giramos, quedando yo encima y él debajo. Pasé las manos lentamente por su pecho, bajé la cabeza y empecé a besárselo de arriba abajo, tratando de imitar lo que él acababa de hacerme, lo que sin duda le gustó, aunque no me dejó estar mucho tiempo porque enseguida volvimos a girar y a besarnos con mucha pasión, mientras agarraba mis pechos con las manos y de nuevo volvía a acariciarlos, apretando un poco más ahora. Estábamos ambos sudando, y mi cuerpo actuaba solo, yo ya no pensaba mis movimientos ni lo que iba o no iba a hacer: simplemente me dejaba llevar por lo enamorada que estaba de Westley, lo mucho que confiaba en él y lo que deseaba que estuviéramos juntos en todos los sentidos de la palabra.

Su cuerpo me gustaba. No era blando y fofo como el mío, tampoco era fuerte y macizo como el de un modelo; simplemente era un cuerpo de hombre, muy normal, pero que me encantaba. Debía de haber hecho algún tipo de trabajo físico antes de ser médico, ya que no tenía nada de grasa y se le notaba firme y bien formado, sin llegar a ser escultural, pero para nada descuidado.

Subí un poco las piernas y las apreté en torno a él.

--¿Vas bien? --preguntó, entre jadeos.

--S-sí --respondí, jadeando igual.

Se incorporó, tiró de mí y quedamos los dos de rodillas. Metió la mano por debajo de mis braguitas, en mi culo, y apretó con fuerza. Con la otra mano agarró mis braguitas y tiró hacia abajo, para quitármelas. Cayeron hasta mis rodillas y él aprovechó para cogerme el culo con las dos manos y dar un buen apretón. Dirigí mis manos hacia el suyo, él se dio cuenta y me ayudó quitándose la ropa interior. Nos pusimos de pie para terminar de quitárnosla y nos quedamos completamente desnudos uno frente al otro.

--Bonita... preciosa... mi princesita... --susurraba mientras me miraba y me acariciaba. Me pareció que hablaba algo diferente, las erres las pronunciaba casi como si fueran ues, y otras consonantes las arrastraba. Me pareció muy sensual, pero no le di importancia.

Aún tenía mucho corte, pero al mismo tiempo ya no me importaba tanto que Westley observara mi cuerpo de arriba abajo. Yo también miraba el suyo mientras tocaba y acariciaba. Aunque sabía cómo eran, nunca había visto un hombre totalmente desnudo y menos en ese estado. Estábamos los dos envueltos en sudor, temblando ligeramente y totalmente enloquecidos por el cuerpo del otro. Me abrazó, volvimos a besarnos y me levantó un poco del suelo. Hizo un esfuerzo más por levantarme, sosteniéndome por el culo con una mano y sujetándome la espalda con la otra, mientras yo pasaba las piernas en torno a él. Me levantó hasta que mis pechos quedaron a la altura de su cara

y se metió uno de ellos en la boca, con avidez. Empezó a devorarlo con ansias, provocando que mi espalda se arqueara y me pusiera a gemir. Fue cambiando de un pecho al otro, haciendo que me convulsionara y que me abrazara a él con fuerza. Finalmente, nos tumbamos de nuevo en la cama. Allí, Westley pasó la mano por entre mis piernas y palpó la zona. ¿Iba a ponerse a tocar por ahí ahora?

--¿Qué... qué haces, Westley?

--Comprobar si estás lista. Creo que lo estás. ¿Seguimos adelante?

--Sí --respondí cerrando los ojos.

Me separó las piernas y se colocó entre ellas. Yo seguía con los ojos cerrados, y todavía sudorosa y jadeante, aún temblando por lo que me acababa de hacer, de modo que le dejé que siguiera con lo que fuera. Me levantó las caderas y en unos instantes sentí cómo entraba en mi interior y pasaba los brazos por debajo de mis hombros. Me acarició la cara, momento en el que abrí los ojos, me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

--Rodéame con las piernas.

Obedecí, y entonces sí que noté mejor que estaba dentro.

--¿Bien hasta ahora? --preguntó.

--Sí.

--Allá voy. Relájate.

Nos dimos un largo beso y, lento, empezó a moverse. Casi de inmediato, noté como un pinchazo muy agudo que cada vez era más fuerte. Sin querer, solté un pequeño quejido.

--Tranquila, bonita.

--Me duele.

--Pasará, preciosa. Sólo será un momento.

Apreté los ojos y abracé a Westley con fuerza, no fuera a pensar en retirarse precisamente ahora; quería que continuara hasta el final. Seguí

aguantando como pude mientras él me embestía cada vez más fuerte y rápido, y me besaba en el cuello y en la boca. El dolor se hizo más y más intenso, pero yo estaba decidida a no dejar que eso fuera un impedimento aunque mi cuerpo no me lo estuviera poniendo precisamente fácil. Tras unos minutos moviéndose cada vez más deprisa, Westley empezó a convulsionarse y a jadear mientras se agitaba bruscamente dentro de mí, hasta que, tras eso, paró. Se quedó encima de mí, unos minutos, quieto, recuperando el aliento, mientras yo lo abrazaba y besaba. Nos besamos largamente y me miró a los ojos.

--¿Estás bien? ¿Te ha dolido mucho?

--Solo un poquito --mentí.

Me acarició la cara y nos quedamos unos segundos mirándonos.

--Campeona. La próxima vez disfrutarás más.

La próxima vez. A saber cuándo sería eso. En menos de dos días me iba con el rey y nadie sabía cuando volveríamos.

Se retiró y se colocó boca arriba a mi lado. Me abracé a él y coloqué mi cabeza sobre su pecho. En ese momento, el sonido de su corazón me parecía lo más bonito del mundo.

--¿Te ha gustado? ¿Aunque solo sea un poco?

--Claro que sí, Westley.

--Vamos, sé sincera, por favor. Estabas muy nerviosa. Tú misma me has dicho que te dolía.

--Sí, vale... Me ha dolido algo más de lo que esperaba, lo reconozco. Pero me ha gustado. Me ha gustado que hayamos hecho esto, que hayamos estado juntos... de esta manera.

--Entonces, ¿ha sido como esperabas?

--Sí, más o menos. Tú lo has hecho bonito, Westley. Has sido muy bueno todo el tiempo. Has ido despacio, te has preocupado y me has tratado muy bien.



--Te he tratado como creo que te mereces. Eres muy importante para mí.

--¿Y a ti te ha gustado?

Sonrió.

--¿Tú qué crees? Melania, eres muy bonita. Tienes un cuerpo precioso que me ha encantado. Tenerte desnuda entre mis brazos y poder acariciarte y hacerte el amor ha sido un privilegio. Gracias por elegirme, princesita. Me siento el hombre más afortunado del mundo.

--En realidad, fuiste tú quien me eligió a mí. Yo soy la afortunada.

Me miró, nos movimos unos centímetros y nos dimos un beso.

--¿Vas a querer repetir?

--¿Ahora? --pregunté asombrada.

--No --rió--, ahora no. Me refiero a próximamente, en alguna ocasión. Si no te he horrorizado demasiado y sigues queriendo volver a verme después de esto.

--No me has horrorizado, tonto. Ya te he dicho que me ha gustado. Y sí que querré repetir, cuando vuelva del viaje.

Sonrió y nos dimos otro beso.

--Hablabas raro.

--¿Qué?

--Cuando me acariciabas. Tenías como un acento raro.

Se echó a reír.

--Bueno, supongo que es mi acento natural, de donde nací. ¿A ti no te salen cosas en tu idioma de vez en cuando, sin que lo puedas controlar? Pues esto es lo mismo, princesita. Llevo viviendo aquí más de seis años y se me ha suavizado un poco. Pero en el norte hablamos así --Volvió a hablar de la manera en que lo hizo antes, arrastrando algunas consonantes--. ¿Te gusta?

--Pues... si te soy sincera, estoy acostumbrada a oírte hablar de una manera y se me hace raro.

--El acento de Pueblo Palacio es muy claro. Es la manera más correcta de hablar. De acuerdo, princesita --Me dio un besito--. Hablaré claro para ti, para que me puedas entender, aunque eres tan bonita que probablemente no pueda evitar que vuelva a salirme mi forma natural de hablar en ocasiones como la de antes. Tú también tienes un acentito muy gracioso. Me encanta. No lo pierdas nunca, por favor.

Me apretó contra su pecho y nos quedamos en esa posición bastante rato. Yo empezaba a adormilarme cuando me dio un beso en la frente y me indicó que estaba a punto de amanecer.

Se levantó de la cama y dijo que iba a preparar alguna infusión rápida para antes de salir. Mientras lo hacía, recogí la ropa del suelo y, divertida, me puse la suya en lugar de la mía.

--¿Pero qué haces? --Rió cuando me vio --. Te queda mejor tu vestido.

--Hace un siglo que no me ponía pantalones. Son mil veces mejores y más cómodos que cualquier vestido.

--¿En tu mundo las chicas llevan pantalones normalmente? --se extrañó.

--¿Aquí no? No me digas que está prohibido.

--Dudo que esté prohibido. En las granjas creo haber visto alguna mujer llevando pantalones. Pero es raro.

--Pues ellas se lo pierden.

--Anda, devuélvemelos.

--¿Y si me los quedara? --pregunté, divertida.

Se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra el marco de la puerta.

--En caso de que de verdad te quieras quedar con mi ropa... lo cual no entiendo y me gustaría que me explicaras... Déjame al menos que te dé algo recién lavado.

--No. Prefiero estas. Huelen a ti.

--¿Que huelen a mí? --Arrugó la cara y se olió --. Creo que el tiempo que

has pasado en Palacio te ha afectado al cerebro. Anda, quítate eso.

## Capítulo 28

Caminos exteriores al Palacio

Año de gracia 26 de Basileo

Mes quinto

Salimos al amanecer del día siguiente. En una carroza iba el rey con dos de sus sirvientes, y en otra iba yo con dos de mis doncellas, Susi y Kayla. Nos acompañaba todo un séquito de escoltas y soldados, y además de nuestro equipaje, cargábamos con varios cajones llenos de alimentos para el viaje. Pararíamos en algunas posadas, pero los alimentos eran por si sucediera algo. Ya estaba avisada de que pudiera darse el caso de que alguna noche tuviera que dormir en un jergón en el suelo, y de que allá donde íbamos eran tierras de frío y nieve, por lo que mi equipaje estaba lleno de ropa de abrigo.

Cuando el grupo se puso en marcha, atravesamos algunas calles del pueblo y pronto pude ver el palacio alejarse y finalmente perderse de vista. Aquello me produjo una extraña sensación de felicidad: por fin estaba lejos de aquellos muros, de aquella cárcel. Pero, por otro lado, sentía que tenía que mantenerme en guardia y con los ojos bien abiertos, porque estaba con el rey y con la gente que me imponía todas aquellas tonterías de mi día a día.

Los caballos que llevaban los carruajes habían sido entrenados para galopar arrastrando mucho peso. Había dos tipos de caballos: los entrenados para el peso, que eran los que teníamos en ese momento, y los entrenados para la velocidad, que, según me habían contado, eran auténticas flechas. Los que nos llevaban ya eran rápidos, me pareció que igual o quizás un poco más que un coche de mi mundo a velocidad normal por carretera, de modo que los entrenados para correr debían de ser casi como el Correcaminos. Seguro que era una pasada ir en uno de esos. Me encantaría poder montar alguna vez en

uno.

El paisaje se tornó aburrido y repetitivo: árido, marrón, descampado, feo. De modo que apoyé la cabeza en un cojín, cerré los ojos y me puse a pensar en Westley. Aún tenía una ligera molestia en donde me había desgarrado cuando estaba dentro de mí. Como una pequeña heridita. No me preocupaba, supuse que sería lo normal en las chicas recién desprecintadas. Cuando Ángela me vio esa mañana, yo tenía la sensación de que llevaba escrito en la frente lo que Westley y yo habíamos hecho, pero ella no pareció advertirlo. Sonreí al pensar en él. Se había portado como todo un caballero. Me había cuidado y protegido en todo momento. Me sentía feliz y satisfecha con mi decisión de haber elegido y confiado en Westley para mi primera vez. Estaba convencida de que no podía haber hecho mejor elección, y me consideraba muy afortunada por tener un novio como él. Era mi primer amor, llevábamos cinco meses juntos y mis sentimientos hacia él habían crecido en ese tiempo. Estaba comenzando a sentir algo mucho más grande que lo que sentí aquella noche de mi aniversario. Ya no era solamente un simple enamoramiento: lo estaba comenzando a querer de verdad. Estaba comenzando a amarlo. Era algo muy bonito que me hacía muy feliz, pero, por encima de todo, era algo grande. Tan grande que sentía que casi no me cabía en el pecho, pero que a la vez podría crecer más y más, multiplicarse por un millón, y aun así tendría cabida en mí. Cuando volviera, se lo diría. No me avergonzaría de sentir algo tan bonito, como él mismo me dijo una vez.

El carruaje en sí no era muy incómodo, los asientos estaban mulliditos y no se clavaban. Pero el traqueteo del viaje hacía imposible echar una cabezadita en la posición en la que me encontraba, así que corrí las cortinas y les dije a mis doncellas que iba a tumbarme un poco sobre el asiento a ver si así podía dormir algo. Las dos doncellas se sentaron en el otro asiento y yo me tendí como pude, y lo curioso fue que, a pesar del traqueteo y los botes que

pegábamos, conseguí dormirme, porque me desperté cuando de repente sentí que abrían la puerta y entraba toda la luz de fuera. El sirviente pareció algo sorprendido al encontrarnos a las tres en una postura tan poco decorosa (las doncellas también habían echado un sueñecito, apoyándose la una en la otra, y a mí la falda se me había levantado hasta las rodillas), pero nos anunció que parábamos para comer.

Entramos a una posada. El edificio era bastante grande, tenía espacio para los establos, comedor en la planta de abajo y varias habitaciones en la de arriba. Cuando paramos, antes de que nos despertaran, habían entrado los escoltas y asistentes a revisar las zonas por donde íbamos a pasar, para asegurarse de que todo estuviera bien y fuera seguro, con lo cual, pasado ese examen, podíamos entrar con tranquilidad. Cuando estábamos sentados todos a la mesa y trajeron el caldero con la comida, antes de servirla se la hicieron catar a la cocinera y al dueño del establecimiento. Aquello me hizo sospechar: ¿Temían ser envenenados? ¿Tanto riesgo había que no eran capaces de confiar en la palabra de los posaderos? En su momento me habían dicho que había varios grupos antimonárquicos, pero, ¿hasta ese punto se llegaba? La comida del caldero resultó ser de confianza, pero aun así, lo de la cata me había revuelto el estómago y quitado el apetito. Comí casi por obligación, ya que sabía que no hacerlo iba a ser peor, porque todo el mundo me preguntaría si la comida no estaba buena, con lo cual como mínimo metería a los posaderos en un aprieto, y si decía que no me apetecía, me empezarían a preguntar si me encontraba bien, y bla, bla, bla. No tenía ganas de pasar por eso y mucho menos con el rey ahí delante, así que preferí comer aunque fuera sin hambre. La comida me supo a corcho.

Me quedé pensando en ello mientras continuábamos el viaje. Había algo que me chirriaba. ¿Acaso no había algún tipo de hierba o algo que hacía inmune a la gente contra los venenos? En un mundo donde la magia estaba a la

orden del día, seguro que sí lo había. Y era tan sencillo como que los que cataban la comida se lo tomaran para engañar al rey y a los otros. O mejor aún, ¿por qué no lo tomábamos nosotros, y listo? Todo me parecía tan extraño. Era como un puzle al que le faltaban piezas. Piezas que, por supuesto, no me daban a propósito. Algo me olía a chamusquina desde hacía ya tiempo y tendría que encontrar yo misma esas piezas faltantes.

Esa noche dormimos bajo techo en una posada muy parecida a la que habíamos estado para comer. Ocupamos varios cuartos, y por fortuna a mí solamente me tocó compartir el mío con Susi y Kayla, mis doncellas. Siempre amables y sonriéndome, me sacaron un pijama más grueso que los que usaba en Palacio, puesto que ya se empezaba a notar el cambio de temperaturas, y quisieron cepillarme el pelo antes de que me acostara. Por mí no hacía falta, pero insistieron tanto y parecía hacerles tanta ilusión que las dejé hacer.

En mitad de la noche quise ir al baño y me topé de bruces con un guardia que estaba apostado en mi puerta. Tras confundirme con vete a saber qué o quién, ponerme una espada en el cuello y darme el susto de mi vida, me reconoció y me dijo que si quería ir al baño debía despertar a mis doncellas para que me acompañaran, por mi propia seguridad, ya que para eso, entre otras cosas, venían. No lo veía necesario y no quería interrumpir el sueño de las pobres chicas, pero ellas mismas nos habían oído (con el grito que había pegado, a ver quién no) y rápidamente se levantaron y me acompañaron, junto con otro guardia. Qué vergüenza. Tres personas acompañándome al baño y haciendo ruido para despertar al resto, si es que después del jaleo que armé con el susto quedaba alguien dormido. Ni intimidad ni discreción. Para qué. Que toda la posada sepa que la princesa tenía ganas de mear. Ya solamente faltaba que escucharan tras la puerta.

El día siguiente fue más de lo mismo. El paisaje había cambiado, ahora eran árboles pelados y rocas por todas partes. Empezó a llover

torrencialmente, lo que provocó que no pudiéramos parar a comer, ya que el plan del día era hacer una fogata y comer algunos de los víveres que llevábamos al no haber posada por la zona, pero en vista de las condiciones climatológicas, tuvimos que quedarnos en las carrozas esperando que dejara de llover o que llegáramos a una posada. A última hora de la tarde dejó de llover, entonces paramos y los guardias y asistentes empezaron a montar una especie de tiendas de campaña. Encendieron un par de hogueras y todos nos acercamos para calentarnos, ya que ahora sí que se notaba que habían bajado las temperaturas. Tenía la cara y las manos heladas, y tuve que pedirles a Susi y Kayla unas medias gruesas porque las piernas, que normalmente llevaba sin nada bajo los vestidos, se me estaban congelando. Me sacaron también un abrigo muy bonito y grueso, que me calentaba de mil maravillas, nada que ver con mi abrigo-saco del año de Maricastaña. Esa noche en el fuego asaron algo que, cuando me dieron un plato, me pareció comida requemada para perros. En serio, ¿de veras que no tenían cosas mejores? Susi y Kayla comían con apetito, pero cuando me llevé un poco de aquella cosa a la boca me dieron arcadas y se lo cedí a las chicas. Ya estaba sin comer, pues bueno, sin cenar también. Total, al día siguiente me iba a levantar en ayunas igualmente. Me fui a dormir con curiosidad por ver qué me habían preparado, y, en aquel camastro improvisado, si bien debo decir que estaba totalmente seco, la lluvia había dejado una humedad en el ambiente que se me metía por los huesos y ni con dos mantas conseguí entrar totalmente en calor.

En el tercer día se suponía que llegaríamos a nuestro destino. Me abrigué bien, aunque empezaba a notarme con algunos mocos y estornudos que indicaban que o me cuidaba un poco o el resfriado sería inminente. Por fortuna, para desayunar me habían dado un par de piezas de fruta, por fin algo comestible. Ni que decir tiene que me supieron a gloria y que me sentaron fenomenal. En el carruaje, me abracé las rodillas y me quedé así sentada,



hecha un ovillito, aburrida y somnolienta. Me llamó la atención cuando miré hacia la ventana horas después y vi que estaba nevando. Hacía muchos años que no veía la nieve y me gustaba verla caer.

Nunca había hecho un muñeco de nieve, pero sí había librado alguna batalla de bolas de nieve de pequeña, cuando iba al colegio. Hacía tanto tiempo de eso y mi vida había cambiado tanto desde entonces que casi me parecía que aquello era una película rara que había visto. Todas esas imágenes de montañas nevadas, Papá Noel, blancas Navidades y demás, me parecían lejanas e irre recuperables. Aquí no celebraban nada de eso. En algunos pueblos celebraban fiestas para dar la bienvenida a las nieves, que era lo más parecido a nuestra Navidad, pero en Palacio nunca se me permitía celebrar nada ni participar en las celebraciones del que iba a ser mi reino. Llevaba ahí cerca de año y medio; tenía que estar a puntito de cumplir los diecinueve años, si es que no lo había hecho ya. Y no era muy feliz. Lo único que llevaba un poco de luz a mis días era Westley. ¡Lo echaba tanto de menos! No podía echar en saco roto aquello que me dijo de irnos juntos y empezar una nueva vida. Podíamos irnos a su pueblo y empezar allí. Si, como me dijo en su momento, no había médico, a él no le faltaría trabajo. Aunque no tuviera lo suficiente ahorrado como para poner una clínica, yo podía ayudarlo, ser su secretaria o lo que fuera, y así poco a poco lo conseguiríamos.

No paramos para comer, a pesar de que no nevaba: estábamos ya cerca de terminar el viaje y querían llegar antes de que anocheciera. Los elfos nos estaban esperando y sin duda, como buenos anfitriones que eran, nos obsequiarían con una succulenta cena de bienvenida. Y, en efecto, llegamos cuando estaba comenzando a oscurecer.

## Capítulo 29

Colonia de los elfos, circunvalación ciento veintidós noroeste

Año de gracia 26 de Basileo

Mes quinto

Era una fortaleza bastante grande. No alcanzaba el tamaño del palacio ni mucho menos, pero me recordó un poco a los fuertes de las pelis del oeste. Estaba hecho todo de piedra, desde la muralla exterior hasta las estancias y dependencias del interior. Por dentro había una gran construcción, donde nos íbamos a alojar y donde también se alojaban los que hacían las veces de jefe de la colonia, y varias casitas pequeñas, también de piedra, donde vivían algunos elfos que preferían mantenerse un poco alejados del gran edificio, sin querer salirse de la colonia. Era como un pequeño pueblo, muy pintoresco. Estaba todo cubierto por una espesa capa de nieve y me advirtieron que tuviera mucho cuidado al caminar.

Nos distribuyeron en habitaciones, y por supuesto yo volví a compartir la mía con Susi y Kayla, quienes rápidamente empezaron a buscarme ropa para la cena de esa noche y a arreglarme el pelo, que había vuelto a recuperar su estado natural de greñas tras tantos días al aire libre sin ser tratado con alguna sustancia que lo mantuviera a raya.

El frío había terminado de hacerme mella y tenía la voz algo ronca, aparte de mocos y estornudos frecuentes. No me encontraba demasiado bien, pero estaba obligada a asistir a la cena de bienvenida, así que me encontré sentada al lado del rey en una mesa junto a los jefes de la colonia, en un salón repleto de mesas y de elfos. Ninguno de ellos era alto y rubio como Legolas, lo cual debo admitir que me decepcionó un poco. Aun así, todos tenían las orejas picudas y vestían ropas que parecían salidas directamente de la naturaleza, en

tonos verdes, grises y marrones. Ya había visto elfos la noche de mi presentación, en el gran salón de Palacio, pero entonces había tanta gente variopinta que no me fijé en ellos con detenimiento, pero en la fortaleza presté atención a los que me rodeaban.

Uno de los jefes se puso en pie.

--Es para mí un honor y un privilegio dar la bienvenida al rey Basileo, con quien tenemos de nuevo el honor de contar esta noche, y es un placer conocer a la encantadora princesa Melania, la próxima soberana del reino de los humanos. Mañana tendremos trabajo que hacer, pero ahora es tiempo de celebración. ¡Comed y bebed, amigos!

El salón rompió en gritos de júbilo y aplausos, y todo el mundo empezó a comer. Yo no sabía muy bien qué hacer, ya que me habían dicho desde el primer día en protocolo que esperara siempre, siempre a ser servida, que nunca lo hiciera yo misma. Pero aquí todo el mundo se lanzaba a las bandejas centrales con avidez. El rey, a mi lado, estaba girado hablando con quien tenía a su otro lado, que le sirvió algo en la copa y brindaron alegremente. Quizás debiera esperar a ver qué hacía el rey e imitarle. Pero el hombre estaba tan enfrascado en su conversación que parecía que se había olvidado de que había que cenar. Y también de que yo estaba a su lado.

--Princesa Melania --dijo una voz a mi otro lado-- ¿Le gustaría un poco de vallecelta? Es una bebida élfica. La elaboramos en esta colonia.

Era una joven elfa de cabello castaño y largo, alta y con una tiara preciosa de nudos entrelazados en el pelo.

--Muy amable --respondí, sonriendo, y recordé el incidente del karengi--. No tiene... efectos sobre los que no hemos nacido aquí, ¿verdad?

--Oh, por supuesto. No se preocupe. Lo que preparamos los elfos puede ser consumido por cualquier ser humano, independientemente de dónde haya nacido. Por nada querríamos que les ocurriera algo malo. Nos sentimos muy

honrados con su presencia --me indicó mientras llenaba mi copa y luego la suya--. Espero que todo sea de su gusto. Va por usted.

Levantamos las copas. En las altas esferas al brindar eso era suficiente, las copas no se chocaban: según me dijeron en protocolo eso era para la gente corriente, para los plebeyos.

Bebí, y me sorprendió el sabor de aquello. Sabía a una mezcla de hierbas suaves y dulces, más fuerte que una infusión, con un sabor concentrado.

--Está delicioso. Mis felicitaciones al encargado de su elaboración, es una bebida realmente magnífica --Al pronunciar las últimas palabras, mi voz ronca se hizo más evidente. Mi interlocutora se dio cuenta.

--¿Ha cogido frío en la garganta, princesa Melania? Espere, le traeré algo.

Iba a decirle que no se molestara, pero se levantó de un grácil saltito y rápido marchó hacia la entrada del salón. En un minuto volvió con una copa humeante de la que salía un fuerte perfume a limón y hierbas.

--Tenga, bébaselo ahora que aún está caliente. Ordenaré que mañana le sirvan más en el desayuno.

Le di las gracias y bebí. Noté que algo de aquello se me quedaba pegado a la garganta y ya no me picaba tanto. El líquido me bajó hasta el estómago y empezó a calentarme desde dentro. ¿Qué medicina era esa? ¿Dónde había estado toda mi vida? (bueno, la respuesta a eso último estaba muy clara) Me planteé por un momento pedirle un barril tamaño industrial y llevármelo a Palacio. Y mostrárselo a Westley. Seguro que le encantaría contar con una medicina así.

La elfa me contó que se llamaba Aineil y que era hija de uno de los jefes de la colonia. También que le hizo mucha ilusión cuando se enteró de que yo venía, porque desde mi presentación habían empezado a circular rumores de que era una jovencita dispuesta, prometedora y adorable (¿por qué todo el mundo me decía que era adorable? ¿Era la nueva Hello Kitty o qué?

¿Venderían ropa para niñas con mi careto?), y como ella posiblemente sería también jefa de la colonia alguna vez, tenía ganas de conocerme. Ah. O sea que una charla de chicas. Por un momento me vino a la cabeza una imagen en la que las dos nos contábamos secretitos en pijama mientras nos pintábamos las uñas de los pies y leíamos *Ragazza* y *Súper Pop*. Estaba tan cansada que a esas alturas ya se me iba la perola. No, en serio: tenía que concentrarme.

Fue la propia Aineil la que puso comida en mi plato y me animó a que cogiera lo que quisiera. La comida élfica no tenía nada que ver con lo que me ponían en Palacio: estaba todo como cocinado con más cuidado y esmero y exquisitamente sazonado con diferentes hierbas que le daban aroma y sabor. Según me explicó Aineil, los elfos son fundamentalmente vegetarianos, gustaban de las hierbas para todo tipo de cosas: infusiones, especias, comer los propios vegetales, y su medicina siempre estaba basada en remedios totalmente naturales. No es que tuvieran prohibido comer carne, de hecho, me explicó que en tiempos de extremado frío es complicado conseguir vegetales o hacer que crezcan, y solían cazar para sobrevivir. Y, por cierto, esa capa de nieve tan espesa que habíamos atravesado no significaba que estuviéramos en tiempos de extremado frío. Habían tenido épocas en las que estaban totalmente bloqueados e incomunicados, y a esas se refería cuando me contaba que intentaban cazar algún animal. Yo le conté que en la zona de Palacio, lo más frío que habíamos tenido eran vientos helados, lluvias torrenciales y quizás algo de granizo, pero nunca había caído un copo de nieve. Tampoco podía decirse que hacía calor, era una temperatura bastante aceptable.

A pesar de que me caía de sueño, Aineil era tan simpática que su charla me entretuvo y me hizo olvidar el cansancio. Cogimos confianza tras hablar un rato y empezamos a tutearnos. Hablamos un poco del problema que se iba a debatir al día siguiente y me alegré cuando comprobé que las dos teníamos la misma opinión. Finalmente, quedamos en que podríamos sentarnos lo más

cerca la una de la otra como fuera posible, ya que ambas veníamos con el mismo propósito: aprender para cuando nos llegara la hora, y estando juntas podríamos ayudarnos. Ella ya había estado presente en varias tomas de decisiones importantes con su padre, y a mí me dio algo de pesar admitir que aún no había presenciado al rey firmando algo decisivo. No le conté mis experiencias con los consejeros: me daba vergüenza contar que teníamos semejantes tipejos en la corte.

Cuando me retiré, Kayla y Susi tenían ya mi pijama preparado y habían metido bolsas de agua caliente en mi cama para que no estuviera tan fría. Se lo agradecí en el alma, porque pese a la medicina que había tomado, aún tenía el frío metido en el cuerpo. Me había acostumbrado a las temperaturas de Palacio, donde, si refrescaba un poco, bastaba con encender la chimenea. De hecho, hacía tiempo que no me resfriaba. Dejé a las chicas cepillarme el pelo, experiencia que disfrutaban con tanta felicidad como yo con un buen libro, y finalmente nos fuimos a la cama.

Al día siguiente, me despertaron cuando ni siquiera entraba la luz del sol por las ventanas. Me llevaron al comedor y nos sirvieron el desayuno, que consistía en una especie de bebida caliente espesa y dulce y unos panecillos tiernos que sabían a algo muy parecido a la vainilla con canela. Debían estar recién salidos del horno porque aún estaban calentitos por dentro. Me trajeron de nuevo la medicina para la garganta, que me tomé a gusto ya que la de la noche anterior me había sentado muy bien.

El primer día de reunión fue tranquilo. El rey se sentó con los jefes de la colonia alrededor de una mesa. Yo me quedé un poco alejada, ya que no tenía voz ni voto, sino que había venido a ver y aprender. Por lo que entendí, había un grupo de renegados sembrando el terror en la zona. Solían actuar por las noches, quemando casas, asaltando familias y exigiendo que se les devolvieran las tierras que les pertenecían. Eran mestizos, hijos de humanos y

elfos, y querían ser reconocidos como una raza más, precisamente lo último que deseaban humanos y elfos. Lo ideal es que se decantaran por uno u otro bando y en él decidieran establecerse el resto de sus vidas. Pero el problema era que no estaban dispuestos a ceder, y seguían continuando con sus destrozos y su salvajismo. Tanto el rey como los elfos accedieron a elaborar un bando dirigido a los mestizos, en el que se les reconocería su raza, bien humana o bien élfica, y se les proporcionarían facilidades para establecerse en sus tierras, pero todo bajo juramento de dejar a un lado sus prácticas contra ambas razas. Quedaron en que al día siguiente se redactaría dicho bando, y se levantó la sesión.

## Capítulo 30

Aún quedaban un par de horas antes de que cayera la noche, y aproveché para dar un paseo con Aineil por los alrededores. La elfa se llevó un arco y flechas y quiso hacerme una pequeña demostración de sus habilidades. Me pidió que eligiera un punto en la lejanía, aunque en su camino hubiera obstáculos como ramas o lo que fuera, y ella acertaría con su flecha. Elegí un árbol con hojas bicolors, y más allá otro que las tenía en forma de campana, con badajo y todo. Ella apuntó, disparó, ensartó la hoja bicolor y la hoja acampanada en el centro. Me quedé asombrada. A mí no me enseñaban a hacer estas cosas, y me encantaría aprender. En su lugar, le conté que tenía que agonizar con otras clases inútiles de protocolo, de baile y de cosas varias a cual más aburrida. Mi destino era ser una reina bien educada, no una guerrera como ella. En cierto modo, me dio un poco de envidia. Mi vida sería más cómoda, pero la suya era mucho más entretenida.

--¿Quieres probar? --me preguntó, ofreciéndome el arco.

Por supuesto, le dije que sí, y me enseñó a cogerlo. Me colocó los brazos y me puso la flecha en el arco. Me indicó cómo se tensaba, y yo me sentía Robin Hood con eso entre las manos. En cuanto solté la flecha, cayó en picado hacia abajo. Nada que ver con lo que había hecho mi compañera.

--Oh... No me ha salido muy bien --reconocí.

--No te preocupes. A mí tampoco me fue mejor la primera vez. Pero todo es cuestión de práctica. Inténtalo de nuevo --Volvió a colocarme los brazos, el arco y la flecha, pero el resultado fue exactamente el mismo.

Haría un tercer intento, y nada más, me dije, que tampoco era cuestión de demostrar lo patética y torpe que era. Me quité el abrigo para moverme mejor, y Ailein volvió a colocarme. Esta vez, la flecha no fue directa hacia el suelo, sino que conseguí que fuera un poco hacia delante. Pero ni siquiera se acercó



al árbol que estábamos usando como diana. Ailein se separó de mí para recoger la flecha, y justo en ese momento alguien me hizo un barrido desde detrás que me tiró al suelo. Noté que me levantaban, y al instante un frío acero en la garganta. Ailein también había sido atacada, pero ella se defendía mejor que yo, aunque eran varios contra ella y acabaron apresándola también. Le pusieron un cuchillo en la garganta, al igual que a mí.

--Cualquier movimiento por parte de alguna --dijo uno de nuestros captores-- y os corto el cuello a las dos. Y lo mismo si se os ocurre abrir la boca. Espero que lo hayáis entendido.

Mi cabeza se había quedado en blanco. Nos estaban atacando. Y, desde luego, no me habían preparado para algo así. Estaba asustada, muy asustada, y la punta del cuchillo clavándose en mi cuello no ayudaba. Nos arrastraron hacia dentro del bosque. Me acababa de quitar el abrigo, que se había quedado en algún lugar en medio de la nieve, y ya lo estaba echando de menos. Estaba temblando, y sabía que no solamente era debido al frío. Intenté tranquilizarme pensando que, al caer la noche, nos echarían de menos y encontrarían el abrigo, con lo cual mandarían una partida de rescate. Y cada vez había menos luz, por lo que ese momento debía estar al llegar.

Tras atravesar el bosque durante un rato, llegamos a un oscuro lugar donde había más hombres, que nos esperaban con caballos. Empezaron a montar, y solamente entonces me retiraron el cuchillo del cuello, aunque no por eso dejé de temblar. Sin embargo, Ailein supo aprovechar el momento porque en seguida oí unos golpes, me volví y con la poca luz que quedaba ya, me pareció que mi amiga estaba repartiendo tortas. Volvieron a agarrarme con fuerza y de nuevo noté el cuchillo en mi garganta. La valentía de mi amiga me había dado algo de lucidez, y, antes de que pensara en rescatarme, o de que la volvieran a atrapar, grité: --¡Huye, Ailein! ¡Corre!

Eso me costó un fuerte golpe en la cabeza que me tiró al suelo y me dejó

atontada unos segundos. No sé qué pasó. Oí unos pocos golpes y finalmente quedó todo en silencio. Alguien me levantó bruscamente del suelo y me ató las manos con fuerza; después me subieron a un caballo delante de otro tipo que volvió a ponerme un cuchillo en el cuello mientras con la otra mano sujetaba las riendas.

--Te aconsejaría que te estuvieras callada. Nadie te va a oír aparte de nosotros, y preferimos a las mujeres con la boca cerrada. Hazme caso si no quieres que nos enfademos.

Emprendimos el galope. Yo no dejaba de temblar, cada vez tenía más frío y más miedo; no sabía qué intenciones tenían estos hombres ni a dónde íbamos. Tampoco estaba segura de si Ailein finalmente logró escapar o no, y tal y como estaban las cosas, no me atrevía a decir una palabra. Era ya totalmente de noche y no se veía apenas nada. No había casi estrellas: en el cielo se veían dos soles morados, con lo cual teníamos una noche oscura por delante. Perfecta para secuestradores y maleantes.

Intenté pensar en que a estas alturas ya se habrían dado cuenta de nuestra ausencia y nos estarían buscando. Me dije que las partidas de rescate estarían de camino y que ya no debían tardar. Pero los minutos pasaban, aquellos caballos eran muy rápidos, corrían a una velocidad muy superior a los que llevaban las carrozas donde habíamos venido, y cada vez nos alejábamos más y más. Me pareció irónico: con las ganas que tenía de montar en un caballo entrenado para la velocidad, y que tuviera que ser de esa manera. Con razón mi abuela me decía que tuviera cuidado con lo que deseaba.

No sé durante cuánto tiempo estuvimos cabalgando, pero finalmente llegamos a donde fuera que querían llegar, porque pararon y desmontaron. Prácticamente me tiraron del caballo: me hice daño al dar contra el suelo y esperaba no haberme hecho nada con el impacto. Me incorporé como buenamente pude teniendo las manos atadas, y en la oscuridad me pareció ver

una cabaña en el bosque. No vi ninguna silueta de nadie cargando o forcejeando con otra persona, con lo cual juzgué que Ailein había conseguido escapar. Me alegré por ella y me infundió un poquito de esperanza. Seguro que ya había pedido ayuda y mi rescate estaba de camino.

Me arrastraron dentro de la cabaña. Estaba oscura, lúgubre y fría. Tras una puerta de madera cubierta con un tapiz había una entrada oculta, por la que pasamos. No veía absolutamente nada, pero oí un sonido familiar, de piedras moviéndose unas contra otras, y de repente nos encontramos en un pasadizo. Nada que ver con mi pasadizo: este era ancho y tenía más pinta de cueva que de otra cosa. Dejaron los caballos a la entrada y empezamos a bajar. Estaba iluminado por antorchas y la cuesta por la que me llevaban era tal que me dio la impresión de estar bajando y bajando al mismísimo infierno.

En aquel momento no sabía la razón que tenía.

## Capítulo 31

Guarida de los mestizos renegados, circunvalación 115 noroeste

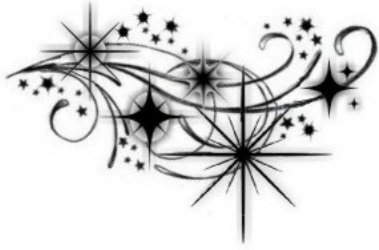
Año de gracia 26 de Basileo

Mes quinto

Tras empujarme por los recovecos de aquella cueva durante un buen rato, empecé a ver gente. Estaban todos sucios, desaliñados, olían a muerto, y sonreían siniestramente cuando pasaba junto a ellos. Uno de ellos me tocó el culo, lo que me hizo dar un salto y un grito, provocando las carcajadas de todos los que lo habían visto. Eso parece que les animó, porque otro me agarró del brazo y me sentó en su regazo.

--¿Qué tienes por aquí? A ver, a ver... --Empezó a hurgar entre los botones de mi escote. Me levanté como impulsada por un resorte, cosa que no le gustó, porque se levantó, me miró con furia y me atrapó por la cintura desde detrás con un brazo, mientras con la otra mano me manoseaba el pecho. Forcejeé y acabé dándole un cabezazo. Eso definitivamente le enfureció, porque me pegó un puñetazo en la mandíbula que me hizo dar varios pasos hacia atrás, a continuación otro muy fuerte en el estómago que me tiró al suelo, para luego comenzar a darme una patada detrás de otra. En la espalda, en la cadera, en las piernas, en los hombros... por todas partes. Me puse en posición fetal y me protegí la cabeza como buenamente pude, dado que tenía las manos atadas.

--¡Putas! ¡Tú aquí vas a hacer lo que se te diga! --gritaba mientras me pateaba una y otra vez en las costillas y en la cadera-- ¡Grábatelo bien en esa cabeza! --Cuando dijo la palabra "cabeza", sentí un fuerte golpe en ella, y ya no vi ni oí nada más.



No sé cuánto tiempo estuve inconsciente. Me desperté y tenía el cuerpo como si me hubiera atropellado un camión. Me dolía todo: aquel desgraciado se había despachado a gusto conmigo. Seguía teniendo las manos atadas, con una cuerda tiesa que parecía hecha de papel de lija y que había hecho que ya tuviera las muñecas despellejadas. Miré a mi alrededor: me habían arrojado a un agujero en el suelo. No un agujero de hobbit, sino una especie de alcantarilla negra o un pozo. La entrada, arriba, era grande, y estaba asegurada con una trampilla con rejas. Era el único sitio por donde entraba algo de luz, aunque no bastaba para iluminar todo el agujero, que tenía gran cantidad de zonas oscuras. El suelo era irregular, al igual que las paredes, que no eran ni remotamente rectas, sino llenas de bultos e irregularidades de varias formas y tamaños. Estaba oscuro, frío, húmedo, mugriento y la pestilencia era tal que me costaba respirar sin que me dieran arcadas. Intenté sentarme, pero mi cuerpo me advirtió que no se me ocurriera moverme. Mi padre era muy bruto y me daba auténticas palizas, pero nunca hasta el punto de hacerme perder el conocimiento. ¿Yo que le había hecho?

Despacito y aguantándome como pude, me levanté y fui a una zona en donde la oscuridad me protegiera un poco, y allí estuve llorando un buen rato en silencio. Me costaba, ya que cada vez que mi pecho o mis hombros se agitaban, me dolían horrores, lo cual no hacía sino empeorar la situación. Finalmente, me fui calmando, poco a poco. Llorar me había tranquilizado un poco, pero a mi garganta y a mi nariz no les había sentado demasiado bien, porque ahora sí que me notaba resfriada de verdad. Lo cual no era de extrañar, ya que llevaba muchas horas con el frío metido en el cuerpo.

Al cabo de un tiempo, que no sé si fueron unos minutos, unas pocas horas o muchas horas, la entrada se abrió, metieron una escalera y por ella bajó otro tipo greñudo con un cubo en la mano. Intenté ponerme derecha, a pesar de las protestas de mi cuerpo. El hombre dejó el cubo junto a mí. De él sacó un cazo y bebió.

--Agua --Volvió a meter el cazo en el cubo--. Puedes beberla.

No me hice de rogar. Tenía mucha sed. Bebí mientras el hombre no me quitaba la vista de encima. Cuando me saqué, lo miré yo también, en espera de que me dijera algo. Ni una palabra, así que lo hice yo: --¿Qué es lo que quieren?

--¿No sabes por qué estás aquí?

--No.

--¿Conoces las tierras que hay detrás de las colinas de la fortaleza de los elfos donde estabas?

--No.

--¿Ah, no? ¿No has oído nada?

--Es la primera vez que oigo hablar de esas colinas.

Resopló.

--No sé si me estás mintiendo haciéndote la inocente, porque como me estés diciendo la verdad, el tema está más podrido de lo que pensábamos --Se agachó delante de mí, me agarró de la mandíbula, tocando el punto donde me había pegado el otro tipo, lo que me arrancó un quejido, y me hizo mirarle a los ojos--. Si nos estás mintiendo, tarde o temprano lo sabremos, y no te va a gustar.

--Le juro que no sé nada --gemí.

Me soltó la mandíbula con brusquedad, y el movimiento me provocó un estallido de dolor. El hombre se dirigió a la escalera, subió, la retiró y volvió a echar la trampa.

Al cabo de un rato, volví a caer en un frío sopor.

## Capítulo 32

Me desperté temblando. Necesitaba un abrigo o una manta, ya que en ese agujero helado probablemente mi resfriado pronto se convertiría en otra cosa peor. Pero dudaba que me la dieran aunque la pidiera amablemente. De hecho, si atraía su atención podría pagarlo muy caro. Decidí que era mejor quedarme temblando de frío en una esquina a oscuras y que no recordaran que seguía aquí, mientras pudiera. Las patrullas de rescate llegarían de un momento a otro.

Pensé en Westley. Lo que daría ahora por estar a su lado. Por un abrazo suyo. Por apoyar mi cabeza en su pecho y escuchar su corazón. Seguro que, si me viera ahora, me tomaría el pulso, como la vez aquella en las fiestas, me auscultaría, me tomaría la temperatura y me daría un remedio. Tal vez una infusión calentita que me ayudara a sentir mejor. Una lágrima resbaló por mi cara. Cómo lo necesitaba a mi lado en ese momento. Cerré los ojos y empecé a visualizar su sonrisa y sus ojos color mar. Recordé lo que me gustaba que me dijera palabras al oído, y así, me quedé semidormida durante lo que me parecieron unas cuantas horas.

Me desperté bruscamente cuando oí que la entrada se abría. De nuevo vi la escalera, y a un tipo bajando por ella. No era ninguno de los que ya había visto. Pero era igual que todos ellos: desgreñado, apestoso y sucio.

--¿Te gusta tu habitación? No te quejarás. Es individual. Y más espaciosa que la mía.

Decidí no contestar. El hombre empezó a pasearse por el agujero.

--¿Sabes lo que nos ha dicho tu querido rey?

¿Cómo pretendía que lo supiera? Me quedé mirándolo, esperando su respuesta.

--Ah, claro. Que se me olvida. Ya nos dijo el compañero que te estás



haciendo la loca y fingiendo que no sabes nada --Hizo una pausa--. Pues yo te refrescaré la memoria.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me acurruqué y volví a temblar.

--Hace unos meses tu querido rey firmó un tratado con los jefes de las colonias. Los mismos con los que estabas, sí. Esos. El caso es que las tierras de detrás de las colinas son muy jugosas para los elfos, ya que unirían la fortificación con las colinas con lo de detrás. Eso lo sabías, ¿verdad?

--No. No sabía nada. El rey no suele comunicarme acerca de los tratados que firma.

--¿No? Permíteme que me extrañe. ¿No vas a sucederle en el trono?

--Sí, pero aún no estoy al tanto de los tratados firmados o por firmar.

--Ya, seguro. El caso es que detrás de las colinas estaba mi casa. Estaba. Ya no está.

Guardé silencio. Tenía un mal presentimiento.

--Mi madre era una elfa. Mi padre era humano. Vivíamos como una familia humana, tras las colinas. Y con las colonias élficas muy cerca. Nunca hicimos daño a nadie. O tal vez sí. Tal vez a tu querido rey le hicimos daño solamente por el mero hecho de existir.

Hizo una pausa y siguió paseándose tranquilamente.

--Porque, ¿sabes qué? Un día nos llegó una notificación de que teníamos que irnos y dejarlo todo. Sin derecho a nada. Teníamos que dejar la casa y la tierra que tanto trabajo nos había costado sacar adelante. Por supuesto, no lo hicimos. Pedimos una explicación. Fuimos a tu palacio, fuimos también a hacerle una visita al rey de los elfos... y cuando volvimos nos encontramos la casa calcinada.

Tragué saliva.

--Y mi madre estaba dentro de ella --continuó.

--No sabía nada. Lo siento mucho...

--¿Qué lo sientes? ¿Me estás diciendo que lo sientes?

Avanzó hacia mí rápidamente, con ira, y me levantó del suelo por el cuello con las dos manos. Me estampó contra la pared de un fuerte golpe, sin soltarme. El aire empezó a faltarme. Me estaba estrangulando.

--¿Sabes lo que es ir a defender lo que es tuyo y encontrarte a tu madre quemada viva? ¿Sabes lo que es, puta de mierda?

No podía respirar. Empecé a boquear y a patalear. El hombre me arrojó con brutalidad a un rincón. El impacto sonó estrepitosamente y me arrancó un grito de dolor.

--Y no acaba ahí. Porque mi casa no fue la única. Habíamos formado un pequeño pueblo detrás de las colinas, de familias mestizas. Todos quemados. Todos calcinados. Por un puñado de tierras.

Yo trataba de recuperar el aire, sin poder parar de toser.

--Tu querido rey firmó el permiso para la parte que a él le concernía, que era la humana. Los jefes de las colonias hicieron lo propio con la parte élfica. ¿Resultado? Nada impidió que pudieran disponer de esos terrenos a placer. Arrasaron con todo. Intentamos que luego nos compensaran de alguna manera. Que se hiciera justicia. Anteayer fue el último intento por nuestra parte.

Yo había conseguido volver a respirar, pero preferí seguir callada, visto que si hablaba, empeoraba las cosas. Se colocó de nuevo frente a mí.

--Y, ¿sabes qué nos contestó el rey acerca de nuestra propuesta de conciliación?

Con mucho esfuerzo, negué levemente con la cabeza. Me cogió de la ropa por el pecho y puso su cara iracunda a un palmo de la mía.

--Cito textualmente: métansela por donde les quepa.

Me arrastró y me puso boca abajo en una deformidad que sobresalía.

--Y eso es justo lo que voy a hacer --Empezó a levantarme las faldas.

--¡Noooo! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Nooooo!

--¡Estate quieta!

Me intenté girar hacia un lado para escabullirme, pero el hombre no me dejó. Se había abierto los pantalones y yo ya podía notar sus genitales pegados a mí. No podía ser posible. Ese tipo iba a violarme.

--Se lo suplico, por favor, no lo haga, por favor...

Empezó a frotarse contra mí por detrás. Un escalofrío me sobrevino: el tipo se estaba preparando, y por lo que parecía, iba muy en serio. Intenté levantarme apoyando los antebrazos y haciendo fuerza con la espalda, pero el tipo estaba prácticamente tumbado sobre mí, y pesaba demasiado. Tenía su boca muy cerca de mi oreja y le oía respirar profundamente y jadear. Yo no podía dejar de llorar y de pedirle que no lo hiciera, pero él no me escuchaba.

--Así... quietecita...

--Por favor, se lo ruego... --Lágrimas y más lágrimas me caían por la cara.

--¿Te gusta esto, princesa?

--Basta, por favor, le ruego que pare...

--Pero si todavía no hemos llegado a lo mejor...

--Pare, por favor, me está haciendo daño...

--¿Te hago daño? Todas las zorras sois iguales. Dentro de nada me vas a pedir que te la vuelva a meter.

--¡No, por favor!

--Te crees que tienes poder para decidir quien vive y quien muere. Todos los de la Casa Real os creéis dioses. Pero no sois más que asesinos. ¿Te gusta matar a la gente? Apuesto a que te excita firmar ordenes de ejecución.

--Le juro que yo no...

--No eres más que una puta. Pídeme piedad.

--Piedad. Por favor.

--¿Debería tenerla? ¿Acaso la tuviste tú con mi familia y con mi raza?

--Yo no he hecho nada, no sabía nada, se lo juro...

--¡Cállate, perra! --me empujó con brutalidad y sentí que ya estaba completamente preparado para lo que venía. Grité.

--Se lo suplico. No lo haga... Basta, por favor, se lo suplico...

--Si me lo suplicas tanto, no me va a quedar más remedio que satisfacerte -  
-Me soltó los pechos, oí el sonido de ropas abriéndose y con la otra empezó a abrirse camino entre todas las capas de tela que llevaba--. Allá vamos.

--¡Nooooo! ¡Por favor!

Aproveché que dejó de aplastarme, e hice un último esfuerzo por ponerme en pie mientras apretaba los muslos y seguía pataleando. Eso no le gustó, porque gruñó, volvió a aplastarme con su cuerpo de manera que me cortaba la respiración. Me concentré más en respirar antes que en gastar energías resistiéndome. Noté que seguía rebuscando con sus manazas, que ya había apartado todas las capas de enaguas y se encontraba con la ropa interior, el último obstáculo antes de llegar a donde él quería, y ya lo daba todo por perdido cuando de repente, me soltó y oí un golpe contra el suelo.

--¡¿Pero qué haces, joder?!

--¿Que qué hago? ¡Qué haces tú! ¡Es casi una niña!

--Es una perra de la Casa Real.

--Déjala en paz. Ella no tiene la culpa de nada.

Yo seguía llorando a lágrima viva. Temblando, volví la cabeza. Me pareció reconocer al mismo greñudo que me había llevado el cubo de agua el día anterior.

--¡Que me jodan los dioses! Ella ya estaba aquí cuando quemaron las casas. Seguro que votó a favor.

--Ella ni lo sabía.

--¡No me jodas que te has creído el cuento!

--Sal.

--No he terminado con ella.

--¡¡Que salgas, coño!!

Hubo unos momentos de silencio en los que se sostuvieron la mirada. Finalmente, entre improperios, subió la escalera y se largó. Me quedé a solas con mi salvador, quien se dirigió hacia mí y me bajó las faldas. Yo no podía dejar de llorar, aún tenía el miedo metido dentro y no paraba de temblar.

--Lo siento.

Eso fue lo único que dijo. Intentó levantarme y pegué un grito, me levanté casi dando un salto y empecé a caminar hacia atrás.

--¡¡¡No!!! ¡¡¡No me toque!!! ¡¡¡No me toque!!!

Dio un par de pasos lentamente hacia mí y yo seguí caminando torpemente hacia atrás. Estaba aterrorizada. Choqué con la pared y me dejé caer lentamente, quedando sentada y haciéndome un ovillo en el suelo. Temblaba y lloraba como nunca en mi vida. Estaba convencida de que iba a ir a por mí, pero me equivocaba, porque el hombre se alejó, cogió el cubo de agua, lo puso a mi lado y finalmente se fue. Al cabo de un rato, volví a oír que se abría la trampilla, pero no la escalera. Un bulto cayó junto a mí. Era un trozo grande de tela, vieja y sucia, pero que me serviría para taparme un poco.

Intenté calmarme y dejar de llorar, pero no pude. Ahora, además de dolerme todo el cuerpo por la paliza del primer día, mis muñecas y parte de mis manos estaban ensangrentadas, me dolía la espalda de la fuerza que había hecho para aplastarme aquel bastardo, y aún me temblaba el cuerpo entero del miedo. Había estado muy cerca. Me había destrozado por fuera, unos segundos más y también me habría destrozado por dentro. Aun así, me sentía sucia, vulnerada, humillada y rota.

--Socorro... --gemí en español--. *Que alguien me ayude, por favor. Que alguien me saque de aquí.*

Empezaba a perder la esperanza. Si a esas alturas aún no habían venido a rescatarme, ya dudaba de que lo hicieran. Y nada me salvaría cuando ese

malnacido quisiera acabar lo que había empezado.

*--Os necesito, abuelos --sollocé--. Os necesito tanto. Si estáis ahí, ayudadme, por favor.*

Me pareció sentir ese familiar y cálido abrazo que venía cada vez que pensaba en ellos. Cerré los ojos y vi a mi abuela como cuando yo tenía seis años y me arropaba en la cama durante las frías noches de invierno. Sentía su cariño y su calor, y veía sus ojos grises, pero sobre todo, su sonrisa. Me acurruqué en un rincón y traté de tranquilizarme y descansar un poco. La sonrisa y el cariño de mi abuela me acompañaron durante las horas que siguieron.

## Capítulo 33

Me desperté tiritando y febril. Tenía las manos y los pies como témpanos de hielo y la frente ardiendo. La paliza que me habían dado el primer día, más los golpes que me proporcionó el tipo que intentó violarme hacían que prácticamente no me pudiera mover. Mis muñecas estaban en carne viva y me notaba llena de heridas y arañazos. Cualquier movimiento me producía terribles estallidos de dolor. No había probado bocado desde que llegué y tenía mucha hambre, aparte de que me sentía muy débil. Y tosía, tosía mucho.

Ni en la cueva ni en el agujero entraba la luz del día, por lo que había perdido la cuenta del tiempo que llevaba ahí, aunque calculaba que debían ser ya tres o cuatro días. Las horas se hacían larguísimas. Poco a poco me iba haciendo a la idea de que nadie de Palacio iba a venir a por mí, y me preguntaba qué venía ahora, cual sería el siguiente paso. No quería ni imaginármelo, pero en el fondo lo sabía: si el violador había dicho la verdad y yo no servía para nada a mis captores de cara al rey, probablemente les serviría como juguetito. Y, francamente, en el estado en el que me encontraba, no tendría fuerzas para poner resistencia. Todo estaba perdido.

Lloraba en silencio. Las lágrimas me caían por la cara, y yo ya no me molestaba en enjugarlas. En mi casa, mi familia no me tenía ningún aprecio. Creía haber encontrado mi lugar en Palacio, como una princesa de cuento, pero estaba equivocada. El rey no había mandado a por mí ni había negociado un posible rescate. Y, después de tantos días, probablemente me habían dado ya por muerta y por eso no me buscaban. Pensé en Westley. Mi Westley. Tan bueno, tan dulce y caballeroso. Tan diferente a todos los chicos que había conocido a lo largo de mi vida. Y no volvería a verlo jamás. No tendríamos la oportunidad de vivir nuestros sueños juntos. Nunca volvería a abrazarme ni a decirme cosas bonitas al oído. Y jamás podría decirle que lo quería. Lo quería

muchísimo. Y en aquel momento lo necesitaba como nunca. Mis hombros se convulsionaron y rompí en llanto ante la perspectiva de no poder volver a verlo, a abrazarlo, a hablarlo. Y de cómo iba a sentirse él. ¿Le llegaría la noticia de mi secuestro o directamente la de mi muerte? Westley, mi Westley, cómo lo quería... Cómo lo necesitaba en aquel momento...

Me sumergí varias veces en un sopor febril del que salía y entraba. Apenas tenía fuerzas; me sentía muy enferma. Tenía el frío metido muy adentro en el cuerpo y no dejaba de tiritar. Me movía un poco solamente para beber agua, y me costaba horrores, las piernas me temblaban y acababa derrumbándome y arrastrándome hasta el cubo. Sentía el cuerpo entero como si estuviera relleno de cristales rotos.

No sé cuánto tiempo pasó. La fiebre me provocaba mareos, me hacía despertar y caer de nuevo en algo parecido al sueño, pero sin dormir y mucho menos descansar. Tenía mucho, mucho miedo. Miedo a cuando el violador volviera a rematar la faena. Al dolor que me iba a ocasionar clavara su miembro en mi interior y se descargara con brutalidad en lo poco que quedaba ya de mí. Porque si apenas tenía fuerzas para arrastrarme, menos iba a tener para resistirme.

Tosía y tiritaba. Quizás sus planes serían dejarme morir de hambre o de frío en ese agujero. Deseaba que alguno tuviera un poco de compasión humana y acabara conmigo antes de que el violador volviera y me destrozara. Por piedad, que no me hicieran pasar por eso. Que me permitieran acabar con todo de una vez.

Oí cómo se abría la trampilla de arriba. Me entró el pánico y empecé a temblar al pensar que el violador había vuelto, y lo que me esperaba. Pero quien bajó por la escalera fue un chaval con cara de niño y que no debía tener mucha más edad que yo. Bastante corpulento, pero igual de sucio y pestilente que el resto.



--Eh.

Lo miré.

--Ven aquí.

No podía moverme. Lo intenté y mi cuerpo apenas me tuvo en pie. Caí donde estaba, y entonces vino él. Me miró de arriba abajo y empezó a desabrocharse los pantalones. Me recorrió un escalofrío. No, otro violador no, por favor.

--De rodillas.

--¿Qué?

--De rodillas. Ya.

--Ni hablar.

Me agarró de los brazos, me levantó como si fuera un muñeco y me lanzó contra las paredes. Me estampó contra todas las desigualdades que tenía el agujero y finalmente contra el suelo, de donde me cogía y me volvía a lanzar. Varias veces. Como si fuera Hulk. Me crujieron los hombros, la cadera y otros huesos que preferí no situar. Mi cabeza dio fuertemente varias veces contra las rocas. Yo ya casi no tenía fuerzas para protegerme. Cuando se cansó, empezó a darme patadas bestialmente por todo el cuerpo y desde todos los ángulos, hasta que se quedó a gusto y yo hecha puré.

No podía moverme. Me sentía total y absolutamente triturada. Hubo unos segundos en los que no pasó nada, y de repente sentí un dolor horrible en una mano: estaba descargándose a pisotones con furia. No sé de dónde saqué las fuerzas ni la voz, pero pegué un grito tremendo mientras, lentamente, intentaba girarme un poco para retirar mis manos del suelo. Pero no me lo permitió, porque me sujetó los dedos con un pie y con el otro continuó pisoteándome la mano con brutalidad. Luego dejó un pie aplastándome la palma y se ensañó con los dedos. Empecé a pegar alaridos de dolor, angustiada. Mi pobre mano. Me la estaba reventando. Intenté pedirle que parara, pero no me salían las

palabras, solo podía gritar y llorar. Creo que incluso perdí la consciencia, porque recuerdo haber abierto los ojos muy mareada y como despertando, momento en el que finalmente el niño me cogió de los pelos, tiró de mí y me puso de rodillas. No tenía fuerzas para mantenerme erguida, me sentía desfallecer y la visión se me tornaba borrosa. El tipo se abrió los pantalones y puso su miembro delante de mi cara. Olía mal, estaba sucio, era repugnante y nauseabundo.

--Chupa.

Me quedé rígida. Esto no podía estar pasando.

--Te he dicho que chupes.

No creía en ningún dios, pero si había alguno, rogaba por piedad que me matara y que terminara ya con esto.

--¡Vamos!

Empecé a tiritar de nuevo y tosí un par de veces. Algo me goteaba por un lado de la cara y por debajo de la nariz. ¿Sangre? La cabeza me dolía mucho. Todo se volvía más y más borroso.

--¿Estás sorda o qué? ¡Chupa!

No me moví. De hecho, aunque hubiera querido hacerlo, no hubiese podido: el cuerpo no me respondía. La mano pisoteada me latía dolorosamente y me hacía derramar lagrimones. Qué angustia. No tenía fuerzas para nada, de hecho, hasta respirar me suponía un esfuerzo bastante grande. Justo cuando noté que debía estar perdiendo la paciencia, el chico se retiró bruscamente.

--¡Por todos los dioses! --bramó otra voz-- ¡Cómo os lo tengo que decir! ¡Que es una niña! ¡Una niña!

Me desplomé en el suelo, cayendo de lado. Intenté escupir como buenamente pude. Qué asco. Qué dolor. ¿Qué les había hecho yo para que se ensañaran así conmigo?

--¿No te da vergüenza?

--Venga, joder. No le hago daño. Que a ellas les gusta.

--¿A ti te parece que le estaba gustando? ¡Mírala! ¿No ves que está llorando?

Yo no los miraba. Tiritaba, lloraba y me convulsionaba en el suelo. Quería vomitar y en mi estómago no había nada para echar fuera.

--Macho, no te pongas así. Claro que le ha gustado, ha estado de puta madre. Esto hay que repet...

--¿Eres imbécil de nacimiento o te entrenas? ¡Que está enferma! ¡Llorando y enferma!

--Pues que se joda y que trague. Para algo tiene la boca.

--No puedo creer lo que estoy oyendo. Si te presentaras a un concurso de anormales, te descalificarían por ventajoso. Dioses. ¡Lárgate! ¡Ya! ¡Y que no te vuelva a ver por aquí!

--Pero, macho...

--¡¡¡Fuera!!!

Pasaron unos segundos y oí pasos acercándose a mí. Yo temblaba. De frío, de miedo, de impotencia... Sabía lo que venía ahora. Por favor, que me dejara inconsciente antes de violarme. Por favor.

--No lo haga --lloré--, se lo ruego, tenga un poco de piedad, por favor... yo no he hecho nada, se lo juro...

Escuché el sonido de un cuchillo y por un momento pensé que me lo iba a clavar y que por fin todo terminaría. Deseé que supiera hacerlo y que no se alargara demasiado. Un tajo rápido, en el cuello, como en las pelis. Yo no iba a poner resistencia. Solo pedía que fuera rápido. Me cogió de la mano buena y noté el frío acero en la muñeca. Pensé que lo mismo se le había ocurrido cortarme las venas y dejar que me desangrara. Empecé a temblar y a llorar más aún, si es que era posible, porque eso me iba a doler... y mucho. Y además iba a ser lento. Pero no lo hizo, sino que cortó las cuerdas. Después me sentó.

Había puesto el cubo de agua a mi lado, y mientras con una mano me sujetaba, con la otra llenó el cazo y me lo dio.

--Siento lo que acaba de hacerte. Enjuágate la boca a ver si se te quita el sabor.

Con mucho esfuerzo, levanté la cabeza y lo miré. El hombre era el greñudo del primer día, el mismo que me había salvado del violador, el que me dio algo para cubrirme después, y que ahora me estaba intentando devolver un poco la dignidad. Probablemente pensara que el niño había conseguido de mí lo que quería. Noté cómo las lágrimas seguían resbalando por mi cara, llena de barro y sangre. Lentamente y con mucho esfuerzo, intenté apoyarme en las manos, pero la que me acababa de destrozar me dolía tanto que me vine abajo. No podía. El tipo me incorporó un poco, me sujetó y me arrimó el cazo a la boca. Me ayudé con la mano sana y me enjuagué. Estaba tan débil que al escupir no pude ni apartar la cabeza y se me derramó todo encima. Volví a enjuagarme, pero ni aun así conseguía quitarme el mal sabor y el asco de lo que acababa de suceder. Tragué un poco de agua y en cuanto tocó mi estómago, la vomité. Volví a beber un par de veces más, y las dos vomité. Tosí sin poder parar e hice un esfuerzo por coger aire, ya fuera por la nariz o por la boca, porque me estaba ahogando. Conseguí respirar y me enjuagué por última vez. Aún me quedaba el regusto del vómito en la boca.

La mano me pegaba dolorosos latigazos a cada segundo y cada vez iba a peor. Me salía sangre de un lado de la frente, también de la nariz, y no podía dejar de temblar y llorar, además de dolerme todo el cuerpo y de sentirme muy enferma. Me habían convertido en un despojo. Que me mataran ya de una vez, por piedad.

El hombre cogió mi antebrazo derecho, me arremangó un poco y metió mi mano mala en el cubo. El agua estaba helada y el contacto con mi mano herida me hizo dar un pequeño grito ahogado, pero noté que me hacía bien. Luego,

buscó el trozo de tela que me había dado después de salvarme la primera vez, mojó un extremo en el cubo de agua y lo acercó a mi cara. Di un respingo al notar la tela fría y húmeda, pero me sujetó la cabeza con una mano y con la otra me limpió un poco la cara, que estaba llena de lágrimas, barro y sangre. Tras eso, estuvo unos minutos simplemente esperando y mirándome, hasta que sacó mi mano del cubo.

--Vamos --Me tendió sus manos, pero yo no tenía fuerzas para levantarme y mucho menos para que me tocaran la mano mala. De modo que, tras unos segundos, me levantó y me colocó sobre su hombro. Estaba muerta de miedo. A saber a dónde me llevaba o qué pensaba hacer conmigo que no pudiera hacer ahí. Subió la escalera cargándome y me llevó por algunos recovecos, durante un buen rato, hasta que distinguí olor a establo. Me subió a un caballo, me puso una manta sobre los hombros, montó detrás de mí y salimos de la cueva del terror.

## Capítulo 34

No podía creerlo. Por fin volvía a ver la luz del día. Me había hecho a la idea de que jamás la vería de nuevo. Nunca ver mi respiración convertida en vaho bajo la luz del sol me había alegrado tanto. Noté cómo la luz y el aire fresco me insuflaban un poco de energía. A pesar del frío tremendo que hacía, había salido de aquella cueva espantosa. Las cosas ahora tenían que ir a mejor. No podía pensar en otra posibilidad.

Hice casi toda la cabalgada con los ojos cerrados, febril, apoyada sobre mi rescatador, y sujetándome la mano mala contra el pecho con la buena. Me dolía el cuerpo entero. Estaba machacada, literalmente. Había sido golpeada, apaleada, aplastada, lanzada contra la pared, casi ahogada, casi violada, denigrada, pisoteada... y a saber lo que me quedaba todavía. Me sentía rota. En todos los sentidos de la palabra. Mi cuerpo y mi alma estaban quebrados. Lo sucedido me iba a dejar marcada de por vida.

El caballo era muy veloz. Muchísimo más que los carruajes y que cualquier vehículo de los que iban por carretera en mi mundo. Atravesamos toda la zona nevada durante la mañana y la tarde y llegamos a una zona boscosa, donde desmontamos, ya de noche. La cabalgada bajo el sol me había dado esperanza y energía, y, al menos por el momento, podía sostenerme en pie.

--Esto es lo máximo que puedo llevarte. Estás más cerca del palacio que de la colonia de los elfos. Tras esa colina hay un pueblo. Allí te ayudarán.

Lo miré, extrañada.

--¿Por qué? --pregunté, finalmente.

--Porque tú no tienes la culpa. Siento no haberte creído el primer día cuando me dijiste que no sabías nada.

--¿Y ahora sí me cree?

--El rey no quiso ceder a nuestras peticiones ni siquiera a cambio de tu libertad. Nos dijo, textualmente, que hiciéramos contigo lo que quisiéramos. Que sabía que no íbamos a matarte porque tu destino es convertirte en reina.

Me quedé helada. Más aun de lo que ya estaba.

--¿¿Qué??

--El rey te engaña, princesa. Nos engaña a los ciudadanos y te engaña a ti. Ya has visto lo poco que le has importado. No lucha por el bienestar de su gente. Lucha por la permanencia de un sistema que él mismo ha implantado.

Me quedé sin palabras. No podía creerlo. El rey no podía ser tan cabrón. Pero algo dentro de mí me decía que era cierto.

--Sé que es difícil, pero intenta no guardarnos rencor por lo que ha sucedido estos días. Te pido perdón en mi nombre y también en el de mis compañeros, aunque no se lo merezcan. Tengo una hija de tu edad y no me gustaría que alguien le hiciera lo que te han hecho a ti. Lamento no haber llegado a tiempo para impedirlo.

Volvió a subir al caballo.

--Y por favor, piensa en lo que te he dicho. El rey intenta hacer de ti alguien como él para dar continuidad a su régimen. No lo permitas. No confíes en él. No dejes que te laven el cerebro. Aún estás a tiempo.

Me quedé mirando cómo cogía las riendas y espoleaba al caballo.

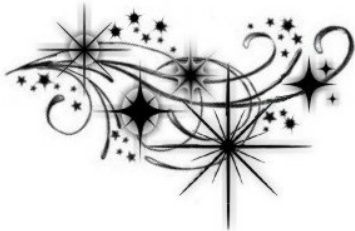
--Hasta la vista, princesa --fue lo último que dijo antes de desaparecer en el bosque.

El malestar que tenía, que durante la cabalgada había quedado en segundo plano, volvió a hacerse notar. Me notaba con mucha fiebre, débil, agotada, ronca, y con todo el cuerpo como hecho pedazos. Me puse en camino hacia el pueblo que me había dicho el hombre antes de partir, y a cada paso notaba que me costaba más y más. Me mareaba y lo veía todo borroso. Seguía teniendo mucho frío: aunque ya no era la zona de las nieves, sí que era una zona fría,

llena de árboles pelados. Calculé que, con el sistema de mi mundo, estaríamos a unos cinco o seis grados.

Tras atravesar una zona con unos pocos árboles, distinguí algunas casas al fondo. Estaba anocheciendo y apenas tenía energía para seguir caminando, por lo que decidí sentarme un ratito, apoyada contra un árbol grueso, para coger fuerzas. Me miré la mano. La mala, la derecha. Tenía sangre seca en casi toda su superficie y se me había hinchado y amoratado; dolía solamente con mirarla. Mi pobre mano. Esperaba que no me la hubieran destrozado de por vida. Me la puse junto a mi pecho y deseé que la manta no se moviera mientras descansaba, porque con una sola mano no podría recolocármela.

El viento aullaba y el frío seguía colándose por todos los resquicios, llegando hasta mi interior. Me acurruqué bajo la manta y cerré los ojos.



Abrí los ojos. Estaba en una habitación. En una cama.

Intenté hacer memoria. Había cerrado los ojos un momentito en el bosque. Solo un minuto, para coger fuerzas. O dos, a lo sumo. ¿Qué había pasado?

Me volví hacia un lado, y al hacerlo noté una tirantez en la frente. A un lado vi un biombo junto a un mueble con algunos botes y botellas. Al otro lado, una ventana.

Me miré un poco. Me habían quitado la ropa destrozada de invierno y en su lugar llevaba puesta una camiseta blancuzca-azulada, de manga corta, muy amplia y con un par de lacitos que actuaban a modo de cierres a un lado. Me notaba la mano derecha algo rara, y al mirarla pude ver que estaba totalmente vendada. Me la toqué suavemente con la otra y palpé tablillas en los dedos.



No me dolía, de hecho, no sentía nada en ella. Lo más probable era que mi mano hubiera muerto definitivamente. Eché un vistazo a la otra mano y observé unos pocos restos de porquería y barro bajo las uñas, pero en general se notaba que la habían lavado. En la muñeca, además, tenía una venda. Me arrimé la mano a la nariz y olí un delicado perfume a jaboncito. Después la llevé a la frente, a donde notaba la molestia, y palpé algo de tela. ¿Era una venda? ¿Tenía una venda en la cabeza? Además mi pelo estaba un poco húmedo y parecía suave y desenredado. Alguien se había tomado muchas molestias para que volviera a sentirme un ser humano.

Intenté sentarme, pero mi cuerpo rápido me recordó que me habían molido a golpes recientemente y me hizo soltar un fuerte quejido. Al instante, un hombre y a una mujer con sendos uniformes de médico salieron de detrás del biombo y se dirigieron hacia mí.

--Tranquila, tranquila. No se mueva, princesa.

Se colocaron a mi lado y me tendieron un vaso.

--Tenga, beba un poco. Es agua.

Me incorporaron un poco, sujetándome por los hombros, y me acercaron el agua a los labios. Lo cogí con la izquierda y bebí. Cuando acabé, les devolví el vaso, me preguntaron si quería más, a lo que respondí que no, y me volvieron a tumbar.

--¿Puede decirnos su nombre completo?

Giré la cabeza hacia la doctora.

--¿Eh?

--Díganos su nombre completo, Señora, si es tan amable.

--Melania Martínez Muñoz --contesté con voz rasposa.

Me puso una mano delante de la cara.

--¿Cuántos dedos ve?

--Dos.

--Bien --Hizo un gesto de satisfacción y anotó algo en unas hojas que llevaba en la mano.

--¿Qué es esto? --pregunté mirando a mi alrededor.

--Está en la clínica. La encontraron hace unas horas en el bosque a la entrada del pueblo. Ya hemos avisado a Palacio y estamos esperando respuesta. No se preocupe: está a salvo.

Volví a toser y sentí mi pecho como lleno de cristales rotos. Hice una mueca de dolor. Me costaba respirar y me costaba moverme. Me dio otra tiritona.

--Ha llegado usted con fiebre alta y heridas y contusiones por todo el cuerpo, que hayamos podido ver. Díganos cómo se encuentra, si le duele alguna parte concreta más que el resto...

--Me duele todo --gemí. En ese momento, volví a toser, lo que hizo que empezara a dolerme horriblemente el pecho y que casi me doblara, movimiento que me hizo gritar de dolor. Entre los dos médicos me sujetaron, me volvieron a tumbar, y me pusieron en la nariz un paño con un olor muy fuerte. No supe más.

## Capítulo 35

Recuerdo que tuve pesadillas horribles en las que aparecía la cueva del terror, de la que trataba de huir, pero en los pasillos me encontraba con el violador, con el niño, con el primero que me dio una paliza, y con otros cuyas caras había visto y que en mi pesadilla me perseguían con no muy buenas intenciones. Me cogían y me golpeaban, me dejaban ensangrentada y luego me violaban brutalmente mientras se reían. A veces se transformaban en bestias y me devoraban mientras abusaban de mí. Era espantoso. Quería despertar para que dejaran de perseguirme, pero por algún motivo no podía. Estaba encerrada en mis propios sueños, y mi cerebro se empeñaba en repetir las mismas imágenes macabras una y otra vez. Gritaba y gritaba, pero mi voz no salía, nadie me oía.

Finalmente, mi pesadilla se tornó como en un remolino. Yo estaba en el centro y alrededor de mí pasaban todas las caras y todos los sucesos que habían tenido lugar en la cueva del terror. El remolino los arrojaba hacia mí, me atacaban y al mismo tiempo me empujaban hacia abajo, hacia lo negro del fondo. Yo intentaba hacer esfuerzos por ir hacia arriba, intentaba mover los brazos y las piernas por salir de él. Tras lo que me pareció un esfuerzo titánico, el remolino me expulsó hacia arriba con un sonido como de succión, y todo se relajó. Estaba como en un universo blanco. Floté y me dejé llevar un tiempo. Entonces los vi.

Mis abuelos estaban ahí. Floté hacia donde estaban y los abracé. Por fin estábamos juntos de nuevo.

*--¡Hija...! ¡Te han dejado hecha un Cristo!*

*--Ya no me importa, porque estoy con vosotros. Os he echado mucho de menos, abuelos.*

*--Angelito de ojos color aceituna --rió mi abuelo.*

*--Qué grande estás. Cómo has crecido --observó mi abuela.*

*--Te pareces a tu abuela cuando la conocí.*

*--¿Vais a quedaros conmigo?*

*--Eso, pequeñita, solamente puedes decidirlo tú.*

*--Yo quiero quedarme con vosotros. Desde que os fuisteis, las cosas empezaron a ir mal. Papá vuelve borracho y me pega. Ya mamá le da igual.*

*--Pero ahora todo eso ha cambiado, ¿no, chiquitina?*

*--¿Cambiado?*

*--Ya no vives con tus padres. Ahora eres una nueva chica.*

*--Y tienes un deber que cumplir.*

*--No. No quiero. Me engañaron. No es como yo pensaba. Me hicieron creer lo que no era.*

*Mi abuela me miró a los ojos.*

*--Hiciste un juramento, tesoro, y los juramentos hay que cumplirlos.*

*--Recuerda que eres nuestra nieta. En mi familia somos gente de palabra.*

*--Nuestra única nieta. La que más vale.*

*--Por algo te eligieron a ti y no a otro. Sabían bien lo que estaban haciendo.*

*Mi abuela cogió un mechón de mis greñas y lo acarició.*

*--Estás muy simpática de pelirroja. Me gusta.*

*--Y eres muy aplicada, a pesar de lo que te digan.*

*--Con esos vestidos que te hacen estás bellísima.*

*--Y tocas muy bien el piano.*

*--Quedaos conmigo y vedme como toco. Os tocaré la melodía que queráis. El Cascanueces, que os gusta mucho.*

*--No, chiquitina. No puede ser.*

*--¿Por qué no? Ahora estáis conmigo. Puedo veros. Quiero seguir*

*viéndoos siempre.*

*--Nuestro tiempo ya pasó. Ahora es el tuyo.*

*--No, abuelos. No quiero que sea mi tiempo. Yo ya no tengo familia. Ni amigos. Y después de lo que ha pasado estos últimos días, ya no quiero seguir siendo una princesa de cuento. A veces incluso desearía no haber nacido.*

*--No digas eso, mi niña. Si no hubieras nacido, ¿a quién habríamos llevado a pescar estrellas en el monte?*

*--¿Quién me hubiera leído El hobbit cuando estaba en el hospital?*

*--¿A quién le hubiéramos dado todos esos besitos de buenas noches? A tus hermanos, con lo rancios que son, no, desde luego.*

*--Melania, fuiste la luz que iluminó los últimos años de nuestras vidas. No sé qué habría sido de nosotros si no hubieras nacido.*

*--Pero ya no estáis. Y os echo mucho de menos. Quiero que volvamos a estar juntos, como lo estamos ahora.*

*--Esa es una decisión muy seria y no tiene vuelta atrás, mi cielo.*

*--Llevadme con vosotros. Por favor. Sois los únicos que me habéis querido alguna vez.*

*--¿Los únicos? ¿Estás segura de eso, tesoro? Yo diría que te equivocas.*

*--Hay un médico rubio de ojos azules esperándote, muy guapo, por cierto, y que se desvive por ti.*

*--¿Prefieres ir con él, o con nosotros?*

Westley. Mi médico rubio de ojos azules como el mar. El que me abrazaba y me daba calor mientras me susurraba palabras bonitas al oído. El que me acariciaba con sus suaves manos y me besaba con delicadeza y con pasión. El hombre al que me había entregado por primera vez. El que hacía que mi corazón latiera con fuerza y decidiera en qué lado quería estar... y de hecho, en ese preciso momento mi corazón ya lo había decidido, porque mis abuelos

empezaron a desvanecerse.

*--No... Abuelos...*

*--Vive, ojitos color aceituna.*

*--Vas a ser muy feliz.*

*--Nunca te rindas. Pase lo que pase.*

*--No os vayáis... Por favor, os necesito.*

*--No nos vamos, cariño.*

*--Siempre estaremos contigo. Pero eso ya lo sabes, ¿no?*

Se desvanecieron del todo. Pero seguí flotando en ese universo blanco y viendo sus sonrisas. Sintiendo su ternura y su amor infinito durante mucho, mucho rato, hasta que, finalmente, fui consciente de que tenía los ojos cerrados, y decidí abrirlos.

## Capítulo 36

Clínica del Pueblo Palacio

Año de gracia 26 de Basileo

Mes quinto

Poco a poco fui tomando consciencia de mi cuerpo. Me sentía algo mejor. Ya no tenía tanto frío y notaba el cuerpo entumecido, aunque todavía los dolores estaban latentes. Aun así, seguía notándome mareada, febril y débil. Pestañeeé y el universo blanco empezó a tomar formas y colores: por fin había vuelto al mundo real. Estaba en una cama. La habitación estaba caldeada y olía a jabón, por lo que supuse que seguía en la clínica. Giré la cabeza y no pude creer lo que vi.

Westley estaba sentado en una butaca a la izquierda junto a la cama. Tenía los brazos cruzados y la cabeza le caía sobre el pecho. Dormitaba. Llevaba uniforme de médico, estaba sin afeitarse y en su mejilla la luz reflejaba el surco por donde recientemente habían pasado lágrimas.

Había pensado tanto en él durante los últimos días... Realmente llegué a creer que no volvería a verlo jamás. Se me humedecieron los ojos. Esta vez no me lo estaba imaginando, era real. Westley estaba ahí, junto a mí. Mi médico. Mi amor. No quería volver a separarme de él nunca más.

Estiré el brazo, despacito, y le toqué la rodilla. Dio un respingo y abrió los ojos, sobresaltado. Al verme despierta, se levantó y antes de que me diera cuenta, me estaba sujetando la cara con las manos y besándome con mucha delicadeza.

--Mi vida. Estás despierta. Gracias, dioses, gracias --sollozó--. Creí que te había perdido para siempre --Me puso la mano en la nuca con mucho cuidado, acercando mi cabeza hacia su pecho, me abrazó suavemente, y noté

cómo temblaba y sus hombros subían y bajaban: estaba llorando. Quise decirle que no llorara, que me daba mucha pena verlo así... pero aún estaba mareada y con el cerebro algo embotado, así que las palabras no me salieron. De vez en cuando, me besaba en la frente y me acariciaba la cara. Estuvo así unos minutos, hasta que se calmó. Yo le dejé hacer: el sentir su contacto me reconfortaba. Cómo lo había echado de menos. Por fin estábamos juntos de nuevo. Ahora todo iría bien.

--¿Qué te han hecho, mi amor? ¿Qué clase de desgraciado ha podido hacerte algo así? --Me besó en los dedos. Acarició las vendas que cubrían mis muñecas y mi mano derecha.

Unos cuantos fogonazos de lo ocurrido vinieron a mi cabeza. Me volví a sentir en la cueva del terror y mi cuerpo empezó a temblar de nuevo.

--No... no, no, no... --gimoteé.

--Melania, mírame. Soy yo. Mírame. ¡Mírame! Estás aquí. Vuelve. Ya pasó todo.

--Westley...

--Aquí estoy, mi vida. Estoy contigo.

--No te vayas, por favor.

--No, no me iré. Tranquila.

--Quédate. Quédate conmigo.

--Claro que sí, mi amor. Siempre.

--No dejes que me duerman.

--Dioses. ¿Qué es lo que te han hecho para que no quieras dormir?

La imagen del violador apretándose contra sí apareció en mi cerebro. Empecé a temblar de nuevo y el corazón se me aceleró. Me faltaba el aire.

--Tranquila, mi amor. Respira. Cierra los ojos. Concéntrate en respirar, no pienses en nada más. No pasa nada. Estoy aquí.

Me puso un frasquito debajo de la nariz. Me pareció que era lavanda y



algo más que olía mucho. Los fuertes vapores entraron en mi nariz, empecé a respirar de nuevo y a sentirme más calmada, aunque los temblores habían hecho que todos los dolores de mi cuerpo, hasta ahora aletargados, se despertaran.

Me dio un beso en la frente.

--Westley, me duele mucho.

--Lo sé, pequeña. Te preparo un calmante, ¿de acuerdo? Pero lo primero, tu medicina --Fue a la mesa donde estaban los botes y frascos y preparó unas mezclas--. De un trago, mi vida. No sabe muy bien.

Me incorporó un poco, me pasó un brazo tras los hombros con mucha suavidad y me acercó el vaso a los labios. Sujeté el vaso con la izquierda y bebí. Sabía a rayos. Al tragar, mi estómago protestó, me dio una arcada y me tapé la boca con la mano. Me dio otro vaso.

--Bebe agua y que se te quite el sabor. Sé que la medicina no está buena, pero es muy importante que la tomes. Ahora te pondrás mejor, preciosa. Y -- Me acercó otro vaso más-- tu calmante. Te prometo que está algo mejor que la primera que te he dado.

--Sabe a sopa de aspirinas --comenté al tragar--. Buaghs.

--Un día me tienes que explicar qué es eso.

Volvió a tumbarme, con mucho cuidado.

--¿Qué era lo primero que me has dado?

--Medicina para la neumonía.

--¿Neumonía? ¿De eso no se muere la gente?

--No --Sonrió--, no si se toma la medicina a tiempo, como acabas de hacer tú. En la clínica del oeste te durmieron porque tenías mucho dolor. No se dieron cuenta de que tienes neumonía. Si duermes no puedes tomar la medicina para lo que tienes y... llevabas mucho tiempo dormida sin haber tomado nada que te ayudara, la fiebre te estaba subiendo mucho y estabas cada vez más

débil. Empezábamos a creer que no te despertarías. Gracias a los dioses que estás de vuelta.

Empezó a retirarme el pelo de la cara y a acariciarme, sin borrar la sonrisa.

--Estás a salvo.

--Me siento muy mal --sollocé.

--En cuanto la medicina te empiece a hacer efecto, vas a notar mejoría. Ya lo verás, pequeña --Hizo una pausa--. ¿Respiras bien?

--A ratos.

--¿Notas dolor en los pulmones o en algún otro sitio?

--Me duele todo, Westley.

--Te lo pregunto por si pudiera haber algún órgano dañado --suspiró--. Tal y como te han dejado, no podemos descartarlo, bonita. ¿Notas dolor pulmonar? ¿O en alguna otra parte del pecho o del vientre?

Cerré los ojos y me concentré en mi cuerpo.

--Creo que no, que tanto no me duele. Las costillas sí.

--Las tienes algo tocadas, pero se te pondrán bien. No hay fractura, que hayamos podido ver --Me puso la mano en la tripa, con suavidad, y fue moviéndola según hablaba, presionando suavemente en los lugares que mencionaba--. ¿Te duele el hígado? ¿El bazo? ¿Los riñones?

--No más que el resto de sitios.

--¿Tienes nauseas o mareos?

--Los tuve.

--¿Alguna cosa más que quieras decirme, pequeña?

Me miré la mano mala. No sentía nada en ella. Probablemente estuviera muerta.

--Se recuperará. Te lo prometo.

Me llevé la otra mano a la venda de la cabeza.

--Te han dado puntos, preciosa. Está bien. No te lo toques.

Cogió unos cojines y los puso detrás, a mi espalda, para que estuviera más cómoda, y se sentó junto a mí. Dejé que me siguiera acariciando la mejilla. Me hacía sentir muy bien.

--¿Cuánto tiempo ha pasado?

--Te fuiste, y a los... ocho o nueve días volvió el rey. Sin ti y con la noticia de tu secuestro. Tres o cuatro días después, llegó la noticia de que los ejércitos del rey te habían rescatado y llevado a la clínica más cercana, en un pueblo del oeste. El rey mandó que te trasladaran aquí. Y aquí estás. Llegaste ayer por la noche.

--¿Los ejércitos del rey? ¿Qué? --Intenté levantarme, pero el cuerpo me dijo que ni se me ocurriera--. ¡Eso no es ciert... aaaay!

--Quieta, quieta. No te muevas. Quédate tumbada.

--Westley, todo eso es mentira.

--De acuerdo, pero no hagas movimientos tan bruscos. Con cuidado. Tienes el cuerpo muy mal.

--¿Es cierto que... --Tragué saliva-- que el rey les dijo a los secuestradores que no iba a ceder nada y que podían hacer conmigo lo que quisieran?

Se puso tenso y bajó la mirada unos segundos. Luego me la sostuvo mientras me respondió.

--Algo así. Más o menos.

Me quedé mirando a un punto indefinido.

--*Hijo de puta* --sollocé con un hilo de voz, en español.

--Pero no pienses en eso ahora, mi amor.

--Me lo dijeron cuando me liberaron. Creía que era mentira.

--¿Te liberaron?

--Sí. No vino ningún ejército ni nadie a rescatarme. Me soltaron ellos. Ya no les servía para nada. Lo lógico era que me hubieran matado, supongo. Y yo

estaba deseando que lo hicieran, Westley. De verdad que en más de una ocasión deseé que me remataran y acabaran de una vez --musité.

----Shhh. Tranquila. Ya pasó todo, pequeña. Ah, espérame un momentito.

Se dirigió a la puerta, se asomó y estuvo hablando con alguien como un minuto. Luego volvió conmigo.

--¿Pasa algo?

--No, solamente he avisado a mi jefe de que te habías despertado, y he pedido que te prepare una ayudita adicional. Corteza de sauce para el dolor.

--¿Tengo algún hueso roto?

--Tienes lesiones en los dedos y algunas costillas magulladas. Pero tus huesos están todos enteros. Estás hecha de una pasta muy dura --sonrió.

Levanté la mano mala.

--¿Volveré a moverla?

--Pues claro, preciosa. Probablemente tengamos que trabajar en ella, pero podrás volver a usarla como antes.

--Es que la última vez que la miré estaba toda morada, hinchada y llena de sangre, y me dolía mucho. Ahora no siento nada de nada, ni siquiera cuando me la toco.

--Te la limpiaron y trataron en la otra clínica. Lo que tenías en esa mano no era cualquier cosa. Te pusieron un calmante muy fuerte que ha ido directamente a los nervios, por eso no sientes nada. Si te doliera, dímelo y te lo vuelvo a poner.

Tragué saliva. Recordé cómo aquel miserable la emprendió a pisotones sin piedad, y me dio un escalofrío.

--Me la pisoteó uno de ellos. Fue... fue horrible.

--Desgraciados. Me imagino lo que te debió de doler. Pobrecita mía.

--Y supongo que debo dar las gracias porque solo me destrozó una y no las dos.

--No lo pienses más, mi amor. Ya pasó todo. No te van a hacer más daño y tu mano se recuperará muy pronto. Te ayudaré con ella. Ya verás qué bien va a quedar.

--Es que ha sido espantoso, Westley --empecé a sollozar--. Por más que les decía que yo no tenía nada que ver en unos asuntos que firmó el rey, no me creyeron. Me han llamado puta, perra, asesina y no sé qué más cosas. Me han reventado la mano, me han abierto la cabeza, me han dado una paliza detrás de otra... Me han hecho todo lo que han querido y más, y ni con eso se quedaban satisfechos.

--Estoy aquí, mi amor --Me incorporó un poco, se sentó junto a mí y me abrazó con ternura--. Estoy aquí. Ya estás a salvo. Desahógate si quieres. No pasa nada.

--¿Vas a querer oírlo?

--Si quieres decírmelo, o te sirve para sentirte mejor, mi amor, lo escucharé de principio a fin. Cuenta conmigo. Ahora o más adelante. Cuando quieras. Y si no quieres contarlo, no pasará absolutamente nada.

--Eres muy bueno, Westley.

Estuvo acunándome un rato, en el que no pronuncié palabra. Por un lado, quería contarle todo lo que me habían hecho, pero por otro, me daba vergüenza lo que pudiera pensar o hacer cuando lo supiera, o que prácticamente me habían violado. Porque aunque no hubiera sucedido el acto en sí, estuvo muy cerca, y lo cierto era que habían hecho con mi cuerpo lo que les había dado la gana. Además, algo en mi interior me decía que no era bueno que me lo callara para siempre, y que, si quería superarlo, el primer paso era dejar que saliera todo.

Sí, se lo diría. Tenía que hacerlo. No quería secretos entre nosotros. Se lo diría, pero no ahora. Más tarde, o al día siguiente, o... bueno, cuando reuniera fuerzas. Pero pronto. Cuanto más lo dejara, más difícil y peor iba a ser.

--No te voy a abandonar, preciosa --Me dio un beso en la frente--. No me importa lo que te hayan podido hacer. Eres mi princesita, pase lo que pase.

Volvió a colocarme, sonrió y me acarició dulcemente la mejilla. Suspiró.

--Tienes que saber que mi jefe debe entrar a verte... y cuanto antes, mejor. Es el responsable del turno de noche y está a cargo de todos los pacientes. Tiene que elaborar un informe de tu estado para dejar instrucciones para los de la mañana y la tarde, y por si desde Palacio preguntaran, que lo harán, te lo aseguro.

--¿No puedes hacerlo tú?

--No, mi vida. Yo solo soy un empleado. El responsable es quien hace los informes y supervisa a los pacientes. Cuando en Palacio pidan cuentas sobre ti, deberá ir firmado por un responsable, no por un simple empleado. Y para eso, el responsable debe verte.

--Vale, está bien.

--Probablemente te pregunte sobre lo que te hicieron. ¿Estás dispuesta a contárselo? Yo estaría contigo en todo momento, pero, si no quieres, le diré que no te pregunte nada. No tienes ninguna obligación de contarle, si no te sientes preparada.

Me quedé callada.

--Mi jefe es una buena persona. Puedes confiar en él. Lo que le cuentes será confidencial; nadie más que los médicos que te atiendan lo sabrán. Es para ayudarte mejor, pero si no quieres... no habrá ningún problema.

Asentí con la cabeza.

--Dile a tu jefe que os lo contaré.

--¿Estás segura?

Suspiré. De ninguna manera quería revivir el horror de nuevo tan pronto, ni en sueños ni de manera consciente. Y menos contárselo a un desconocido. Pero alguna vez tendría que hacerlo si quería superarlo. Y si Westley me decía

que su jefe era una buena persona... pues tendría que creerlo y confiar en que así sería.

--No creo que sea bueno que me lo guarde para siempre. Supongo que, cuanto antes lo suelte, será mejor. ¿Tú qué opinas?

--Que eres muy valiente, preciosa.

Me cogió la mano.

--Mi jefe... lo sabe. Lo nuestro.

--¿Se lo has contado?

--No pude evitarlo, mi amor. Yo estaba en turno cuando llegaste. ¿Sabes la impresión que fue ver el estado en el que estabas, más muerta que viva? ¿Y después, cuando descubrimos que, si no te despertabas pronto, tenías las horas contadas? Cuando me enteré que te habían secuestrado, fue como si me apuñalaran, pero al ver cómo te habían dejado, era como si empezaran a escarbar y a retorcer el puñal. Mi amor, estabas casi muerta. Eres la persona más importante de mi vida, y lo que te suceda me afecta; no pude permanecer impasible como si fueras un paciente cualquiera. Mi jefe se dio cuenta de que estaba pasando algo. Cuando te revisamos, me llevó a un rincón y me preguntó qué me estaba ocurriendo. Tuve que decírselo.

Asentí.

--Pero nos guardará el secreto. Es de fiar.

--¿Y qué te dijo?

--Que estaba loco, entre otras cosas. No te preocupes.

Llamaron a la puerta y Westley se levantó. Habló unos segundos con quien fuera al otro lado de la puerta y volvió con un cazo lleno de infusión humeante.

--En cuanto se enfríe un poco, te doy un vaso y verás qué bien te sienta.

Traté de sonreírle. Su presencia y sus palabras me infundían un calorcito por dentro muy agradable. Se sentó en la cama junto a mí, me cogió con suavidad la mano buena, la besó y me miró a los ojos.

--Te noto más tranquila. ¿Notas que la medicina te está haciendo efecto?  
¿Te vas encontrando mejor?

Moví la cabeza afirmativamente.

--Sí. Me duele menos.

--Eso está bien. Vas a tener que seguir tomándola durante unos cuantos días.

--Vale.

--Mi princesita valiente. Has aguantado, te has portado como una campeona y estoy muy orgulloso de ti. ¿Me oyes?

Asentí levemente.

--No sabes lo mal que lo he pasado estos últimos días sin saber qué te estaría pasando. Sin saber si volvería a verte. Ayer y hoy pensaba que te me ibas, y no podía soportarlo. Por eso me he dado cuenta de que no podría vivir sin ti, Melania. Y de que te quiero. Eres el sol de mi vida, lo más maravilloso que jamás me ha pasado. Cada latido de mi corazón es tuyo, princesita. Sea lo que sea lo que te hayan hecho, yo seguiré queriéndote tanto o más que antes. Te amo, preciosa. Te amo con todo mi corazón.

Dioses de la tierra, del mar y del cielo. ¿Qué le daban a este chico de merendar para que me dijera esas cosas tan bonitas? Jamás me habían dicho algo así. Ni siquiera fui capaz de suspirar, me quedé muda y toda emocionada mientras una lágrima me resbalaba por la mejilla. Oh, Westley.

--Eh, eh. No me llores --Me secó la lágrima--. Prefiero tu sonrisa. La que ilumina allá por donde pasa. La que ilumina mis días y mis noches. La que ilumina mi corazón.

Sonreí, hice un esfuerzo por sentarme y lo abracé. Las palabras me salieron solas.

--Te quiero, Westley.



## Capítulo 37

Un rato después me tomé la infusión, que me calentó, me calmó y me reconfortó, y Westley fue a buscar a su jefe para anunciarle que estaba consciente y con fuerzas. El jefe se presentó en la habitación. Era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo castaño oscuro en el que había algunas canas. Dijo que se llamaba Leo y se portó muy amablemente, siempre con una sonrisa.

--Bienvenida de vuelta, princesa. Llegó usted hace algo más de un día, en muy malas condiciones. Aquí el compañero --Miró a Westley-- no se ha separado de su lado desde entonces. Espero que entre los dos podamos convencerlo para que se vaya a dormir antes de que tengamos que ingresarlo también a él --Con aquello sonreímos los tres.

Oh, mi médico. Por eso estaba sin afeitarse y tenía tan mala cara. Lo miré y con los labios articuló la palabra "No". Vale. No pensaba irse a dormir. Tenía mi mano izquierda cogida, movió el pulgar para acariciármela.

--Celebro que haya despertado. Llevaba demasiadas horas dormida sin que le pudiéramos suministrar su medicina, y empezábamos a temernos que fuera demasiado tarde. ¿Cómo se encuentra?

--Un poco mejor.

--¿Está tranquila?

--Sí.

--Voy a hacerle una revisión para elaborar un informe, ¿de acuerdo? No tardaré mucho, y no le dolerá. O eso espero, al menos.

Asentí. Lo primero fue auscultarme; para ello Westley me puso de lado y me abrió la camiseta por detrás. Me tuvo la mano cogida en todo momento mientras Leo hacía su trabajo. Echó una mirada rápida en las heridas que tenía y tocó algunas ligeramente, diciendo que no estaban infectadas y que iban bien.

Me quitó la venda y la gasa de la cabeza, estuvo revisando la herida y me colocó una gasa nueva. Me miró las piernas, que, según decían, estaban llenas de moratones, y me hizo doblar las rodillas, cosa que no tuve ninguna dificultad en hacer, aunque me dolían al movimiento. Me giró los tobillos y lo mismo en los hombros y codos. Me revisó la garganta, los oídos y miró bajo los párpados. Estuvo presionando algunos puntos en mi tronco, como había hecho Westley un rato antes, y preguntándome si me dolía. Por último, me quitó la venda de la mano y la estuvo mirando con detenimiento, sin quitar las tablillas de los dedos. La miré, y, aunque la hinchazón había bajado, no tenía muy buen aspecto: estaba llena de heriditas y seguía amoratada. Me aplicó un gel pringoso, anaranjado con pintitas grises, y me la volvió a vendar.

--Bueno, por ahora parece que todo va bien, dentro de lo que cabe. ¿Tiene alguna pregunta? ¿Algo que quiera saber?

--No, creo que no.

--Ya me ha hecho todas las preguntas que ha querido --Sonrió Westley.

--Mejor, menos trabajo para mí --rió Leo mientras escribía--. Va a ser lento, pero se recuperará. Saldrá de aquí como nueva.

Sonreí ligeramente al oír eso. Sentí que Westley me apretaba la mano, lo miré y me alegró ver que me estaba sonriendo también.

Leo carraspeó. Ambos lo miramos, él estaba mirando a Westley como preguntándole algo. Éste asintió con la cabeza.

--Para poder elaborar un diagnóstico y ayudarla mejor, necesitaríamos saber exactamente todo lo que le ha sucedido en estos últimos días. ¿Estaría dispuesta a contárnoslo?

Cogí aire. Valor.

--Lo intentaré.

Westley me apretó la mano. Leo empezó a hacerme preguntas concretas, primero sobre las condiciones en las que me tenían, a lo que respondí

describiéndoles el agujero negro del terror, lo sucio que estaba, y la humedad y frío que reinaban en él. Él tomaba notas de todo lo que le iba diciendo, y quiso saber cuándo empecé a encontrarme enferma; respondí que casi desde el primer día. Me preguntó si me dieron algo de comer o beber, y les conté que en todo momento tuve un cubo de agua para beber, pero nada de comida. Luego ya pasamos a las preguntas sobre lo que me hicieron. Primero preguntó por la brecha de la cabeza, y le contesté que me la hicieron el último día al lanzarme contra la pared, probablemente. Quiso saber acerca de los cardenales que parece ser tenía por todo el cuerpo. Les hablé sobre las brutales palizas que me habían proporcionado, incluyendo el intento de estrangulamiento, lo que llevó a que les hablara del violador y de lo que me hizo. Me salió de manera atropellada, entre lágrimas y temblores, parando cada poco para recomponerme y encontrar la entereza para continuar, y aunque sin orden, fui capaz de contarles todo lo que ese malnacido había hecho conmigo y cómo el otro me salvó en el último segundo. Westley no se alteró en ningún momento, no me soltó ni se puso tenso; me acariciaba con mucha suavidad y me daba ánimos para continuar. Finalmente, me preguntó qué me había pasado en la mano, y, en principio me daba muchísima vergüenza, pero Westley me dio ánimos y me repetía que él estaba ahí y que no pasaba nada. Poco a poco, con mucho esfuerzo, y tapándome la cara por la humillación, lo dije. Lo último que sucedió, cómo de nuevo me libré por unos segundos de lo peor, pero no de la paliza que me había dado aquel niño para dejarme sin fuerzas y conseguir su propósito. Añadí además que ahí empecé a notar que la cabeza me sangraba y que veía borroso. Leo me preguntó si en algún momento recordaba haber perdido el conocimiento, y le respondí que un par de veces, o eso creía, pero que ojalá lo hubiera perdido en más ocasiones y así no hubiera sido todo tan horrible, aunque no tuve esa suerte.

Mientras Leo terminaba de tomar sus notas, hubo como un par de minutos

de silencio, en los que, ayudada por Westley, me calmé, respiré hondo e intenté dejar de llorar. Leo terminó de escribir y se dirigió hacia mí. Me apoyó la mano en el hombro.

--Siento mucho lo que le ha sucedido. Pero se va a recuperar, se lo garantizo. Estamos a su disposición para lo que necesite. Ánimo.

Asentí ligeramente. Se dirigió hacia la puerta.

--Lo más recomendable es que intente descansar. Ahora por sí misma, sin dormidera ni drogas. Y Westley, tú también deberías. Échate una hora o dos en la butaca, aunque sea.

--Ya veré qué hago --respondió Westley.

Leo salió y nos dejó solos. En cuanto se cerró la puerta, Westley me abrazó.

--Por todos los dioses.

Ahora sí estaba tenso y e incluso me pareció que temblaba un poco. O a lo mejor era yo. O los dos, no sé. Me abrazaba con toda la suavidad que podía para no apretarme demasiado y que me dolieran los cardenales y las heridas, y me acariciaba la cabeza.

--Por lo que has tenido que pasar. Mi amor, mi vida... --Hizo una pausa--. El informe de la clínica del oeste decía que probablemente habías sido violada. Estaba preparado para oírlo y rezaba para que no te hubieran hecho mucho daño. Pero lo que nos has contado... Malditos miserables...

Me quedé callada, dejando que hablara. Finalmente, tras unos minutos en los que Westley no me soltó ni dejó de acariciarme la cabeza, rompí el silencio: --Te juro que deseé que me mataran.

--Lo entiendo. Pero doy gracias a los dioses porque no lo hicieron. No quiero vivir en un mundo donde tú no estés. No quiero --Hizo una pausa--. De hecho, lo que me gustaría ahora es ir y romperles las piernas a todos esos. Y cortarles las pelotas.

--Westley, no... Son unos salvajes.

--Eso me queda más que claro. Se creerán que hacen un gran bien a su especie atacando y aprovechándose de una jovencita inocente. Si los agarro, los hago pedazos.

--No, por favor, Westley. Si te pasara algo, yo... yo...

Le hice mirarme a los ojos y parece que mi expresión preocupada y llorosa suavizó su gesto, porque la ira desapareció de su mirada y volvió su cara cariñosa y dulce de siempre.

--Perdona, perdona, mi amor. Tranquila. No me considero un hombre violento, pero que lo que te han hecho es más de lo que puedo soportar. Esa gente no tiene alma ni principios. Hacerle algo así a una chiquilla como tú, que solo con mirarte a los ojos salta a la vista que no podrías hacerle daño a nadie...

--No quiero volver a ver elfos ni medio elfos en mi vida. Y tampoco quiero que tú lo hagas. Por favor. No hagas nada. Prométemelo.

--Perdóname, mi amor. Ya está, no volveré a sacar el tema. Te lo prometo. Aunque no me pidas que lo olvide, porque... no puedo. Lo que te han hecho es muy grave.

Me sorbí los mocos.

--Ahora que lo sabes, tú ya no... ya no...

--Te quiero más que nunca, mi amor.

--Pero Westley, ya sabes lo que me han hecho.

--¿Y?

--¿No te importa?

--No te quedó más remedio. Te resististe y casi te mataron.

--¿No te doy asco?

--Melania, por favor. Cómo vas a darme asco.

--Pero es que...

--Pero es que nada.

Juntó su boca con la mía y me besó con mucha ternura. Mi boca se abrió y empezó a acariciármela por dentro con su lengua, muy despacito y con mucha suavidad. Me rendí y dejé que lo hiciera. Llevaba casi dos días sin afeitarse y su barba me pinchaba y me rascaba la cara. Y a pesar de llevar tanto tiempo en pie por mi culpa y de saber lo que me habían hecho, con su beso me transmitió un amor infinito. Con su lengua acarició todos los rincones que fue capaz de alcanzar, con mucha delicadeza, sin un mínimo deje de asco o de repulsión. Aquel beso me reconfortó muchísimo y eliminó cualquier duda que pudiera tener. Westley era un cielo. El hombre más maravilloso del universo.

--¿Convencida? --preguntó cuando se separó de mí.

--Westley...

--Te quiero, princesita mía.

Nos miramos a los ojos. Un lagrimón se deslizó hacia abajo por mi mejilla. Me la secó.

--No llores más, preciosa. Ya has derramado suficientes lágrimas. Estás más bonita cuando sonríes.

--¿Cómo puedes decir eso? Parezco Frankenstein.

--¿Es una chica guapa?

--Es un monstruo.

--Entonces, te equivocas. Si antes eras bonita, ahora lo eres incluso más. Melania, mírame. Ni se te ocurra avergonzarte por lo que te han hecho y mucho menos infravalorarte. Tienes una nobleza y una fortaleza dignas de admiración. Has aguantado como una valiente. Y has vuelto con nosotros. Eres una luchadora. Te quiero muchísimo más de lo que te quería hace un rato. Estoy orgulloso de ti. Y nada de lo que hagas o te hagan, ¿me oyes?, ¡nada! podrá cambiar eso.

Empecé a llorar de nuevo.

--Westley --sollocé--, abrázame, por favor.

--Claro que sí, preciosa.

Apoyé la cara en su hombro y me puse a llorar a moco tendido. Él no me soltó en ningún momento; me estuvo acariciando el pelo y susurrándome palabras de consuelo durante mucho, mucho tiempo, hasta que, poco a poco, se me acabaron las lágrimas y fui calmándome. El llanto pasó, pero seguí abrazada a él, con la cabeza en su hombro, hipando y todavía moqueando. Su calor y su ternura me relajaban y me hacían sentirme segura.

--No sé qué hacer, Westley.

--Por lo pronto, recuperarte. Poco a poco. Te pondrás bien. Yo te ayudaré. No voy a separarme de ti --Me besó en los labios--. ¡Eh! Se te ha puesto la nariz coloradita. Estás muy graciosa.

--Te quiero, Westley.

--Y yo a ti, princesita.

Cogió unos pliegos de papel y me secó con mucho cuidado la cara, limpiándome la nariz también. Nos quedamos mirándonos unos minutos en silencio. No dejó de acariciarme con mucha suavidad y apartarme el pelo de la cara. Después de haberlo soltado todo y de llorar un buen rato, me sentía bastante liberada, y estaba tranquila con él a mi lado.

Me fijé en las ojeras que tenía. Estaba roto de cansancio. Y todo por cuidarme.

--¿Por qué no duermes un poco? Leo dijo que llevas mucho sin dormir.

--No voy a dejarte sola.

--Ponte en la butaca. Cuando me desperté estabas durmiendo ahí.

Bajó la vista y sonrió.

--Sí, creo que me quedé algo adormecido, lo reconozco.

--Descansa un poco. Si te necesito, te despertaré. Te lo prometo. Anda, por favor.

Se quedó unos segundos pensándoselo.

--Primero tengo que darte crema para los moratones de la espalda. Luego, ya veremos.

Me ayudó a ponerme boca abajo con mucho cuidado, me abrió la camiseta por detrás, me apartó el pelo y empezó a aplicarme un ungüento que me calmó el dolor, aunque el hecho de que Westley me lo extendiera con mucha gentileza y de volver a sentir sus manos en mi espalda también ayudó. Me parecía que había transcurrido una eternidad desde que me acarició aquella noche en su casa y nos acostamos juntos por primera vez, a pesar de que, en realidad, no hacía tanto. El volver a sentir sus manos en mi piel me dio seguridad y empecé a confiar en que la pesadilla había terminado y que todo volvería a ser como antes. O casi como antes.

No le importaba lo que me habían hecho. Seguía queriéndome, a pesar de todo. En ese momento lo tuve claro: si algo así no había hecho mella en nuestra relación y no nos había ni siquiera distanciado un poco, ya nada lo haría. Estábamos hechos el uno para el otro. Yo, desde luego, le quería con todo mi corazón. Y el que estuviera junto a mí, cuidándome y reconfortándome a base de amor y cariño en estos momentos tan duros, sin haberse ido a descansar, decía mucho de él.

Nos quedamos un rato mirándonos sin hablar. Westley me apartaba el pelo de la cara y me lo peinaba con los dedos, sin apenas tocar la venda. Me sentía tan relajada y segura a su lado que empecé a adormilarme. Al cabo de un rato, me cerró la camiseta por la espalda y me ayudó a ponerme boca arriba de nuevo. Después, colocó la butaca muy cerca de la cama, casi pegando. En la mesita que había al lado puso unos cuantos botes, y para terminar me tapó con la sábana.

--Voy a hacerte caso, pero cierra tú también tus ojitos. Necesitas descansar. Te lo digo en serio.



--Lo intentaré.

--¿Puedo confiar en que si necesitas algo, por pequeño que te parezca, me despertarás?

--Sí. Anda, duérmete un rato. Te lo mereces.

Me dio un beso en la cabeza, se sentó en la butaca y cerró los ojos. Me quedé mirándolo y enseguida sus facciones se relajaron. Pobrecito, debía estar realmente cansado. La noche anterior entró en turno y fue cuando llegué. Desde entonces no se había movido de mi lado. Llegué casi muerta, eso fue lo que dijo. Supongo que realmente faltó poco; cuando por fin estuve libre apenas tenía fuerzas para mantenerme en pie. Pensé en la clínica del pueblo del oeste. No se dieron cuenta de que tenía neumonía y por eso me durmieron. Y Westley mencionó algo de que pensaban que me habían violado. Quizás esos salvajes me mancharon por alguna parte. O puede que los doctores me inspeccionaran y se dieran cuenta de que por ahí abajo había algo todavía cicatrizando... No, mejor no pensarlo. No sucedió, no me violaron. Por poco, pero me libré.

Tenía presente esa conversación que tuve con mis abuelos antes de despertar. ¿Fue un sueño o fue real? Quería pensar que había sido real, al igual que lo eran el cariño y el calor que sentía de ellos cada vez que lo necesitaba. Mis abuelos habían venido a buscarme porque estaba ya moribunda, más cerca del mundo de los muertos que del de los vivos, y si no estaba con ellos en ese momento era porque mi corazón había elegido quedarse con Westley antes que reunirme con mis abuelos para siempre. Si él no hubiera estado, si no nos hubiéramos conocido, no tendría ningún motivo para seguir viviendo y estaría ya criando malvas. En cierto modo, me había salvado. Si estaba viva era gracias a él.

"Estás destinada a convertirte en reina". Recordé aquellas palabras. Me las dijo el rey en la torre y me las repitió el greñudo cuando me liberó. Si eso era cierto, si este mundo se regía por un destino ya escrito y el mío era

convertirme en reina, desde luego que ese mismo destino también debería decir que Westley y yo estábamos destinados a enamorarnos. Porque de no ser por él, yo no estaría aquí ya. Y si estábamos destinados a enamorarnos, teníamos que estar destinados también a estar juntos. El destino no podía ser tan injusto como para hacernos sentir algo tan bonito y luego separarnos. Me negaba a pensar que él era un simple instrumento para que yo viviera y yo otro instrumento para hacer que este mundo tuviera un rumbo específico y predeterminado. Éramos dos seres humanos que se amaban, se amaban de una manera inimaginable, y nuestra historia iba a tener un final maravilloso. Mi cuento tendría final feliz. No podía ser de otra manera.

Volví a mirar a Westley. Dormía como un niño. Cerré los ojos y me dediqué a pensar en él. En el día que nos conocimos, por ejemplo. Estaba vestido de traje, y repeinado. Muy arregladito, claro, para aquella ocasión. La siguiente vez fue en el pueblo, iba vestido de campesino, muy normal, con chaqueta, camisa, pantalones, cinturón y chaleco, y el pelo ya estaba más suelto y natural. Ahora llevaba un uniforme de médico: pantalón marrón con camisa azul. En la manga tenía como un logotipo con las letras "SM" donde debajo se leía "Servicios Médicos", además el mismo logotipo estaba en pequeño en un lado de la parte delantera de la camisa, donde había sendos bolsillos para guardar lo que fuera. Se lo había visto a la gente de la clínica el día que Westley me trajo para atenderme, tras ponerme hasta arriba de karengi, y también a los médicos del pueblo del oeste. Pero nunca se lo había visto puesto a mi chico, y le sentaba fenomenal. El color de la camisa resaltaba su pelo rubio y sus ojos azules, además de que le daba un aspecto muy profesional. Qué feliz estaba de que fuera mi novio y de que me quisiera tanto. Quizás pudiéramos empezar una vida juntos, ¿por qué no? Nos iríamos muy lejos y puede que al principio fuera algo duro, pero yo estaba dispuesta a trabajar para conseguir esa vida. En un pueblo pequeño, rodeado de montañas,

cerca de un río... Las imágenes de mi cerebro fluían solas. Yo ya no hacía esfuerzo alguno por imaginar nada. Veía nuestra casita, veía cerca un molino, donde yo ayudaba porque también había una panadería donde el pan calentito estaba delicioso, y al salir de la panadería oía risas infantiles y juegos. Me iba a jugar con los niños al escondite, y yo los buscaba en el bosque, y me adentraba en una cueva. Una cueva muy oscura, de donde repente unas manazas me agarraban y me tapaban la boca, me llevaban hacia abajo, por recovecos, y me golpeaban, con palos, puños y patadas, me arrimaban antorchas a la piel, me arrancaban la ropa y me ataban para que no me resistiera, mientras yo gritaba, gritaba...

--¡Melania! ¡Melania! ¡Despierta!

Todo empezó a tornarse borroso. Uno de mis captores me arrimó un hierro al rojo vivo a la cara. Estaba muerta de miedo, tanto que solté un chillido que salió desde lo más profundo de mis entrañas. De repente abrí los ojos y volví en mí. Estaba temblando, con el corazón a mil, sudando y sin aliento. Westley estaba en el suelo al otro lado de la habitación, pero reaccionó poniéndose en pie rápido.

--¿Westley?

--Tranquila, bonita, solo era una pesadilla. Ya pasó.

Por el rabillo del ojo me pareció ver algo. Miré y el biombo estaba caído, la butaca y las mesas tumbadas y los botes en el suelo.

No, no, no. Me llevé las manos a la boca. Lo había hecho otra vez.

Había sacado mis malditos poderes sin haberlo podido controlar. Y esta vez me había llevado a Westley por delante. Se me encogió el corazón y me empezaron a dar escalofríos. Qué horror. Esto no podía ser. No. A Westley no. Intenté sacar los pies de la cama e ir a socorrerlo. Me dolían las piernas cuando las moví, pero apreté los dientes e intenté bajar de la cama.

--Westley, lo siento. Lo siento. ¿Te he hecho daño? Dime que estás bien,

por favor...

--No te muevas, pequeña, quédate en la cama. Tranquila, no me has hecho nada. ¿Estás bien tú?

Llegó a mi lado y en ese momento empecé a temblar convulsivamente.

--¡¡¡Soy un peligro!!! --Intentó abrazarme, pero se lo impedí-- ¡¡No me toques!!

Empezaba a faltarme el aire otra vez. El cuerpo se me agitaba sin que yo pudiera controlarlo. Westley no me hizo caso y esta vez me abrazó sin importarle lo que yo dijera. Me sujetó de tal manera que no podía mover los brazos y apenas el cuerpo. Estaba muy serio, con las cejas muy juntas.

--¡Suéltame! ¡¡¡Suéltameeee!!! --chillé.

--No, no lo voy a hacer.

Intenté liberarme, pero aún estaba débil y Westley tenía más fuerza que yo.

--¡¡¡Que me suelteeeeees!!!

--Voy a pedirte un tranquilizante. No estás bien.

--¡¡¡No quiero dormir!!! ¡¡Suéltameee!!

Justo entonces entró Leo corriendo.

--¿Qué ocurre? --Miró a su alrededor -- ¿Pero qué...?

--Necesitamos la de plata, Leo. Rápido --ordenó Westley.

--Te la traigo --Salió.

--¡¡¡Quita!!! ¡¡No quiero que me des nada!! ¡¡Lárgate!! ¡¡Déjame sola!! --grité mientras forcejeaba por liberarme.

--Me vas a tener que aguantar, porque no pienso separarme de ti ni un minuto.

Estuve retorciéndome y pateando unos minutos, en los que Westley no se movió ni me soltó, pero, con mucha paciencia, me repetía que todo estaba bien, que no pasaba nada, que solo era una pesadilla y que no era real. Pasado ese tiempo, me fui rindiendo, dejé de resistirme y Westley suavizó el abrazo.

Una pesadilla. Mi bucólico sueño con Westley y nuestra vida juntos había acabado en la cueva del terror. No podía ser. No era justo. ¿Hasta cuándo me iban a perseguir? ¿Ni durmiendo estaba segura? Y luego no solo casi mato a la única persona que me quería y me estaba ayudando incondicionalmente, sino que encima me había dado un arrebató psicótico que había pagado él. Me sentía como una maldita basura.

--¿Un poco mejor, pequeña?

Yo seguía temblando, intentando respirar, con las imágenes todavía en mi cabeza y la culpabilidad de lo que acababa de pasar pesándose como una losa. El esfuerzo que había hecho para liberarme me estaba pasando factura: me dolía mucho todo el tronco. Las famosas costillas magulladas. Y las piernas, de tanto patalear. Negué con la cabeza.

Westley se sentó en la cama junto a mí, empezó a acunarme, y poco a poco me tranquilicé, pero no podía dejar de temblar.

--Westley, lo siento... lo siento, perdóname...--sollocé.

--No hay nada que perdonar, preciosa.

--¡Te podría haber matado!

--Tú no eres capaz de matar a nadie, pequeña.

--¡Pero es que no lo controlo! ¡Ya me salió antes una vez! Y no sé por qué, ni cómo, ni qué hacer...

--No pienses más en ello.

--Soy lo peor. No sé cómo puedes quererme. Primero casi te mato y luego te monto un show.

--No ha sido nada. No eras tú.

--Y mira el desastre que os he organizado.

--Esto se recoge en un momento. No tiene importancia.

--¿Me vais a poner una camisa de fuerza?

--¿Pero qué rayos es eso? Lees historias muy raras, mi vida.

--Es para que los locos no se puedan mover y no hagan daño a nadie.

--Tú no estás loca. Solamente necesitas muchos mimos, y descansar.

--No me pongas a dormir, Westley, por favor, dormir no...

--No, no, no te preocupes. No lo haré.

--Ha sido horrible.

--No temas, pequeña. No era real. No pasa nada. Estoy contigo.

--Cada vez que cierro los ojos aparecen. No voy a poder volver a dormir nunca.

--Claro que sí. Lo conseguirás. Yo te ayudaré.

--¿Y si te vuelvo a dar sin querer?

--Ah, princesita, esta vez me pillaste por sorpresa. La próxima la pienso esquivar. ¿Qué te apuestas?

En ese instante entró Leo con una copa de plata de la que, al destaparla, empezó a salir mucho humo color verde lima que olía a picapica mezclado con algo caducado y rancio. Se puso al otro lado de la cama y me la dio.

--¿Qué es esto?

--Lo fabrican los duendes --contestó Leo--. Para poder colarse en nuestras casas y que no seamos capaces de dar con ellos. No es bueno tomarlo muy seguido, pero una copa le ayudará. Tómeselo de un trago, y en cuanto acabe, mastique muy bien este trozo de pan y trágueselo.

--Tranquila, preciosa --añadió Westley--. No te hará dormir.

Me bebí el mejunje de un trago. Sabía asqueroso: amargo y agrio a la vez. Puaj, qué malo estaba. Cuando lo acabé, hice una mueca y me dio una arcada.

--El pan, tómeselo el pan.

Hice lo que me dijo Leo. Aquel trozo de pan era el primer alimento sólido que tomaba desde que me secuestraron. Pero me dolían demasiado las mandíbulas como para masticar. Me puse la mano en la boca y cerré los ojos mientras negaba con la cabeza.

--No puedo masticarlo --sollocé con la boca llena, tapándomela con la mano.

--Tranquila. Tómame tu tiempo. Deja que se te deshaga con la saliva.

Poco a poco, sucedió lo que Westley dijo: se ablandó, se deshizo y pude tragarlo. Al hacerlo, noté que había absorbido los restos del mejunje de mi boca y que ahora pasaban a mi estómago. Empecé a respirar mejor.

--¿Se siente más tranquila? --preguntó Leo poniendo su mano sobre mi hombro.

Asentí con la cabeza. Leo me dio un par de palmaditas en el hombro y retiró un par de cojines de la espalda. Cuando lo hizo, Westley volvió a tumbarme gentilmente.

--Westley, ¿me explicas qué ha pasado aquí? --preguntó Leo mirando la sala patas arriba.

--Nada, Leo. Una pesadilla que se nos fue de las manos.

--He sido yo --respondí--, pero no me preguntéis cómo lo he hecho, porque no lo sé... --gimoteé mientras negaba con la cabeza--. Lo siento, lo siento mucho...

--No te preocupes. Ahora lo recojo, no pasa nada --me tranquilizó Westley.

--Te ayudo... --propuse.

--¡No! --respondieron al tiempo rápidamente Westley y Leo.

--Usted se queda en la cama --ordenó Leo.

--Tú eres la paciente, Melania --explicó Westley sonriendo--. No estás como para hacer esfuerzos. Descansa y recupérate, que de esto me ocupo yo.

--Lo hago yo, Westley --repuso Leo--. Tú te vas a casa a imitar a tu chica. A descansar.

--No. Ya lo hemos hablado, Leo. No me voy.

--Westley --continuó Leo--, te lo digo por enésima vez: vete a casa y duerme. Y esta vez es una orden. Llevas cuatro turnos seguidos. No te vas a

quedar aquí ni un minuto más. Si no haces caso a tu amigo, vas a hacer caso a tu jefe. Te vas a casa ahora mismo.

Leo se alejó de la cama y Westley lo siguió. Siguieron hablando en un rincón, pero a pesar de eso yo podía oírlos perfectamente.

--Leo, no, por favor, no me hagas esto.

--¿Quieres que lo nuestro siga siendo un secreto? ¿Qué crees que dirán los de la mañana cuando te encuentren otra vez aquí, y esta vez sin lavar, sin afeitarse, y con esas ojeras y esa cara?

--Ya me inventaré algo. Pero no me pidas que la deje en este estado. Oíste tan bien como yo lo que le han hecho. No puedo dejarla sola.

--Con la de plata apenas va a darse cuenta de nada. Va a tener el cerebro medio dormido hasta la tarde. No te preocupes. No va a volver a dormirse sin remedio. Ya no tiene dormidera en el cuerpo, y habiéndose tomado la medicina, está fuera de peligro, al menos por unas horas. Los de la mañana se la volverán a dar. Puedes irte tranquilo.

--Está mal, Leo. No puedo dejarla. Por favor, no me obligues.

--Westley, por los dioses, que no se queda sola. Estoy yo, y dentro de un rato estarán los de la mañana. Un poco de confianza, muchacho.

--Leo, no es eso. No puedo irme a dormir sabiendo que ella está aquí y que me necesita. Me necesita, Leo.

--Mírate. Si casi no te tienes en pie. Quedándote tal y como estás, le haces un flaco favor. Si de verdad quieres ayudarla, ayúdate primero a ti mismo y vete a casa --Westley quiso decir algo, pero Leo no le dejó--. Westley. No te lo estoy aconsejando ni preguntando. Te lo estoy ordenando. Como jefe y como amigo: vete.

--Déjame al menos que te ayude a colocar esto...

--Que te vayas a tu puñetera casa, Westley.



Yo seguía y escuchaba la conversación, pero sin meterme en ella. La bebida de los duendes había hecho efecto, porque los temblores se me habían pasado completamente, y ya no me notaba angustiada ni nerviosa, de hecho, estaba bastante tranquila. Era una sensación similar a la de recién levantada. Lo que había dicho Leo: me había adormecido el cerebro. Hice la prueba, y ya no tenía acceso a las zonas truculentas de mi memoria. Bien.

Finalmente, Westley volvió a mi lado y me miró con los ojos llenos de preocupación.

--Estaré bien, Westley. Descansa y coge fuerzas.

--Volveré esta tarde. Te lo prometo.

--Te estaré esperando.

--Te quiero.

Sin darme tiempo a responder, me dio un largo y dulce beso en los labios. Su barba de casi dos días me raspaba, y me raspó aún más cuando le devolví el beso. Cuando se separó de mí, recogió su maletín del suelo, fue hacia la puerta, me dirigió una sonrisa y salió.

Me quedé con Leo, que empezó a poner los muebles que derribé de nuevo en pie y en su sitio.

--Lo siento mucho, de verdad...

--No tiene importancia. Intente dormir ahora. Necesita descansar y dejar que la medicina le haga efecto. La bebida que ha tomado le impedirá ser consciente de las pesadillas, si las tuviera. No se preocupe: no le forzaré a dormir, solamente hará que duerma mejor.

Salió y volvió con una escoba, una fregona y un cubo. Empezó a barrer el contenido de los botes que se había desparramado por el suelo.

--De todas maneras, si me necesitara, voy a estar aquí al lado. Con que me llame tirando del cordón que tiene ahí, o haga un poco de ruido, lo oiré. Aunque me pasaré cada poco tiempo para asegurarme de que esté bien.

--Se lo agradezco, doctor.

Una vez hubo arrastrado con la escoba hacia fuera de la habitación todo lo barrido, fregó el suelo.

--¿Ve? Ya está arreglado. Aquí no ha pasado nada. No había motivo para preocuparse.

--Siento las molestias.

--Para eso estamos aquí los médicos. Para que nos molesten --Me miró y sonrió.

Sacó la escoba, el cubo y la fregona de la habitación y empezó a bajar las luces.

--El turno de noche acabará pronto, pero luego vendrán mis compañeros de la mañana. Se queda en buenas manos.

--De acuerdo, doctor. Muchas gracias.

Siguió bajando y graduando las luces, hasta que quedó solamente una muy tenue.

--Y, conociendo a Westley, antes de que nos de tiempo a echarlo de menos, ya habrá vuelto. Es un buen chaval. De sentimientos muy nobles.

--Sí que lo es.

Volvió a poner los botes que se habían salvado del desastre de nuevo en los muebles.

--He tenido que obligarlo a que se fuera. Llevaba demasiado tiempo aquí. Aunque sus intenciones son buenas, su cuerpo no hubiera aguantado mucho más. Está agotado. Física, mental y emocionalmente. No solamente soy el responsable de los pacientes, también lo soy del personal. Espero que lo comprenda.

--Claro que sí, doctor. Lo entiendo.

Sonrió mientras colocaba una botella de agua y unos vasos en la mesita junto a mí.

--Desde hace algo más de medio año lo notábamos diferente y bromeábamos con él, dando por hecho que había una chica y diciéndole que nos la presentara. No lo hizo, como bien sabe. Cuando ayer llegó usted desde el oeste, nunca lo había visto así de alterado. No es hombre que se impresione fácilmente con los pacientes, y de hecho, lo he visto atender a gente en peores condiciones sin inmutarse. Prácticamente lo forcé a que me contara qué estaba pasando. Le ruego que me disculpe si, a su parecer, me he metido en donde no me llamaban. Pero considero a Westley como a un hijo y tenía que saberlo. Y menuda sorpresa. Nunca hubiera adivinado que la misteriosa chica era la princesa. Le aseguro que las últimas horas, antes de que usted despertara, estaba destrozado. No hay duda de que la quiere mucho. Aunque me parece una locura, le deseo lo mejor. Y, por supuesto, debo aclararle que su secreto está a salvo conmigo.

--Se lo agradezco, doctor.

--Por cierto, él fue quien le encontró la neumonía. Es el mejor estudiante que he tenido en todos mis años de carrera. Vale muchísimo. Me alegro de que por fin haya encontrado una chica que le haga tan feliz.

Sonreí yo también.

--Le debo mucho a Westley. Y lo quiero muchísimo. De verdad.

--Y así debe ser. Ahora debe descansar. La dejo.

Se dirigió hacia la puerta y salió. Antes de que se alejara, le oí murmurar:

--Westley y la princesa. Y yo que creía que ya lo había visto todo en esta profesión.

## Capítulo 38

Cuando abrí los ojos, la luz del día entraba por la ventana. No recordaba haber dormido mal o alguna pesadilla: la medicina de los duendes realmente había hecho efecto. Me sentía descansada y con energía. Además, tenía hambre y ganas de levantarme, lo que sin duda era buena señal. Me destapé y, lentamente, intenté sacar los pies de la cama. La camiseta de la clínica, muy amplia, me llegaba por encima de las rodillas, y pude comprobar que no habían exagerado: tenía las piernas hinchadas y llenas de moratones. Grandes, medianos, pequeños, algunos de ellos muy oscuros, unos con un cerco amarillento, otros con zonitas rojas. Intenté no pensar en el pasado sino en el futuro: esperaba que los moratones se fueran pronto y no me dejaran señal. Apoyé los pies en el suelo. Todo bien, nada me dolía. Poco a poco fui apoyando el peso de mi cuerpo en los pies y levantándome, hasta que estuve totalmente en pie. Di un paso adelante, luego otro... y me pareció que el suelo se inclinaba, perdí el equilibrio y me caí de culo, chocando mi cabeza contra la cama. El corazón volvió a acelerárseme. Ahora sí que me dolía el culo, las piernas, las rodillas, los pies, los hombros, la espalda, la cabeza... Rápido se abrió la puerta y entró una doctora que, al verme en el suelo, se apresuró a levantarme.

--¿Se encuentra bien? ¿Se ha hecho daño?

Me levantó del suelo y me sentó en la butaca. Notó que estaba muy nerviosa y acelerada e intentó tranquilizarme.

--¿Se ha golpeado fuerte? Dígame si le duele algo.

Traté de seguir el consejo de Westley: cierra los ojos, tranquila y respira. Tranquila y respira. Noté que funcionaba.

--Es-estoy bien.

--¿Se ha golpeado la herida? --Empezó a levantarme la venda con cuidado.

--No, creo que no.

--Solo el susto, ¿verdad? ¿Cómo se ha caído?

--Me levanté.

--Ah, entiendo. Después de tanto tiempo acostada, normal que quisiera levantarse. Pero precisamente por llevar tanto, es normal que se maree al levantarse de repente. Además, con lo que lleva encima... hubiera sido muy raro que pudiera andar sin ayuda. Descanse unos minutos y, si quiere, luego le ayudo yo a levantarse y andar un poco. ¿Le parece bien?

--Vale.

--Soy Balfia. Responsable del turno de la mañana.

--Soy Melania.

--Sí, sabemos quien es --rió--. Es un placer tenerla aquí, Señora. Esperamos que se recupere pronto. ¿Cómo se encuentra hoy?

--Estoy un poco hambrienta.

--Pues eso está bien. Voy a traerle el desayuno. ¿Se queda aquí quieta unos minutos? No se levante, por favor.

Enseguida volvió con una bandeja que dejó en una mesita auxiliar.

--Hoy le vamos a aplicar un poco de crema. Como la que anoche le aplicaron en la espalda, a ver si esos moratones se van pronto. Podemos empezar por las piernas: si se queda así sentada, en esa postura, la crema se absorberá mientras desayuna y no tendrá que esperar. Cuando acabe, se la podemos dar también en la cara, si le parece.

Cogió un bote de la mesita de al lado de la cama y me aplicó en las piernas la misma crema que Westley me había dado en la espalda la noche anterior. Luego abrió la bandeja con el desayuno y vi que había una infusión humeante, una fruta y unos bollitos. La apoyó en los reposabrazos de la butaca.

--Aquí tiene. La dejo que desayune tranquila. Volveré dentro de un rato, pero si me necesita, llámeme. Estaré aquí al lado.

Con la mano izquierda, ya que la derecha estaba toda vendada, cogí un bollito. Olía delicioso, el estómago empezó a rugirme y se me hizo la boca agua. No estaba segura de si podría masticarlo, ya que la noche anterior no pude, así que corté un trocito pequeño y me lo metí en la boca. Estaba riquísimo, sabía mucho a mantequilla y prácticamente se me deshacía en la boca. Cuánto tiempo sin tomar algo con mantequilla... En Palacio nunca me habían puesto nada que la llevara. Con lo que me gustaba. Empecé tragando con cuidado, que llevaba muchos días sin comer, y de hecho, hasta había vomitado, pero visto que mi estómago me lo aceptaba sin protestar, empecé casi a devorar el desayuno. Tenía mucha hambre atrasada y los bollos calentitos me sabían a gloria. Cuando me lo terminé, me sentía con la barriga llena, contenta y feliz. Al cabo de un rato volvió la doctora, que me retiró la bandeja y se alegró de que el desayuno me hubiera sentado tan bien. Trajo la medicina para la neumonía que, a pesar de que ya no tenía fiebre, tenía que seguir tomando. Luego me puso unas alpargatas en los pies y me ayudó a levantarme, apoyándome en ella. Caminamos un poco por la habitación, siempre con ella de apoyo, sujetándome para que no me cayera. Me preguntaba si me dolía al andar (me dolía), y si me mareaba (apenas).

Pasé por al lado de la ventana y le pedí que me dejara ver el exterior, de modo que corrió las cortinas y giró el mecanismo de las ventanas para dejar una en la que pudiera ver bien lo de fuera. Me asomé y mi sorpresa fue total: ¡abajo había gente que estaba esperando verme! No muchos, calculé que unas diez o doce personas, pero cuando me vieron, empezaron a saltar y a agitar los brazos. Un grupo de jovencitos desdobló un gran trozo de tela en el que se podía leer "Recupérese pronto, princesa" decorado con corazoncitos, flores y estrellitas. Qué horrerada, pero qué ilusión tan tonta me hizo. Les sonreí y les saludé yo también con la mano.

Me hubiera quedado un poco más mirándolos, pero en seguida la doctora

me retiró de la ventana y me llevó de vuelta a la cama para que no abusara. Allí me miró los puntos que tenía en la frente. Estaban justo en el nacimiento del pelo, y habían tenido que cortármelo en esa zona para limpiar y coser, pero me aseguró de que el pelo volvería a crecerme pronto y que no se me notaría la cicatriz cuando me los quitaran. Le quitó importancia diciendo que con un flequillito iba a estar muy guapa y que me daría un aire nuevo. Me echó un líquido fresquito para que la zona se mantuviera limpia, y cuando se secó, volvió a cubrirlo con gasa y a ponerme de nuevo la venda para sujetarla. Me indicó que me quedara tumbada y que si necesitaba algo, la llamara. Después se fue.

Me quedé pensando en Westley y haciendo cábalas sobre cuándo llegaría. A pesar de que sabía que el pobre llevaba casi dos días sin dormir y que necesitaba descansar, no podía evitar echarlo de menos. Tras un rato largo soñando despierta, de repente la doctora Balfia se asomó a la puerta y me sacó de mis ensoñaciones.

--Tiene visita --anunció con una sonrisa --¿Los hago pasar?

¿A quienes? Intrigada, asentí con la cabeza. Enseguida, el pequeño Narian entró como una tromba corriendo hacia mi cama con los brazos abiertos. No me lo esperaba. Lo recibí con un abrazo, el niño se encaramó a la cama y empezó a llenarme la cara de besitos. Detrás de él (y andando a paso normal), entró Ángela.

--Hala... --Narian acarició uno de los moratones de mi cara y tocó con mucha suavidad la venda de la frente.

--Soy la increíble princesa multicolorida.

--¿Te duele mucho?

--Sí, corazón.

--Mamá me dijo que estabas mala en la clínica. Cuando yo me pongo malo, no me dejan hacer nada, me siento muy solo y me aburro. Y no quería que te

sintieras sola ni que te aburrieras.

--Ay, Narian, qué bueno eres... --Le acaricié el pelo a un lado de la cabeza.

--Es que te quiero mucho, Melania. Eres mi mejor amiga.

Empezó a darme besitos de nuevo. Mi corazón estallaba ante esa demostración de cariño infantil. Me lo quería comer a besos. Lo intenté levantar en brazos.

--¡Huy, cómo pesas! ¡Has crecido!

--Porque me he comido todas las verduras.

--¡Muy bien hecho! ¡Este es mi niño!

-- Yo tenía muchas ganas de verte y mamá me dijo que si me las comía, me llevaría.

Narian me dio un abrazo de los suyos, que me tocó y apretó varios moratones, haciendo que me dolieran. Hice una mueca de dolor, que el niño no vio, pero su madre sí.

--No la aprietes tanto, hijo, que está mala --señaló Ángela.

--¿Te he hecho daño?

--No, peque. No me has hecho nada.

--Toma, Narian --Ángela sacó un par de juguetes de su bolsa de mimbre y se los dio al niño --. Siéntate ahí un rato, que tengo que hablar con ella.

El niño cogió los juguetes, muy feliz, y se sentó en la butaca. Ángela se acercó a la cama.

--¿Cómo estás?

--Me cuidan bien aquí.

--Me alegro de que te hayas despertado. Vinimos ayer y no nos dejaron verte; nos dijeron que estabas bastante mal. Mi niña, lo siento mucho. Siento lo que te ha pasado.

--¿Qué te han contado?

--La versión oficial. Que te secuestraron, y los ejércitos te rescataron algo



enferma.

--¿En serio? Debe ser la versión Disney. No me lo puedo creer.

--Me imaginaba que habría algo más. Pero el rey no nos dio más datos. Mandó que te trasladaran aquí y a las pocas horas se fue. No esperó a que llegaras.

--Todo un detalle por su parte el preocuparse de que me trajeran de vuelta y no dejarme perdida en el oeste. Qué pena que no hubiera tenido ese mismo detalle unos días antes.

--Melania, tienes todo el derecho y mil motivos para estar enfadada, pero yo no tuve nada que ver. No lo pagues conmigo.

--Lo siento, Ángela. Perdóname. Ya sé que no es contigo. Pero es que no estoy enfadada. Estoy furiosa. Indignada. El rey se portó como un auténtico capullo. No me rescataron. Nadie vino a por mí. Me liberaron los secuestradores porque ya no les servía para nada. El rey no quiso negociar ni siquiera a cambio de mi vida. Les dijo que hicieran conmigo lo que quisieran. Y lo hicieron, vaya que sí.

Ángela guardó silencio. Señalé el moratón de mi mandíbula.

--¿Ves este? Fue el recibimiento que me dieron. El primero de muchos -- Me destapé y dejé que me viera las piernas--. Y aquí tienes los entremeses del gran festín.

Ángela se quedó lívida. Echó una rápida mirada a Narian, que, por suerte, seguía entretenido con sus juguetes y no nos prestaba atención.

--Luego sirvieron el plato principal. El cocinero se llamaba violador. Pero tuve suerte y quedó crudo, no se terminó de hacer y gracias a eso no pudieron disfrutarlo. De puro milagro.

Ángela estaba blanca como un papel. Como no decía nada, continué.

--El segundo plato que me intentaron servir se llamaba humillación. El ingrediente principal es lo que tienen los hombres entre las piernas. ¿Te doy la

receta? Ah, y no te he hablado de la bebida que sirvieron. Era fría, muuuuy fría. Tan fría que me provocó una neumonía que casi me lleva a la tumba. El postre fue una brecha en la cabeza, porque parece ser que tenían ganas de salsa roja y espesa, que no se diga que no era un menú variado. Y mira --Le enseñé mi mano vendada--, la guinda del pastel.

Ángela me abrazó y me acarició con firmeza.

--Lo siento. No sabía nada. Me imaginaba que habría algo más, pero nunca creí que fuera tanto.

--De verdad, Ángela, que si me encuentro ahora mismo con el rey, lo mato. Que se atreva ese bastardo hijo de puta a repetirme a la cara lo que les dijo a los secuestradores. O que insinúe que ellos fueron los héroes que me salvaron la vida liberándome, y que solamente vine un poco pachucha. Que me lo diga a la cara si tiene cojones.

--Melania...

--Y te digo una cosa: cuando salga de aquí y vuelva a Palacio, las cosas van a cambiar. Me importa un bledo las clases y las chorradas que el rey quiere que aprenda. Se acabó. Si el rey no responde ante la princesa, la princesa tampoco responde ante el rey. Aprenderé lo que a mí me de la gana y cuando a mí me de la gana. Tú me propones cosas, y yo las acepto o las rechazo. Y si el rey te pregunta, se lo dices. Tal cual. Y que dé la cara conmigo si tiene huevos.

--Te estás alterando, hija. Tranquila.

Era cierto, de nuevo me faltaba el aire. Cogí un frasquito de lavanda y me lo puse bajo la nariz. Me sentí mejor.

--Nunca te había oído hablar así.

--Tal vez porque nunca me habían tratado así.

Hubo unos minutos de silencio mientras yo trataba de volver a respirar con normalidad. En la esquina, Narian seguía jugando, ajeno a todo.

--Mira --Ángela abrió su bolsa--, te he traído algo de ropa para que estés más cómoda.

Sacó unas cuantas braguitas, una bata de encaje y un par de camisonos a juego.

--Se ponen y se quitan fácilmente. Tienen botones por delante y por detrás, por si lo necesitaras. Apenas notarás que los llevas puestos, son muy suaves y ligeros. Te los han hecho especialmente para tu estancia aquí.

--Gracias, Ángela. Y dale las gracias a la modista también.

--Y esto --Sacó un frasquito con una pasta de colorines-- es de parte del personal de cocinas. Me dijeron que te diera muchos besos de parte de todos y que esperan que te recuperes pronto.

--¿Es...? --Deseaba que fuera lo que estaba pensando.

--¿Dónde hay agua? --Me miró pícara.

--En la mesita hay una jarra y vasos.

Ángela fue hacia la mesita y preparó la mezcla. Al minuto tenía un delicioso vaso de agua con fraselia en mis manos, y yo no cabía en mí de la felicidad. Me la bebí de un trago.

--Más.

--Pero no te la bebas tan rápido, a ver si te va a sentar mal.

--Por fin algo que está bueno. Las medicinas están asquerosas. Me dieron una fabricada por los duendes que sabía a rayos.

--Creo saber de cual hablas. Si es la que va en una copa de plata, siento que hayas tenido que tomártela. ¿Ansiedad, tal vez?

--Pesadillas.

--Es una medicina bastante fuerte. Casi para casos extremos. Pero es muy efectiva, ¿verdad? ¿A que pudiste dormir bien?

--¿Y cómo la conoces? ¿La has tomado?

--Sí, una vez. Cuando nació el zascandil que está ahí sentado --Volvió la

cabeza y señaló a Narian con ella--. Pero esa historia es para otro momento. Y sí, sabe horrenda, lo recuerdo.

--¿Me ayudas a ponerme el camisón?

--Claro.

Comprobamos que Narian no miraba, desplegó el biombo y nos colocamos detrás. Allí Ángela me ayudó a quitarme la camiseta de la clínica. Cuando vio las marcas en mi espalda se volvió a quedar impresionada.

--Hay que ser muy salvaje para hacer esto. Debió ser terrible.

--En eso estamos de acuerdo. Sí, lo fue.

Me puso el camisón. Tal y como había dicho, era muy ligero, de tirantes gruesos, y con botones por delante y por detrás, pero eran tan finos que no se clavaban y apenas se notaban. La tela era translúcida, pero estaba llena de pequeños lunares blancos bordados, y decorada con puntillas y encajes en los tirantes, el pecho, el cuello y el bajo. Era muy bonito y femenino, y lo más importante: muy cómodo.

--¡Ah! Se me olvidaba una cosa.

Sacó mi cepillo del pelo. Se puso detrás de mí, me quitó la venda y empezó a desenredarme las greñas con cuidado. Le llevó un buen rato, ya que la última vez que mi melena había visto un peine o un cepillo fue en la clínica del oeste, donde me lo lavaron y peinaron, y desde entonces habían pasado algunos días, pero Ángela estaba más que acostumbrada a mis greñas salvajes, y al cabo de un buen rato terminó de desenredarlas. Me hizo algunas trencitas con parte de mi pelo y me las sujetó con cintas de tela que, en conjunto, me daban un aspecto un poco más presentable. Volvió a colocarme la venda y me dio un espejito de mano para que me mirara. No había tenido la oportunidad de verme y la verdad era que tenía la cara hecha un cromo, toda hinchada y con moratones en las mandíbulas y heridas en las mejillas, en la frente y en la nariz.

--Nos tenemos que ir retirando, tesoro. He dejado el palacio solo y aún nos espera un trecho de vuelta. Volveremos pronto. No puedo venir todos los días, pero intentaré hacer un hueco.

--Claro. Gracias por venir, Ángela. De verdad. Me habéis alegrado la mañana.

Narian volvió hacia mí y se puso a darme besitos otra vez.

--¿Te vas a poner bien?

--Claro que sí, cosita. Con tus besitos me pondré bien muy pronto.

Me señaló la mano vendada.

--¿Vas a escribir y a comer con la otra mano?

--Espero que no haga falta. Me han dicho que ésta se pondrá bien.

--Si al final tienes que hacerlo, yo te ayudo mientras aprendes con la otra. Puedo escribir tus cosas y darte de comer.

La ternura infantil de Narian podía conmigo. Lo abracé y le estampé un besazo en la mejilla.

--¡Pero qué niño más bueno! No te preocupes, si mi mano no se pone bien, te llamaré para que me ayudes.

--¡Vale! ¡Y así me libro del colegio!

Empecé a reírme.

--Anda, ve con tu madre.

Me dijo adiós con la mano y salieron de la habitación.

## Capítulo 39

Westley llegó después de comer totalmente descansado, afeitado, limpio y oliendo bien. Lo primero que hizo al entrar fue darme un besazo que dejaba a los de las telenovelas a la altura del betún y que hizo que mi estómago empezara a retorcerse.

--Guau.

--¿Cómo se encuentra mi princesita valiente?

--Ahora mejor que nunca...

--Tienes mejor color. ¿Qué tal has pasado el día, preciosa?

--¿Qué día? Yo solo me acuerdo de este pedazo beso que me acabas de dar.

Volvió a besarme con la misma intensidad.

--¿Qué te has hecho en el pelo? Estás muy guapa.

--Ángela vino esta mañana a visitarme con su niño.

--¿Y este camisón tan sugerente?

--No es sugerente. Es de enferma. También ha sido cosa de Ángela. Me dijo que se pone y se quita fácilmente. Muy práctico para una chica enfermita como yo.

--¿Que se quita fácilmente? Muchacha, no me digas eso... que me haces imaginar cosas que no debo...

--¡No seas malpensado! --reí.

--Sí, sí, lo que tú digas, pero has cogido el doble sentido enseguida. ¿O acaso me lo decías con esa intención?

Me quedé alucinada.

--¿Qué? ¡Claro que no! --Seguí riéndome y fingí ponerme muy seria--. No serías capaz de meterle mano a una pobre enfermita, ¿verdad?

--De modo que quieres jugar a los médicos. No sabía que te fueran esos

jueguitos...

--Eh... --Noté que me estaba poniendo colorada. No quería decir eso en absoluto--. Claro que no.

--Tienes que decirme "Doctor, me duele aquí", y entonces yo te quito la ropa, y busco, y toco...

--Tú no eres de esos.

--Ponme a prueba.

Se había ido acercando poco a poco. Tenía su boca pegada a mi oreja y sentía su aliento. La idea me estaba empezando a atraer. Cerré los ojos. Noté cómo sus dedos me retiraban el pelo, bajaban muy despacito por mi cuello y repasaban mi clavícula mientras me rozaba con la nariz el lóbulo de la oreja y me daba diminutos besos debajo, en el cuello. Me estaba gustando demasiado.

--¿Estás segura de que se quita fácilmente?

--Pero qué has desayunado que vienes así...

--Tú solo dímelo, y paro.

--...

--¿Quieres que lo comprobemos?

--Sí. Compruébalo.

Empezó a aumentar la intensidad de los besos mientras me desabrochaba el camisón por delante. Puso las manos en mis pechos y empezó a acariciarlos despacito y con mucha suavidad. Noté que me bajaba los tirantes, así que saqué los brazos del camisón, lo abracé y de inmediato sentí sus manos acariciándome la espalda. Intenté desabrocharle la camisa, pero, con una mano vendada, no conseguí nada. Siguió besándome y acariciándome durante unos minutos hasta que paramos para respirar un poco.

--Me vuelves loco, princesita. No puedo creer que estemos haciendo esto en la clínica.

--La culpa es tuya, que malinterpretas lo que digo.

--Y tú has caído. Creo que los dos somos igual de culpables.

--Reconoce que llegaste un poco alegre con esos besazos.

--¿Y cómo no voy a estar alegre, sabiendo que me esperaba la chica más bonita y valiente que existe? Y me esperaba con un camisón erótico, nada menos.

--¡Que no es erótico! ¡Es de enferma!

--Ahora mismo no lo parece.

Me miré. De cintura para arriba no tenía absolutamente nada. Me tapé con los brazos.

--Sé perfectamente lo que tienes ahí, princesita.

--¡Serás...!

--¿Qué? ¿Qué soy? --rió.

Me quedé callada.

--¿Sabes lo que eres tú? --continuó--. Preciosa. Eres preciosa.

Con argumentos como esos, me desarmaba.

--Te quiero, Westley.

--Y yo a ti, princesita. Pero deberías volver a ponerte el camisón, no vaya a entrar alguien.

Tenía razón. Mientras él colocaba su maletín en la mesa, lo abría y empezaba a buscar cosas, empecé a recolocarme el camisón. Me coloqué un tirante con la mano izquierda y me di cuenta que no podría continuar mientras tuviera la derecha vendada. Me sentí inútil.

--Westley...

Me miró y rápidamente comprendió. Me ayudó a ponerme el otro tirante y a abrocharme los botones.

--¿Te ha dolido? --preguntó mientras lo hacía.

--¿El qué?

--Cuando te he tocado.



--No...

--Me alegro. Me preocupaba que pudieras llegar a coger miedo a que te tocara.

--También lo pensé, que quizás no fuera capaz de volver a estar contigo después de esto... pero no, no he sentido miedo. Contigo, no.

Me abrazó.

--Fuerte y valiente. Esa es mi chica --Me besó en la cabeza.

--Ah, Westley --me acordé--, tendrás que volver a conseguirme el extracto de no-se-qué.

--¿El qué? --Me miró como si estuviera loca.

--Pues eso. Para terminar lo que hemos empezado, ¿no?

--¡Ah! ¿Tan pronto?

--¿No son dos meses de espera? Dejé de tomarlo cuando... eso.

--¿Y seguro que quieres?

--¿Otra vez me lo preguntas? Claro que quiero, Westley.

--¿Después de lo que te intentaron hacer? ¿No es muy pronto?

--Ya te he dicho que contigo no tengo miedo. Además, tengo dos meses de espera por delante para ponerme bien del todo. Escúchame. No pude haber hecho mejor elección para mi primera vez y sé que ahora también estoy eligiendo lo correcto. Westley... de verdad. Me veo capaz de recuperarme y de que todo vuelva a ser como antes, pero necesito tu apoyo.

--Eso lo tendrás siempre, Melania --Sonrió--. Luego te traigo un poco del extracto. Ahora, deja que te ayude a ponerte de espaldas. Te tengo que revisar.

--Pero si me acabas de dar un buen repaso --reí.

Me miró sorprendido, con los ojos muy abiertos.

--Me parece que estás aprendiendo muy rápido, princesita.

## Capítulo 40

Durante los días siguientes sucedió algo muy extraño, y es que empezaron a llegar flores. Ramos grandes, pequeños o alguna flor suelta. Casi todos venían con notitas, y me sorprendí y emocioné a partes iguales al ver que las enviaban las gentes del pueblo. Panaderías, zapaterías, tiendas de alimentos, de artesanía, imprentas, herrerías, librerías... Me llegaban de todas partes y me deseaban que me recuperara lo antes posible. Algunas notas me decían directamente que estaban de mi lado, o que estaban conmigo, de nuevo la frase de que yo era su última esperanza, que mucho ánimo, que contaba con todo su apoyo, que si necesitaba cualquier cosa no dudara en pedirla... Me sentí abrumada y como si sobre mis hombros ahora cargara con algo muy grande y pesado, y ese algo se llamaba esperanzas del pueblo. De vez en cuando me volvía a acercar a la ventana y siempre veía algunos grupitos que esperaban verme para saludarme y lanzarme besos y demostraciones de cariño. Me halagaba, pero al mismo tiempo me abrumaba. Estas gentes estaban quizás confiando demasiado en mí, y yo no era más que una chica común y corriente. Princesa, sí, pero los supuestos poderes que tenía no sabía sacarlos a voluntad y mucho menos controlarlos, y no tenía peso alguno en las decisiones que se tomaban entre los muros de Palacio. Quería cambiar las cosas, pero llevaría tiempo y esfuerzo, y eso sí lo conseguía. No quería que nadie se sintiera decepcionado.

Westley me acompañaba tardes y noches y se iba a su casa a descansar por las mañanas. En cuanto llegaba, me daba la medicina para la neumonía y a continuación solía auscultarme y comprobar cómo iba mi enfermedad. Después, me hacía andar un poco para comprobar que no me mareaba y no se me agarrotaran los músculos de estar tanto tiempo sin movimiento. En algunos de esos paseos terminábamos abrazándonos y bailando muy pegados, lo cual

me parecía súper romántico y maravilloso, aunque no tuviéramos música. Por último, me daba la crema para los moratones. Algunas veces, mientras me la aplicaba, las manos se le iban y acababa usándolas con fines no muy terapéuticos, cosa que a mí me encantaba y admito que hasta lo deseaba.

Me encantaba ver trabajar a mi chico. Recuerdo que, cuando lo vi por primera vez, en la gala, no me pareció que tuviera pinta de médico, pero ahora me parecía el mejor médico habido y por haber. Actuaba con total precisión en lo que hacía, sin dudar jamás. Al revisarme, ponía un gesto muy concentrado y muy profesional, que me transmitía seguridad y confianza, y que me enamoraba.

Cuando me quitó las vendas de la mano, tuvo que ayudarme para empezar a usarla de nuevo, y lo hizo con una paciencia infinita, ya fueran mis progresos muchos, pocos, o ninguno. El primer día no sentía nada cuando me movía las articulaciones, no podía mover ni un dedo y estaba convencida de que mi mano había muerto, pero él estaba convencido de todo lo contrario y me juró mil veces que volvería a moverla como antes. Horas después, mis dedos empezaban a ejecutar torpes y pequeños movimientos, tal y como él dijo. Practicábamos varias horas al día para que mis dedos volvieran a recuperar la movilidad y la fuerza, y a él jamás se le borró la sonrisa ni las palabras de ánimo. A menudo usábamos sus propias manos para los ejercicios: para que se las apretara, para que entrelazara mis dedos con los suyos... Al principio me costaba, pero poco a poco, y gracias a Westley, mi mano volvió a la vida. A los pocos días conseguí volver a escribir, más mal que bien, eso sí, pero lo conseguí. Y se lo debía a él.

Westley no dejaba nunca que me volvieran los pensamientos de la cueva del terror mientras estaba despierta: intentaba que no pensara en ello, y cuando lo hacía y mi mente era invadida por la oscuridad, él conseguía abrir una ventana y volvérmela a llenar de luz, y sobre todo, de amor. Era el faro que

iluminaba mi océano en las noches oscuras y tormentosas, indicándome el camino a seguir. Me abrazaba, me acunaba, me acariciaba y me repetía una y otra vez que estaba a salvo y que no pasaba nada. También me repetía que él estaba ahí. Eso era lo que más me reconfortaba: me sentía protegida y arropada por él y por su amor.

Hacia el final del turno de noche, me daba un tranquilizante y se tumbaba junto a mí, abrazándome desde detrás, cogiéndome las manos y susurrándome al oído lo mucho que me amaba y que durmiera sin temor. Era, junto con los botes de lavanda y algunas hierbas que ponía bajo mi almohada, la única manera de tener un poco controladas las pesadillas.

No me habían vuelto a dar la medicina de los duendes, pues no era bueno tomarla muy seguido. Sin embargo, a pesar del tranquilizante y de los cuidados de Westley, alguna que otra mañana me despertaba sobresaltada, sin aire, temblando y gritando. Soñaba que volvían. Que atravesaban el pueblo, entraban en la clínica, aniquilándolo todo a su paso, y me secuestraban de nuevo con mucha violencia. Me llevaban a su guarida y volvían a someterme de nuevo a las mismas vejaciones que ya conocía, y a otras nuevas. Era horrible y espantoso. Balfia, la doctora jefe de la mañana, me tranquilizaba y me ayudaba como podía, pero yo me empezaba a desesperar. ¿Nunca iba a recuperar la normalidad? ¿En adelante no iba a poder dormir sin que me doparan? La neumonía desapareció en algo más de dos semanas, la brecha de la cabeza se cerró y me quitaron los puntos, los moratones remitieron, la mano estaba volviendo a ser lo que era, pero las pesadillas seguían ahí. Tenía miedo de que me dieran el alta, volver a Palacio y despertarme sola en la oscuridad de mi alcoba en mitad de la noche.

--Estoy para que me encierren en el manicomio Arkham.

--No sé que es el manicomio Arkham, pero estoy seguro de que no es cierto.

--En los manicomios meten a la gente con problemas mentales. A los que no pueden hacer vida normal porque están idos de la chaveta.

--No tienes problemas mentales. Y no estás ida de la chaveta, sea lo que sea eso.

--Westley. No puedo conciliar el sueño sin ayuda. Me despierto hiperventilando. Eso no es normal en una persona con la cabeza sana.

--Porque está muy reciente. Tu cabeza lo asimilará, ya lo verás.

--Pronto tendré que volver a Palacio, ¿verdad?

Hubo unos segundos de silencio.

--No sé cuando exactamente, pero me temo que sí. Leo me dijo que ya puedes valerte por ti misma y que había que ir pensando en el alta. No me mires así, que me partes el alma... Puedo pedirle a Leo que lo retrase unos días, pero no mucho más: no podemos, pequeña. Pero cuando estés ahí, si quieres, podremos vernos todas las noches.

--¿No trabajas?

--En estos días he hecho muchísimas horas cuidando a cierta princesita. Leo me ha ofrecido unas vacaciones. Así me gusta, esa es la sonrisa que yo quiero ver.

--Me gustaría seguir viéndote todos los días. ¿Me puedo volver a poner enferma?

--No, Melania, por favor. Cuando llegaste, pasaban las horas y no te despertabas, se me estaba yendo la vida. Cada vez estabas más débil y apagada. No recuerdo jamás haber sufrido tanto --Me besó en la frente--. No vuelvas a darme nunca un susto así.

--Pero me atendió el mejor médico del reino.

--No creo. Solamente el que más te quiere.

--No seas modesto. Yo misma te entregué el diploma.

--¿Sabes que estuve tentado de no ir a la ceremonia y pedir que me lo

mandaran por correo? Sí, en serio. Nunca me han ido ese tipo de eventos de ostentación, lujo y multitudes. Leo prácticamente me llevó arrastras. Dijo que para una vez en su vida que un alumno suyo había sido seleccionado, que no iba a permitir que se quedara en casa. Incluso me amenazó con pedir que no se me diera el puesto aquí si no iba.

--Vaya con Leo. Habrá que darle las gracias.

--Mejor no. La noche que llegaste me obligó a que le contara qué me pasaba contigo. Se lo dije... y en principio no se lo podía creer, luego parece que sí y me preguntó si había perdido la cordura. Y hace unos días lamentaba la hora en que me obligó a ir a la ceremonia.

--Oh. Me dijo que eras como un hijo para él. Siento si le he caído mal.

--¿Cómo vas a caerle tú mal a nadie? ¡Si eres encantadora! No, princesita. Él hubiera preferido que mi novia fuera una chica corriente del pueblo. Pero se alegra cuando nos ve así de felices. De verdad. Fue mi profesor, lo conozco de hace muchos años. Es algo gruñón a veces. Pero es buena persona. Le has caído bien, te lo aseguro.

Apoyé mi cabeza en su hombro. Me había acostumbrado tanto a estar con él que no quería que llegara nunca el día que me dieran el alta. Y menos para volver a esa gran mentira que era el palacio, donde ahora más que nunca tenía que andar con mil ojos y no bajar la guardia. Le había dicho a Ángela que las cosas iban a cambiar, y estaba decidida a ello. Las flores que me llegaban a diario me habían animado. Lo primero era cortar las cuerdas que me convertían en la marioneta del rey y demostrar mi independencia. No me volverían a mangonear ni a dominar. Había pensado mucho en las palabras que me dijo aquel tipo antes de liberarme, y en aquello de "Es usted nuestra última esperanza" que oí durante el desfile y que obviamente no iba dirigido a Obi-Wan. También que el pueblo estaba de mi lado, algo que las tarjetas de las flores me habían confirmado. Y quería, al menos, ver si podía hacer algo por

aquellas gentes. Porque parecía ser que ahora teníamos un enemigo común y que yo, por poco que pudiera hacer, era la única persona con la capacidad necesaria para hacerle frente.

## Capítulo 41

Clínica de Pueblo Palacio

Año de gracia 26 de Basileo

Mes sexto

Finalmente el día llegó. No había querido dormir aquella noche: quise quedarme con Westley hasta el último minuto de su turno. Ya dormiría cuando estuviera en Palacio. Westley me había metido en un cesto varios frascos de lavanda para que dejara abiertos en mis habitaciones y así me relajaran, y romero para ponerlo bajo la funda de la almohada y espantar los terrores nocturnos. Además, me dio un tarrito con el tranquilizante, para que lo mezclara con agua y lo tomara antes de acostarme, si lo necesitaba. Aún había noches en las que las imágenes de aquellos días volvían a mi cabeza y me despertaba gritando, pero habíamos conseguido dominarlo un poco y ya las taquicardias no eran tan fuertes ni me faltaba tanto el aire.

Unas doncellas de Palacio vendrían con ropa apta para salir, acompañadas de unos cuantos escoltas. Las doncellas me vestirían y me prepararían para irme, entonces yo me despediría del médico responsable que hubiera en ese momento, que sin duda sería Balfia, y fin de la historia: de vuelta a mi cárcel particular.

No era conveniente que Westley estuviera en la clínica cuando vinieran, ya que habría asistentes de Palacio, que podrían recordarlo, y no nos convenía que lo relacionaran con algo más que no fuera el día de la ceremonia, por lo que no podría estar conmigo cuando me fuera: tendría que irse antes, al final del turno, con Leo.

Antes de que se fuera, nos despedimos con un besazo de los que hacen historia. No quería irme. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Me la sequé.



--Ojalá pudiera hacer algo más por ti, preciosa.

--Ya has hecho mucho.

--No lo suficiente. Si hubiera alguna manera de hacer que no tuvieras esas pesadillas que te atormentan tanto... Se me parte el alma cada vez que me entero de que has tenido alguna, Melania.

Me aferré a él.

--Mentalízate de que esos salvajes no van a volver, ¿de acuerdo? Aunque el rey no quisiera ceder para rescatarte, eso no significa que vaya a abrirles las puertas de Palacio y dejar que se paseen por él como si nada. Ten en cuenta que su objetivo es él, no tú. Ya saben que tú no les sirves para nada; no se arriesgarán a secuestrarte de nuevo y con ello darles la oportunidad que los puedan apresar.

Asentí con la cabeza, sin despegarme de él.

--Venga, bonita. Todo va a ir muy bien. Ya lo verás.

Me abrazó y exhaló un hondo suspiro. Si alguna ventaja había tenido el secuestro, era que había fortalecido nuestra relación hasta el infinito y nos había hecho darnos cuenta de que nos queríamos con locura. Estaba muy feliz por tenerlo a mi lado, por saber que me amaba y que yo lo amaba a él, pero al mismo tiempo sentía un dolor amargo por la inminente separación.

--Recuerda que nos vamos a ver esta noche, ¿eh? Y ya falta un día menos para que podamos realizar nuestro sueño de estar juntos.

--No me voy a rendir, Westley. No dejaré que me controlen ni que me roben mi vida. No ahora que formas parte de ella. Que eres mi vida entera.

Me miró fijamente a los ojos, como si haciéndolo fuera a retenerme para siempre en sus retinas.

--Creo que nunca aprenderé a separarme de ti. Dioses, cómo te quiero.

Me besó tiernamente mientras me estrechaba fuertemente contra él. Cuando separó su boca de la mía, cogió mi mano y la puso en su corazón.

--Te quiero tanto que hasta me duele.

Volvió a besarme. Vaya si me dolía a mí también. Nunca pensé que fuera posible querer a alguien de esa manera. Lo abracé y besé yo también.

Estábamos en mitad de un beso súper apasionado con amplio derecho a roce cuando la puerta se abrió y entró Leo.

--¡La madre que...! ¡Por los dioses, Westley! ¡Está arremolinándose la prensa y la gente delante de la clínica esperando ver a la princesa salir! ¡Casi se nos cuele un periodista! ¿Queréis ocupar las portadas de los periódicos de mañana o qué os pasa?

Nos despegamos y me apresuré a recolocarme el camisón y cerrarme la bata. Desde que Westley me insinuó que el camisón era erótico, me daba corte que me lo vieran puesto sin la bata encima. Y más en la actitud en la que Leo nos acababa de pillar.

--Perdona, Leo. Lo siento.

--Lo siento, Leo --añadí yo también, con la vista baja. Me estaba poniendo roja como un tomate.

--Balfia se está cambiando y llegará enseguida. Mejor que no os vea como yo os acabo de ver. Si es que sois un par de inconscientes. ¿En qué estáis pensando? No, mejor no me lo digáis. No quiero saberlo. En la ignorancia está la felicidad.

Westley asintió mientras se abrochaba los botones de la camisa. Madre mía, qué corte. Leo nos había pillado metiéndonos mano.

Desde aquel primer día en el que me contó lo cercana que era su amistad con Westley, y en vista de que iba a pasar bastantes días ingresada, le pedí que me tuteara y se dejara de formalidades puesto que en la clínica yo era una paciente más. Además, me sentía incómoda, si eran tan amigos y como de la familia, de que me tratara como lo hacían los criados de Palacio.

Tras echarnos esa pequeña regañina (con toda la razón, hay que decirlo),

Leo se quedó unos momentos callado para luego dirigirse hacia mí, pero evitando mirarme a los ojos: él también se sentía algo incómodo con lo que acababa de ver.

--Este es el informe de tu estancia aquí, Melania. Es el simplificado, para que se lo queden en Palacio. El informe detallado es estrictamente confidencial, y como tal, se queda en la clínica, pero puede solicitarse una copia si la necesitaras. He puesto el estado en el que estabas cuando llegaste: neumonía y severos golpes, heridas y contusiones. Estos son los medicamentos y el tratamiento que te hemos suministrado, y por último las indicaciones a seguir a partir de ahora: el tranquilizante, romero y los frascos de lavanda. Las especificaciones de lo que te hicieron y las secuelas psicológicas están en el informe detallado. ¿Necesitas una copia?

--No, por ahora no será necesario.

Solamente me faltaba eso. Convertirme en la comidilla de Palacio y que me miraran con pena por los pasillos. Melania I, la torpe, la adorable, y ahora también la loca. No, gracias. Con que se supiera que llegué algo más que un poco pachucha, como decía la versión oficial, era más que suficiente. Pedí que lo redactaran así y tanto Westley como Leo lo consideraron una buena idea. Solamente Ángela sabía la verdad de lo que pasó y confiaba en su criterio para contárselo a quien ella estimara conveniente.

--Pues, muchacha, ha llegado la hora de que me despida. Yo ya me voy y te quedas con Balfia. Ha sido un placer tenerte con nosotros y haberte podido ayudar. Espero que nos volvamos a ver en mejores circunstancias.

--Gracias, Leo. Habéis sido todos muy amables.

Hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia la puerta. Me volví hacia Westley.

--Westley. Aunque viviera un millón de años, no me alcanzaría la vida para darte las gracias por todo. Gracias por sacarme del agujero. Por... mi

mano. Por no abandonarme. Por todo. Te quiero, Westley.

Sonrió.

--No tienes que agradecerme nada. Ya sabes, princesita, que es mi trabajo.

--Vamos, Westley --apremió Leo.

Westley me miró con mucha preocupación.

--Te quiero, preciosa.

Me dio un beso rápido y salió junto con Leo. Sentí cómo mi corazón se partía en dos y la mitad salía por la puerta con él. Me dije mil veces que esa noche lo vería de nuevo junto a las rocas, en la salida del pasadizo, pero aun así, seguía doliéndome. Éramos una misma cosa, indivisibles. En eso consistía estar enamorados.

## Capítulo 42

En cuanto puse un pie en la calle, oí los gritos de la multitud. Me estaban esperando y, desde la distancia que les era permitida, me saludaban, me aplaudían y me lanzaban vítores. Me quedé unos segundos quieta, sorprendida, mirando a toda la gente que me animaba desde la distancia, hasta que reaccioné y los saludé con la mano, dándoles mi mejor sonrisa. No podía creer que tantísima gente, sin conocerme de nada, estuviera ahí. Me querían. Ahora sí, estaba decidida, quería un mundo sincero y justo para todos ellos y estaba dispuesta a dar lo mejor de mí para conseguirlo. Con ellos junto a mí, las cosas cambiarían.

Los escoltas me sacaron de mis pensamientos revolucionarios cogiéndome con suavidad y con firmeza del brazo para que me dirigiera hacia la carroza, pero sacudí el brazo para quitármelos. Si no quería que me siguieran manejando, empezaría desde ese mismo día. El gesto no pasó inadvertido para la gente, que empezó a gritarme "Muy bien, princesa", "Así se hace" y similares. Y lo que hice me salió del corazón, sin pensarlo, fue un acto espontáneo: me dirigí a donde estaban y les cogí las manos que estiraban hacia mí, dándoles las gracias. Intenté dar la mano a todos los que me fue posible, pero en cero coma tuve a los escoltas pegados a mí, retirándome. Protesté, pero no me hicieron ni caso, prácticamente me llevaron a la carroza a la fuerza. No iba a permitir que me llevaran sin unas palabras de despedida, así que les dije que me soltaran un segundo, me volví hacia la gente, hice con la mano el saludo vulcaniano y exclamé: --¡Larga vida y prosperidad!

Y la gente me volvió a aplaudir y gritar entusiasmada. Volví por mi propio pie a la carroza, que no se dijera que los escoltas me tenían dominada. Durante el trayecto de vuelta, no me preocupé en absoluto. ¿Qué se lo decían al rey? Pues que se lo dijeran. A ver cuánto tardaba ese bastardo en darme la cara.

La llegada a Palacio fue parecida. Entramos por las cocheras, donde estaba Ángela, que me recibió con un abrazo y me llevó sin prisas a mis habitaciones. Me ayudó a quitarme la capa que llevaba encima del vestido, y enseguida vinieron algunas de mis doncellas, que me dieron una cálida bienvenida, y me dijeron que sentían mucho lo que había sucedido. Entre ellas estaban Susi y Kayla, las dos que me habían acompañado en el viaje, que se alegraron de verme otra vez allí. Entre Ángela y las doncellas distribuyeron los botes de lavanda por la alcoba y el romero bajo la almohada. No había agenda ni planes para mí ese día, de modo que Ángela me preguntó que quería hacer. Por supuesto, yo lo tenía claro: bajar a las cocinas. Allí todo el personal se emocionó al verme, y uno por uno me dieron un abrazo. La señora Potts (ya desistí de preguntarle su verdadero nombre) me dio un vaso de agua con fraselia, y me comentó que había rezado mucho a todos los dioses para que volviera sana y salva, y que se había prometido a sí misma que, si volvía, lo primero que iba a hacer era darme mi bebida favorita. Ángela trajo al pequeño Narian, que dio un gritito al verme y se abalanzó sobre mí con mucha fuerza, tanta que casi me hizo perder el equilibrio, para abrazarme. El resto de la mañana hasta la hora de comer transcurrió sin complicaciones: fueron todos muy cariñosos y amables conmigo. Después de todo, no estaba tan sola, incluso dentro de Palacio había gente que parecía apreciarme sinceramente.

Después de comer me tumbé en la cama y traté de dormir un poco. Me había hecho a la idea de que tendría pesadillas, de hecho, las esperaba. Pero no las hubo. Luego, cuando me desperté, fui a la habitación donde estaba el gran piano de cola y me senté a él. Elegí unas partituras y comencé a tocar. De todas las clases que daba en Palacio, esa quizás era la que menos me disgustaba. No tenía claro que me fuera a ser útil algún día como princesa o como reina, pero aquella tarde tenía ganas de tocar. Dejé que mis dedos se deslizaran por las teclas, y no me preocupaba cuando me equivocaba de nota o

mis dedos se iban donde no debían. Toqué, toqué y toqué. Nadie me interrumpió ni me molestó. Ni siquiera me di cuenta cuando atardeció y la luz dejó de iluminar las partituras. Yo seguí tocando y tocando, repitiendo las mismas melodías melancólicas que mis manos ya se sabían de memoria, aunque no por ello dejaban de equivocarse. Finalmente paré y me sentí desahogada e incluso algo liberada. Estaba sudando y la habitación estaba casi a oscuras, pero no me había dado cuenta sino hasta ahora. Me quedé unos minutos sentada, quieta, sin tocar ninguna tecla. Finalmente, me levanté, bajé la tapa del piano y volví a mis habitaciones. Encendí las luces, cogí un libro de mi biblioteca y me senté en el canapé para leer, pero mi cabeza no estaba allí. El tiempo pasaba y yo, aunque tenía la vista fija en el libro, no leía en absoluto. Las melodías que había tocado al piano sonaban una y otra vez en mi cabeza. Me sentía rara, y sabía perfectamente lo que me pasaba. Me asomé al balconcito y respiré el aire de la noche. Ya no era la misma que se fue hacía un mes. Esa niña inocente ya no volvería. Ojalá fuera así de sencillo pasar página.

Cené algo, e inmediatamente después atravesé de nuevo el pasadizo. Westley me estaba esperando con un par de mantas. Una la había extendido sobre la hierba, la otra permanecía doblada por si yo tuviera frío y necesitara taparme. Apenas nos dijimos nada; en cuanto salí, él ya estaba ahí para recibirme, me llevó a la manta y ahí nos tumbamos y nos abrazamos. No me soltó ni un segundo, siempre me mantuvo fuertemente sujeta contra su pecho, y nos quedamos toda la noche bajo las estrellas, disfrutando de la compañía y sobre todo del amor que nos dábamos. Me había acostumbrado tanto a la seguridad que representaban él y sus abrazos, que no me di cuenta de que me había adormecido escuchando su corazón hasta que le oí susurrar a la noche: -Ahora más que nunca, doy gracias a los dioses por haberme dado una chica tan especial y tan valiente. Y también por no habérmela arrebatado.

## Capítulo 43

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 26 de Basileo

Mes séptimo

En los días siguientes intenté informarme de las cosas que me interesaba aprender. Estaba decidida a tomar clases de defensa personal o cualquier cosa que se le pareciera. Me parecía increíble que a Ailein se le hubiera enseñado a defenderse contra un posible ataque, gracias a lo cual escapó, y a mí no.

--No hay profesor para eso que quieres, Melania. Además... se supone que tú eres una princesa educada. No vas golpeando a la gente.

--No se trata de golpear a la gente, Ángela. Si hubiera sabido algo de esto que quiero, no me habrían raptado. Solo lo usaría ante casos como ese.

--Aun así, no hay profesor. Lo siento, hija. No puede ser.

--¿Pero qué me estás contando? Que tenemos ejército, Ángela, venga ya.

--Pero no se los entrena aquí, sino en las Escuelas Militares. Que están bastante lejos. No podemos mandarte allí.

--¿Y los que están aquí? ¿No puedo aprender con ellos?

--No hay profesor.

--Bueno, pues esgrima, entonces.

--Eso se aprende desde muy pequeño y se entra a la Escuela Militar ya sabiendo.

--¿Y quien lo enseña?

--Suele ser de padres a hijos.

--Tiro con arco.

--Eso solo se aprende en las zonas donde viven los elfos.

--¿Boxeo? ¿Karate?



--¿Qué es eso?

El asunto ya me estaba empezando a parecer surrealista.

--Ángela, en serio, tiene que haber algo. Tengo que aprender a defenderme.

--Para eso tienes a tus escoltas y al ejército.

--¿Y me puedes decir dónde cojones estaban cuando me secuestraron?

Ángela se quedó callada.

--O sea que... No puedo aprender a valerme por mí misma. Tengo que confiar en que haya siempre alguien que me salve. Alguien que haga las cosas por mí. Alguien que piense por mí.

--Eres una princesa.

Me quedé unos segundos buscando las palabras.

--¿Y eso significa que... que... debo ser anulada como persona?

--Dicho así, suena muy mal.

--¡Pero es lo que me estás diciendo! ¡Es lo que hay!

--El rey lo dispuso así.

--El rey --Comencé a caminar por la habitación --. El rey --Tenía una rabia acumulada contra él que quería salir. Intentaba contenerla, Ángela no se merecía que estallara--. El maldito hijo de puta que es el rey.

--Melania, he sido bastante paciente estos días por consideración a lo que te ha sucedido. Pero no te consiento que hables de ese modo, y menos refiriéndote al rey. Es quien nos gobierna, y todos, incluida tú, le debemos un respeto.

--¿Respeto? --Empezaron a temblarme las manos de la rabia-- ¿Respeto? ¡Estuvieron a punto de matarme y les dio el visto bueno! ¡Prácticamente los animó a que me violaran y me destrozaran! Por su culpa he pasado la peor experiencia de toda mi vida. ¿Y me pides que lo respete? No. Ángela, lo siento, pero no. Y te digo una cosa: no siempre va a ser él el rey. Algún día yo me sentaré en el trono. Y ese día pienso meterle a ese bastardo un palo por el

culo y sacárselo por la garganta. Le cortaré las pelotas y se las haré tragar. Juro que llegará el día en el que pagará por todo lo que me ha hecho. Y ese día deseará estar muerto.

Ángela me miraba asustada. Estaba pálida.

--Melania, los juramentos aquí son algo muy serio.

--Lo sé.

## Capítulo 44

Ángela me interrumpió una tarde mientras estaba leyendo en mi saloncito. Me contó que esperábamos en los próximos días la visita de un caballero elfo, que había venido a entablar relaciones diplomáticas.

--Pues muy bien. Que disfrute su estancia.

--Para eso estas tú.

Levanté la vista del libro.

--¿Perdón?

--Vas a atenderlo tú.

--No quiero volver a ver un puto elfo en lo que me queda de vida.

--Este no es de aquella colonia, no tiene nada que ver con ellos. Ni remotamente.

--Me da lo mismo. Mi respuesta es no.

--Melania, vas a hacerlo.

--He dicho que no.

--No te lo he preguntado. Es tu deber. ¿En tan poco tiempo has olvidado todo lo que se te ha enseñado?

--Que lo haga el señor hijo de puta. Ah no, perdón, el rey.

--Vuelve a hablar así y... y...

--¿Qué? ¿Qué me vas a hacer?

--Vas a hacerlo, Melania. Te guste o no. El rey no está y tiene que haber un representante de la Casa Real que lo atienda. Es tu obligación. Juraste atender los intereses de la Corona. Si no lo haces, vete preparando para deshacer tu juramento y volverte a tu mundo.

Cerré el libro bruscamente y la miré con odio.

--¿Y tú cómo rayos sabes lo que yo juré?

--Melania, ese no es el tema. Mañana vendrá una persona que te pondrá al

día respecto a quién es ese elfo y lo que quiere.

--Y también sobre lo que debo decirle, aunque no esté de acuerdo, ¿verdad? ¿También debo levantarme la falda y ponerme a cuatro patas?

--¿Pero qué te pasa? ¿Desde cuándo te has vuelto tan impertinente y maleducada?

--¿Que qué me pasa? ¿Que desde cuándo? ¿En serio me lo preguntas?

--Volviste de la clínica hace casi un mes, y no dirás que no hemos sido comprensivos. No te hemos negado nada. Se te ha permitido hacer lo que quisieras. Chiquilla, la vida continúa. Tienes que seguir adelante. Por favor, Melania. Tú eras una niña muy dulce. Tenías tu carácter, y eso estaba bien, pero mira en lo que te has convertido.

--En lo que me han convertido, querrás decir. ¿No es eso lo que querían? ¿Anularme y convertirme en otra persona? Pues lo han conseguido. Pero, ¡ups!, no la persona que ellos buscaban.

--Melania, no es eso. No puedes seguir autocondolerte el resto de tu vida. Sé que no es fácil superar lo que te ha pasado. Pero lo hecho, hecho está.

Cierra los ojos, tranquila y respira. Tranquila y respira. El consejo de Westley funcionaba.

Ángela tenía razón. No podía dejar que lo que sucedió condicionara el resto de mi vida para siempre. Ni que me cambiara el carácter. Westley había puesto todo su empeño y todo su amor para que no fuera así. Él se enamoró de la chica que era antes de todo lo que sucedió, y dio lo mejor de sí mismo para que esa chica no fuera reemplazada por otra. Aunque solamente fuera por él, tenía que hacerlo. No podía permitir que la rabia y el rencor fueran más fuertes que yo. Pero solamente pensar en el rey pegándose un banquetazo y riendo y celebrando con los elfos mientras a mí me estaban destrozando me hacía hervir la sangre.

--Vamos a hacer una cosa, Ángela. Yo atiendo al caballero elfo de buen

grado. Recibiré la información que me den acerca de él y trataré de dejar en buen lugar a la Corona. Pero tú no me vuelves a mencionar al rey jamás. Ese malnacido no merece ocupar ni uno solo de mis pensamientos. Ni merece que yo sienta esta rabia que siento por su culpa. No me lo menciones. Nunca.

--Hija mía, yo puedo hacer eso que pides. Pero sabes tan bien como yo que algún día tendrás que volver a verlo.

--Y entonces le diré a la cara todo lo que se merece. A él. No a ti. Perdóname, Ángela. Pero es que... no es fácil.

--Claro que no, mi cielo. Nadie dijo que lo fuera.

--Me hicieron muchísimo daño. No te lo puedes imaginar. Y pensar que todo se podría haber evitado... si el rey hubiera cedido un poquito... si hubiera sido un poco más humano...

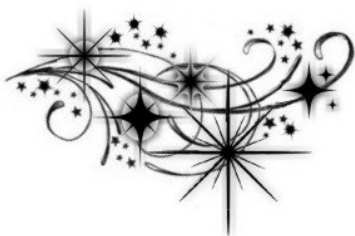
--Su símbolo es la piedra. Inamovible contra cualquier elemento. Nadie lo tumba ni lo desgasta.

--Sí, podría ser. O porque en su pecho no tiene corazón, sino un trozo de piedra. No tiene sentimientos. Solo quiere... estar ahí.

--Bueno, y tú eres la estrella. ¿Le has buscado algún significado?

Negué con la cabeza.

--Ya lo encontrarás. Pero yo te digo desde ya que lo que este reino necesita es menos piedras con las que tropezar, o que interrumpan el paso, y más estrellas que iluminen el camino en las horas oscuras.



Todas las noches, en cuanto salía del pasadizo y Westley me esperaba en las piedras para ayudarme a bajar, no podía esperar para lanzarme a sus

brazos y llenarlo de besos. Él me los devolvía y conseguía que, al menos por unas horas, me olvidara de todo lo que pasaba dentro de los muros de Palacio. Me preguntaba qué tal me había ido cada día, pero no insistía si yo no quería hablar. Cada día estábamos más felices y más enamorados. Por un lado, yo quería hacerle caso y largarme definitivamente con él a vivir nuestro sueño, pero por otro sentía que les debía algo a las pobres gentes del pueblo. Si no hacía nada, era como si les abandonara a su suerte. Irme lejos y dejar que los demás se apañaran era justo lo que hacía el rey, la última persona a quien deseaba parecerme. Se lo comenté a Westley y me abrazó.

--Princesita, tienes un corazón enorme.

--¿Qué debería hacer, Westley?

--Eso, mi vida, solo puedes decidirlo tú. Y, sea lo que sea, yo te apoyaré. Si nos vamos ahora, será duro, porque llevo menos de un año trabajando en la clínica y aún no tengo demasiado dinero ahorrado, pero estarás conmigo y eso lo compensará todo. Y si nos quedamos, estaré orgulloso de mi chica que va a cambiar el reino. Y por supuesto que quiero ser testigo de ese cambio. Cualquiera de las dos cosas me parece bien. Estaré a tu lado elijas lo que elijas.

--Pero Westley, es una decisión de los dos. ¿Tú que harías? ¿Qué crees que es lo mejor?

Se quedó pensando unos segundos.

--Sinceramente, preciosa, creo que lo más sensato es que sigamos aquí por un tiempo. El suficiente como para que pueda ahorrar un poco. Y entonces nos iremos. Puedo intentar hacer más horas...

--No, Westley, no. Eso no. Apenas nos veríamos si lo hicieras.

Me apretó contra su pecho.

--Lo sé. Es lo que sería más difícil. Está bien. Seguiré con las horas que hago como hasta ahora.

--Oye, no te he vuelto a preguntar. ¿Leo te dijo algo más? Después de que me fuera, quiero decir.

Empezó a reírse.

--Pues sí, princesita. Sí que lo hizo.

--¿De qué te ríes? ¿Qué pasa?

--Pues que la última vez que nos vio juntos, ya sabes cómo estábamos.

Lo recordé claramente: yo tenía una mano por debajo de su camisa y él una por debajo de mi camisón, en mi culo. Nos pilló con las manos en la masa, nunca mejor dicho. Estábamos dándonos un beso tan apasionado que no reparamos en su presencia hasta que habló.

--No volvió a dirigirme la palabra ese día, y créeme que eso es muy raro en él. Al día siguiente sí lo hizo, pero eran solo cosas del trabajo. Estaba muy callado, y mira que él y yo nos llevamos muy bien. Le pregunté qué le pasaba, si tenía algún problema conmigo... y al principio lo negaba, pero luego me dijo que no sabía cómo mirarme a la cara después de haber visto lo que estábamos haciendo --Rió a carcajadas--. Que prefería no saber si acabábamos de empezar o de terminar.

--¿De empezar o de terminar? No pensará que tú y yo...

--Lo piensa, princesita. No es tonto. Desde que te despertaste, estábamos juntos tardes y noches. Tuvo una charla conmigo la noche siguiente a la que te despertaste, y me exigió que respetáramos la clínica. Pero sabiendo como sabe que somos algo más que médico y paciente, da por hecho que algo ha pasado. Solo que prefiere que no se lo confirme. Claro que no es lo mismo saberlo que verlo con tus propios ojos.

--Pero si tú y yo nunca llegamos a... a hacerlo en la clínica.

--Tú y yo lo sabemos. Él cumplió con su parte recordándome que la clínica no está para hacer ese tipo de cosas. Pero también me prohibió que le diera un solo detalle. En la ignorancia está la felicidad, suele decir.

--¿Y entonces cree que tú y yo nos pasábamos el rato...?

--Apuesto a que sí.

--¡Ay, qué vergüenza!

Se partió de risa.

--¡Pero qué inocente eres, princesita! No le des tanta importancia. ¡Si es lo más normal en una pareja!

--Ya, pero... No sé...

--Me dijo que te invitara alguna vez fuera de horas de trabajo, si querías. Que estaría encantado de conocerte mejor y en otras circunstancias.

--¿En serio?

--Claro, preciosa. Ya te dije que es buena persona y que le habías caído bien. ¿Te apetecería que nos viéramos una noche los tres?

Sonreí. Me hacía ilusión que Westley me presentara a Leo no como su jefe, sino como su amigo. Me gustaba que me fuera introduciendo cada vez más en su vida.

--Cuando me digáis, Westley.

Me levantó la cabeza y nos besamos. Dejé que su lengua acariciara mi boca y que su cuerpo hiciera presión hacia abajo hasta tumbarme sobre la manta. Ahí, siguió besándome y repasando mi cintura por encima del vestido. Yo hice lo mismo por encima de su chaleco, y me dejé llevar, de hecho, mis manos también lo hicieron y acabaron desabrochando su chaleco y metiéndose por debajo de su camisa, tocando su pecho. Cuando mis dedos rozaron sus pezones, paró.

--Melania...

Abrí los ojos y me di cuenta de dónde tenía la mano.

--Perdona.

Hice ademán de sacarla, pero él la sujetó.

--¿Cómo me pides perdón? Si me encanta... pero... Dioses, no puedo.



¿Sigues tomando el líquido que te di?

--Sí, todos los días. Pero aún nos faltan unos pocos días para los dos meses.

--Lo sé... Créeme que yo también llevo la cuenta.

Volvió a besarme, y su mano esta vez se dirigió hacia mi culo. Se apretó contra mí y pude sentir una ligera presión que indicaba lo que estaba deseando hacer. Llevé mi mano hasta ahí y él me la detuvo al segundo.

--¡No, Melania, no! --Se retiró un poco, jadeando-- Que no respondo... dioses... ¿cuándo fue tu última regla?

--Acabé esta semana. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

--Pasa, princesita, que me vuelves loco. Que cada vez que te veo estás más guapa y que no soy de piedra.

Piedra. Maldita sea. Todo tenía que recordarme lo mismo. Pues no. Esta vez no iba a consentir que su sombra me estropeará una noche con mi amor. Empecé a desabrocharle el cinturón, y rápidamente me frenó.

--Chiquilla, ¿qué haces?

--¿No quieres?

Se quedó unos segundos callado y muy sorprendido.

--Por... por mucho que me apetezca hacerte el amor ahora mismo, no voy a hacértelo en medio de un bosque. Tú te mereces un sitio mejor.

--Vamos a tu casa.

--¿Pero qué te ha dado, muchacha?

--Westley, yo lo estoy deseando...

Me echó una mirada que me llegó al alma y me la traspasó.

--Está bien. Vamos.

Nos dimos prisa, y en poco rato estábamos en su casa. O más bien, en su cama, porque no perdimos el tiempo hablando. Después de más de tres semanas en la clínica en las que raramente se limitaba a hacer solamente una

revisión o a darme crema y mantener las manos alejadas, cada vez nos costaba más parar y no ir más allá.

Nos arrancamos la ropa como si nos fuera la vida en ello y antes de darme cuenta ya tenía su boca en mi cuello y sus manos apretándome el culo con fuerza. Seguimos con movimientos bastante rápidos y firmes, lejos de las caricias suaves que nos dábamos en la clínica, y en pocos minutos abrí las piernas para que se metiera entre ellas. Volvió a preguntarme si eso era lo que de verdad quería antes de dar el último paso y mi respuesta fue afirmativa. Sus jadeos y gemidos se mezclaron con los míos mientras nos agitábamos y estremecíamos en la cama, hasta que, tras una fuerte convulsión final, paramos. Nos quedamos unos minutos quietos, recuperando el aliento, hasta que se retiró y se puso a mi lado.

--¿De verdad era esto lo que querías, Melania?

--Ya te dije que sí. ¿Sucede algo?

--Que me preocupa que lo uses como vía de escape.

Giré la cabeza y mi mirada se encontró con la suya. No sonreía.

--¿Te ha molestado?

Negó con la cabeza lentamente.

--La primera vez que lo hicimos me dijiste que querías que fuera bonito, y yo hice todo lo que pude para que lo recordaras como algo especial. Pero que la segunda vez haya sido tan... distinta, me hace pensar que lo que te ocurrió te ha cambiado más de lo que me gustaría.

Noté que el corazón se me encogía. Ya habían cambiado demasiadas cosas, y precisamente lo único que no quería que cambiara era mi relación con Westley. Tal y como había empezado esa conversación, no auguraba nada bueno. Westley era lo único que me quedaba. Sin él, perdería mi único y más grande apoyo. No podría resistirlo.

--Westley, mis sentimientos por ti no han cambiado. Te quiero.

--Y yo a ti --Las comisuras de sus labios esbozaron una ligera sonrisa--. Pero la chica que traje aquí hace dos meses era dulce y curiosa, quería aprender cómo se hace el amor, y para mí fue un privilegio enseñarla. Pero con una sola vez no se aprende como para que la segunda sea tan mecánica como estabas pretendiendo. Me ha dado la impresión como si... --Pensó con la mirada en el vacío durante unos segundos--. No, mejor... Nada.

--¿Como si qué? Dímelo, Westley.

Suspiró y miró al techo. Tardó unos segundos en contestar.

--Me ha recordado a las fiestas de mi primer año de estudiante. Allí todo era muy mecánico, sin sentimientos de por medio.

--Pero tú y yo nos queremos --repuse.

Volvió a mirarme.

--Por eso precisamente me preocupa que lo hagamos como si no sintiéramos nada.

Entonces comprendí. La boca se me abrió ligeramente y lo miré con angustia.

--Perdóname, Westley.

La mirada que me dirigió a continuación fue de sorpresa.

--No me pidas perdón por esto. Yo también he tenido algo que ver en el asunto. Era una reflexión para los dos. Tanta culpa tienes tú como yo.

Tragué saliva y miré sus preciosos ojos del color del mar. Le acaricié la mandíbula y le besé suavemente los labios.

--Nuestra primera vez para mí fue muy especial. Y no quiero que ninguna de las posteriores veces que lo hagamos deje de serlo. Tenías razón, Westley. Quizás haya usado el sexo como vía de escape, y no quiero. No quiero que esto me haya cambiado así, no quiero dejar de ser la que era.

Sentí sus manos recorriendo gentilmente mi espalda y atrayéndome hacia él. Me dejé abrazar y apoyé la cara contra su pecho.

--Estamos juntos en esto.

Jugueteé con el vello de su pecho. No tenía mucho, solamente por la zona central, igual de claro que el pelo de su cabeza, pero el de su pecho estaba graciosamente rizado. Moví los dedos en círculos y estiré alguno de los pelitos, que rápidamente volvía a su forma original. Oí a Westley emitir una leve risa, lo miré y lo descubrí observándome sonriente. Levantó un poco la cabeza de la almohada y me besó en el pelo.

--Me quedan pocos días de vacaciones. Dentro de nada tendré que volver a la clínica por las noches.

--Fue bonito mientras duró. He sido muy feliz todas estas noches, cuando salía y te encontraba ahí.

Me cogió un mechón de pelo y se lo enrolló en el dedo.

--Al final me salí con la mía y pude verte con tu melena de recién levantada.

--Si después de verme así, aún me dices que soy preciosa, lo tuyo ya no tiene remedio. Me temo, doctor, que usted necesita gafas.

Rió.

--Estabas muy graciosa con todo el pelo descontrolado y en la cara. Pero reconozco que hubiera preferido no vértelo nunca con tal de que no hubieras entrado en el estado en el que entraste en la clínica.

--Pues yo fui muy feliz esos días a tu lado.

--Prefiero quedarme con los días después de que te despertaras. No con la noche que llegaste y todo el día siguiente. En mi vida lo había pasado tan mal. Creí que te perdía. Pero gracias a los dioses, no sucedió. Estás aquí.

--Y te quiero.

--Y me quieres --Sonrió--. Estás aquí y me quieres --Me abrazó muy fuerte contra sí y me besó en la cabeza--. No sabes lo afortunado que me siento. Yo también te quiero. No podría vivir sin ti.

## Capítulo 45

Le advertí a Ángela que no volvería a ponerme un corsé. Aceptaba que me pusiera un vestido con cuerpo rígido, pero jamás me volvería a poner una jaula que no me dejara respirar. Y lo mismo para los tacones. Estaba harta de andar trastabillando por los pasillos y perdiendo el equilibrio. No quería volver a fastidiarme un tobillo, así que le dije a Ángela que un poco de tacón era aceptable, pero que se olvidara de que fuera por ahí prácticamente de puntillas. Que fuera avisando a la modista para que me hiciera los vestidos con mis medidas reales, sin corsé, y al zapatero para que de ese día en adelante me hiciera zapatos de chica joven, no de diva eurovisiva. Para todos los eventos. Y eso incluía la próxima visita del caballero elfo al que iba a atender.

Maldita la gracia que me hacía. Después de lo que sucedió, no quería volver a ver un elfo jamás. Los consideraba también culpables de lo sucedido, ya que todo empezó con un tratado que se firmó conjuntamente entre humanos y elfos. Los mestizos dieron por hecho que yo había sido parte aprobante en él, y quisieron hacerme pagar por ello de la manera más brutal de la que fueron capaces. Eso, sumado a que no pudieron utilizarme como moneda de cambio, había dado como resultado los peores días de mi vida. Intentaba pasar página y olvidarlo, pero algo así no se olvida tan fácilmente. Y el tener que volver a ver a un tipo con orejas picudas y pinta de guerrero, no ayudaba. Me decía a mí misma que pensara en Legolas y en mi libro favorito. Eso lo suavizaba un poco, pero no mucho.

Para atenderlo me pusieron un vestido muy diferente a todos los que había usado. Era de corte medieval, con mangas acampanadas y escote en pico. De color blancuzco y con todas las cintas y ribetes en un precioso color dorado; además era muy vaporoso y cómodo. Sobre el vientre tenía una gran pieza

rígida en varios tonos dorados que me sujetaba un poco, pero sin ahogarme, y levantaba mi pecho de manera notable. Esto era un escote y lo demás tonterías. ¡Si Westley lo viera! Sonreí pícaramente con la idea de enseñárselo. Me pusieron en el cuello la cadenita con el colgante de las estrellas, mi símbolo, y luego pasaron al maquillaje, que fue el mismo de siempre: discreto y rápido, con luminosidad en los ojos y brillito en los labios. Volvieron a pasarme una lima por toda la superficie de las uñas, las repasaron bien para que fueran perfectamente ovaladas, y las pintaron de un suave color dorado, con los bordes blancos. Con respecto al pelo, no me hicieron pasar por el cacharro que me lo freía. Simplemente estiraron, estiraron y estiraron hasta que mi melena, unos mil años y tres mil litros de sudor (de las pobres doncellas) después, estuvo lisa como una tabla. Cogieron unos mechones de las sienes y de la frente y me hicieron varias trencitas, que unieron por detrás en una sola. Adornaron el resultado final con unas perlititas blancas y ya estaba lista.

Me acompañaron a un saloncito destinado a recepciones pequeñas, como lo era ésta, y allí pude ver al invitado, que se levantó en cuanto entré. Era muy alto, y con una melenaza rubia platino que haría palidecer de envidia a cualquier princesa Disney. Por supuesto, tenía orejas picudas, y vestía una armadura que parecía salir del mismísimo corazón del bosque: tonos verdes y marrones, y detalles que imitaban hojas y troncos en varias zonas.

--Es todo un honor poder conocerla, princesa. Mi nombre es Laophffenor, hijo de Deophffenor.

--Yo soy Melania, hija de Manolo.

Inmediatamente quise no haber dicho esa burrada. Hizo una reverencia y yo le correspondí con otra. Continué: --El placer es mío. Por favor, tome asiento. Siéntase como en su propia casa.

El elfo obedeció, y yo también me senté, frente a él. Me notaba nerviosa, y no porque no me hubieran preparado para la recepción. La sombra de todo lo

que me había sucedido planeaba sobre mí, y en mi cabeza tenía una bomba de relojería que podía estallar en cualquier momento.

--Usted dirá qué puede la Casa Real de los humanos hacer por su raza.

--Gracias, princesa. Verá, vengo directamente desde la fortaleza de los elfos en la circunvalación 112 este. Ignoro si usted ha oído hablar de ella.

--No tengo el gusto, pero sin duda sería un honor poder visitarla personalmente. --"Y unas narices. No vuelvo a una fortaleza élfica en lo que me queda de vida", pensé.

--El asunto que me ha traído hasta aquí, princesa, es que, desde hace algunos años, los humanos se han apropiado de nuestras tierras. Han talado nuestros bosques y nos han dejado sin árboles para poder formar su pueblo. Dicho pueblo se ha extendido hasta nuestra fortaleza, y el siguiente paso que su raza desea dar es eliminarla para seguir expandiéndose por nuestras tierras.

Un momento, un momento. Aquí alguien me estaba vacilando. Se me había dicho que el elfo venía para hacer acuerdos diplomáticos. No para ponerme una reclamación por un puñado de tierras en donde yo ni pinchaba ni cortaba. Volví a ponerme nerviosa. Otra vez las malditas tierras. ¿Qué les pasaba a los humanos y a los elfos con las tierras? ¿Por qué me tenía que comer yo sus marrones? En ese momento en mi cabeza apareció el violador cogiéndome por el cuello y contándome la historia de las tierras de su familia. Me dio un violento pero breve temblor y pegué un pequeño grito.

--Disculpe, princesa, ¿se encuentra usted bien?

No. No me encontraba bien. En mi cabeza había una bomba y el momento de la detonación se estaba acercando más y más. Cerré los ojos con fuerza, apreté los puños y respiré hondo.

--Continúe, por favor.

--No sé si usted sabrá que los humanos, ante su superioridad en número, han dispuesto que seamos confinados en reservas, de las cuales solo

saldríamos en máximo de a dos y durante ciertas horas del día.

--¿Reservas? ¿Cómo los indios?

--¿Perdone, princesa? Ignoro lo que son indios...

--Nada. No me haga caso.

--Desciendo de una ilustre estirpe de nobles elfos. Soy caballero, de cuna y casta, y el tener que aceptar tales condiciones humillantes representaría una deshonra no solo para mis antepasados, sino también una traición a las generaciones venideras. Consideramos que lo que nos propone su raza es harto injusto y desfavorable.

--En mi humilde opinión, también lo es. ¿Qué medidas han tomado ustedes? Porque supongo que el venir a hablar con la Casa Real es un recurso un tanto extremo. ¿Han intentado solucionar el conflicto por otras vías?

--En efecto, princesa. Hemos tenido un sinnúmero de reuniones con el pueblo humano en expansión, pero, como le indiqué, su superioridad numérica juega en nuestra contra. Antes de llevar la lid ante el rey de los elfos y con ello desencadenar una posible contienda, hemos creído conveniente solicitar amparo por parte de la Casa Real humana.

Por un momento pensé en la posibilidad de mandar al caballero a pastar y que se desencadenara una guerra. Con suerte, los mestizos cabrones que casi me mataron tomarían parte en ella y sería una buena ocasión para acabar de un plumazo con tanta historia y tanta porra por las tierras. Pero eso no me iba a devolver la paz ni a borrar de mi cabeza todo lo que me hicieron. Además, no era lo más indicado. Si otros reyes, en el lugar en el que me encontraba yo en ese momento, declaraban la guerra, eso era asunto de ellos. Mi reinado iba a ser el de la paz y la armonía entre razas.

¿Qué se suponía que tenía que hacer yo ahora? Me habían preparado para una reunión en la que tendría que decir un montón de palabras enlatadas y vacías que sonaban muy bien y que nos abrirían el camino hacia la diplomacia.



Todo lo que fueran acuerdos de cooperación y convenios que favorecían a la Corona, yo tenía que decir que sí y que estaría encantada, y bla bla bla. Pero no me habían preparado para este caso.

--Entonces, dados los hechos relatados, ¿Cuál es su petición?

--Mi petición, y mi deseo, es que sea la Casa Real del reino humano quien se desplace hasta la zona y ponga fin a las nefastas intenciones de su pueblo, asimismo, que también se nos devuelvan las tierras arrebatadas y se nos proporcionaran los servicios de uno o varios hechiceros para poner traer nuestro bello bosque de vuelta, y, por último, deseamos de parte de la Casa Real una compensación por todos los daños causados, por ejemplo, cediéndonos una parte de las tierras colindantes con la extensión equivalente como mínimo al cuádruple de nuestro pueblo, para así evitar que el conflicto pudiera repetirse.

Menudo morro. Y de paso le traigo una negra que le abanique con todo al aire, no te fastidia.

--Me temo, Caballero Laophffenor, que no está en mi mano ni es potestad mía firmar un acuerdo como el que me está proponiendo. Para asuntos de tal calibre, quizás debiera elevar primero el conflicto ante el rey de los elfos, y que sea él en persona quien trate con el rey Basileo.

--No creo que sea necesario llevar el asunto hasta esos extremos, princesa. Estoy seguro de que usted y yo nos vamos a entender muy bien.

En ese momento colocó su mano sobre la mía, sobre la derecha, la que me habían machacado, y la bomba de mi cabeza estalló. Sentí un calambrazo y en mi cabeza apareció el niño pisoteándola con saña. Pegué un chillido y me fui bruscamente hacia atrás, cayéndome al suelo de espaldas. El caballero se levantó y fue hacia mí, pero yo no lo vi a él, sino a un monstruo como los que me habían atacado en la cueva, lo que me hizo temblar de terror y pegar un segundo chillido, y justo en ese momento entraron dos asistentes de Palacio,

que me encontraron boca arriba en el suelo y con el elfo casi encima mía. Toma estampa. Para pensar lo peor.

--Caballero, aléjese ahora mismo de la princesa.

--Señores, esto no es lo que parece...

--Acompáñenos, por favor.

--Juro que mis intenciones son honestas. La princesa se ha arrojado al suelo sin motivo aparente...

--Sáquenlo de aquí inmediatamente. Llévenselo.

El elfo salió acompañado de tres asistentes, mientras yo estaba hecha un ovillo en el suelo sin poder parar de temblar. Un asistente me extendió la mano para ayudarme a levantarme, y yo lo veía, pero mi cerebro estaba en otra dimensión.

--Señora, permítame ayudarla a ponerse en pie.

Mi cuerpo no respondía. Oía lo que me decían, pero por algún motivo, mi cerebro no lo registraba. Temblaba y temblaba, y en mi cabeza se sucedían imágenes de todo lo que pasó en la cueva del terror.

--¿Señora?

El asistente esperó unos segundos, y, ante mi falta de reacción, se levantó. Yo seguí en posición fetal temblando sin parar y muerta de miedo. Al cabo de unos minutos llegó Ángela corriendo.

--Melania, hija, ¿qué tienes?

Ni siquiera con ella fui capaz de reaccionar. Se agachó junto a mí y me quiso coger las manos, pero al roce mi cuerpo reaccionó y empecé a gritar.

--¡Nooooo! ¡Nooo, por favor!

--¡Melania, soy yo! ¡Melania!

Volvió a tocarme y la escena se repitió. Le pidió a un asistente que me levantara en brazos, y en cuanto lo hizo, la imagen del violador arrastrándome por el agujero se hizo muy vívida. Empecé a patalear y a retorcerme sin

control.

--¡Bastaaaaa!

El asistente no fue capaz de sujetar a una chica que no dejaba de agitarse, de modo que caí al suelo, donde me volví a hacer un ovillo tembloroso.

--Traed a un médico.

Oí cómo los asistentes abrían la puerta y salían.

--¿Y vosotros qué hacéis escuchando tras las puertas? ¡Volved ahora mismo al trabajo! --gritó Ángela. Cerró la puerta y nos quedamos solas.

--Melania, hija, soy yo. Responde, por favor. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo?

Me quedé callada. Una parte de mí quería contestarle, pero otra parte más grande me dominaba y evocaba todo lo que sucedió aquellos días espantosos.

--Tienes las pupilas dilatadas, mi niña. Por favor, dime algo. Dime que estás bien.

Me puso suavemente su mano en mi mejilla, haciéndome dar un respingo y un profundo chillido.

--Estás helada. Por favor, tesoro, reacciona. Dime algo. Soy yo, Ángela.

Estuvo unos minutos intentando hacerme responder, sin conseguirlo. Llegó un hombre que supuse sería el médico, que me tocó y al simple roce volví a sacudirme y gritar. Intentó auscultarme y no pudo. Finalmente, noté un paño en la cara con un olor muy fuerte y familiar... la dormidera. Quise reaccionar y gritar, dormidera no, por favor, dormidera otra vez no... y no supe más.

## Capítulo 46

No tuve noción del tiempo que estuve dormida. Me despertaba en la cama totalmente drogada, y cuando empezaba a tomar consciencia de mi cuerpo, alguien me sujetaba, me hacía beber y volvía a ponerme el paño maldito en la cara. Y las pesadillas volvieron. De nuevo el violador, el niño y todos aquellos cabrones volvieron a atacarme en sueños, y yo gritaba sin poder defenderme ni salir de aquellas pesadillas. ¿El médico que me estaba atendiendo no había leído el informe de la clínica?

En una ocasión, desperté y no había nadie conmigo. Nadie para volver a colocarme otra vez. Respiré despacito unos minutos, y el aire se me hizo viciado e irrespirable, de modo que me levanté. Fui hacia mi balconcito y lo abrí. Necesitaba aire; necesitaba respirar urgentemente. Salí y noté que estaba lloviendo torrencialmente. Pues me daba igual. Me quedé en camisón bajo la lluvia, dejando que me empapara y que la magia hiciera que la lluvia me purificara por dentro y por fuera, pero especialmente por dentro, que me limpiara bien el alma y arrastrara y se llevara todos estos malditos recuerdos que no me dejaban dormir. No me importó cuando empecé a tener frío en las manos y en los pies, ni cuando el camisón se me empapó completamente y empezó a enfriarme el cuerpo. El aire de dentro no era una opción válida, y aparte, me encantaba el olor a tierra mojada. Me senté en el suelo, con las rodillas dobladas, y apoyé mi frente en la verja del balconcito. A cada bocanada de aire que respiraba, notaba que me iba tranquilizando un poco más. Recordé aquellos días en los que iba al instituto y la lluvia me sorprendía por el camino. Me ponía a correr, y por lo general llegaba a clase bastante mojada, al igual que mis compañeros. Solían poner la calefacción a todo trapo para que nos secáramos antes, y funcionaba. Antes de una hora ya nos habíamos secado todos y podíamos volver a quedarnos casi fritos en clase.

Quedarnos fritos. Dormir, sí. Tenía ganas de dormir. Pero sin drogas. Dormir de manera natural, y despertarme cuando mi cuerpo lo tuviera a bien. Quería dormir y soñar con mis abuelos. O con Westley, mi amor. En realidad, con cualquier cosa que no fueran secuestradores, violadores, maleantes y cuevas oscuras. Dormir. Sí, dormir.

Dormir.

Abrí los ojos lentamente. La habitación estaba muy caldeada. Oí el sonido de leños quemándose en la chimenea. Estaba algo mareada... y en la cama. Intenté incorporarme.

--Quieta. Quédate en la cama.

Me volví y vi a Ángela al otro lado. Me puso una mano en la mejilla y negó con la cabeza.

--Melania, hija... ¿Qué te está pasando? ¿Por qué nos das estos sustos?

No entendía nada. ¿De qué me estaba hablando? Me la quedé mirando. Mi cerebro aún estaba embotado y medio dormido, y no me apetecía ponerme a estrujármelo pensando.

--¿No recuerdas nada?

Negué con la cabeza.

--No sé qué te pasó con el elfo, pero parecías hechizada o poseída. No respondías, y al más mínimo roce empezabas a gritar y a convulsionarte. El médico ha tenido que ponerte dormidera como para tumbar a un ejército. Y ayer, de repente, te encontramos en el balcón, empapada, desmayada y prácticamente congelada. ¿Qué te pasa, mi niña? Está todo el palacio pendiente de ti y de tu estado. Nos tienes muy preocupados.

Según me lo contaba, todo empezó a venirme a la cabeza. Lo que Ángela me relataba coincidía más o menos con lo que yo recordaba. Salvo lo último.

--Tengo sed --susurré con voz pastosa.

Ángela fue hacia la mesita, donde había una jarra de agua, y me sirvió un

vaso. Mientras bebía, se sentó en la cama junto a mí.

--¿Cómo te encuentras?

--Bien --respondí mientras movía la cabeza muy despacio afirmativamente.

--¿Qué te ha pasado?

--No lo sé.

--¿Te ha hecho algo el elfo?

Negué con la cabeza.

--No, solo me tocó un poco la mano.

--¿Y entonces?

--Ángela, no quiero volver a ver un elfo jamás. Te lo digo muy en serio.

--Pero, ¿qué te pasa con los elfos?

--Ya lo sabes.

Suspiró y hubo unos momentos de silencio.

--¿Recuerdas haber salido al balcón?

--Sí.

--Al menos no eres sonámbula, menos mal. ¿Y qué hacías ahí?

--No podía respirar.

--¿Qué no podías respirar?

--Necesitaba aire fresco.

Volvió a quedarse callada unos instantes.

--¿Sabes que has estado a punto de congelarte? Tenías una hipotermia bastante importante.

Me encogí de hombros.

--¿Qué vamos a hacer contigo?

La miré.

--Respeta mis deseos alguna vez. Dije que quería salir y no me lo permitisteis, y mientras, estas cuatro paredes no me dejan respirar, me aplastan y me ahogan. Dije que me dejaras dormir un poco más y te dio igual, y así voy

a las clases como voy. Dije que estaba harta de las clases inútiles y que me enseñarais a defenderme, y me dijisteis que naranjas de la china. Dije que no quería ver al elfo y me obligasteis, sabiendo lo que me pasó. Si me estoy volviendo loca es por vuestra culpa.

Se quedó callada, digiriendo lo que le acababa de decir.

--Sabes perfectamente que eso no lo he dispuesto yo. Viene todo de arriba.

--Estoy segura de que tú podrías hacer algo.

Hice ademán de levantarme de la cama.

--No, jovencita. Quieta ahí.

--Tengo que levantarme. Necesito estirar las piernas.

--De eso nada. A la cama a calentarte.

--¿Lo ves? ¿Ves lo que quiero decir? Respeta mi voluntad de vez en cuando. Te digo que necesito estirar las piernas, y ni eso me dejas.

Cogió de la mesita la piedra que servía para medir las temperaturas y me la puso en la axila.

--Vamos a ver cómo estás. Si se pone verde, te dejo que te levantes.

Al cabo de unos minutos me la quitó y me la enseñó: verde.

--Tú ganas.

--¿Puedes traerme el desayuno?

--¿El desayuno? Será más bien la cena. Está anocheciendo.

Fue a la ventana y colocó las contraventanas para que viera el exterior. Efectivamente, se estaba haciendo de noche.

--Lo que sea. Tengo hambre.

--Bien. Voy a traerte algo. Y ni se te ocurra salir de la habitación ni hacer ninguna tontería, ¿me oyes?

Ángela salió. Me levanté y empecé a pasear por la habitación. ¿En serio me había quedado casi congelada? No tenía nada de frío ni me sentía cansada, más bien todo lo contrario. Cuando hubiera cenado, podría atravesar el

pasadizo. Lo que me llevaba a pensar... ¿Cuánto tiempo había estado drogada? Si todos en Palacio estaban pendientes, es que no había sido precisamente poco. Pues nada, lo que yo quería evitar finalmente había sucedido: Melania I la Loca. Ahora empezaba a atar cabos y a comprender por qué el Libro decía lo que decía de mí. ¿Qué se podía esperar de una reina que está para que la encierren en el manicomio Arkham? Evidentemente, un reinado no muy largo. Me depondrían a los pocos meses de subir, porque yo no valía para esto. El pueblo había depositado en mí sus esperanzas, y yo los iba a fallar estrepitosamente. Me cortarían la cabeza como a María Antonieta. Y Westley. Mi amor. La decepción que se iba a llevar conmigo iba a ser tremenda.

En momentos como este era cuando pensaba que sin duda todo hubiera sido mejor si nunca hubiera nacido.



## Capítulo 47

Cuando me acabé el caldo casi hirviendo y las frutas que me trajo Ángela, me metí en la cama y me hice la dormida para que pensara que así era. Dejé pasar un buen rato y me levanté. Me puse un vestidito, hice con las mantas un gurrño por si alguien se asomara a comprobar si seguía ahí, cogí mi abrigo-saco, por si acaso llovía, y salí por el pasadizo.

Cuando llegué al final, noté algo raro en la última roca. Encendí una cerilla y vi un papel pillado en ella. Estaba doblado y tenía una flor en el pliegue. Pequeñita y con cinco pétalos azulados: nomeolvides, una de las favoritas de mi abuela. La flor del amante eterno. Leí la nota:

"Mi amor,

Estoy muy preocupado por ti. Las noticias y rumores que llegan no son nada buenos. Espero que estés bien.

No olvides que te quiero con toda mi alma, pase lo que pase.

Tuyo

--Westley"

Oh, cielos. Westley. ¿Qué es lo que habría oído, que le había llevado a dejarme una nota como esa? Me la llevé al pecho y en ese preciso momento supe lo que tenía que hacer.

Tras caminar un poco a paso ligero, llegué al pueblo. No tenía la más remota idea de dónde estaba la clínica, pero estaba dispuesta a callejear lo que hiciera falta con tal de encontrarla. Me puse la capucha del abrigo, por si acaso me cruzaba con alguien, no fuera a reconocerme por mi melena rojo cereza tan llamativa.

Al cabo de un rato llegué a la plaza principal, donde estaba la fuente. Seguí andando. Llegué a unas callejuelas poco iluminadas y bastante siniestras, de las que me alejé rápido. Me metí por otro sitio donde las casas eran muy rudimentarias y de todas salía un fuerte olor a animales. Cambié de

rumbo de nuevo y llegué a un parquecito. ¿Dónde narices estaba la clínica? A ver, a ver, concentración. Cuando estuve ingresada, desde mi ventana podía verse un puente. Con eso bastaría. Empecé a buscar el río, que de hecho, callejeando lo había encontrado antes, pero no había reparado en él. Volví sobre mis pasos hasta que encontré el río, me dediqué a seguirlo, y, al cabo de un buen rato de caminata, la encontré. La clínica. Por fin.

La puerta estaba cerrada. Recordé que Westley una vez me dijo que por las noches se hacía así, por seguridad, salvo en noches como las de las fiestas, en donde había bastante afluencia de gente y se dejaba abierta para que pasara quien lo necesitara.

Había una cuerda para llamar, así que tiré de ella y esperé. En menos de un minuto se abrió un ventanuco y vi la cara de Leo.

--¿Sí?

--¿Está Westley? --pregunté quitándome la capucha para que se viera mi melena.

--¡Por todos los dioses! --Cerró el ventanuco y abrió la puerta-- Entra, muchacha.

Cerró la puerta tras de mí y enfiló un pasillo casi corriendo. Intenté seguirlo, pero lo había perdido de vista, no supe en qué sala se metió. Aunque no importaba, porque en seguida vi salir de una habitación a Westley. Al verme, abrió los ojos como platos y corrió hacia mí. Yo me lancé hacia él y nos fundimos en un fuerte abrazo.

Su abrazo y su contacto me daban el calor y la seguridad que necesitaba. Estuvimos unos minutos así, sin separarnos, minutos en los que de vez en cuando me daba un beso en la cara o me acariciaba el pelo con firmeza. Seguíamos abrazados cuando él empezó a hablar: --Estaba preocupadísimo por ti, mi vida.

--Hace un rato encontré tu nota.

--Y te has venido para acá tú sola.

--Te quiero.

--Me alegra mucho que hayas venido, pero prefiero que no lo hagas. Si te ocurriera algo...

Nos separamos y nos quedamos mirándonos a los ojos.

--Ven --me dijo, mientras me cogía de la mano y me llevaba a una sala donde había una pequeña cocina, armarios y una mesa con unas sillas--. Siéntate. ¿Quieres agua, una infusión, algo?

--No, no, gracias. Acabo de cenar.

Leo pasó por delante de la sala.

--La puerta abierta, chavales. Que os conozco.

Westley asintió con la cabeza y Leo se alejó. Me quité el abrigo-saco y me senté. Él se sentó junto a mí y me cogió la mano.

--Hace una semana entré en turno y me dijeron que por la mañana habían llamado a un médico para que te atendiera en Palacio. He visto el informe y créeme que me asusté mucho. Ponía que estabas totalmente fuera de ti, que no reconocías a nadie y que tenías convulsiones muy fuertes.

--No sé qué me pasó, Westley. Pero te aseguro que no fue agradable.

--¿Qué ocurrió?

--Me obligaron a atender a un caballero elfo. Yo les dije que no quería tener contacto con elfos nunca más, Westley. No estaba preparada. Pero no me dieron elección.

--Entiendo.

--Me tocó la mano. Esta, la que me destrozaron. Noté como un calambrazo y empecé a revivirlo otra vez. Todo lo que me hicieron. Y era muy real, Westley. No podía controlarlo. Y el caso es que oía todo lo que me estaban diciendo Ángela y los asistentes, pero estaba como... *catatónica*... y no podía responderles. No sé qué me pasó. De verdad. No lo sé, Westley. Pero tenía

mucho miedo.

--¿Eras consciente de que no era real?

--Era muy vívido, Westley.

Se quedó callado mirándome.

--Estoy loca, ¿verdad?

--No, mi vida. No lo estás. Has pasado por una experiencia traumática y tu cabeza está tardando en asimilarlo. Y desde Palacio no ayudan mucho haciéndote ese tipo de encargos. Pero lo superarás. Ya verás como sí.

Se llevó mi mano a los labios y la besó.

--Y ayer llamaron a otro médico por la tarde. He visto un informe de hipotermia, mi amor. ¿Qué ha pasado?

Bajé la vista, avergonzada. En ese instante, lo del balcón y la lluvia lo veía como una tontería por mi parte, como algo más propio de una niña caprichosa.

--Puedes contármelo, preciosa. Aunque, si no quieres... ya sabes que no pasa nada.

Cerré los ojos y tragué saliva.

--No quiero que haya secretos entre nosotros, Westley. Te lo voy a contar... pero desde el principio.

Me apretó las manos. Cogí aire y empecé:

--Me... me pusieron dormidera. Mucha.

--Lo sé. Lo he leído. Ya se ha incluido en tu informe que está contraindicada. Lo siento, mi amor. Tendríamos que haberlo puesto desde un principio.

--Volvieron las pesadillas, Westley.

--Me lo puedo imaginar. Créeme que lo siento, mi vida.

--Pues es que... No sé cuánto tiempo estuve dormida...

--Hoy hace una semana que llamaron al médico.

--Siete días de pesadillas. Westley, tu compañero es un bestia.

--Sí, yo también pienso que se le fue un poco la mano. Aunque, por lo que cuentan en el pueblo... Bueno...

--¿Qué cuentan?

--Pues parece ser que todo el personal de Palacio se enteró, y se ha ido corriendo la voz en el pueblo. Me asusté mucho, mi vida. No sé si será cierto, pero se dice que se oían tus gritos en todas las estancias. Unos dicen que estás algo loquita, cosa que sé de primera mano que no es cierta, pero otros dicen que te torturan.

Me quedé callada. Se veía venir. La torpe, la adorable, la loca, la torturada.

--No te están torturando, ¿verdad? Necesito saberlo, mi vida...

--No, Westley, no me torturan. Al menos por ahora.

--Gracias a los dioses. Si alguna vez alguien te pone la mano encima... ¿Me lo dirás?

--Claro. Te lo diré.

--En el pueblo creen que te maltratan, y no les gusta. Con esto, la reputación de Palacio está cayendo en picado. Te quieren mucho --Sonrió--. Y cómo no van a quererte.

Suspiré. Tenía que contarle lo que sucedió. Ahora, o de lo contrario no lo haría nunca.

--Pues, Westley... que estuve tanto tiempo dormida que un día me desperté y me estaba ahogando. Fui al balconcito a respirar y... y... me quedé ahí. Estaba lloviendo mucho y... bueno...

--No, mi amor...

--Ahora sí que pensarás que estoy loca de verdad... --Bajé la cabeza, avergonzada.

--Mi vida... eso no es bueno...

--Lo necesitaba, Westley --sollocé.

--Preciosa, no dudo que lo necesitaras, pero lo que has hecho ha sido muy peligroso. Recuerdo la tormenta de ayer. No solamente llovía, también granizaba. Podrías haberte congelado.

--Eso me dijo Ángela --Me sequé los ojos.

Se levantó y me abrazó. Me levanté yo también y le devolví el abrazo.

--Y qué voy a hacer yo si te congelas. Melania, no podría vivir sin ti. No vuelvas a hacerlo, por favor.

--No lo hice aposta, Westley --Lo miré a los ojos--. No quería suicidarme.

--Eso espero. Es bueno saberlo.

--Te he decepcionado, ¿verdad?

--No. Sigues siendo mi princesita. A la que amo con todo mi corazón. Aunque a veces me des sustos como éste.

--¿De veras que no piensas que estoy loca?

--¿Quién es el médico aquí? ¿Tú o yo?

--Tú.

--Pues yo digo que no estás loca, y tú debes creerme. ¿De acuerdo? --Me dio un beso en los labios, y sonrió.

--Westley, eres un cielo. Te quiero muchísimo.

--Y yo a ti. Te amo, princesita.

Nuestras bocas se unieron y volvimos a besarnos. Me levantó por la cintura y me sentó en la mesa. Separé las piernas y él se puso entre ellas, pegándose a mí, y en esa posición seguimos besándonos y acariciándonos con pasión. Minutos después, me pareció oír pasos, unos golpecitos en la puerta de la sala, que ignoramos, y más pasos que se alejaban. Me levantó la falda y empezó a acariciarme el muslo, y yo le desabroché los primeros botones de la camisa y pasé mis dedos por su clavícula y sus hombros. Era tan agradable que de nuevo ignoré cuando volvieron a sonar nudillos en la puerta y pasos, y

me dejé llevar cuando Westley empezó a empujar hacia abajo para ponerme boca arriba sobre la mesa. Siguió acariciándome el muslo hacia arriba, hasta que llegó a mis braguitas, y metió los dedos por debajo de la cinturilla. Yo me dejé hacer y le desabroché más botones de la camisa del uniforme, me acerqué a él y empecé a besarle el pecho.

--¡Westley! Te lo dije entonces y te lo repito ahora. ¡Respetad la clínica!

Dimos un salto del susto que Leo nos acababa de dar. Nos separamos y empezamos a recolocarnos la ropa. Madre mía, había vuelto a suceder. Qué vergüenza.

--Conteneos un poco, chavales. Por favor. Westley, que estás en horas de trabajo.

--Lo siento, Leo.

--Os aviso de manera sutil --Dio con los nudillos en la puerta-- y no hacéis ni caso. Ya no sé cómo decíroslo.

--Perdona, Leo --añadí yo--. Ha sido culpa mía, no de Westley.

--Y un cuerno. Vete a engañar a otro, Melania. Seré muchas cosas, pero no ciego.

--Ya vale --aclaró Westley--. Hemos sido los dos, Leo. La clínica no está para estas cosas, me lo dijiste, es cierto. Y lo siento, de verdad.

Se pasó la mano por el pelo y se retiró un poco el flequillo de la cara, suspirando. Ya era la segunda vez que Leo nos pillaba metiéndonos mano y haciendo cositas en la clínica.

--Melania, no es mi intención ni quiero que te parezca que te estoy echando, pero si ya habéis hablado, creo que deberías volver a Palacio. Hay cosas que hacer aquí, y le estás distrayendo.

Asentí con la cabeza.

--Ni hablar. Tú no te vas sola por el pueblo a estas horas. Luego te llevo de vuelta --afirmó Westley.

--Westley, Leo tiene razón. Tengo que irme ahora. No puedo quedarme aquí toda la noche. Se pueden dar cuenta.

--Prefiero eso a que te vuelvan a secuestrar.

--Westley --repuso Leo--, en veinte minutos te quiero de vuelta. Fuera. Los dos. Ahora. Empiezo a contar. Tic-tac, tic-tac.

Westley reaccionó rápido, cogió mi abrigo-saco y me lo colocó por encima de los hombros. Me empujó con suavidad hacia la puerta de la sala mientras yo metía los brazos en las mangas.

--Gracias, Leo. Te debo ya muchas con esta.

--Diecinueve minutos.

Corrimos hacia la puerta y salimos al exterior. Bajamos la cuesta de la calle, pasamos por el puente y en nada estábamos fuera del pueblo. Con lo que me costó llegar a la ida, y era así de fácil. Estuvimos andando a paso ligero, cuando, de repente, Westley se detuvo, me abrazó y empezó a besarme.

--Trabajo esta noche, tres más y la siguiente la tengo libre --me susurró al oído entre beso y beso--. ¿Vendrás a casa?

--Sí. Sí, claro que sí.

--Te amo, Melania. Te amo como no te puedes imaginar.

--Jamás pensé que podría llegar a sentir algo así de grande por nadie.

--Eres el amor de mi vida. Estoy seguro. No me importa que seas la princesa. Voy a pelear por ti, y si tengo que enfrentarme al rey, o a los dioses, o a la mismísima naturaleza de la magia que te trajo aquí, lo haré. Pero no te voy a dejar escapar. No, mientras me quede un soplo de vida. Tú y yo hemos nacido para estar juntos. No puede ser de otra manera.

--Pero cómo puedo quererte tanto... --Negué con la cabeza mientras le acariciaba las mandíbulas--. No puedo creerlo.

--¿Me esperarías un par de años? Creo que para entonces habré reunido dinero suficiente como para que podamos empezar una vida tú y yo juntos,



lejos de aquí. ¿Aguantarías hasta entonces? Sé que quizás te esté pidiendo demasiado, pero...

--Westley, incluso cien años si es necesario.

--No veo la hora de sacarte de ahí, mi amor. Pero quiero tener algo que ofrecerte. La mujer de mi vida se merece algo más. Solo dos años, Melania. Y podremos irnos. Te daré la vida que te mereces. ¿Podrás esperarme?

--Te esperaré el tiempo que sea. Estoy segura de que algo tan grande como lo que tenemos solo sucede una vez en la vida.

Juntó su boca con la mía y me besó con avidez. Su lengua se paseó por mi boca y se encontró con la mía, entonces ambas se acariciaron durante unos minutos. Me encantaba cómo me besaba Westley. Era el único chico que me había besado, pero no necesitaba más. Cuando lo hacía, primero respondía mi boca, y más tarde mi cuerpo, que encajaba perfectamente con el suyo. Éramos iguales. Un mismo ser. Yo ya no concebía la vida sin él. Siguió acariciando mi boca con su lengua, hasta que atrapé su labio inferior entre los míos y se lo besé lenta y suavemente.

--Qué bien besas, princesita...

--Tuve un buen maestro.

--Yo no te enseñé a hacer eso --rió.

--Pero sacas lo mejor de mí.

--¿Continuamos en tres días?

--Dalo por hecho.

Me abrazó con tanta fuerza que me hizo un poco de daño.

--¡Dioses, pero cómo te quiero!

Nos quedamos así un minuto, hasta que rompí el silencio:

--¿No deberíamos continuar andando?

--Leo me va a matar.

Reímos los dos. Miré hacia el suelo: estábamos ya sobre la hierba, en el

bosque, fuera del pueblo. Me quité los zapatos.

--¿Qué haces?

--Venga. Te echo una carrera --Eché a correr--. ¡Vas perdiendo!!!

No pude parar de reír mientras corría y él me perseguía. Estaba más en forma que yo, además de que llevaba ropa más cómoda y, al ser algo más alto, tenía las piernas más largas. Estuve zigzagueando por entre los árboles, hasta que finalmente me atrapó.

--¡Te tengo!

--Sí --reí mientras recuperaba el aliento--. Has ganado.

--¿Cuál es mi premio?

--Pues no sé. ¿Qué quieres?

--A ti. Te quiero a ti.

--Pues aquí me tienes.

--Te salvas porque no tengo tiempo ni es el lugar, pero en tres días vas a ver...

--¿Es una amenaza?

--Sí. Completamente.

--No te creo naaaaada.

--¿Me vuelves a cuestionar en ese tema, princesita atrevida?

Nos quedamos mirándonos a los ojos, con una sonrisa divertida, durante unos segundos. Me miraba como si quisiera retener mi imagen para siempre, como si fuera un momento para atesorar el resto de su vida.

--Anda, vamos. Tienes que volver a tu habitación y yo enfrentarme a la ira de Leo.

--No quería que se enfadara...

--No se ha enfadado. Él es así. Si estuviera enfadado, no me hubiera dejado salir para acompañarte. Aunque me dijo veinte minutos y me da que voy a tardar cerca del doble --rió.

--No te supondrá un problema en el trabajo, ¿verdad?

--No. Me dará cuatro gritos y me soltará un buen sermón y una buena bronca. Pero no pasará de ahí. Nos conocemos desde hace muchos años; fue mi profesor y ahora es mi jefe. Siempre me ha apoyado en todo y me ha ayudado mucho. No te preocupes.

En unos minutos encontramos el montículo de piedras, subimos y empecé a meterme por él.

--Pide que te traigan ramitas de romero y ponlas bajo la almohada. Para las pesadillas.

--Bien. Gracias, Westley.

--Intenta estar tranquila y relajada, por favor. No quisiera enterarme de que han vuelto a pedirte un médico.

Me seguí metiendo en el pasadizo, y cuando ya estaba casi totalmente en él, Westley me cogió la cara y me dio un largo beso. Me dijo que me quería y se despidió con la mano.

Mis habitaciones estaban tal y como las dejé. No tenía ni pizca de sueño, de modo que me puse el camisón y la bata, me envolví en una manta y me senté en el suelo del balconcito, a ver las estrellas, respirar el aire limpio y contemplar el pueblo. Horas después, puede ver cómo amanecía. Muy bonito, pero ni comparación a los amaneceres que se veían junto al montículo de piedras.

## Capítulo 48

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 26 de Basileo

Mes octavo

--Arriba, Melania. Tenemos que hablar de cosas importantes.

--Para eso no hacía falta que me despertaras tan temprano.

--Melania, es casi mediodía.

¿En serio? Miré hacia la ventana. Ángela no me mentía: el pueblo brillaba con la luz que solamente podía apreciarse a esas horas. Sin embargo, yo estaba exhausta. La noche anterior había estado en casa de Westley, y apenas si habíamos parado, cuando terminábamos y nos quedábamos quietos para recuperar el aliento, él era el primero en continuar comiéndome a besos por todo el cuerpo. El resultado era que no había dormido apenas nada y que todo el ejercicio físico de la noche anterior me estaba pasando factura. De hecho, de camino hacia el pasadizo tenía las piernas como dos macarrones blandos y Westley casi tuvo que llevarme en brazos.

--Estoy algo cansada, Ángela.

--Pues no será porque no te he dejado dormir.

--No, ya, pero... no he dormido bien.

--Vamos a tener que llamar a un médico para que te revise en profundidad, Melania. No es normal esto.

--No, no. No quiero médicos. No he dormido bien, Ángela, he tenido pesadillas.

--¿Todavía las tienes?

--Pues sí, Ángela. Y no es algo que yo pueda elegir.

Tampoco era ninguna mentira. Evidentemente, no le iba a contar que no

había pegado ojo porque estaba con el amor de mi vida haciendo cositas de adultos, pero sí que era cierto que, desde que sucedió lo del elfo, rara era la noche donde no volvían las pesadillas y me despertaba gritando.

Llamó a dos doncellas para que hicieran el trabajo sucio (o sea, mi pelo), quienes me pusieron unos rulos y una pasta y me los dejaron mientras Ángela me sacaba un vestidito sencillo y me ayudaba a ponérmelo. Desayuné con los rulos puestos y más tarde me los quitaron. Mi pelo se había transformado en una cascada de bucles rojos.

Nos sentamos en mi saloncito y nos quedamos mirándonos. Por la cara que traía, no iba a darme buenas noticias.

--Melania, sé que te prometí no volverte a mencionar al rey. Pero debo decirte algo de su parte.

--Qué honor que se acuerde de mí. ¿Y por qué no me lo dice él mismo? ¿Teme que le saque los ojos? Porque, si es así, supone bien.

--El rey ha sido informado de lo que sucedió con el caballero elfo. Quiere que deshagas tu juramento y vuelvas a tu mundo.

Me quedé atónita y la miré a los ojos fijamente.

--¿¿¿Qué???

--Así es, hija. Eso es lo que ha dicho.

--No puede obligarme a hacerlo.

--No, por supuesto que no puede. Si pudiera, te habría echado sin consultarte. Por eso digamos que te invita a irte.

--El Libro me eligió a mí. Hay una página dedicada a mí en la que se dicen ciertas cosas. No puede pasarse eso por el forro.

--Lo sé, Melania. Pero quiere que te vayas.

--Qué listo. Qué hijo de puta.

--Los profesores le han dicho que no respondes bien a la formación. Que te cuesta mucho aprender, y que aun así, no alcanzas el mínimo de conocimientos

que debería tener una reina. Has tenido varios accidentes en el tiempo que llevas aquí, no has sido capaz de atender una visita diplomática y en el pueblo se afirma que estás loca de atar. Tienes que admitir que tienes problemas mentales, Melania. Que no es culpa tuya, lo que te pasó es muy serio, pero te ha dejado secuelas que una reina no debería tener.

La miré con furia, apretando los puños.

--Lo que me pasó fue culpa del rey. Que apechugue con las consecuencias de sus actos. No pienso irme.

--Hija, en estos casi dos años que llevas aquí he aprendido a quererte, y de veras que me encantaría que te quedaras, pero creo que el rey esta vez tiene su parte de razón...

--Para él es muy cómodo darme una patada en el culo, como no ha conseguido lavarme el cerebro como él quería... Pues no soy una muñequita a la que él pueda tirar a la basura cuando ya no le valga. Soy un ser humano y merezco algo de consideración por su parte.

--Sin duda en tu mundo habrá mejores medios para tratar ese trastorno que tienes.

--¿Trastorno? ¿Tú también piensas que estoy loca?

--Melania, admítelo. Lo que se dice loca tal vez no lo estés, pero lo que tienes no es normal.

--Pues no me pienso ir. Enteraos el rey y tú. El Libro me puso aquí, y aquí me quedo. Si tenéis algo que decir, presentad vuestras reclamaciones al Libro. Porque yo no me voy. No soy un producto que se pueda devolver a la tienda sin más.

--Melania, es por tu bien...

--¡Y unas narices! ¡El rey no piensa en mi bien! ¡Si lo hiciera, habría mandado patrullas de rescate cuando me secuestraron! ¡Les habría declarado la guerra! ¡Le importo menos que una mierda, lo demostró entonces y lo sigue

demostrando ahora!

--Deduzco entonces que debo darle una negativa por tu parte.

--Haz lo que quieras o estimes conveniente. Pero yo no me voy.

--Y, cambiando de tema, tenemos abierta una acusación del caballero elfo.

Te acusa de difamación y calumnias.

--¿Que me qué?

--Dice que te tiraste al suelo para hacer creer a todos que te estaba atacando. Exige una compensación y no sé que más condiciones... Están todas por escrito.

--¡Ese tío tiene un morro que se lo pisa!

--¿Qué fue lo que pasó exactamente? Sin adornos ni exageraciones, Melania.

--Pues primero, que no quería relaciones diplomáticas. Quería que yo le sacara de un embolado que tienen en su zona los elfos y los humanos. Me cogió de la mano diciéndome que nos íbamos a entender muy bien, y en ese momento en mi cabeza se desató algo, no pude controlarlo ni hacer nada. Ni siquiera lo planeé, si es lo que estás pensando.

--Solamente te cogió la mano. No te atacó, ¿verdad?

--No, no me atacó.

--Bueno, veremos si podemos resolver el tema amistosamente.

--Ángela, de verdad. No puedo ver elfos. No lo he superado, y si me obligáis, mi cerebro reacciona así. Te lo pido por favor. Cualquier especie, menos elfos. Y, además, no deberíais dejarme sola en la sala con hombres extraños. Me pongo muy nerviosa. Ponme asistentes, doncellas o algo. Ángela, en serio.

--Mi niña, si te conviertes en reina, algún día tendrás que lidiar con elfos. Tú sola. Y no podrás negarte o desatarás una guerra.

--Lo sé, y para entonces habrá pasado tiempo y espero haberlo superado.

Pero no voy a irme. No ha sido culpa mía, Ángela. El rey primero se lava las manos conmigo y deja que me destrocen, luego fuerza la situación para hacerme sentir como una mierda y ahora cree que me ha anulado completamente y que me puede echar. Y no. No voy a permitirlo. Esto lo superaré. Dadme un poco de tiempo, por favor. Y sería todo un detalle que me ayudarais, por ejemplo evitándome el contacto con elfos y con detalles que me recuerden lo que me hicieron. Creo que no estoy pidiendo mucho.

--No, no pides mucho, de hecho es bastante razonable.

--Si quieres, llama a un médico. Se lo cuento y verás como te hace un informe en el que dice esto mismo que estoy diciendo yo.

--Por ahora creo que no será necesario. Mira, voy a hablar con el rey. Y te prometo que haré lo que esté en mi mano para convencerlo. Lo conozco desde hace muchísimos años. No te garantizo nada, pero voy a intentarlo. Y mientras... intenta no protagonizar ningún episodio que dé que hablar. En el pueblo, como te dije, se dice que estás loca.

--No lo estoy.

--No es a mí a quien debes convencer, Melania.

Nos quedamos mirándonos unos instantes, sin decirnos nada. Finalmente, ella se levantó y se dirigió hacia la puerta.

--Tienes el resto del día libre. Aprovechalo bien y no hagas nada indebido.

Me dejó sola. Apoyé la cara en las manos. ¿De verdad ese cabrón me quería fuera? ¿Cómo se atrevía a pedirme que renunciara? ¿Después de haberme abandonado a mi suerte, me dice que me largue? ¿Se podría ser más impresentable y más desgraciado?

Se me ocurrió una idea. Mientras Ángela y él le daban vueltas al tema, y antes de que él moviera ficha, había algo que yo tenía a mi favor, y era que el pueblo me quería. Se había desatado el rumor de que estaba loca. Cuando me secuestraron y el rey no movió un dedo no les gustó nada, y ahora, además,



creían que me torturaban. Y con todo y con eso, los seguía teniendo de mi parte, me seguían queriendo. Debía aprovechar eso de alguna manera. Tenía todo el día libre, así que... iba a hacer caso a Ángela y aprovecharlo bien.

Salí de mis habitaciones y me dirigí hacia las escaleras. Empecé a bajarlas, hacia las cocinas. Atravesé pasillos y corredores, cruzándome con algunos criados y doncellas, que me miraban sin decir nada. Quizás pensarían algo como "Por ahí va la loca, mejor no hablamos con ella, no se vaya a poner a gritar o nos ataque". Pero no. No estaba loca. Westley me lo había dicho rotundamente: no lo estaba. Puede que en ocasiones tuviera mis momentos e hiciera tonterías, pero aquella mañana me sentía más lúcida y en mis cabales que nunca.

Llegué a la gran puerta que delimitaba la parte lujosa y bonita de Palacio con la otra, vieja, fea y algo ruinoso. Seguí por los ya familiares y estrechos pasillos de piedra que me llevaron a las cocinas. Cuando entré, todos se me quedaron mirando, parados y en silencio, exactamente como la primera vez que entré.

--Buenos días --saludé.

--Buenos días, Señora --respondieron tímidamente, una tras otra, todas las chicas y mujeres de las cocinas.

--¿Puedo hablar con vosotras?

--Por supuesto, Señora. Usted es la princesa.

--No. Me refiero a que si os puedo pedir ayuda no como princesa, sino como... amiga. Si me haríais un favor, pero no porque os lo pide la princesa, sino porque queréis ayudarme.

Se miraron de reojo unas a otras.

--Chicas, podéis confiar en mí. No os voy a pedir nada extraño. Cuando me oigáis lo entenderéis. Por favor.

La Señora Potts fue la primera en reaccionar. Me puso un vaso de agua con

fraselia delante de la cara.

--Yo estoy dispuesta a ayudarla. A ver, dígame en qué puede esta mujer servir no a la princesa, sino a una chica tan simpática.

Cogí el vaso y le sonreí.

--Gracias. Muchas gracias --Bebí un poco--. Pues verás. Desde hace unos días supongo que habréis oído todos los rumores que se dicen sobre mí en el pueblo. Que estoy loca y que me torturan. Lo sabéis, ¿verdad?

--Señora, le juro por mis nietos, que son lo más sagrado que tengo, que he hecho todo lo posible por desmentir esos rumores.

--No es eso de lo que he venido a hablar. El quién haya empezado o difundido los rumores me es indiferente. La cuestión es, ¿tú estás de acuerdo? ¿Crees que estoy loca? Sé sincera, por favor. Necesito la verdad, no palabras amables y compasivas.

Hubo unos instantes de silencio.

--Señora, hasta hace unos días, todas las que estamos en estas cocinas teníamos un concepto inmejorable de su persona. Al igual que todos en el pueblo. Se decía que el rey había intentado lavarle el cerebro con horas y horas de clases y de adoctrinamiento. Y que usted no se había dejado. Que después de casi dos años seguía siendo la misma persona íntegra y pura que era cuando llegó. Pero la semana pasada todos la oímos gritar. Muy fuerte y de una manera desesperada. Y nos preguntamos qué le estarían haciendo para que usted gritara así. Hubo gente de Palacio, de la que no diré nombres, que vio algo, y nos contó que estaba usted tirada en el suelo totalmente fuera de sí. Sabemos que estuvo un tiempo secuestrada y que no debió ser en absoluto una experiencia agradable. No sé exactamente de quién o cómo surgieron los rumores, pero usted gritaba mucho y, si se oyó aquí, es posible que también se oyera fuera --Algunas de las chicas asintieron--. Yo he dicho a todo el que me lo ha preguntado que usted es una niña muy dulce y buena, y que regresó de su

secuestro en perfecto estado de salud. Pero hay quienes no lo creyeron así, y la sombra de unas posibles secuelas siempre estuvo ahí. Después de haberla oído gritar, en el pueblo hay quienes nunca dudaron de su salud y creen que la están torturando para hacerla ceder, y también hay quienes creen que definitivamente la presión de Palacio la ha vencido y afectado. Yo no sé qué pensar, Señora. La oí gritar y me angustié mucho.

--Te aseguro que no estoy loca --Miré a mi alrededor, al resto del personal--. No lo estoy. Y tampoco me torturan. Al menos, físicamente. Pero sí os digo una cosa que no sabéis. Y es que hoy me he enterado de que el rey quiere que deshaga mi juramento y vuelva a mi mundo definitivamente.

Todos dejaron lo que estaban haciendo y me miraron con caras de sorpresa y estupor.

--¡No es posible! --afirmó la señora Potts.

--Sí lo es. El rey parece que se ha cansado de tenerme como princesa y quiere otra persona. Quizás alguien más manejable e influenciable.

--Pero el rey no puede echarla --comentó una chica que estaba cortando verduras.

--No, Mer, no puede --contestó la Señora Potts--. Pero, Señora, tenga muchísimo cuidado. El rey, si realmente está dispuesto a hacerla renunciar, hará lo que sea hasta lograr su propósito.

Joder, en eso no había pensado. Pero vaya si el rey podía. Como mi plan no saliera bien, lo iba a pasar muy mal. Bebí un poco antes de continuar.

--¿Vosotras me queréis? ¿Me queréis como princesa? ¿Estáis de acuerdo con la decisión del rey?

--Yo no estoy en absoluto de acuerdo. Usted es la princesa y debe quedarse. Cuente conmigo para lo que sea, con tal de ayudarla --se ofreció la señora Potts.

--Gracias.

--¿Y vosotras qué? ¿Os comió la lengua el duende? El rey la quiere echar, ¿y os da igual?

Hubo unos instantes de silencio.

--Yo no quiero que se vaya --se atrevió una chica que estaba en un rincón, clasificando especias.

--A mí me gustaría ayudarla --comentó otra a cargo de un caldero--, pero no sé cómo.

--Y a mí --se ofreció otra que lavaba cacharros--, pero me temo que poco vamos a poder hacer.

--Yo tampoco quisiera que se fuera.

--Ni yo.

--Señora, diría que todas las que estamos aquí opinamos lo mismo acerca de usted. Pero no quisiéramos arriesgar nuestros puestos de trabajo ni que nos juzgaran por traidoras --convino una mujer mayor que estaba colando algo, a lo que tocas las chicas dijeron que sí con la cabeza.

--No os voy a pedir nada por lo que os vayan a acusar --aclaré.

Al oírme, todas dejaron lo que estaban haciendo y me miraron. Tenía su atención.

--Solamente quiero que hagáis que se corra la voz. Según tengo entendido, en el pueblo las gentes me quieren.

--Así es. Y mucho, me atrevería a decir.

--Quiero que se enteren de las intenciones del rey para conmigo. Todo el mundo.

--Mi cuñado trabaja en el periódico --comentó la chica del rincón.

--¿Y le sucedería algo si lo publicara?

--No creo. Se lo diré, si le parece bien a usted, y que él mismo juzgue si lo puede publicar o no.

--Sí, por favor. Si tu cuñado quiere saber algo de Palacio desde mi punto

de vista... Yo no he firmado nada de confidencialidad. Que me haga llegar las preguntas que quiera.

--Señora, conozco a algunas personas en el pueblo a las que les encanta hablar --comentó la que cortaba verduras, la tal Mer--. Si es su deseo, puedo decírselo y en un par de días lo sabrán hasta las piedras.

--Me harías un gran favor. Quiero que se entere cuanta más gente, mejor.

--Señora... No es que yo esté en contra, pero ¿cree que esto servirá de algo? --preguntó una chica que separaba granos.

--No lo sé. Pero espero que sí.

--Lo digo porque al rey nunca le ha importado lo que el pueblo quiere, piensa o necesita.

--Pero el Libro y su magia están por encima de él y de su poder. Una cosa es que como rey haga lo que le venga en gana, y otra que intente enfrentarse a fuerzas mayores.

--Eso es verdad. Podría ser diferente. Espero que su plan surta efecto. Intentaré hacer correr la voz yo también, aunque no me considero muy cotilla.

--Cualquier cosa, por pequeña que sea, me ayudará. Gracias.

--Señora, si le digo algo peliagudo, ¿me juraría que quedaría entre nosotras y que no emprendería acciones contra mí? --preguntó otra que recogía en una fuente las verduras ya cortadas por Mer.

--¡Claro! Puedes decirme lo que quieras. Te juro que no habrá consecuencias. Confía en mí.

La chica miró hacia la puerta.

--¿No hay nadie que pueda oír?

La señora Potts se asomó.

--Vacío. Te aviso si viene alguien.

La chica me hizo una seña para que me acercara, y empezó a susurrarme:

--Existen grupos en contra del rey. Se reúnen en la clandestinidad, por la noche, y sé que su objetivo es una revolución, echar al rey. No tengo la más mínima idea de los planes que tienen para usted. No formo parte de esos grupos, pero sí gente próxima a mí. Por supuesto, no puedo decirle quienes son. Puedo intentar ponerme en contacto con esa gente, que ellos se pongan en contacto con los grupos y... bueno, si no tienen ninguna intención para con su persona, quizás puedan ayudarla. No con este tema particularmente, pero, por lo que he podido deducir, usted también está en contra del rey, y tener a la princesa entre los revolucionarios sin duda sería algo nunca visto.

Me quedé callada. Sabía de la existencia de esos grupos. Pero no sabía que dentro de Palacio había gente que tuviera contacto, aunque fuera indirecto, con ellos. Y el que la chica hubiera tenido agallas para confesármelo, sabiendo quien soy, decía mucho del cariño y la confianza que tenían todos en mí.

--Señora, usted prometió no tomar acciones...

--Sí. Lo sé, y cumpliré mi promesa. Puedes estar tranquila. Y, si no te importa... habla con tus contactos. Me interesaría saber más acerca de esos

grupos. Porque sí, yo también estoy en contra del rey. Por su culpa he pasado una experiencia horrible que no le desearía a nadie y que me va a costar mucho superar. Cuando estuve secuestrada sí que me torturaron, y estuvieron a punto de matarme. El rey lo consintió. Y eso es algo que jamás le podré perdonar.

--Muy bien, Señora.

Hubo unos momentos de silencio, en los que todo el mundo siguió con sus quehaceres y labores. Me terminé mi agua con fraselía y le di el vaso a la chica que fregaba los cacharros, que me sonrió de oreja a oreja.

--Señora, creo que acabamos de presenciar el inicio de algo grande. Tan grande que no lo podemos ni imaginar.

--Yo también lo creo --afirmó otra chica.

--Y yo.

--Yo también. Parece que las cosas por fin van a cambiar.

Me volví hacia las chicas y todas asentían con la cabeza, sonriéndome. La señora Potts me cogió por los hombros.

--Mucha suerte, muchacha. Tráenos la liberación.

## Capítulo 49

--Mi vida, dime que esto no es cierto.

Westley me enseñó el periódico de unos días antes. En la portada había un gran titular en el que se leía "El Palacio se tambalea: el rey Basileo contra la princesa Melania"

--Madre mía, qué sensacionalista.

--Hay un reportaje dentro en el que se dicen muchas cosas. Es... bastante sensacionalista, sí. Pero dime que es mentira.

--¿Qué es lo que dice?

--Pues habla de ti. Se dice que has sido un quebradero de cabeza para todo el personal de Palacio desde que llegaste.

--Podría decirse que es cierto. Aunque algo exagerado. Tampoco me he portado tan mal.

--Lo dicen... en el buen sentido. Este periódico no está a favor del rey, está en contra, pero no puede decirlo abiertamente porque lo cerrarían y acusarían a todos de traición. Se limitan a hablar y a dejar que la gente saque sus conclusiones.

--¿Y qué dicen?

--Que el rey lleva casi dos años intentando hacer de ti alguien como él y que no lo ha conseguido. Dejan en el aire que la gente decida si eso es bueno o malo. Por ejemplo.

--Pero que el rey no ha conseguido lavarme el cerebro ya lo sabías.

--Sí. Mi pregunta iba hacia otra cosa que dicen.

--¿El qué?

--¿Es cierto que el rey quiere que deshagas tu juramento, renuncies y te vuelvas a tu mundo?

Finalmente. Había estallado la bomba. El cuñado de esa chica lo había



publicado. Ahora todo el pueblo lo sabía.

--Sí, Westley. Es cierto.

Westley apoyó los codos en las rodillas y se llevó las manos a la cara, de abajo a arriba, dejándolas sobre sus ojos, su frente y parte de su pelo. Esperé unos segundos a que dijera algo, pero no se movió ni pronunció palabra.

--Westley, mi amor...

Le cogí el brazo y tiré de él, pero estaba rígido como una estatua.

--Westley --continué despacio--, te dije que no iba a permitirles que me robaran mi vida porque tú eres mi vida entera. Y no lo pienso hacer. Mi respuesta ha sido que no voy a irme. El Libro me puso aquí y no voy a renunciar por un capricho de un cabrón desalmado. Renunciaría a ser reina si con eso pudiera quedarme aquí y hacer una vida normal junto a ti. Pero no puedo: si renuncio, tengo que volverme a mi mundo. Y no, mi amor, no lo voy a hacer. No voy a tirar a la basura lo que tenemos tú y yo. Algún día esto acabará. Seré reina y nada se interpondrá entre nosotros. Y si no, me dijiste que en dos años nos podríamos ir juntos. Hasta que ese día llegue, voy a aguantar lo que sea. El rey puede patalear lo que le de la gana. Yo no me voy.

Cuando terminé de hablar, Westley rápidamente me atrajo hacia sí y me apretó contra él con mucha fuerza.

--¿Acaso lo dudabas? Te quiero, Westley. No voy a renunciar a ti.

--Si te fueras, no podría soportarlo. Leer eso ha sido como si me mataran.

--El rey no puede obligarme a irme. No tiene ese poder. En las decisiones del Libro es en lo único en lo que él no puede mandar.

--Tengo mucho miedo por ti. Si no ha conseguido que te fueras voluntariamente, no quiero pensar en lo que hará para forzarte.

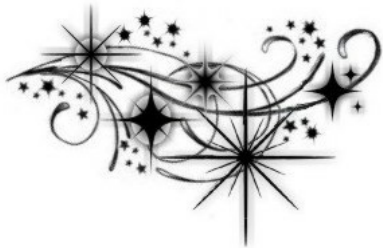
--Westley. Tengo que aguantar y demostrarle de lo que estoy hecha. Quizás esto sea una prueba más por la que tenga que pasar como futura reina. Si lo miras desde otro lado, piensa que no tengo más remedio. Tengo que aguantar

hasta que me coronen o hasta que nos podamos ir. No me queda otra opción.

--Mi chica valiente. No solamente cada día te quiero más, sino que también te admiro más.

Me cogió la cara con las manos y empezó a besarme con decisión. Yo cogí también su cara y le correspondí de la misma manera.

--Vas a ser la mejor reina de toda la historia, mi amor. Lo sé.



Días después fui llamada de nuevo con los consejeros cara rata. No sé qué rayos querían ni de qué iba a versar la sesión, pero yo no pensaba darles tregua. Más les valía andarse con tiento si querían conservar sus puestos cuando yo fuera reina. Que no los iban a conservar, eso lo tenía clarísimo, pero puede que ellos creyeran que iban a estar ahí a perpetuidad.

En cuanto entré en la sala, saqué mi sonrisa enlatada, saludé y esperé a que me invitaran a sentarme. Tardaron, pero finalmente lo hicieron, y al sentarme, sucedió lo mismo que las dos veces anteriores: se pusieron a mirar entre sus papeles, o al infinito, o a no hacer nada. Por supuesto, ignorándome. Yo ya pasaba de decirles algo, total, casi iba a ser peor si lo hacía.

Me sentía tan aburrida, ignorada y ninguneada que subí las rodillas y apoyé los pies en el canto de la mesa. Empecé a darme un poquito de impulso hasta que las patas delanteras de mi silla se levantaron del suelo y quedé sostenida sobre las traseras, y, en esa postura, flexioné las rodillas. Me empecé a mecer suavemente. Era muy divertido, y como no me prestaban atención, no se estaban dando ni cuenta. Sabía perfectamente que no era

correcto y que era más propio de una niña pequeña, pero quería comprobar cuánto tardaban en advertir lo que estaba haciendo, y cual sería su reacción.

--Punto primero del orden del día --anunció uno de ellos al cabo de un buen rato--. Construcción de varios puentes que permitan el paso en la circunvalación sesenta y siete oeste a través de la laguna.

--Contamos con la oposición de las ondinas que viven en dicha laguna, que argumentan la destrucción de su habitat natural.

--Asimismo, en pueblo que hay más allá de ese lugar ha manifestado en repetidas ocasiones su interés por un medio más rápido y directo que no sea bordeando la laguna.

--¿Qué opina usted, Se... --me miró y se quedó cortado al verme--  
...Señora?

Quitó los pies de la mesa y dejé que las patas cayeran hacia delante. La silla aterrizó con un sonoro "Cloc" contra el suelo de piedra, sonido que hizo que todos pegaran un pequeño respingo.

--¿Me la puede repetir, por favor? --Si querían jugar a quien era el más cojono, se iban a enterar.

--Señora, voy a permitirme recordarle que está usted en un acto oficial.

--Sabemos de su inminente regreso a su mundo y a su vida anterior, pero, entretanto, le pedimos un último esfuerzo. ¿Será capaz de hacerlo o es demasiado para su lamentablemente desordenado cerebro?

--Desordenado cerebro será el de vuestra puta madre. Más vale que aprendáis a respetarme porque os adelanto que dejaré de ser vuestra princesa en el momento en el que me convierta en vuestra reina. Imbéciles.

Se me quedaron todos mirando con cara de alucine. Ya estaba. Lo había dicho. Y de una manera no muy educada. No era mi intención, pero me tenían hasta la coronilla y alguna vez tenía que soltarles cuatro cosas.

--No me voy a ninguna parte. Espero que se les grave en esas cabezas

huecas que tienen. Y les aconsejaría que dejaran de faltarme al respeto y que se pusieran a hacer méritos, porque hoy por hoy, mi decisión es prescindir de sus servicios el mismo día que suba al trono.

--De modo que se atreve usted a contravenir las órdenes directas del rey...

--De modo que se atreve el rey a contravenir lo que el Libro dispuso al traerme aquí... --repuse.

Volvieron a quedarse en silencio. Ya estaba. Los tenía en mis manos.

--El Libro me puso aquí. A mí y no a otro. Y si lo hizo, fue porque vio en mí algo que el resto no tiene. Y quizás ese algo sea la capacidad de poner orden en este reino y más concretamente en este Palacio y este sistema patas arriba. ¿Queda claro? --No hubo respuesta--. Pues pasemos al tema que nos ocupa. La laguna se queda como está. No se va a alterar el orden ni la vida de las ondinas por un capricho de los humanos. Si no están contentos, que se muden de pueblo. Mientras contemos con la oposición de las especies naturales de la zona que pueden ver alterada su existencia, la respuesta es no. Esa es mi opinión y eso es lo que haré si el caso se me presenta siendo reina.

--Permítame recordarle, Señora, que usted va a ser la soberana del reino humano, y tiene que velar por los intereses de sus congéneres. No del resto de especies.

--Y usted permítame a mí recordarle que este mundo es lo que es debido a la variedad de especies. En mi reinado, la especie humana no aspirará a ser la dominante, sino a una convivencia pacífica con el resto. Todas nos necesitamos por igual unas a otras. ¿De qué servirá que pongamos puentes en la laguna? Las ondinas pueden abandonarla, en cuyo caso nos quedará una masa de agua estancada que no traerá sino malos olores y enfermedades al pueblo. ¿Es eso lo que quieren? ¿Y si las ondinas no la abandonan y nos declaran la guerra? ¿Y si la envenenan como represalia? ¿Merecen la pena tantas molestias y tanto gasto por unos malditos puentes?

Se miraron todos unos segundos.

--¿Se han parado a pensar --continué-- en lo que pasaría si las ondinas decidieran que el pueblo humano molesta para la expansión de su laguna, y decidieran actuar sin más? ¿Por qué tenemos que ser los humanos los que hagamos siempre lo que nos da la gana? ¿No podemos aprender un poco más del resto de razas?

Estaban todos alucinando. Casi ni pestañeaban.

--Me llena de satisfacción ver que utiliza la razón, por una vez. Sus propuestas serán tenidas en cuenta, Señora.

--Sin que sirva de precedente --gruñó otro.

--Y ya que ha presentado su intención para que su estancia en el reino sea... cuanto menos, duradera, creo conveniente convocarla a este tipo de actos más a menudo.

--Y comprobaremos si su uso de la razón es, como parece, un hecho aislado, o podemos contar con ella en el futuro.

--*Se está rifando un lote de tortas y tenéis todas las papeletas...* -- murmuré en español.

--¿Disculpe?

--Decía que será un placer volver a ser tenida en cuenta en la toma de decisiones. Siempre y cuando se me trate con respeto. No voy a permitir esos comentarios degradantes que tanto les gusta dirigir a mi persona. ¿Entendido?

--No hacemos comentarios degradantes, Señora. Decimos la verdad.

Miré con asco al responsable de esa respuesta.

--En ese caso, dudo que quieran trabajar para una reina de la que tienen tan nefasta opinión, así que vaya preparándose para cuando les despida. Pueden ir pensando en crear una oficina de empleo o algo así.

Dicho esto, la sesión de dio por finalizada y nos retiramos. Bajé a las cocinas, ya que en todos esos días aún no le había dado las gracias a esa chica

por lo del periódico. En cuanto entré, me topé de bruces con Narian, el niño de Ángela.

--¡Hola, peque! ¿Y tu madre?

--Por ahí --Señaló arriba--. He vuelto solo del colegio.

--Oh, muy bien, ya eres todo un hombrecito. ¿Cuántos años tienes?

--Diez.

¿Diez? Yo hubiera jurado que tenía menos. Le hubiera echado ocho. Tenía la carita redondeada, hoyuelos en las mejillas y no era muy alto, para tener diez años. Me sonrió traviesamente.

--¿Ya has pensado qué quieres ser de mayor? ¿Vas a quedarte en Palacio como tu madre?

--No. Quiero viajar.

--¿No vas a ir a ninguna escuela? ¿Y que yo te dé un diploma por buen estudiante? ¿Y ganar mucho dinero?

--No. No me gusta estudiar.

Todo el personal de cocinas rió sonoramente ante esta declaración de intenciones del niño --¿Ah, no? --Reí yo también--. A mí tampoco me gustaba cuando tenía tu edad, pero no me quedaba más remedio. Y ahora también tengo que estudiar aunque no me guste.

--Pues yo no voy a estudiar. En cuanto cumpla los dieciséis voy a viajar y viajar. Y a verlo todo. Quiero ver unicornios, sirenas, hadas y elfos.

Elfos.

--Sigue soñando, peque, que soñar es gratis y muy bonito. Ya tendrás tiempo de darte de morros en la cara con la realidad cuando seas más mayor --murmuré mientras le daba golpecitos en la parte superior de la cabeza, en su lustroso pelo negro.

--¿Por qué lo dices?

--Por nada. Te lo diré cuando cumplas los dieciséis y acabes la escuela.

Anda, vete a jugar o a lo que estuvieras haciendo.

--Te quiero mucho, Melania.

El niño me dio un abrazo, y después salió corriendo de las cocinas hacia fuera, hacia el exterior.

--Qué niño éste... --se me escapó, divertida.

--Que no le gusta estudiar, dice... Tiene un padre dispuesto a pagarle cualquier profesión en cualquier escuela del pueblo, y lo va a desperdiciar. No sabe la suerte que tiene. Ya quisieran otros tener las oportunidades que tiene él --comentó una de las mujeres de las cocinas.

Algún día le pediría a Ángela que me contara su historia de amor con el padre de Narian. Me dijo en su momento que no fue una historia de estas románticas y bonitas, y yo no había querido pedirle más detalles. Además, tampoco quería ir de cotilla si no era un episodio agradable en su vida, y menos teniendo yo mi propio secretito amoroso que algún día, tarde o temprano, se haría público...

--He venido a daros las gracias por lo que habéis hecho. Vi la noticia publicada en el periódico.

--No se habla de otra cosa en el pueblo, Señora --recalcó la señora Potts mientras me ponía un vaso de agua con fraselia en las manos--. Por mi parte, yo les he dicho a todos que nuestra princesa no está en absoluto loca, sino todo lo contrario. Y que necesita nuestro apoyo para ganar esta batalla.

--¿Batalla?

--No me refiero a una batalla en términos estrictos, Señora, me refiero al asunto que hay ahora mismo. Recuerde el titular del periódico: "El rey contra la princesa". Puede que no sea una batalla como tal, pero está claro que hay dos bandos claramente enfrentados.

Una de las chicas se asomó al pasillo y miró si había alguien que pudiera escuchar.

--Señora, el rey no es una persona muy apreciada. Usted solamente conoce Pueblo Palacio, pero puedo asegurarle que, si se va un poco más lejos, a medida que aumenta la distancia, va a notar que el desagrado de las gentes hacia el rey va también aumentando progresivamente. Y si se sigue alejando, verá que en las zonas más remotas viven totalmente al margen: al estar tan lejos, el rey no viaja hasta allá, por lo tanto no les afecta lo que se hace aquí. Tenga en cuenta que no todo el mundo pudo asistir a su presentación y los que conocen el sistema y no viven cerca, la ven como una sucesora del rey. Y más sabiendo como se sabe que cada día recibe clases para ser como él. Los rumores de que no es así se están empezando a propagar, pero no va a ser rápido ni sencillo.

--Y tenga en cuenta que al rey le encanta maquillar los hechos. Porque por lo que Ángela nos contó, y teniendo en cuenta que se pasó casi un mes ingresada en la clínica, no volvió solamente con un poco de catarrillo, ¿verdad?

--No --respondí--. Casi me matan. Y el rey no movió un dedo por salvarme. No me rescataron sus tropas; me soltaron los secuestradores porque no les servía para nada y a uno de ellos le dio pena rematarme. ¿No hay manera de que se sepa la verdad? Me hierve la sangre cuando pienso que lo ha pintado todo de manera que parezca un cuento para niños.

--Poco a poco, Señora. Poco a poco. Hay que andarse con tiento si queremos que esto sirva para algo. Un paso en falso, y el rey nos puede descubrir, acusarnos de traidoras y mandarnos a todas a los calabozos.

--¿Pudiste hablar con tu contacto por lo de... eso que me contaste? --Me dirigí a la chica que me contó lo de los grupos en contra del rey.

--Sí, Señora. Pero no tengo respuesta todavía.

Suspiré.

--Perdonadme si parezco impaciente, es que... de verdad me gustaría que



esto avanzara.

--Señora, lo mejor será que se haga a la idea de que esto va a ir para largo.

--Sí, sí. Está bien. Gracias por vuestra ayuda, de verdad.

Salí de las cocinas y me dirigí a mis habitaciones.

## Capítulo 50

--*Te a-mo, p-pri-n-ce-si-ta...*

--Muy bien, ya te va saliendo mejor. Pero tienes que decirlo más rápido. No te pares en cada sílaba. Mira, así: "*Te amo, doctor Westley*".

--Tenías razón cuando me dijiste que era difícil. No se parece en nada al de aquí.

--Pero lo estás aprendiendo muy bien.

--Creo que lo de la carta a tus padres va a costar más de lo que pensaba...

--No te preocupes. Van a alucinar tanto cuando les cuente dónde he estado estos años, que tu carta va a ser lo menos raro de todo.

--¿Van a alucinar?

--Otra palabra más para ti Alucinar, en mi idioma, significa sorprenderse extremadamente. Además de lo que significa en términos médicos, claro.

De vez en cuando dedicábamos un rato para que Westley aprendiera español, y se notaba que era muy inteligente y estudioso, porque se le daba muy bien y ya empezaba a hacer frases con sentido. Había aprendido a escribir todas las letras, mayúsculas y minúsculas, a conjugar algunos verbos básicos, y bastantes palabras de uso cotidiano que le iba enseñando yo. Le costaba pronunciar la eñe, y cuando empecé a hablarle de las tildes y de cómo acentuar las palabras escritas, se le pusieron los ojos como platos. Pero en ningún momento se quejó ni me habló de rendirse.

Decidimos que ya estaba bien de clases por esa noche y me acordé de algo que quería que me contara desde hacía ya tiempo.

--Oye, Westley.

--Dime, preciosa.

--Háblame de tus padres.

Se tumbó boca arriba y me hizo una señal para que me uniera a él. Cuando

lo hice, noté cómo sonreía mientras miraba las estrellas y me apretaba contra sí.

--Mi padre se llamaba Donás. Tenía el pelo castaño y tan tieso como el mío. Todo el mundo dice que, salvo en el color del pelo y en algunos detalles menores, yo soy su viva imagen. Mis abuelos eran granjeros y él quiso seguir sus pasos. En el pueblo donde me crié está su casa, que ahora es mi casa.

--¿No tienes hermanos?

--No. Mi madre tuvo problemas en el parto y decidieron no tener más hijos. De hecho, por eso probablemente me pusieron primero el nombre que mi madre quería y después el de mi padre. Muy poca gente conoce ese detalle --rió--. Pero no, no tengo hermanos, aunque me hubiera gustado.

--Bueno, por mi experiencia puedo decirte que se está mejor solo que mal acompañado.

--Quizás. Nunca lo sabré. Aunque tengo algunos primos con los que jugaba de pequeño.

--Cuéntame más cosas.

--Conoció a mi madre cuando eran los dos muy niños. Se llamaba Elien. Me dijo que siempre supo que esa iba a ser su mujer para toda la vida, pero al parecer ella en principio no tenía esos planes. Cuando era una niña jamás hablaron. Él intentaba acercarse a ella, pero ella siempre huía de su compañía. Sin embargo, mi padre tenía bien claro que quería a esa jovencita, y nunca se rindió. Ni siquiera cuando, ya de adolescentes, ella empezó a ser cortejada por otros hombres. Era toda una belleza: rubia, de ojos claros, con suaves bucles en el cabello... Mi padre decía que incluso venían hombres de otros pueblos a cortejarla.

--¡Madre mía! ¿Y qué hizo tu padre frente a toda esa competencia?

--Una noche, vino un hombre de fuera del pueblo a pedir su mano. Había venido más veces y ya se conocían. A mi abuelo le agradaba aquel tipo: era

educado, bien parecido y dueño de un almacén que daba mucho dinero. A la mujer que se casara con él no le faltaría nada jamás. Mi padre andaba... merodeando por los alrededores de la casa de mi abuelo cuando la vio salir corriendo e internarse en el bosque. Él la siguió y cuando se paró, pudo ver que estaba llorando, él le preguntó qué le pasaba y ella le dijo que no quería casarse con aquel hombre, pero que si no lo hacía le daría un disgusto a su padre ya que había rechazado ya a varios candidatos. Y mi padre le dijo "Pues no te cases con él, porque si lo haces sin amarlo, no serás feliz, y entonces iré a tu casa y te secuestraré, cometeré un delito y seré un fugitivo toda mi vida, pero te haré la mujer más feliz del mundo y eso me hará a mí el hombre más feliz del mundo. Mi plan es hacerte feliz de todas maneras, pero sería más fácil si no te casaras y me dejaras cortejarte y ser tu novio".

--¡Guau! ¡Qué directo! ¡Qué romántico!

--Ya te dije que mi padre tenía muy claro lo que quería en la vida --Volvió la cabeza y me miró--. Yo también tengo muy claro lo que quiero.

--¿Y qué pasó?

--Que le dijo que llevaba más de diez años queriéndola y esperando una oportunidad por parte de ella. Estuvieron hablando un rato antes de que ella volviera a la casa, pero ese rato fue suficiente. Ella rechazó a su pretendiente y aceptó a mi padre como novio. Tiempo después, él le pidió que se casara con ella, y ella aceptó. Aunque mis abuelos jamás aceptaron a mi padre. Desde el principio les dejó claro lo que pretendía, les dijo: "Señor, tengo intención de hacer extremadamente feliz a su hija, con su consentimiento o sin él. Pero con su consentimiento será más sencillo". Y con esa frase dejó sin argumentos a su suegro --Sonrió ampliamente --. A mi padre le encantaba contar esa historia.

--¡No me extraña!

--¿Sabes? Cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de ti, en las

ocasiones en las que me desanimaba pensando que intentar enamorar a la princesa era una locura, era como si oyera la voz de mi padre, recordándome su historia, y diciéndome: "Si ella es la chica que quieres en tu vida, Westley, a por ella, sin miedo y sin rendirse jamás". Y mereció la pena, ya lo creo que sí --Se giró y me dio un largo beso.

--Vaya, vaya. Por lo que parece, el hijo igual que el padre, ¿eh?

--Cuando te lleve a mi casa, me refiero a la casa donde nací, en mi pueblo, te enseñaré algunos retratos suyos que hay allí, para que veas cómo era. Me hubiera gustado que lo conocieras.

--Lo conoceré gracias a ti. Porque tú me vas a contar muchas historias tuyas, ¿a que sí?

--Princesita, me hace muy feliz que quieras que te cuente sobre mis padres. Te adoro, preciosa. Haces que me enamore de ti a cada minuto que paso contigo. ¿Me contarás historias tuyas y de tu familia también? Seguro que eras una niña encantadora.

--Sí. Te contaré de mis abuelos, y de cuánto los quería y me querían ellos. Pero antes tienes que terminar la historia de tus padres. Sigue contándomela.

--Ah, pues... Se casaron, y a los pocos meses, nací yo. Mi nombre fue cosa de mi madre; creo que era el héroe de un libro que le gustaba mucho. Heredé su color de pelo, que, por cierto, no me gustaba nada. Era el único niño del pueblo con el pelo rubio, y en el colegio se burlaban de mí. El rubio es un color más común en las mujeres. En los hombres es rarísimo.

--Pues a mí tu pelo me parece precioso.

--Eso mismo me decía mi madre. También me decía que algún día encontraría una chica que pensaría como ella --Me miró y sonrió--. Le hubieras encantado, princesita. Lo sé.

--Me hubiera gustado conocerla. ¿Qué le sucedió? Si no te importa decírmelo...

--Yo tenía catorce años. Fue un año en donde nevó más de lo normal, y de forma muy dura e inesperada. Nos quedamos sin leña, nosotros y casi todo el pueblo. Las ventiscas no nos dieron tregua. Contrajo una neumonía. En mi pueblo ni había ni hay clínica o médico local. Mi padre cogió su carreta y un caballo para ir tres pueblos más allá, donde había un doctor, muy anciano. Atravesó la ventisca y no sé cómo pudo conseguirlo, pero trajo al doctor. Aunque le dieron la medicina, para mi madre ya era demasiado tarde. Murió la noche siguiente.

--Oh, Westley... Lo siento muchísimo...

--Cuando te descubrí la neumonía aquella noche, y no podíamos darte la medicina... no podía creerlo. Era como si el destino me estuviera gastando una broma cruel. Mi madre estaba despierta, pero no teníamos doctor ni medicina. Y en tu caso, estabas en una clínica llena de doctores y medicinas, pero no podíamos suministrarla. Por segunda vez, una neumonía se iba a llevar a la mujer más importante de mi vida. Era más de lo que podía soportar.

Me aferré a él con fuerza. Giró un poco la cabeza y me dio un fuerte beso en el pelo.

--Te me cuidas, ¿eh? ¿Me lo prometes?

--Claro que sí, Westley. Te lo prometo.

--Cuando la enterramos, le dije a mi padre que quería ser médico. Él me apoyó desde el principio y empezamos a trabajar más, para conseguir dinero extra y que así yo pudiera ir a una Escuela de Medicina.

--¿Tú también trabajabas?

--Claro, Melania. Soy hijo de granjeros; desde niño he ayudado con los cultivos y los animales.

--¿Y a tu padre no le apenó que no quisieras seguir con la granja familiar?

--No. En absoluto. Su plan era seguir él, hasta que le fallaran las fuerzas. Se suponía que no iba a morir tan pronto, que iba a seguir unos años más. Pero

no pudo ser.

--¿Qué le ocurrió?

--Yo ya había empezado en la Escuela de Medicina. Tenía dieciocho años, era mi primer año allí. Mi padre había trabajado muy duro para que yo pudiera entrar en la de aquí, la de Pueblo Palacio. Era la que yo quería, la más prestigiosa de todas, aunque también la más cara. Era un sueño, pero mi padre lo hizo realidad. Estaba casi al final del primer año. Llevaba bien las asignaturas, aunque no le dedicaba al estudio todo el tiempo que debiera. El primer año había muchas fiestas, muchos alumnos y alumnas alocados... Bueno, para un chico de pueblo como yo fue todo un mundo nuevo y desconocido, y me dejé arrastrar. Noches sin dormir, borracheras, resacas, aventurillas con... bueno, con chicas con ganas de... divertirse... Oh dioses, te lo cuento y me da vergüenza, ¿cómo pude?

--No creo que fueras el único al que arrastraron a esas cosas. Eras de pueblo, joven e ingenuo, ¿no?

--Supongo que sería eso. El curso era muy duro, como te dije, y estudiaba como y cuando podía. Nunca suspendí un examen, pero reconozco que mis notas podían haber sido mejores. Y en eso estaba cuando llegó una carta urgente de un pariente. Me dijo que mi padre había tenido un accidente cuando fueron a por leña al bosque. Le cayó un árbol encima... o algo así. No quisieron darme detalles. Pero estaba grave --Hizo una pausa--. De modo que fui a ver a mi profesor-tutor, para explicarle la situación y decirle que tendría que repetirme los exámenes en la siguiente convocatoria dentro de unos meses, y que si tenía que repetir el curso, pues que adelante, pero por supuesto mi padre era lo primero.

--Claro que sí. Muy bien.

--Y mi profesor-tutor me dijo que había visto mi comportamiento en las clases y que sabía que yo podía dar más de mí. Más de lo que estaba dando. E

hizo un trato conmigo: no me mandaría a la siguiente convocatoria, me haría los exámenes de forma extraordinaria, pero a cambio yo tenía que prometerle que me iba a dedicar de lleno a estudiar y que iba a dar lo mejor de mí mismo. Que le buscara cuando estuviera listo y mi padre no me necesitara, y fijaríamos una fecha. Si cumplía sus expectativas, seguiría. Si no, iría a segunda convocatoria, en donde casi con toda seguridad perdería el curso.

--¿Y es normal que te hagan tratos así?

--No, no lo es. Pero él era el profesor, y estaba en su derecho de hacerlo si veía algún alumno que despertara su interés. Parece ser que yo lo hice. Además, yo tenía una causa más que justificada para ausentarme. El caso es que acepté, y volví con mi padre. Estaba realmente mal. Me preguntó qué tal me iba en la Escuela, y me sentí ruin y rastrero por haber perdido el tiempo yéndome de fiesta. No tuve valor para decírselo. Le dije que me iba bien, lo cual, después de todo, no era mentira. Me preguntó si había conocido a alguna chica... y me di cuenta de que había estado enredándome con chicas por las que no sentía nada en absoluto. Le dije que no, y fue entonces cuando me dijo que, si alguna vez conocía a alguna chica especial, que debía hablar con sus padres sobre mis intenciones, las cuales siempre debían de ser honradas.

--Lo estamos intentando, Westley... es que te has ido a enamorar de una chica con una situación algo complicada...

--Me he enamorado de la chica más bonita y encantadora del reino. Me da igual de donde vengas o lo que suceda, no pienso echarme atrás contigo, preciosa. Mi padre no lo hizo y yo tampoco lo haré.

Sonreí y me apreté de nuevo contra él.

--También me dijo --continuó-- que cuando encontrara a la mujer de mi vida, que lo sabría. Que no me quedaría ninguna duda, porque en su familia, de generación en generación, los hombres solo aman una vez, muy intensamente, y para siempre.



--Oooh, qué bonito, parece una leyenda...

--Pues te aseguro que no lo es --Me miró a los ojos--. Me dijo que es algo que llevamos en los genes. Yo sólo sé una cosa, y es que te amaré el resto de mi vida, Melania. No lo dudes nunca. Y si hay otra vida más allá de ésta, también te amaré.

Cuando me miraba así y me decía esas cosas, me dejaba indefensa y con el corazón blandito y vulnerable. Se giró, girándome a mí también hasta quedarnos de lado, y me besó con ternura, acariciándome toda la boca con su lengua y sin dejarme apenas que yo moviera la mía.

--Daría mi vida por ti, amor mío --susurró, a escasos milímetros de mi boca.

--Pero yo no quiero que des tu vida... Yo te quiero vivo, no muerto...

Me abrazó y me apretó contra sí con mucha fuerza.

--Ay, me haces daño. Cuidado, que vas a hacer que me cruja algo...

--Perdona, cariño, perdona. ¿Estás bien?

--Sí, sí. Anda, sigue contándome lo de tu padre. ¿Qué más te dijo?

--Me estuvo hablando sobre el amor. Sobre lo mucho que quería a mi madre, y cómo supo desde que la conoció que esa era la mujer que quería para el resto de su vida. Me dijo que le hubiera gustado poder verme enamorado, y que trajera a mi chica a casa. Me contó lo bonito que es estar enamorado y lo increíblemente hermoso que es cuando se es correspondido. Y que siempre fui y seré su mayor orgullo. Esas fueron sus últimas palabras. Yo había traído calmantes y se los suministré como pude para quitarle el dolor que debía de estar soportando. Se quedó descansando, ya sin dolor, con un gesto de increíble paz... y a la mañana siguiente ya estaba con mi madre.

Hubo una pausa. No sabía qué decir que no hubiera dicho ya y que no sonara típico y tópico, así que me quedé callada mientras él seguía acariciándome el pelo mientras miraba a las estrellas.

--Enterré a mi padre junto a mi madre. Y me dije que honraría sus memorias y que haría que se sintieran los padres más orgullosos del reino. Fue la última vez que estuve en la granja. Puse en orden los papeles de propiedad como heredero, vendí los animales y gracias a eso saqué dinero para pagar el alquiler de varios meses y el siguiente año de carrera. Volví a Pueblo Palacio, estudié como nunca e hice los exámenes en aquella convocatoria extraordinaria. Unos días después, el tutor me mandó llamar para hablar conmigo de los resultados.

--¿Y qué te dijo?

--Que nunca un alumno suyo había sacado unas notas como aquellas. Me estuvieron haciendo algunas preguntas improvisadas, para convencer al resto de los profesores que no había hecho trampa. Me pusieron a prueba y su veredicto fue que pasaba al siguiente curso con mención especial.

--¡Muy bien!

--Pedí una beca por si hubiera la posibilidad de guardar algo de dinero para los siguientes años, y me la concedieron. Y desde entonces, Leo ha seguido siendo mi profesor, todos los años, en como mínimo un par de asignaturas, ha estado junto a mí ayudándome, quiso ponerse conmigo cuando me llegó la hora de las prácticas, y fue el primero en felicitarme cuando acabé la carrera. A lo largo de esos años construimos una gran amistad. Me dijo una vez que veía en mí al hijo que nunca tuvo. Y aunque mi padre siempre será mi padre, yo también llegué a ver a Leo como un segundo padre. Me ha ayudado mucho, siempre me ha apoyado en todo, me ha aconsejado, me ha animado... Le debo ya muchas y nunca tendré suficiente vida para agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

--Es un buen hombre.

--Te aseguro que lo es. Es la otra persona, además de ti, a la que me hubiera gustado que mi padre conociera. Cuando le conté mi idea de abrir una

clínica en mi pueblo, me dijo que eso era un proyecto muy costoso, aunque no imposible si se trabajaba duro. También me dijo que se lo volviera a comentar al cabo de unos años si seguía con la idea, porque puede que él estuviera interesado en ser cofundador. Luego te conocí y... bueno, me di cuenta de que, teniendo a mi lado una princesita como tú, no necesito una clínica costosa. Me basta con una consulta en mi casa, donde poder estar cerca de mi chica. Se lo comenté a Leo y me dijo que era mucho mejor ese plan que el de la clínica. Y que le gustaría seguir trabajando conmigo. Porque, ¿sabes? Elegí esta clínica porque, al quedar primero en la promoción, tengo derecho a elegir la que quiera además de contar con el respaldo de Leo si hubiera alguna traba. Y esta es la que da más prestigio y la que mejores condiciones tiene. Leo pidió el traslado tras preguntarme si me apetecía seguir soportándolo a diario durante un turno completo. Yo le respondí que me enfadaría si no lo hiciera. Y ya ves, ahí nos tienes, creo que formamos un buen dúo. Le conozco bastante bien y él me conoce a mí.

--¿No le molestó cuando se enteró de lo nuestro?

--Leo sabía que había una chica. Supongo que no debo ser muy buen actor, porque casi desde el primer día que nos hicimos novios todos me lo notaron y hubo unas cuantas bromitas al respecto. Cuando nos estábamos cambiando para salir, me dijo "Westley, te voy a preguntar algo y espero que me digas la verdad. No quiero ser chismorrero. Solo será una pregunta. ¿Hay una chica?" Yo le dije que sí la había. Y él me respondió "Me alegro mucho, ya era hora. Espero que nos la presentes algún día". No volvió a sacar el tema. Y una noche entró a la clínica la princesa, casi muerta, tan grave que me dejó sin saber reaccionar al verla. Leo no entendía qué me estaba pasando y me ordenó que saliera de la sala... y para que me dejara quedarme contigo tuve que decírselo. Al principio creyó que estaba bromeando. Luego, lo recuerdo perfectamente, me dijo "¿Has perdido la cordura? ¡Es la princesa! ¡Y tú un

plebeyo! ¿Sabes lo que puede ocurrirte como llegue a oídos del rey?" y yo le respondí que me daba igual lo que me ocurriera porque sin ti, nada tenía sentido. Me miraba con los ojos muy abiertos, como si estuviera contemplando algo inaudito. Ah, mira, como dirías tú: "*Es-ta-ba alu-ci-na-n-do*".

--Oye, me dijiste que quería que nos viésemos los tres.

--Ah, sí. Pues justo la semana de las fiestas se la ha tomado de vacaciones. ¿Te parece que nos veamos la noche que yo libre?

--Bien. Me parece perfecto.

Volvió a apoyar mi cabeza contra su pecho y seguimos mirando las estrellas. No mucho rato, porque enseguida una de ellas empezó a titilar en el horizonte, lo que indicaba el comienzo del amanecer. Nos levantamos y le ayudé a recoger la manta.

--Melania.

Lo miré.

--Te juro por mi vida que llegará el día en el que amanezca y no nos tengamos que separar. Que podamos irnos por la noche a dormir a una cama, y despertarnos juntos. Ese día llegará. No sé cuándo, pero te juro que llegará.

Me acerqué a él y le acaricié la cara.

--Estoy segura de ello, Westley.

## Capítulo 51

Hasta el bosque, al lado del montículo de piedras, llegaban los sonidos de las fiestas del pueblo. Me hubiera gustado mucho ir, pero para mí tenía más valor conservar mi libertad y poder seguir escapándome a hurtadillas que el poder ver a la gente divirtiéndose, bailando, cantando... y descubriéndome.

Intenté que no se me notara mucho; no quería que Westley o Leo se sintieran mal. Además, Westley había tenido el detalle de traerme una parte de las fiestas hasta nuestro lugar de reunión: un par de botellas con bebidas ricas y algo de comida de los puestos.

Leo estaba de vacaciones y Westley seguía en la clínica, y me sorprendió y alegró a partes iguales cuando me contaron que, en ausencia de Leo, Westley estaba de responsable.

--¿Y qué tal te va? ¿Es muy diferente a estar de empleado? --pregunté.

--Por supuesto que sí. Si no, no tendría sentido que hubiera responsables y empleados en la clínica --respondió Westley.

--Pero alguien tiene que controlar lo que hay en el almacén, dirigir y coordinar el turno, supervisar pacientes y empleados... y más cosas --añadió Leo--. Y así vas cogiendo experiencia para cuando te toque ser el responsable titular, chaval. Que te tocará algún día. Si sigues así, te lo aseguro.

--Aún queda mucho para que llegue ese día --rió Westley.

--Que te crees tú eso. Tienes veinticuatro años, antes de que te des cuenta ya tendrás treinta. Y a ti te digo lo mismo, jovencita.

--Tengo diecinueve.

--¡Una niña! Eres una niña. Sin ofender, claro. Pero aún te queda mucho que vivir y mucho por aprender. Y --añadió rápidamente-- no lo digo por tu puesto. Con diecinueve años aún no has empezado a vivir. Antes de que te des cuenta te habrán llegado los veinticinco, y luego los treinta. Procura

aprovecharlos bien, que esos años no vuelven. Te lo dice alguien que ya va para los sesenta --rió.

--Anda, Leo, no me la asustes.

--Cuéntame, Westley, si tú eres el responsable, ¿quién es el empleado? --pregunté.

--Un par de estudiantes en prácticas.

--No uno --recalcó Leo--. Dos. Menuda le ha caído encima al pobre.

--¿Por qué?

--Porque, si uno comete un error y se equivoca, las consecuencias son responsabilidad de Westley. A un estudiante en prácticas se le controla bien, pero a dos... es otra historia.

--¿Y te dan muchos problemas?

--Por ahora no. Son chavales que vienen bastante preparados.

--Normal --apuntó Leo--. A la clínica de Pueblo Palacio no entra cualquiera. Es la que todo el mundo quiere, y no tiene plazas ilimitadas. Solo pueden entrar los que mejores notas tienen. Como éste de aquí --Le dio una palmadita a Westley.

Westley negó con la cabeza, quitándole importancia al asunto, mientras a mí me invadía una oleada de orgullo. Mi chico era el mejor médico del universo, por mucho que él lo intentara negar. Pero no le gustaba hablar de ello, así que yo no iba a echar leña al fuego.

--Cambiando de tema, pareja. No quiero meterme donde no me llaman. Pero, ¿habéis pensado en vuestro futuro? ¿Qué pensáis hacer?

Westley y yo nos miramos.

--En cuanto haya reunido suficiente dinero, irnos de aquí --respondió Westley.

--¿Ese es vuestro plan? ¿Creéis que el rey os va a dar una palmadita y animaros a hacerlo?

--Huiríamos. Si cogemos el último tren, cuando se den cuenta de que ella no está, ya estaríamos lejos.

--Y como alguien la reconozca y de la voz de alarma, te acusarán de secuestro, coacción, traición...

--Si conseguimos alejarnos lo suficiente, nadie la reconocerá.

Leo suspiró.

--Chavales, de verdad que os deseo toda la felicidad del mundo, pero ese plan vuestro cojea por los cuatro costados.

--No tenemos otro mejor, Leo.

--Esperar a que ella suba al trono no entra en vuestras perspectivas de futuro. ¿Me equivoco?

--Para eso sí que faltan años --intervine--. No veo al rey cediéndome el trono tan alegremente.

--¿No tienes alguna fecha?

--Se supone que eso lo decide el Libro. Hay una página dedicada a mí con la fecha en la que subiré al trono, que está en blanco. Un día aparecerá una fecha, y entonces se supone que me coronarán. La única manera de adelantarlo es hacer que el rey renuncie. Y no lo va a hacer. Supuestamente esa fecha aparecerá cuando esté preparada, pero el rey no pone mucho interés en que aprenda algo que me ayude. Se ha agarrado a su asiento y no parece que vaya a soltarlo.

--De hecho, la quiere fuera --añadió Westley.

--¿Fuera de la línea sucesoria? ¿Lo del periódico era cierto?

Asentí.

--Chavales, esto es serio. Tened muchísimo cuidado.

--Yo ya he dejado claro que no me voy.

--Melania, más te vale no enfadar al rey. Te lo digo yo, que he vivido más del doble de años que tú, y he sido testigo de mucho. No digo que le

obedezcas en cosas como que te apartes de la sucesión al trono... pero intenta mantener la paz con él. Finge si es necesario, pero no te hagas notar. Lo del periódico creo que ha sido un error. No te conviene que hablen de ti. Intenta pasar desapercibida.

--Él no entiende de eso. Así lo hice cuando llegué y prácticamente me entregó para que me mataran.

--Melania, hazme caso. No es bueno enfadar al rey. Como te le atragantes y te ponga en su punto de mira, buscará tu punto débil y te atacará por ahí.

--Pues que busque, que busque. No va a encontrar nada.

--No juegues con eso, chiquilla. Como se ponga a vigilarte, pronto va a tener más que claro cual es.

--¿Y cual es? --preguntó Westley.

Leo volvió la vista hacia Westley y lo miró con preocupación.

--Tú.



## Capítulo 52

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 26 de Basileo

Mes noveno

--Arriba, muchacha. Hoy te toca algo especial --anunció Ángela mientras me descorría las cortinas de la cama.

----Mmñeee --refunfuñé.

--Vamos, lávate la cara o te la lavo yo.

Dejé que Ángela me llevara hasta el tocador, allí hundí las manos en el aguamanil y me lavé la cara. Por suerte, Ángela había tenido el detalle de calentar el agua un poco. Mientras me secaba con la toalla, me acercó la bata y me la coloqué como pude al tiempo que ella prácticamente me empujaba a la mesa de mi saloncito, donde una doncella estaba colocando mi desayuno.

--Hoy vas a atender una visita. Humanos, no elfos.

Cogí una galleta del platito y la miré con desgana. Al principio no me disgustaban, pero a fuerza de desayunarlas y merendarlas a diario, había llegado a aborrecerlas. Eran finas y duras, y la masa estaba simplona y sin gracia alguna. Yo hacía galletas caseras mil veces mejores que esas cuando vivía en mi mundo. Miré el contenido del cuenco: infusión aguachirle otra vez. ¡Lo que hubiera dado en ese instante por un nesquick! Decidí coger la fruta de la esquina de la bandeja, y le di un buen bocado.

--¡Usa el cuchillo! ¡Cómo tengo que decírtelo! ¡Una princesa nunca come la fruta a mordiscos!

--Ángela, tú me dirías que usara el cuchillo incluso para comerme un puñado de cerezas.

--No hables con la boca llena. Me da igual cómo comieras los productos

que hubiera en tu mundo. Aquí tienes que comer con educación y clase.

--Me desesperas, Ángela --Acompañé mi declaración con un gesto teatral, dejando caer la cara sobre la bandeja del desayuno.

--Pues anda que tú a mí me tienes contenta. Y levanta la cabeza, que ya no eres una niña para hacer esas cosas.

Miré con asco el contenido de la bandeja.

--¿No hay otra cosa para desayunar? Esto parece agua sucia, y si tengo que hablar de estas pseudogalletas, la verdad es que he visto suelas de zapato más apetecibles.

--Supongo que podremos ponerte alguna otra cosa diferente. ¿Qué es lo que quieres?

--Choco krispies.

--¿Y eso qué es?

--Arroz inflado chocolateado.

--¿En tu mundo infláis el arroz para desayunar? ¿Sopláis dentro de él?

--Me estás vacilando, ¿verdad?

Ángela rió.

--No sé a qué te referirás, pero aquí el arroz solo lo tomamos cocido. Lo tenemos crudo, si quieres probar a soplarlo a ver si se infla... Pero ten cuidado, no vaya a explotar...

--¿Te he dicho ya que me desesperas?

--Hija mía, es que a veces me lo pones tan fácil...

--Oye, en serio, ¿qué llevan estas galletas? No saben a nada...

--¿Y a qué se supone que tienen que saber? Su función es llenarte el estómago. Creo que llevan harina, agua, grasa animal y semillas.

Saber los ingredientes hizo que mirara las galletas con asco.

--Puaf, ¿en serio? ¿Ni huevos, ni azúcar siquiera? Así están de malas.

--¿Huevos en las galletas? ¿Y la cáscara también te la comes?

--No, se pone solo lo de dentro.

--¿Quieres decir cocerlo, pelarlo y tritararlo?

--¡No! Qué asco. Se echa crudo y se mezcla con la masa.

--¡Pero si crudo son babas! ¡Eso no se puede manejar! ¿Cómo le quitas la cáscara a eso? Por no decir que luego saldrían galletas con babas.

--Déjalo. Mira, llévate esto, que no me lo voy a tomar.

--¿La infusión tampoco te la tomas?

--Parece el agua del río del pueblo de mis abuelos. Mira, si muevo la cuchara un poco por el fondo, se pone turbio. Buaj.

--No irás a tomar solamente una fruta para desayunar.

--Bueno, pues tráeme un vaso de leche.

--¿Leche? ¿Ahora estás en edad de crecer?

La miré extrañada.

--Melania, la leche se usa para hacer mantequilla o queso, pero líquida, tal cual es, solo se le da a los niños porque es buena para su crecimiento y para sus huesos. Los adultos no tomamos leche. No me digas que en tu mundo sí lo hacéis.

--Sí lo hacemos, y con bastante frecuencia. Bueno... Si no hay leche, tráeme agua con fraselia... oh, y recuerdo que cuando estuve ingresada en la clínica me traían bollitos muy blanditos y ricos para desayunar...

--¿Los hacían allí? Imposible.

--No, la doctora Balfia me dijo que los compraban en una panadería que había cerca.

--Me informaré acerca de esos bollos --suspiró-- pero termínate la fruta mientras te traigo de las cocinas algo para que no vayas con el estómago vacío. Tienes un asunto importante que atender.

--¿Qué es?

--El comité de seguridad de un pueblo de la circunvalación sesenta y siete

oeste. Han intentado construir un puente, y maldita la hora en la que empezaron. A los dioses no les ha gustado; porque desde el primer día empezó a llover torrencialmente. La laguna se ha desbordado, y junto con la lluvia ha provocado la inundación del pueblo. No ha quedado una casa en pie.

Tuve un vago recuerdo de una reunión con los consejeros en donde se trató ese tema. Me opuse, y parecía que mi razonamiento les había gustado, pero al parecer, finalmente no me habían hecho ni caso. Habían hecho lo que les había parecido bien y la naturaleza se había vengado. Por un lado, me parecía bien que se les hubiera dado una lección por creerse los amos del universo, pero por otro lado, el castigo me parecía un poco excesivo.

--¿Y esperan que yo obre un milagro?

--No. Esperan una solución, ya que fue la Casa Real quien los autorizó.

--¿Pero qué...? ¿El rey les jode la vida y yo tengo que arreglársela?

--Sin que sirva de precedente, esta vez te voy a dar la razón. Mi niña, el rey te ha cargado a ti con algo que es responsabilidad suya. Pero si me permites un consejo, hazte valer. Demuestra que tú sales airosa de una situación de la que él se retiró con toda su cobardía.

--¿Y cómo? Dudo que tengamos los medios necesarios para levantar su pueblo de nuevo.

--No te comprometas a nada que suponga abrir las arcas del reino. Y tampoco comprometas al rey, porque te dejará en mal lugar. Pero estoy segura de que sabrás hacerlo. Espérame, vuelvo enseguida con tu desayuno.

Ángela salió y me dejó sola y aún sin poder dar crédito a lo que me acababa de contar.

Maldito, maldito, asqueroso, ojalá lo atropellara un rebaño de vacas con diarrea. ¿Pero cómo el Libro había elegido a semejante espécimen para reinar? Visto lo visto, el que me hubieran elegido a mí ahora ya no era tan raro: muy mal tenía que dárseme para que lo hiciera peor. Sin embargo, algún

motivo tenía que haber para que yo fuera la última... Pero madre mía, cielos, qué follón. Y a ver qué hacía yo ahora. Si el reino no tenía dinero, esta gente lo iba a tener difícil. En mi mundo había ONG y organizaciones caritativas, beneficencia... pero aquí eso iba a ser imposible. A la gente del reino, por muy buenas intenciones que tuviera, no le sobraba el dinero. No iba a sacar mucho haciendo una colecta. Necesitaría el donativo de algún duque o uno de estos podridos de dinero y tierras que quisiera echar una mano. Si me aprovechaba de mi supuesta adorabilidad y de que todo el mundo me quería... Eh, un momento. Se me estaba ocurriendo una idea...

Ángela volvió y colocó sobre la mesa una bandeja en la que había sendos vasos: uno de leche y otro de agua con fraselia, además de otra pieza de fruta diferente a la que ya me había tomado.

--Espero que con esto aguantes hasta la hora de comer.

--Oye, Ángela... para lo que esa gente quiere, se necesitaría dinero, ¿no?

--Y en grandes cantidades. Pero te lo repito: no te comprometas a darles dinero.

--¿Y si hacemos una subasta benéfica?

--¿Y qué vas a subastar?

--Cosas hechas por mí.

--¿Cómo? ¿Cosas hechas por ti?

--El pueblo me quiere, ¿no?

--¿Y eso qué tiene que ver?

--Imagina que les ofrezco un cojín, o un tapiz, o pañuelos, o algo, bordado por mí.

Ángela se quedó callada, pensando.

--Bueno... Reconozco que no es mala idea, pero, punto primero, ¿tú sabes bordar?, y punto segundo, seguro que darán buenas cantidades por algo hecho por ti, no lo dudo, pero con eso no habrá ni para empezar.

--No, claro, pero es que no se les puede volver a levantar su pueblo de cero. Además, la zona seguro que ha quedado inhabitable. Tendrán que volver a empezar, mudarse o lo que sea, y lo que se saque de las subastas y de una gala benéfica que puedo intentar organizar se puede repartir y al menos tendrán para un techo y comida durante unos días, mientras buscan trabajo y se empiezan a ganar la vida de nuevo. Y sobre lo otro, pues no, no sé bordar, pero digo yo que podrías buscarme a alguien que me enseñe.

--Una gala benéfica organizada por ti, con tu presencia, en la que haya que pagar entrada... en donde se recogerán fondos para ayudar a esta gente, y se subastarán objetos bordados personalmente por ti...

--¡Sí! Eso es exactamente lo que tenía en mente. Todo destinado a los que han perdido su hogar.

--Pues, Melania, creo que has tenido una idea bastante buena.

--¿En serio? ¿Te parece bien?

--Termina de desayunar. Voy a hacer unas cuantas averiguaciones, pero creo que va a poder ser.

Ángela salió del saloncito, dejándome sola. Me bebí el agua con fraselia, que, con mi idea bulléndome en el cerebro, me supo más rica que nunca, y probé la leche. No se parecía en nada a la de los tetra-bricks que compraba mi madre. Me recordaba más bien a la que vendían en el pueblo de mis abuelos y que me daban ordeñada el mismo día. Sonreí al acordarme de ellos.

*--Eh, abuelos. Parece que he tenido una buena idea. Soy una digna nieta vuestra.*

## Capítulo 53

*--Mi casa, teléfono...*

Estaba sola en mi canapé, bordando. Me había pinchado tantas veces que tenía los dedos como coladores, de modo que me habían dado unos cuantos dedales. En cuanto la que me enseñaba se retiró, me puse a imitar a E.T. Una payasada, pero me relajó un poco.

Mi propuesta había sido acogida con gran entusiasmo por todas partes. No solamente iban a subastarse objetos bordados por mí: desde varios puntos del reino la gente se había mostrado dispuesta a colaborar y habían donado para la causa lo que buenamente podían: comida, lotes de libros, zapatos, ropa, juguetes, incluso espadas. Todo nuevo, por supuesto. En algunos pueblos se mostraban dispuestos a pagar el primer año de colegio de los niños que se mudaran allí con sus familias, y eso, sumado a que siempre hacían falta manos para trabajar, y que íbamos a recaudar dinero para acogerles en un hostel durante el tiempo que tardaran en encontrar una casa propia, era señal de que, aun habiéndolo perdido todo, iban a poder empezar con éxito una nueva vida gracias a todos. A todos excepto al rey, que, si bien había dado su autorización para que mi propuesta siguiera adelante, no iba a mover un dedo.

Bordar era más complicado de lo que pensaba. La mujer que me estaba enseñando trabajaba en la sastrería del pueblo, en donde me hacía los vestidos tan bonitos, y que se había mostrado más que dispuesta para enseñarme a bordar. Se llamaba Thellise y era muy simpática y paciente. Empezó enseñándome lo que ella llamaba medio punto, que consistía en hacer un dibujito predeterminado usando hilos de colores y dando puntadas en diagonal hasta rellenar la superficie del dibujo en su totalidad. En mi primera mañana había hecho unas flores, que me habían costado lo que no estaba escrito, y en las siguientes haría el zapato en el cual estaban, una mesa, y el fondo. La tela

estaba arrugada como un acordeón a fuerza de cogerla de mil maneras para bordar mejor, y la parte de atrás daba casi pena verla, toda llena de nudos y enredos. Era un dibujo muy simple, sin apenas detalles, y si ya algo así me costaba, cuando tuviera que hacer algo con más de seis o siete colores ya me iban a dar los siete males. Sin embargo, tanto Thellise como Ángela dijeron que nadie nacía sabiendo, que había empezado con buen pie y que lo iba a conseguir.

Al cabo de una semana acabé el dibujo de las flores en el zapato. Estaba orgullosa de mí misma y muy feliz, porque me había costado mucho y el resultado merecía la pena: era muy bonito. Ángela sugirió hacer un cojín con él, y, ya que era el primero que hacía, darle más valor a la hora de la subasta por ese motivo. No me pareció mal, aunque me dio una pequeña punzadita de dolor: era mi primer cuadro, mi bebé, y me hubiera gustado quedármelo de recuerdo. O enseñárselo a alguien. ¿A mi madre le gustaría? Aún guardaba algunos dibujos y trabajos manuales que hacíamos en el cole cuando éramos pequeños, con lo cual quizás le hubiera gustado verlo. Pero no podía permitirme pensar en regalárselo ni en quedármelo, por desgracia. Todos los cuadros, cojines y demás cosas que bordara iban a ser donados; no podía quedarme con nada.

Lo siguiente que aprendí fue a hacer punto de cruz. Era más fácil porque no tenía que rellenar un cuadro entero, pero más difícil porque tenía que bordar siempre de la misma manera, separar los hilos con mucho cuidado y poner mucho empeño en no equivocarme. En pocos días hice un dibujito de un pez nadando y echando burbujitas, rodeado de lo que simulaban ser ondas en el mar y de algas por abajo, y Thellise me enseñó a dar forma a la tela para convertirla en un saquito. Con eso, se llenaría de pétalos de flor, de escamas de jabón o de lo que yo quisiera, y serviría para perfumar los armarios. Ángela lo miró sorprendida y dijo que era muy bonito.



Lo único que tenía en mi contra era que tardaba de tres a cinco días por bordado en punto de cruz, y como mínimo una semana en un cuadro o tapiz de medio punto. Y no teníamos tanto tiempo: la gala debía ser celebrada en breve. La gente no podía quedarse esperando meses y meses. De modo que se concretó una fecha, para mediados del mes siguiente, y se subastaría lo que tuviera.

Me pasaba toda la mañana y toda la tarde entre hilos y agujas, y por la noche, cuando se suponía que tenía que estar acostada, antes de salir un rato al exterior, seguía bordando, pero no para la subasta. Se acercaba mi primer aniversario con Westley y quería hacerle un pequeño regalito. No sabía si le podría gustar, pero si un puñado de ricachones iba a tener cosas en las que yo había puesto tanto cariño y empeño, qué menos que mi novio también tuviera algo. Le estaba haciendo un saquito en el que pondría escamas de jabón (no era plan de que su ropa oliera a flores), y un cojincillo pequeño. En el cojín había bordado unas montañitas y unos cuantos árboles bajo un cielo estrellado, y en el saquito unas flores. Las flores del amor eterno, las nomeolvides, que, al ser simplemente azulitas con cinco pétalos, no eran muy complicadas de hacer. Bajo las flores había bordado las palabras "Te amo", que aunque no me había quedado perfecto, esperaba que fuera claro y se pudiera leer bien. Al dedicarle nada más que un rato al día, me estaba llevando mucho y me temía que no llegara a tiempo, pero por fortuna no fue así. Dos días antes de mi primer aniversario con Westley y segundo aniversario de mi llegada, lo tenía listo y estaba felicísima. En cuanto corté el último hilo y lo rematé todo, observé orgullosa mis dos creaciones, en las que más amor había puesto de todas las que había hecho, me las arrimé al pecho e imaginé lo sorprendido que iba a estar Westley cuando se las diera. Me quedé mirando al techo sin quitar la sonrisa de mi cara.

Cielos, qué enamoradísima estaba. Total y absolutamente enamorada de

Westley. Jamás en mi vida había querido a nadie de esa manera. Era algo tremendo, enorme, colosal, y rogaba que si de verdad existían los dioses que todo el mundo mencionaba, que por favor que no permitieran que nada saliera mal. Que no se atrevieran a separarnos, porque estaba segura de que no podría soportarlo.

## Capítulo 54

Exteriores del Palacio Real

Año de gracia 27 de Basileo

Mes primero

Había dicho que no me apetecía cenar esa noche, y que estaba muy cansada. No me pusieron pegas y pude retirarme pronto. Me arreglé un poco el pelo, me puse unos pendientes bonitos, el vestido más elegante de los que había en ese momento en el vestidor, unos zapatos bajos, me cubrí con el abrigo-saco, ya que Westley me dijo que lo hiciera, y metí mis regalitos en el bolsillo. Atravesé el pasadizo y salí al exterior justo para el anochecer.

Westley estaba ya allí y me ayudó a salir para a continuación darme un besazo con lengua al que yo correspondí de buena gana.

--Un año a tu lado, princesita. No puedo creer la suerte que tengo.

--Ni yo que aún me aguantes.

--Bueno, no sé si será de tu agrado, pero... esto es para ti, con todo mi amor.

Me hizo mirar al pie del montículo y me quedé con la boca abierta: estaba lleno de nomeolvides.

--¡Halaaaa! ¡Qué bonito!

--Bueno, no entiendo mucho de jardinería, pero espero que te gusten... y que sobrevivan. No sé si necesitarán algún tipo de terreno en particular... La verdad es que entiendo más de huertos y cultivos que de jardines y flores.

--¡Son preciosas! ¿Pero cómo lo has hecho?

--Eso fue lo más fácil; solo tuve que encargarlas y, cuando llegaron, trasplantarlas. Entonces, ¿te gustan de verdad?

--Sí. Es un detalle muy bonito. ¿Sabes? Mi abuela decía que estas flores

son las del amante eterno.

--Lo sé, princesita. Por eso elegí estas y no otras. Por su significado. Sabes que voy a quererte el resto de mi existencia, ¿verdad?

--Igual que yo a ti.

Nos abrazamos y besamos mientras el sol desaparecía y se convertía en estrellas, y dejaba que un par de soles azules iluminaran la noche. Al cabo de unos minutos, nos separamos, me colocó la capucha del abrigo-saco y, con las manos entrelazadas, nos dirigimos hacia el pueblo. Nos cruzamos con algunas personas, pero nadie reparó en mí. El abrigo-saco no era muy bonito, pero gracias a eso no llamaba nada la atención y pasaba totalmente desapercibida.

--Cierra los ojos --pidió cuando llegamos a su casa, a lo que obedecí y dejé que me guiara--. Ya puedes abrirlos.

Me había llevado a la cocina, donde en la mesa había puesto un mantel, platos, vasos y cubiertos, y se apresuró a encender un par de velas. La estancia quedó en penumbra; la luz de las velas nos proporcionaba claroscuros y daba un aire íntimo y romántico a la velada.

--¿Vamos a cenar?

--Claro, princesita. Por eso te dije que no cenaras.

--Pensé que lo dijiste para estar más tiempo juntos.

--También, también. Pero el motivo principal era éste. ¿Pensabas que iba a dejarte con el estómago vacío?

--No sabía que supieras cocinar.

--¿Y cómo te crees que he sobrevivido desde que me vine aquí con dieciocho años? ¿A pan y agua? --rió.

--Nunca me lo habías dicho.

--Bueno, siempre pensé que era obvio.

--Eres bueno en tu trabajo, plantas flores, entiendes de cosas de granja y además sabes cocinar. ¿Hay algo que no sepas hacer?

--Solo hay una cosa que espero saber hacer bien, y esa cosa es hacerte feliz.

--Eso ya lo haces.

--Me refiero cuando te lleve conmigo lejos de aquí.

--Solo tienes que seguir siendo como hasta ahora.

Lo abracé y él me devolvió el abrazo.

--Te quiero, Melania. Lo de hace un año no era nada comparado con lo que te quiero ahora. Quiero hacerte feliz, quiero que no te falte de nada. Te juro por la memoria de mis padres que haré todo lo necesario para darte la vida que te mereces, vida mía. Ya queda menos.

--Westley, tengo algo para ti yo también.

--¿El qué, preciosa?

--No es gran cosa --advertí mientras me sacaba del bolsillo mis dos manualidades--, pero es lo que te puedo regalar... No sé si te gustarán... Los he hecho yo...

--¿No me dijiste que te controlaban todos los que hacías para la gala?

--Estos los hacía a escondidas antes de acostarme. Nadie sabe de su existencia. Los hice para ti. No tengo medios para comprarte un regalo, así que... Eh, no sé si te parecerán demasiado femeninos...

--Es mejor que cualquier cosa comprada en las tiendas. Son muy bonitos. Y no, no son femeninos. Son perfectos, y los guardaré como un tesoro. Gracias, preciosa. Pero el mejor regalo es el que me diste hace un año aceptándome, y que ahora sigas amándome.

--Siempre, Westley.

Nos dimos un besazo muy tierno y a la vez apasionado. Le pasé las manos por la cabeza, y me deleité con su pelo súper suave. Si no supiera que era imposible, diría que se habría echado algún producto específico para el pelo como los que me echaba yo cuando vivía en la Tierra, pero sabía de buena

tinta que aquí no fabricaban nada de eso (si lo fabricaran, me lo echarían a mí para domar mis greñas); su pelo era muy liso y muy suave sin necesidad de nada, y a mí me encantaba, tan rubito y con ese corte suyo que no era muy corto pero tampoco era para nada muy largo. Si acaso un poquitín; podría decirse que estaba en esa delgada línea que separaba el pelo corto del pelo largo.

--¿Te parece bien que te quites el abrigo y cenemos antes de que se enfríe del todo, bonita?

Asentí con la cabeza y me desabroché el abrigo. Al quedarme tan grande, salió con facilidad y lo doblé como pude.

--¿Dónde lo dejo?

--Dioses, estás... estás preciosa, Melania. Ese vestido te sienta estupendamente.

Me quedé sin habla; normalmente, cuando me decía algo así, nunca sabía qué responderle. Nos quedamos callados unos segundos que parecieron mucho más, él mirándome embelesado y yo sin saber qué decir.

--Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida --susurró.

--Bueno, entonces... es que no has visto muchas.

--Créeme que sí.

--En mi mundo soy más bien del montón.

--¿De qué montón?

--Del montón de orcos que viene de Mordor --reí--. No, en serio, está el exclusivo de las guapas, y luego el montón con el resto.

--Pues en tu mundo son unos ignorantes que no tienen ni idea.

Colocó suavemente los dedos en mi sien, y despacito, fue bajando, repasando el contorno de mi cara con las yemas de los dedos, para a continuación descender por el cuello hasta que tocó la cadenita que me regaló un año atrás, y la siguió con el dedo hasta el colgante en forma de libélula.

--Cuando era pequeño me daban miedo las libélulas. Mi padre me dijo que no debía tenerles miedo, ya que significan muchas cosas, entre ellas que todo es posible, que no hay ningún sueño irrealizable. Hace un año, volvía de trabajar por la mañana y la vi en un escaparate. Era el día de tu presentación, iba a verte por la noche... y me pareció una señal.

Siguió tocando con mucha suavidad la libélula y la pequeña porción de mi piel que la rodeaba. Sonrió y me miró a los ojos.

--Y ahora estás aquí.

--Sí --sonreí yo también.

--Eras mi sueño, ¿Lo sabías? Y ahora eres mi realidad. Mi princesita. La dueña de mi corazón.

Sin borrar la sonrisa, me abrazó y me levantó del suelo. Doblé las piernas hacia atrás, me sujeté a sus hombros y me reí.

--Bueno, princesita, ¿cenamos?

--Sí, doctor.

Me dejó en el suelo, tomó mi abrigo y salió para dejarlo fuera de la cocina. Enseguida volvió y apartó una silla de la mesa, ofreciéndomela.

--Si es tan amable, mi Señora, sería un gran honor que me acompañara esta noche en la cena.

--El honor es mío.

Sacó del horno (que estaba apagado, pero aún desprendía calor) una bandeja de barro y la colocó en el centro de la mesa. La destapó, revelando su contenido: una pieza de carne con guarnición a ambos lados. Se me hizo la boca agua; en Palacio jamás me habían puesto algo así.

--Espero que te guste.

--Seguro que sí. Huele de maravilla.

A continuación sirvió la bebida en los vasos de estaño. Era un líquido anaranjado que me resultó vagamente familiar.

--Me hubiera gustado brindar con copas, pero no he conseguido encontrar en las tiendas, y por encargo no llegaban a tiempo.

--No importa. Los vasos me van bien.

--¿Reconoces la bebida?

--No será karengi, ¿verdad?

--No --rió--. Por supuesto que no. En las fiestas de hace un año, recuerdo que me dijiste que te había gustado mucho. Así que en las de este año compré una botella y la guardé para hoy.

--¡Qué memoria!

--Cuando se trata de ti, sí, princesita.

Cortó la carne en filetitos y me sirvió, para luego servirse él. Se sentó, levantó la copa y me miró a los ojos.

--Por ti. Y por que podamos celebrar muchos años más juntos.

--Por nosotros --sugerí yo.

Y comenzamos a cenar. La carne estaba deliciosa, blandita, jugosa y en su punto, y la guarnición eran verduritas que me sonaban de haberlas tomado alguna vez en Palacio, pero no cocinadas así. El conjunto estaba aderezado con diversas hierbecitas que le daban un toque muy rico y especial. Nunca había tomado nada igual; ni en mi mundo ni en Palacio me habían ofrecido nada cocinado de esa manera. Y así se lo hice saber a Westley, le di mis más sinceras felicitaciones y le aseguré que me había gustado muchísimo. Fue entonces cuando me confesó que era la primera vez que lo hacía, y que tomó prestado un libro de cocina de la biblioteca. Normalmente cocinaba de manera simple, sin complicarse demasiado, pero que aquella noche quería hacer algo especial que me impresionara. Y vaya si lo había conseguido.

De postre sacó una tartita de queso, blanca y esponjosa, recubierta de confitura de una fruta que no supe identificar, pero que me encantó.

--¿También es la primera vez que la haces?



--Pues sí, princesita, la verdad es que sí. ¿Se nota mucho?

--Me gustan más los postres hechos a mano. En mi mundo los que se hacen en fábricas tienen menos encanto, están como más... no sé, mecanizados. Menos artesanal, menos pasión.

--Bueno, reconozco que el queso batido lo he comprado ya hecho.

--Normal, convertir la leche en queso no creo que sea algo que esté al alcance de cualquiera --reí--. Por cierto, me contó Ángela que aquí no tomáis leche. Me refiero a leche-leche, en estado líquido.

--¿Leche-leche? --rió Westley--. ¿Sabes que me encanta la manera que tienes de llamar a las cosas? Ja, ja, ja. Bueno, pues... no, la verdad es que no. En cuanto los niños entran en la adolescencia, paulatinamente se les deja de dar leche, porque ya no van a crecer mucho más. En tu mundo sí que tomáis leche, ¿me equivoco?

--No te equivocas. La usamos para cocinar, la mezclamos con chocolate o con café, hacemos infusiones en ella...

--¿Chocolate o café?

--El chocolate es lo más rico que existe. Viene de una planta, la del cacao, de donde se extrae amargo, y cuando le ponen azúcar, leche y frutos secos está delicioso... Y el café, bueno, contiene una cosa llamada cafeína que hace que la gente esté despierta todo el rato y que no paren. También está bueno, pero yo me quedo con el chocolate. Oh, mira, tengo una idea. Cuando vaya a mi mundo a darle tu carta a mi madre, me traeré chocolate, coca-cola, chuches...

Westley empezó a reírse. Se levantó y vino hacia mí.

--Eres única, princesita. Cada día me das un motivo más para amarte.

Me cogió de las manos y me levanté.

--¿Qué tal la cena? ¿Te ha gustado?

--Sí, doctor.

Le di un beso en los labios, su boca se abrió y me lancé a explorarla,

deteniéndome en cada rincón, hasta que él contraatacó y se lanzó a por la mía. Rodeé su cuello con los brazos mientras notaba cómo él me abrazaba con fuerza contra su cuerpo. De repente, se retiró, pasó un brazo por debajo de mis rodillas y me levantó en brazos. Siguió besándome, y antes de que me diera cuenta, estaba en su cama. Me alisó un poco el vestido y me pasó la mano por los bordados del tronco.

--¿Qué quieres hacer?

Busqué su mano y coloqué mi palma contra la suya. Sus dedos eran más largos que los míos, y su mirada me preguntaba si quería seguir adelante o parar.

--No quiero una vía de escape. Quiero hacer esto porque es nuestro aniversario y porque nos queremos. Me gusta que me toques y me gusta... estar unida a ti de esta manera.

Me sonrió y no dejó que se lo repitiera. Esa noche celebramos nuestro aniversario de la manera que más nos gustaba. Nos quitamos la ropa y nos contemplamos sin restos de timidez, y después nos acariciamos, nos besamos y terminamos en la cama, donde ardimos una y otra vez, mientras las manecillas en el reloj seguían su camino, implacables. Eran ya altas horas de la madrugada cuando estábamos tan exhaustos que no podíamos más, y Westley se fijó en ellas. Miró la hora y se relajó.

--Pensé que era más tarde. Aún queda mucha noche por delante. ¿Estás cansada? ¿Quieres dormir un poco?

--Si te quedas conmigo.

--Eso ni se pregunta, bonita. Espera, que voy a poner la alarma en el reloj, no sea que nos quedemos dormidos más tiempo del que debemos.

Tenía un reloj de agujas muy parecido a los de mi mundo, solo que con diez horas en lugar de doce. Era un reloj clásico, de cuerda, de esos cuya alarma te taladra los tímpanos. Mi abuelo tenía uno de ese estilo, iba en una

cajita que le servía de soporte. Una vez Westley hubo programado la alarma para que sonara al amanecer, cogió la sábana y nos cubrió con ella. Volvió a tumbarse junto a mí, me abrazó y nos quedamos dormidos.

**Tercera parte**  
**Una esperanza**

**Capítulo 55**

A medida que se fue acercando la fecha programada para la gala, empezaron a restarle tiempo a mis labores de bordado para prepararme para ella. Me prepararon --cómo no-- un discursito absurdo lleno de palabras vacías, y me hicieron de nuevo ensayar mi entrada triunfal en el gran salón, el mismo en el que me caí hacía ya más de un año. Se lo repetí a Ángela hasta la saciedad para que le quedara bien claro: ni corsé, ni tacones. Ella me aseguró que la modista me estaba haciendo el vestido con mis medidas de verdad, y que sería un vestido apto para llevar con zapatitos bajos.

A petición mía, todo aquel que quisiera y pudiera podría entrar al salón y disfrutar de la gala. No iba a ser exclusiva para una élite de ricachones; cualquiera podría participar, siempre y cuando pagara la entrada. El dinero recaudado, tanto de las entradas, como de los donativos, como de las subastas, iba a ser íntegramente destinado a las familias que se habían quedado sin nada. Todo aquel que entrara debía de hacer un juramento manifestando que no tenía malas intenciones, y la magia de Palacio se encargaría de atisbar si era cierto. Cuestiones de seguridad. Así, al no haber maleantes en el salón, no había ningún peligro para mí, y yo podría pasearme tranquilamente y saludar a todo el mundo. Tenía ganas de conocer y hablar con la gentecilla que, al parecer, tanto me quería. Tendría en todo momento diversos asistentes pululando a mi alrededor, por si sucedía cualquier cosa o necesitara algo, pero se me prometió que iba a tener bastante libertad de movimiento. Al final de la gala habría un baile, y, por supuesto, la princesa concedería bailes a quien los hubiera pagado por anticipado. No me apetecía para nada bailar con vete tú a

saber qué tipo de personas, pero aguantaría, por solidaridad, y daría ejemplo al rey, quien, todo sea dicho, se encontraba de viaje por ahí y no pensaba deleitarnos con su presencia.

La gala empezaría a primera hora de la tarde, y duraría hasta bien entrada la noche, mientras hubiera alguien dispuesto a seguir soltando pasta, o bien hasta que yo me encontrara cansada y me retirara. Por ello, me dejaron dormir bastante más de lo que solían hacerlo normalmente, pero, en cuanto desayuné, empezó la sesión de tortura que ya me sabía de memoria. Directa a la bañera, a pesar de que normalmente me hacían bañarme casi todas las noches; y esta vez, como venía siendo acostumbrado cada vez que tenía un evento, tenía varias doncellas frotando cada rincón de mi cuerpo. Me dejaban llevar un camisoncillo ya que decían que yo era "un poco tímida", aunque la prenda, una vez mojada y pegada a mi cuerpo, dejaba ver absolutamente todo. Seguía pareciéndome ridículo y humillante, pero no había manera de escaparme. Ángela me decía que dos años de estancia en Palacio deberían haber bastado para que perdiera esa timidez a que me vieran desnuda, ya que además, yo no tenía nada que no tuvieran las doncellas. Pero aun así, me daba mucho corte.

Tras el baño, y vestida únicamente con braguitas y bata, empezó la parte fuerte de la sesión de tortura: mi pelo. Aquí no existían cremas suavizantes ni mascarillas, con lo cual, los tirones que me dieron para desenredármelo fueron incontables. Estuvieron revisándome las puntas, y decidieron cortar un poquito. No mucho, solamente para igualar. La zona en donde me habían dado puntos en la clínica tenía el pelo bastante más cortito, de modo que me lo estiraron y lo igualaron con lo del otro lado, para que quedara simétrico, y me dejaron un flequillo de lo más mono que me caía a ambos lados de la cara, hacia las orejas. Cuando acabaron, mientras dos doncellas me aplicaban un gel para perfumarme la melena, otra ponía en la chimenea el famoso caldero con agua, para que hirviera. Ay, no, por favor. Odiaba ese chisme. Ya había

probado en mis carnes (o más bien en mis mechones) lo que eso hacía, y no era en absoluto agradable. Y esta vez fue más de lo mismo: cogían un rulo de madera, enrollaban un mechón en él, y luego metían la pinza dentro del rulo y sujetándome el pelo. La pinza mandaba lo que parecía una descarga eléctrica que me freía el pelo, y lo dejaba sin ganas de dar guerra, totalmente manejable. Lo bueno era que el resultado duraba varios días, lo malo era el proceso, interminable y molesto. Cuando acababan, me quedaba el cuero cabelludo dolorido y notaba la cabeza muy pesada.

Me quitaron algunos pelillos de las cejas y del labio superior, para a continuación repasarme las uñas, previamente metidas en remojo, dejándolas ovaladas, como de costumbre, y me pusieron un esmalte nacarado con reflejitos verdes, muy mono.

Pasé al vestidor y allí estaba Ángela con el vestido nuevo. Como siempre, me dediqué a admirarlo. Era muy, muy bonito. Verde oliva pálido, con escote barco y el cuerpo ajustado, con las faldas cayendo después con muchísimo volumen, que acababan en tres volantes muy bonitos en la parte de abajo, mientras que, bajo la cintura, tenía un cubrefalda del mismo color, pero lleno de bordados de un tono verde oliva más oscuro. La manguita era muy corta, y estaba cubierta por un pequeño volante, el mismo que adornaba la línea del escote. Era un vestido sencillo, con intención de hacer que estuviera bonita sin llamar excesivamente la atención. Los zapatos estaban al lado, y, efectivamente, eran del mismo color que el vestido y tenían muy poco tacón.

Me quité la bata, levanté los brazos y Ángela me colocó el vestido. La parte del pecho era algo rígida y me molestaba, pero Ángela me respondió que, si no quería llevar corsé, no había más remedio, ya que de otra manera los pechos iban a movérseme demasiado, prácticamente a cada paso, por no pensar lo que pasaría en los bailes. Me colocó las enaguas, cada capa de falda, cada volante, y por último me ató a la espalda los cierres del vestido,

ajustándolo.

Volví al tocador, me pusieron una toalla y empezaron a maquillarme. Me había salido un grano en la cara que no había dudado en reventarme, y ahora tocaba que me lo disimularan un poco. Me pasaron tantas veces el pincel cargado de polvos por la cara, que acabé estornudando. Me iluminaron un poco los ojos con una loción que tenía como destellitos, me pintaron los labios con un pincel muy fino, y pasaron a quitarme los rulos del pelo. Según iba viendo mis rizos caer hacia abajo en una gran cascada color cereza, caí en la cuenta de cuánto me había crecido el pelo. Cuando llegué lo tenía a la altura de los hombros y en aquel momento me llegaba hasta la parte baja de la espalda. Si no me lo cortaban, pronto podría sentarme en él.

Me repasaron el flequillo para que siguiera liso, y cogieron los rizos de mis sienes, uniéndolos por detrás de la cabeza. A continuación Ángela me colocó la tiara y me la sujetó con horquillas para que no se cayera. Me puso unos pendientes que caían y se agitaban graciosamente con cada uno de mis movimientos, una pulsera a juego, dorada, muy bonita, y mi colgante de estrella en el cuello.

--Ya estás. Mírate.

Cómo me gustaría tener una cámara de fotos. Nunca me he considerado una belleza; es más, gorda y desgredada como yo era, nunca destaqué por mi apariencia. Siempre fui una chica bastante resultona. Pero lo que hacían conmigo en Palacio era para que les dieran un premio a todas esas chicas. Seguía siendo yo, pero era como otra versión de mi misma que, sin dejar de ser resultona, daba gusto mirar. Me habían visto una faceta adorable y la habían explotado. Nota mental: cuando volviera a mi mundo, buscaría la vieja Polaroid instantánea de mis abuelos y me la traería.

--¿Lista para deslumbrar a todos?

--Bueno, se intentará.

--Pues venga, anfitriona. Te esperan.

Salimos de mis habitaciones al pasillo, donde me esperaban tres asistentes que me conducirían al gran salón. Me despedí de Ángela con la mano y una sonrisa, y ella me devolvió el gesto. Atravesamos pasillos, escaleras y corredores, y finalmente llegamos a las puertas del gran salón. El corazón me latía velozmente, estaba nerviosa y emocionada, y rogaba para mis adentros que esta vez todo saliera bien. No llevaba corsé ni tacones, no había estado enferma ni lesionada recientemente, me sabía mi papel de memoria y confiaba lo suficiente en mí misma. Todo iba a salir a las mil maravillas. No podía ser de otra manera. Y de paso, intentaría borrar la imagen de la princesa torpe, loca y torturada. Hoy iba a ser la eficiente. Iba a dejar a todo el mundo con la boca abierta, y cuando el rey se enterara, se iba a tragar sus palabras y sus deseos de quitarme de en medio.

Oí a través de la puerta entreabierta cómo anunciaban mi llegada. La puerta se abrió del todo y me llegó la luz y el ruido de la fiesta. Respiré hondo y entré con paso firme. "Tú puedes, Mel, tú puedes. Cómetelos con patatas", me decía a mí misma.

Un asistente me tendió la mano para ayudarme a bajar las escaleras, y cuando lo hice, me hizo una reverencia y se retiró a un lado, dejando que mi mirada se dirigiera a esa enorme masa de gente que había abajo. Cielos, había muchísimas más personas que cuando la gala de los estudiantes. De hecho, diría que apenas cabía un alfiler; parecía el rastro en hora punta. Madre mía, sí que había tenido éxito mi idea. Saqué mi mejor sonrisa y les saludé a todos con la mano mientras me dirigía al atril. El sonido de los aplausos era ensordecedor, y apenas si se podían entender algunos gritos de "Bravo", "Guapa" y "Viva nuestra princesa". Llegué al atril, subí los escalones, y no me caí. Sonreí triunfante.

--Buenas tardes a todos. Ante todo, lo primero que quiero hacer es darles



las gracias por su asistencia, ya que significa mucho para las gentes del arruinado pueblo de la circunvalación sesenta y siete oeste. Gracias a los generosos donativos de todos los aquí presentes, todas esas familias que se han quedado sin recursos podrán optar a una nueva vida. Es para mí un orgullo el ser la princesa de unas gentes tan maravillosas y solidarias como las que nos acompañan esta tarde.

--¡Guapa! --gritó una señora rechoncha y bajita en la primera fila.

--Guapa tú --contesté, sonriéndola. ¡Huy! Eso no estaba en el guión. Se oyeron algunas risas espontáneas. Eché un vistazo rápido y la gente estaba sonriendo con aquella salida mía. La señora rechoncha soltó una ruidosa carcajada y empezó a aplaudir, y a los pocos segundos toda la concurrencia estaba aplaudiendo y sonriéndome.

Vale, había metido la pata en menos de un minuto, batiendo mi propio record. Pero no iba a dejar que eso me deprimiera, la gente se lo había tomado bien. Intenté ignorar el hecho y continuar.

--Como iba diciendo --continué tras el aplauso--, todas las personas aquí presentes representan un orgullo para mí. Es mi deseo que, en la velada que acaba de comenzar, podamos reunir suficientes fondos como para que todas y cada una de las personas damnificadas puedan seguir adelante con sus vidas sin la menor dilación, y de la manera más digna, como corresponde a todos los miembros de nuestra maravillosa especie, la humana, especie a la cual todos debemos sentirnos honrados de pertenecer.

Hice una pequeña pausa, tal y como venía en el guión. Me sentía animada y segura, aunque también un poco intimidada por los cientos de pares de ojos que estaban puestos en mí. Pero no tenía que ponerme nerviosa. Todo iba bien.

--Desde que supe la trágica noticia, he dedicado las últimas semanas de mi tiempo a crear humildemente diversos objetos que serán subastados hoy para contribuir a la causa. Absolutamente todo lo recaudado se destinará a las

familias afectadas por el desastre --Uno de los asistentes me acercó el cojincito que hice, el primero--. Son cojines, tapices, saquitos de perfume y, en resumen, pequeñas labores artesanales. Puedo dar fe de que he puesto el corazón en todas y cada una de ellas. También mis dedos han sufrido sendas muestras de cariño por parte de las agujas --Enseñé ligeramente las yemas para enfatizar lo que acababa de decir... o más bien de inventarme. Eso tampoco estaba en el guión y no sé por qué rayos lo dije, pero la gente empezó a partirse de risa. Bienvenidos al Club de la Comedia; la monologuista de hoy es la princesa Melania I, la torpe, la adorable, la loca, la torturada, la payasa.

Dejé que se rieran unos segundos, y continué.

--Este que tengo, en particular, es muy especial para mí, pues es el primero que hice, con el que aprendí. Guardo un bonito recuerdo de él, y espero que a ustedes también les guste. Con él abrimos la subasta, y desde este mismo instante los invito a pujar por él y por el resto de donativos que tenemos. Y sin más, doy paso al señor Ismaihow, quien hará las veces de maestro de ceremonias. ¡Bienvenidos a todos!

La audiencia rompió en aplausos mientras yo bajaba del estrado y me quedaba cerca, de pie. La orquesta, al fondo, empezó a tocar y la subasta empezó con aquel cojincito, el de las flores en el zapato que tanto me había costado hacer. El señor Ismaihow empezó a contar que era un objeto único, ya que solamente había un cojín que podría denominarse como el primer objeto que la princesa bordó con sus propias manos, añadió lo que mis pobres dedos habían sufrido, que todo ello bien merecía una buena cantidad de dinero... y cuando terminó con toda la propaganda, puso un precio de salida que hizo que se me abrieran los ojos de golpe (aunque me contuve y no creo que nadie reparara en ello). Cinco mil monedas. Menuda burrada de dinero. Si tenemos en cuenta que el sueldo medio de las personas del pueblo rondaba los ochocientos o los mil, cinco mil era una exageración. ¿Quién, en su sano

juicio, iba a pagar ese dineral por un cojín chuchurrío, con un bordado torpe y cutre? Yo no, desde luego. Ni aunque estuviera firmado por el mismísimo Freddie Mercury. Por eso no di crédito cuando la gente empezó a levantar la mano y a ofrecer pasta. ¡Pero bueno! ¡Que eran campesinos! ¿Cómo se gastaban los ahorros en esa tontería? ¿Tan alto era su nivel adquisitivo? La puja acabó en treinta y dos mil, y el loco que dio esa suma era un señor que debía de tener unos cincuenta y tantos años, y que iba acompañado de su mujer, quien estaba emocionadísima, se tapaba la boca con las manos y juraría que incluso lloraba. Detrás de ellos había un par de chicas un poco más mayores que yo, que le daban palmaditas a la señora. Supuse que serían sus hijas. El hombre pagó y le hicieron subir a donde yo estaba, para que le diera el cojín. Subió con su mujer, que no podía hablar de la emoción.

--Aquí tienen. Muchísimas gracias --Les entregué el cojín con una sonrisa.

--Es para ella, para ella --indicó el hombre--. Hoy cumplimos treinta años de casados.

--¿De verdad? ¡Cuánto me alegro! ¡Muchísimas felicidades!

--Yo... yo... me puse muy feliz cuando compró las entradas, pero esto sí que no lo esperaba --sollozó la mujer--. Muchas gracias, Señora. Es muy bonito y realmente especial y único. Lo guardaré como un tesoro. Me siento muy honrada por haber podido conocerla y hablar con usted.

--El honor es mío. Disfrute mucho de este día tan especial. Y del cojincito, claro.

--Es tan buena y amable como cuentan. Deseo que los dioses le traigan toda la felicidad que se merece, Señora.

Volvieron con el resto de la gente acompañados de una gran ovación. El señor Ismaihow empezó a subastar otra cosa, una cesta que tenía jabones exclusivos que habían venido de no-sé-dónde. Y siguió subastando y vendiendo los objetos. Llegó un momento en el que me recordó a los

presentadores de la teletienda, de lo sobreactuado que me parecía, y me imaginé que sacaba un aparato para hacer abdominales, presentado por un tiarrón con su tableta de chocolate, sus pectorales, bíceps... Eeh, mejor me concentraba.

Había muchas cosas a subasta, pero las que mayores sumas alcanzaban eran las manualidades que yo había bordado. Ninguna alcanzó un precio tan alto como el cojincito, pero se movían entre diez y veinticinco mil. Una pasada. Yo era la encargada de entregar los objetos a los compradores, y así fue como conocí a unos cuantos duques que me preguntaban por su buen amigo el rey y me daban recuerdos para él. Puaj. Ya solo por eso me caían mal. Amiguitos del rey. Que ni siquiera había tenido el detalle de asistir a la ceremonia, por cierto. Aunque yo no lo echaba de menos. Tanto mejor sin él. Los indeseables, cuantos menos, mejor.

La subasta duró horas y horas. Se me pasaron muy rápido, pero sentía los pies como dos bombas; necesitaba sentarme un rato. Cuando, después de una sucesión de objetos que parecía no acabarse nunca, anunciaron el último, que se subastó y entregué, por fin pude sentarme. Iba a haber un descanso en donde la gente se empezaría a retirar, ya que iba a empezar el baile en breve y se necesitaba la pista libre. De todas maneras, era ya bastante tarde y la gente trabajaba al día siguiente. Y, después de todo, ya me habían visto, me habían oído, y si querían verme de cerca o hablar conmigo, tenían que comprar algo, ya fuera un objeto en la subasta, o un baile. Mi intención inicial era pasearme entre la gente para saludar a todos, pero a última hora me dijeron que no, ya que la gente se me iba a apelonar y a echárseme encima, y, aunque no tuvieran malas intenciones, podría suceder algún accidente. De modo que, cuando acabó la subasta, la gente empezó a retirarse.

Turno de los bailes. Cuando lo ideé me había parecido una buena idea, porque estaba unido a mi paseíto para saludar a la gente, pero ahora me sentía

como si fuera un animal o un objeto de exhibición. Me hubiera gustado ser yo misma la que dijera que sí o que no a un baile, y no que otro me lo gestionara para acabar bailando con vete tú a saber quienes. Y mis peores pronósticos se cumplieron, porque el primer candidato era el duque de no-sé-qué, un tipo sesentón que me pareció que me miraba con ojos golosos. Se me agarró como una lapa, y de forma que me echaba el aliento en la cara, aliento que, por cierto, olía asquerosamente mal. Intenté ser educada; aunque tuviera ganas de decirle que dejara de sobarme y que respetara mi espacio, le dije cortésmente que me dejaba sin respiración, y el muy baboso me respondió que era normal, y al oído que, si yo quería, me dejaría sin otras cosas. Qué cerdo. Y se suponía que yo tenía que tragar porque era amiguito del rey y había dado un donativo de lo más generoso para la causa. Qué asco. Hice de tripas corazón y aguanté como pude hasta el final del vals. Así debían de sentirse las prostitutas cuando les tocaba un baboso como ese, solo que en su caso, lo que tenían que hacer era mil veces peor. Cuando acabó, dije sentirme un poco indispuesta, aunque continuaría con los bailes comprometidos, por supuesto, pero que me dejaran antes descansar un poco. Rogaba para que no hubiera más tipos como ese. ¿Qué se habían creído, que por tener dinero ya podían hacer lo que les viniera en gana? Eché de menos tener a Ángela a mi lado para pedirle consejo al respecto. Si alguno se propasaba, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Dar la alarma en el momento, decirlo después de manera disimulada, o tragar? ¿Y que hubieran dado dinero para la causa les daba derecho a tratarme como a una prostituta? Un cerdo era un cerdo, con dinero o sin él. Decidido, al próximo que me dijera algo así le diría algo como "Disculpe, pero creo que usted ha errado con sus intenciones". Me pareció que era lo suficientemente correcto. El primero me pilló por sorpresa, pero ni uno más.

Y todos los que habían comprado un bailecito conmigo eran duques que fueron de ese palo. Viejos verdes con ganas de tocar a una jovencita. ¿Por qué

no se iban de puticlubs? Afortunadamente, al estar en público no se atrevían a tocarme el culo o el pecho, pero uno de ellos me arrimó de golpe hacia él y noté que estaba totalmente empalmado. Se arrimó a mi oído y empezó a respirar profundamente mientras intentaba frotarse contra mí. Por favor, qué asco. Me vinieron a la cabeza el violador y el niño de la cueva del terror y sentí deseos de llorar, de gritar, de explotar, de mandarlo todo a la mierda. Cuando terminé con ese, que, afortunadamente, ya era de los últimos, dije que necesitaba ir al baño.

Sabía que el gran salón tenía una puerta que daba a un pequeño pasillo donde estaban los excusados. Uno para hombres, otro para mujeres. Fui para allá, comprobé que no había nadie en el de mujeres, y me puse a llorar.

Qué asco. Qué frustración. Qué puñado de cerdos asquerosos. Algo que yo había organizado con tanta ilusión, me lo habían convertido en un puterío. No era justo. Si no era el rey, tenían que ser sus amiguitos los que me arruinaran la velada. Me sentía como una prostituta. Solo faltaba ya que me ofrecieran al mejor postor.

Cogí un par de pliegos de papel del dispensador y me di suaves golpecitos en los lagrimales. No podía permitir que me salieran las lágrimas: no solamente se me iría el maquillaje a tomar vientos, sino que todo el mundo notaría que había estado llorando. Y no. Aún conservaba un poco de orgullo y de dignidad. No iba a consentir que esos malnacidos se fueran con esa satisfacción.

--Princesita, estás más bonita cuando sonríes que cuando lloras.

Me di la vuelta rápidamente. Ni siquiera había caído en la cuenta de atrancar la puerta para que no entrara nadie.

--¡Oh, Westley!

--Anda, ven aquí, preciosa. No pasa nada.

Me abrazó y ahora sí que me puse a llorar contra su hombro.

--Venga, ya pasó, bonita. Tranquila.

--Son unos cerdos, Westley. Si oyeras lo que me han dicho...

--Me lo puedo imaginar, no había más que verlos.

--Yo no quería que sucediera nada de esto, de verdad...

--Lo sé, lo sé. Se han aprovechado de tu bondad y de tu inocencia.

--¿Y tú... Cómo es que...?

--Cambié el turno. No iba a perderme a mi chica en una noche para la que se ha preparado tanto. Con este vestido verde tan bonito, estos rizos pelirrojos que tanto me gustan, y que hoy huelen tan bien... Venga, bonita. Ya está. No llores más.

Me separé un poco y lo miré a los ojos.

--Siempre estás cuando te necesito.

--Bueno, eso intento --rió.

Sacó un pañuelo del bolsillo su chaleco y empezó a secarme las lágrimas con cuidado. Probablemente el maquillaje estaría ya estropeado, pero llorar me había venido bien, me había liberado un poco. Nos quedamos mirándonos unos segundos, nos fuimos acercando, y finalmente nuestros labios se juntaron y empezamos a besarnos tiernamente. Eran besitos muy suaves, pero justo lo que necesitaba en ese momento. No pasaba nada, él estaba ahí. No estaba sola. La calidez de su abrazo me reconfortó y sus labios tan suaves acariciaban los míos con mucha dulzura, animándome.

--¿Pero qué está pasando aquí?

Nos separamos como impulsados por un resorte y miramos hacia la puerta. No. No. No, no, no, no.

En la puerta estaba Ángela, mirándonos con asombro e incredulidad.

## Capítulo 56

--Aléjese ahora mismo de la princesa.

Ángela hizo ademán de salir, pero reaccioné rápido y la retuve.

--No. Ángela, no. Por favor. Por lo que más quieras.

Se quedó quieta en el sitio. Me miraba muy seria. Jamás me había mirado así.

--Por favor, Ángela. Por favor te lo pido. No digas nada. No llames a nadie. Te lo suplico. Por favor.

Ángela iba alternando la mirada entre Westley y yo. No decía nada, y su silencio era peor que cualquier cosa que me dijera. Se me escapó un lagrimón, que me rodó mejilla abajo.

--Ángela... --sollocé.

Cerró los ojos, bajó la cabeza y se sujetó el puente de la nariz.

--Explícame esto, Melania. Dame un motivo para que no informe sobre lo que acabo de ver.

Ángela me tenía en sus manos, y lo sabía. De modo que decidí no andarme con rodeos y ser lo más directa posible. Me acerqué a Westley, le tomé la mano, entrelazando nuestros dedos, cogí aire y se lo dije: --Somos pareja. Nos queremos.

--¿¿¿Qué???

--Que somos par...

--¡Ya te he oído!

Hubo unos momentos de silencio en los que Ángela siguió mirándonos.

--¿Desde cuándo?

--Un año y algo.

--¿¿¿Un año?? ¿¿Has estado mintiendo un año entero??

--¡No! En ningún momento he mentado. Simplemente lo mantuve en secreto.



¡Ángela, no pretenderás que fuera por ahí contándoselo a todo el mundo!

--Ocultar la verdad es lo mismo que mentir, Melania. Y al menos a mí me lo podrías haber contado.

--Tenía miedo de que me prohibieras seguir viéndolo. O de que se lo dijeras al rey.

Miró a Westley.

--¿Quién es usted?

--Me llamo Westley Crewe. Soy médico, trabajo en la clínica del pueblo. Le juro que nunca he tenido malas intenciones con respecto a la princesa.

--Ángela, me salvó la vida cuando me trajeron a la clínica tras el secuestro. Si sigo viva es gracias a él.

--Y ya veo que tu estancia en la clínica fue de lo más provechosa.

--¡No! ¡Te juro que no! ¡Ya estábamos de novios antes de eso!

Llamaron a la puerta.

--¿Ángela? ¿Va todo bien?

Era una voz masculina. Probablemente de alguno de los asistentes de Palacio repartidos por el gran salón.

--Sí, no os preocupéis --respondió Ángela--. Pero avisad que la princesa se encuentra mal y no podrá conceder más bailes.

--Recibido. ¿Llamamos a un médico?

--No será necesario, gracias. Déjanos solas, yo me ocupo.

--Recibido.

Oí pasos que se alejaban.

--Ángela...

--Si el rey se entera de esto...

--¡Pero tú no vas a decírselo! ¡Por favor, Ángela! Si le pasara algo o me separaran de él, me muero --sollocé.

--¿Sabes lo que habría pasado si, en lugar de entrar yo, hubiera sido

cualquier otro?

--¡Lo sé, lo sé! Fue un descuido y lo podríamos haber pagado muy caro. Pero es que... es que no sabes lo que me han hecho pasar ahí fuera, Ángela. Me vine para estar unos momentos a solas y lejos de ellos, Westley me vio entrar y vino a consolarme. Yo ni siquiera sabía que él estaba en la gala. Te estoy diciendo la verdad. Tienes que creerme.

La situación ya me superaba. Finalmente había sucedido: nos habían descubierto, y justo había sido la persona que informaba al rey de todos mis movimientos. Se acabó. Aquello era el fin. ¿Y ahora qué iba a pasar? ¿Qué le iban a hacer? La perspectiva de vivir sin Westley se me hacía cruel y durísima; sin él no podría seguir adelante. Era parte de mí y no podía soportar que alguien nos separara. Volví a llorar sin poderlo evitar, y Westley me abrazó, ofreciéndome su hombro de nuevo.

--Señora Ángela, le juro por lo más sagrado que jamás he tenido intención de hacerle ningún mal a la princesa y mucho menos aprovecharme de ella. Preferiría cortarme un brazo antes que hacerle daño. Puedo asegurarle que la quiero más que a mi vida. Ni siquiera lo planeamos; simplemente surgió y no pudimos evitarlo.

Ángela volvió a bajar la cabeza y a colocarse el pulgar y el índice en el puente de la nariz.

--Esto es increíble. Como si no hubiera ya suficientes problemas. Que los dioses nos amparen --susurró.

--Ángela, haz lo que quieras conmigo, pero por favor, no permitas que le hagan nada a él, por favor... --sollocé.

--No, no, Melania, no digas eso --intervino Westley.

--Bueno, ya basta --interrumpió Ángela--. Espero que sepas apreciar lo que voy a hacer. O mejor dicho, lo que no voy a hacer.

Me quedé mirándola con la cara llena de lágrimas, expectante.

--Me estoy jugando mucho, Melania. Tenlo en cuenta.

--¿Se lo vas a decir al rey?

--No --suspiró--, no se lo voy a decir.

--¿De verdad? --pregunté esperanzada.

--Por ahora.

--Gracias, Ángela... --Me lancé hacia ella y la abracé.

--Eh, basta, jovencita. Esto no se queda así. En cuanto volvamos me lo vas a explicar todo y no vas a omitir ni un solo detalle. Creo que me lo debes. Recuerda que sigo siendo responsable de todo lo que te concierne.

Asentí levemente con la cabeza, sin mirarla.

--En cuanto a usted --se dirigió a Westley--, lo mejor es que salga con el resto de la gente y vuelva a su casa.

--¿Nos dejas un par de minutos solos, Ángela? Por favor.

--Bien. Pero solo dos minutos.

Dicho esto, salió de los excusados. En cuanto la puerta se cerró, abracé a Westley.

--Dioses, Melania...

--Qué susto, Westley. Por un momento pensé que era el fin.

--Yo también. Pero parece que se ha solucionado, al menos por ahora.

--Gracias por ayudarme. Lo que le has dicho la ha convencido.

--También lo que has dicho tú. Y, por favor, no vuelvas a decirle a nadie que hagan contigo lo que quieran. A cambio de nada.

--Por ti estoy dispuesta a lo que sea.

--Melania, los juramentos son algo muy serio y si te comprometes así, puedes encontrarte atada para el resto de tu vida. Ten mucho cuidado.

--Si con eso puedo mantenerte a salvo...

--No, Melania. Tú vales mucho, tanto como persona como por el puesto que tienes aquí. Un juramento tuyo es un caramelito y cualquiera podría

aprovecharse.

Me quedé mirándolo fijamente.

--Westley, ¿qué quieres decir?

--Perdona, mi amor. No quería asustarte. Ahora no hay tiempo, pero en otra ocasión te hablaré de los juramentos. Ya hiciste uno cuando llegaste, y no es conveniente que hagas más.

Me cogió la cara con las manos, y volvió a secarme las lágrimas con su pañuelo.

--Probablemente ahora tenga que contarle toda nuestra historia a Ángela -- lamenté.

Sonrió pícaramente.

--¿Le contarás lo bueno que soy en la cama? Espero que sí...

Aquello me hizo reír.

--¡Tonto!

--Así me gusta, princesita. Quiero que rías, no que llores. Cuéntale lo que tengas que contarle. Me has dicho que tiene un hijo, así que sabe por su propia experiencia lo que pasa entre un hombre y una mujer. Y, sabiendo como sabe que llevamos un año juntos, estoy seguro de que lo da por hecho. No seas tan tímida, y si hablas de ello, hazlo de forma natural. No es nada vergonzoso. Que no te haga sentir mal.

--Va-vale.

--Y ten siempre presente que te quiero con toda mi alma.

--Y yo a ti, Westley.

Volvimos a besarnos, muy despacito, como si quisiéramos saborear con detalle cada milímetro de la boca del otro. Aún no se me quitaba el susto del cuerpo, y lo que me hubiera venido bien en ese momento era que Westley me abrazara y me reconfortara sin importar el tiempo. El tener nada más que unos pocos minutos, y encima controlados, era muy incómodo.

--Venga, todo el mundo fuera. Usted, mézclese con el resto de invitados, que están saliendo ya. Y tú, jovencita, tienes a los asistentes esperando para escoltarte hasta tu alcoba. Y espérame allí, porque vamos a tener unas cuantas palabras.

Westley me miró, articuló con los labios las palabras "Te amo" y salió de los excusados de mujeres. Me asomé y vi que atravesaba la puerta que separaba los dos cuartos de excusados del gran salón, y allí se unía al resto de la gente que salía. Nadie lo detuvo; parecía que Ángela había cumplido su palabra.

--¿Tan poco te fías de mí, que tienes que comprobarlo por ti misma?

Bajé la cabeza.

--Perdona.

Aunque lo había visto con mis propios ojos y sabía que Westley estaba bien, sentía una opresión en el pecho, como una punzada. Primero se enteró Leo, después Ángela. Nuestro secreto cada vez era menos secreto, y eso me preocupaba, me inquietaba mucho.

Los asistentes me llevaron hasta mis habitaciones, seguidos muy de cerca por Ángela. En cuanto estuvimos solas en mi alcoba, me quitó las joyas y las guardó en sus cajas correspondientes, para luego desatarme los lazos del vestido y ayudarme a quitármelo.

--¿Pijama o camisón?

--Camisón.

--Hace mucho que no usas pijama.

Era cierto. Los pijamas siempre me habían gustado, mucho más que los camisones. Pero desde que volví del secuestro me parecía que ya no tenía edad para usarlos, que eran más para los críos.

--Supongo que cuando estuve en la clínica me acostumbré a usar camisones.

--Son más femeninos.

No contesté. Dejé que me pusiera el camisón por la cabeza y me ayudara a colocármelo, aunque los botones me los abroché yo sola. Me ofreció la bata, pero la rechacé. Empapó una esponjita en un líquido y me quitó el maquillaje, o más bien lo que quedaba de él. Cuando acabó, me senté en la cama y ella se apoyó en la cómoda.

--Bueno, jovencita. Empieza.

--¿Qué quieres saber?

--Lo primero, cómo diantre te las has apañado para verte con un hombre fuera de Palacio.

--Encontré un pasadizo que me dejaba fuera.

--¿Quién te habló de la existencia de los pasadizos ocultos?

--Nadie; lo encontré por casualidad. Es más, creí que era un sueño, pero resultó que no.

--¿Y eso fue cuándo?

--Hace mucho. A los pocos meses de llegar. Cuando me torcí el tobillo la primera vez.

--Te lo torciste saliendo por el pasadizo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

--Pero por aquel entonces no habías sido presentada.

--No, y por eso podía pasearme por el pueblo sin que nadie me reconociera.

--¿Tú sola por el pueblo? No sé si llamarlo valor o temeridad. Y lo conociste así, ¿no?

Negué con la cabeza.

--Era el médico que me atendió cuando me caí en el salón el día de la gala de los estudiantes.

--¡Con razón su cara me resultaba conocida! --se sorprendió--. ¿Y ya os

conocíais?

--No. Nos conocimos entonces. Luego volvió a verme por el pueblo, y me reconoció. Fue una noche que yo empecé a encontrarme mal, y me atendió, me ayudó y no me pidió nada a cambio. Incluso me acompañó de vuelta para que no me pasara nada.

--Te diré que su obligación como ciudadano era haber avisado de que estabas fuera. Está obligado por ley. Si no lo hizo, no dice nada bueno de él.

--Quiso hacerlo, pero yo le pedí por favor que no me delatara. Ángela, yo necesitaba salir, me estaba ahogando, y si se chivaba no podría volver a hacerlo. Se lo pedí y al principio quería avisar, pero al final conseguí que no lo hiciera.

--Ya veo. Y os seguisteis viendo, ¿no es así?

--Sí. Y nos enamoramos.

Hubo unos momentos de silencio.

--Hija --dijo al fin Ángela--, no es que no comprenda vuestros sentimientos, pero lo que estáis haciendo es muy arriesgado. Para los dos, pero sobre todo para él.

--Lo tenemos presente desde el primer día.

--Perteneces al reino. No eres una inmigrante normal y corriente. Jamás podrá hacer una vida normal en pareja contigo. Y bueno, si esto llegara a trascender... no sé en qué manera afectaría a su carrera y a su vida. Una cosa te digo, y es que si el rey se entera, estando las cosas como están, no va a ser bueno para ese joven, te lo aseguro.

--Ángela --sollocé--, todo eso lo sabemos muy bien. Pero no podemos volver atrás, no podemos separarnos. Westley es el aire que respiro. Si le pasa algo, me muero. Y no lo digo en sentido figurado.

--Dioses, de verdad quieres a ese joven.

Asentí con la cabeza.

--No sabes de qué manera.

--Así que médico de la clínica.

--Me cuida mucho, Ángela, siempre está pendiente de mí y de que esté bien. Cuando me ingresaron en la clínica estaba casi muerta, y él no se movió de mi lado en muchísimo tiempo. Su jefe tuvo que mandarlo a su casa porque llevaba casi dos días enteros sin dormir. Después, hacía el turno de tarde y de noche para estar junto a mí. Y lo que te dije iba en serio, Ángela. Cuando estaba en la clínica del oeste, mientras dormía hablé con mis abuelos y estaba tan mal que me iban a llevar con ellos, pero enseguida ellos mismos vieron que amaba a Westley y por eso no lo hicieron. Si no fuera por él, Ángela, estaría muerta. Y mi mano... --Levanté la mano derecha--. Estaba machacada, literalmente. Pero él estuvo días y días practicando conmigo hasta que volví a moverla. En la clínica aguantó todas mis pesadillas, mis neuras y mis lágrimas. Nunca se quejó ni me reprochó nada. Es un gran médico y una gran persona. Le debo mucho y lo quiero de verdad.

--Son tiempos revueltos, hija. Mal momento habéis elegido. Anda, métete en la cama y descansa. Mañana te diré la cantidad que se ha recaudado y lo que se puede hacer con ella. Pero puedes sentirte orgullosa, mi niña. Lo has hecho muy bien. Y duerme tranquila: no voy a decirle al rey nada de esto que acabamos de hablar. Ni a él ni a nadie.

--Gracias, Ángela.

Suspiró.

--Entiendo por qué no me lo contaste, pero me gustaría que confiaras un poco más en mí. No soy tu espía ni tu enemiga. Mi trabajo es informar al rey, sí, pero si me lo hubieras contado, y te lo digo en serio, no se lo hubiera dicho. Aunque no te lo creas, hay cosas que no le cuento.

--Tenía mucho miedo, Ángela. No podía arriesgarme.

--Lo entiendo. Pero creo que deberíamos aprender a confiar un poco más



la una en la otra, ¿no te parece? Llevamos dos años juntas, y lo que nos queda.

--¿Me contarás algún día tu historia con el padre de Narian?

Ángela soltó una sonora carcajada.

--Algún día, sí. Te lo prometo. Pero ese día no va a ser hoy.

Se sentó en la cama junto a mí.

--¿Es la primera vez que tienes novio?

--Sí.

--Lo imaginaba. Ah, mi niña está enamorada. Así te brillaban los ojos y estabas como ausente. Sabía que te pasaba algo.

Sonreí ligeramente. Ángela me conocía muy bien.

--Podré seguir viéndolo, ¿verdad?

--No me hace ninguna gracia que salgas sola. Pero si el palacio te ha revelado un pasadizo, no serviría de nada que lo cegáramos o te cambiáramos de cuarto, porque se te abriría otro. Sin embargo, ten mucho cuidado ahí fuera, por favor. No es lugar para que una chica ande sola. ¿Él te hace ir a algún lugar en particular para veros? ¿Te hace deambular por el pueblo?

--No, siempre me espera a la salida del pasadizo. No le gusta que vaya sola de noche por ahí.

--Bueno, eso está bien. Hay mucho peligro fuera de estos muros, hija. Aunque la gente del pueblo en general te quiere, también hay gente como la que te secuestró, que podría estar acechando. Y por lo que me cuentas, ese joven lo sabe tan bien como yo.

--Se preocupa mucho por mí, Ángela. Es muy bueno.

--Ojalá os salga bien esto, mi niña, pero si te soy sincera, no veo cómo. Lo vais a tener muy difícil y algo me dice que los dos vais a sufrir mucho.

--Estamos dispuestos a lo que sea con tal de poder estar juntos. Y cuando sea reina, haré que los inmigrantes puedan tener los mismos derechos que todos. Por si para entonces quisiéramos... no sé, casarnos o algo.

Se rió fugazmente.

--¿Qué? ¿Qué pasa?

--Narian.

--¿Narian?

--Hace unos días me dijo que se quería casar contigo.

Me quedé boquiabierta y muy sorprendida.

--¿En serio?

--Dijo que eres mejor que todas las niñas de su colegio y que cuando fuera tan mayor como tú, te iba a comprar flores y un anillo de matrimonio.

--Sabe que el tiempo también pasa para mí, ¿no?

--Te quiere mucho, pero no le des importancia, yo creo que es más bien admiración y cariño. Cuando crezca un poco, ya conocerá alguna chica de su edad y se olvidará de ti.

--Ángela, no es que tu hijo me caiga mal o que no te quiera como suegra, pero... eh...

--No le digas nada o le romperás el corazón --rió--. Y aún es muy joven para eso.

Me tumbé en la cama y me arropó. Sonrió y se despidió con un beso en la cabeza.

--Oye, Ángela.

--Dime.

--Cuando estábamos en el excusado estabas dispuesta a dar la alarma. ¿Por qué decidiste finalmente no hacerlo?

--Reconozco que en primera instancia mi reacción fue avisar, pero fuiste rápida en actuar y me detuviste. Eres muy inocente y muy ingenua, y cualquiera con dotes de convicción podría aprovecharse de ti y de tu posición.

--¿Entonces? ¿Qué fue lo que te hizo cambiar de idea?

Me regaló una cálida sonrisa.

--La forma en la que él te miraba cuando te abrazó. Eso era auténtico y real. Ya me gustaría que me miraran de esa manera.

No me esperaba esa respuesta por parte de Ángela y no supe qué contestarle.

--Descansa, mi niña. Sueña con tu Westley.

Me quedé con una sonrisita tonta. Me gustaba que Ángela me tratara así. Mis abuelos lo hacían, pero hacía más de siete años que los había perdido. Mi madre jamás lo había hecho, y por supuesto, en su vida había tenido conmigo una charla como la que acababa de tener con Ángela.

Estaba comenzando a ver en Ángela a la madre que nunca tuve. Y no sabía si alegrarme o preocuparme.

## Capítulo 57

Estaba reunida de nuevo con los consejeros, y se suponía que buscábamos la mejor manera de aprovechar el dineral que se había sacado en la gala benéfica. Mi pregunta era ¿Qué pintaban esos monicacos en todo esto? La idea fue mía, la que se dejó los ojos bordando fui yo, y la que tuvo que soportar a un puñado de viejos verdes babosos también fui yo.

Llevaban ya un rato mirando sus papeles, o haciendo el paripé de siempre, y yo ya estaba muy harta. Se me ocurrió decirles que si empezábamos ya, pero como el que oye llover: no me hicieron ni caso. Y probablemente estarían regodeándose por dentro por haberme conseguido hacer enfadar. Si es que Ángela tenía razón: no tenía que rebelarme contra ellos, sino hacer ver como que me importaba un pimiento su manera de hacer las cosas. Llegaría el día en el que me tomaría mi venganza contra todos y cada uno de ellos, y entonces la que se reiría sería yo.

--Bien, señores aquí reunidos, y Señora. Vamos a proceder a analizar los resultados de la gala benéfica celebrada hace unos días. Hemos de admitir que la subasta superó todas nuestras expectativas y que los objetos subastados alcanzaron muy altas sumas, lo cual, sin duda, es muy beneficioso.

--Aunque, lamentablemente, se podría haber obtenido más si la princesa, aquí presente, hubiera cumplido con su programa de bailes hasta el final.

--Por supuesto, Señora, no la culpamos. El esfuerzo que hizo desde que tuvo la idea ha sido considerable, teniendo en cuenta los prácticamente nulos progresos que ha logrado su aprendizaje.

--Creía que estábamos aquí para asignar el dinero de la gala a las familias, no para que pudieran volver a insultarme a placer --repuse.

--No la insultamos, Señora. Solamente llamamos a las cosas por su nombre.

--Pues si se trata de llamar a las cosas por su nombre, yo también tendría unas cuantas que decir respecto de ustedes, y les aseguro que no iban a ser de su agrado.

--Calma, calma, señores, y Señora. Estamos aquí para hablar de otros asuntos, ¿no es cierto? Bien, empecemos.

--Veamos --empezó uno de ellos--. El montante total de lo recaudado asciende a 1.642.000, que restando lo invertido en la preparación y acondicionamiento de la sala, personal, orquesta, luces...

--Eh, eh, eh --interrumpí--. Un momento. ¿Cómo que restando lo invertido en todo eso?

--Señora, el gran salón se usa en grandes ocasiones. Sin duda, la gala lo fue, pero cada vez que se usa, debe prepararse con anticipación, y eso conlleva un gasto, como también lo tiene el personal extraordinario que hay que contratar, la orquesta, la gran cantidad de bases de luz blanca que se necesitan para iluminar una estancia de esas dimensiones...

--Pero vamos a ver, eso no es nada que haya que restar. Son gastos que asume Palacio. Yo he presidido la gala de manera altruista, por no hablar de las horas que me he pasado bordando y los bailes que me vi obligada a conceder. A mí nadie me paga un sueldo por todo eso.

--Mucho me temo, Señora, que el personal y los miembros de la orquesta no renunciarán a sus honorarios solo porque usted lo disponga así. Todo trabajo debe ser pagado adecuadamente.

--De modo que me están diciendo que no se les advirtió que la gala era benéfica.

--No se les dijo que tuvieran que trabajar sin cobrar.

--Bueno, creo que se podrá hablar con ellos y aclarar este pequeño malentendido.

--¿Se ofrece voluntaria para ello, Señora?

--¿Yo?

--Usted es quien está sugiriendo que no se les pague.

--Para empezar, yo no he sugerido tal cosa; dejen de inventarse la realidad a su antojo. Estoy diciendo que, quien quiera que fuera el que les invitó, debiera haberles advertido que era una gala benéfica. No un negocio. Y que ellos mismos decidieran sus honorarios, en caso de querer cobrarlos.

--Y, Señora, permítame recordarle, que a ese monto inicial, además ha de sustraérsele aproximadamente un treinta por ciento en concepto de impuestos, tasas, caden...

--¿¿Qué?? ¿¿Que qué??

--Todos los bienes obtenidos han de ser sometidos a impuestos, Señora.

--Si prestara más atención en las clases de economía lo sabría. Quizás sea demasiado pedir.

--¿Me están diciendo que más de una tercera parte de lo recaudado va a volar para pagar gastos e impuestos?

--Es la ley, Señora.

--Vamos a ver. Respecto a lo primero, estoy más que segura de que Palacio puede asumir los gastos de personal y de todo lo que dijeron porque no creo que suponga mucho más gasto de lo que ya se consume día a día. Y respecto a lo segundo, mi respuesta es no. No voy a permitir que ese dinero vaya a las arcas del reino, cuando toda esa gente lo necesita.

--Señora, le repito que es la ley.

--¿Se dan cuenta de lo absurdo que es lo que dicen? Se niegan a abrir las arcas para asumir unos gastos que no supondrán apenas diferencia, pero para que entre un dinero que no debería corresponder, para eso sí que se abren, ¿eh?

--Quizás nuestra princesa no lo sepa, pero las arcas del reino no son infinitas y se necesita del esfuerzo de todos para mantenerlas.

--Si usted lleva la vida de la que actualmente disfruta, con todo tipo de lujos y sin ninguna carencia, es gracias a los impuestos de la gente.

--Vamos a ver --Me estaban empezando a calentar la cabeza--. ¿Qué impuestos paga la gente?

--El mismo porcentaje que le mencioné antes y que, al parecer, no escuchó. Un treinta por ciento aproximadamente de las ganancias de cada persona en la unidad familiar.

--¿Treinta por ciento? ¿Pero quién ha estipulado semejante burrada?

--Señora, es lo mínimo para mantener el reino. Aparte, cada pueblo tiene una tasa que varía dependiendo del número de habitantes y sus necesidades, para las necesidades específicas que pudieran tener.

--¿Pero cómo os atrevéis a pedir casi una tercera parte del sustento de las familias? ¡Eso hay que bajarlo!

--Con su permiso, Señora, pero bajar los impuestos es inviable.

--En efecto, de hecho, estamos estudiando en subirlos.

--¿Subirlos? ¿Más aún? ¿Se creen que el dinero crece de los árboles?

--Señora, permítame recordarle que de estos impuestos depende, entre otras cosas, su bienestar.

--Esto es una locura...

--Es lo que hay, Señora.

--Quiero saber en qué se gasta el dinero. No me creo que las arcas estén tan mal si entra todo ese caudal.

--Eso, Señora, son asuntos que no le conciernen. Para que usted sepa de las cuentas del reino, debe tener autorización del rey.

--Cómo no --resoplé--. *Esto es muy fuerte, Doc.*

--Señora, permítame recordarle que estamos aquí para tratar otros temas.

--Sí, de hecho usted ha hecho que nos desviáramos del tema al que debemos su presencia en esta sala.

--Vamos a ver --Me puse en plan autoritario--. Me van a dar una lista de todas y cada una de las personas a las que se les debería dinero por participar en esta gala. Intentaré compensarles dándoles unas horas libres, equivalentes a las ya invertidas. Y en caso de que no lo consiguiera, les adelanto que pagaré hasta la última moneda. La princesa no es una tacaña ni una morosa. Pero métanse en esas cabezas cuadradas que tienen que las arcas del estado no van a abrirse. Ni de entrada, ni de salida. Es una gala benéfica. Su propio nombre lo indica. Y como tal, la declaro libre de impuestos.

--No puede hacer eso, Señora.

--Sí que puedo. Y lo haré. Voy a administrar ese dinero entre las familias afectadas yo misma, ya que parece que su asesoramiento es, cuanto menos, erróneo. Sé bien la cantidad que se recaudó y ese es el montante destinado. Lo voy a contar y a distribuir moneda a moneda, y como me entere yo de que falta algo, ustedes van a ser los responsables.

--¡Pero... Señora!

--Acostúmbrense. Porque esa gala me costó mucho esfuerzo, sudé tinta china para conseguir lo máximo posible, y nadie me advirtió que aquí todo el mundo quiere sacar tajada.

--El rey no lo aprobará.

--Pues que lo discuta conmigo personalmente. Si se atreve.

--Sabe perfectamente que el rey se encuentra ausente en este momento.

--¡Oh!;Qué lástima! --Hice un pucherito, sacando exageradamente el labio inferior.

--¿Cuál va a ser su proceder en este tema?

--Voy a dirigirme a administración, para que se pongan en contacto con el comité de seguridad del pueblo y me comuniquen el paradero de todas y cada una de las familias. Estudiaré cada caso y repartiré el dinero de la manera que más favorezca a cada familia. Me entrevistaré con ellas si es preciso. Pero



que toda esa gente va a tener una nueva y digna vida, se lo aseguro.

--¿Es usted consciente de que el rey nunca hubiera obrado así?

--Perfectamente. Como ustedes serán conscientes de que yo no me parezco en nada al rey.

--De modo que lo hace por llevar la contraria.

--No. Lo hago porque pienso que es lo mejor para mis gentes. Y si me he equivocado, el tiempo lo dirá.

Se me quedaron mirando como si fuera un alien. Como si hubiera dicho algo insólito que no les entrara en la cabeza.

Dieron la sesión por finalizada. Me levanté y me retiré a buscar a Ángela y contarle todo aquello para que me ayudara. Tendría trabajo para unos cuantos días.

Si en esto iba a consistir el ser reina, lo aceptaba de buen grado. Iba a dar lo mejor de mí misma para eliminar corruptelas, caraduras y demás trabas que impidieran a mis súbditos tener una vida digna.

## Capítulo 58

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 27 de Basileo

Mes segundo

Llevaba varios días haciendo cuentas y más cuentas. Ángela me había ayudado hasta donde había podido, ya que, como sirvienta que era, su alcance llegaba hasta ciertos límites y no le estaba permitido aconsejarme en asuntos que fueran más allá de lo concerniente a mi bienestar o mi formación. Ambas sabíamos que había cruzado ese límite varias veces, y que debíamos andarnos con cuidado porque podrían acusarla de coacción, o incluso de traición si al rey se le cruzaban los cables.

El asunto era más enrevesado de lo que parecía en un principio. La orquesta tenía pleno conocimiento de que la gala era benéfica, y estaban encantados de echar una mano y tocar sin cobrar una moneda, por tanto me contaron que les había sorprendido mucho cuando les presentaron el contrato en el que se concertaba que el servicio que ofrecían era igual al de cualquier evento. Les aclaré que la Casa Real iba a cumplir lo prometido y que estaba dispuesta a pagar lo que estuviera estipulado en concepto de honorarios, pero ellos se negaron a cobrar; y no porque estuvieran hablando conmigo de ello, sino porque desde el principio no les parecía correcto. Se alegraron de haber hablado conmigo personalmente del asunto, ya que, según me hicieron saber, parecía que el resto de gente no estaba informada o más bien no quería estarlo. Todo fueron sonrisas y buenas palabras por parte de los miembros de la orquesta.

Tras solucionar el problema de la orquesta, pasé a los camareros, mayordomos y asistentes que trabajaron aquella noche. Los consejeros me

dijeron que eran horas extraordinarias que debían ser pagadas, pero, con la ayuda de Ángela, pude conseguir la planilla de personal y comprobar que nadie había hecho horas extras, ni se había contratado a nadie de refuerzo. Todo estaba calculado al milímetro para que nadie tuviera horas de más; la gente que trabajó aquel día más horas de la cuenta, tenía menos horas o bien los días anteriores, o bien los siguientes. Ángela me contó que el tema de limpieza previa y posterior a la gala lo hacían las doncellas del mismo modo; y es que ella personalmente supervisaba el trabajo de éstas, sabía perfectamente cómo funcionaba ese asunto y no entendía por qué los consejeros me habían dicho que se había tenido que contratar más personal, cuando no estaba Palacio como para gastar más en doncellas, camareros o asistentes.

Pasé a revisar el tema de las luces blancas. Eran pequeños paneles que se colocaban en los techos y se accionaban manualmente tocando otro pequeño panel en la pared. Era parecido a la luz eléctrica de mi mundo, pero no tenía nada que ver, ya que era un convenio que tenía el reino de los humanos con el de las hadas. Por lo que tenía entendido, era muy caro y solamente Palacio y lo que dependía del mismo, como las Escuelas y la clínica, y asimismo algún ricachón que se lo pudiera permitir, gozaban de ello. Cuando empecé a informarme de lo que costaba vi que, efectivamente, barato no era, pero Palacio tenía un almacén en donde había paneles de todos los tamaños y no se había tenido que poner ninguno para la ocasión, porque ya estaban puestos de la anterior vez, además de que duraban meses o incluso años. Con lo cual, no había habido gasto extra en iluminación.

Entonces, ¿por qué me habían contado que la gala ha salido por un pico y que debe ser pagado de lo que se recaudó en ella, si eso era mentira? Estaba claro: alguien tenía mucho morro, o las manos muy largas. O las dos cosas.

--Melania, hija... Mejor deja las cosas como están --me aconsejó Ángela.

--Ángela, no... No puedo. Me están engañando. Y no solo a mí: a todo el reino. Les suben los impuestos para pagar unos supuestos gastos que no existen.

--Cariño, eso ya lo sé. Pero no vayas más allá.

--¿Lo sabías? ¿Y no me lo dijiste?

--A ciencia cierta no lo sabía. Sé lo que se gasta en doncellas, en cocinas, en ti y en algunos sitios más. No tengo acceso para ver el resto de gastos, y mucho menos los ingresos. Pero que las cuentas están falseadas es un secreto a voces. Nadie tiene pruebas, pero todo el mundo lo sabe. De hecho, tú has llegado más lejos de lo que yo estoy autorizada a llegar.

--Pero no puede quedar así. Tengo que investigarlo, llegar hasta el fondo...

--No. Melania. No lo hagas. Hazme caso. Puedes salir muy mal parada.

--¿Por qué?

--Porque si te pones a tirar de ese hilo puedes provocar que alguien por otro lado se ponga a tirar del tuyo, y sabes bien que tienes un secreto que no conviene que nadie descubra.

Oh, cielos.

--Pero debe de haber algún modo de... No sé...

--Espera a subir al trono. No hay otro remedio.

--Para eso faltan... yo qué sé cuántos años.

--¿No hay novedades aún?

--Subí a la torre el otro día, y nada. Ni una fecha --Gruñí--. ¡Qué impotencia, Ángela! En Palacio se llenan los bolsillos delante de mis narices, yo lo sé y no puedo hacer nada. Y mientras, la gente en el pueblo pasando penurias y matándose en las calles.

Suspiró.

--Creo que no tenía que habértelo dicho.

--¡No, no, Ángela! Has hecho muy bien en decírmelo. Al menos alguien me

saca del mundo este de yupi donde me tienen metida.

Y es que había sucedido algo gordo. El tema empezó en que no había habido fiestas de la cosecha. El tiempo no había acompañado y apenas se había podido recoger nada. Se pensó en posponerlas un mes o dos, pero finalmente no se celebraron, y es que, para rematar la jugada, habían tenido que pagar en concepto de tasas e impuestos casi la totalidad de lo ganado. Había habido en el pueblo revueltas de granjeros procedentes de varios puntos del reino, con numerosas bajas, ya que se aprobó que no se escatimaran recursos para la protección de Palacio y todas las personas que vivían y/o trabajaban dentro. El ejército había cargado de manera bestial contra los insurgentes, dando lugar a numerosas víctimas. Y si me enteré fue porque, cuando fui a salir aquella noche, me encontré bajo la primera piedra del pasadizo la siguiente nota de Westley:

Mi amor:

No voy a poder venir durante bastantes días. Ha habido muchos disturbios y muchísimos heridos. Lo lamento mucho, corazón, pero tengo que quedarme a echar una mano en lo que pueda. Estoy haciendo turno doble en la clínica y vamos muy faltos de personal. Incluso la Escuela de Medicina ha tenido que suspender las clases para que los profesores vengan a ejercer de médicos, y hemos tenido que llamar a varios que estaban ya retirados. No damos abasto, no tenemos espacio para albergar a todos los heridos, realmente está todo muy mal y me necesitan. Sé que lo entenderás, preciosa. No hay nada que desee más que estar contigo, pero en este momento muchas vidas humanas dependen de que los médicos estemos aquí.

Por favor, no salgas. Ha venido muchísima gente de los pueblos, y están por todas partes; puede que en la salida del pasadizo haya alguien rondando. Vuelve a tu habitación, bonita, y espera. Te escribiré cuando sea seguro salir y podamos vernos de nuevo. Está todo muy revuelto y si alguien te reconociera no quiero pensar en lo que podría pasarte.

Y no olvides que te amo. Te amo con todo mi corazón, y no veo la hora de volver a abrazarte.

Tuyo

Westley. --

Cuando hube leído aquello me quedé de pasta de boniato. Inmediatamente volví a mis habitaciones y llamé a Ángela para que me explicara qué estaba pasando, y me lo contó con pelos y señales. Me dijo también que la situación en general, no en Pueblo Palacio, sino en el reino, era bastante mala, porque la gente no tenía para comer. Entre impuestos abusivos y la mala suerte con las cosechas, el resultado era que la comida escaseaba.

De modo que ahí estaba yo, encerrada otra vez y esta vez por causa de fuerza mayor. Nada de clases, puesto que los profesores eran gente normal del pueblo y ni locos iban a aventurarse a entrar en Palacio para convertirse al regresar en pasto de la gente furiosa. A pesar de todo, no había tenido tiempo de aburrirme, ya que mis pesquisas sobre las cuentas y los gastos me habían tenido bastante ocupada. Ángela me ayudaba y me aconsejaba, además de tenerme al día con lo que sucedía en la calle.

--¿Hay alguna novedad del asunto?

--Ojalá la hubiera, pero no. No ha habido más ataques directos, pero está el pueblo lleno de gente venida de muchos sitios. Gente bastante enfadada.

--Me siento inútil. No puedo hacer nada para sanear estas cuentas, no puedo calmar a esa... eh... masa enfurecida...

--Hija, eso ni se te ocurra. Si sales ahí te abrirán la cabeza de una pedrada.

--¿Pero el pueblo no se supone que me quiere?

--Sí. Pero los que han venido de fuera no te conocen y te suponen alguien como el rey. No tientes a tu suerte.

Me levanté y me dirigí a la ventana. Ya no había mercadillo ni puestos en la gran explanada, y veía mucho trasiego de gente, mucho ir y venir. La gran mayoría, corriendo, y otra buena parte con lanzas, espadas, escudos y demás armamento.

--¿Qué va a pasar, Ángela?

--No tienes que tener miedo. Aquí dentro estás segura. Haz caso a tu

novio: no se te ocurra salir.

--No es eso lo que me preocupa. Ángela, no se puede tener al pueblo muriéndose de hambre y hacer caso omiso.

--Hablas con mucha sabiduría para lo que eres.

--¿Para lo que soy? ¿Los de mi mundo somos tontos? ¿O lo somos las mujeres?

--Para lo joven que eres.

Suspiré.

--No soy tan joven. Pronto cumpliré veinte.

--Y yo cincuenta y uno, y no me considero ninguna vieja, así que, aunque te pese, eres prácticamente una niña. Cuando tengas mi edad y recuerdes esta conversación, pensarás "Sí, sí que era una niña".

Volví la cabeza de la ventana y la miré, divertida.

--Pero eres mi niña --Me cogió de los brazos desde detrás--. Y deja de pensar tanto o te saldrá humo de la cabeza.

--¿Y qué hago entonces?

--Pues, por ejemplo, baja un rato a las cocinas y que te cuenten alguna historieta que te entretenga.

--Me gusta la idea.

Salimos de mis habitaciones y nos pusimos en camino hacia abajo.

## Capítulo 59

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 27 de Basileo

Mes tercero

Llevaba unas cuantas noches dándole vueltas a la cabeza un tema que me tenía bastante nerviosa e indecisa: la chica de las cocinas me había dicho al fin que los grupos rebeldes estarían más que encantados de entrevistarse conmigo sin ningún tipo de compromiso.

Eso ya era serio. Hiciera lo que hiciera, no habría vuelta atrás, para bien o para mal. Había sopesado lo que sucedería: si decía que sí y me prestaba a colaborar con ellos, podía ser algo inaudito e histórico, desde luego, y sin duda las cosas cambiarían, ya que tendría un grupo (y esperaba que numeroso) apoyándome de verdad con hechos, no con palabras. Pero podría darse el caso de que solamente quisieran utilizarme, servirse de lo que yo representaba para vete tú a saber qué, y lo último que yo quería era convertirme en una marioneta. O peor aún: podrían tenderme una trampa y usarme de rehén. Y yo no estaba preparada para volver a pasar por un infierno como el de los elfos mestizos.

Necesitaba consultárselo a alguien. Pero, ¿a quién? Hacía casi un mes que no veía a Westley; el pobre no podía descansar, y yo lo entendía, de verdad que sí, lo primero es lo primero. Pero lo echaba muchísimo de menos, tanto que me dolía cuando pensaba en él, y me daban ganas de mandarlo todo a paseo y presentarme en la clínica. Necesitaba estar con él, necesitaba su calor y sus palabras cariñosas. ¿Hasta cuándo iba a durar esto? Y respecto a Ángela... Tenía sentimientos encontrados con ella. Me pidió confianza y me estaba demostrando su lealtad guardándome mi secreto. No creía que le fuera



a contar al rey nada de los grupos rebeldes, pero de fijo que me iba a decir que no lo hiciera, que ni se me ocurriera exponerme y cometer una locura así. Ángela y yo éramos como madre e hija. La apreciaba y confiaba en ella, y es que realmente era mi único apoyo dentro de los muros de Palacio, pero una chica tiene sus secretos y sus cosas que ni a su madre le confiesa. Pues aquello era lo mismo.

Los días seguían pasando. Yo me entretenía en, como decía Ángela, aporrear el piano. Intentaba tocar alguna cosilla de Queen, pero aunque a mí me sonara fenomenal, al resto de personal no se lo parecía. Recordaba también algunos temas de Billy Joel que la profe de inglés del instituto nos ponía a menudo porque eran fáciles de entender, y esos eran más melódicos, por lo que a la gente le gustaban más. Eran canciones bonitas y, aunque apenas recordaba las letras, sí recordaba la música de *Piano Man* o de *She's always a woman to me*. Me gustaba tocar el piano; me relajaba y hacía que me evadiera de lo que sucedía fuera. En otras ocasiones practicaba el bordado; y me consolaba saber que ahora sí podría quedarme con las cositas que hacía. Bordé cenefas para unos juegos de toallas: una de hojas secas y motivos otoñales, y otra de florecitas. Incluso pensé en patentar el diseño, contratar bordadoras profesionales y que la gente tuviera un *Princess' Original Collection* o algo así. Aparte de la música y el bordado, no dejaba de lado mi gran afición: todos y cada uno de los libros de mi pequeña biblioteca pasaron por mis manos. Algunos para ser devueltos a su sitio ya que no me interesaban, y otros para ser leídos de principio a fin. Le pregunté a Ángela si no habría más libros que yo pudiera leer y me contestó que no creía que los que había por Palacio se acercaran a mis preferencias personales, por lo que habría que ir a la librería o a la biblioteca pública... y, desgraciadamente, no era el mejor momento para pasear por el pueblo. Por supuesto, no quise dejar atrás mis obligaciones de princesa y seguí estudiando historia, leyes, economía,

política... pero los libros de consulta me parecían densos y complicados: necesitaba un profesor que me explicara todo aquel galimatías.

Por lo que Ángela me contaba, muchos de los que habían venido de fuera y aún no habían sido arrestados o abatidos habían acabado volviendo a sus hogares, a sus pueblos. Con el rabo entre las piernas... pero enteros. Tendrían que subsistir a base de la caridad y solidaridad de sus paisanos; vivir de la caza y de los pocos cultivos que habían sobrevivido a las inclemencias del tiempo. Aquello me afectaba; me sentía muy impotente ya que estaba segura de que esa situación podría haberse evitado, pero ya que no se pudo, se podría hacer algo. No podía creer que los que podrían echar una mano hicieran oídos sordos y que encima se pretendiera ahogar más a todo el reino. No me cabía en la cabeza e intentaba buscarle una lógica, pero no se la encontraba.

Pero resultó que, una mañana, Ángela me buscó y no traía muy buena cara. Hacía unas pocas horas me había servido el desayuno y se había mostrado como siempre, incluso nos habíamos gastado sendas bromitas. A juzgar por su expresión, algo había pasado esa mañana.

--Hija --Se sentó a mi lado en el canapé--, tienes algo para esta tarde.

--¿Y qué es? Estás muy seria.

--El rey ha vuelto.

Un escalofrío me corrió por la espalda. Oh, oh.

Me quedé callada, esperando lo que fuera que tuviera que decirme. No iba a ser nada bueno, a juzgar por su cara. Pasaron unos segundos antes de que continuara: --Vas a sentarte junto a él esta tarde en una tribuna que están llevando en este momento a la explanada.

--¿Sentarme junto al rey?

--Sí, hija. Va a ser en público, para que todo el mundo lo vea y... en fin, sirva de escarmiento.

--¿Para que todo el mundo vea el qué?

Me miró con tristeza.

--Capturaron gente en las revueltas, supuestos cabecillas. Van a ser juzgados y castigados esta tarde. Se les acusa de muchas cosas: traición, intento de asesinato, coacción, crímenes contra la Casa Real... Como siempre, demasiado para lo que en realidad fue.

--Y los juzgan en público para que sirva de ejemplo a todos. Para que se vea lo que pasa cuando se rebelan, ¿no?

--Así es. Y tu presencia es para que el pueblo deje de verte como una esperanza para ellos.

--¿Cómo?

--Al rey no le hace ni pizca de gracia que te hayas convertido prácticamente en un símbolo de esperanza para las gentes del reino. Creo que te está empezando a ver como una amenaza, hija.

--¿Amenaza para qué? Yo no tendré poder hasta que no suba al trono, y lo que ocurra tras eso a él no le debería importar.

--Hija, exactamente no lo sé. No tengo acceso a tanta información. Pero a él le conviene que este sistema se mantenga. Quizá deba favores, o tenga algún tipo de tratado que desconocemos. No lo sé, corazón.

--No lo entiendo.

Se encogió de hombros y alzó un poco las manos y me mostró las palmas, en un gesto de resignación.

--Ni yo, pero es lo que hay. Cuando termines de comer, te pondremos un vestido de tarde y te arreglarán un poco. En principio no necesitas ningún tipo de preparación; simplemente quédate quieta en tu butaca y haz lo que se te diga. No hables a no ser que te pregunten y muéstrate solícita y obediente.

Empecé a mentalizarme. Tendría que quedarme quieta y sonriendo al lado de ese capullo, y obedecer todo lo que me dijera. Objetivo: ganarme el desprecio de todo el pueblo. Maldito cabrón asqueroso.

--Le odio.

--Vamos, no seas así.

--No puedo evitarlo, Ángela. ¿Monta un espectáculo solo para hacer que la gente me deteste? ¿No tiene otra cosa mejor que hacer?

--Quizás solamente tengas que mirar y escuchar. Tú eres muy dulce, mi niña. No van a odiarte solo porque él lo quiera. Llevas muchos meses en los que te has ganado a la gente sin proponértelo, solo siendo tú misma. No son tontos. Saben bien que la versión oficial de lo que sucedió el año pasado no era cierta. Y lo saben de mucho antes de que empezaran a correr rumores: estuviste más de tres semanas ingresada en la clínica. Eso es prueba suficiente.

--Ángela, si lo que la gente piense de mí en el fondo me da igual. Pero estoy harta de todo. Primero me intentó lavar el cerebro y luego me usó para reivindicar su autoridad y su poder. Solo va a hacer daño, eso es lo que me duele. No le importa llevarse por delante lo que sea o a quien sea con tal de... de... yo qué sé por qué hace esto. No lo entiendo, Ángela. Será que soy muy inocente todavía, pero no lo entiendo.

--Yo tampoco, hija. Y mira que conozco al rey desde hace muchos años, lo conozco muy bien. Mis padres sirvieron al anterior rey y me contaron que era totalmente diferente. El Rey Hans era amable y bondadoso, la gente también lo quería mucho, como a ti.

--¿Vive aún? ¿Habría alguna manera de que yo pudiera hablar con él?

--No, mi amor. Nadie sabe qué fue de él.

--¿Por qué? ¿Qué le sucedió?

--No se sabe. Se dice que volvió a su mundo. A vuestro mundo, quiero decir. Sabrás que mientras seas princesa puedes ir y volver cuantas veces quieras, pero una vez subas al trono, si vuelves a tu mundo no podrás regresar jamás. Lo sabes, ¿verdad?

--Algo así me dijo el primer día. Entonces el Rey Hans se cansó y dejó el trono libre para el entonces príncipe Basileo, ¿no?

--No se sabe a ciencia cierta. Desapareció de repente sin despedirse de nadie. Fue algo muy extraño. Aunque tampoco te puedo contar gran cosa ya que yo era muy joven por aquel entonces --Se puso en pie--. Bueno, te dejo. Se suponía que solamente debía venir a informarte de lo de esta tarde, no que me quedara a charlar contigo. Lo único que nos faltaba era que el rey se presentara aquí en persona buscándome. Llegó mientras te subía el desayuno; y como siempre, hay montones de cosas que hacer. Intenta no salir de tus habitaciones porque podrías tener la mala suerte de cruzártelo.

Y dicho esto, salió de mis habitaciones y me dejó confundida y molesta. No tenía ninguna gana de cumplir con el plan de la tarde, aunque, como siempre, no tenía elección. Iba a tener que aguantar a mi lado a ese deshecho de la vida durante lo que serían probablemente varias horas.

Respiré hondo. Al fin había llegado el día en el que nos volveríamos a ver las caras después de que me abandonara a mi suerte y diera carta blanca para destrozarme. No me faltaban ganas de demostrarle lo furiosa que estaba con él y la tremenda rabia y rencor que le guardaba, pero iba a ser buena chica. Tenía que aguantar. Debía hacerlo. Llegaría el día en el que alguien le hiciera pagar. Tal vez fuera yo, o tal vez no, pero ese día llegaría a su debido tiempo, y esperaba poder estar ahí para verlo.

## Capítulo 60

Me habían puesto un vestidito gris con flores estampadas. No era apenas escotado y llevaba unos gruesos tirantes ribeteados. Sin corsé, como yo quería, pero con la pieza rígida que el propio vestido llevaba delante para mantener todo en su sitio. Tras maquillarme, me repasaron los rizos para que fueran bucles grandes y los sujetaron con horquillas de modo que me caían a sendos lados de la cara y lucían muy graciosos al lado de mi flequillo, que alisaron y pusieron hacia los lados, cubriendo parte de mi frente.

Ángela me acompañó a cocheras, y allí tres asistentes me escoltaron hasta la carroza destinada a llevarme a la tribuna en la gran explanada. Mis nervios se pusieron de punta cuando vi, por el lado contrario, y también escoltado por otros tres asistentes, al rey. Los asistentes nos abrieron las puertas de la carroza y nos ayudaron a subir, y de ese modo me encontré sentada frente a una maldita culebra ponzoñosa a la que deseaba estrangular, mientras los cocheros hacían que los caballos empezaran a moverse y saliéramos de cocheras.

Decidí fijar la mirada en la ventana y en lo que se veía fuera. No quería mirarlo a la cara. Ni hablar. Me sujete ambas manos en el regazo y me concentré en las calles del pueblo, que hacía más de un año que no veía a la luz del día.

--Un placer volver a verte, Melania.

Lo que tenía ganas de contestarle era "Rata inmunda, deberías haberte quedado en donde fuera que estabas, aborto del infierno", pero tragué saliva y fingí que todo estaba bien.

--El placer es mío.

Aquello sonó más falso que los monstruos de Scooby Doo.

--Hoy te voy a enseñar a impartir justicia y dar ejemplo.

"Como diste ejemplo al dejarme sola con esos salvajes, animal rastrero",

pensé. Sin embargo, preferí no decir nada, no fuera a suceder que el tonito me delatara, así que asentí con la cabeza mientras sonreía falsamente. Por favor, yo era una actriz pésima.

--Cuando seas reina tendrás que enseñar a todos que tú eres quien manda y que deben obedecerte, y que la ley debe cumplirse, porque está hecha para el beneficio de la mayoría, aunque siempre habrá unos cuantos a los que les parezca injusta, pero debe pensarse en el bien común y cumplirse siempre.

Éste se debía haber olvidado de lo que me hizo. Escoria inhumana, cómo lo odiaba y lo detestaba. Volví a asentir con la cabeza, esta vez sin apartar la vista de la ventana.

--He oído acerca de la gala benéfica que organizaste. Por lo que tengo entendido, fue todo un éxito.

--Bueno, eso dicen. Vino mucha gente.

--Y ya me han dicho los consejeros que te has tomado algunas libertades con respecto al dinero recaudado.

Alimañas. Sabandijas. No pudieron esperar ni un minuto para ir a llorarle.

--La gala era con motivos benéficos y todos los que participaron en ella lo hicieron sin cobrar. Es mi deseo que desde Palacio se pueda dar ejemplo de solidaridad haciendo lo mismo.

--Por supuesto. Aunque no hubiera estado de más que hubieras consultado antes de actuar. En mi ausencia tienes a los consejeros para esos fines.

--Señor --Me salió una sonrisa falsísima que enseñaba todos mis dientes--, he de decir que, desgraciadamente, los consejeros estaban totalmente en contra de destinar la totalidad de lo recaudado a los fines inicialmente previstos. No fui avisada de la clase de impuestos y tasas correspondientes, por lo que, en mi ignorancia, supuse que el montante total iría a la causa benéfica. De haberlo sabido, le aseguro que, desde el principio, mi proceder hubiera sido totalmente opuesto.

--Ahora que todo esto va a terminar y podrás retomar tus clases, vas a tener refuerzo en política y economía. Debo pedirte que des lo mejor de ti, Melania. No he tenido muy buenos informes de tus progresos y se te está dando una segunda oportunidad.

¿¿Qué se me estaba dando una segunda oportunidad?? ¿¿A mí?? ¿Pero de qué estaba hablando esa rata de alcantarilla?

--Respeto tus deseos y tu voluntad de quedarte --continuó--, pero es imperativo que mejores. Tienes mucho que aprender. Entiendo que no es fácil y que no está al alcance de cualquiera, pero debes hacer un gran esfuerzo.

En ese momento la carroza paró; habíamos llegado. Los lacayos se situaron a ambos lados y abrieron las puertas, de modo que salimos cada uno por un lado. El rey debía ir delante, por lo que él salió por la puerta más cercana a la tribuna, y yo por la más alejada. Al bajar, una ráfaga de viento frío me golpeó e hizo que la piel de los brazos se me pusiera de gallina. Miré al cielo y lo descubrí plomizo y amenazante de tormenta. Pero no era solamente el cielo lo que era gris y desolador. Las gentes reunidas allí, sin duda, familiares, amigos y conocidos de los prisioneros, tampoco parecían muy felices. En cuanto vieron al rey empecé a oír gritos de "Asesino", "Ladrón", "Hijo de puta", "Escoria", "Queremos comer", y otras que no entendí. El gesto del rey era serio y decidido; el mío era inseguro y cauteloso.

Nos sentamos en nuestras butacas y a los pocos minutos distinguí a un gran número de guardias que llevaban a unos cuantas personas encadenadas, con grilletes, sucias y harapientas. Se los veía muy débiles, con pinta de haber sido tratados muy malamente en estos últimos días, algunos de hecho me parecieron incluso enfermos. Prácticamente todos andaban cojeando, encorvados o casi arrastrándose. Aquello me pareció inhumano y me recorrieron escalofríos por todo el cuerpo. Me llevé las manos a la boca. En mi mundo había visto mendigos, gente viviendo en la calle, pero ninguno tenía



tan mal aspecto como las personas que estaba viendo en aquel momento.

Aparté la vista. Aquello era horrible, y además, me parecía de muy mal gusto quedarme mirando como vi que estaba haciendo el rey, con regodeo y satisfacción. Ese hombre no tenía corazón. ¿Cómo podía mirar así, como si esa gente en las condiciones deplorables en las que estaban fuera lo más normal del mundo?

--Tienes que endurecerte, Melania --murmuró entre dientes.

Preferí no contestar, porque estaba a muy poco de soltar una barbaridad. Seguía con la cabeza vuelta hacia un lado; no me atrevía a mirar hacia delante y ver a aquella pobre gente sufriendo. No podía quitarme de la cabeza las imágenes de sus cuerpos sangrantes, sucios, malheridos. ¿Me habían llamado para que presenciara esta atrocidad?

La voz de un guardia uniformado de manera diferente a los demás, que supuse sería el jefe o algún alto rango, me hizo volver a la realidad.

--En el día de hoy se acusa a los reos aquí presentes de crímenes contra las gentes del reino. Estas personas han alterado la paz, promoviendo revueltas, causando disturbios y provocando multitud de heridos. Han intentado acceder a Palacio y atentar contra las vidas del rey y de la princesa. Se les acusa de traición al reino, traición a la Corona, coacción, asesinato premeditado e intento de golpe de estado.

Entre la multitud popular que presenciaba aquello se oyeron exclamaciones de "Son inocentes", "Soltadlos", "No han hecho nada", y eso me trajo a la memoria que Ángela me insinuó aquella mañana que en esos juicios se exageraban los cargos en demasía. ¿Qué era lo que en realidad habían hecho esos pobres? Probablemente fueran gente normal que se había unido a las masas de la revuelta y habían tenido la mala suerte de que los cogieran... pero eso no justificaba que los tuvieran en esas condiciones ni que los estuvieran juzgando así.

--Se les concede a los prisioneros, en un acto de misericordia, la oportunidad de confesar nombres de personas y lugares de reunión. Si demuestran que están arrepentidos y dispuestos a colaborar, se les otorgará el perdón y serán puestos en libertad tan pronto como se compruebe la veracidad de sus palabras.

Yo tenía la vista fija en el guardia que pronunciaba aquellas palabras. Se me ocurrió mirar hacia la explanada, y me fijé que habían encadenado a varios de los presos con los grilletes de los brazos enganchados en la parte de arriba de sendos palos largos en vertical. Oh, cielos, no. Esto lo había visto en varias películas. Les iban a pegar. No. No podía ser. Volví a taparme la boca con las manos, asustada.

--¿Algo que declarar?

Ninguno de los reos dijo nada. ¿Qué iban a decir? Aunque quisieran, si no tenían fuerzas para tenerse en pie casi. Y yo sabía bien cómo era sentirse así, sabía cómo era que te hubieran dado una paliza en un agujero de suciedad y podredumbre, sin alimento y enferma, y no se lo deseaba a nadie. Bueno, sí. Había un hombre al que sí que se lo deseaba, y estaba sentado a mi lado.

Un guardia se acercó a uno de los presos, uno que aún podía sostenerse, y descargó un brutal latigazo sobre la espalda de aquel hombre. Se me abrieron los ojos como platos e inmediatamente retiré la vista, pero aun así, oía el golpe del látigo contra la espalda de aquel pobre ciudadano y sus gritos de dolor. Cerré los ojos con fuerza; aquello era horrible. A cada latigazo que daba, me daba un espasmo y cada vez hundía más la cabeza y subía los hombros.

No sé cuánto duró aquello, pero se me hizo eterno. Cuando dejé de oír el látigo, abrí los ojos con cautela, y me sorprendí de que me dolían de haberlos tenido cerrados tan fuertemente. Inmediatamente quise no haberlos abierto, porque los presos estaban bañados en sangre y colgando de los grilletes,

inertes. Dioses, aquella imagen iba a quedar grabada en mis retinas para siempre.

--Haz el favor de erguirte, Melania. Son traidores y tienen el castigo que merecen --me ordenó el rey.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Nadie merecía eso. Nadie.

--Cabeza erguida y mirada al frente. Eres la futura reina y debes presenciarlo --continuó el rey en voz baja, pero firme.

Quería decirle mil improperios, pero no me salía nada. Levanté la cabeza y fijé la mirada en algún punto en el horizonte, en las montañas. Me negaba a mirar lo que sucedía delante de mí. Oí cómo venía una carreta y paraba, bajé un poco la mirada y vi que estaban echando los cuerpos en ella, arrojándolos sin ningún cuidado. Tal vez vivos, tal vez muertos... Nunca lo sabría. En cuanto los palos quedaron libres, trajeron otro montón de prisioneros y los pusieron igual que los anteriores. No, por favor. Más no. ¿Qué clase de sádico enfermo disfruta viendo un espectáculo así? Porque no me cabía duda que el muy cabrón se lo estaba pasando en grande. Y mi opinión quedó más que confirmada cuando se levantó, tomó él mismo el látigo y se ensañó con el siguiente prisionero. Me tapé los oídos y apreté fuerte con las manos, pero aun así, lo oía. Oía a aquel pobre hombre gritar de dolor cuando el látigo le desgarraba la carne, y aun con los ojos cerrados veía el gesto de satisfacción del rey al provocarle un dolor inhumano.

No sé cuánto tiempo pasó pero, de repente, noté que alguien me cogía del brazo y tiraba de mí. Era el rey, que me hizo levantarme y aproximarme más a los presos.

De cerca era aun peor. En mi vida había visto tanta sangre, y la gente a la que ya habían pegado y colgaba inmóvil era aun peor a mi lado. El ambiente olía a sangre por todas partes, olía a muerte, a masacre. Dios mío, qué horror. ¿Por qué me hacían presenciar eso? ¿Por qué?

El rey me acercó a uno de los reos que aún no había sido golpeado, y me puso la empuñadura del látigo en la mano. El brazo me temblaba y mis dedos se negaban a cerrarse en torno a aquel instrumento de tortura. No. No. No iba a coger aquello.

--Vamos, te toca a ti.

¿Qué? ¿¿¿Qué???

Miré al prisionero y por unos segundos nuestras miradas se encontraron. Era una mujer. Tenía lágrimas en los ojos y me estaba implorando piedad con la mirada.

Todo mi cuerpo temblaba. El rey volvió a intentar que cogiera el látigo y este se me cayó al suelo. Lo recogió y me lo volvió a dar, apretando mis dedos en torno a él.

--¡Vamos, pégale!

Me quedé en el sitio, temblando, incapaz de reaccionar. La mujer ya no me miraba, pero aun así, yo no podía hacer lo que el rey me estaba mandando.

--¿Quieres hacer el favor de obedecer?

--No puedo --sollocé, negando con la cabeza.

--Sí puedes. Y lo harás.

Me alzó la mano derecha, la que tenía su mano cerrada en torno a la mía, sujetando el látigo, para dirigirme y golpear a la mujer. Pero no. No iba a ser cómplice de aquello.

--No --lloré--. ¡No! ¡¡Nooooooo!!

Me libré de su mano y escapé de su lado. El látigo cayó al suelo. Las lágrimas ya me caían por la cara.

--Vas a obedecer.

--No, por favor --gimoteé--. No me obligues a hacer esto. Por favor. No puedo hacerlo.

--Quieras o no, voy a hacer que me obedezcas. Por última vez. Coge el

látigo.

Me quedé en el sitio, incapaz de moverme. Noté que empezaban a caer algunas gotitas de lluvia: estaba chispeando. Tras unos segundos en los que no me moví ni dije nada, el rey vino hacia mí con un tremendo gesto de ira en la cara y me estampó un puñetazo en la mandíbula que me tiró al suelo. Ahí estaba. Al fin había sacado su verdadera cara. El hijo de puta, el cabrón con pintas, la rata de dos patas. Mis sentimientos se habían hecho un remolino y se habían convertido en furia. Noté cómo me cogía de los tirantes del vestido y me levantaba, poniendo mi cara a un palmo de la suya.

--¡¡Maldita cucaracha colorada!! ¡¡¡Vas a obedecer!!!

Por toda respuesta, le lancé un escupitajo, llenándole todo su careto de mierda con mis babas. Oí cómo el público aplaudía y aclamaba mi gesto ensordecedoramente, y eso fue suficiente para hacer hervir de furia al rey. Me arrojó al suelo con brutalidad, y antes de que me diera tiempo a recuperarme, noté un dolor horrible en la espalda. Pegué un grito.

--¡Mirad bien todos! --gritó él-- ¡Esto es lo que les pasa a los que me desobedecen! ¡Sean quienes sean!

Volví a oír el chasquido del látigo y a sentirlo en mi espalda. Una vez, y otra más. No sé cuantas veces me dio. Tampoco las conté. Aquello dolía horribilmente, sentía que me estaba destrozando y dejándome la espalda en carne viva. Oía los gritos de la gente que miraba, insultando al rey y diciéndole que me dejara en paz. Yo no podía pedirle que parara, y reconozco que lo hubiera hecho de haber podido, pero de mi garganta solo salían gritos a cada golpe que me proporcionaba. Finalmente, me abandoné al dolor y a partir de ahí no sé qué pasó, ya que ni vi ni oí nada más.

## Capítulo 61

Desperté con la espalda ardiéndome. Jamás me había dolido así, ni siquiera aquella vez que pasé todo el día en la piscina y se me olvidó la crema protectora en casa. Era horrible, sentía como si tuviera encima de la espalda una plancha al rojo vivo llena de largos clavos puntiagudos que penetraban y escarbaban en mi carne, desgarrándola. Debí de gemir, porque enseguida oí la voz cariñosa de Ángela mientras me acariciaba suavemente el pelo.

--¡Melania, hija...! ¡Al fin! Dioses... ¿por qué lo has hecho?

--Ángela, me duele... me duele muchísimo...

--Normal que te duela, corazón. Menuda te ha hecho.

En ese momento recordé al rey gritando mientras me pegaba y me volvía a pegar, y todo lo que había sucedido aquella tarde, y rompí a llorar.

--Venga, mi niña. ¿Quieres que te refresque un poco la espalda?

--Necesito un médico. La espalda me arde. Llama a un médico, por favor.

--No puedo, mi niña. El rey ha ordenado que nada de médicos ni de medicinas.

--¿¿Qué??

--Que quiere que escarmientes. De hecho, ha cerrado el botiquín con llave para que nadie pueda sacar nada, y ha mandado inspeccionar cualquier cosa que se traiga de fuera, para asegurarse.

--¿Quiere que me desangre?

--Ha dicho que no te vas a morir porque tu destino es convertirte en reina... y ha prohibido que llamemos al médico o que te demos cualquier cosa que no sea agua. Y convencerle para que al menos permitiera traerte agua me ha costado bastante.

--Lo último que recuerdo es que me estaba pegando. No sé qué más pasó.

--Te desmayaste, es todo lo que sé. Parece ser que cuando te vio

inconsciente paró y mandó que te subieran a tus habitaciones.

Era cierto, reconocí mi colcha rosita y color crema con el olor a flores de la lavandería debajo de mí.

--¿Cuánto tiempo he estado así?

--Unas pocas horas. Es la hora de cenar, pero supongo que no tendrás ganas de comer.

--Necesito que me hagas un favor, Ángela.

--¿Qué quieres, hija? Si está en mi mano...

--Ve a la clínica y busca a Westley. Por favor.

--No puedo traerte un médico. Ya te he dicho que el rey lo ha prohibido, y todo el personal está al corriente de ello. Y hacerlo entrar aquí a escondidas es muy arriesgado, sería meterlo en la boca del lobo.

--Dile que lo espero donde siempre.

--Pero si no puedes casi moverte.

--Tú me vas a ayudar a atravesar el pasadizo.

Ángela guardó silencio.

--Dile lo que ha pasado. Por favor, Ángela. No os pondría en riesgo a ti ni a él, ni me atrevería a cruzar hasta la salida si no lo necesitara de verdad. Me duele muchísimo, no puedo más --sollocé.

Asintió.

--Está bien. Pero tendrás que esperar a después de cenar, cuando el rey se retire a sus habitaciones. Si no me ve podría sospechar y presentarse en esta habitación.

--Vale. Pero por favor, hazlo cuanto antes.

--Bien. Pero hija... --Suspiró--. Mira que te he dicho que no le hicieras enfadar.

--No pretendía enfadarle. Pero me obligó a pegar a la gente con el látigo. Y yo no pude, Ángela, de verdad. No puedo hacer eso.

--Lo comprendo. Pero si te pegó no fue solo por desobedecerlo, sino porque todo salió al revés: pretendía hacer que el pueblo cambiara su opinión hacia ti, y ha conseguido todo lo contrario. Lo conozco bien y... sé que es por eso.

--Es un animal, Ángela. No, peor, porque ni los animales son capaces de hacer esto. Por sus venas no corre sangre --lloré.

--Ya, ya, mi niña. No llores más. ¿Te refresco un poco la espalda?

--Sí, porfa.

Mojó un pañito en una palangana y lo escurrió encima de mi espalda. Ya solamente el contacto de las gotas al caer me hizo ver las estrellas y ahogar un grito.

--Esto te vendrá bien, tienes la zona muy caliente.

--Está muy mal, ¿verdad?

--Pues sí, hija, no te voy a mentir. Quería destrozarte y lo ha hecho. Y da gracias que no aguantaste mucho y te desmayaste enseguida, porque él hubiera continuado hasta que te asomara el hueso.

--Lo odio.

--Y tienes todos los motivos para hacerlo. Pero no dejes que eso te consuma.

--¿Me prometes que irás a la clínica esta noche?

--Sí. Te lo prometo. Y mira, voy a ocuparme ya de las cenas y de lo que quede por hacer. Cuanto antes se empiece, antes se acabará y antes podré escaparme al pueblo.

--Vale.

--No puedo garantizarte que vendré si me llamas, pero intentaré pasarme de vez en cuando por si necesitaras algo. Intenta descansar. Duerme si puedes, que yo te despertaría para que me digas dónde está tu pasadizo. Y estate tranquila: nadie te va a pegar más.



Dicho esto, me dio un beso en la cabeza, se levantó y oí cómo salía.

Tumbada boca abajo como estaba, con la espalda ardiéndome, y sin apenas libertad de movimiento, las horas que pasaron hasta que Ángela volvió se me hicieron eternas. Se asomó un par de veces y me preguntó si todo iba bien, pero me parecía que nunca iba a llegar el momento en el que me dijera que podíamos irnos. Cuando al fin llegó y dijo que todo estaba tranquilo, yo me sentía peor.

--Creo que tengo fiebre.

Me puso la mano en la frente.

--Pues sí, me parece que tienes razón. Estás muy caliente. Vamos, hija. Tu novio nos espera.

--¿Pudiste hablar con él?

--Claro que sí. Dijo que estaría y que llevaría material para atenderte. ¿Dónde tienes tu pasadizo?

--Justo al lado de la biblioteca. Aprieta fuerte la flor del panel y arrástralo hacia la derecha.

--Pues vamos, mi niña. Hay que levantarse.

Me ayudó a levantarme, cosa que costó más de lo que inicialmente yo había pensado, ya que casi todos los movimientos que tenía que hacer para incorporarme conllevaban mover alguna parte de mi destrozada espalda. Grité, aguanté, soporté mientras pude, pero aquello era durísimo. Podía mover las piernas y caminar sin dolor en ellas, pero no sin el apoyo de Ángela, ya que las fuerzas me fallaban y no podía tenerme en pie. Había tenido el detalle de traer un pequeño farolillo que iluminó el pasadizo y así no chocamos con la pared ni con las rocas del final, que subían hacia la salida. De hecho, escalar esas rocas fue lo que más me costó, y también salir, ya que el agujero de salida era lo suficientemente grande para que pasara una persona, pero no para una que sujetaba a otra. A petición mía, Ángela quitó la roca que taponaba la

salida para que yo subiera delante y no tuviera que quitarla, mientras ella subiría detrás de mí, cubriéndome la retaguardia por si me cayera. En cuanto Ángela quitó la roca, oí la voz de Westley y el corazón se me aceleró. Allí estaba. Mi médico. El amor de mi vida. En cuanto empecé a salir, me tendió las manos para ayudarme y salí con menos dificultad, aunque prácticamente me eché encima de él. Lo abracé y dejé que me sostuviera.

--Westley...

--¿Cómo estás?

--No muy bien.

--Estás ardiendo, pequeña. Vamos, he puesto una manta ahí. ¿Puedes bajar?

--No, no puede --intervino Ángela--. Sujétala y ayúdala. Y lo más importante: no le toques la espalda.

Entre los dos me ayudaron y me tumbaron. Cuando Westley vio mi espalda se quedó callado. No pude ver su cara, pero no debió de ser muy buena.

--Por todos los dioses. ¿Quién te ha hecho esto?

--El rey --musité.

--Hijo de mil putas --masculló apretando los puños, uno junto a sus rodillas y otro delante de su cara.

--Westley --interrumpió Ángela--, ya habrá tiempo para eso después. Ayúdala.

--El título que le corresponde a ese individuo, más que el de rey, es el de carnicero. ¿Cómo ha podido hacerte esto? --Abrió su maletín y sacó algo que no pude ver--. Señora Ángela, tengo farolillos en aquella cesta grande de mimbre, ¿podría encender uno y darme luz, por favor? Melania, esto te va a doler un poco. Tengo que desinfectar y eliminar bien... eh... lo que te sobra. Pero tú eres muy fuerte y sé que aguantarás.

Y vaya si dolió. Ángela sostuvo un farolillo con una mano, con la otra me cogió la mía y la apretaba con firmeza para darme ánimos, mientras Westley

iba echando un líquido que no solamente me dolía cuando caía, sino que era como si me mordiera la carne. Y cuando se me calmaba, volvía a echar y volvía de nuevo el dolor. Apreté los ojos y los dientes, grité, lloré y me quejé mientras él hacía su trabajo y me daba palabras de ánimo. Me pareció ver que Westley sacaba unas pequeñas tijeras y unas pinzas de su maletín, supuse que para eliminar eso que me sobraba y no quise preguntar acerca de ello; si Westley no me lo había dicho preferí no saber exactamente cuántos restos de piel muerta tendría colgando. Gastó varias botellas del líquido desinfectante, y en varias ocasiones noté el tacto de las pinzas metálicas y el cuidado que Westley ponía para rozarme con ellas lo menos posible, hasta que finalmente llegó el momento en el que me echó el desinfectante y ya no dolía.

--Ésta es mi chica. Muy bien, preciosa. Ya ha pasado lo peor --Me secó la cara, que la tenía empapada en sudor y lágrimas, y recordó que estaba muy caliente--. Voy a darte algo para la fiebre. Incorpórate un poco. ¿Puede ayudarla, señora Ángela?

Sacó una botella de agua y un vaso de estaño de la cesta de mimbre que había traído, y de su maletín unas cuantas bolsitas de tela, calculó las cantidades e hizo una mezcla que removié y me dio para que la bebiera. Estaba malísima, pero no rechisté. Volví a tumbarme con la ayuda de los dos, Westley y Ángela, y vi que Westley sacaba de su maletín unos frascos.

--Esto es un calmante. No te quitará del todo el dolor, pero hará que sea algo más soportable. Y esto ayuda a que la piel se regenere, a cicatrizar más rápido y te protegerá las heridas frente a posibles infecciones durante las próximas horas. Cuando se seca, te proporciona una pequeña capa que te ayudará.

--Gracias, Westley.

--Pareja --interrumpió Ángela--, yo debería irme. Llevo aquí más tiempo del que debería, porque he dejado Palacio estando el rey en él, y no sé si

querrá algo esta noche. Si me busca y no me encuentra va a mirar en la habitación de la princesa y eso es algo que debemos evitar, además de que he de levantarme al amanecer y si no duermo el rey lo va a notar y puede llegar a descubrir que Melania ha sido atendida por un médico. Westley, ¿la acompañarás hasta su habitación cuando acabes?

--Por supuesto. Gracias, señora Ángela, por avisarme y por traerla.

--Cuídala.

--No le quepa ninguna duda de que lo haré.

Westley empezó a aplicarme el calmante con mucho cuidado mientras Ángela volvía al pasadizo. Me sentí más tranquila y relajada cuando nos quedamos solos.

--Te he echado mucho de menos.

--Y yo a ti, preciosa.

--¿Cómo va el trabajo en la clínica?

--Mejor. Seguimos teniendo todas las habitaciones llenas y con varias personas, pero la situación está controlada. En principio todos hacíamos dos turnos y parábamos para irnos a casa a dormir, y por supuesto para comer, pero en estos últimos días hacemos un turno y algo más. Seguimos sin tener días libres, pero es lo que sucede cuando hay una revuelta de este tipo.

--Bueno, mirándolo por el lado bueno, os habréis sacado un dinerillo con tantas horas, ¿no?

--Ah, princesita. Ojalá fuera así. Pero me temo que no.

--¿No? ¿Qué quieres decir?

--Supongo que en Palacio no te habrán dicho nada, ¿verdad?

--¿Nada de qué?

--Que no hay dinero, pequeña. Palacio tiene lo justo para pagar a sus médicos durante sus turnos establecidos. De hecho, afirman que la clínica es deficitaria.

--¿Cómo? ¿Pero no me dijiste que los sueldos salían de lo que la gente pagaba mensualmente y que sobraba?

--Sí, así es. Y puedo afirmarte con rotundidad que el déficit del que hablan en Palacio no existe.

--Algo está pasando. He echado vistazos a algunas cuentas y el dinero en Palacio está desapareciendo. Todas las cuentas están falseadas.

--Era de suponer. Princesita, tú eres la única persona que conozco de las que viven ahí dentro, aparte de los trabajadores, que sé que no está corrompida y enferma de poder. Ya sabes que ese fue uno de los motivos por los que me enamoré de ti: no dejas que te domestiquen y te conviertan en uno de ellos.

--Pues que sepas que eso es lo que me ha provocado que el rey me pegara con el látigo.

--¿Qué ha pasado, bonita? Si no te importa decírmelo...

--Que me hicieron asistir al juicio de todos los rebeldes que han cogido, y allí el rey quiso que los pegara con el látigo.

--¿¿Que el rey quiso qué??

--No pude hacerlo, Westley. No fui capaz.

--Por supuesto que no. Porque tú eres una persona noble, íntegra y pura. Bueno, pequeña, ya he terminado con tu espalda por ahora. Vamos a esperar a que tu piel absorba el calmante, y te pondré el regenerante protector --Se tumbó a mi lado, cara a mí.

--¿Me quedarán marcas?

--Aún es pronto para saberlo. Son heridas profundas, pero el regenerante es muy bueno para eso si las heridas se cogen a tiempo, que creo que lo hemos hecho. De todos modos, con marcas o sin ellas, seguirás siendo mi princesita bonita y yo seguiré queriéndote más a cada día que pase. Valiente. Estoy muy orgulloso de ti.

--Te quiero, Westley.

--¿Te duele mucho?

--Sí, pero se me va pasando.

--Supongo que no hará falta que te lo diga, pero mantén la espalda al aire, o la ropa podría quedársete pegada.

--¿El vestido que llevo...?

--Ángela debió de cortar la zona de la espalda. Hizo bien.

--Me duele hasta cuando me roza el pelo.

--Irás notando mejoría, bonita. Poco a poco.

--El rey no quiere que me den nada que me ayude.

--Lo sé, Ángela me lo contó. Mañana vendré por aquí otra vez para continuar. Te pondrás bien.

--¿No te supondrá ningún problema en la clínica?

--Somos cuatro por la noche y por uno menos no pasará nada, lo tenemos todo controlado. No es lo mismo que si estuviéramos solos Leo y yo y uno de los dos se quedara solo. Cuando Ángela vino y me contó lo que tenías, Leo me dijo que me fuera, que tú me necesitabas más que ellos. Y esta vez... le doy la razón. Pobrecita mía --Me dio un beso en la frente--. Maldito salvaje. Cómo se ha atrevido.

--Al menos ha servido para que nos volviéramos a ver.

--Hubiera preferido que fuera en otras circunstancias, mi amor. Tu espalda está destrozada y tenías una buena infección. Necesitabas atención médica urgente. Ya es la segunda vez que el rey prácticamente se desentiende de algo que con toda seguridad te hubiera matado.

--Pero tengo mucha suerte de tener a mi lado a un médico tan bueno como tú. Me gusta que me cuides.

--Y a mí me gusta cuidarte, pequeña, pero preferiría que no hubiera necesidad y que ese animal no te hubiera tocado. No entiendo cómo pudo

hacerte esto.

--No es tan diferente de los que me secuestraron. Westley, ¿son... son todos así? De donde yo vengo las torturas están prohibidas. ¿Es normal que en este mundo se ensañen con la gente así, sin más?

--No, mi vida. No es normal. Hay gente para todo, pero no creo que, en ese sentido, este mundo sea muy diferente del tuyo.

--Me llamó cucaracha colorada y me pegó un puñetazo diciendo que me enseñaría a obedecer. Sabía que era muy malévolo pero nunca lo creí capaz de pegarme latigazos, Westley. Primero lo del secuestro y ahora esto. No sé qué he podido hacerle para que me odie tanto y me trate tan mal.

--No llores, bonita. Estoy contigo, pequeña, y me quedaré junto a ti hasta que amanezca. Anda, cierra tus ojitos e intenta descansar un poco.

--Ya dormiré cuando me dejes en mi habitación. Ahora quiero estar contigo.

Se acercó a mí y me besó tiernamente.

--Con lo que tienes deberías estar en una cama en la clínica, mi amor. Hemos tenido ingresados pacientes en mejores condiciones que tú.

--El rey lo ha prohibido, Westley. Le da igual lo que me pase porque dice que mi destino es convertirme en reina y que no moriré antes de que eso se cumpla. Parece que se ha propuesto que llegue al trono hecha pedazos.

--Te sacaré de ahí, Melania. Juro que algún día te daré la vida que te mereces, amor mío. Te quiero.

--Lo sé --sonreí.

Y así, sintiéndome como la princesa Leia luchando contra el Imperio al lado de Han Solo, y con mi espalda ligeramente mejor, la noche transcurrió lentamente hasta el amanecer.

## Capítulo 62

Durante las noches siguientes Westley no faltó ni una sola vez. Traía varias botellas de agua, con las que llenaba un cubo y mezclaba con escamas de jabón hasta que hiciera espuma, entonces empapaba un pañito y lo aplicaba sobre mi espalda con mucha suavidad. Era muy importante eliminar restos de lo que me echaba la noche anterior, así como sudor y cualquier cosa que pudiera haber; en resumen, era muy importante que las heridas estuvieran siempre limpias. Una vez las había lavado, con un pañito seco me las secaba a base de ligeros golpecitos, a continuación me aplicaba el calmante, y cuando éste había sido absorbido por mi piel, me ponía el gel cicatrizante. Al cabo de unos días dejé de tener fiebre y empecé a notar la espalda tirante; Westley me explicó que eran las cicatrices, que ya se habían formado por fin. Después de varios días con la carne abierta y las heridas blanditas y sensibles, mi piel ya estaba haciendo las típicas costras duras. Al fin mi espalda me permitió volver a dormir de lado (boca arriba aún tendría que esperar), ponerme un camisón cerrado por detrás y taparme con la sábana. Tuve que llevar desde el primer día la melena recogida en una redecilla para que no me tocara la espalda, y a pesar de que había mejorado, Westley seguía con el tratamiento. Lo último era un líquido frío, que recordaba de mis heridas anteriores, para mantener la zona limpia. Westley me explicó que ese líquido solamente se utilizaba en heridas no muy graves ni muy profundas y por eso al principio usó otras sustancias más potentes que hicieran acelerar el proceso de cicatrizado.

Aunque había perdido sangre en la explanada, por suerte, no había sido mucha, y gracias a eso no fue todo lo grave que pudo haber sido, pero para recuperarme lo antes posible estuve varios días a base de nueces, frutas y carnes, que me tenían que traer ya cortadas ante la imposibilidad de que pudiera sentarme a la mesa y hacerlo yo misma. Ángela me las pinchaba con



un tenedor y me lo daba para que yo misma me lo llevara a la boca, y es que me negaba en redondo a que me hicieran el avioncito, bastante tenía con tener que comer tumbada de lado o boca abajo en la cama. Eso sí, el día en el que ya por fin pude sentarme y mantenerme erguida sin ayuda casi fue una fiesta. Las sillas con respaldo quedaban descartadas por un tiempo, de modo que me hicieron una banqueta para que pudiera sentarme a la mesa y comer como las personas.

Lo ocurrido no me ocasionó pesadillas, pero a veces me parecía oír el chasquido del látigo y me sobrevenía un repentino dolor en la espalda, con los consiguientes temblores y una horrible sensación de susto, como si aún estuviera ahí, en la explanada. No me entraba en la cabeza cómo una persona podía hacer una cosa así sin más, y por supuesto no me cabía la menor duda de que los pobres prisioneros no eran culpables ni de la mitad de lo que se les acusaba. Todo me parecía muy injusto, una trampa en la que yo estaba metida de lleno, un callejón sin salida en el que me veía acorralada. Aún faltaba más de un año para que Westley pudiera reunir el dinero suficiente como para que nos pudiéramos ir y establecernos con seguridad... y no estaba segura de si el rey no intentaría alguna otra jugarreta entretanto, alguna otra treta a prueba de fallos donde yo me llevaría la peor parte. Pero no podía hacer nada... solamente esperar.

No salía de mis habitaciones, en parte porque temía marearme o que me fallaran las fuerzas, y en parte porque no quería volver a encontrarme con esa alimaña rastrera responsable de mi estado. No sabía si seguía en Palacio o se habría vuelto a ir, y tampoco había querido preguntar al respecto. Pero recibía visitas de vez en cuando: las doncellas se colaban para interesarse por mi salud y para ofrecerse a cualquier cosa que pudiera necesitar. Eran chicas muy dispuestas y amables; yo las apreciaba y las tenía cariño, y estaba segura de que el sentimiento era mutuo.

Pero, sin duda, el día más divertido fue el que Narian me visitó. Fue una tarde en la que estaba sentada en mi saloncito esperando la merienda. Me quedé sorprendidísima cuando lo vi entrar por la puerta con un carrito con ruedas que le costaba conducir en línea recta. Estaba muy concentrado en ello y la punta de su lengua asomaba por un ladito de su boca. Lo observé acercarse, divertida.

--¿Pero qué haces, peque?

--No soy peque, soy tu camarero. Perdón, su camarero, Señora.

--Oh, así que eres mi camarero. ¿Y tu madre?

--Eh... ella ha permitido que fuera yo quien le sirviera la merienda, Señora.

--Pero ella está bien, ¿no?

--Sí, Señora.

--¿Por qué me llamas Señora?

--Porque me han dicho que los miembros del servicio deben llamarla así, Señora.

--Pero tú no eres un miembro del servicio.

--Hoy sí, Señora.

--¿Pero ha pasado algo?

--No, Señora.

--Narian --Arrugué la nariz--, esto es muy raro.

--Le-le ruego que me dis-disculpe si cometo algún error, Señora.

--¿Has hecho alguna travesura de las tuyas y tu madre te ha castigado?

--No, Señora. Yo soy ya mayor para travesuras, Señora.

--Narian, no quiero parecer grosera, pero ¿quieres, por favor, dejar de repetir tanto Señora Señora Señora? Se me hace muy raro y me estás poniendo un poco nerviosa.

--Discúlpeme, Señora... ¡Oh, perdón!

Pobre chaval. Lo veía bastante azorado, de modo que decidí relajar un poco el ambiente.

--Siéntate a mi lado, anda.

--No puedo, soy su camarero y debo servirle la merienda.

--Bueno, pues sírveme la merienda. Y que sepas que, cuando tu madre me la sirve, tiene por costumbre traer una taza para ella y tomar una infusión conmigo porque yo lo quiero así. ¿Quieres hacerme compañía, peque?

--Eh... Oh...

--Anda --reí--, que ya veo que esto no entraba en tus planes. Venga, a ver qué tal me sirves la merienda, camarero.

Se estiró (y diría que hasta se puso de puntillas), cogió del carrito un plato pequeño y lo colocó en la mesa delante de mí. Encima del plato puso una taza y junto a este una cucharilla. Sacó un vaso de estaño y lo dirigió hacia la mesa para colocarlo detrás del plato con la taza y se quedó vacilando unos cuantos segundos. Disimuladamente, le señalé el lado en donde me lo solían poner y ahí lo dejó. Al otro lado, me puso el azucarero y detrás de todo, distribuyó tres platos que venían tapados. Retiró las tapas y dejó ver su contenido: panecillos, un cuenco con queso batido y otro con confitura de algo. Situó cuchillos de untar y cucharillas junto a esos platos, y continuó colocando otro plato más al fondo sobre el que puso unas piezas de fruta de varias clases diferentes.

--Madre mía, me voy a poner cuadrada con todo esto.

Finalmente, cogió una botella con zumo, me llenó el vaso, derramando unas gotitas en el mantel, y tras eso, con mucho cuidado, cogió un pañito agarrador para no quemarse, levantó la jarra de la infusión muy despacio (lo miré a la cara y vi de nuevo su lengüita asomando por un extremo de su boca), con una mano sujetándose la otra, y me llenó la taza de infusión.

--Muy bien peque, muy bien.

--Ya no soy peque, soy su camarero, Señor... ¡Oh, disculpe!

--¿Quieres sentarte a mi lado y merendar conmigo?

--Eh... Yo... Eh...

--¡Anda, venga! ¡No seas tonto! No querrás que me coma yo sola todo esto, ¿no?

--¿Me he equivocado en algo?

--No. Venga, siéntate y hablamos.

Dubitativo, se sentó y clavó su mirada en la parte de la mesa que había justo delante de él.

--A ver, cuéntame. ¿Cómo es que me estás trayendo tú la merienda?

--Bueno, es que... es que... eh...

Pobrete. Me recordó a mí misma, la noche aquella en la que Westley se me declaró y me quedé en blanco.

--Puedes confiar en mí. Somos amigos, ¿no?

Me pareció que se estaba poniendo coloradillo. Le puse una mano en el hombro.

--¿Es la primera vez que haces de camarero?

Dijo que sí con la cabeza.

--Ooooh, qué mono. Pues lo has hecho muy bien.

--Si me lo permite, Señora, no soy un mono.

--No, claro que no eres un mono. Es que en mi mundo cuando te dicen mono es algo bueno. Significa que eres lindo, encantador, tierno...

--Oh, entonces, bien, supongo.

--Bueno, dime. ¿Tu madre te ha mandado traerme la merienda?

--Eh... Bueno... No... exactamente...

--¿No exactamente?

El chico se estaba poniendo cada vez más rojo. Me empezaba a dar apuro, pero sobre todo, me estaba poniendo nerviosa que no me aclarara nada.

--¿Le ha pasado algo a tu madre?

--Oh, no, no.

--Entonces, si no te lo ha ordenado, y ella se encuentra en condiciones de traérmela, ¿por qué me la estás trayendo tú?

--Le ruego que me disculpe si lo he hecho mal, Señor...

--Narian, basta. No lo has hecho mal. Pero contesta a mi pregunta, por favor.

Empezó a moverse en la silla.

--Es que... Es que... Yo... eh...

En ese momento recordé lo que me dijo Ángela hacía unas pocas semanas y rápido até cabos... ¿Estaba Narian tratando de ligar conmigo? Oh cielos, pobrecito. Y yo haciéndole preguntas incómodas.

--Narian, peque. No te dejaban visitarme en mi cuarto, ¿verdad?

Avergonzado, negó con la cabeza.

--Solo dejaban entrar al servicio.

--Narian, eres un niño muy bueno. Me gusta mucho que me visites.

--A-A mí ta-también me gusta, Señora...

--Narian, voy a pedirte un favor. ¿Podrías, por un ratito corto, dejar de ser mi camarero y volver a ser mi peque? Se me hace muy raro que me trates con esos formalismos y que me estés llamando Señora. ¿No te es más cómodo ser tú mismo?

--Yo... yo no soy ya un niño pequeño... Tengo casi once años.

--Y aunque tengas cincuenta, siempre serás mi peque, Narian.

--¿Es porque soy bajito? En el cole dicen que mi padre era un enano y que yo soy como él...

--Todavía tienes que crecer. Toma mucha leche y te harás más alto, ya verás, y podrás darles capones con la barbilla a todos esos que te llaman enano.

--¿En serio?

--Claro. Pero aunque crezcas y te pongas más alto que yo, seguirás siendo mi peque. Y hoy eres mi invitado en la merienda, así que venga, sírvete.

--Eres muy buena, Melania. Te quiero mucho.

--Y yo también te quiero, peque.

Se me quedó mirando. Caí en la cuenta de que quizás no debí haber dicho eso último.

--Y el que me sirve la merienda debe sentarse y merendar conmigo, así que, venga peque. Que yo sola no me voy a comer este festín que has traído.

--No sabía lo que te gustaba. Mi madre me dijo que siempre tomas una infusión y algo más, y que aparte ahora estás con fruta para ponerte bien. Por eso te he traído esas frutas porque no sabía cual te gustaba... y el zumo de fruta... y la confitura de fruta... pero la confitura se toma con pan y queso, así que... eh... Siento si me he pasado...

--Lo has hecho muy bien, Narian. En serio. Ha sido un detalle muy bonito que me hayas traído todo esto. Pero no me vuelvas a llamar Señora.

--Mi madre y todos me dijeron que había que llamarte así.

--Llevas dos años tuteándome. No cuela, Narian.

--¿El qué no cuela? ¿El zumo? ¿Quieres que lo cuele?

--Nada, olvídalo. Palabras de mi idioma.

--Mi madre me dijo que antes estaba disculpado por ser pequeño, pero que los mayores deben llamarte Señora. Y yo soy mayor.

Aquello era de risa.

--Eh... sí, claaaaro que eres mayor. Pero tú estás disculpado porque eres mi amigo. No me llames Señora o me enfadaré contigo.

--Lo de que la leche hace crecer, ¿es de verdad?

--Claro que sí. Toma mucha y verás qué alto te pones. Yo tomaba mucha.

Se quedó callado mirándome.

--¿Te ha gustado ser camarero por un día?

Se encogió de hombros.

--¿No te gustaría aprender y formar parte del servicio? Podrías verme todos los días, y con tu madre seguro que lo tendrías muy fácil para conseguir un puesto.

--No --Movi6 la cabeza exageradamente de un lado a otro--. Cuando cumpla los dieciséis y acabe el cole quiero viajar mucho.

--Ah, sigues con esa idea en la cabeza.

--Tengo muchas ganas de ver sirenas. Y sobre todo hadas. ¿Tú las has visto alguna vez?

--No, lo único que he visto son elfos y créeme que no tengo ganas de volver a verlos. Pero nunca he visto hadas. Deben ser bonitas, sí.

--He leído libros y las hay de muchas clases.

--Sí, lo sé --Me arrimé a él, como si quisiera contarle un secreto, y susurré--. Me obligaron a estudiarlo, ¿sabes?

--¡Qué suerte! A mí no me obligan a estudiar sobre las hadas. Quieren que estudie historia y cosas más aburridas.

--¡Juas! A ver si te crees que mis clases son una fiesta. Yo también estudio historia, peque. Y política, y economía, y geografía... Las hadas las estudié en una asignatura llamada especies.

--Pero tú ya eres mayor de dieciséis, ¿no? ¿No puedes irte y dejar de estudiar?

--Qué va, hijo. Ojalá pudiera, pero no. No puedo dejar Palacio.

--Oh, vaya. Yo te iba a invitar a que vinieras conmigo cuando cumpliera los dieciséis.

--Bueno, como aún quedan cinco años para eso, ¿qué te parece si me lo vuelves a preguntar entonces? A lo mejor han cambiado las cosas y podemos irnos a ver hadas, ¿eh?

--Me parece bien.

--Pero gracias por la invitación, peque.

--Bueno, yo... Tengo que irme ya. ¿Vas a comer más?

--No, no, llévatelo, camarero.

Se levantó y empezó a poner de nuevo todo en el carrito.

--Me ha gustado mucho todo. ¿Serás mi camarero más veces?

--No sé. Mi madre verá.

--Si vienes otra vez, tráete merienda también para ti, ¿vale?

Se lanzó hacia mí inesperadamente y me sorprendió con un abrazo.

--Te quiero mucho, Melania. Y quiero que te cures pronto.

--Eres muy bueno, Narian. Muchas gracias.

Volvió a empujar el carrito con dificultad, abrió la puerta y salió.

Qué niño éste. Si con once años era así, cuando entrara de lleno en la edad del pavo... menuda le esperaba a Ángela.



## Capítulo 63

Exteriores del Palacio Real  
Año de gracia 27 de Basileo  
Mes tercero

--No, Melania. No.

--Westley, tengo que hacerlo.

--¿Te das cuenta de lo arriesgado que es?

--Son los únicos que pueden ayudarme, Westley.

--¡Son rebeldes clandestinos! ¿Y si te secuestran y te usan como rehén?

--Necesito que alguien me apoye.

--¡Dioses, Melania, tienes al pueblo entero de tu lado! ¡Te has convertido en un símbolo! ¡No tienes por qué arriesgarte yendo a la guarida de gente de dudosas intenciones!

--¡Y a los del pueblo el rey los coge y los hace escarmentar públicamente a base de latigazos en la explanada! A estos nunca los ha podido atrapar a pesar de que ya han dado golpes con éxito, será porque están mejor organizados.

--¿Y eso es lo que quieres? ¿Convertirte en una terrorista?

--No.

--Melania, mi amor, tú no eres así. Tú no vas sembrando revoluciones ni revolviendo al pueblo contra el rey. Eres un alma cándida y pura.

--¿No me vas a apoyar?

--Cariño, si te pasara algo no podría soportarlo. Ya te han hecho mucho daño y no quiero que vayas directa a que otros te hagan más.

--Pero, ¿y si en eso puede estar la clave para que todo vaya mejor?

--¿Y si es todo una trampa? Melania, mi amor, hazlo por nosotros. No

vayas.

Me quedé callada mirando al suelo. Ante toda la idea de entrevistarme con los rebeldes, estaba algo temerosa... pero también estaba emocionada. Teníamos un enemigo común y veía una posibilidad real de que, combinando nuestros esfuerzos, todo cambiara. Pero Westley tenía razón, y yo en el fondo lo sabía. Perfectamente podían contarme cualquier cuento chino, y yo lo creería. Cuánto deseaba no ser tan inocente, tener algo más de inteligencia y adivinar cuándo me estaban engañando o aprovechándose de mí. Pero no. Yo aún era demasiado confiada y eso me convertía en blanco perfecto para los que quisieran engañarme. Sin poderlo evitar, se me humedecieron los ojos. ¿Por qué? ¿Por qué yo no era más lista y perspicaz? ¿De qué me servía tener ideas propias, pensar por mí misma y no dejar que me domesticaran, si yo era crédula y tonta?

--Mi vida, no, no llores. No pretendía hacerte llorar. Perdóname si he sido muy duro. Pero te quiero mucho y no soportaría que te sucediera algo.

Me abrazó y me apretó contra su pecho.

--No es eso, Westley --sollocé.

--Corazón mío, lo siento --Me dio fuertes besos en el pelo mientras me abrazaba y frotaba las manos con fuerza por mis brazos, como si estuvieran fríos.

--No sé cómo puedes quererme, soy una estúpida.

--No. Eres mi princesita. La mujer de mi vida. Yo no me enamoraría de una estúpida; creo que tengo algo de criterio y de buen gusto como para eso.

Aquello me hizo reír ligeramente, aunque él no lo vio, ya que yo tenía la cara vuelta hacia su pecho. Estuvimos así un rato en silencio, abrazados y sintiendo el calor del otro.

Era cierto, yo era muy inocente y propensa a que me engañaran. Puede que me quisieran engañar, o puede que no. Pero si no iba... jamás lo sabría. Y

sabía perfectamente que el resto de mi vida me preguntaría qué hubiera pasado si me hubiese armado de valor y decidido a ir. Tenía que hacerlo. Sí, iría.

--Yo te acompañaré --afirmó de repente.

--¿Qué?

--No quiero coartarte ni decirte lo que debes o no debes hacer. No me gusta que vayas, aunque si es tan importante para ti, de acuerdo. Pero iremos los dos.

--¡Westley, es muy arriesgado!

--Princesita, llevo un rato diciéndote eso mismo.

Lo miré a la cara y me encontré con su sonrisa.

--Vas a ir de todas maneras, no lo niegues, así que yo iré contigo. No voy a permitir que vayas sola, y en eso sí que no voy a ceder. Y si estás pensando en ir sin decírmelo, Melania, por favor, no lo hagas.

Seguí mirándolo con mientras pensaba. ¿Cómo había adivinado que iba a ir de todas formas y que estaba pensando en hacerlo sola, sin decirle nada?

--Te conozco, princesita. Recuerda que si estamos aquí es porque en una ocasión te descubrí escapándote a escondidas y vagando sola por el pueblo. Eres una princesita desobediente a la que amo con todo mi corazón, pero a la que protegeré hasta con la última gota de mi sangre si es necesario.

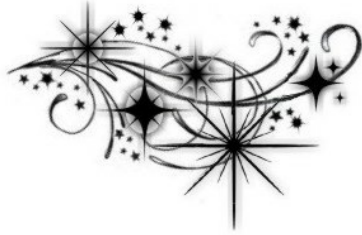
--¿De verdad me apoyas en esto?

--Te apoyaré en cualquier cosa que te propongas. Ya te he dicho que no me he enamorado de ninguna estúpida.

--Eres el mejor hombre del universo.

Me sujetó por la nuca y plantó sus labios sobre los míos, dándome un fuerte beso.

--No. Simplemente el que más te quiere.



Me informé con la chica de la cocina y me dijo cual sería el lugar de encuentro y la persona por la que debía preguntar, así como la palabra clave que debía decir. Le di los datos a Westley y me dijo que, por seguridad, iba a dárselos también a Leo. Por si nos sucediera algo, que supieran por dónde empezar a seguir el rastro. Aquello me hizo un nudo en el estómago. La posibilidad de que pudiera pasar algo estaba ahí, pero hasta que Westley no me dijo aquello, no la contemplé como una posibilidad real. Es como cuando te dicen que hay atracos, gente que conduce borracha y cosas así: nunca crees que te vaya a suceder a ti.

--Además, Leo me ha insistido en que, cuando acabemos, nos pasemos por la clínica y le contemos a quienes hemos visto y lo que hemos hablado. También yo debo volver a pasarme una vez te haya dejado en tu cuarto, para que se quede tranquilo. No sabemos si pudiera haber alguien siguiéndonos.

--Como te pase algo, juro que les quemo el chiringuito. Tengo poder suficiente para ello y deberían saberlo.

--Ahí está la adorable, dulce y cándida princesa --rió.

--Tengo un poco de miedo.

--Tranquila, corazón. Recuerda que tienes que transmitir seguridad; no pueden ver a una princesa temblorosa. Tú misma lo has dicho, tienes poder. Vas a enterarte de su lugar de reunión, o de uno de ellos, y puedes usar esa carta a tu conveniencia.

--No creo que ese sea su lugar habitual. No se expondrían ante un miembro de la Corona, por muy símbolo o lo que sea que piensen que soy.

--¿Quieres que lo dejemos?

--No. De eso ni hablar.

--Pues venga. Adelante.

Me abrió la puerta de la taberna donde me esperaba a saber qué o quién. Nada más entrar, el humo del ambiente me dio de lleno en la cara, lo respiré y empecé a toser. Westley puso la mano en mi espalda y me llevó a un rincón apartado. Miré a la gente y nadie parecía reparar en nosotros.

Era un lugar en donde todo el mundo fumaba a pesar de tener todas las ventanas cerradas, y muy sucias, por cierto. El suelo estaba lleno de bebida derramada, colillas y cenizas procedentes de cigarrillos y, por el aspecto, debía quizás barrerse una vez al día, no más. En algunas mesas había grupos de tipos jugando a los dados y a las cartas, y en otras, gente bastante borracha. Tras la barra, un ajetreado hombre servía y cobraba bebidas a los numerosos clientes que no dejaban de pedirlos. Apenas si se podía entender algo del jaleo que había y Westley tuvo que acercarse a mi oído para que pudiera oírle: --No mires tanto, que no se note que eres nueva por aquí.

Llevé mi mirada hacia el suelo.

--¿Todas las tabernas son así?

--Las que están abiertas a estas horas, sí. No llames la atención y sobre todo, no te separes de mí bajo ningún concepto. Vamos a la barra a preguntar; cuanto antes lo hagamos, mejor. Y deja que hable yo.

El lugar no era demasiado grande y, tras esquivar un borracho que nos quiso soltar un rollo sobre no sé qué guerra, llegamos a la barra. Westley no llamó al hombre que servía; dejó que siguiera atendiendo clientes, pero llegó el momento en el que se acercó a donde estábamos.

--¿En qué puedo ayudarlos?

--Buscamos a Sikes.

--¿A Sikes? Hace mucho que no se deja ver por aquí. ¿Ha vuelto a meterse

en problemas?

--Tal vez.

--¿Lo buscan por algún asunto en particular?

--Sí, tal vez le resulte familiar. Piedras y estrellas.

--¿Piedras y estrellas? Eso es nuevo, a saber qué habrá hecho esta vez.

Pero, como le digo, Sikes ya no suele frecuentar esta zona.

El hombre se alejó al otro extremo de la barra y siguió sirviendo y cobrando. Me quedé un poco mosca. Si no iba a estar, ¿para qué me había citado? Me recorrió un escalofrío, habíamos dicho la palabra clave y si no estaba, solo podía significar que era una trampa...

--Westley --susurre tirándole de la manga--, vámonos.

--Shh. Espera, espera.

--Me ha engañado. No está.

--No puede presentarse ante todo el que pregunte por él; si lo hiciera, lo habrían apresado ya.

--¿Entonces?

--Espera un poco. Confía en mí.

Seguí mirando de reojo, esta vez con más disimulo, al hombre de la barra. En cierto momento se abrió una pequeña puerta y alguien le dio unas botellas, y en ese breve lapso de tiempo me pareció que intercambiaban unas cuantas palabras. Fue casi visto y no visto, porque antes de que pudiera sacar conclusiones, el hombre ya estaba colocando las botellas en un hueco detrás de él. Al cabo de unos minutos, el hombre se dirigió hacia la misma puerta con una caja llena de botellas vacías, y en esa ocasión me fijé bien. Sí, efectivamente, había alguien detrás de esa puerta y se habían dicho algo. Mi cabeza se puso a funcionar y llegué a la conclusión de que eso no podía ser un simple almacén, porque no tenía sentido que, con tanto ajetreo, hubiera solamente una persona en la barra cuando en el local había como mínimo un

trabajador más. De modo que algo se estaba cocinando... y no iba errada, porque el hombre de la barra se acercó de nuevo a donde estábamos.

--¿Ven la puerta del almacén? Tengo ahí un compañero que quizás pueda ayudarlos.

--Muy bien, gracias.

Fuimos hacia el otro extremo de la barra. Abrimos la puerta de lo que parecía una habitación oscura, negra como el carbón. Westley mantuvo la puerta abierta para que entrara la luz del salón.

--Cierre la puerta --ordenó una voz desde dentro.

--Encienda una luz --respondió Westley.

--¿Me toma por idiota?

--No vamos a entrar en una habitación sin saber qué o quienes están en ella. De modo que, o enciende una luz, o nos vamos. Y le aseguro que la ocasión de hablar de piedras y estrellas no se le va a presentar otra vez en su vida.

--¿Y cómo sé que no me están engañando?

--No lo sabe. Tendrá que fiarse.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

--Vámonos --me indicó Westley.

Me sujetó del brazo y me hizo señal para que saliera. En ese momento oí encenderse una cerilla y el cuarto se iluminó con la luz de una vela, dejando ver un almacén lleno de todo tipo de botellas, tanto grandes como pequeñas, llenas y vacías, así como multitud de vasos, cocteleras, copas, escupideras, escobas, cubos de fregar y otros enseres de cocina y limpieza. Todo estaba muy apiñado, de modo que era imposible que en ese cuarto hubiera alguien escondido. Aparte de nosotros, solamente estaban un par de hombres que nos miraban con no muy buenas caras.

--Ahora cierre la puerta.

--Déme la vela.

Se miraron fugazmente.

--Dásela.

Tan pronto como Westley tuvo la palmatoria con la vela, dejó que la puerta se cerrara.

--¿Para qué buscan a Sikes?

--Él mismo nos ha invitado.

--Permítame que lo dude.

--Si no se fían de mi palabra, creo que hemos terminado. No olviden decirle que hemos estado aquí y enviarle nuestros más respetuosos saludos.

--Quietos ahí.

El corazón se me salía por la boca de los nervios que tenía. Estos eran mafiosos y podían matarnos en cualquier momento. ¿En qué estaba pensando cuando se me ocurrió venir?

--¿Ahora no nos van a permitir irnos?

--¿Para qué cojones buscáis a Sikes?

--Ya se lo he dicho: él mismo nos invitó para hablar de piedras y estrellas.

--O me decís la verdad o esta noche dormís con los peces.

Sacó un puñal y avanzó rápidamente hasta donde estábamos. Ah, no, eso sí que no lo iba a permitir. Me quité la capucha y me interpose entre Westley y el del puñal, mirándolo desafiante. El tipo se detuvo en seco.

--¡¡¡Coño!!!

--Y ahora --declaré, sintiendo cómo la adrenalina corría por mis venas y me daba un chute de valentía--, me vais a traer a Sikes.

--Enséñeme el símbolo del dedo --mandó el otro.

Levanté la mano izquierda y les enseñé el pequeño tatuaje de finas hebritas blancas de mi dedo anular. Se acercó a mi mano para verlo mejor, y Westley me rodeó por la cintura por delante con una mano mientras con la otra arrimó



un poco la vela hacia mi mano, para iluminarla. El tatuaje era difícil de ver con la magia inactiva si uno no se fijaba mucho, pero si se buscaba, se encontraba.

--De acuerdo, es ella. Baja el puñal.

El hombre obedeció y se cruzó de brazos, sin dejar de mirarnos.

--Bueno, princesa. Permítame que me presente: Sikes Roipel. He de confesar que sentía gran expectación ante su visita. Disculpe las rudas maneras, pero comprenderá que tenemos que guardarnos ante posibles espías. Ahora, si me lo permite, ¿me acompañaría hasta un lugar más cómodo?

Quitó el cubo de fregar y las escobas de una esquina, y sin que yo supiera cómo lo hizo, abrió una puerta en la pared.

--Es un pequeño efecto visual. Al igual que su anillo, solo se encuentra si se mira con atención. ¿Me acompaña?

--¿Cómo sabemos que no es una trampa? --inquirió Westley.

--Como usted mismo dijo antes: no lo saben. Tendrán que fiarse.

--En ese caso, no nos moveremos de aquí.

--¿Y usted es...?

--El que acompaña a la princesa.

--De modo que yo tengo que enseñarles todas mis cartas y ustedes no me enseñan las suyas. ¿No les parece un juego algo unilateral?

Nos quedamos callados unos segundos.

--En fin --continuó Sikes--, veo que me va a tocar ceder. Princesa, tiene usted mi palabra de que no sufrirá ningún daño.

--Y mi acompañante tampoco --exigí.

Suspiró.

--Y su acompañante tampoco. Aunque preferiría hablar a solas con usted.

--Él va a donde yo vaya, y no es negociable. Ambos saldremos de aquí sanos y salvos. ¿Me lo jura?

--Yo no hago juramentos. Dejémoslo en que le doy mi palabra. Ahora, si no le importa...

Volvió a abrir la puerta en la pared y nos invitó a cruzarla. Westley y yo nos miramos un segundo y seguimos a Sikes.

Bajamos por unas escaleras de piedra rematadas con listones de madera e iluminadas con antorchas. Olía mucho a humedad, aunque debo decir que estaba limpio. Cuando las escaleras terminaron, varios minutos después, me pareció, por las voces que oí, que nos acercábamos a donde había gente, de modo que me volví a poner la capucha. Efectivamente, nos movimos en una gran estancia llena de gente. Unos cuantos practicaban esgrima, peleas cuerpo a cuerpo, luchas con lanzas y con otras armas, mientras que otros estaban mirando unos papeles y señalando algunos puntos en ellos. Miedo me daba lo que pudieran estar planeando.

Sikes saludaba a varios con los que se iba cruzando, algunos nos miraban pero no nos prestaban mucha atención. Tras andar bastante rato, nos condujo hasta un pequeño despacho en el que entramos los tres: Sikes, Westley y yo. El hombre del cuchillo se había unido en algún momento al resto de rebeldes.

--Impresionante, ¿verdad? --observó Sikes--. Ya ve que no somos unos pocos, ni estamos mermados o acabados como algunos quieren hacer creer. Y esto no es ni una pequeña parte de las gentes con las que contamos. Tenemos compañeros y contactos en todos los pueblos. Bueno, siéntense, por favor.

Nos sentamos en un par de sillas viejas de madera en torno a una mesa ante la cual también se sentó Sikes. Volví a quitarme la capucha.

--Bien, princesa. Le he enseñado una guarida. Ha visto usted una parte de nuestras huestes. Espero que sea prueba suficiente de mi confianza para que usted me dé la suya.

No contesté.

--En fin. Creo que usted está aquí porque, si no me han informado mal, el

reinado y el actual sistema de gobierno del rey Basileo no le parece... demasiado justo, ¿verdad?

--Así es.

--Por cierto, ¿cómo está su espalda? Tengo entendido que sufrió un pequeño percance.

--Está mejor, gracias.

--No pude presenciarlo, pero me lo han relatado varias fuentes que sí lo hicieron. No cabe duda de que se ha convertido en una heroína.

--No era eso lo que buscaba.

--Por supuesto. Dudo que haya alguna persona que busque ser azotada públicamente. Bien, el caso es que si le hemos mostrado la guarida es porque confiamos en usted. No creemos que una persona que se comportó como usted lo hizo en la explanada vaya a delatarnos. Pero, ¿qué hay de su compañero?

--Yo respondo por él.

--Vaya, qué interesante. ¿Podría decirnos su nombre?

--Eso no importa --respondimos Westley y yo a la vez.

--Quisiera saber la identidad de las personas en las que voy a confiar.

--Confórmese con saber que yo voy donde vaya ella y que mi forma de proceder dependerá de cómo la traten.

--Pero usted no tiene aspecto de escolta ni de guardia. ¡Qué curioso me parece todo esto!

--¿Podríamos volver al tema principal de nuestro encuentro, por favor? --pedí.

--Princesa, le he enseñado la guarida y lo que hacemos. He expuesto parte de mi grupo ante un miembro de la Casa Real. Estoy arriesgando cientos de vidas. Necesito una prueba de la lealtad de ambos.

--No tenemos intención de delatarlos.

--Convéncame con algo más contundente que meras palabras.

--Su carencia de fe resulta molesta.

--Tanto como su silencio y su actitud misteriosa. Le recuerdo que en este instante está usted en mis manos y que, aunque le haya dado mi palabra, podría hacer que los siguieran a ambos. Así que de nuevo se lo pregunto, señor: ¿Quién es usted?

Miré a Westley. La verdad es que lo mejor era colaborar y decírselo, ya que en el fondo no importaba tanto y ellos mismos podían averiguarlo casi sin esfuerzo, simplemente siguiéndonos. Él debió de pensar lo mismo.

--Mi nombre es Westley.

--¿Apellido?

--Curioso que a él le pregunte su apellido y a mí no --observé.

Sikes se quedó unos segundos mirándonos como si le hubiera contado un chiste malo, y finalmente se echó a reír.

--De acuerdo, de acuerdo. La princesa Melania y su acompañante Westley. Me gusta saber con quiénes hablo. En realidad no necesito los apellidos, ya los investigaré si lo encontrara necesario. Y dígame, señor Westley, ¿comparte las opiniones de todos los que estamos en esta área? Y no me refiero solamente a nosotros dos.

--Sí, comparto sus opiniones y sus sentimientos hacia el rey y su gobierno.

--Bien, ese es un buen comienzo. ¿Estaría dispuesto a luchar por la libertad? Y cuando digo luchar, me refiero a unirse a nuestras huestes y prepararse para un todavía lejano combate.

--No soy un mercenario. Mi lealtad está con ella y mi objetivo es que la princesa alcance su trono, sana y salva, lo antes posible.

--Interesante. Debo aclarar que nuestro grupo no lucha por la princesa, sino contra la injusticia y desigualdad que el rey y su gobierno representan, y nuestro objetivo es que la especie humana pueda vivir de manera digna y próspera.

--También es ese mi objetivo --aclaré--, pero solo podré conseguirlo desde el trono.

--¿Y quién nos garantiza que, una vez en el trono, no se vuelva usted una reina corrupta como lo es el rey Basileo?

--Señor Sikes, según tengo entendido, el anterior monarca, el rey Hans, no lo era, de la misma manera que yo tampoco lo seré. Era un buen monarca, muy diferente de...

--El rey Hans era un petimetre --interrumpió Sikes, haciendo énfasis en el sustantivo utilizado--. Es cierto que no hizo nada malo, pero tampoco hizo nada bueno. Se limitó a dejar que los años pasaran sin hacer ninguna mejora, y no será porque no se le pidieron reformas. No me extrañaría nada que su desaparición repentina estuviera planeada por el entonces príncipe Basileo y los suyos para llegar al poder cuanto antes. Si no sabe nada de eso, es una prueba más de que el rey está consiguiendo que perciba tanto la historia como la realidad de una manera distorsionada y muy conveniente para él. Sabemos de buena tinta que el rey la adoctrina a diario para que continúe con el régimen.

--Como también sabrán que yo no me dejo adoctrinar.

--Me temo que, si quiere persuadirme, tendrá que ser más convincente.

Me levanté de la silla, apoyé las manos en la mesa y lo encaré.

--Escúcheme, Sikes. El rey me ha frito a clases inútiles desde que llegué hace más de dos años. Me ha tenido encerrada en su jaula de oro, sin permitirme saber nada de lo que pasaba fuera y haciéndome creer que su reinado era el de la paz. Me entregó a una tribu de salvajes que me torturaron y me sometieron a toda clase de vejaciones; y si aún estoy viva fue por el buen hacer de los médicos de la clínica. Ha manifestado sus deseos de que vuelva a mi mundo y de que el Libro le proporcione otro príncipe o princesa al que sea más fácil manipular a su antojo, y hace algunas semanas me dejó la espalda en

carne viva porque me opuse a maltratar inocentes como él lo estaba haciendo. Créame que hacia la persona del rey no siento otra cosa sino odio y desprecio y que no pienso darle el gusto de que me hunda y me siga destrozando física y psicológicamente. Y si para ello debo unirme a su revolución, pues ya me ve -  
-Estiré los brazos hacia los lados y los volví a bajar--. Aquí me tiene.

Permanecí de pie y sin retirar la mirada de sus ojos. Él me la sostuvo sin vacilar durante algunos segundos, hasta que rompió el silencio para mirar a Westley.

--¿Usted apoya estas palabras?

--Al cien por cien --contestó Westley, incorporándose de la silla y colocándose a mi lado frente a Sikes.

--Y si no se fía, ya le he dicho que yo respondo por él --añadí yo.

--Está bien. Voy a darles un pequeño voto de confianza.

Se levantó y se puso cara a nosotros.

--Sé de buena tinta que el palacio tiene multitud de pasadizos secretos. Revéleme al menos un par de ellos.

--¿¿Qué??

--Vamos, princesa. Nadie mejor que usted para facilitarnos esa información.

--¿Para qué quieren los pasadizos?

--Para lo único para lo que sirven: para entrar a Palacio por un sitio que no sean sus puertas.

--¿Me está pidiendo que los ayude a invadir Palacio?

--Ha sido usted quien ha querido unirse a nosotros, princesa.

--¿Y qué hay de toda la gente que trabaja dentro?

--Nuestro objetivo es el rey. Si alguien nos obstaculiza en nuestro camino hacia él, tendrá que asumir las consecuencias.

--Habrá víctimas inocentes y usted lo sabe tan bien como yo.

--Solo si tuvieran la mala suerte de encontrarse en nuestro camino.

--Está condenando a personas que no han hecho nada malo.

--Princesa, en todas las guerras, batallas, escaramuzas y demás hay bajas por ambos bandos. Es una realidad. Y si quiere usted colaborar con nosotros, más le vale que tenga claro en primer lugar que no va a ser ni fácil, ni limpio, ni agradable. Ninguna guerra se ganó pidiendo las cosas por favor con amabilidad. Estoy poniendo a su disposición varios miles de ciudadanos dispuestos a derramar su propia sangre por la libertad de sus congéneres. ¡Le estoy ofreciendo un ejército! ¿Acaso el rey alguna vez le ha ofrecido algo así? ¿Mandó a su propio ejército a rescatarla de sus captores? Nosotros colaboraremos con usted y le ayudaremos para que suba al trono, pero usted también tiene que colaborar con nosotros.

Me quedé callada unos segundos.

--En este momento no conozco ningún pasadizo del que pueda proporcionarle información.

--No he dicho que me los tuviera que facilitar en este instante. Vuelva a Palacio, piénselo con detenimiento, y si su respuesta es afirmativa, hable con la persona que le concertó esta cita conmigo para que le vuelva a concertar otra.

--¿No sería más fácil venir a verlo directamente?

--No, mejor que no lo haga. No siempre estoy yo aquí, y puede que dé con algún otro compañero que no la tenga en demasiada estima. Suelo viajar a menudo y frecuentar otros lugares.

--¿Por qué? ¿No debería estar aquí vigilando por si pasara algo?

--Princesa, hágame un favor, y de paso hágaselo también a sí misma, y no se meta en mis asuntos ni se preocupe por lo que hago o dejo de hacer. Ya le he dicho todo lo que usted necesita saber y no conviene que haga más preguntas. Créame que no le interesa saber más, como tampoco a mí me

interesa pedirle que me confirme lo que para mí es más que obvio, y es que ustedes dos son amantes. Y de hecho, si una noticia así se hiciera pública, no tengo que recordarle lo que podría ocurrirles.

Joder. Mierda, mierda, mierda.

--No sé de qué me habla.

--Princesa, una cosa es que usted guarde silencio o no quiera responder a alguna de mis preguntas, y otra muy diferente que me mienta como acaba de hacer. No sé si les daba igual que yo me enterara, si me tomaban por tonto o simplemente que son pésimos actores. Únicamente les diré que salta a la vista. Yo he sido claro como el cristal y le he dicho sin tapujos lo que espero por su parte, y no me gusta que se me corresponda con mentiras. Usted puede aceptar mi acuerdo de colaboración mutua o rechazarlo. Pedí que se le aclarara que esta visita era sin ningún tipo de compromiso y yo no me ando con mentiras; si decide no colaborar, no habrá problema o represalia alguna por nuestra parte. Pero le advierto: una sola palabra a terceras personas acerca de lo que ha visto y oído hoy, de este lugar o de mi identidad y me encargaré de que no haya una sola persona en el pueblo, y eso incluye al rey, que no sepa que la princesa está amancebada con el señor Westley. Con las consecuencias sin duda nada gratas que eso conllevará. Ustedes mantendrán su boca cerrada, y yo haré lo mismo. ¿Estamos de acuerdo?

Aquel hombre me estaba empezando a dar miedo.

--Completamente de acuerdo --respondió Westley.

--Sabía que nos entenderíamos. Ahora, si me lo permiten, les acompañaré a la salida.



## Capítulo 64

Llevé el cuenco con la infusión hasta mis labios y di un sorbo. Aún estaba muy caliente.

--Deja que se enfríe un poco --Westley me cogió las manos e hizo que dejara el cuenco de nuevo en la mesa.

Suspiré.

--Me lo dijiste, Westley. Me lo advertiste y no te hice caso.

--Bueno, bueno. Al menos no cometiste la insensatez de ir sola. Me hiciste caso en eso.

--Si lo hubiera hecho, no nos hubieran descubierto y no tendrían nada con lo que presionarme.

--Si lo hubieras hecho, posiblemente ahora estarías con un puñal clavado, en el mejor de los casos en una de estas habitaciones ingresada y en el peor de los casos tirada en un callejón desangrándote.

--No sé si hice bien en acudir a la cita.

--Pese a todo lo que ha sucedido, yo creo que sí. Ahora sabes lo que es el grupo rebelde, sabes que no se andan con bromas y que hay que tener mucho cuidado con ellos.

--¿Crees que debo aceptar lo que me han propuesto?

--Eso no debemos pensarlo ahora. Estás muy asustada, y lo más sensato es esperar a tener la cabeza un poco más fría.

--No pienso enseñarles mi pasadizo. Nuestro pasadizo.

--No, claro que no. Ese, como bien has dicho, es solamente nuestro --Me acarició suavemente la cara--. Con su pequeña salida en el bosque que ha sido testigo de nuestras citas, de nuestro primer beso...

--Westley, gracias por no ceder en lo de acompañarme. Gracias, de verdad.

--Con lo que te quiero, ¿cómo se te pasó por la cabeza que te dejaría ir sola?

Nos abrazamos fuertemente. Apreté su cuerpo contra mí mientras él me daba besos en el pelo.

--Melania, jamás vuelvas a ponerte conscientemente delante de un puñal. Jamás, ¿me oyes? Me diste un susto de muerte.

--No pienso dejar que te hagan nada.

--Melania...

--No, Westley. Si tú estás dispuesto a defenderme hasta con la última gota de tu sangre, yo también. No puedo contemplar cómo están a punto de hacerte algo y quedarme como si nada, Westley, ¿no te das cuenta? Eres toda mi vida. Te quiero.

Me abrazó con brusquedad y me presionó con fuerza contra sí. Empezó a frotarme la cabeza con su mano mientras enterraba su cara en el hueco de mi hombro y me besaba la zona. Correspondí a su abrazo y permanecimos así unos cuantos minutos, hasta que Leo entró y nos interrumpió.

--Bueno, ya he terminado con ese paciente y se ha marchado. Y el otro médico está haciendo inventario del almacén. Tenemos tiempo y no nos interrumpirá. Así que contadme. ¿Qué ha pasado?

Cogí de nuevo el cuenco con la infusión y di un traguito. Ya se había enfriado y estaba a la temperatura ideal. Westley cogió también la suya y bebió.

--Ponen a su disposición un ejército, por lo que parece bastante grande, entrenado y organizado, y la ayudarán a subir al trono. A cambio, quieren que Melania les ayude a entrar e invadir Palacio para matar al rey.

--No me sorprende.

--Y saben lo nuestro; a la más mínima sospecha de traición por nuestra parte, lo harán público.

--Tampoco me sorprende.

--¿Tan obvio resulta? --pregunté.

--Melania, no es que resulte obvio, que lo resulta con solo veros, pero aunque no fuera así. Simplemente es cuestión de lógica: si la princesa acude a la cita acompañada de un hombre protegiéndola, que no es guardián ni escolta, solo puede ser su amante.

Miré a Westley.

--¿Tú sabías eso?

Westley me miró a los ojos y dijo que sí con la cabeza.

--¿Y por qué no me lo advertiste?

--Porque si lo hubieras sabido, habrías ido sola.

--¿Y no te importa que ahora lo sepan y tengan un arma contra nosotros?

--El único que no debe enterarse es el rey. Y quizás, los consejeros. El resto de gente me da igual. Estoy harto de tener que esconderme como si hubiera hecho algo malo. De salir a la calle cuando me levanto y tener miedo de escuchar en el pueblo que en Palacio se la han vuelto a jugar a la princesa. De no poder estar al lado de mi novia cada vez que me necesita. De que la traten como a un objeto, o en el mejor de los casos, como a un animal y no como se trataría a un ser humano. De que parece que disfruten haciéndole daño. Estoy harto --Dio un puñetazo en la mesa--. ¡¡¡Harto!!!

Puse una mano delicadamente sobre el hombro de Westley y me sorprendió lo tenso que estaba. Jamás lo había visto así y nunca me había planteado hasta qué punto le afectaba toda esta situación. Siempre había pensado, egoístamente, que la que peor lo pasaba era yo, y que él era como una roca y lo aguantaba todo, pero ahora veía que él tampoco llevaba nada bien nuestra realidad.

--¿Por qué no me lo dijiste?

--¿Para qué? ¿Para hacerte cargar con más de lo que ya cargas?

--Yo te lo cuento todo.

--Es diferente.

--¡No, no lo es! Hasta donde yo sé, tenemos una relación de iguales. Si no te importó que yo fuera la princesa a la hora de empezar a ligar conmigo, tampoco debería importarte a la hora de contarme estas cosas. ¿Por qué tú puedes preocuparte por mí, pero yo no puedo preocuparme por ti? Explícamelo.

--Ya tienes suficientes problemas con lo que te hacen en Palacio como para que tengas uno más.

--¿Eso es lo que piensas que eres para mí? ¿Un problema?

Su mirada, llena de dureza, se suavizó de repente y su gesto fue liberándose de la tensión.

--No --respondió dulcemente, acariciándome la cara--. No, cariño. Perdóname.

Iba a exigirle a Westley que nunca más volviera a insinuar algo así, pero el otro médico, el que estaba sustituyendo a Westley aquella noche, entró de repente en la salita donde estábamos. Ya que mi melena roja era imposible de esconder con la capucha quitada como la tenía, bajé la cabeza.

--Perdona, Leo, pero he encontrado la caja de mandrágora que faltaba la semana pasada. Está intacta y perfecta.

--Bien --le respondió Leo--, etiquétala y déjala a la vista.

--Eso haré. ¡Hombre, Westley! ¿Cómo es que vienes en tu noche libre?

--Me aburría --respondió Westley.

El médico me miró.

--Creo que a ti no te conozco... Buenas noches, eh...

--Mel. Me llamo Mel.

--Oh, Mel. Tu padre debía ser pintor, porque eres una obra de arte. Mi nombre es Andidus y creía saber lo que era la belleza... hasta que te vi. Ahora

lo que sé es lo que se siente cuando acaban de robarme el corazón.

--Andidus, fenómeno. Déjala en paz --repuso Westley.

--Vaya, vaya. ¿Me traicionan mis oídos o Westley está marcando territorio? ¿Es tu misteriosa novia?

--¿No tienes cosas que hacer, Andidus?

--O sea, que sí que es tu novia. Bueno, bueno. Primicia. Después de un año, te has dignado a traerla. Por fin nos conocemos, bellezón. Entiendo por qué Westley te guardaba con tanto celo. Ahora que conozco su secreto... ¿Te gustaría conocer alguno de los míos? Créeme que tengo muchos...

--Andidus --intervino Leo--, vuelve al almacén y continúa con el inventario.

--Mel, eres la chica que me ha cambiado la noche. Sé que eres la chica que va a cambiar mi vida.

--Andidus, ¿te lo repito? Déjala en paz antes de que me cabree.

--Westley, tranquilízate. Solo nos estamos conociendo mejor.

--Andidus, vuelve al trabajo. Ya --ordenó Leo.

--Mel, ¿tienes alguna hermana o amiga soltera que...?

--¡¡Andidus, largo!! --gritó Leo.

--Vale, vale... qué genio... Y luego te preguntarás por qué sigues soltero...

--¡Y cuando acabes, limpia los excusados!

--¡Uooh, a alguien le sienta muy mal que le recuerden su soltería!

--Andidus, tú sigue hablando, sigue. Que yo también me voy a reír mucho cuando te ponga a separar tallos de babaenrama.

--Cinco años de carrera para esto.

Andidus salió y le oí alejarse. Cuando me supuse que ya no podía oírme, dejé que mi risa fluyera a gusto.

--¿Ese es médico? --aluciné.

--Sí, lo es, y muy bueno, aunque por lo que sale de su boca no lo parezca --

aclaró Leo--. Es un buen profesional, pero, en lo referente a las mujeres, la palabra que lo define es patético. Es muy buen doctor, pero su único defecto es que le gustan demasiado las mujeres y cualquier día se va a buscar un problema con eso.

--Es el que suele sustituir a los empleados del turno de tarde, y también a nosotros dos, de noche. No le hagas ni caso; se le van los ojos detrás de cualquier cosa con falda. Ninguna novia le ha durado más de un mes. Y no te ha reconocido, por suerte.

Nos quedamos los tres callados unos instantes hasta que Leo cambió de tema.

--En fin, Westley, ¿cuánto dinero te falta?

--¿De qué hablas?

--Para irte con ella y estableceros por vuestra cuenta.

--Todavía bastante.

--¿Cuánto?

--Calculé que nos podríamos ir en aproximadamente año y medio. Para entonces habré reunido lo suficiente como para montar una consulta en mi casa, comprar todo el mobiliario y materiales y hacer todos los trámites.

--¿Año y medio? ¿Tanto?

--Casi la mitad del sueldo se me va en el alquiler del piso.

--Ah, claro. No había contado con eso. En fin, bueno... Voy a prestarte una cantidad y podrás reducir ese tiempo a la mitad o poco más.

--¿Qué dices?

--Mi casa está en propiedad, no pago nada por ella y tengo un dinero ahorrado. Puedes contar con él para que empecéis vuestra vida un poco antes.

--Ni hablar.

--Westley, hazme el favor y no seas testarudo.

--No voy a consentirte que me prestes ni una moneda.

--Lo hago de buen grado, chaval. Lo necesitas.

--Puedo conseguirlo por mí mismo.

--Pues cuando lo consigas, me lo devuelves.

--¿Y si lo de la consulta no saliera bien?

--En ese caso, tómatelo como un regalo mío.

--No puedo aceptarlo.

--Westley, te conozco desde que tenías dieciocho años; creo que tú y yo tenemos cierta confianza.

--He dicho que no voy a aceptarlo, Leo.

--¿Quieres dejar a un lado tu estúpido orgullo?

--No me sentiría bien haciéndolo. Cuando me mire al espejo por las mañanas me gustaría ver a una persona que ha conseguido lo que tiene sin ayuda. ¿Cómo voy a mirar a mi novia sabiendo que no he sido capaz de conseguir lo que le prometí? No, Leo. Tengo que hacerlo yo. Puede que cuando estemos establecidos algo saliera mal, y en ese caso es posible que te pidiera ayuda. Pero no ahora.

--Westley, créeme que entiendo lo que dices y que tus palabras te honran. Pero haz una excepción solo esta vez. Hazlo por ella. Necesitáis iros cuanto antes. Primero fue el secuestro y ahora los latigazos. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Qué tiene que sucederle para que despiertes? ¿Qué el rey la viole y la desgarré entera por delante y por detrás?

--Eso no lo digas ni en broma.

--¡Pues despierta de una vez! ¡Aparca esa soberbia y acepta la ayuda que te estoy ofreciendo!

--¡¡He dicho que no!!

--¿Desde cuándo tu orgullo vale más que la salud y el bienestar de tu novia? ¡Creí que la tenías en más estima!

Westley se levantó, furioso, mirando a Leo con ira. Leo se levantó también,

con más calma, y su mirada era seria, pero sin un atisbo de enojo.

--A mí no me mires así, chaval. Es cierto que si has llegado a donde estás ha sido únicamente gracias a tu esfuerzo, pero todo el mundo necesita ayuda alguna vez, y tú no vas a ser una excepción. En una semana te traeré un sobre con dinero, y lo vas a aceptar sin rechistar.

Se sostuvieron la mirada unos largos segundos, hasta que Westley se dejó caer nuevamente en la silla, apoyó los codos sobre la mesa y se sujetó la cabeza con las manos, manteniendo la mirada baja. Leo lo observó y finalmente abandonó la sala para volver a sus quehaceres.

--Westley, mi amor...

--Por los dioses, Melania. No merezco que me llames así.

--¿Por qué no? Es lo que eres. Mi amor.

--Te hice una promesa y no voy a ser capaz de cumplirla.

--¿A qué te refieres?

--Te prometí que te sacaría de ahí y que te daría la vida que te mereces. Y no voy a ser capaz de conseguirlo sin ayuda. ¿De qué sirve que haya sido el maldito mejor estudiante y haber conseguido trabajo aquí si no soy capaz ni de ahorrar para algo que es tan básico y necesario en mi vida como lo eres tú?

--Westley, pedir ayuda no es malo.

--No, Melania, no es malo, pero mi padre me enseñó que nunca hay que pedir ayuda para algo que puede conseguirse simplemente con un poco de esfuerzo. Si aún viviera, no sabría cómo mirarlo a la cara.

--Yo estoy segura de que tu padre lo entendería. Y puede que incluso te regañara por ser tan cabezota.

--No es cuestión de cabezonería, Melania. Es cuestión de dignidad.

--El que vayas a tomar ese dinero no te hace menos digno.

--No quiero pensar en eso, porque Leo me ha hecho elegir entre mis principios y mi amor, y... que mis padres me perdonen, pero te elijo a ti.



--Eso me halaga mucho, y además, me encanta que tengas unos principios tan bien grabados, pero no tienes por qué elegir. Coge el dinero, guárdalo en un cajón aparte, sigue ahorrando como si no lo tuvieras y cuando lo tengas todo se lo devuelves, y nos vamos. Yo puedo esperar.

--No, Melania. En parte también me siento mal por no haberme dado cuenta yo, pero Leo tiene razón. No sabemos qué será lo siguiente que te puedan hacer. Tenemos que irnos cuanto antes. Si en alguna de las ocasiones que estuvimos juntos te hubieras quedado embarazada, hubiéramos huido y acabado malviviendo trabajando en alguna granja de sol a sol, pero porque no nos hubiera quedado otro remedio. Quiero evitar eso por todos los medios. Cuando nos vayamos, será a mi casa y con mi sueldo de médico local. Déjame darte al menos eso, mi vida. Aunque para ello tenga que aceptar la ayuda de Leo.

--No es ninguna deshonra aceptar ayuda, y menos si te la ofrecen de la manera que lo ha hecho Leo. Si prácticamente te ha obligado a aceptar, sólo le ha faltado ponerte un cuchillo en el cuello.

--Tú te mereces lo mejor y... aunque yo no haya podido conseguírtelo, voy a ser egoísta y pedirte que me aceptes a pesar de todo.

--Te acepto ahora y te aceptaré siempre, Westley.

Me abrazó con mucha fuerza, envolviéndome completamente con sus brazos.

--Gracias, amor mío. Gracias.

Al cabo de unos segundos, me separé un poco para mirarlo a la cara y obsequiarle con una sonrisa que lo animara. Él me la devolvió y me besó con efusión. Me desabrochó un poco el abrigo-saco y empezó a besarme en el cuello, bajando poquito a poco. Llegó a mi vestido y me desabrochó el primer botón, que tapaba el inicio de la curva de mis pechos, luego me desabrochó el segundo, y sus labios se perdieron por ahí. Yo me dejé llevar y le acariciaba

el pelo tan suave y rubito que tanto me gustaba.

--Te amo, Melania --susurraba entre beso y beso.

--Y yo a ti, Westley.

Tiró de mí, colocándose en su regazo y hundiendo la cara en mis pechos. Sus manos se dirigieron al tercer botón del vestido, pero vacilaron. Si lo desabrochaba, mis pechos iban a quedar a su merced y se notaba que se estaba conteniendo. Siguió besándome entre ellos y por la parte de arriba, y yo estaba ya perdiendo la noción de todo.

--¿Necesitan algo los señores? ¿Una cama? ¿O un chaparrón frío tal vez?

Me bajé del regazo de Westley y me tapé rápido. Aquello era surrealista. Ya iban tres veces que Leo nos pillaba haciendo manitas (y no solo manitas) en la clínica. Qué vergüenza. Noté que me ponía colorada por momentos.

--Perdona, Leo --se disculpó Westley--. Perdona.

--Sí, sí, perdona, perdona, pero en cuanto pueda me vuelvo a traer a mi novia, que la clínica nos pone a tono.

--Venga, no te pongas así, que no hemos hecho nada.

--Qué no han hecho nada, dice. Aún conservo bien la vista y sé dónde tenías metida la cara.

--Bueno, pues alégrate por mí --rió Westley.

--Me alegraría más si esto lo hicierais en tu casa.

--También lo hacemos en mi casa, también.

--Preferiría que te ahorraras los detalles.

--Vamos, Leo, no te lo tomes tan mal.

--Empiezo a pensar que lo hacéis adrede para que yo os vea.

--Claro, Leo. Nos gusta que nos mires. No tienes idea de cómo nos excita.

--Si hubiera sido Andidus en que os hubiera visto, estoy seguro de que la guasa iría en otra dirección.

--¿Para qué queremos a Andidus teniéndote a ti?.

--Cómo te gusta pitorrearte. Aprovecha ahora que puedes, que mañana volveré a ser tu jefe y te lo voy a hacer pagar.

--Yo también te quiero, Leo.

--¿Sabes? Creía que no había nada más rojo que el pelo de tu novia, pero ahora veo que sí que lo hay: su cara.

Westley se volvió hacia mí, divertido.

--¡Melania! ¡Chiquilla, pero bueno! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué graciosa estás!

--¡Westley, eres bobo!

--Perdona, Melania. Perdona. Me he dejado llevar.

--¿Pero es que eres imbécil o qué te pasa?

--No. O... sí, tienes razón. Soy un imbécil. Perdona, preciosa, perdóname.

Me crucé de brazos y resoplé, evitando mirar a Westley.

--Sí, suele sucederle, pero no te preocupes, Melania: se le pasa pronto --  
añadió Leo, saliendo de la sala y dejándonos solos.

--Eh, Melania, bonita, vamos. Perdóname. Me he pasado, es cierto. Te pido mis más sinceras disculpas.

Me pasó un dedo suavemente por la cara, pero la giré bruscamente. Él captó la señal.

--Lo siento. Me he comportado como un estúpido. No quería hacerte sentir así. Esto no... esto no me hace muy diferente de Andidus. Y, de verdad te lo digo, no quiero parecerme a él.

Me negaba a mirarle a los ojos, aunque sabía de sobra que estaba siendo sincero y que me decía la verdad. Pero ya estaba harta de que Westley actuara como si lo que hacíamos en la intimidad fuera lo más normal del mundo y que no pasaba nada porque los demás lo supieran. Puede que fuera lo más normal, ¡pero a mí no me gustaba que se airearan así nuestros encuentros!

--¿No... no es suficiente? --Westley hizo una pequeña pausa--. ¿No me perdonas? ¿Tan enfadada estás?

No pude más y le miré a los ojos. A pesar de estar enfadadísima, noté que estaba arrepentido de corazón. Y noté otro sentimiento en mí, superior al enfado, y era que no me gustaba estar así. No quería estar a malas con él ni que él estuviera a malas conmigo. Me estaba doliendo, pero no por lo que había hecho, sino porque veía que eso empezaba a abrir una pequeña brecha entre nosotros, y esa brecha que se aún se estaba formando ya me dolía. Me dolía horriblemente.

--No vuelvas a hacerlo --exigí.

--No. Te lo prometo.

--¡En tu puñetera vida vuelvas a faltarme al respeto así!

--Tienes mi palabra de honor.

Hizo amago de acercarme unos milímetros, y esta vez se lo permití, acercándome yo también a él hasta que nos fundimos en un fuerte abrazo.

--No quiero perderte. Esta noche ha sido muy... extraña.

--Eso es cierto.

--¿Me perdonas, mi amor?

Sabía que Westley iba a cumplir su palabra. Aunque no me lo prometiera, solamente con que me lo dijera yo ya lo sabía. Por supuesto que le perdonaba. Le perdonaba aquello y le perdonaría todas las veces que se equivocara o cometiera algún error, porque yo le quería. No era el hombre perfecto, pero sí era el hombre de mi vida. Y yo le necesitaba: le necesitaba con todas sus palabras bonitas y su actitud cariñosa y protectora, pero también con sus defectos que lo convertían en único y en especial.

--Sí, claro que sí.

Nos quedamos así, abrazados, sin movernos y sin hablar. La puerta estaba abierta y al cabo de un rato Leo pasó por delante. Ya no nos encontró haciendo cositas, sino que nos vio abrazados, sin más. Westley estaba de espaldas y no lo vio, pero yo, que estaba de cara hacia la puerta, sí que vi cómo paraba unos

segundos y nos dedicaba una cariñosa mirada con una sonrisa sincera. Le devolví la sonrisa, cerré los ojos y no pensé en nada más.

## Capítulo 65

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 27 de Basileo

Mes cuarto

Llevaba varios días husmeando por zonas en las que nunca había estado. Lo había estado pensando y me había decidido a buscar pasadizos ocultos. No porque Sikes me lo hubiera dicho, aún no sabía si aceptaría o no, no lo tenía del todo claro, pero si en algún momento necesitaba que me hicieran un favor... convenía tener un par de pasadizos bajo la manga para negociar.

El palacio era enorme y estaba dividido en varias zonas. Como en las clásicas historias victorianas, en la parte de abajo se alojaba el servicio. Todas las doncellas, camareros, asistentes, guardias, escoltas y personal de cocinas, además de Ángela y Narian, tenían dormitorios, la mayoría compartidos. Las cocinas estaban abajo del todo, muy cerca de los cuartos del servicio, en la zona de Palacio más vieja y ruinosas. El resto era la zona lujosa, en donde había varias estancias tales como biblioteca, gran salón, despachos, varias salas de música, varias salas de gobierno donde se firmaban los acuerdos importantes, salas de reunión... y esa zona lujosa también tenía áreas que para mí estaban prohibidas: los consejeros tenían sus dormitorios en esa parte de Palacio, así como demás dependencias para su exclusivo uso y disfrute, y luego, por supuesto, estaban las habitaciones del rey. Según contaban, eran las más grandes y mejores de Palacio y tenían cualquier cosa que una persona pudiera necesitar. La parte donde estaban mis habitaciones correspondía a una zona llena de despachos y alcobas que no se usaban, destinadas a invitados, aunque yo jamás había visto un invitado por ahí. Y por último estaba la torre, el mismísimo corazón de la magia, donde estaba el

Libro y donde solamente podían entrar miembros de la Casa Real, es decir, solo podíamos entrar el rey y yo.

¿Dónde podría haber un pasadizo? Había mirado en las zonas en donde no tenía prohibido el paso, y había tocado paredes, paneles, recovecos, cualquier cosa que sobresaliera, había mirado bajo las alfombras, detrás de muebles, y nada. Ni uno. Qué rabia.

Un momento. Recordé que Ángela me dijo algo de que mi pasadizo se me había revelado y de que, si lo cegaban, se me abriría otro. ¿Qué quería decir eso?

Tenía que hablar con ella. En la merienda tendríamos tiempo. No iba a contarle mi visita a los rebeldes, pero quería que me explicara ese misterio de los pasadizos. Había demasiadas cosas que tenían que ver con la magia y que nadie me explicaba. La magia que me trajo aquí, la misma que parecía tener muchas cosas que decir. Me había revelado un pasadizo para que saliera fuera y movía los hilos para que todo saliera de cierta manera. El maldito destino que parece ser que lo regía todo; ese destino mediante el cual yo me iba a convertir en reina. Ya se pusiera el rey a patalear como un mono y me puteara lo indecible, que yo iba a ser reina. La duda que yo tenía era que, si eso iba a suceder y él lo sabía, ¿por qué se empeñaba en maltratarme y hacer que yo volviera a mi mundo? Se me escapaban demasiadas cosas, todo lo referente a la magia, para empezar, y quería saber más sobre ello. Si mi destino estaba tejido en esa magia, yo tenía derecho a saber más sobre cómo funcionaba.

--Huy, hija. Pues mira a quién le has ido a preguntar. Me temo que yo no sé gran cosa.

--Algo sabrás. Al menos, más que yo.

--En fin, dime qué quieres saber.

--Todo. Quiero saber cómo funciona la magia.

--Eso me temo que los únicos que lo sabrían en su totalidad son los

Grandes Magos, y de esos cada vez hay menos.

--¿Los Grandes Magos? ¿Cómo Merlín y Gandalf?

--Los Grandes Magos, los que saben de las leyendas y de todas las historias, y que supuestamente conocen los secretos de la Magia Antigua. Viven lejos, muy lejos, en territorios que ni siquiera pertenecen al reino como tal. Aislados, sin apenas contacto con los humanos. Nacieron humanos, pero quisieron dedicar su vida a la magia y viven en ella, de ella y para ella.

Me quedé asombrada. Eso sí, ¡eso sí que era la historia de fantasía que yo quería vivir!

--Halaaaa. Cuéntame más, porfa.

--Pues no sé qué te voy a contar. No conozco a ninguno.

--¿No podría yo hablar con uno de esos?

--Ellos viven al margen del mundo humano. Al no vivir en las tierras del reino, no le deben obediencia al rey. Solo vienen por placer, y eso si vienen. En donde viven no admiten visitas; es muy difícil hablar con ellos. Si tuvieras la suerte de encontrarte uno podrías intentar hablar, pero si no, lo tienes difícil.

--Entonces, si el rey los llama, ¿tampoco vienen?

--Solo si quisieran. No le deben pleitesía.

--Me dijiste una vez que a veces vienen magos a la explanada.

--Sí. Magos, hechiceros. Pero tú buscas a los Grandes Magos: no es lo mismo. Los magos y hechiceros viajan mucho para ofrecer sus servicios; además acuden a reuniones, congregaciones, intercambian conocimientos... Ellos saben sobre la magia. Pero la Magia Antigua es otra cosa diferente; no las confundas.

--Me contaste una vez que mi pasadizo se me había revelado y que si lo cegarais, se me revelaría otro.

--Así es, hija.



--Necesito saber más de eso.

--No hay mucho que contar. Sabrás que Palacio tiene mucha magia concentrada, ¿verdad? Pues eso. La magia, la misma que te trajo aquí, decidió que debía revelársete un pasadizo. Porque me dijiste que fue algo casi onírico, ¿verdad?

--Sí, fue una cosa muy rara, era como una burbuja brillante que revoloteaba delante de mí. Yo estaba ya acostada y creí que estaba soñando. Me puse a seguir a la burbuja y cuando me di cuenta, estaba fuera.

--Pues ahí lo tienes. La magia te reveló un pasadizo en tus propias habitaciones, para que pudieras usarlo cuando quisieras. Por eso te dije que, si se nos ocurriera cegarlos, no serviría de nada. Si has de tener un pasadizo, lo tendrás aunque tratemos de impedirlo.

--¿Y si se enterara el rey? Porque los pasadizos están fuera de su alcance...

--No te pases de lista. Es capaz de encadenarte a la pata de tu cama de por vida. Melania, te lo vuelvo a repetir: no lo provoques. Que a la próxima es capaz de dejarte inválida. Estás destinada a ser reina, sí, pero ¿te gustaría ser una reina manca, coja o ciega?

Me recorrió un escalofrío.

--No será capaz.

--Mi niña, no lo pongas a prueba. Es capaz de cualquier cosa. A mí me lo ha hecho pasar muy mal, así que, por favor, no tientes a tu suerte.

--¿Qué te ha hecho?

--Fue hace mucho tiempo y, francamente, prefiero no tener que recordarlo. Llevo aquí muchos años, lo conozco, y puedo asegurarte que no serías la primera chica inocente de la que se aprovecha. Las he visto por docenas. Así que, por favor, mi niña: ten cuidado.

--Hace dos años no me lo hubiera creído... Pero ahora...

--Ahora lo has sufrido en tus propias carnes y me vas a hacer caso.

Asentí.

--¿Tú conoces algún pasadizo?

--¿Por qué lo preguntas?

--Por nada, curiosidad.

--A ver, jovencita. Te conozco y a mí no me engañas. Tienes tu propio pasadizo para entrar y salir cuando te place. ¿Para qué quieres más?

--Solo es curiosidad, Ángela.

--Melania, los pasadizos son algo muy serio. Convierten Palacio en algo vulnerable de cara a los enemigos. No tengo que recordarte que hay miles, por no decir millones de personas que están deseando entrar y ajustar cuentas, ¿verdad? Y aunque el rey sea su principal objetivo, sabes bien que se pasa casi todo el tiempo fuera, por lo que si no encuentran al rey, irán a por el otro miembro de la Casa Real, y ese miembro es... a ver si lo adivinas.

--Yo.

--Chica lista. ¿Quieres que entren y vayan a por ti?

--No.

--Pues cuida de tu pasadizo. Es tu responsabilidad.

--¿Los pasadizos solo aparecen cuando se revelan a alguien?

--Los pasadizos aparecen cuando deben aparecer.

--¿Y si alguna vez necesito salir pero hay gente en el otro extremo del mío?

--Ese bosquecillo donde sale tu pasadizo es algo que jamás había visto. Por ahí no pasa absolutamente nadie. Está escondido, ese bosque no es lugar de paso, de caza ni de excursión, los árboles no dan frutos... y ese montículo de piedras parece una tumba. Normal que no pase nadie. Es un lugar muy bueno para tus citas con ese chico, y me extrañaría mucho, pero muchísimo que por ahí pasara alguien alguna vez. En mi vida había visto una salida de pasadizo tan segura. Si sucediera como hace poco, que había gente por todas partes, ten por seguro que el resto de pasadizos no van a estar mejor.

Ajajá. Lo había dicho. El resto de pasadizos. O sea, que había más. Bien, había conseguido que se le escapara la información que necesitaba. Perspicacia. Inteligencia. Picardía. Sí, sí, sí. Westley me dijo que yo no era ninguna estúpida.

--Y si la magia crea los pasadizos, ¿no será que el Palacio tiene que tener puntos vulnerables porque sí? Quizás ese sea el objetivo.

--Hija, eso ni lo menciones. Miedo me da el día que los rebeldes puedan encontrar uno y nos invadan. Esa gente no se anda con tonterías. Bueno, si ya has terminado, voy a recoger y llevarme esto.

Ángela colocó las tazas y platos en la bandeja y se los llevó, dejándome sola.

Estaba dudosa. ¿Qué debía hacer? Los rebeldes arrasarían con todo, eso de fijo. Tal vez pudiera conseguir que me informaran sobre la fecha del ataque para hacer que el servicio no saliera de sus dormitorios y así no corrieran peligro. Pero, ¿y si me engañaban? ¿Y si todo era una trampa? Sikes podría haberme dicho la verdad para ganarse mi confianza, pero luego bien podría traicionarme.

Le di vueltas, vueltas y más vueltas, y no saqué nada en claro. Le pregunté a Westley su opinión, ahora con la cabeza ya fría de todo lo que había sucedido.

--¿Crees en el destino, princesita?

--¿Y eso que tiene que ver?

--Verás, preciosa. Se te reveló un pasadizo y estaba claro que fue porque debías salir de Palacio. Si no hubieras salido, piensa en lo diferentes que habrían sido las cosas.

--Estaría muerta, Westley.

--Tampoco creo que sea para tanto.

--No hubiera tenido ningún motivo por el que luchar cuando me soltaron

los elfos mestizos. Si seguí fue porque tú me estabas esperando.

--Entonces, más a mi favor. Tú y yo estábamos destinados a conocernos, y por eso el destino empezó a tejerse enseñándote el pasadizo.

--Sí, supongo que sí.

--Pues deja que sea el destino quien decida. Busca pasadizos si quieres, pero no hace falta que lo hagas durante horas y horas. Si debes encontrarlo, aparecerá cuando lo busques. Y si Palacio no quiere que encuentres ninguno, no lo harás por mucho que te esfuerces.

--Entonces, ¿tú sí crees en el destino?

--Hay veces en las que te diría que creo en ello fervientemente, y otras en las que, en cambio, estaría convencido de que cada persona se labra su propio destino y su propio futuro. Supongo que hay algo que mueve los hilos, los dioses, tal vez. Que hay ciertas cosas que están escritas, como que tú vas a ser reina, pero otras que las decidimos día a día y dependiendo de qué cosas decidamos, nuestro destino se pueda reescribir constantemente.

--Me niego a creer que yo sea un instrumento de los dioses, o del destino, o de lo que sea, para llevar al reino por un cauce determinado y que tú seas otro instrumento para que mi destino se cumpla. Me niego, Westley. Lo nuestro es algo muy grande; no puede ser una argucia de los dioses para que se cumpla vete a saber qué.

--Lo sé, vida mía. Solo les pido a los dioses que no nos separen jamás.

Me abrazó fuertemente y nos besamos durante varios minutos. Cuando paramos, se quedó mirando al cielo y acariciándome el pelo.

--Oye, bonita.

--Dime.

--Alguna vez te has planteado... ehm... Bueno, tú y yo... bufff...

--¿Qué pasa, Westley?

--Sé que aún no has cumplido los veinte, que eres muy joven... Con esto no

quiero decir que eres una niña, es bien cierto que no lo eres, y quizás no quieras, eh... que tú y yo...

--¿El qué?

--A ver cómo te lo planteo... No soy muy bueno con las palabras...

--Venga ya. Siempre me estás diciendo cosas bonitas. Suéltalo.

Me miró y sonrió. Después, su mirada se perdió en la manta donde estábamos sentados, para luego volver a mirarme de nuevo al cabo de unos segundos. Buscó mi mano y la atrapó entre las suyas.

--Melania, sabes que te amo y que te amaré el resto de mis días. Eres la mujer de mi vida y no hay nada que desee más que irme contigo, empezar una nueva vida y gritarle al mundo nuestra felicidad. Te siento parte de mí, como lo son mis padres, y quiero que seas parte de mi familia de verdad. No podemos casarnos porque la ley no permite que los de tu mundo se casen, pero sé que una práctica que suelen hacer los inmigrantes es realizar e intercambiar los votos. Me gustaría que tú y yo lo hiciéramos. Legalmente seguiríamos como ahora, pero quisiera que tú y yo nos uniéramos de esa manera. Solamente necesitaríamos un par de testigos. Esos votos solo se hacen una vez y tengo claro que es contigo con quien quiero hacerlos.

--Westley...

--No te estoy diciendo de hacerlo ahora. Había pensado que un buen momento podría ser cuando nos vayamos, y así entraríamos en mi pueblo con los votos ya hechos, como una familia. ¿Qué te parece? Sé que aún no llevamos ni dos años juntos, y que eres muy joven y la perspectiva de atarte a alguien quizás te asuste...

--Si es a ti, no. No me asusta. Te quiero. Además, no sé tú, pero yo hace mucho que me siento atada a ti de por vida.

--Y yo a ti. Me has amarrado muy bien, princesita.

--Cuando sea reina, cambiaré esa estúpida ley. Todos tendrán los mismos

derechos, vengan de donde vengan.

--Y yo estaré orgulloso de mi mujercita.

--Tu mujercita.

--Sí. Mi mujercita. Eso es lo que vas a ser, preciosa. Cuando cambies la ley, además, podrás llevar mi apellido. Tengo muchas ganas de que llegue ese momento.

Sonreí ante la perspectiva. Para qué negarlo, me estaba muriendo de ganas. Quién me lo iba a decir, aún no había cumplido los veinte y, mientras las chicas de mi edad en mi mundo estarían enfrascadas en sus carreras universitarias, yo estaba pensando en mi bucólica vida como la mujercita de mi doctor. Antes de venir aquí, si me lo hubieran dicho, me hubiera reído en la cara de quien fuera. Ni de coña hubiera comprometido mi vida tan joven, probablemente habría querido vivir y disfrutar antes de atarme. Pero estando enamorada, lo veía todo de manera muy diferente. Tenía muy claro que mi futuro estaba al lado de Westley, y lo único que quería era que ese futuro comenzara lo antes posible. La antigua Mel hubiera dicho que ni por todo el oro del mundo iba a vivir una vida de ama de casa dedicada a sus labores y a sus hijos. Ya que mi padre no me hubiera permitido seguir estudiando, hubiera luchado por abrirme un hueco en el mundo laboral, ir escalando y finalmente independizarme. Pero claro... no contaba con que llegaría mi gran amor para llevarme a su casa y hacerme parte de su vida. Y no cambiaría a Westley por nada.

--De modo que... me estás pidiendo que me case contigo.

Westley rió.

--Casi, pero eso me lo reservo para cuando podamos hacerlo. Por ahora, me conformo con unirme a ti, aunque no tenga valor legal. Y no me has contestado --Me miró a los ojos y cogió unos mechones de pelo, a la altura de mis orejas, que enmarcaban mi cara--. ¿Quieres unirme a mí para siempre,

princesita de mis sueños, pequeña desobediente a la que voy a amar por el resto de mi existencia?

--Si me lo pides así...

--No es cuestión de cómo te lo pida, sino de que tú quieras hacerlo.

--Quiero.

--¿Lo dices de verdad?

--Completamente.

Sonrió ampliamente y se acercó a mí con rapidez, para darme un beso tras otro. Lo abracé y nos quedamos besándonos bajo las estrellas hasta que llegó el alba.

## Capítulo 66

Madrugón, desayuno con legañas, dejar que Ángela me vistiera, maquillara y peinara sin ser apenas consciente de lo que me hacía, y finalmente ser acompañada hasta la puerta de la Sala del Consejo.

Según llegaba, intentaba terminar de despertarme para tener los cinco sentidos puestos ante esa panda de fantoches. Pero estaba prácticamente dormida ya que la noche anterior de nuevo había ido a casa de Westley, donde jugamos a esa clase de cosas en las que no se lleva ropa puesta y acabamos devorándonos el uno al otro toda la noche, no parando sino hasta que nos dimos cuenta de que ya había amanecido del todo, y los siguientes minutos fueron una locura. Rápido me metí en el excusado a quitarme los pegajosos y delatores restos de lo que había estado haciendo mientras Westley se vestía y después me ayudaba a ponerme, colocarme y abrocharme el vestido, una vez hube terminado de lavarme. Nos despedimos a toda prisa y apenas me hube metido en la cama y empezado a disfrutar del sueñecito reparador, Ángela entró a despertarme. Como resultado, estaba bostezando cada dos por tres y no veía la hora de volver a meterme en la cama tras una noche de tanto ejercicio físico. Ángela, que no era tonta, supo ver lo que pasaba.

--No has dormido apenas y no hace falta que disimules o me cuentes alguna excusa. Se te nota en la cara y ha costado bastante disimularte esas ojeras. Con tal de que no se de cuenta nadie más que yo.

--Ya, Ángela, ya. No me des la brasa.

--Sobre brasas te pondría a ver si así espabilabas. Melania, no voy a prohibirte que salgas por las noches para ver a ese joven, pero tienes que dormir.

--Ya lo sé, Ángela. Pero entiéndeme tú a mí, solo libra una vez a la semana y nos gusta estar juntos.



--Sí, ya veo. Demasiado juntos, diría yo.

Mi respuesta fue un sonoro bostezo con la boca exageradamente abierta.

--Escúchame, Melania. Te estamos preparando los baños por la noche en consideración a ti, para que puedas dormir un poco más por las mañanas. Pero si de madrugada vas a meterte en la cama de tu novio, vamos a tener que volver a levantarte una hora antes para que te bañes. Si lo huelo yo, cualquiera podría olerlo.

A pesar de estar prácticamente sonámbula, el rubor empezó a invadir mis mejillas. Qué vergüenza. O sea, que olía a... a eso.

--Vamos a intentar disimularlo --Cogió un bote de perfume y empezó a rociarme por todas partes--. Prefiero que apestes a flores antes que a lo que olías antes. Ten más cuidado, muchacha. Como alguien del servicio lo note, te vas a convertir en la comidilla del pueblo, por mucho que yo intente impedirlo. Los chismes de Palacio no tardan ni un día en llegar al pueblo, para tu información. No creo que sea bueno para ti que empiece a circular el rumor de que la adorable, inocente y dulce princesa olía a relaciones íntimas. Y si lo notara alguno de los que vas a ver hoy, en cuanto el rey vuelva a pisar Palacio, lo sabrá --Me echó una nube de perfume en la cara, haciendo que me pusiera a toser sin control--. ¡Despierta, chiquilla! Mira que porque no hay tiempo de volver a maquillarte, que si no, te lavaba la cara otra vez con agua helada.

--¿Tanto huelo?

--Ahora apestas a jardín de rosas, pero sí, olías un poco a lo que tú ya sabes. ¿Estáis tomando precauciones?

--Sí. Él es médico y sabe lo que hace. Me dio un líquido para impedir que me quedara embarazada.

--Por vuestro bien, eso espero. Aunque debo confesar que no me importaría tener un pequeñajo tuyo correteando por aquí. Cuando mi Narian era pequeño, alegraba mucho a los miembros del servicio. Y ya has visto

cómo lo quieren las de las cocinas.

--No creo que un niño mío al rey le hiciera mucha gracia.

--No, no se la hará, eso te lo aseguro. Y mejor que no le des nada que pueda usar en contra tuya. Por ahora a sus ojos no tienes ningún punto débil y así debe seguir siendo. Venga, vamos. Tienes reunión del consejo. Han traído más miembros.

--¿Más monicacos insoportables? ¿Les parecían pocos o qué?

--No los he visto. Venga, vamos. Hombros atrás, cabeza alta y que no te intimiden.

--No dejaré que me arrinconen.

--Así me gusta.

Y de ese modo me encontré delante de la puerta de la sala del consejo, esperando que anunciaran que ya había llegado para que me hicieran pasar. Cuando al fin lo hice, lo primero que vi fue una mesa mucho más grande, con muchas más sillas y más personas que normalmente. No quise mirar de reojo; me dirigí a mi sitio y me senté educadamente.

--Buenos días --saludé.

Como ya esperaba, nadie me contestó. Aproveché que todos estaban absortos en sus papeles para echar una mirada, y efectivamente, había caras nuevas. Saltaba bastante a la vista, ya que los consejeros que yo conocía eran personajillos ridículos, bajitos y achaparrados, y ahora, además de esos, había unos cuantos más con un aspecto un poco más... Bueno, un poco más de aspecto. Eran más parecidos a cualquier persona corriente con la que te puedas cruzar por la calle. Eso sí, ninguno bajaba de los cincuenta años. A pesar de la gente nueva, no estábamos todos los que debíamos, ya que había algunas sillas vacías.

Delante de mí, en la mesa, había algunas hojas de papel, un tintero y un par de plumas. Me preguntaba si se habrían equivocado o por fin alguien había

decidido que, si yo estaba ahí para aprender, qué menos que apuntara cosas y tomara notas.

No me gustaba nada escribir con tinta y pluma. Se me hacía muy incómodo, no podía enlazar las letras unas con otras y la tinta tardaba demasiado en secarse. De hecho, alguna vez, en un descuido, pasé la mano por encima, manchándome todo el lateral de la mano y el brazo, y destrozando lo escrito. Me daba mucha rabia cada vez que sucedía y me preguntaba cuándo alguien iba a traerse un cargamento de bolis de mi mundo, o cuándo iban a inventarlos aquí. Saqué mi lista mental de todo lo que tenía que traerme cuando fuera a mi mundo: coca-cola, chuches, tampones, sujetadores, una o dos linternas con un buen cargamento de pilas, mis libros favoritos, la vieja Polaroid instantánea de mis abuelos (con todos los carretes que pudiera conseguir), pinzas y gomas para el pelo, nutella, chocolate, algunas fotos mías de pequeña y de mi familia (para enseñárselas a Westley), y algún detallito para las personas más importantes. A todo eso había que añadir unos cuantos bolis. Con todo eso mi mochila se llenaría (los libros y las coca-colas ocuparían una buena parte), pero si hubiera más sitio, quizás pudiera meter alguna otra delicatessen que no ocupara mucho, con caducidad alta, para que durara bastante tiempo. Quizás un paquetito pequeño de tallarines, sopas de sobre... Tendría que medir muy bien el espacio y estar muy segura de lo que me llevaba, porque quién sabe si después de esa volvería.

--Saludos, Señora. Un placer volver a verla.

Volví a la realidad y miré a la persona que me había dirigido aquellas palabras... y no pude creer lo que vi. Me quedé estupefacta y sin palabras: delante de mí tenía a uno de los duques babosos que habían bailado conmigo la noche de la gala benéfica.

--Veo que le ha sorprendido mi presencia --continuó.

No sabía qué decir. ¿Qué pintaba ese en la sala del consejo?

--Sin duda se estará preguntando el motivo por el que estoy aquí, de modo que le informo que, a partir de hoy, soy uno de los nuevos consejeros. Confío en que pueda servirle de ayuda en su aprendizaje.

Cogió mi mano derecha, la que estaba más cerca de él, y se la arrimó a los labios para besarla, pero reaccioné a tiempo y la retiré de su manaza sudorosa, colocándola en mi regazo, junto a la izquierda. El tipo me dirigió una mirada golosa y se sentó... en la silla que había a mi lado. Me puse derecha, procurando que ni un milímetro de mi cuerpo saliera de la silla. Que no se le ocurriera tocarme, porque la íbamos a tener.

En los siguientes minutos fueron entrando el resto de consejeros nuevos, y a medida que entraban, mis peores temores se hacían realidad. Estaban todos ellos. Todos aquellos duques asquerosos de los bailes. Uno tras otro, fueron entrando, saludaban y se sentaban. Mis ojos estaban concentrados en los papeles en blanco y en la pluma, pero aun así, sentía las miradas de todos. De los veinte duques y de los otros veinte consejeros que ya conocía. Según pasaban los minutos, me estaba convenciendo cada vez más de que me habían tendido una encerrona: sabían que esto me haría sentir muy incómoda y lo habían hecho adrede. Si no, ¿por qué me miraban tan fijamente y medio sonreían? Esperaban alguna reacción por mi parte, probablemente todo lo negativa que pudiera ser, para que pudieran decir que era una desobediente, que no quería colaborar, que además estaba loca y que debía volverme a mi mundo. Maldita sea. Y seguro que el rey tenía mucho que ver en todo esto... no en vano, los babosos eran todos amiguitos suyos, como bien me dijeron en el baile cada uno de ellos. Hijo de puta. Después de destrozarme la espalda, buscaba la prueba definitiva para echarme. Sentí deseos de que estuviera en la sala para estrangularlo.

--Señores, Señora --Uno de los monicacos se levantó para empezar la reunión--, el motivo principal, aunque no el único, de la reunión del consejo

en el día de hoy es presentar a los nuevos miembros del mismo. Hemos creído conveniente que nuestra princesa estuviera presente en esa primera toma de contacto.

Primera toma, y una leche. Estos se habían reunido ya varias veces de espaldas a mí para preparar la pantomima de hoy, el golpe definitivo para echarme. Pero yo no les iba a dar esa satisfacción.

--Vamos a proceder a comprobar que los datos están bien y a que se den a conocer. Les ruego que se levanten cuando les nombre. Veamos --Sacó una lista y empezó a leer--. Duque Sjeanfep, dieciocho sudeste. Duque Merpejor, quince sur. Duque Resempey, dos norte. Duque Emlioas, nueve noroeste.

El Consejero fue nombrando a cada duque y la circunvalación en donde residía y tenía sus tierras. Todas estaban relativamente cerca, a un día o poco más de viaje, como mucho. Según los nombraba, el duque se levantaba y hacía una reverencia hacia mí mientras saludaba. Veinte duques. Sumados a los veinte monicacos, daban un total de cuarenta consejeros. Mi cuento ahora se llamaba la princesa Melania y los cuarenta ladrones. Qué apropiado.

--Bien, parece que los datos son correctos y que estamos todos. Les doy la bienvenida, en nombre de todos los consejeros aquí presentes, como también de nuestra princesa. ¿No es así, Señora?

--Por supuesto --Sonreí falsamente--. Sean todos bienvenidos.

--El orden del día, ahora que han acabado las presentaciones, es la urgencia de una necesaria subida de impuestos.

No me extrañó nada que ese fuera el motivo elegido para ponerme en evidencia y echarme. Sabían que yo estaba en desacuerdo. Pero me iba a tocar tragarme mis palabras si no quería que todo saliera como ellos querían y me echaran. Qué rabia, qué impotencia. En cuanto subiera al trono una de las primeras medidas que tomaría sería bajar impuestos.

--Como todos ustedes sabrán, las arcas del reino están bajo mínimos y

urge que sean repuestas lo antes posible. Para ello, hemos optado por aumentar tasas e impuestos. Por supuesto, esa subida se extendería a todos y cada uno de los habitantes del reino, sin excepciones.

--Yo vengo con una idea al respecto que espero sea de su agrado -- interrumpió uno de los duques--. Había pensado en que no fuera el mismo impuesto para todas las personas. El impuesto más bajo sería para las personas en edad escolar, impuesto que, por supuesto, iría a cargo del padre o cabeza de familia. A los dieciséis ya se tiene la capacidad de elegir si se sigue estudiando o se trabaja, y mi propuesta es que a esa edad el impuesto aumente, ya que si el hijo trabaja, empieza a ser productivo, y si sigue estudiando es porque su familia se lo puede permitir, por tanto, los impuestos aumentarían al llegar a esa edad.

--Una propuesta muy interesante.

--Sin duda, digna de ser estudiada en profundidad.

--¿Qué opina nuestra princesa?

Lo veía venir. Esperaban que saltara diciendo que era injusto... y lo era, pero no iba a darles esa satisfacción.

--Mi opinión es que, cualquier medida que haga que los ciudadanos estén más aliviados económicamente hablando, cuenta con mi aprobación.

Se quedaron callados unos segundos. No esperaban esa respuesta. Jo, jo, jo.

--Celebro oír algo así.

--Parece que la princesa por fin está adquiriendo algo de razón.

--Lástima que hayan tenido que pasar más de dos años para que ocurriera.

--Sin duda el látigo es un argumento que convence a cualquiera, ya sea hombre o mujer, princesa o plebeyo.

¡¡¡Pero qué asquerosos!!! Respiré hondo e hice un esfuerzo por no tirarme encima del monicaco y estamparle la cabeza contra el suelo.

--Oh, es cierto --recordó el duque sentado a mi lado, mirándome--. ¿Cómo está su espalda? ¿Se ha recuperado ya del todo?

--Mucho mejor, por suerte --contesté.

--No fue nada serio. El rey solamente tuvo la intención de asustarla un poco, no de hacerle daño de verdad. Los auténticos azotes son para los traidores y demás indeseables.

Pero si me había dejado la espalda en carne viva y llena de porquería. Apenas si podía moverme. El rey era un salvaje sin medida y lo que me hizo me podía haber matado. Pero no podía decirlo. Tenía que contenerme y no caer en su trampa, así que apreté los dientes y asentí.

--Claro.

--Bien, dejemos las nimiedades de lado y sigamos con el orden del día --apuntó otro consejero.

--No faltaba más. ¿Entonces, la propuesta que recientemente ha formulado nuestro compañero el duque Scanire cuenta con la aprobación de todo el consejo? Si no hay nada que objetar, pasemos a estudiarla con detenimiento.

--Mi idea al respecto --propuse-- es, ya que parece que la subida de impuestos en general es irremediable, hacer una pequeña bajada a los menores.

--Señora, mucho me temo que esa idea suya es inviable. Hay que subir las tasas en su totalidad, para todas y cada una de las personas, sin distinción.

--Mi propósito es bajar las tasas para incentivar la natalidad. Las arcas estarán más llenas cuanto más población haya. Pienso que, haciendo una pequeña rebaja en los menores hasta los dieciséis años, como bien ha apuntado el señor duque, incentivaremos la natalidad y con ello aumentaríamos los ingresos. Es una apuesta a futuro.

--¡Una apuesta a futuro! La princesa sin duda ha debido de darse un golpe en la cabeza.

--No, yo creo que no --interrumpió el duque a mi lado--. Pienso que la princesa tiene gran razón en sus palabras. Al bajar los impuestos a los menores sin duda nos ganaremos el favor del pueblo, y esa bajada se verá paliada por la subida a los mayores de dieciséis. Al mismo tiempo, se incentivará la natalidad, como bien ha dicho la princesa, dando lugar a los ingresos que tanta falta hacen a las arcas del reino.

No me esperaba aquello. ¿Qué estarían tramando ahora, con unos a mi favor y otros en mi contra?

--En efecto --confirmé--, eso es lo que quería decir. Gracias por explicarlo con tanta claridad, señor duque.

--Bien, después de todo, quizás la propuesta de la princesa no sea tan descabellada.

En ese momento noté algo en mi pierna. El vestido me había rozado de una manera rara, porque yo no me había movido y el vestido tampoco debería haberlo hecho. Me quedé un poco mosca, sin atreverme a mirar bajo la mesa, pero casi inmediatamente sentí que algo me rozaba la pierna. Y no era el vestido... era... era... ¡¡¡¡era un pie!!!! Miré de reojo y el tipo de mi lado, el que había defendido mi propuesta, sonreía lujuriosamente y me desnudaba con la mirada. Súbitamente su pie llegó a mi muslo, pegué un pequeño grito y me eché para atrás, con silla y todo.



La charla se interrumpió y las cuarenta miradas se posaron en mí. Empecé a frotarme con el vestido las zonas que ese cerdo había tocado con su pie sudoroso.

--Discúlpenme. No es nada, solo que... creo... que se me posó un gusano en la pierna.

--¿Un... gusano, dice? --inquirió uno de los consejeros.

--Sí, un gusano. El tacto era blando, húmedo, pegajoso y repugnante, el mismo de un gusano, por lo que solo podía ser uno. Quizás un gusano de la madera al que le gustara la mesa. Les pido mi más sinceras disculpas si los he sobresaltado. No era mi intención.

Los consejeros se miraron entre ellos.

--Está bien, continuemos.

--¿Les importaría si me quedo a esta distancia de la mesa? No estoy segura de si el gusano sigue ahí y me quedo más tranquila si estoy un poco alejada de la mesa.

--Las mujeres y su aversión a los insectos. Está en su naturaleza.

--Solicitaremos un cambio de mesa, a cargo de las maltrechas arcas del estado, pero todo sea por la tranquilidad de la princesa.

--Sí, no olvidemos que su estado de salud mental es, cuanto menos... delicado.

En el fondo, fueran veinte o cuarenta, eran más de lo mismo. Haciéndome sentir culpable primero, e insultándome después. Las cosas no cambiaban.

--Les agradezco sinceramente su consideración.

--Bien, procedamos a redactar la proposición para el decreto de cambio de tasas.

Empezaron a redactarlo mientras yo permanecía en mi silla, con la mirada fija en la mesa, sin mirar a ninguno en particular. Estaba cabreada conmigo misma por no haberlo visto venir. Por eso el duque me apoyó en lo de la ley...

Para meterme mano (o pie) después. Qué asco. Y pensar que, desde entonces, cada vez que tuviera reunión con el consejo, tendría que soportar a este y a los otros diecinueve poniéndose calientes y desnudándose con la mirada. Y lo que era peor... los consejeros tenían su residencia fija en Palacio. Perfectamente podía cruzarme con alguno de ellos y, si no se cortaban en demostrarme sus intenciones en público, menos se iban a cortar en privado. Me recorrió un escalofrío. No quería volver a pasar por la experiencia de que intentaran violarme. Se me pasó por la cabeza contárselo a Ángela y pedirle que me dejara un dinero, lo suficiente para completar la cantidad que Westley había calculado, y dejar Palacio. Pero no. Me lo negaría. Una cosa era que Ángela consintiera mi romance con Westley, y otra que permitiera que nos fugáramos juntos. No lo haría jamás. Tampoco podía decírselo a Westley... lo mismo le daba por liarse la manta a la cabeza e irnos inmediatamente, y no podía pedirle que nos pusiéramos a trabajar en una granja de sol a sol. No iba a obligarlo a renunciar a su carrera y a su sueño de ser médico en su pueblo solamente porque yo tenía miedo de un puñado de viejos verdes. Con el dinero de Leo, en menos de un año estaríamos listos para irnos y establecernos de manera segura. Solo tenía que aguantar unos meses y se acabaría todo.

--Una vez redactado el documento, ruego, por favor, sus firmas al pie del texto.

Aquello me sacó de mis pensamientos. El papel empezó a pasar de mano en mano y, uno tras otro, fueron firmándolo los cuarenta consejeros. De mí pasaron, como si no estuviera.

--Y con esto, Señores, Señora, se levanta la sesión.

Se levantaron de sus sillas y fueron dirigiéndose educadamente hacia la puerta. Me levanté yo también, e hice lo mismo. Iba despacio ya que no me importaba salir la última, todo fuera por no apelonarme con esa gentuza y que me tocaran el culo o vete a saber. Al cruzar la puerta de salida, me

sorprendió que estuvieran todavía por allí, y no me gustó nada porque yo quería perderlos de vista lo antes posible. Al otro extremo me fijé en que había dos asistentes, que me vieron y se acercaron a mí. Menos mal, Ángela se había acordado de mi petición y me había puesto también una pequeña escolta que me acompañara a mis habitaciones.

--¿Por abajo también tienes el pelo rojo?

Me volví sobresaltada para verle la cara al cerdo baboso que me había dicho aquello, pero todos los duques estaban de espaldas a mí, hablando unos con otros con mucha naturalidad. Busqué con la mirada rápidamente, pero no encontré nada que delatara al asqueroso que se escondía como el cobarde que era.

--Señora, si nos lo permite, la acompañaremos a sus dependencias.

Me giré y miré a los asistentes.

--Sí, por favor.

Llegamos a mis habitaciones e inmediatamente me sentí más segura. Me tumbé en el canapé en una postura que habría hecho que Ángela se llevara las manos a la cabeza y lo pensé una vez más. Lo tenía prácticamente decidido, pero después de lo sucedido aquel día, ya no tenía dudas.

Y ya sabía a qué se refería el Libro con lo de que iba a traicionar a la Casa Real en mi propio beneficio. Tras este último giro de los acontecimientos, estaba dispuesta a aceptar el trato con Sikes.

## Capítulo 67

Palacio Real, sede de la Corona

Año de gracia 27 de Basileo

Mes quinto

--Aquí tienes la llave. Y sigo sin poder creerme lo que me estás contando.

--¿Crees que me inventaría una cosa como esa?

--Supongo que no. Pero hija, es que es... tan inverosímil...

--Gracias --Tomé la llave y la dejé sobre el tocador--. Tú tienes la tuya, ¿no?

--Tengo llave de casi todas las puertas de Palacio.

--Voy a cerrar con llave cada vez que me quede en mis habitaciones. Cuando vengas a despertarme, tendrás que abrir desde fuera.

--¿Crees que es necesario esto?

--Sí, Ángela, sí.

--Una cosa es que te miren y otra que se atrevan a irrumpir en tus habitaciones.

--Ojalá solo se limitaran a mirarme. Pero no les basta: se me insinúan y me tocan cuando me descuido. Y me dicen cada guarrada... Yo no me fio, Ángela. Me quedo más tranquila asegurándome de que no entran sin permiso.

Ángela suspiró.

--¿Qué debería hacer, Ángela?

--Pues, sinceramente, mi niña, esta vez no sé qué aconsejarte.

--Si les pillaras haciéndome algo, ¿qué pasaría?

--Si algo así sucediera debes exigirme que me quede, porque ellos me ordenarían que me fuera, y estoy en la obligación de obedecer. No lo consientas y ordéname que te ayude en ese momento. Recuerda que eres la

máxima autoridad después del rey. Ellos están por debajo de ti. Entre una orden tuya y una suya, debo obedecer la tuya. Y si yo no estuviera y fueras... atacada, mi niña, defiéndete.

--Eso por supuesto. Aunque cuando me secuestraron no pude hacer mucho.

--Esperemos que no suceda nunca.

--No es justo. Me están provocando para que salte y les de la oportunidad de acusarme de loca, de desobediente o yo qué sé, y echarme. ¿Por qué tengo que soportar esto?

--Mucho me temo que no te queda otro remedio.

Me dejé caer en el canapé sin ningún decoro.

--He visto dragones sentarse con más cuidado.

--Tú nunca has visto un dragón.

--Estoy segura de que se sientan con más educación que tú.

--Ángela, estoy cansada. Quiero irme de aquí.

Se quedó callada unos segundos antes de hablar.

--¿Quieres decir... volver a tu mundo?

--No. Eso ni hablar. Quiero irme de aquí. De este palacio lleno de intrigas, de falsedades, de maldad...

--¿Y a dónde vas a ir?

--Donde sea. Pero lejos, donde no me puedan encontrar.

--El rey controla todos los pueblos en más de quinientas circunvalaciones partiendo de aquí.

--Pues más lejos.

--Más lejos de eso no estoy ni segura de que sea posible la vida para un ser humano. Océanos, selvas pantanosas, montañas inhóspitas... ¿es eso lo que quieres?

--¿No hay vida más allá de la circunvalación quinientos y pico?

--Te meterías en territorio regido por otras especies. Puedes caerles en

gracia... o no. Existen tratados...

--Sí, lo sé, existen tratados, acuerdos y convenios entre especies. Pueden devolverme a las tierras de los humanos o pueden concederme el privilegio de quedarme en sus territorios. Lo sé. Lo he machacado mucho en las clases.

--Mi niña, pese al rey y a los nuevos consejeros, yo pienso que éste es el lugar más seguro para ti. Fuera no es lugar para una jovencita tan inocente como tú. Está lleno de peligros, de gente como la que te secuestró...

--No lo hace mucho peor que esto.

--No hablarás en serio. Puede que no tengan muy buenas intenciones, pero aquí tienes un techo sobre tu cabeza, toda la ropa que puedas necesitar, cuatro comidas al día, atenciones a cualquier hora... Hija mía, no te falta de nada.

--Me falta la libertad. Me siento una maldita prisionera.

--Pero si tienes tu pasadizo para salir cuando quieras y verte con tu novio.

--Me siento una prisionera del rey. Puede hacer lo que quiera conmigo y lo sabe.

--Te comprendo perfectamente, pero no siempre será así. Estudia, esmérate, prepárate, y cuanto antes estés lista, antes podrás quitarle el trono.

--Algo me dice que no va a ser tan sencillo, Ángela. No se va a bajar del trono así como así.

--Paciencia, hija. Paciencia. Todo llegará.

Se levantó y se fue. Me quedé un rato en el canapé pensando y dándole vueltas a todo. No tenía caso, Ángela no nos iba a ayudar. No era ella la que tenía que verse acosada sexualmente a diario por una panda de viejos verdes asquerosos, y bajo su opinión eso era mejor que vivir ahí fuera. Qué fácil era decirlo.

Decidí despejarme un rato visitando a las de las cocinas. Ya había hablado con la chica para que me concertara una nueva cita con Sikes, y aunque no creía que tan pronto me diera resultados, necesitaba entretenerme y olvidarme

de los cuarenta ladrones. Y nadie como Narian y sus ocurrencias para ayudarme. Con un poco de suerte, lo encontraría merendando.

Salí de mis habitaciones y cerré con la llave que Ángela me acababa de dar. No estaba segura de si serían capaces de hacerlo, pero lo último que necesitaba era que me estuvieran esperando escondidos en mi alcoba. En cuanto lo pensé me di cuenta de que quizás me estuviera volviendo paranoica. ¿Era normal que pensara lo peor de esos tipos? ¿Lo de más vale prevenir que lamentar podría aplicarse en mi situación?

Me dirigí a las escaleras. Cuando empecé a bajarlas me di cuenta de que tenía la llave en la mano. Tenía que guardarla en alguna parte, pero ninguno de mis vestidos tenía bolsillos, así que... al escote. No era nada pronunciado, pero sí bastante ajustado y me serviría para guardar la llave en lo que le buscaba un cordel. Paré antes de llegar a las escaleras y me tomé un minuto para esconder la llave en la parte delantera de mi vestido.

--Una llave con suerte, ya lo creo.

Me volví sobresaltada. Ahí estaba. Uno de los duques asquerosos me miraba desde el tramo siguiente de escaleras. No quise contestarle; me di la vuelta y comencé a bajar las escaleras.

--Princesa, le ruego que no se vaya, por favor. No sin antes concederme la misma merced que le ha concedido a esa llave. ¿O tengo yo menos derecho que un trozo de acero?

Mierda. Me levanté un poco el vestido para no tropezar y empecé a bajar las escaleras a toda velocidad. Llegué al rellano, eché una rápida mirada y no vi a ninguna doncella, ningún asistente, nadie. ¿Dónde estaban cuando los necesitaba? Me dirigí corriendo al siguiente tramo de escaleras y seguí bajando mientras oía las rápidas pisadas del duque siguiéndome.

--¡Espere, princesa! Me sentiría muy honrado si usted y yo pudiéramos pasar unos minutos a solas. Llevo varios días deseándolo con fervor.

Seguí bajando, bajando, bajando. Más valía que no me alcanzara porque esos minutos a solas no iban a ser muy agradables para mí. El duque me seguía persiguiendo y yo seguía sin encontrarme con nadie. De repente me di cuenta de que había empezado a bajar por un tramo de escaleras que no tenía que haber tomado: el rellano que acababa de dejar era el que tenía el corredor que llevaba a la gran puerta que separaba la parte vieja de la parte nueva de Palacio. Y ya no podía volver atrás. Ay. ¿A dónde llevarían esas escaleras? Jamás había estado por ahí... Pero ya no tenía otro camino posible.

Seguí bajando. Las escaleras terminaron y ya no había más. Me encontraba en un corredor ancho y diáfano, no muy iluminado, que se estrechaba y extendía por un lado hacia vete tú a saber dónde. Si me metía por ahí iba a quedar a la vista de mi perseguidor, con lo cual, opté por esconderme en alguna parte, y en cuanto tuviera la oportunidad, deshacer mis pasos, escalera arriba. Había algunas armaduras, tapices, mesas de varios tamaños... pero finalmente me decanté por un armario. Abrí la puerta, me metí dentro y cerré con cuidado.

"Por favor, que no me encuentre, que no se le ocurra mirar en el armario", pensé.

--Princeeesaaa... ¿Dónde está?

Me recordó a aquel cuento de miedo que me contaban, cuando era pequeña, mis hermanos y mis primos, para asustarme, el cuento en el que el perseguidor cada vez estaba más cerca del niño... Yo era muy asustadiza en aquel entonces y vivía la historia. Me daba un miedo atroz, tanto como me estaba dando aquel tipo y aquella situación. En silencio, con disimulo y suavidad, intenté camuflarme en el armario. Tenía ropa colgada e intenté meterme detrás de ella, pero las tablas sobre las que pisaba no eran muy nuevas y crujieron cuando me moví. El corazón se me disparó. El duque habría oído el ruido, seguro. Muerta de miedo, di un pasito atrás y mi espalda chocó



con el fondo del armario, volviendo a hacer un ruido más fuerte que el anterior y provocándome temblores. Pero de repente, dejé de tener una tabla de madera contra mi espalda. Me giré y, a pesar de la oscuridad, noté que las tablas habían cedido cuando me había apoyado, se habían abierto hacia atrás, revelando la entrada a algo. Sin pensarlo dos veces, me metí por ahí y, desde el otro lado, volví a colocar las tablas como estaban. Nada más hacerlo, oí cómo se abría el armario. Me quedé sujetando las tablas, incapaz de moverme, angustiadísima, creyendo que él podía oír mi corazón, que se me estaba saliendo por la boca, o tal vez mi respiración, agitada y que intentaba controlar para que no me delataran los jadeos. No me atrevía a mover un músculo, temblaba sin poderlo controlar y los ojos se me estaban llenando de lágrimas.

--Dónde te has metido, zorrita --oí que mascullaba el duque justo antes de cerrar el armario.

Me quedé unos minutos en el sitio, quieta, sin moverme. Lo único que moví fueron los ojos, cerrándolos y dejando que las lágrimas me corrieran a gusto. No me atrevía a emitir ni un sonido ni a mover cualquier otro músculo del cuerpo.

Según fueron pasando los minutos, me fui sosegando, mi respiración y mi corazón volvieron a su ritmo normal y me atreví a mover un poco la cabeza para inspeccionar aquel lugar, pero solamente vi oscuridad por todas partes.

No me atrevía a volver al armario. No sabía si el duque se quedaría allí esperando que saliera de donde fuera que pensara que estaba, así que decidí explorar aquel agujero en el que me encontraba. Eso sí, en silencio.

Lo que hubiera dado por unas cerillas o un farolillo. Estaba en la más completa oscuridad de vete tú a saber dónde. Decidí buscar una pared y guiarme por ella, así que estiré los brazos, di un par de pasos y finalmente las puntas de mis dedos dieron con algo. Palpé y me pareció que era una pared, de

modo que opté por seguirla, muy despacio, sin hacer ruido.

Caminé muy lentamente, con ambas manos en la pared, y con la incertidumbre de no saber qué o quién podría encontrarme ahí, o dónde acabaría. No se oía nada y, aunque al principio estaba muy inquieta por lo que podría pasar, a medida que avanzaba y el tiempo transcurría y no pasaba nada, me fui tranquilizando. Seguí caminando con sigilo durante lo que me pareció muchísimo rato y por mi cabeza se me pasó que quizás me llamaran para la cena y no estuviera en mis habitaciones, ni en ninguna parte. ¿Qué pasaría? ¿Darían la voz de alarma? ¿El duque diría que me había visto por esa zona, se callaría o se inventaría alguna historieta? Lo único que tenía claro es que no iba a desandar mis pasos y volver al armario, a no ser, claro está, que me encontrara en un callejón sin salida.

Poco a poco se me fueron aclarando las ideas y en mi cabeza fue creciendo la idea de que estaba en otro pasadizo y que pronto estaría fuera. Sí, claro que sí. Otro pasadizo que se me había revelado justo a tiempo, cuando más lo necesitaba. Para impedir que ese baboso me pusiera sus zarpas encima... y también para revelárselo a Sikes. Porque como este fuera un pasadizo real y auténtico, con salida fuera... era lo que llevaba varias semanas buscando. Sikes me había pedido al menos dos, pero de momento, uno sería prueba más que suficiente para demostrar que estaba en su equipo, y de paso eso me garantizaría que no atacarían por el momento, ya que para ello necesitaban como mínimo dos. Uno me permitiría ganarme su confianza definitiva y ponerle mis dos condiciones: que me avisaran con antelación del día del ataque y que no tocaran a una sola persona del servicio. Esperaba que Sikes aceptara; después de todo, mis condiciones no eran nada del otro jueves; yo las veía bastante razonables.

Empezaba a ponerme nerviosa porque el pasadizo seguía y seguía y no parecía tener fin. Se me estaba haciendo eterno; desde luego aquel pasadizo

era mucho más largo que el mío. Tras caminar durante lo que me parecieron cuatro o cinco kilómetros, me pareció ver algo de luz filtrándose al fondo. Apreté el paso y me dirigí hacia ese lugar.

Efectivamente, ese era el final. El pasadizo se estrechaba y se hacía cada vez más bajo e incómodo, y de hecho, los últimos metros tuve que hacerlos a gatas. Pero el hueco que daba fuera estaba tapado por una masa tupida de ramas y hojas pertenecientes a unas plantas que crecían por allí. Afortunadamente no tenían espinas ni parecían venenosas, aunque tuve que protegerme la cara con un brazo mientras con el otro apartaba las ramas para salir. Eran muy flexibles y, en cuanto las soltaba, volvían a su sitio, dejando la entrada totalmente oculta. Nadie sospecharía que por ahí se podía entrar a Palacio.

Dejé que mis ojos se acostumbraran a la luz del día durante unos minutos, antes de mirar a mi alrededor para situarme. Vi el palacio a lo lejos, y no tenía ni idea de cómo iba a hacer para volver. Solo tenía dos opciones: o encontraba mi pasadizo o entraba por la puerta principal. La primera opción era difícil, porque no tenía ni idea de dónde me encontraba, y la segunda sin duda era la más sencilla, pero también la que me supondría tener que dar explicaciones a todo el mundo. Y no tenía demasiado tiempo para pensar, porque pronto anochecería y Ángela se preguntaría por qué no estaba en ninguna parte. Meterme en el pueblo era también una opción no válida, porque si lo hacía iba a llamar demasiado la atención y a causar un revuelo que llegaría a oídos de todo el mundo, incluyendo el rey. Y ni de broma volvía por el pasadizo que acababa de descubrir, lo único que me faltaba ya era caer directamente en las garras del duque baboso ese. Entonces, ¿qué? ¿Qué podía hacer?

Llegué a la conclusión de que lo más sensato era buscar mi pasadizo. Había ciertos puntos desde los cuales podría orientarme y encontrarlo, como

la plaza de la fuente o la clínica. Pero meterme en el pueblo con mi llamativa melena roja y mi vestido color turquesa iba a cantar como si tuviera luces de neón incorporadas; me parecía una locura.

Eché una buena mirada a la salida del pasadizo, para recordar bien en dónde estaba. Me fijé en las piedras, en los árboles, en la perspectiva que tenía de Palacio desde ese punto, en todo. Me di cuenta de que un poco más allá de donde yo estaba había un árbol con hojas doradas, mientras que el resto de árboles no tenían hojas o estas eran verdes. Sabía que los árboles de hoja dorada no perdían las hojas y su color era diferente al de las hojas marchitas de otros árboles, con lo cual no habría riesgo de confusión, de modo que tomé ese árbol como referencia.

Empecé a caminar por el bosque donde me encontraba. El terreno era muy irregular, estaba lleno de pizarra y mis zapatos no eran ni siquiera una opción viable para moverse por ahí. En varias ocasiones pisé mal, resbalé y caí, clavándome las piedras, desgarrándome el vestido y haciéndome sendas heridas en las rodillas, los codos y las palmas de las manos, como cuando era niña y me caía en el parque. Aun así, seguí caminando con la esperanza de encontrar la parte del bosquecillo que tan bien conocía, pero fue en vano. Empezaba a anochecer y yo me había perdido.

Seguí caminando, viendo desesperada cómo caía la noche y yo estaba en mitad de ninguna parte. Veía el palacio a lo lejos y llegó el momento en que ya me dio igual si se organizaba la gorda cuando me vieran las gentes del pueblo; no podía seguir vagando por ahí cuando fuera noche cerrada. Además, mi experiencia saliendo de noche me había demostrado que, cuanto más tarde era, menos gente había en las calles del pueblo.

La noche era oscura, como bien indicaban sus dos soles morados. Seguía acercándome a Palacio, pero aún estaba lejos; a unos cuatro o cinco kilómetros, como bien calculé. Claro que no era lo mismo ir bajo tierra, por un

pasadizo llano, que ir como las cabras. Los pies me dolían, así como las heridas que tenía en varias partes del cuerpo. Estaba ya completamente segura de que habrían notado mi ausencia y no tenía la más remota idea de la excusa que iba a poner cuando me apareciera en mis habitaciones. A Ángela podría contarle la verdad, por supuesto diciéndole que no tenía idea de dónde me había dejado el pasadizo exactamente y dándole indicaciones opuestas. Pero, salvo ella, nadie iba a creerse que estaba huyendo porque uno de los consejeros, para más inri un duque, me estaba acosando sexualmente.

De repente, al dar un paso, mi pié se fue hacia abajo ante un cambio brusco de nivel del terreno. Cuando tocó el suelo, resbalé y me caí toda yo, con tan mala suerte que empecé a rodar de mala manera ante una cuesta abajo muy empinada. Me clave todas las piedras que encontré, mi cuerpo cogió velocidad y finalmente me estampé contra algo muy duro. Lo último que sentí fue un fuerte golpe en la cabeza, después todo se volvió más oscuro de lo que ya era.

## Capítulo 68

Abrí los ojos y la luz del día me cegó. Los volví a cerrar. Me dolía la cabeza como nunca, pero no solo la cabeza, sino también varios puntos del cuerpo. Lentamente me fui acordando de mi aparatosa caída y de que me había clavado todo lo clavable, además de mis heridas en rodillas, codos y manos.

Qué horror. Era ya de día. Había pasado la noche fuera. Ya qué más daba cómo volviera, el mal estaba hecho y nada me salvaría de charlas, broncas, explicaciones, castigos y vete tú a saber qué otras medidas iban a tomar. Porque incluso dudaba que Ángela me creyera.

Abrí de nuevo los ojos y me preparé mentalmente para incorporarme. Oí un suave ruidito junto a mí, alcé un poco la vista y vi un pajarito que daba saltitos a mi lado.

--¿Vienes a darme los buenos días? --Sonreí.

Me apoyé sobre los nudillos, también maltrechos aunque no tanto como las palmas de las manos, e hice algo de fuerza para incorporarme. Me senté y entonces noté que tenía todo el cuerpo dolorido.

--Aaaaauuu --me quejé.

Noté que algo se movía suavemente encima de mí, lo miré y me vi cubierta de hojas, tanto verdes como marchitas.

--¿Y esta manta improvisada de dónde ha salido? --pensé en voz alta.

La respuesta me vino en forma de pío, pío por el pajarito que daba saltitos a mi lado. Lo miré y me di cuenta de que no era un pajarito, sino cuatro. Me miraban y daban saltitos a mi lado, sin miedo. Uno de ellos cogió una hoja del suelo con el pico y me la volvió a poner encima.

--¿Habéis sido vosotros? --Las cejas se me alzaron de puro asombro, mientras sonreía ampliamente--. ¿En serio?

Acerqué mi mano al que más cerca estaba de mí para acariciarle la tripita,

pero no se dejó, sino que dio un par de saltitos hacia atrás. Había visto en alguna peli Disney que las princesas hacían eso, y en ese momento yo me sentía como una auténtica princesa de cuento. El pajarito pió orgulloso.

--Muchas gracias, habéis sido muy amables. ¿Por qué no me visitáis en mi balconcito alguna vez? Normalmente me siento muy sola.

Siguieron piando y saltando delante de mí. Me sentí ridícula hablando con unos pájaros que a saber si me entendían. Aunque por lo visto ellos me habían cubierto de hojas que me habían camuflado bien de noche y lo que llevaba de mañana, con lo cual algo sí que debían entender.

Me miré las palmas de las manos. Se había formado ya la costra, pero estaban llenas de tierra y necesitaba lavarlas cuanto antes. Me levanté la falda para verme las rodillas, y eran exactamente lo mismo que las manos. Y los codos, igual. Decidí probar suerte con los pájaros.

--Si me entendéis... ¿Sabríais llevarme hasta el río?

Dos de ellos levantaron el vuelo y aterrizaron unos metros más allá de mí. Con dificultad y con varios "ay" y "au", me levanté y fui hacia donde estaban. Según llegaba, volaban otro pequeño trecho y yo los iba siguiendo. Me dolía todo el cuerpo al caminar, y lo hacía despacio y con dificultad, pero al mismo tiempo, no salía de mi asombro por que me estuvieran guiando y entendiendo unos pajaritos. Quién me iba a decir a mí que me iba a convertir en chica Disney con veinte años.

Tras caminar durante un buen rato, oí el sonido de las aguas del río, y efectivamente, los pájaros me habían llevado a él. Los miré, sonriente, y puse mi mano cerca de uno de ellos, pero ninguno quiso posarse.

--Gracias, amigos. Sois estupendos.

El pájaro pió y levantó el vuelo. Me quité los zapatos, me subí un poco la falda y me metí en el agua. Estaba helada y me arrancó varios grititos, pero a mis heridas le sentó de maravilla. Con una mano me sujeté la falda para que no

se mojara y con la otra me froté suavemente las heridas de las rodillas. Noté cómo se desprendía la tierra incrustada en la reciente costra y suspiré de alivio. Hice un gurrño con las faldas, las arrebuje entre las piernas y me froté las palmas una con otra, y más tarde los codos. Por último, me lavé la cara. Salí del río, me senté contra una gran roca y esperé a que el sol de la mañana me secara.

Era el momento de decidir qué iba a hacer. Bueno, eso estaba claro: tenía que volver a Palacio. Pero la cuestión era cómo y por dónde. Prefería, si es que era posible, evitar tener que cruzar las calles del pueblo, de nuevo atestadas de gente a esas horas. Era muy posible que se hubiera dado la voz de alarma también por allí, en cuyo caso todo el mundo me iba a mirar y a señalar con el dedo. Ahí va la princesa, sucia y harapienta. Anoche desapareció y a saber dónde ha dormido, mira qué cara trae.

Las tripas me sonaron. Estaba hambrienta. Normal: no había cenado ni desayunado; lo último que eché al estómago fue la merienda y eso había sido la tarde anterior. Miré hacia Palacio. Me había acercado a él, aunque todavía estaba lejos. Volví la cabeza hacia el otro lado y traté de buscar el árbol de hojas doradas, pero no lo distinguí. Lamentaba no haber sido más lista y no haber dejado un trozo de la tela de mi vestido o algo que sirviera de señal; lo del árbol de hojas doradas empezaba a parecerme insuficiente. Esperaba que cuando le hablara a Sikes de él, no hubiera mucho problema en encontrarlo. Quizás fuera conveniente tratar de encontrarlo por mi cuenta antes de nada. Se lo diría a Westley y que me acompañara a buscarlo.

En esto estaba pensando cuando un gotón frío en mi nariz me sacó de mis elucubraciones. Miré al cielo y me sorprendí al ver que se había nublado de repente y que estaba chispeando. Busqué a los pajaritos, pero se habían ido. De modo que me levanté dificultosamente y me puse a caminar. No podía ni quería quedarme bajo la lluvia; me encontraba algo destemplada después del



baño en el río y una lluvia sería lo último que me faltaría para cogerme un buen resfriado.

Seguí el curso del río hasta que encontré un puente, y para entonces la lluvia se había convertido en tormenta y granizo. Apreté el paso porque necesitaba calentarme cuanto antes; mi ropa y mi pelo estaban chorreando y me notaba ya algo mocosa. Tras cruzar el puente, llegué a las primeras casas: ya estaba en el pueblo.

Con el tiempo que hacía todo el mundo había vuelto a sus casas, pero aun así, había gente a la que supuse que no le había quedado más remedio que salir, pero estaban tan concentrados en guarecerse de la lluvia que ni repararon en mi presencia.

Llegué a la plaza de la fuente tiritando y calada hasta los huesos. Sabía que de ahí hasta la explanada había muy poca distancia, y de hecho conocía el camino porque se veía desde las ventanas de mis habitaciones. No estaba errada y en poco tiempo llegué. Estaba desierta; todos habían desmontado sus tenderetes; y cómo no, con la que estaba cayendo. El granizo me golpeaba el cuerpo con fuerza y me hacía algo de daño, con lo cual perfectamente podía cargarse el género que tuvieran los campesinos a la venta. Al final de la explanada, a través de la cortina de agua, ya se veía la entrada principal de Palacio, custodiada por varios centinelas. Me acerqué a ellos, temblando de frío y acurrucada.

--Buenas tardes. ¿En qué podemos ayudarla?

--So-soy la p-princesa Melania.

Se les abrieron los ojos como platos y me miraron con atención. Con dificultad, porque estaba helada, les enseñé mi mano izquierda para que vieran el tatuaje de las estrellas que tenía a modo de anillo en el dedo. Achicaron los ojos y debieron de ver algo, porque me pusieron a cubierto mientras uno de ellos le decía a otro que avisara. Me llevaron hasta unas dependencias que

supuse serían el refugio de los guardias y centinelas, porque había varios, sin la chaqueta del uniforme, descansando. Al verme, se pusieron todos de pie y uno de ellos se metió en un cuarto del que volvió rápidamente con una toalla, con la que me cubrió.

--Es la princesa --informó el que me había llevado allí--. Debo volver a mi puesto, Señora. En breve vendrán a por usted.

Asentí y el guardián se fue.

--¿Se encuentra bien, Señora? --preguntó otro de los que había allí.

--Fri-frío...

--Si me lo permite, ¿qué le ha sucedido? Llevan buscándola desde la tarde de ayer.

--No-no sé --respondí entre tiritonas.

--¿Alguien la llevó en contra de su voluntad?

--No-no sé --repetí.

--¿No recuerda nada?

Negué con la cabeza.

El centinela no preguntó más. En unos minutos volvió el que me había dado la toalla, con un cuenco.

--Tenga. Esto es lo que solemos tomar nosotros cuando nos toca guardia en noches frías o días como el de hoy. Calienta por dentro, se lo aseguro. Tómese antes de que se enfríe.

--Gra-gracias.

Solté la toalla para coger el cuenco, con las manos temblorosas. La cerámica estaba muy tibia y me alivió un poco las manos. Lo cogí, intentando no temblar, y me lo llevé a la boca. Estaba muy, muy caliente.

--Debe beberse así para que le caliente el cuerpo. No se quemará, está a la temperatura a la que lo tomamos nosotros.

Confíe en las palabras del guardia y di un sorbo. No me quemó, así que

seguí bebiendo poco a poco. Sabía mucho a hierbas concentradas y me pareció que también a carne, pero no estaba malo. Al terminármelo, noté que me sentía un poco mejor.

--Gracias --repetí, devolviéndole al guardia el cuenco, ya vacío.

--Oh, perdone nuestra descortesía --se dio cuenta uno, señalándome un viejo sofá e invitándome a utilizarlo--. Siéntese, por favor.

Acepté el ofrecimiento. Era muy incómodo y estaba muy viejo y desgastado; necesitarían uno en condiciones, pero no era el momento de pensar en esas cosas. Fijé mi vista en la ventana que tenía al lado; las bolas de granizo chocaban contra los cristales con fuerza, provocando un ruido difícil de ignorar.

--Está cayendo una buena tormenta, sí --afirmó uno de los guardias.

Moví la cabeza afirmativamente.

En ese momento Ángela irrumpió en la puerta.

--¡Melania! ¡Dioses, qué mal aspecto tienes! ¿Qué te ha ocurrido?

--No sé --repetí.

--¿Que no sabes? ¿Te encuentras bien? Tienes la cara llena de arañazos...

--Tengo mucho frío.

--Vamos a quitarte esa ropa y a calentarte.

Me quité la toalla y se la di a uno de los guardias.

--Gracias por todo.

--Que se mejore.

Pasamos dentro de Palacio, por la parte vieja, como la que daba a las cocinas, aunque sin desviarnos hacia ellas. Cruzamos la gran puerta y nos adentramos en la parte lujosa hasta llegar a mis habitaciones, donde un par de doncellas estaban echando leños en la chimenea y dejando toallas de varios tamaños junto a mi cama.

--Gracias, podéis retiraros --ordenó Ángela.

En cuanto se cerró la puerta tras de ellas, Ángela me cogió de los hombros y me miró a los ojos, examinándome bien.

--¿Qué te ha pasado? ¡Nos has tenido en vilo toda la noche! ¡Hemos puesto Palacio patas arriba, creíamos que te habían vuelto a secuestrar! ¡Si hasta... hasta te busqué al otro lado de tu pasadizo, e incluso fui a la clínica a ver si Westley sabía algo de ti!

--¿Westley?

--Sí. Otro al que le has dado un susto de muerte. ¡Melania, nunca, jamás vuelvas a hacernos esto! ¡Ya eres mayorcita para tener estos arrebatos!

--¡Yo no tengo la culpa! ¿Qué te crees, que lo hice para hacer una gracia? ¿Eso es lo que crees?

Empezó a quitarme el vestido y la camisola, ambos empapados. Al terminar, me cubrió con una toalla gruesa, suave, cálida y esponjosa, que poco tenía que ver con la que me habían dado los centinelas en su refugio. Me dio una tiritona y me acurruqué en la toalla mientras Ángela sacaba de los cajones unas braguitas y un camisón de manga larga.

--Quítate las braguitas mojadas, sécate bien y ponte estas limpias.

Obedecí, y en cuanto lo hice Ángela me colocó el camisón y me envolvió con una manta. Me sentó delante de la chimenea, puso una toalla entre la manta y mi pelo y empezó a desenredarme las greñas.

--Pues si no querías hacer una gracia, ¿qué diantres ha pasado para que desaparecieras así?

--El duque. Uno de esos cerdos nuevos del consejo. Ayer se encontró conmigo en las escaleras y se puso a perseguirme diciendo que le dejara tocarme las tetas.

--Cuéntame otro chiste, anda.

--Te lo digo en serio. Me metí la llave en el escote, el me vio y dijo que quería que le permitiera lo mismo que a la llave. No te miento. Yo iba a las

cocinas a hacerles una visita a las chicas, pero se puso a perseguirme y corrí escaleras abajo. Me escondí en una de las plantas inferiores porque tenía mucho miedo. Te juro, Ángela, que me estaba persiguiendo diciendo que quería pasar un rato a solas conmigo y que me llamó zorrita.

Ángela se puso delante de mí, me levantó la cabeza y me miró a los ojos.

--Júrame por la vida de tu novio que no te estás inventando nada.

--Te juro por Westley, el amor de mi vida, que te estoy diciendo la verdad.

Se quedó mirándome muy seria y preocupada.

--Dioses...

Volvió detrás de mí y siguió con mi pelo.

--¿Qué más sucedió?

--Me escondí donde pude y me siguió buscando. De verdad te digo que lo pasé fatal, tenía mucho miedo. Y no me preguntes como fue, pero la pared se abrió por detrás y gracias a eso no me descubrió. Encontré otro pasadizo justo a tiempo antes de que mirara donde estaba escondida.

--¿Dices que se te reveló otro pasadizo?

--Sí, supongo que sí.

--¿Dónde?

--En una de las plantas de abajo. Una donde había armaduras, mesas y armarios.

--¿Tan lejos llegaste?

--Me puse a correr escaleras abajo. Quería llegar a las cocinas pero me despisté. Ni siquiera conocía esa zona.

--¿Dónde está ese pasadizo?

--No me acuerdo.

--Melania, esto es muy serio. Los pasadizos deben ser cegados. Son un punto vulnerable para el palacio. Haz memoria.

--No lo sé. Estaba muy asustada. No me acuerdo, Ángela.

--Bueno, ya hablaremos de eso cuando estés más tranquila. ¿Qué pasó después?

--Que no me atrevía a volver a donde estaba el duque porque probablemente estaría esperando que saliera, así que atravesé el pasadizo. Era muy largo. Salí por el otro lado y no sabía dónde estaba.

--¿Tampoco te acuerdas donde acababa el pasadizo?

--¿Tú crees que si me acordara, habría tardado tanto en volver? Me puse a andar para buscar el camino de vuelta y me perdí. Se me hizo de noche, me caí y me hice todo esto --Le enseñé mis rodillas, mis codos y mis manos.

--Ya te lo he visto antes. Hay que cuidarlo bien; luego te pondré algo.

Asentí.

--Y la noche la has pasado...

--Sí. En el maldito bosque.

--¿Sabes lo peligroso que es eso? ¡Te podía haber pasado cualquier cosa!

--¿Y crees que lo hice por capricho? ¿Crees que dije "Huy, qué divertido, voy a dormir hoy aquí, qué ilu"? ¡¡¡¡Aaaaaah!!! ¡¡Joder, no me tires del pelo!!

--Lo siento, lo tienes muy enredado. Y haz el favor de no decir esa clase de palabritas en mi presencia, ¿me oyes? Dioses, lo tienes lleno de trozos de hojas secas y restos de maleza.

--No me extraña. Rodé cuesta abajo y me di un golpe en la cabeza contra un árbol, o eso creo. Cuando me desperté ya era de día. Me lavé las heridas en el río y empezó a llover mientras volvía. El resto ya lo sabes.

Hubo un rato de silencio mientras seguía desenredándome el pelo y dándome tirones.

--¿Qué duque fue el que te persiguió?

--Yo qué sé.

--¿Lo reconocerías si lo volvieras a tener delante?

--No lo sé. Quizás. Lo vi un momento de lejos y en cuanto me dijo lo de la

llave y que le dejara tocarme, me puse a correr. No me fijé mucho en quién o cómo era. Pero son todos igual de cerdos.

--Estás helada. Voy a pedirte algo caliente; en cuanto te lo comas y te haya curado esas heridas te vas derecha a la cama.

--No me encuentro bien.

--Por eso mismo.

Ángela salió y volvió en unos minutos con unos botes de algo y unas vendas. Me echó un líquido marrón grisáceo en las heridas, esperó a que se secara y encima de cada herida me colocó una gasita para después vendarlas ligeramente, sin apretar. Me puso en la axila la piedra que medía las temperaturas y salió ligeramente anaranjada.

--De acuerdo, tienes algo de fiebre. Esperemos que no suba.

Llegó una doncella con una bandeja en la que había un cuenco lleno de caldo humeante y un panecillo. Me lancé a por él, tenía un hambre de lobo.

--Te he pedido el pan para que comieras algo sólido, pero el caldo es lo importante, jovencita.

--Ya, ahora me lo tomo.

--No hables con la boca llena.

Me terminé el pan, después el caldo, momento en el que Ángela me quitó la manta, me llevó a la cama y me arropó cuando me metí en ella.

--Oye, Ángela.

--¿Sí?

--Siento que os hayáis asustado.

--Nos asustamos mucho todos. Pero al menos solo fue eso, un susto, no te volvieron a secuestrar.

--¿Me harías un último favor?

--A ver, ¿qué quieres?

--Ve a la clínica y dile a Westley que estoy bien.

--De acuerdo.

--Y cierra con llave, por favor.



## Capítulo 69

--Era por aquí, estoy segura.

--Bien. Mantente cerca de mí, ¿de acuerdo?

Tras una semana y media con un gripazo de aúpa, por fin pude salir de la cama y retomar mi vida como venía siendo en las últimas semanas. El primer día que volví a ver a Westley le dije de ir a buscar el pasadizo, de modo que fuimos a su casa, cogimos unos farolillos y nos lanzamos al bosque. Empezamos dirigiéndonos al puente por el que entré al pueblo bajo la lluvia, y de ahí a seguir el curso del río.

--¿Tan lejos estabas?

--Al salir del río me apoyé en una piedra muy grande a poca distancia de la orilla. Cuando la encontremos, habría que seguir hacia arriba y buscar el árbol de hojas doradas.

Westley suspiró.

--No sé si con tan pocas referencias vamos a ser capaces de encontrarlo.

--Tenemos que conseguirlo. Es lo único que puedo ofrecerle a Sikes para que me ayude.

--Bien, si no lo encontramos, al menos que no sea porque no lo hemos intentado.

Seguimos el curso del río durante un largo rato. Le había contado a Westley toda la historia de lo que me pasó, callándome únicamente el detalle de que estaba huyendo de un tipo con no muy buenas intenciones. Me sentía muy mal conmigo misma por el hecho de ocultarle algo tan importante, pero sabía que, si se enteraba, su reacción iba a ser hacer las maletas y largarse conmigo de allí en el preciso instante en que lo supiera, y el hacerle renunciar a su sueño cuando faltaba tan poco para conseguirlo es algo que yo no podría perdonarme jamás. Solo faltaban unos pocos meses, ni siquiera un año entero,

y me sacaría de allí. Debía ser fuerte y aguantar, hacer un último esfuerzo. Merecería la pena.

--Mira allí. ¿Podría ser aquella la piedra?

--No veo nada.

--Sígueme.

--¿Pero cómo eres capaz de ver algo si está súper oscuro?

--La costumbre, supongo. Cerca de mi pueblo había un bosque de pinos y si no quería pasar la noche en él, tenía que aprender a ver y orientarme con la poca luz que había. Mira, te hablo de esta piedra.

--Podría ser... --Di una vuelta a la piedra, alumbrada por el farolillo-- ¡Sí! ¡Es ésta! Recuerdo este recoveco en el que apoyé la cabeza.

--Bien, pues ya tenemos algo sobre lo que sustentarnos. Dioses, no me puedo creer que acabaras tan lejos. Fíjate. Ahí está el palacio, y nuestro pasadizo está justo al otro lado, en el otro extremo. Con razón Ángela me dijo que te había buscado por una buena parte de la zona y no te había encontrado. Doy gracias porque no te pasara nada --Me atrajo hacia sí y me besó en la frente--. Vida mía. No sabes qué angustia pasé aquella noche.

Dejé el farolillo en el suelo y abracé a Westley.

--Lo siento. No pretendía asustar a nadie. No sabía volver, me caí y me di en la cabeza, y cuando desperté ya era de día. ¿Tú también piensas como Ángela, que lo hice por capricho y por gastar una broma?

--No, claro que no. Yo confío en ti y en tu tierno corazoncito. Sé que no tenías intención de que sucediera.

--Gracias, Westley. Te quiero.

--Y yo a ti, princesita. Bueno, ¿seguimos buscando? El siguiente punto de referencia es el lugar donde caíste y pasaste la noche, ¿verdad?

--No me fijé cómo era el lugar. Recuerdo que caí por una cuesta muy empinada, habría que encontrarla y llegar hasta arriba del todo.

--Pues vamos allá.

Revisamos la zona con detenimiento, buscando alguna pista que indicara que estábamos en el buen camino, pero el bosque era tupido, aburrido e igual por cualquier sitio que mirábamos. Intentaba prestar atención a cada punto, por si me sonara de algo, pero todo era en vano.

--Princesita, ¿de qué color era el vestido que llevabas?

--Azul turquesa.

--¿No llevaba nada amarillo?

--Eh... algunos lazos. ¿Por qué?

Westley se agachó y recogió un lazo de raso del suelo, lleno de barro y semienterrado en la tierra. Me lo dio e inmediatamente lo reconocí.

--Sí... Sí, esto era mío... Ni siquiera me di cuenta de que lo perdí, pero las mangas y la cintura estaban llenas de lacitos de este tipo.

--Y probablemente este fuera el lugar en el que se te cayó, porque la lluvia mojó la tierra, haciendo que se quedara atrapado y no se lo llevara el viento.

Asentí.

--Y... ¿Podría ser esta la zona por donde te caíste?

Levantó el farolillo e iluminó una zona empinada con gran cantidad de pizarra.

--Yo diría que sí. Está... está muy...

--Sí. Muy inclinada. Además, tanta pizarra de punta lo hace aún más peligroso. Dame la mano y no te sueltes. Vamos a ir muy despacio. Cógete bien a mí y no levantes un pie sin haber asegurado el otro, ¿entendido?

--Sabes mucho de andar por sitios así.

--Es lo que tiene el haber crecido en un pueblo de montaña. ¿Vamos?

Westley iluminaba el terreno con el farolillo, elegía donde pisar e iba tanteando según caminaba. Con la otra mano tenía agarrada la mía muy firmemente y de vez en cuando me advertía de alguna pizarra de punta, para

que no la pisara, o de que tuviera cuidado por alguna zona con barro. Tras varios minutos de ascensión llegamos arriba y la cuesta dejó de ser tan empinada. Me solté, apoyé las manos en las rodillas y respiré fuerte para recuperar el aliento.

--Ya está, bonita. Estamos arriba.

--Nunca fui buena en educación física... --Agité la mano para echarme aire en la cara.

Westley iluminó la cuesta que acabábamos de subir y movió la cabeza de un lado a otro.

--Menuda pendiente. Podrías haberte matado.

Me puso su brazo de manera protectora por encima de mis hombros y me alejó de allí.

--Ahora habría que buscar el árbol de hojas doradas, ¿verdad?

--Sí. Desde que lo dejé hasta que me caí pasó un rato, así que supongo que no estará por aquí. Caminé hacia abajo, por lo que ahora habrá que ir hacia arriba.

--En fin, vamos allá.

--Gracias por todo lo que me estás ayudando con esto, Westley.

--Ni loco permito que vayas sola de noche por aquí. Con una vez fue más que suficiente. ¿A estas alturas no sabes cuánto te quiero, princesita?

--Sí --Sonreí--, y cada día me siento más afortunada por ello.

Me abrazó y nos dimos un largo beso a la luz de los farolillos. Cuando nos separamos, me sonrió, me cogió de la mano y empezamos a buscar el árbol.

Durante la hora que siguió revisamos todos y cada uno de los árboles de la zona. Acabé hasta las narices de levantar el farolillo ante cada árbol y comprobar que no era el que buscábamos. Westley no permitió que nos separáramos más de dos metros, con lo cual los avances eran mínimos, aunque debo decir que él contaba con mucho más sentido de la orientación que yo, y

que en varias ocasiones me frenó de ir hacia alguna parte porque ya había sido revisada. Los pies me dolían; a pesar de que no llevaba zapatitos de pitiminí como cuando me perdí, lo cierto es que no eran zapatos pensados para hacer senderismo y sentía en las plantas de mis pies todas y cada una de las piedrecitas que pisaba. Caminaba con los dedos encogidos y con bastante dificultad.

--¿Podemos parar un rato, Westley? Me duelen los pies.

--¿Por qué no me lo has dicho antes? Claro que sí.

Nos sentamos y me quité los zapatos, sintiendo alivio inmediato. Empecé a masajearme los pies mientras Westley me miraba atentamente.

--Hay que curarte esas ampollas.

--No te preocupes.

--¿Cómo vas a andar así?

--Pues despacito y con cuidado.

--Esos zapatitos tuyos no son los más adecuados para caminar por estos terrenos.

--Ya... pero no tengo otros mejores. Al menos estos me cubren todo el pie.

--La próxima vez, avísame con antelación de estas excursiones y te compro unos que te protejan mejor los pies, ¿de acuerdo?

Suspiré.

--El otro día Ángela me dijo que en Palacio tenía todo lo que necesitaba para vivir. Tengo cientos de pares de zapatos de princesa y ni uno de persona.

--Pronto, cariño. Pronto.

--Sí. Ya queda menos.

--Cuando nos vayamos... Bueno, no podré ponerte un ejército de criados y doncellas...

--No los necesito.

--...pero te prometo que no te faltará de nada. Siempre tendrás un techo

sobre tu cabeza, un plato lleno de comida sobre la mesa, varios pares de zapatos resistentes y cómodos y mucha ropa de abrigo en el armario. En mi pueblo hace bastante frío; pero no será un inconveniente para ti. Hay chimeneas en mi casa, y las paredes son muy gruesas y macizas para mantener el calor de dentro y no dejar que entre el frío de fuera. Además, en el pueblo hay una librería cuyos dueños apreciaban muchísimo a mis padres, y con lo lectora que eres, sé que les vas a encantar. Cada vez que pienso en su local con todas esas estanterías llenas de libros, te imagino sentadita en un rincón leyendo, y al dueño diciéndote que te lleves el libro a casa. Creo que... creo que seremos felices allí.

--¿Y de qué podría trabajar yo?

--No hará falta que trabajes, corazón. Con mi sueldo de médico local, nos bastará y nos sobrará para vivir los dos holgadamente.

--Pero yo quiero hacer algo.

--Tonterías. Mi mujercita va a llevar una vida como la princesita que es. No voy a consentir que un granjero o un jefe malintencionado se aproveche de tu buena voluntad y te explote.

--No quiero ser una carga para ti y estar todo el día sin hacer nada.

--Confía en mí, princesita. No te vas a aburrir.

En ese momento empezó a soplar el viento muy fuerte y casi huracanado. Westley me abrazó y me apretó contra él hasta que pasó.

--¿Estás bien? ¿Te ha entrado algo en los ojos?

--No, no te preocupes, Westley. Estoy bien. Bien llena de hojas.

Empecé a sacudirme las hojas del abrigo-saco mientras Westley se sacudía las de su ropa. En ese momento reparé en algo.

--Westley.

Me miró y le enseñé la hoja dorada que se me había adherido al abrigo-saco. Comprendió enseguida lo que le estaba diciendo.

--¿De dónde venía el viento? --pregunté.

--De esa dirección. ¿Puedes andar?

--Sí. Vamos.

Los pies y las ampollas me seguían doliendo horriblemente, pero necesitaba encontrar el dichoso árbol y el pasadizo. Westley y yo caminamos en contra del viento, fijándonos en todos y cada uno de los árboles que encontrábamos en nuestro camino, cada vez más nerviosos porque nuestro objetivo tenía que estar ya cerca.

--¡Melania, éste! ¿Es éste?

--Tiene que serlo.

--¿Y ahora?

Empecé a mirar nerviosa a mi alrededor. Me puse en posición con el Palacio delante de mí, el árbol detrás y a mi derecha, con lo cual la entrada al pasadizo estaría detrás a mi izquierda. Me dirigí hacia allá y enseguida encontré un tupido matorral. Dejé el farolillo junto a él y empecé a revolver las ramas.

--¿Estás segura de que es eso?

--Era algo así. ¡Sí! ¡Mira! ¡Mira!

--Eso parece más bien la madriguera de algún animal del bosque.

--Es la salida, Westley. Salí por aquí.

--¿Estás segura al cien por cien?

--Eh... al noventa y cinco por cien.

Me miró dudoso y sacó el lacito amarillo que había encontrado un rato antes.

--No podemos ponernos ahora a buscar otra posible entrada --Ató el lazo a una de las ramas del arbusto--, es muy tarde y tienes los pies llenos de ampollas. Volvamos al pueblo. Vendré por la tarde y me aseguraré con la luz del día.

--¿Tú solo?

--Tú ya te has paseado bastante. No quiero que corras más riesgos.

--¿Y tú, qué?

--Nadie seguiría a un campesino. Pero sí a una jovencita como tú. ¿Te llevo?

--Eh... No, de momento no.

Westley no quiso volver por donde habíamos venido y que pudiéramos caer por la cuesta como me pasó a mí. En lugar de ir hacia delante y hacia abajo, fuimos hacia un lado hasta que llegamos a un camino, que seguimos y enseguida encontramos el puente. Llegamos al pueblo y Westley me llevó a la clínica.

--¿Qué ha pasado? --se extrañó Leo.

--Nada importante. Necesito yodo y gasas.

--Sabes dónde están, cógelas tú mismo.

Leo se retiró y siguió con lo que estaba haciendo, dejándonos solos en la entrada de la clínica, que también hacía las veces de sala de espera.

--Espérame aquí. Voy a por lo que necesito para curarte. Siéntate, no tardo nada.

Me senté en uno de los desgastados asientos mientras Westley iba por los materiales, y al cabo de un minuto de una sala salió Andidus con un paciente al que acompañaba a la puerta y despedía amablemente. Cuando cerró, se volvió hacia mí.

--¿Pero qué haces aquí tan solita, Mel?

--Espero a Westley.

--¿Tienes un mapa?

--¿Un mapa? ¿Para qué?

--Porque me pierdo en tus ojos.

--Eh...



--Pareces cansada... y no me extraña, porque desde que te vi la otra vez, no has parado de dar vueltas en mi cabeza.

--Tú sí que vas a dar vueltas, pero por el aire, como sigas así --advirtió Westley, que llegó justo en ese instante.

--Westley, Westley, deja que la pobre chica respire. No la marques tanto.

--A ti sí que te voy a marcar. Mi puño en tu cara para ser exactos.

--¡Cuanta violencia! ¡Y delante de una dama!

--Andidus, lárgate antes de que pierda la paciencia.

--Mel, la otra noche me robaste el corazón. Démonos una oportunidad.

--Es que yo ya tengo novio y estoy muy enamorada --respondí.

--No me importa. Te aseguro que no soy celoso. Cosa que no pueden decir otros.

Westley lo agarró, apartándolo de casi encima de mí como estaba, y le arrojó por el pasillo. No lo hizo con mucha fuerza, pero Andidus perdió el equilibrio, chocó con el marco de una puerta y cayó al suelo.

--Ya está bien, joder. Déjala en paz.

--¿Pero qué te pasa, hombre? ¿Estás loco?

En ese momento salió Leo, alarmado por el ruido de la caída.

--¿Qué ocurre aquí?

--Escúchame, Andidus, porque solo te lo diré una vez. Es mi novia. ¿Entiendes? Mi novia. No una de tus conquistas de usar y tirar. Ya son bastante penosos tus intentos desesperados de conquista, y ya es bastante malo que intentes levantarle la novia a un compañero, pero que encima lo hagas con mi novia delante de mí es un insulto hacia mi persona. Que no te vuelva a ver acercándote a ella porque te aseguro que no querrás saber lo que soy capaz de hacer.

Andidus se levantó del suelo y, sin decir ni una palabra, se metió en una de las salas.

--¿Era necesario que perdieras los papeles? --preguntó Leo.

--No lo quiero de compañero. Cuando libres, ponme a otro.

--Westley...

--Hablo en serio.

--¿Pero qué rayos te pasa?

--Me pasa que no me gusta que me intenten levantar la novia. Si lo hace un compañero me gusta aún menos, y que encima lo haga delante de mí como si yo fuera tonto hace que me den ganas de reventarle la cara.

--Cuando estés más tranquilo y se haya pasado el calentón, hablamos.

Leo desapareció por el pasillo bajo la furiosa mirada de Westley. Éste se quedó unos segundos quieto, para a continuación darle un fuerte puñetazo a la pared, seguido de otro, otro, y otro más.

--¡Westley, basta! Me estás asustando.

Me miró, con los puños aún apoyados en la pared y descargando en ellos el peso del cuerpo, y su mirada poco a poco se fue dulcificando.

--Perdona. Lo siento, Melania. No quería asustarte.

Me levanté y, lentamente, lo abracé. Él hizo lo mismo conmigo, con mucha suavidad.

--No me considero un hombre violento. Pero cuando se trata de ti... por defenderte sería capaz de cualquier cosa. No quiero que pienses que yo soy así normalmente, mi amor. No sería capaz de levantarte la mano, no vayas a pensar que...

--Lo sé, lo sé. Pero no hace falta que te pongas así. Yo solo te quiero a ti, no voy a fijarme en ningún otro.

--Sí. Lo sé --Me abrazó--. Yo no era celoso. No sé qué me está pasando.

--Bueno, a mí tampoco me haría mucha gracia que otra te tirara los tejos delante de mis narices. No te preocupes.

--¿Qué tejos? ¿De qué hablas?

--Nada, nada --Lo miré a los ojos, le sujeté la cara y lo besé. Él me devolvió el beso. Cuando nos separamos, me acarició la cara y el pelo, y en ese preciso instante me di cuenta de algo. Le cogí la mano y la coloqué con el dorso hacia arriba.

--Te has hecho sangre en los nudillos.

--No es nada.

--¡No le pegues a las paredes! ¡Mira lo que pasa! Anda, vamos a curártelo.

--¿Pero no te iba a curar yo las ampollas de los pies?

Nos miramos y nos reímos. Me condujo hacia una sala donde me señaló la mesa para que me sentara mientras se lavaba las manos, y en cuanto lo hizo me limpió y aplicó yodo en las ampollas. Terminó poniendo una gasa para que se mantuvieran bien y una venda para sujetar la gasa. A petición mía, se puso yodo también en los nudillos, y lo hizo sentándose en la mesa de los pacientes y pasándome el brazo por los detrás. Apoyé la cabeza en su hombro y nos quedamos así un buen rato, sin hablar, hasta que él finalmente me hizo la gran pregunta.

--Entonces, ¿estás decidida a darle a Sikes la localización exacta del pasadizo?

--Sí, lo voy a hacer. Este reinado tan injusto tiene que acabar y aunque detesto las guerras, parece que no hay otra vía.

--No habrá vuelta atrás una vez que lo hagas. ¿Estás segura?

--No sé cómo lo ves tú, Westley, pero es que yo no veo otra salida. Y ya no es solo por el reino, es también por mí misma. El rey me lo está poniendo cada vez más difícil. Yo sola no puedo luchar contra esto. Necesito ayuda.

--Lo sé, mi vida, lo sé.

--¿Crees que hago bien? Necesito que alguien me diga que estoy haciendo bien, o que me saque de mi error si no es así.

--Yo tampoco veo otra salida. Ojalá pudiera ver alguna otra solución, pero

mucho me temo que no la hay. Si te sirve de algo, piensa que aunque tú y yo nos vayamos a ir de aquí en unos meses, está escrito que vas a ser reina algún día, y para entonces te convendrá tener de tu lado un ejército así.

--Voy a ponerle un par de condiciones.

--¿Cuáles?

--La primera, que nadie del servicio sufrirá ningún daño. Y la segunda, que me permitan participar en las decisiones sobre la fecha del ataque. No para prevenir a nadie, sino para intentar que el servicio no esté por los pasillos y... Bueno, pensarás que soy una cobarde, pero preferiría que el ataque fuera cuando ya nos hubiéramos ido, y si no, pues... intentaría no estar en Palacio.

--No eres una cobarde. Eres sensata. No vas a ponerte a luchar con ellos, así que lo mejor que puedes hacer es no estar allí. Bastante haces con intentar que no haya demasiadas víctimas inocentes.

--No sé qué clase de reina voy a ser. Se supone que debería liderar mi ejército, y en cambio me voy a esconder.

--Tú vas a revelarles el lugar por donde deben entrar. Es una manera de liderar.

--Creo que no es así como funciona.

--¿Y tú qué sabes? Eres una dulce princesita, no una guerrera.

--Aragorn luchó en la batalla para recuperar su trono.

--Pero tú no eres Aragorn. Y tampoco eres... esa chica, la que luchaba también junto a él...

--Eowyn.

--Esa, Eowyn. Tampoco eres ella. Tú eres tú y nadie más. Esta es tu historia, la otra ya la escribió tu Tolkien. Y no tenía una historia de amor como la nuestra, ¿verdad?

--No, no la tenía.

--Por eso nuestra historia va a ser diferente. Ni mejor ni peor; simplemente

diferente.

Nos besamos durante unos minutos y salimos de la sala. Buscamos a Leo para decirle que nos íbamos y lo encontramos en el laboratorio con Andidus, aunque este último hizo como si no nos hubiera visto ni oído. Leo nos acompañó a la puerta, cerró detrás de nosotros y Westley y yo nos pusimos de camino hacia nuestro bosquecillo.

## Capítulo 70

Sótano de la taberna, guarida y escondrijo de los rebeldes

Año de gracia 27 de Basileo

Mes sexto

--Princesa, creo recordar que el trato eran dos pasadizos. Es más: le dije dos como mínimo, no uno.

--Es todo lo que puedo proporcionarle. Si encontrara alguno más, se lo diría, pero por el momento solamente he sido capaz de encontrar uno.

--¿Me quiere hacer creer que, viviendo allí desde hace más de dos años, no conoce bien el edificio? Vamos, princesa.

--Es la verdad.

--Creí haberle dejado claro en nuestro anterior encuentro que no me gusta la gente mentirosa.

--Sikes, no le estoy mintiendo. ¿Usted cree que me han hecho un recorrido turístico por el palacio y que hay un pasadizo en cada habitación? Pues se equivoca. En Palacio soy poco más que la última mona y nadie me tiene en cuenta. Me he tenido que buscar yo sola las habichuelas. Sepa que, cuando alguien encuentra un pasadizo, éste es cegado para no hacer el palacio vulnerable. Encontrar este pasadizo me costó pasar una noche a la intemperie, cardenales por todo el cuerpo y una gripe del copón.

Sikes rompió en carcajadas.

--¡Ah, sí, sí! ¡Me enteré! Qué grande es usted, princesa. Hizo creer a todo el palacio que la habían secuestrado y al día siguiente apareció como si nada. Jamás me había reído tanto como cuando me contaron cómo se vivió desde dentro. A este paso pronto me convertiré en uno de sus miles de admiradores; se lo está ganando por puntos. Tiene que repetir esa hazaña algún día, por

favor.

--Ah, ¿Qué encima cree que lo hice premeditadamente?

--Y no soy el único.

Sikes empezó a carcajearse y a dar golpes de risa en la mesa.

--No le veo la gracia --murmuré.

--No me lo tome a mal. Yo también he sido joven y he querido pasar la noche en buena compañía, es lo más normal del mundo, aunque nunca fingí un secuestro para pasar una noche íntima con mi pareja. Pero no es ese el tema que nos ocupa.

--¿Queeeeeé?

--Oiga, Sikes, hay ciertas cosas que no le vamos a consentir --aclaró Westley.

--Tranquilo, Westley. Lo que hagan en la intimidad no es de mi incumbencia. Ya les dije que la discreción es algo muy importante para todos los que estamos aquí.

--¡Esa noche la pasé sola en el bosque! ¡Joder, ¿es que nadie me cree?!

--Me temo que no, princesa. Se dice que lo hizo para fastidiar un poco al personal de Palacio.

--Encontré el pasadizo y salí al otro lado a tomar por saco. No sabía dónde estaba, me puse a caminar y me perdí aún más. Se me hizo de noche, me caí por una pendiente y me di un golpe en la cabeza. Cuando desperté ya era de día. Eso fue lo que pasó. ¿Tan imposible es? ¿En qué cabeza cabe que pasara la noche en medio de ninguna parte solo para fastidiar?

--A mí no me tiene que convencer, yo creo firmemente que la noche la pasó bien acompañada.

--Oiga usted. Le digo que pasé la noche perdida en el bosque, y sola. No le estoy mintiendo.

--Vuelvo a repetirle que ese tipo de detalles no son de mi incumbencia.

--¿Entonces no me va a creer? ¿Me va a tener por una mentirosa cada vez que nos veamos?

--La cacé en una mentira, princesa.

--Bien. Lo reconozco. Usted me pilló. ¿Y por una mentira que, dicho sea de paso, no tenía nada que ver con el trato que estábamos haciendo, ya va a sospechar siempre que no le digo la verdad?

--Mucho me temo que empezar una relación colaborativa con una mentira, sea de la índole que sea, no es un buen primer paso para la confianza.

--Siento haberle mentido. Pero póngase en mi lugar.

--Desde luego que me pongo en su lugar y por eso he accedido a verlos de nuevo. Además, debo admitir que me parece muy singular lo de ustedes dos y siento gran curiosidad por saber cómo termina. La princesa, a la que el rey guarda con tanto celo mostrándola al pueblo una o dos veces al año, amancebada con un plebeyo, nada menos. No me malinterpreten: no tengo nada en contra de las historias de amor. La suya me gusta. Y, para qué negarlo, me apasiona la idea de que estén engañando al rey en su propio palacio. En fin, ¿volvemos al tema de su visita?

Suspiré.

--Sikes. Le doy mi palabra de que no volveré a mentirle, como también de que todo lo que le he dicho hoy es total y absolutamente cierto. El pasadizo que tengo para usted lo encontré después de estar buscando durante semanas. Siento si no he encontrado más, pero no es tarea fácil. Aunque le prometo que si encuentro otro pasadizo más, se lo daré. Estoy dispuesta incluso a enseñarle el pasadizo esta misma noche o cuando usted diga.

Sikes se quedó pensando.

--Bien, le diré lo que vamos a hacer. Ustedes dos me llevan al pasadizo, a mí y a unos cuantos de mis hombres, en este instante. Y usted, princesa, va a ir bajo mi custodia. El señor Westley hará de guía y también va a estar vigilado.



Como haya un solo guardia o un solo indicio de emboscada, les corto el cuello a los dos.

--Ni hablar. No voy a permitir que le hagan daño --exigió Westley.

--Si no nos han tendido una trampa, no tienen nada que temer. Ella irá por su propio pie, pero con las manos atadas, y los hombres que vayan a su lado tendrán los puñales muy a mano. Usted irá delante, indicándonos el camino.

--No van a llevarla atada como si fuera un animal.

--Prometo que no la ataremos muy fuerte y que le daremos un trato digno de una dama como ella. Será como un paseo. Y en cuanto lleguemos a lugar seguro, la desataremos y podrán irse.

--Yo tengo también mis condiciones --añadí.

--¿Condiciones? Princesa, creo que no está en situación de poner condiciones.

--Al enseñarle un pasadizo les estoy abriendo las puertas de Palacio. Estoy poniendo en riesgo las vidas y la seguridad de todas las personas que viven y trabajan allí, incluyéndome a mí. Tiene que darme su palabra de que no cruzarán ese pasadizo sin avisarme primero.

--No hay trato.

--No voy a traicionarlos, Sikes. Ustedes van solamente a por el rey. Quiero hacer que, en la medida de lo posible, la invasión no afecte a la gente del servicio. Trataré de que no salgan de sus dormitorios.

--¿Y cómo lo va a hacer?

--Les pondré algo en la comida para que se encuentren mal ese día y no salgan de sus camas. Sikes, son gente inocente que no merecen resultar heridos o muertos solamente por trabajar en ese lugar.

--Princesa, yo también tengo algún contacto ahí dentro. ¿Cómo se cree que me he enterado de lo que le sucedió la otra noche si no? No se preocupe. Nuestro objetivo no son las doncellas ni el resto de personal. A no ser que

intentaran obstruir nuestro camino, no correrían peligro.

--Yo tampoco quiero estar ahí cuando suceda.

--Permítame que me extrañe. ¿No va a reclamar su trono?

--Sí, pero no quiero estar allí oyendo golpes, gritos, espadaos y lo que sea que esté sucediendo. Ya fui testigo del horror cuando estuve secuestrada y vi suficiente sangre en la explanada con los prisioneros. He tenido suficiente ración de pesadillas persecutorias para el resto de mi vida. Reclamaré el trono cuando todo haya terminado... y, por supuesto, sabré agradecerles tanto a usted como a los ejércitos su ayuda en mi misión.

--¿Cómo nos lo va a agradecer?

--¿Cuál es su propuesta?

--Títulos, tierras, cargos en la corte o en el gobierno...

--Tengo intención de eliminar el actual sistema de los consejeros e idear algo más justo en donde el pueblo pueda aportar opiniones, sugerencias y todo lo que deseen que sea tomado en cuenta. La corte, tal y como se la conoce, quedaría disuelta, por lo que no le podría garantizar puestos en Palacio. Respecto a los títulos y tierras, he de decirle que desconozco qué terrenos pertenecen aún a la Corona y no a los duques y demás amistades del rey, pero...

--Regálenos una extensión de tierra para que podamos hacer nacer algunos pueblos. Solo tendría que ceder los terrenos; el edificar y demás es cosa nuestra. Llevamos muchos años viviendo en la clandestinidad. Unos pueblos para que vivan cómodamente y se administren los que le han prestado tal servicio no sería mucho pedir.

--Eh... sí, creo que es bastante... razonable... pero le repito que tendría que mirar archivos a los que solo tiene acceso el rey para saber si es viable.

--De todas maneras, princesa, para su tranquilidad, le diré que el ataque no va a ser en los próximos meses. Calculo que aún tardaremos como mínimo un

par de años.

--¿Tanto?

--Solamente tendremos una oportunidad. No vamos a desperdiciarla por impaciencia. Hemos esperado mucho y nos hemos preparado mucho. Aún tenemos que pulir bastantes aspectos para que el golpe sea definitivo. Bueno, ahora, ¿nos vamos a ver ese pasadizo?

--¿Me da su palabra de que nadie del servicio resultará herido? ¿Y de que no usarán ese pasadizo antes del ataque?

--Le doy mi palabra de que iremos solamente a por el rey y a por aquellas personas que traten de impedirnoslo. Si el servicio, al vernos, se quita de en medio, posiblemente solo se lleve un par de chichones, a lo sumo. ¿Contenta?

--Quiero una garantía de que nadie va a cruzar el pasadizo hasta que no ataquen definitivamente. Y de que estaré informada de cuándo será.

--Vamos a hacer una cosa, princesa. Usted me visita una vez al mes. Su contacto en Palacio le dirá el día. Y yo le mantengo informada de las novedades al respecto, ¿de acuerdo? Y por supuesto que no vamos a hacer la tontería de cruzar el pasadizo antes de tenerlo todo preparado. Se lo prometo, le doy mi palabra, si eso es lo que quiere. Puede dormir tranquila, se lo digo totalmente en serio. Le recuerdo que usted tiene información que puede usar en nuestra contra y no nos conviene traicionarla. Además, sabe tan bien como yo que el rey viene cada dos meses para pasar solamente unos días en Palacio, y no vamos a hacer nada si no está él dentro; comprenderá que no vamos a desperdiciar años de preparación para fallar en algo tan simple como eso. Ahora, ¿nos podemos ir?

## Capítulo 71

Ya estaba. Se había cumplido el destino que estaba dispuesto en mi página del Libro. Me había vendido a los rebeldes; había traicionado a la Casa Real. Estaba esperando junto a la salida del pasadizo con Sikes y algunos hombres, mientras Westley se había metido dentro del mismo con algunos más, todo para demostrar que era un pasadizo real y genuino y que yo no los había engañado ni puesto una trampa.

No culparía a nadie porque la decisión fue mía y solo mía. Nadie me empujó ni me obligó a hacerlo. Es cierto que las circunstancias que venían sucediendo desde hacía algo más de un año habían tenido mucho que ver en el asunto, pero yo fui quien tuvo la última palabra y la que decidió. Nadie me puso un cuchillo en el cuello para que me uniera a los rebeldes ni para que les revelara el pasadizo; lo hice yo misma, siendo perfectamente consciente de en lo que me estaba metiendo.

Sikes cumplió su palabra. No me ataron muy fuerte, caminamos a un ritmo que yo pudiera seguir y en ningún momento me empujaron ni me trataron mal. Mientras esperábamos a que Westley y el resto de hombres volvieran, pedí permiso para sentarme en una roca y me lo concedieron. Sikes observó la distancia entre la entrada y el Palacio y se regocijó diciendo que los pasadizos así de largos eran los mejores porque podían ocultar a una gran cantidad de tropas y el factor sorpresa sería mayor.

Mientras esperábamos, Sikes había sacado un viejo y desgastado mapa y estaba buscando la localización del punto exacto para marcarlo. Parecía muy tranquilo y supuse que sería porque, en el fondo, confiaba en mí. Sabía que no lo íbamos a traicionar; ojalá yo pudiera tener la misma certeza con respecto a él. Mi conciencia me gritaba que lo que había hecho era la peor decisión tomada en mi vida, que estaba colaborando con el diablo y que no iba a

terminar bien. Pero, ¿qué iba a hacer si no? En realidad eran los únicos a los que podía pedir ayuda. El famoso ataque se produciría con mi ayuda o sin ella, y cuando llegara ese momento, más me valdría tenerlos de mi lado. Intentaba convencerme a mí misma con eso, pero mi voz interior seguía gritándome: "Qué has hecho, qué has hecho, qué has hecho".

Miré a los hombres que me custodiaban. Estaban jugueteando con sendos puñales, intentando que se mantuvieran de pie sobre la punta en la palma de su mano. Uno de ellos captó mi mirada y subió y bajó las cejas varias veces mientras abría exageradamente los ojos, y empezó a lanzar el puñal hacia arriba, haciendo que diera varias vueltas y cogiéndolo al vuelo. Lo observé durante un rato; me entretenía y hacía que no pensara en lo que acababa de hacer, aunque sabía perfectamente que mi conciencia me iba a dar la lata durante semanas.

--Esto no se le ocurra hacerlo en Palacio, ¿eh? --bromeó.

Negué con la cabeza.

--Porque se podría hacer mucho daño. Manejar un puñal no es cosa fácil.

--Ya veo, ya.

--No, Copef --añadió Sikes--. No la veremos con un puñal. A la princesa no le gusta la sangre.

--Y no tiene por qué avergonzarse de ello. No todo el mundo está hecho para las armas --corroboró Copef.

--Naturalmente. Ella está hecha para reinar, nosotros vamos a ayudarla a conseguirlo y a cambio sabrá recompensarnos debidamente. ¿Verdad, princesa?

--En efecto --confirmé. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, pero encontraría la manera.

--Nunca pensé --intervino el otro que me custodiaba-- que viviría para ver el día en el que se uniría a nosotros nada más y nada menos que la princesa. Si

me lo hubieran dicho, no me lo hubiera creído.

--Ya ves las vueltas que da la vida, Croge. Por cierto, princesa, debo aclararle que los que estamos aquí estamos todos en el mismo bando y a ninguno se le va a ocurrir hacer correr la voz de que usted también forma parte de él. Como ya le dije, la discreción es la esencia de nuestro grupo.

--Seeeeh --corroboró el tal Croge--. Ni los prostíbulos alcanzan nuestro nivel de discreción.

--Lo dices porque los conoces bien, ¿eh? --rió Copef.

--Un respeto. Que hay una dama delante. No voy a airear esos temas ahora.

Ambos se rieron unos segundos, y de nuevo nos sumimos en el silencio. Copef siguió haciendo malabarismos con el puñal y yo ya empezaba a preocuparme por Westley cuando se oyó movimiento en la maleza que tapaba el agujero y de ahí salieron los hombres de Sikes con mi novio, que rápido fue a mi encuentro. Me levanté y no dudé en dirigirme hacia él, ni él en abrazarme.

--¿Estás bien?

--Sí. Todo bien. ¿Tú?

--Perfecto --Se fijó en que aún estaba atada--. ¿Todavía no te han quitado esto? ¡Sikes! Ya ha visto que la princesa decía la verdad. ¿Le importaría desatarla?

--Como le dije, lo haré cuando lleguemos a lugar seguro. Esto es no antes de volver al pueblo.

Westley me cogió las manos y revisó las muñecas en busca de alguna posible herida causada por las cuerdas.

--Estoy bien, Westley. No me han apretado.

--Que te lleven con cuerdas y correa como si fueras un animal no me hace ninguna gracia.

Me volvió a abrazar y me dio un beso en la cabeza. Nos miramos a los ojos durante unos segundos y nos besamos tiernamente, aunque apenas

habíamos empezado cuando oímos un silbidito y todos levantamos la cabeza en busca del autor, que resultó ser uno de los hombres que habían estado con Westley en el pasadizo.

--La vida amorosa de la princesa no es asunto nuestro --afirmó Sikes en voz alta y autoritaria--. Ahorraos los silbidos y ni que decir tiene que ni una palabra a nadie.

Volví a apoyar la cabeza en el hombro de Westley y esperamos mientras Sikes apuntaba los datos que le iban dando del pasadizo: longitud, altura, anchura, tipo de entrada al palacio, estancia en donde acababa... finalmente, recogieron mapas y demás bártulos y en cuanto regresó el grupillo que vigilaba e inspeccionaba los alrededores, nos pusimos en camino de vuelta hacia el pueblo. Ahora Westley no tenía que guiar, por lo que iba a mi lado, con una mano rodeando mis hombros por detrás, pero seguíamos teniendo a Copef y Croge de carabinas. Me sentía bien al no tener que ocultar nuestro amor delante de esta gente; ahora comprendía por qué Westley estaba tan harto de que tuviéramos que andar siempre escondiéndonos cuando no habíamos hecho nada malo y éramos tan felices juntos.

Seguimos caminando por las callejuelas del pueblo hasta que llegamos al barrio siniestro donde estaba la taberna. Esperamos un poco en su interior, y cuando a Sikes le pareció bien nos fuimos metiendo en el almacén, uno detrás de otro, atravesamos la puerta que daba a las dependencias secretas y, una vez hubimos bajado todas las escaleras y llegamos con el resto de la gente, Sikes sacó su puñal y me cortó las ligaduras de las manos, para a continuación conducirnos al despacho que ya conocíamos.

--Ahora sí que estoy en disposición de decirlo: bienvenidos a bordo. Los dos son ya parte del grupo. Le seré sincero: tenía mis dudas de que finalmente se decidiera a dar el paso final, pero esta noche me ha dado una lección. Tiene usted coraje, ya lo creo que sí. Me gusta eso. Será una buena reina.

--Gracias. Espero serlo.

--Nos ha enseñado un muy buen pasadizo, princesa. Buena capacidad, en buenas condiciones, que se corresponde a una zona de Palacio no muy visitada, y en un sector en el que aún no teníamos ningún pasadizo localizado.

--¿Quiere decir que tenían más pasadizos?

--Por supuesto que sí. No pensará que estábamos planeando un ataque a Palacio sin tener puntos por donde acceder. Teníamos ya unos cuantos, pero el suyo nos será de mucha utilidad. Y le recuerdo su promesa de mostrarnos más pasadizos.

--Sí, sí. No se me olvida.

--Cuanto más tengamos, mejor, como comprenderá. Bien. Lo primero que tengo que aclararles posiblemente ya lo hayan deducido, y es que desde el momento en el que decidieron colaborar con nosotros se convirtieron en traidores a ojos del rey. No es ningún estúpido y sabe que hay numerosos movimientos en su contra, y la prueba está en los avisos que circulan en los que se ofrece recompensa por cualquier dato o nombre que la gente pueda aportar. Cualquier persona que colabore con un grupo rebelde es considerada traidora al rey. No tomamos nombres ni tenemos ninguna lista, por lo que pudiera pasar, que nunca se sabe. Hasta ahora nuestras medidas han dado resultado y todas las personas que colaboran con nosotros han resultado ser de plena confianza. La mayoría han venido con algún tipo de referencia o traídos por alguna persona, como llegó usted, princesa. Pero a pesar de todo, no tenemos anotada la identidad de nadie. Les ruego que, si piensan comunicar a alguien la existencia de este grupo, antes de hacerlo avísenme ya que necesitaría recabar datos sobre esa persona.

--Entendido.

--Pero no todo es malo; también tenemos cosas buenas. Ustedes cuentan con el apoyo del grupo, como colaboradores que son. Si hay algo en lo que les



podamos ayudar y está en nuestra mano, aquí estamos para apoyarnos los unos a los otros. Somos personas individuales, pero tenemos un objetivo común y es a donde todos debemos mirar. Nuestra fuerza se basa en muchas cosas y una de ellas es la unión. Las rencillas y disputas entre los miembros están total y absolutamente prohibidas. Podríamos definirnos como un grupo unido y compacto. Además de, como ya han visto, muy numeroso. Les voy a poner un ejemplo. Recordarán sin duda los acontecimientos derivados de la mala cosecha de este año, ¿verdad? La gente no puede comer, y no porque no tengan dinero, que de hecho, muchos no lo tienen, sino porque la comida escasea. Pues bien, tenemos pequeños almacenes en varios pueblos, y gracias a esos almacenes muchas familias no han muerto de hambre. En casi todos los pueblos tenemos contactos y gente dispuesta a ayudar. Si el rey no hace por su pueblo, alguien tendrá que hacerlo, ¿no creen?

--Sí, en eso estoy de acuerdo.

--Si lo desean, también pueden ayudar en forma de donativo. No solamente económico; cualquier cosa, como comida para los pueblos que vivían de las cosechas, armas para el combate... todo eso nos puede ayudar. No les estoy exigiendo nada más, no me malinterpreten. Solo lo digo por si ustedes lo desearan. Bien, bien, bien. La princesa ya ha cumplido con lo que le pedí y no creo que pueda hacer mucho más antes de que suba al trono. Y usted, señor Westley, ¿qué tipo de ayuda podría aportar al grupo?

--Sikes, estoy aquí para acompañar a la princesa. No soy hombre de armas. Me crié en una granja y mi profesión es la medicina; yo no tendría nada que hacer en un combate.

--¡Un médico! Qué buena noticia. No tenemos ninguno en el grupo. ¿Podremos contar con su presencia el día de la batalla al lado de los heridos?

Westley pareció sorprendido y tardó unos segundos en contestar.

--Por supuesto.

--Perfecto. No saben qué alegría me produce contar con un doctor entre los nuestros. A todos los que han visto antes también les agrada la idea.

--Debo decirle, Sikes, que tendrán que avisarme de la batalla con mucha antelación, ya que deberé preparar probablemente cientos o miles de vendas y demás materiales y suministros necesarios para atender heridos. Tendré que ir pidiendo al fabricante en pequeñas cantidades para no levantar sospechas, con lo que tener el mínimo de materiales requeridos para algo así me llevará varias semanas.

--Eso es más que obvio, señor Westley. Aunque, como ya les dije, todavía tenemos mucho trabajo antes de que llegue el día. Entre dos y tres años es el tiempo que estimamos tardar en terminar de prepararnos para derrocar definitivamente al rey y dar paso a una nueva era en la que, personalmente, empiezo a tener bastante fe --Me miró.

Nos quedamos los tres callados. Sikes y Westley me miraban.

--Bueno --continuó Sikes--, creo que por esta noche está todo dicho. Además, ustedes querrán irse ya.

Nos levantamos y salimos del despacho. Me puse la capucha justo a tiempo, porque Sikes quería compartir la noticia de la nueva "adquisición": -- ¡¡¡Señores y señoras, por fin contamos con un médico entre nosotros!!!

Todos nos miraron y empezaron a aplaudir y a dar vítores. Aplaudí yo también y miré a Westley, que no se esperaba aquello y estaba algo azorado. Caminamos entre la gente, que parecía muy contenta con la presencia de un médico entre ellos y lo demostraban con palmaditas en la espalda y movimientos afirmativos con la cabeza. Llegamos a las escaleras y emprendimos la subida.

--No se lo tome a mal, señor Westley. Llevábamos varios años buscando médicos que se unieran a la causa. Sé bien que los de su gremio tienen su lugar de trabajo y no estaría bien que dejaran a los pacientes de sus lugares de

origen en sus pueblos para ir a atender a otros a Pueblo Palacio, y nosotros jamás osaríamos pedirles una cosa así, pero siempre me pregunté si entre los médicos de la clínica de Pueblo Palacio no habría ninguno descontento con el gobierno del rey y con ganas de hacer algo al respecto.

--Los médicos atendemos a cualquier herido en cualquier circunstancia, sin importar cuales sean sus ideales o creencias. Al menos los que trabajan conmigo.

--¿Significa eso que están contentos con la situación actual?

--Puedo asegurarle que no. Se nos debe mucho dinero, pero no podemos hacer nada al respecto.

--Entiendo. Y quejarse no sirve de nada. Eso nosotros lo sabemos bien desde hace muchos años. Uno de los motivos por los que nos reunimos: si la palabra no sirve de nada, entonces habrá que pasar a la acción.

Llegamos al almacén y Sikes nos abrió la puertecilla para que saliéramos.

--Princesa, señor Westley, ha sido un placer. Los espero el próximo mes. Que pasen buena noche.

## Capítulo 72

Como era de esperar, los días siguientes tuve un grandísimo cargo de conciencia. Mi voz interior me decía que estaba tirando piedras contra mi propio tejado y que lo que había hecho no podía conducir a nada bueno. Pero ¿y qué? Ya no había vuelta atrás; tenía que apechugar con lo que había hecho y con las posibles consecuencias. No me arrepentía lo más mínimo, y a eso contribuía entre otras cosas el hecho de que, cuando salía de mis habitaciones, a petición mía siempre acompañada de un asistente, me encontraba con alguno de los duques rondando cerca y las miradas que me echaban lo decían todo. Estaban esperando algún descuido por parte mía para provocar un encuentro del que estaba segura no saldría bien librada.

Ángela era consciente de todo. Era una muy buena ama de llaves y jefa de doncellas, y desde que le conté lo que me había sucedido con aquel viejo verde, mantuvo los ojos bien abiertos y en varias ocasiones fue testigo de cómo me miraban y a veces me seguían a escondidas, aguardando el momento en el que me quedara sola. No le gustaba nada aquella situación y ambas estábamos de acuerdo en que por ninguna circunstancia debía salir sola de mis habitaciones.

Y qué bien hice en cerrar siempre con llave. En una ocasión llamaron a la puerta, y cuando contesté resultó ser uno de ellos, que me quería obsequiar con una visita de cortesía y que yo tuviera la amabilidad de invitarlo a tomar una infusión en mi saloncito. Pero no se rindió ante mi negativa, sino que insistió diciendo que era el mejor momento para limar asperezas, y cuando le dije que estaba cambiándome y que eso me llevaría un buen rato, el muy baboso me contestó que no era un inconveniente para él el que yo le recibiera con poca ropa, y que, si yo quería, él me ayudaría a quitarme la que llevara. Le contesté que me encontraba mal y él se ofreció a cuidarme y darme todo el calor que

me hiciera falta. Cuando seguí negándome, intentó entrar sin haber sido invitado... Menos mal que tenía echada la llave. Menos mal.

Siguieron las reuniones del consejo, a las que ahora sí que era requerida, aunque nunca tuve peso en ellas. A veces me pedían mi opinión sobre algún tema, yo se la daba, y la respuesta era o bien un intento de hacer que yo me sintiera como la mierda por parte de los antiguos consejeros, o bien algo cargado de connotaciones y doble sentido que dejaba claro que los nuevos consejeros habían venido a lo que habían venido: no a formar parte del consejo para ayudar, no, sino a propasarse conmigo. Hasta el momento había conseguido frustrar sus planes, pero me daba miedo pensar en el que podría ser su siguiente paso, su plan B. Al principio pensaba que todo era una pantomima para hacerme perder la paciencia y que me volviera a mi mundo, pero a medida que pasaban las semanas, estaba cada vez más segura de que realmente querían "catarme".

A pesar de todo, una de las cosas que más me preocupaba era el tema de lo que estaba escrito en el Libro. La primera parte ya se había cumplido: había traicionado a la Casa Real. Quedaban dos partes más: que iba a ser la reina mejor preparada y que no iba a durar ni un año en el trono. Lo de la preparación no lo veía del todo claro, puesto que las clases que daba a diario me servían de poco, y casi todo en lo que se basaban aquellas clases era una realidad distorsionada por el rey. Lo verdaderamente importante era tabú, debía ignorarlo ahora y también debería ignorarlo cuando subiera al trono, que precisamente era lo que hacía el rey: ignorar al pueblo. Por ese sentido no me preocupaba, porque para ser una reina supuestamente tan bien preparada aún tendría que llover mucho. Pero lo de menos de un año en el trono sí que me preocupaba y empezaba a vislumbrar la posibilidad de que fuera depuesta por los rebeldes con los que yo misma estaba colaborando, aunque me negaba rotundamente a creerlo. ¿Qué sentido tenía? Yo quería ser una reina justa y

estaba dispuesta a escuchar todas y cada una de las propuestas que me hicieran. Si lo que querían era simplemente tierras para fundar unos cuantos pueblos y establecerse, yo no tenía ningún problema en satisfacer sus deseos. Y lo de que cada pueblo se administrara de manera individual me parecía una muy buena idea; sería algo que estudiaría cuando me llegase el turno. Pero, entonces, ¿qué motivo tendrían para derrocarme? ¿Tan mala iba a ser?

Westley no sabía nada de lo que ponía en el Libro; en los casi dos años que llevábamos como pareja no se lo había dicho. En realidad cuando lo leí la primera vez no éramos aún novios, y cuando lo fuimos se me había pasado la impresión y me había convencido de que no podía ser verdad, de que ya cambiarían esas palabras y me augurarían algo diferente con el paso del tiempo. Pero ahora que se había empezado a cumplir, volvía a estar preocupada, y él, lógicamente, lo notó.

--A ver, cuéntame qué te pasa. Estás algo rara. ¿Dónde está la princesita risueña de la que me enamoré? ¿Ha pasado algo ahí dentro? ¿Qué te han hecho esta vez?

Me encogí de hombros.

--Nada nuevo, Westley. Siguen intentando echarme. Los nuevos consejeros son los duques que compraron los bailes conmigo en la gala benéfica.

--No me gusta eso.

--Y a mí tampoco, son unos perversos. Pero lo tengo todo controlado; nunca salgo de mi alcoba sin escolta. No les dejo que me hagan nada. Por ahora no hay de qué preocuparse.

--Pero... ¿han intentado hacerte algo?

--No --mentí--. Nada por ahora. Solo me dicen cosas guarras para que salte contra ellos y puedan acusarme de algo y echarme. Pero se les va la fuerza por la boca, no se atreverían a nada más.

--Melania, yo no me fío de eso. Vi cómo te miraban en la gala y no me

gustó nada.

--No te preocupes --Hice un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto--. No pasará nada. Tengo mucho cuidado de no salir sola. Además, Ángela está al tanto de todo y me ayuda. No estoy tan sola ahí dentro.

--Melania, si alguno de ellos intentara propasarse contigo, nos vamos. A donde sea, pero no pasas ahí dentro un día más.

"Ay, Westley, si tú supieras. Menos mal que no te he contado nada", pensé.

--En unos meses ya nos podremos ir a tu pueblo.

--Al carajo mi pueblo. Tú estás por delante de todo eso.

Me quedé callada y me acurruqué en sus brazos. No se lo iba a decir. No podía. Si se enteraba de lo que sucedió para que acabara encontrando el pasadizo, todos nuestros esfuerzos habrían sido en vano. Solo unos meses. Poco después de cumplirse nuestro segundo aniversario, nos iríamos.

--Melania --siguió unos minutos después--, si no es nada de Palacio, ¿qué te pasa? Te lo veo en la carita, algo te está preocupando. Ya sabes que no tienes que contármelo si no quieres, pero me gustaría que lo hicieras. Quizás yo pudiera ayudarte.

Lo miré a la cara.

--Pero cómo puedes ser tan bueno y tan cariñoso...

--Será quizás porque tú haces que sea así, bonita. Ahora dime, ¿qué tienes? Suspiré.

--El Libro, la... profecía, destino o lo que sea que tiene escrito.

--Te refieres al Libro, el que está en la torre y que controla toda la magia.

--Ese mismo.

--¿Qué le pasa al Libro?

--Bastante antes de que tú y yo nos hiciéramos pareja lo vi por primera vez. En él está escrita la historia de los reyes y reinas, desde el primero hasta el último, incluyéndome a mí. Tiene escritas cosas que aún no han sucedido...

y lo cierto es que en su momento tenía mis dudas, pero es que justo el punto que me parecía menos creíble de todos se ha cumplido. Y por eso me da miedo que se pueda cumplir todo.

--¿Qué punto se ha cumplido?

--Que he traicionado a la Casa Real.

--¿Eso estaba escrito en el Libro?

--Desde que llegué.

--¿Y... el rey lo sabe?

--Estaba conmigo cuando lo vi; él me lo enseñó. Supongo que de ahí es de donde saca que estoy destinada a convertirme en reina.

--¿Y qué más pone en el Libro?

--Pone que voy a ser la reina con mejor preparación para el puesto... y que no voy a durar ni un año en el trono.

--¿Por qué?

--No lo pone. Que yo seré la última soberana. No hay más datos.

--Pero... eso no es posible. Lo que te enseñan ahí dentro no se puede decir que sea precisamente la formación más adecuada.

--Ya, ya lo sé. Eso mismo pensaba yo, y también que no tenía ningún motivo para traicionar a nadie. Pero ya me ves.

--¿Y cómo que vas a durar menos de un año como reina? No tiene sentido. Si estás tan bien preparada, ¿por qué ibas a reinar tan poco tiempo?

--Lo único que se me ocurre es que lo voy a hacer tan mal que el pueblo y los rebeldes se encargarán de cortarme la cabeza.

--Sobre mi cadáver. No voy a consentir que te toquen un pelo.

--¿Pero entonces qué va a pasar? Se supone que todo lo que dice ahí se va a cumplir. Ya ha empezado a cumplirse.

--¿Sabes lo que yo creo? Que ni el mismo rey cree que vaya a cumplirse.

--¿Cómo?



--Él es parte de la Casa Real y no le habrá hecho mucha gracia saber que tiene a una futura traidora bajo su techo. Y por eso yo creo que está intentando que nada de lo que ahí pone llegue a suceder.

--Eh... Explícame eso.

--Pone que vas a tener una buena formación, y por eso te está obligando a tomar clases que sabe bien que te van a servir de poco, y e intentando meterte ideas falsas en la cabeza para que seas como él. Si consigue cambiar solamente una cosa, nadie le asegura que no podrá cambiar el resto de puntos escritos en el Libro. Y te trata de esa manera tan deleznable para que te rindas, vuelvas a tu mundo y así no se cumpla tu destino de convertirte en reina ni el de que traiciones a la Casa Real.

--Westley... Esto es una paradoja muy grande. Precisamente el hecho de que el rey me trate así es lo que me ha empujado a colaborar con los rebeldes y convertirme en traidora.

Se quedó pensativo unos segundos.

--Efectivamente. Sin saberlo, el rey ha creado la serpiente que se muerde la cola.

--Entonces... ¿También de alguna manera estaba previsto que el rey fuera tan mezquino conmigo?

--Eso ya es más enrevesado. Nos estamos metiendo en asuntos de una naturaleza que desconocemos. ¿No ponía nada más el Libro? Aparte de toda la historia de los reyes y reinas, ¿no había alguna explicación, algo más?

--Sí, aparte de una página dedicada a cada uno de los reyes y reinas, el resto del Libro estaba lleno de... letras, pero no de las que me enseñaron ni de las de mi mundo. Eran muy raras, eran... como símbolos. No se parecían a nada. Algunos tenían como puntos y rayitas. Era otro lenguaje, pero nunca me habían dicho nada de que aquí se hablaran más idiomas.

--La raza humana solo tiene un idioma, Melania. No se hablan más. Las

hadas tienen otro, las sirenas otro, los elfos otro... pero los humanos hablamos todos el mismo. Con diferentes acentos dependiendo de la zona, pero siempre el mismo idioma para todo el mundo.

--Entonces... ¿Qué eran esos símbolos?

--Ojalá supiera decirte algo. Pero mucho me temo que ni yo lo sé.

--¿Un mago o un hechicero lo sabría?

--Es posible, pero creo que en su momento me contaste que el Libro no se puede mover de la torre y que nadie ajeno a la Casa Real puede acceder a ella.

--Cierto. ¿Tú conoces a algún mago?

--He visto alguno en las fiestas o en la explanada de vez en cuando, ofreciendo sus servicios, pero no me he parado a hablar con ellos.

--¿Por qué?

--Porque no necesito nada que me puedan ofrecer. Tengo salud, trabajo de lo que me gusta, un buen amigo que es casi como un padre, y a la princesita de mis sueños, con la que pronto voy a iniciar una nueva vida. ¿Qué más puedo pedir?

--Estaría bien hablar con algún mago. Quizás pudiéramos saber qué son esos símbolos o qué significan. Incluso a lo mejor pudiera hacer algún tipo de hechizo que me ayudara con todo esto de subir al trono.

--No tengas tanta confianza en los magos, preciosa. Es cierto que la magia existe, pero no todos los que dicen saber usarla la conocen.

--¿Por qué lo dices?

--Melania, soy médico. Si creyera en la existencia de remedios milagrosos mi profesión no tendría sentido. He atendido a mucha gente que ha comprado alguna pócima supuestamente mágica y que ha ocasionado más mal que bien. Creo en la magia, pero no en todos los que dicen practicarla. Por supuesto que hay auténticos magos y hechiceros, pero por desgracia hay más impostores.

--Jo, qué lástima. Me haría ilusión conocer algún mago de verdad y que me hiciera una demostración chula de lo que sabe hacer.

--Cuando seas reina harán cola para conocerte. Pero tú no necesitarás ningún hechicero charlatán, porque para entonces tendrás tus propios poderes que habrás aprendido a manejar.

--Me parece que no te gustan mucho los magos, ¿eh?

--No especialmente --rió--. Ya te he dicho que he atendido a personas a las que han hecho más mal que bien.

--Pues yo sigo queriendo conocer a alguien que sepa hacer magia de verdad y que te haga recuperar la fe en ellos.

Westley sonrió y me abrazó.

--Cuando lo encuentres, me lo presentas, ¿eh, princesita?

--Te tomo la palabra, doctor.

## Capítulo 74

Pueblo Palacio

Año de gracia 27 de Basileo

Mes séptimo

--Venga, anda, dime dónde me llevas.

--Es una sorpresa, princesita. Ya lo verás.

Aquella noche Westley me había dicho que cogiera el abrigo-saco, porque íbamos a caminar por el pueblo. Me estaba llevando a alguna parte que no me quería decir.

--Pero, ¿y esto por qué? No es nuestro aniversario, ni mi cumple, ni el tuyo...

--¿Y por qué tiene que haber un motivo? ¿No es suficiente que te quiero?

Sonreí y dejé que me siguiera llevando a donde fuera que tuviera pensado. Nunca había estado en esa parte del pueblo; parecía todo muy nuevo, y estaba limpio, bonito y bien iluminado.

--Mira, princesita --Me señaló un gran edificio con la fachada hecha de piedras de tamaños irregulares--, esa es la biblioteca del pueblo. ¿La conocías?

--No, nunca había venido por aquí. Pero ahora la biblioteca estará cerrada, ¿no?

--Claro, suele cerrar para que a los que trabajan allí les de tiempo a volver a su casa y preparar la cena. Yo sí he estado y la he visto por dentro. Algún día podrás visitarla tú también, ya lo verás.

Atravesamos un parquecito que había delante de la biblioteca y llegamos a un gran edificio donde había gente, algunos esperando en la entrada y otros entrando.

--Hemos llegado. Colócate la capucha, no vayan a reconocerte.

Mientras me arremetía algún rizo rebelde que se me hubiera salido de la capucha, alcé la mirada y observé el edificio ante el que estábamos. A un lado de la puerta un cartel rezaba "Auditorio de Pueblo Palacio". Era un edificio hecho totalmente de piedras rojizas, todas milimetradas e iguales. No había ventanas, pero de sus muros colgaban estandartes anunciando la función actual, que me fijé y era un recital de piano, violín y flauta.

Entramos por un enorme arco apuntado que formaban las dos enormes puertas de madera, ya abiertas, y ya en el interior Westley sacó del bolsillo interior de su chaqueta unos papeles que entregó a uno de los hombres de la entrada, quien nos acompañó a la sala y nos indicó nuestros asientos. Una vez nos hubimos sentado, Westley me cogió por sorpresa y me plantó un enorme beso.

--Bueno, dime algo, bonita.

--¿Un recital de violín, piano y flauta?

--Siempre me has dicho lo mucho que te gusta tocar el piano. Espero que te guste también oírlo.

--Westley, eres un cielo.

--Para mi princesita, lo mejor.

--Me gusta tocar el piano, y lo hago prácticamente a diario, pero toco muy... normal, no te creas que soy Elton John.

--¿Quién es Elton John?

--Eh... Un músico de mi mundo, que también canta, y toca el piano increíblemente... Es genial, ojalá yo tocara la mitad de bien que él.

--El día que menos te lo esperes, tocarás tan bien como él. Ya lo verás. Todo es cuestión de práctica.

--Cuando todo esto acabe y podamos estar juntos, me gustaría tocar para ti, para que me vieras. Me haría mucha ilusión.

--Claro que sí, preciosa. Me encantará verte y oírte.

Sonrió, se acercó a mí, me sujetó la cara con las manos y nos dimos un tierno beso. Al separarnos, me cogió unos mechones que se habían salido de la capucha y los volvió a meter.

--Estos rizos tuyos, tan rebeldes e indomables como su dueña.

--Son un incordio.

--¿Qué dices? Me encantan.

--Lo dices porque tú no tienes que soportarlos. Cuando tengo algún evento especial, tienen que venir dos y a veces incluso tres doncellas para domar esta maraña.

Westley rió.

--Tiene que ser todo un espectáculo.

--En cierto modo, lo es. Y compadezco a las pobres chicas. Antes de venir aquí, yo no me complicaba: me lo sujetaba con pinzas o con una diadema, o me hacía una coleta y fuera.

--Y estarías adorable.

--Ya te enseñaré fotos. Cuando vuelva me traeré unas cuantas de cuando era pequeña y de los últimos tiempos.

--Muchas veces me lo has mencionado, pero nunca me has explicado qué son las fotos.

--Pues verás, en mi mundo tenemos una cosa llamada cámara de fotos. Es como una caja con una pequeña ventanita y un botón arriba. Diriges la cámara y la colocas de forma que en la ventanita se vea la imagen de lo que quieras retratar, pulsas el botón y lo que se ve en la ventanita queda capturado. Se imprime y tienes un retrato tal cual es en la realidad. Ya lo verás, porque mis abuelos tenían una muy buena que pienso traerme.

--Muchas cosas quieres traerte de tu mundo, creo yo. No sé si vas a necesitar un carromato para todo lo que pretendes transportar.

--Tengo una buena mochila, amplia y resistente. Podré con todo.

--Tampoco sé lo que es una mochila.

--Una bolsa de tela fuerte con correas anchas para ajustarlas a los hombros y llevarla a la espalda.

--¿En tu mundo no tenéis maletas?

--Sí, pero con las mochilas llevamos las manos libres. Son muy prácticas.

--No sé si sobrecargar la espalda con tanto peso puede llamarse práctico.

--Ay, mi doctor, cómo cuidas de mí --Le di un beso en los labios--. No te preocupes. Estoy más que acostumbrada; cada día iba y venía de clase con la mochila llena de libros, cuadernos y material escolar. Están pensadas para que la espalda no sufra.

--Bueno, eso ya lo veremos cuando me la enseñes.

En ese momento los empleados empezaron a bajar las luces y el auditorio quedó a oscuras, salvo por el escenario perfectamente iluminado, al que iban llegando los músicos. Eché un rápido vistazo y me pareció distinguir muchos bultos en los asientos, lo que significaba que estaba bastante lleno.

--Hay mucha gente.

--Llevan dos semanas y les quedan aún dos más. Después, se irán a otro pueblo. Normalmente, los primeros días y los últimos son cuando se agotan las entradas.

Miramos hacia el escenario, donde un cuarteto de violín se posicionaba y tomaba los instrumentos. Westley me cogió la mano, lo miré y a pesar de la poca luz que había, pude ver su preciosa sonrisa. Sonreí yo también y en ese instante los violinistas empezaron a tocar.

Fue increíble. Comenzaron lento y suave, y de repente arrancaron a toda velocidad. Movían los arcos y las manos en perfecta sincronía y la música que salía de ellos me llevaba lejos, muy lejos. No sé a dónde, quizás a la gran montaña, o por encima del mar. Me hacía sentir alegre como cuando atravesé

por primera vez el pasadizo y me revolqué en el prado, en las flores, en mi libertad. La siguiente pieza que tocaron, por algún motivo que desconozco, me hizo pensar en las hadas, en esos seres a los que jamás había visto, pero que estaba deseando conocer, mezclarme con ellos y aprender lo que pudieran enseñarme. Fue muy alegre y dinámica, y cuando acabó dieron paso a una pieza lenta, más relajada, pero no nos dejaron descansar mucho porque enseguida volvieron con los ritmos rápidos, y de nuevo volvieron a transportarme a lo largo del que algún día sería mi reino, de todas esas tierras que no podía visitar, de las cuales sólo había conocido por medio de los libros o de lo que me contaban.

El recital de violín se me hizo cortísimo. Cuando todo el mundo rompió en aplausos y yo volví a la realidad, a mi asiento en el auditorio, me asombré de lo genial que había sido. Nunca había ido a un concierto de música; mis abuelos probablemente lo habrían considerado aburrido para una niña y por eso me llevaban a ver musicales, con los que yo era feliz igualmente. La música en directo era mil veces mejor que la música que se escucha en casa. A mis abuelos les hubiera encantado aquel concierto, estaba segura.

--¿Te ha gustado? --me preguntó Westley.

--Ha sido increíble. Tocan genial.

--Ahora vienen los de la flauta.

Efectivamente, así fue. Los violinistas se retiraron y dieron paso a un grupito de chicos y chicas con flautas. Empezaron a tocar y de nuevo me vi transportada por la música, y esta vez fue a las altas montañas, a los bosques frondosos llenos de niebla y cargados de magia en cada rincón. Tocarón una melodía hecha para bailar, muy alegre, que me recordó a aquella que vi hacía casi dos años en las fiestas, cuando me escapé y acabé teniendo problemas por beber karengi. En esas fiestas recordaba a un grupito de músicos y a otro de bailarines, y la música que oía en ese momento en el auditorio me recordó a lo



bien que lo pasé aquella noche. Eran melodías populares, de fiestas, y de nuevo quise visitar los lugares en donde esas tonadas tenían su origen, mezclarme con las gentes y bailar aquello, que seguro que era más animado y entretenido que los valeses, minués y bailes elegantes que me hacían aprender. Quería ir a esos pueblos con Westley y ser una ciudadana más, divertirme como todos y no hacer lo que se esperaba que hiciera, sino lo que yo quisiera.

Al cabo de un buen rato se terminó la parte de la flauta, y de nuevo tronaron los aplausos. No sabría decir cual de los dos me había gustado más porque ambos habían estado fuera de serie.

--¿Qué tal la flauta?

--Me ha encantado. Es tan bonito...

--Me alegro de que te esté gustando tanto.

--¿A ti no te gusta?

--Claro que sí, ¿cómo no iba a gustarme la música?

Cuando los flautistas se hubieron retirado, descorrieron un telón que había al fondo y un precioso piano de cola negro quedó a la vista. Un hombre trajeado entró al escenario por un lado, saludó a la audiencia con una reverencia y se sentó al piano. Levantó la tapa y empezó a tocar.

Por todos los cielos, ojalá yo tocara así. Eso era un virtuoso del piano y lo demás, tonterías. Tenía que enterarme del nombre de esa melodía y pedirle al profe que me enseñara a tocarla porque era increíble. Esa vez la música no me llevó a ninguna parte sino que se metió dentro de mí, me llegó al corazón y me tocó bien adentro. Me hizo estremecer toda, me recorrió de arriba abajo y me fulminó ahí mismo.

Cuando acabó y pasó a otra, la nueva era diferente y poco a poco me fui recuperando de la impresión, pero la delicadeza y suavidad con que aquel hombre tocaba me volvían blandita y me hacían pensar ¿pero yo algún día sabría tocar tan maravillosamente bien? Me notaba progresar día a día, pero

ahora que había escuchado a ese portento, me sentía un poco desanimada. Quería aprender, quería tocar así de bien. Cuando tocaba las partituras que el profe dejaba por si quería practicar, me sentía muy bien, mis dedos se deslizaban solos y me sentía evadirme y olvidar mis preocupaciones. Era como si solamente existiéramos el piano y yo... y eso que eran melodías sencillas. Bonitas y armoniosas, pero sencillas.

No estaba segura de si sería una buena reina, de si valdría para gobernar, pero, si pudiera elegir, me encantaría estudiar música. El piano y yo nos entendíamos y eso debía de ser algún tipo de don. Independientemente de que fuera princesa, reina o lo que llegara a ser, quería tocar el piano y quería hacerlo bien.

El pianista estuvo tocando mucho rato, y yo estaba como drogada por su música. Me encantaba. Cuando acabó y todo el mundo aplaudió, lentamente volví a la realidad y aplaudí yo también. Westley esta vez no me dijo nada (supongo que mi cara lo diría todo), pero me atrajo hacia él y me dio un fuerte beso en el pelo.

El pianista se levantó, hizo una reverencia y volvió al piano mientras por sendos lados del escenario volvían los flautistas y los violinistas. Se sentaron y la siguiente tonada fue entre todos, la que sin duda fue la mejor pieza de la noche. La combinación de los tres instrumentos era lo más maravilloso que había escuchado jamás, y me dejó totalmente desarmada. Me llevó a todas partes y a ninguna, se metió dentro de mí y me rodeó mil veces, con esa pieza sentí algo indescriptible que jamás había llegado a sentir.

--Tengo que decirle al profe que me enseñe a tocar así --declaré cuando terminó, en medio de todos los aplausos, cuando todos estábamos de pie, la sala ya iluminada de nuevo y los músicos se despedían desde el escenario.

--Entonces, ¿te ha gustado el recital?

--¿Gustarme? Ha sido genial, Westley. Increíble, maravilloso.

Me colocó la capucha, que de nuevo se empeñaba en dejar a la vista mi abundante melena, y lentamente nos dirigimos a la salida del auditorio.

--La última melodía que tocó el pianista en solitario --comentó Westley, ya en la calle-- era una cancioncilla que solía cantarme mi madre cuando era pequeño.

--¿Tiene letra?

--"Gotas de lluvia, rayos de sol, no temas nada, pues estamos los dos. Flores de nieve reflejan la luz, nada necesito porque aquí estás tú".

--¡Oh, qué bonito!

--Mi madre la usaba para dormirme en las noches oscuras, o para consolarme si en el colegio no había sido un buen día.

--Me hubiera gustado mucho conocerla. Debió de ser una gran mujer, porque crió al mejor hombre del universo.

Westley se echó a reír.

--¿Y mi padre no tendría nada que ver en el asunto?

--Por supuesto. Los mejores padres que criaron al mejor hijo.

--Mis padres sin duda fueron buenas personas y buenos padres, pero tú precisamente deberías saber que ese no es un factor determinante que haga que una persona sea buena o mala. Tú eres un buen ejemplo de ello.

--Ya sabes que me crié con mis abuelos. Los veranos con ellos eran geniales. Me llevaban a su pueblo, que era todo verde, también montañoso, como el tuyo, y muy bonito. A veces me llevaban a la costa para que viera el mar. Cuando murieron pasaba temporadas con mis tías, de casa en casa. Supongo que estaría mejor así que con mis padres, porque cuando me establecí con ellos mi vida se volvió un infierno. Siempre pensé que mi madre pasaba de mí, pero puede que simplemente se hubiera acostumbrado a vivir sin mi presencia, no lo sé. Mientras fui pequeña hablábamos de vez en cuando y también venía a pasar algún fin de semana. Es difícil de explicar, pero estos

casi tres años sin ella me han hecho pensar que apenas la conocía. Es mi madre y no sé si realmente me quiso alguna vez.

--¿La echas de menos? ¿Tienes ganas de volver a verla?

--La verdad es que no la echo de menos. Es casi una desconocida para mí. Mientras viví con mis abuelos, se preocupó de saber de mí, pero los tres años que viví con ella apenas me hizo caso. Y bueno... No es que tenga ganas de volver a verla. Me gustaría que algún día me contara la verdad, si me quiso, si no, por qué actuó de la manera que lo hizo... Lo cierto es que quiero verla y contarle lo que he estado haciendo todo este tiempo. Pero no ahora. Es decir, me siento obligada a contárselo... pero aún no me siento preparada. Iré en algún momento antes de subir al trono y me despediré de ella definitivamente. Le daré tu carta, le hablaré de ti y le diré que voy a vivir mi vida. Y que... bueno, que la perdono. Me hubiera gustado tener una madre como la que tenían todas mis compañeras de clase, y ella no lo fue. Pese a todo, quiero que sepa que la perdono por todo lo que debería haber hecho y nunca hizo.

--Tienes un corazón de oro, pequeña.

--No te creas. La perdono por no haber sido la madre que mis hermanos y yo merecíamos, pero jamás la perdonaré por no haberse respetado como mujer. En cuanto mi padre le puso la mano encima por primera vez, tenía que haber ido a la policía. Y si no fue suficiente motivo, en cuanto empezó a descargarse conmigo. Permitió que su marido volviera borracho y la emprendiera a golpes, primero con ella y luego con su hija. Se escudaba diciendo que no podía hacerse nada, pero sí que se podía. Quizás fue comodidad, o miedo, o cobardía... No lo sé, pero eso no se lo perdonaré jamás.

--Melania, te juro por la memoria de mis padres que yo jamás usaré mis manos para hacerte daño. Jamás.

--Lo sé, Westley. No tienes que jurármelo; lo sé.

Me abrazó fuertemente, reconfortándome con sus brazos y haciéndome sentir segura. Los abrazos de Westley tenían ese poder; en ellos era como si el resto del mundo desapareciera y pudiera despreocuparme de todo.

Poco a poco, habíamos llegado cerca de su casa. Me preguntó si me apetecía subir o prefería volver al bosquecillo, y yo preferí subir a su casa y que me invitara a una infusioncita de las suyas. Hablar de mis padres me había dejado un poco tristona y me apetecía relajarme un poco a solas con mi amorcito.

Subimos y me preparó mi infusión favorita: la de fresas con vainilla. Él se preparó otra de hierbas, y cuando estuvieron listas, nos las tomamos poquito a poco. Al acabarlas, nos tumbamos en su cama, pero sin quitarnos la ropa y sin hacer nada, simplemente nos quedamos abrazados. Westley se movió un poco para poner la alarma en su reloj y así nos quedamos dormidos.

## Capítulo 75

Habían pasado unos cuantos días desde el recital y todavía lo recordaba como si acabara de salir. Se lo había contado a Ángela, así como mis deseos de poder ir a algún recital de manera oficial, como princesa, pero ella me dijo que el rey no aprobaría que saliera de Palacio para divertirme, como bien había quedado claro en los casi tres años que llevaba allí.

La siguiente noche que había quedado con Westley para vernos en el bosquecillo era fresca y ventosa. Me había llevado el abrigo-saco para resguardarme, aunque tenía ganas de que él me abrazara y me diera calorcito, sin embargo Westley no apareció aquella noche. Lo achaqué a lo que él mismo me había dicho alguna vez: alguna urgencia en la clínica. No le di importancia y, al cabo de un rato, regresé a mis habitaciones, dando por hecho que si Westley no había librado aquel día, libraría el siguiente. Pero una vez más, me equivocaba. No apareció el día siguiente, ni al otro. Tampoco me dejó notita explicando su ausencia. Le pregunté a Ángela si había habido algún disturbio fuera, alguna emergencia o algo y me dijo que no, con lo cual mi preocupación se incrementó, y la cuarta noche en la que no apareció, me puse el abrigo-saco y me aventuré por las calles del pueblo hacia la clínica.

Tiré de la cuerdecita que hacía sonar la campana de dentro y a los pocos segundos se abrió el ventanuco con la cara de Leo.

--Buenas noches, Leo, soy yo.

--Pasa, hija.

Abrió la puerta, me hizo entrar y la cerró tras de mí.

--¿Está Westley?

Leo me miró muy serio y negó despacio con la cabeza.

--¿No? ¿Dónde está?

--Creí que tú podrías decirme algo.

Me quedé helada de pies a cabeza.

--¿Qué ha pasado? --pregunté con un hilo de voz.

--No lo sé, Melania. Lleva casi una semana sin aparecer. He estado en su casa y no hay nadie. Todas sus cosas están allí, de modo que... no sé qué pensar. ¿No te ha dicho nada?

--La última vez que lo vi fue cuando libró y fuimos al recital.

Bajó la cabeza y se llevó la mano a la frente.

--No puede ser. Dioses, que me esté equivocando, por favor.

--¿Qué? ¿Qué pasa?

--Acompáñame, no sea que Andidus salga y nos oiga.

Me llevó a una sala que debía de ser su consulta y cerró la puerta.

--Aquí podemos hablar más tranquilamente. Escucha, Melania. Jamás en mi vida he deseado algo como estoy deseando equivocarme ahora, pero si ha desaparecido así solo puede deberse a un motivo. Y ojalá yo no esté en lo cierto, hija, pero estoy empezando a temerme que os han descubierto.

--¿¿¿Qué???

--¿No te han dicho nada? ¿No has notado nada fuera de lo común en Palacio?

--No, nada. Tengo mucha confianza con el servicio y me lo hubieran dicho.

--Es lo único que se me ocurre. Westley no desaparecería sin más. Ha tenido que pasarle algo y... bien cierto es que aquí traen víctimas de robos y de asaltos callejeros casi a diario y no lo han traído. De modo que... Dioses, nunca pensé que llegaría a decir esto, pero ojalá que sea eso y que esté en el calabozo. Mejor ahí que en el fondo del río.

--Leo, no estarás insinuando que lo han podido matar en la calle...

--Volvemos juntos por la mañana cuando salimos. Lo que sea que le haya sucedido, ha sido a plena luz del día. Dudo mucho que haya sido una pelea o un robo en la calle.

--¿Entonces?

--Mucho me temo que es cierto, hija. Han debido de descubrirnos. Dioses, ¡mira que le dije que me hiciera caso y os fuerais cuanto antes! Pero no, él quería hacerlo todo sin ayuda de nadie, quería hacerse el héroe contigo. Y esto es lo que pasa cuando el orgullo se pone por encima del sentido común.

--¿Y ahora, qué? Algo se podrá hacer... ¿no?

--Escúchame, Melania. Si realmente ha sucedido lo que me temo, lo habrán apresado y probablemente acusado de traición. A los traidores se los lleva a los calabozos.

--¿A los calabozos en Palacio?

--Sí.

--Pues voy ahora mismo y si está ahí, lo sacaré. Y mañana mismo estará aquí de nuevo.

--Hija...

--¿Qué?

--¿Sabes lo que son los calabozos? ¿Lo que pasa allí?

--Un calabozo es... un calabozo, ¿no? Tendrán ahí a los prisioneros encerrados y quizás amarrados con grilletes. ¿Qué otra cosa puede ser si no?

Leo se frotó suavemente los ojos.

--Westley me decía a menudo que no te enseñan nada, que apenas sabes cómo funciona el reino y que incluso de Palacio desconoces la mayoría de cosas. Qué razón tenía.

--¿Por qué lo dices?

--Melania, a los calabozos muchos entran, pero muy pocos salen. Se dice que el trato que se les da allí es... Digamos que no tienen medida.

--No pueden haberle pegado. No ha hecho nada.

--Si está ahí, está acusado de traición, y si es o no traidor se decidirá en un juicio... en caso de que sobreviva.



--¿Sobrevivir a qué? ¡Pero si no ha hecho nada!

--Eso habrá que decírselo a los carceleros.

--Eso es lo que voy a hacer.

--¿Qué vas a hacer?

--Voy a bajar a los calabozos, y si está ahí, lo voy a sacar. No permitiré que lo maten.

Guardó silencio unos segundos, mientras me miraba fijamente. Vi angustia y preocupación en sus ojos; la preocupación de un hombre que quería a Westley como a su propio hijo.

--Si hay alguien que lo pueda sacar de ahí, esa eres tú. Acompáñame.

Me llevó al almacén y entró conmigo. Se dirigió a unos estantes y seleccionó algunos botes.

--La mayoría los vas a conocer ya. Este es un desinfectante para heridas profundas en la piel, causadas por látigo o similares --Al oír la palabra "látigo" y relacionarla con Westley, se me heló la piel--. Esto es calmante para esas mismas heridas y esto un cicatrizante. Con este otro se tratan los moratones. Y estos son para diluir una cucharada en medio vaso con agua. Con este bajas la fiebre y con este otro alivias dolores. ¿Te acordarás de para qué sirve cada uno?

--Sí, sí. Me acordaré. Pero, ¿es necesario todo esto?

--Lleva muchos días ahí dentro. Solo espero que aún viva. Y, Melania, muy importante: que beba agua. Ayúdale si lo necesita, pero que beba. Un ser humano puede sobrevivir sin comida mucho tiempo, pero no sin agua.

Cogió una bolsa de tela y metió todos los botes que había seleccionado. Añadió gasas y vendas.

--Que los dioses estén contigo, hija. Mucha suerte. La vas a necesitar.

Tragué saliva y lo miré. Estaba muy asustada y asentí levemente. Leo me dirigió una pequeña sonrisa.

--Westley siempre ha dicho que eres muy valiente. Y tiene mucha razón. Ánimo, hija. Lo conseguirás.

Nos miramos unos segundos y nos dimos un abrazo.

--No sé si voy a poder soportar verlo maltrecho en un calabozo.

--Melania, vas a ser la mujer de un médico. En muchas ocasiones te pedirá que le echés una mano; tienes que acostumbrarte a ver heridos. No es agradable, pero tienes que hacerlo. Sé que no es lo mismo un herido cualquiera que la persona a la que amas, pero en eso puede estribar la diferencia entre que viva o muera. Podrás hacerlo. Intenta que lo traigan aquí. Si lo consigues, probablemente le salvemos la vida.

Asentí con la cabeza.

--Tú puedes. Tráenoslo de vuelta.

Me abrió la puerta de la clínica y salí a la calle. El viento helado me golpeó en la cara y me provocó un escalofrío que llegó hasta mi espina dorsal. Me puse en camino hacia mi bosquecillo, temblando de frío y de miedo ante lo que se me venía encima.

Westley me había salvado la vida. Ahora me tocaba a mí devolvérselo.

## Capítulo 76

Me metí en mi pasadizo, dejé el abrigo-saco en la entrada y regresé a mis habitaciones. Encendí la luz y apoyé las manos sobre el tocador, dejando caer en ellas el peso de mi cuerpo. Mantuve la cabeza baja mientras intentaba poner en orden mis pensamientos.

Si Westley estaba en los calabozos, sin duda era porque nos habían descubierto y, como dijo Leo, estaría acusado de traición. Me preguntaba quién sería el hijo de puta que nos había delatado y había revelado su identidad. Sea quien fuere, lo había hecho a mala baba, para hacernos daño, y de no ser por mi excusión a la clínica, ni me hubiera enterado. Solo esperaba que mi autoridad y mi posición fueran suficientes como para poder liberarlo.

Me llevé la mano al colgante con la libélula y pedí que, si había de verdad algún dios que me estuviera escuchando, que me diera fuerza y entereza para lo que estaba a punto de hacer. Y por favor, que no fuera demasiado tarde.

Eran las mil horas de la madrugada, apenas habría gente por los pasillos de Palacio y contaba con que los duques babosos estuvieran roncando y no me molestaran.

En una mano la llave. En otra la bolsa con todo lo que me había dado Leo. Estaba lista. Abrí la puerta y salí al pasillo. Fuera había un asistente montando guardia.

--¿Señora? Es muy tarde. ¿Se encuentra bien?

--Sí, estoy perfectamente. Necesito que me lleves a un sitio.

--Por supuesto. Usted dirá a dónde.

--A los calabozos.

--¿A... los calabozos?

--Sí, ahí es donde quiero ir. Guíame, por favor.

--Como usted diga.

Nos pusimos en camino. Atravesamos pasillos y corredores hasta llegar a la gran puerta que delimitaba las dos partes de Palacio; la misma que iba a las cocinas, pero una vez la cruzamos no tomamos el camino que yo ya conocía, sino otro. Seguimos por pasillos de piedra hasta llegar a unas empinadas escaleras que bajé con cuidado para no caerme. Bajábamos y bajábamos como si fuéramos al infierno, un infierno que apestaba a humedad y que hacía que se me pusiera la piel de gallina. Las paredes estaban iluminadas con antorchas, lo que le daba un aspecto mucho más lúgubre de lo que ya era a toda aquella planta. Tras caminar unos minutos, llegamos a donde había tres hombres.

--Esta es la entrada a los calabozos, Señora. ¿Necesita algo más?

--Eh... Espera un poco, necesitaré que me lleves de vuelta o bien que transmitas un mensaje. No creo que tarde mucho. Espérame aquí.

--Muy bien, Señora.

Me dirigí a los tres hombres que estaban apoyados en las paredes.

--Buenas noches. Soy la princesa Melania. ¿Son ustedes los encargados de... de este lugar?

--Buenas noches, princesa. Este no es el lugar más adecuado para usted.

--Bueno, eso lo decidiré yo. Estoy buscando a una persona.

--Todos los que están aquí son traidores, asesinos y demás calaña.

--Busco a un hombre al que debieron de arrestar esta semana. Westley Crewe.

El hombre se volvió hacia otro.

--Mira si está Westley Crewe en el registro.

Sacó un libro, lo abrió y empezó a buscar.

--Westley Crewe. Llegó esta semana, efectivamente. Acusado de traición al rey.

--No ha hecho nada. Es inocente --repuse.

--No somos nosotros quienes decidimos eso, Señora.

--Debe ser liberado de inmediato.

--La ley no permite que ningún prisionero sea liberado antes de haber sido juzgado. Solamente el rey puede ordenar algo así en casos excepcionales.

--Pero yo soy la princesa. Soy la siguiente al mando tras el rey.

--Efectivamente, y como ya le digo, solamente el rey puede indultar o sacar a alguien de aquí.

Plan A. Resultado: fallido. Pasemos al plan B.

--¿Puedo ver al prisionero?

Se miraron entre ellos.

--Los prisioneros no admiten visitas --afirmó uno.

--De los plebeyos --contestó otro--. Se supone que la Casa Real puede acceder a los prisioneros en todo momento.

--La ley prohíbe que nadie aparte del rey pueda sacar a los prisioneros, pero no hay nada legislado en lo que a la princesa se refiere, por tanto...

--Déjala entrar, hombre. Que legislen mejor si no querían que pasara. Además, ¿qué va a suceder porque haga una visita a un prisionero?

--Venga por aquí, princesa.

Me llevó por un estrecho pasillo con celdas a los lados, celdas con barrotes que iban del suelo al techo y que dejaban ver lo que había dentro: gente como la que vi en la explanada. Sucios, harapientos, demasiado débiles para moverse. La mayoría tirados en un rincón intentando descansar, pero hubo uno que asomó la mano y me agarró del vestido, dándome un enorme susto y que solamente me soltó cuando el carcelero le dio un puntapié.

Olía a podredumbre y a miseria. A sangre y muerte. Al pasar por algunas celdas, oía quejidos y respiraciones dificultosas. No podía creer que existiera un lugar como aquel, y me angustiaba horriblemente que mi novio estuviera en una de esas celdas. Nadie merecía estar encerrado en un lugar así y en unas condiciones tan deplorables, y mucho menos alguien que no había cometido

delito alguno.

Aquello era espantoso. Lo que se podía intuir (porque me negaba a mirar) en el interior de las celdas era horrible y decía mucho de la persona que lo permitía. Gente muriendo en cada rincón, y muriendo rodeada de miseria, enferma, agonizando por el dolor, el hambre, la sed y el trato recibido.

Finalmente nos detuvimos ante una celda. Mientras el carcelero buscaba la llave en su manojó, miré al interior y vi un bulto tirado a un lado. Un bulto de pelo claro, muy familiar... Me llevé las manos a la boca porque todo parecía indicar que era él. El carcelero me abrió, cogió una antorcha de la pared del pasillo y la colocó en el interior de la celda, en el aplique habilitado para ello. Tras eso, salió y nos dejó solos. Yo había entrado pero me había quedado en la puerta, y solo cuando supe que se había ido me acerqué al prisionero. Con la luz de la antorcha podía verlo mejor, y sí. Era él.

--Westley, mi amor...

Estaba tumbado de lado. Le retiré el pelo de la cara y se la acaricié. Estaba ardiendo. Tenía que hacer que se despertara para que se tomara la medicina.

--Westley, mi vida. Soy yo. Estoy aquí. He venido a sacarte, cariño.

Tenía barba de varios días y su cara estaba llena de porquería, al igual que sus manos y su ropa. Su camisa, que una vez fue blanca, tenía además restos de sangre. Me asusté al verlo y recordé que una de las cosas que Leo me había dado era, precisamente... Me asomé a su espalda e inmediatamente quise no haberlo hecho. Dioses, le habían pegado, y bien. Las lágrimas me inundaron los ojos.

--¿Pero qué te han hecho? ¿Cómo se han atrevido? Despierta, corazón. Estoy aquí, contigo. Despierta, por favor. Soy yo. Soy tu princesita y he venido a sacarte de aquí. Por favor, vuelve en ti. No me hagas esto. Westley, despierta... Despierta, mi amor... te lo ruego...

Me tumbé a su lado, cara a él, y empecé a darle suaves besitos y caricias en la cara. Tenía restos de sangre en la nariz y la mandíbula hinchada y amoratada. Leo me había dado muchas cosas de primeros auxilios pero no me había dicho cómo actuar en caso de encontrarlo inconsciente. Pensé que sin duda si le limpiaba un poco su carita no le haría ningún mal. Recordé lo que me dijo Leo de que le hiciera beber agua. Me sequé los ojos, respiré hondo y me dirigí a la puerta.

--¡Carcelero! --grité--. ¡Carcelerooooo!

El carcelero llegó corriendo en menos de un minuto.

--¿Sí, princesa?

--Tráigame agua para beber y vasos.

--Los prisioneros no pueden beber agua.

--Es para mí. Tráigame agua. Voy a quedarme aquí mucho tiempo y necesitaré beber.

El carcelero suspiró. No era tonto y sabía para quién iba a ser el agua en realidad, pero no podía contravenir mis órdenes ni hacer nada.

--Y dígame al asistente que puede volver a su puesto, pero que le diga mañana a la señora Ángela que me encuentre aquí.

--Como usted diga.

Al cabo de unos minutos trajo un cubo de agua con un cazo y un par de vasos de estaño, muy viejos y abollados, y se retiró. Saqué de la bolsa unas pocas gasas, las mojé en el agua y empecé a limpiarle delicadamente la cara a Westley. Al llegar a la nariz y a la boca, noté que todavía tenía aliento, lo que me dio ánimos. Lo conseguiría.

Coloqué su cabeza en mi regazo y le refresqué la frente, ardiendo por la fiebre. Mientras le pasaba la gasa empapada en agua fría, me puse a canturrear la canción que me enseñó: --"Gotas de lluvia, rayos de sol, no temas nada, pues estamos los dos".

Noté que se movía un poco. Llevó la mano hasta cerca de su cara, pero yo se la cogí y se la acaricié.

--"Flores de nieve reflejan la luz, nada necesito porque aquí estás tú".

Movió un poco la cabeza e hizo algo de fuerza con los dedos en mi mano, sin llegar apenas a apretar. De su boca salió un pequeño sonido. Decidí seguir cantando.

--"Gotas de lluvia, rayos de sol, no temas nada, pues estamos los dos".

--...dre... Ma... dre...

--No, Westley. No soy tu madre. Soy yo, Melania. Tu princesita. Háblame, Westley, por favor.

Apretó los párpados e hizo un gesto de dolor, acompañado de un quejido.

--Westley, mi amor. Estoy aquí. Dime algo.

--Me...lania...

--¡Sí! Sí, vida mía, soy yo. ¿Puedes oírme? He venido a por ti.

--Vete...

--¿Qué?

--Vete, Melania...

--Ni hablar. No pienso irme si no es contigo.

--Por favor, vete...

--¿Por qué quieres que me vaya?

--No quiero... que veas... lo que va a pasar...

--No me voy a ir, Westley. Y te lo digo muy en serio.

--Por favor...

--¿Acaso me abandonaste tú cuando estaba enferma de neumonía?

--No quiero que... estés aquí cuando... llegue el verdugo otra vez...

--Que se atreva a tocarte estando yo aquí. Que lo haga si tiene huevos.

No respondió a eso. Intentó respirar, pero le costaba mucho.

--Cariño, bebe agua. Tengo aquí mucha. Bebe. Leo me dijo que tenías que



hacerlo --Llené un vaso--. Toma, mi amor. Bebe.

Le arrimé el vaso a los labios y le fui dando de beber. Se derramó gran parte en mi falda, pero pude ver cómo se movía su nuez: estaba tragando. Cuando se vació el vaso, lo volví a llenar y se lo volví a dar. Bebió con avidez y así hasta tres vasos más, hasta que me dijo que no hacía falta más.

--Te voy a dar la medicina para la fiebre. Te vas a poner bien, mi vida.

Saqué las bolsitas que Leo me dio y recordé cual de ellas tenía la medicina para bajar la temperatura. Eché a ojo lo que equivaldría a una cucharada, después agua, tapé el vaso con la mano y agité para que se mezclara bien. Acerqué el vaso a la boca de Westley y se lo bebió, esta vez sin apenas derramar nada.

--Gracias --musitó, antes de volver a dejar caer la cabeza en mi regazo y respirar dificultosamente, recuperando el aliento.

--Leo me ha dado el desinfectante para las heridas. ¿Te lo pongo?

Pasaron unos segundos antes de que contestara. Lo hizo con mucha lentitud.

--La camisa se me habrá quedado pegada. Mojalá hasta que se ablande y salga con facilidad. No tires, por favor. Hazlo con cuidado.

--Claro que sí, cariño.

Le ayudé a sentarse, le saqué los brazos y la cabeza de la camisa con mucho cuidado y en la espalda le eché un poco de agua, ayudándome con el cazo. Dio un pequeño respingo al contacto con el agua, que estaba fría, pero dejó que le empapara la camisa y al cabo de un ratito, cuando intenté desprenderla, se despegó con facilidad. Saqué el botecito del desinfectante y empecé a aplicarlo con cuidado. El pobre apretó los puños, los ojos y los dientes, pero no se quejó, sino que en todo momento me indicó por dónde tenía que seguir echando para desinfectar. Yo lo sabía por propia experiencia: había que poner líquido en cada zona afectada de la espalda hasta que dejara de doler; solamente entonces se habría desinfectado del todo. Tenía toda la espalda ensangrentada y llena de cortes muy profundos, y se me partía el alma al verlo así, pero pensaba en lo que me dijo Leo, lo de que tenía que acostumbrarme a ver esas cosas si quería ser la mujer de un médico, y también me decía a mí misma que era la única esperanza de Westley. Si no lo ayudaba yo, nadie lo haría. Cuando acabé el pobrecito estaba sudando, así que le di otro vaso de agua antes de continuar, que me aceptó de buena gana.

--Te quiero, valiente --murmuró.

--Voy a darte la crema regenerante. Leo me dio un calmante para tus heridas y otro para diluir en agua. ¿Cuál te doy?

--Los dos.

--Te debe de estar doliendo una barbaridad. Pobrecito mío. Lo siento, Westley...

--No ha sido culpa tuya. Nos vieron en el pueblo la última vez que

salimos.

--¿Y quién ha podido tener tan mala idea como para hacer que te apresaran?

--No lo sé, pero poco importa ya.

--Lo siento tanto...

--Pues yo no lo siento. Te lo dije el primer día: estaba dispuesto a correr el riesgo y a aceptar cualquier consecuencia. Solo por estar contigo, ha merecido la pena. No lo lamento en absoluto.

--Te he arruinado la vida.

--No digas tonterías.

--Tú eras una promesa en el campo de la medicina. Conocerme solo te ha traído problemas.

--Melania, mírame. Si hay algo que le agradezco profundamente a los dioses, es el haberte conocido y el haberme dado la oportunidad de amarte. Ahora sé lo vacía que estaba mi vida antes de que tú llegaras a ella. No cambiaría estos dos años a tu lado por nada, ¿me has oído bien? Por nada. Preferiría morir ahora mismo por estas heridas antes que una toda una vida sana estando solo.

--Westley...

--No me llores, preciosa. Estás más bonita cuando sonríes.

--No lo soportaré si te mueres. No se te ocurra dejarte morir porque no te lo perdonaré jamás, ¿me oyes?

--Te oigo, princesita. Sólo tú serías capaz de prohibirme morir.

Y por primera vez desde que lo encontré aquella noche, vi una pequeña sonrisa asomar entre sus labios. Le acaricié su carita, ahora limpia y sin restos de sangre o suciedad, y me puse detrás de él para ponerle la crema regenerante en la espalda. Después, le preparé el calmante y me tumbé cara a él mientras esperábamos que los remedios hicieran su efecto. Me abrazó como pudo,

teniendo en cuenta su situación, y yo le pasé los brazos por detrás del cuello. Nos quedamos así varias horas, yo alerta por si viniera alguien, pero intentando descansar a pesar de todo.

## Capítulo 77

Me desperté sobresaltada notando un ligero contacto en mi pelo. Rápidamente me puse en guardia, pero la que estaba agachada a mi lado era Ángela. Miré a Westley, que también se había despertado y, por su cara, estaba bastante dolorido.

--No sé si enfadarme contigo o admirarte, chiquilla.

--¿Tú sabías esto?

--Hará unos cinco minutos que me lo comunicó el asistente que hacía la guardia en tu puerta por la noche. Lo primero que pensé es que te había dado por abogar por alguna causa perdida y venía dispuesta a llevarte de la oreja a tu alcoba. Pero no esperaba encontrarme esto, ciertamente. ¿Qué ha pasado?

--Alguien nos ha descubierto y denunciado.

Asintió y la observé exhalar profundamente. No parecía sorprendida.

--Tarde o temprano tenía que suceder.

--No es justo. Tanta culpa tiene él como yo.

--Eso debes decirlo cuando lo juzguen.

--No deberían juzgarlo por esto. Lo único que hemos hecho ha sido enamorarnos.

--No hay ninguna ley como tal que prohíba a los plebeyos emparejarse con miembros de la Casa Real, aunque por lo general la gente crea que sí la hay. La que sí existe es una que advierte a los ciudadanos que no deben acercarse a los miembros de la Casa Real por interés o para aprovechar su posición. Pero el caso --Levantó un poco el dedo índice para enfatizar lo que me explicaba, como si fuera una profesora-- es que el rey te prohibió a ti en particular salir de Palacio, jovencita, y lo sabes muy bien. Tu novio sabía que salías y no solo no dijo nada al respecto, sino que siguió viéndote, con lo cual va a tener encima una acusación no solo de traición, si no de coacción y puede que

incluso de secuestro. Y vais a tener que ser muy convincentes para demostrar que él no tenía ningún interés en ti por tu posición o lo acusarán de traición a la Casa Real, que sumado a la traición al rey, conllevaría una pena muy severa.

--Pero qué dices. Esto es de locos.

--En el juicio vas a tener que admitir que desobedeciste deliberadamente y probablemente acaben cegando tu pasadizo para que no lo vuelvas a hacer.

--¿Y qué pasará con él?

--Veremos qué clase de juez os toca, mi niña. Yo no puedo adelantar nada; solo que la única manera de eximirle de culpas es asumirlas tú.

--Eso ni hablar --gimió Westley--. Los dos somos igual de culpables.

--Voy a traerte algo para que desayunes --Miró fugazmente a Westley--. Algo para una princesa muy hambrienta, ¿eh?

--Sí, por favor.

Cuando Ángela salió, me volví hacia Westley.

--¿Cómo estás?

--He tenido momentos mejores.

--¿Te doy la crema en la espalda?

--No; es una vez al día. Pero si pudieras ponerme el calmante...

--Claro que sí. Y --Le toqué la frente-- te voy a preparar también la de la fiebre y a darte crema en esos moratones de la tripa.

Asintió, por lo que fui a su espalda y comencé a aplicarle el calmante. Ya no tenía un aspecto tan feo como el día anterior, pero seguía impresionándome bastante tanto corte y tanta cicatriz. Iba a preguntarle si le dolía mucho, pero no lo hice, ya que por propia experiencia sabía que sí. Cuando acabé, se incorporó un poco para poder beberse la medicina, y aproveché para abrazarlo y dejar que relajara la cabeza, apoyándola en mi pecho.

--Te amo --afirmó con voz clara.

--Y yo a ti.

--Estoy orgulloso de ti, Melania. Ni en mil millones de años encontraría a una mujer mejor que tú.

--Espero que no la encuentres --reí, tratando de aliviar el ambiente.

--Habría que estar loco para dejarte por otra. Loco o imbécil.

--¿Te vas encontrando mejor?

--Mucho mejor que ayer, sí. Gracias a ti.

--El mérito también es de Leo, que me dio todo esto y me dijo cómo usarlo.

Oí que pronunciaba el nombre de Leo en susurros.

--¿Estaba muy enfadado?

--Más que enfadado, preocupado.

Hizo ademán de querer volver a tumbarse y lo ayudé a hacerlo. Me puse cara a él y estuvimos mirándonos sin decirnos nada durante un rato, que interrumpí para ponerle la crema para los moratones en el estómago, el pecho, la mandíbula y los brazos, y de nuevo me tumbé junto a él.

--Tú tenías más moratones que yo --Sonrió.

--Eso no va a hacer que me preocupe menos.

--Sobreviviré. Igual que lo hiciste tú.

Le di un beso en los labios y permanecí abrazada a él. No era el hecho de que sobreviviera lo que me preocupaba (puesto que todo parecía indicar que iba a mejorar), sino el cómo iba a sacarlo de ahí y devolverle su libertad. La persona que nos había acusado, ¿qué rayos pretendía? ¿Qué sacaba haciéndonos daño? No habían cegado el pasadizo de mi cuarto, con lo cual no había sido un ciudadano cualquiera que cumplía con su deber avisando de que la princesa estaba fuera. Había habido algo más. ¿Habrían sido los rebeldes? Imposible, yo podría denunciarlos en ese mismo instante... Pero entonces, ¿Quién? Y, ¿por qué?

En ese momento entró Ángela con una bandeja llena de cosas.

--Desayuno para una princesa que se ha levantado con mucha hambre, ¿verdad? Doble ración de todo.

--Gracias, Ángela. De verdad.

--Y he tardado un poco porque he estado haciendo algunas averiguaciones. Ya sé lo que ha pasado.

Nos quedamos mirándola, expectantes.

--La última vez que os visteis fuisteis al auditorio, y allí os vieron. Te reconocieron y cuando salisteis os siguieron hasta su casa.

--¿Qué me reconocieron? ¿Quiénes?

--Dos de los duques también fueron al recital la misma noche que vosotros.

Me quedé con la boca abierta.

--¿¿¿Qué??? ¿¿Esos hijos de puta babosos asquerosos nos han delatado para joderme??

--Pues sí, mi niña. Eso parece.

Me derrumbé.

--Pero, ¿por qué? ¿Yo qué les he hecho?

--No lo sé con seguridad. Se dice por los pasillos y las cocinas que tenían una apuesta entre algunos de ellos por quién era el que conseguía quitarte la virginidad.

--¡¡¡¿¿¿Qué???! --bramó Westley.

--Y no les gustó nada saber que se les habían adelantado.

--¡¡Los mataré!! ¡¡Los mataré a todos!!

--Westley, mi amor, cálmate...

--¡No, no me calmo! ¡No hasta que ese puñado de bastardos esté bajo tierra!

--Westley, no estás en condiciones de moverte.



--En eso tiene razón --agregó Ángela--, y si ella ha apretado los dientes y ha aguantado todos estos meses sus acosos, tú no vas a ser menos. Ya llegará el momento de devolverles las humillaciones. Pero ahora no. Tienes todas las de perder. ¿O acaso quieres que te maten?

--¿Cómo queréis que me quede tranquilo sabiendo que pretenden violarla?

--Ella ha demostrado siempre ser más lista que ellos. Confía en tu novia, Westley. Es más avispada de lo que ellos creen. Y de nuevo te lo repito: son rumores.

--En ella confío. Pero en ellos no.

--Westley, por favor. Hazlo por mí. Lo primero es que te pongas bien y salgas de aquí, y después ya veremos.

--No, Melania. Nada de ya veremos. En cuanto sea libre de nuevo, nos vamos tú y yo. A donde sea. Pero no quiero que sigas viviendo aquí.

--Westley, lo que pretendes conculca las leyes de la magia --interrumpió Ángela--. La princesa no puede abandonar Palacio para vivir con los plebeyos. Mientras viva en este mundo, debe permanecer cercana a la magia, y la torre es el corazón de la misma. Si te la llevas la estás secuestrando.

--No sería un secuestro porque no me llevaría en contra de mi voluntad --aclaré.

--Melania, fuiste llamada por el Libro mediante la magia y debes permanecer en ella. Si te vas junto a un plebeyo es como si ese plebeyo le robara a la magia lo que es suyo.

--Yo no le pertenezco a la magia.

--Sí, mi niña, sí que perteneces a la magia y al reino. Tienes un destino trazado que ha de cumplirse.

--No. Eso lo decido yo. Yo soy la dueña de mi destino. No soy el instrumento de nadie.

--Nunca te lo he llegado a preguntar, ¿pero qué diantres ponía en el Libro

sobre ti para que digas eso?

--Varias cosas y ninguna buena. Tienes ante ti a una traidora, Ángela. El rey lo sabe y por eso me putea. Y yo, para defenderme y vengarme de sus perradas, traiciono a la Casa Real. El maldito Libro ha creado una paradoja y yo me niego a seguir siendo una muñeca con la que todo el mundo juega hasta que se rompe. Todo va a cambiar después de esto, Ángela. Si los duques lo saben, el rey no tardará en saberlo y para entonces yo ya no quiero estar aquí. Estoy muy harta, Ángela. Quiero irme y que les den a todos. Pero con él --Cogí la mano de Westley y lo miré a los ojos mientras le acariciaba la cara--. Él es mi vida, mi norte y el suelo que me sostiene. Lo quiero desde siempre y lo quiero para siempre.

Nos quedamos en silencio unos segundos en los que Westley y yo no dejamos de mirarnos ni de sonreírnos.

--Os ayudaré --declaró Ángela de repente.

--¿Que nos ayudarás?

--Intentaré buscar una manera para que él salga de este lugar, y cuando lo consigamos, os daré algo de dinero para que podáis estableceros lejos de aquí.

--¿Tú harías eso por nosotros?

--Te echaré mucho de menos, mi niña. Pero si es lo que quieres...

--Sí. Es lo que quiero.

--Y yo solo deseo que seas feliz y que estés bien.

--¿Y qué hay de lo de conculcar las leyes de la magia?

--No sé qué pasará, ciertamente. Veremos qué ocurre cuando alguien se rebela contra su destino. Pero ten en cuenta que, si de algo no te podrás escapar, es de convertirte en reina. Antes o después tendrás que volver.

--Eso parece que, por ahora, tendré que asumirlo como inevitable.

--Bueno, mi niña, pues con esto, en cuanto te ayude a escapar, me

convertiré oficialmente en una traidora yo también.

--Bienvenida a nuestro club --reí.

--Lo primero y más importante es que te recuperes, Westley. Así que tomaos el desayuno.

Se levantó y se dirigió hacia la salida.

--Gracias, Ángela. De verdad.

--Muchas gracias, señora Ángela.

--No me las deis todavía, pareja. Hacedlo cuando todo haya terminado.

Ataqué la bandeja del desayuno; como dijo Ángela, había puesto doble de todo. Una jarra grande de infusión, otra igual de zumo, dos piezas de fruta, varias galletas insípidas y cuatro bollitos de la panadería que me gustaba, además de un cuenquito con frutos secos que ya sabía que eran para recuperarse de la pérdida de sangre. Westley no quiso que se lo metiera en la boca, puesto que ya había recuperado un poco las fuerzas, así que le iba poniendo en la mano lo que me pedía y de ese modo desayunamos los dos.

--Te vas a poner bien --susurré mientras le apartaba el flequillo de la cara.

--Con tus cuidados, no lo dudo --Sonrió.

--¿Cómo te encuentras?

--Mejor, preciosa.

Cuando terminamos el desayuno, coloqué la bandeja lejos de nosotros y de nuevo me tumbé cara a él. Me abrazó como pudo y yo hice lo mismo, poniendo cuidado en no tocarle la espalda. Le acaricié el pelo hasta que se quedó dormido, y solo entonces volví a caer en un duermevela en el que intentaba descansar, pero era consciente de los ruidos a mi alrededor: puertas chirriantes que se abrían y cerraban con un gran estruendo metálico, gritos y quejidos, pasos de acá para allá... Era ya de día y la actividad en los calabozos había comenzado --Princesa --Oí una voz que venía de la puerta de la celda--, le ruego que nos disculpe por interrumpir su sueño, pero debe

dejarnos a solas con el prisionero.

Me senté y miré a los individuos que allí había. Dos de ellos llevaban látigos, bolas con pinchos y un tizón que estaban calentando en una antorcha. Inmediatamente me despejé y comprendí.

--No, no voy a hacerlo.

--Señora, debemos continuar con el interrogatorio al prisionero.

El corazón empezó a latirme velozmente. En ese instante era cuando debía mostrar que tenía autoridad y que estaba dispuesta a todo.

--Si quieren interrogar al prisionero, pueden hacerlo, pero no sin antes soltar esos instrumentos que traen, y contando con mi presencia en todo momento.

--Sentimos si no nos hemos explicado bien, pero es necesario que salga y que nos deje proceder.

--No, no voy a salir. Este prisionero no va a sufrir más daño. Ya le han hecho bastante. ¿Cómo se atreven a tenerlo sin ni siquiera dejarle beber agua, en una celda como ésta y a torturarlo así? ¡Es inhumano!

--Son los procedimientos para los traidores, Señora.

--Él no es un traidor. No ha hecho nada.

--Eso, Señora, lo decidirá un juez.

--Pues si es el juez quien lo va a decidir, ustedes no tienen nada que hacer aquí.

--Debemos recabar el testimonio del acusado.

--¿Por medio de torturas? ¿Así piensan hacerlo? Cualquier persona a la que le estén aplicando un hierro al rojo vivo como el que están preparando ustedes confesaría lo que sea que los torturadores quieran oír, ya sea verdad o mentira. Lo que ustedes quieren no es una confesión sino una declaración de culpabilidad, aunque ésta sea falsa.

Los verdugos y el carcelero se dirigieron sendas miradas de confusión.

--El prisionero no va a volver a ser torturado --declaré--. Lo ordena la princesa.

Volvieron a mirarse con resignación y salieron de la celda. Cuando estuvieron fuera de mi vista, volví a tumbarme junto a Westley, que me cogió la cara y empezó a besarme. El corazón todavía me galopaba en el pecho. Lo había conseguido.

--Mi pequeña princesita, la mujer más valiente de todas. Te quiero, corazón mío.

--No iba a consentir que utilizaran todo eso contigo, Westley. Ni hablar. De algo tendría que servirme ser la princesa, ¿no?

--En cuanto salga de aquí quiero hacer los votos contigo.

--Y después nos iremos muy lejos.

Volvimos a besarnos durante unos minutos y después acomodé su cabeza en mi pecho para que descansara, e intenté descansar yo también. Estaba incómoda, me dolían los músculos de haber dormido en el suelo y tenía frío, pero por Westley estaba dispuesta a aguantar lo que fuera.

Sin embargo, Ángela había contado con esos pequeños inconvenientes, y a mediodía vino con una manta debajo de cada brazo.

--A ver, pareja, voy a poner la manta en el suelo para que os tumbéis en ella. Y esta otra para que os tapéis. En tu caso, Westley, al menos las piernas y los brazos.

--Ángela, eres fantástica --reconocí--. Muchas gracias.

--Muchísimas gracias, señora Ángela.

--Westley, deja de llamarme señora y tutéame como hace ella.

Westley sonrió y asintió mientras se incorporaba, ayudado por mí, y se volvía a tumbar encima de la manta.

--La noticia ha corrido como los rápidos de las montañas, chicos. A las de cocinas les ha faltado tiempo para preguntarme si era cierto y, sinceramente,

creo que ya no tiene ningún sentido negarlo. En cuanto vuelva el rey, va a ser lo primero que le digan los duques.

--Ya da igual, Ángela. Que lo comenten y lo cotilleen cuanto quieran. Pero que les quede bien claro que no es un traidor. No ha hecho nada.

--Por supuesto, mi niña. Westley, prepárate mentalmente porque tu nombre está empezando a divulgarse y pronto va a saberlo todo el pueblo. No sé de qué manera repercutirá esto en tu carrera.

--Nos iremos lejos de aquí y podré seguir ejerciendo como médico local. A Melania no le faltará de nada, lo juro.

--Eso espero --rió Ángela--. Te la vas a llevar de donde tiene todo lo que una persona pueda necesitar para vivir. Que no me entere yo de que mi niña pasa frío o hambre.

--Jamás, mientras esté yo a su lado.

--Vendré dentro de un rato a traer la comida para la princesa, que hoy tiene más hambre que nunca.

--Gracias por todo, Ángela.

Nos quedamos tumbados entre el calor de las mantas varias horas. Ángela, tal y como dijo, nos trajo un opíparo almuerzo con el que pudimos comer los dos. Westley volvió a quedarse dormido y yo no me separé de su lado ni un minuto. De vez en cuando oía pasos que se detenían ante la puerta de la celda y algunos cuchicheos, pero no quise mirar quienes estaban espiándonos; probablemente fuera gente curiosa que querría comprobar por sí misma que la princesa tenía un amante y que ambos estaban en una celda en los calabozos.

Aún no podía creer que los duques nos hubieran delatado solamente por no poder darse el gustazo de desvirgarme. Tenía ganas de irrumpir donde estuvieran y cortarles los huevos, sin anestesia y sin nada. De hecho, me parecía totalmente surrealista que hubieran hecho una porra entre ellos para ver quien era el afortunado que metía gol. ¿Y el rey estaría al tanto de todo

esto? Seguro que sí. ¿Se podía ser más ruin y rastrero? Todo por hacer que yo me largara y evitar la anunciada traición. ¿Pero tan amenazado se sentía por ella? ¿Tanto temía lo que yo pudiera hacer?

Empezaba a sospechar que el rey sabía algo que yo desconocía, algo que tenía que ver conmigo y que entre eso y lo que ponía en el Libro estaba la clave de todo.

## Capítulo 78

Había perdido totalmente la noción de lo que llevaba en los calabozos. Ángela nos trajo la merienda y más tarde la cena; y sin ventanas por las que pudiera ver la luz del día, esas eran las únicas pistas que me indicaban el transcurso del tiempo.

Cuando se llevó la bandeja con los restos de la cena, me trajo mensajes de cariño de parte del personal de cocinas. Me deseaban mucho ánimo y me mandaban fuerza para continuar. De hecho, también me dijeron que esperaban que saliéramos los dos pronto para que pudiera presentarles a mi novio que, como lo había elegido yo y Ángela afirmaba con toda rotundidad que no era un oportunista, habían llegado a la conclusión de que sin duda sería un buen hombre. Curioso razonamiento.

Me desperté en lo que supuse sería en medio de la noche, con dolor en todas partes debido a lo duro y poco liso que era el suelo. Westley se dio cuenta, me hizo tumbarme de espaldas a él y me dio un masaje como buenamente pudo, dado que apenas podía mover los músculos de la espalda. Luego me atrajo hacia su pecho, tal cual estaba, de espaldas a él, y me apretó contra sí, dejando que apoyara un poco mi peso en él.

--Descansa, campeona --me susurraba--. Te lo mereces.

Así nos encontraron al cabo de unas horas los verdugos y dos de los carceleros, que venían a intentar cumplir con lo que ellos consideraban su deber, pero que, al igual que el día anterior, yo no permití. Intentaron convencerme de varias maneras: haciéndome sentir culpable si los despedían, engañándome diciéndome que sería corto y eficaz, que era lo mejor, que no era justo hacer una excepción con un prisionero porque los demás estaban protestando... pero no. A cabezona no me iba a ganar nadie, yo no estaba dispuesta a ceder ni un poquito y, tras una discusión absurda que no llevó a



ninguna parte, volvieron a irse.

--Estoy preocupada, mi niña --me comentó Ángela cuando trajo el almuerzo--. Ya me han contado que te opones a que lo... interroguen, como ellos lo llaman. Y es muy loable por tu parte, pero esto no puede seguir así mucho tiempo. Me han pedido que hable contigo al respecto, y no vengo a decirte que cedas, por supuesto que no, pero hay que pensar algo porque están perdiendo la paciencia. No sé a dónde nos va a llevar esto.

--Yo también lo he notado, Ángela. Esto es como una burbuja cada vez más hinchada, y siento como si en cualquier momento fuera a reventar.

--A eso me refería. Usa tu imaginación, que sé que tienes mucha, y piensa algo, porque esto no puede durar mucho más.

Me giré y observé a Westley, que dormía, aunque su sueño distaba mucho de ser plácido y tranquilo.

--No sé qué hacer, Ángela. No le veo salida. Tomando de base lo que tardé yo, a Westley le queda todavía bastante para recuperarse y hacer una vida más o menos normal.

--Dioses, no creo que tengamos tanto tiempo.

--¿No hay manera de acelerar los trámites para que se celebre el juicio?

--Mi niña, el juicio no va a ser vuestra salvación. Si no le condenan a él, te condenarán a ti.

--Lo importante es que él salga de aquí. Aunque sea a costa de condenarme a mí. Si me ciegan el pasadizo, confío en que encontraré otro, me escaparé y me reuniré con él.

Se quedó pensativa unos instantes.

--Mira que es malo ese plan, pero es de lejos el mejor que hay. Por no decir el único. En fin... mañana por la mañana me acercaré a la Escuela de Leyes y Derecho para que me informen sobre lo que se puede hacer.

--Sí, por favor.

--Por cierto, cuando estuve en el pueblo esta mañana, no se hablaba de otra cosa. Estáis en boca de todos.

--¿Qué dicen?

--Lo que se sabe: que te veías con un hombre a escondidas en el pueblo, que os descubrieron, lo metieron en los calabozos y tú bajaste para protegerlo. Se dice que es algo muy romántico y que encaja con tu forma de ser.

--¿Seguro? ¿No lo ven como un pervertidor de princesas inocentes? Me extraña.

--Muchacha, que saben la edad que tienes. Veinte añitos, la edad ideal para que les des una historia de amor inolvidable.

--Al rey le va a venir que ni pintado para tener entretenido al populacho.

--Pues mira, no lo había pensado, pero sí. Probablemente al rey le convenga que el pueblo hable de esto durante el máximo tiempo posible. Bueno, he de irme. Despiértalo y comed antes de que se enfríe.

Ángela se fue y me quedé mirando el pan de la bandeja.

--Pan y circo... --susurré.

Pues sí, al rey esta historia nuestra le iba a venir como caída del cielo, y si sabía aprovecharla bien, podría tener al pueblo distraído con ella mientras seguía subiendo impuestos y ahogando más a la gente. Me iba a utilizar de nuevo para sus fines.

--Westley, mi amor. Despierta, corazón, es hora de comer.

Corté su filete en trocitos y se los fui pinchando con el tenedor, alternando con la verdura. No quise decirle nada de la conversación que había tenido con Ángela para no preocuparle, pero en algún momento se lo diría y pensaríamos algo juntos. Porque ella tenía razón: aquello tenía que acabar cuanto antes.

--Melania, come tú también. Me lo estás dando todo.

--¿Eh?

--Me has dado más de la mitad de la carne y de la verdura. No voy a

comer más; el resto es para ti. Tú también tienes que comer.

Tenía razón. Estaba tan concentrada en mis pensamientos que no reparé en dividir la comida en dos, y se lo estaba dando todo a Westley.

--Dame un panecillo y por mi parte he terminado, princesita. Y ahora dime qué te tiene tan pensativa.

Le hice caso y empecé a comer yo también.

--Que por más vueltas que le doy, no veo cómo voy a sacarte de aquí. Por muy princesa que sea, no tengo la suficiente autoridad. No sé qué hacer, Westley.

--Para empezar, ni se te ocurra pensar que me has fallado o algo parecido, ¿me oyes? Porque si no hubieras aparecido la otra noche, me hubiera deshidratado por la falta de agua y por la fiebre. No pienses ni por un momento que has fracasado, porque me has salvado la vida, pequeña. También al impedir que los verdugos hicieran su trabajo.

Terminé la comida y retiré la bandeja a un lado. Después me tumbé cara a él.

--Encontraremos una solución, mi vida. Ya lo verás. Se nos ocurrirá algo, estoy seguro. Venga, ánimo. Todo pasa por algún motivo, y si tú has bajado aquí, es porque tenías que salvarme la vida. No tendría sentido que me la salvaras para que a pesar de todo acabara muriendo aquí. Ya lo verás, pequeña. Todo saldrá bien, ¿eh? Vamos, bonita, sonríe. Es lo más bonito que saben hacer tus labios, empatao con otra cosa, ¿adivinas cual?

Sonreí.

--¿Cuál?

--Así me gusta, preciosa --Sonrió el también--. Pues la otra cosa es esto.

Se acercó a mí, me besó en los labios muy dulcemente, y yo se lo devolví.

--¿Ya sabes lo que es, princesita?

--Te quiero, doctor.

--Anda, ven aquí.

Me arrimé a él y me abrazó. Nos quedamos así, ajenos a los ruidos de nuestro alrededor, durante un buen rato. No sé exactamente cuánto tiempo fue, pero nos sobresaltamos cuando oímos chirriar la verja de la celda, giramos la cabeza y, en la puerta, estaba la peor de nuestras pesadillas.

El rey.

## Capítulo 79

Avanzó lentamente hacia nosotros. Me senté, y noté que Westley también trataba de incorporarse, de modo que lo abracé y dejé que se sujetara a mí. Me abrazó y me dio un beso en el pelo.

--Me considero un rey bastante razonable. Dispuse ciertas reglas, y lo hice para que fueran lo más justas posibles para todos, pero sobre todo, para que fueran obedecidas.

No dije nada. Consideré que lo mejor era mantenerme callada lo más posible. Nos miró fijamente y meneó la cabeza de un lado a otro.

--Cuando me lo dijeron hace un rato, no me lo podía creer. Por Dios. Te has superado a ti misma, Melania. Felicidades.

Siguió caminando de un lado a otro de la celda, muy tranquilamente.

--Cuando hace tres años el Libro me anunció la llegada de mi sucesor, y vi que era una jovencita de diecisiete años, lo preparé todo lo mejor que supe. Te puse una suite espaciosa y la mandé decorar con motivos femeninos. Dispuse que tuviera varias ventanas y un balcón, para que pudieras ver el exterior. Ordené que te subieran libros de todo tipo, incluyendo alguna novelita romántica, para que estuvieras entretenida. A tu cargo puse a Ángela, una mujer, amable, servicial y buena conocedora de su trabajo, para que os entendierais mejor entre vosotras y no te sintieras sola. No tuve inconveniente en que te relacionaras de manera amistosa con el servicio. Te busqué actividades de un gusto más femenino y juvenil para compaginar con el resto de clases menos agradables, actividades que supuse le gustarían a una adolescente. Ordené que estuvieras siempre limpia, bien peinada, vestida y alimentada. Cuando supe que querías hacer algo diferente, dejé que te encargaras de una gala de estudiantes. Hice tu puesta de largo por todo lo alto, para que te vieran bien y todos te conocieran. Quisiste salir de Palacio y te

llevé conmigo a visitar a los elfos. Ordené que en la clínica siempre hubiera un médico a tu disposición, que lo que tenías fuera supervisado por los responsables, los mejores médicos, y que nunca te faltara nada. Te permití hacer tu absurda gala benéfica, es más, yo mismo invité a mis amigos y los convencí para que hicieran donaciones. Incluso pasé por alto el hecho de que te saltaras todos los impuestos y tasas con el dinero que se recaudó, que Dios sabe que habría venido muy bien en Palacio. Te lo he dado todo. Todo lo que pediste, todo lo que quisiste, antes de que lo pidieras ya lo tenías.

Hubo un minuto de silencio. Él seguía paseando parsimoniosamente.

--¿Y a cambio qué obtuve? Nulos progresos; no había vez en la que los informes de los profesores no me dijeran que te costaba mucho y que eras una pésima estudiante. Insistías en sacarle punta a todo lo que los profesores intentaban enseñarte. Te portabas con ellos de manera impertinente y contestona. Con los consejeros, además, eras grosera y maleducada, de hecho, incluso llegaste a atacarlos. Las veces que he confiado en ti para algún asunto externo, me has defraudado. Cuando no te caías de bruces y te lesionabas, era porque te daban ataques psicóticos, o no cumplías con el mínimo que se te exigía. Has dejado a la Casa Real en ridículo haciendo que se publicara en el periódico algo que nunca debió de salir de estos muros. No eres capaz de impartir justicia como debe hacerlo un mandatario, ¿cómo pretendes ser reina así? Aún recuerdo la cara que se me debió de quedar cuando subí a la torre a ver lo que ponía el Libro sobre ti, puesto que al fin y al cabo, quizás yo estuviera equivocado. ¡¡Y me encuentro con que tengo bajo mi techo a una maldita traidora!! ¡¡Dime!! ¡¡Dime qué coño he hecho mal para que me tocara una aprendiz tan mala como tú, y que encima va a acabar traicionándome!! ¡Habla, maldita sea!

Negué con la cabeza y una lágrima resbaló por mi mejilla.

--Todo eso es mentira.

--¿Que es mentira? En el Libro lo pone bien claro. Yo estaba delante cuando lo leíste. Ahora explícame. Explícame qué he hecho para que me traiciones.

--¡No ha sido así! ¡Desde el maldito primer día me he sentido agobiada y encerrada, como una prisionera! ¡Me arrebataste mi libertad al no permitirme salir!

--¡Aquí dentro lo tienes todo! ¿Para qué narices quieres salir? ¿Para visitar a la gente? ¿Te crees Lady Di o qué?

--Me abandonaste con los mestizos. Tú les diste carta blanca para que hicieran conmigo lo que quisieran y casi me matan.

--¿Y qué pretendías que hiciera? ¡Un gobernante no cede ante chantajes, Melania! ¡Haber cedido hubiera sido como haberles enseñado un punto débil e invitarlos a secuestrarte cada vez que quisieran exigir cualquier memez! ¡No se puede ceder ante cualquier cosa que pidan! ¿Qué clase de reina vas a ser si permites que tus enemigos tomen las decisiones por ti?

--¡¡Pero casi me matan y tú lo permitiste!! ¡Ni siquiera mandaste tropas a que los invadieran y me rescataran!

--Sabía perfectamente que ibas a salir con vida y no me equivoqué.

--Me dejó secuelas de las que no creo que me recupere nunca. Lo que pasó con el caballero elfo fue una consecuencia y no tenías derecho a decirme que me largara por ello. No fue culpa mía.

--Claro, si ahora resulta que la culpa va a ser mía, nos ha jodido la niña. ¿Entonces todo esto es una puta venganza por algo que pasó hace año y medio?

--No.

--Pues explícame por qué tanta rebeldía. Tanta desobediencia. Por qué no haces lo que se te manda.

--¡Hago lo que puedo! ¿Acaso te dicen todos los esfuerzos que hago para ser la maldita princesa que quieres? No, ¿verdad?

--¿De qué sirven los esfuerzos si no van acompañados de resultados?

--Sí hay resultados, y buenos. Pero los profesores solo te enseñan los malos. Los consejeros solo te cuentan aquellas ideas que tengo que no les gustan, pero de las buenas seguro que no te dicen ni una palabra. Claro. Nadie te dice una buena palabra sobre mí, ¿verdad? Tus amigos los duques, ahora consejeros, ¿tampoco ellos te han dicho que estoy siendo dócil y que apporto ideas a los debates?

--No me han dicho lo contrario, de modo que tendré que creerte, pero no es precisamente eso lo último que me han dicho acerca de ti.

Se nos quedó mirando fijamente unos segundos, ahora quieto, sin pasearse.

--Atrévete a decir que no me has desobedecido.

--No hay ninguna ley que nos prohíba estar juntos.

Empezó a avanzar lentamente hacia nosotros.

--¿¿Y cómo coño ha sucedido??

Me cogió del brazo con furia y tiró de mí para separarme de los brazos de Westley, a lo que me resistí, pero él siguió tirando hasta que me hizo daño y me quejé.

--¡¡No la toque!! --exclamó Westley, intentando que me soltara, pero con la espalda tal y como la tenía, no pudo apenas hacer nada. Sin embargo, su gesto hizo que el rey se cabreara aún más de lo que ya estaba.

--¡Apártate, Romeo!

Me soltó por un momento, cogió a Westley del brazo y le lanzó contra la pared de la celda, contra la que golpeó su espalda, haciendo que Westley emitiera un gruñido de dolor y yo me levantara corriendo hacia él.

--¡Westley! ¡Westley, ¿estás bien?!

--Melania, suéltalo y ven aquí en este instante --ordenó el rey.

Lo miré y estaba recogiendo un látigo que había en el suelo a la entrada de la celda. Oh, no. Por favor, otra vez no.



--¿No me has oído, Melania?

Tragué saliva.

--Te he oído muy bien, pero no pienso abandonarlo.

Empezó a caminar lentamente hacia nosotros.

--¿Ya se te ha olvidado lo que te ocurrió la última vez que me desobedeciste y yo tenía un látigo en la mano?

--No permitiré que le hagas daño.

--¿Y quién te ha dicho que voy a hacerle daño? Son suposiciones tuyas.

--Suelta el látigo.

--Una mocosa no va a decirme lo que tengo que hacer. Por última vez: levántate y aléjate de él.

Lo miré a los ojos, desafiante. No pensaba hacerlo. Él pareció entender mi mensaje, porque echó el brazo hacia atrás y descargó un latigazo sobre nosotros. Levanté mi brazo para protegerme y ahí fue donde golpeó el látigo, además de un poco en mi cara, pero no grité, sino que apreté los dientes, le lancé una mirada que venía a decir que no me iba a dejar vencer, y con el brazo libre hice un movimiento rápido con el que atrapé la cola de aquel instrumento de tortura. Di un tirón seco y se lo quité al rey, que no esperaba ese movimiento por mi parte y que no le gustó un pelo. Se dirigió hacia nosotros rápidamente, y antes de que me diera tiempo a reaccionar, atestó una patada en las costillas de Westley, provocándole un grito de dolor. Deprisa, lo cubrí con mi cuerpo y la siguiente patada que dio nos la llevamos los dos, pero la tercera fue íntegramente para mí. Tensé todos los músculos y cerré muy fuerte los ojos; no iba a permitir que Westley se llevara más golpes que los que ya tenía. Me concentré en esa idea para intentar no pensar en el dolor que me estaba infringiendo el rey, y de repente sentí una fuerza muy grande que emanaba de mí, oí ruidos de diversas cosas chocando contra las paredes de la cárcel y noté que ya no me estaba pegando nadie.

Abrí los ojos y levanté la cabeza. El rey, la bandeja con los restos del almuerzo, el cubo de agua, la bolsa de la clínica y las mantas se habían estrellado contra la pared de enfrente. Enseguida comprendí: otra vez los poderes, aquella maldita fuerza que no sabía controlar, había venido a mí y se había llevado todo a mi alrededor. Miré a Westley, que estaba debajo de mí, pero él no parecía haber sufrido ningún daño.

El rey se levantó y se dirigió hacia mí. Si antes estaba furioso, ahora lo estaba en grado superlativo. Nunca lo había visto así de iracundo.

--¡¡¿Te atreves a usar la magia contra mí, piojo??!!

Me levantó, me cogió del cuello y me puso la espalda contra la pared. No había cerrado mucho la mano, con lo cual me permitía respirar, pero me estaba haciendo daño y el aire que me entraba era apenas un hilito. Me puse a darle golpes en el brazo y a patalear para que me soltara.

--Tengo entendido que no sabes usarla ni controlarla, ¿verdad? ¿Quieres que te enseñe?

Me enseñó la mano y se aseguró de que viera cómo iban formándose pequeñas luces en ella. Miró a nuestro lado, donde estaba Westley, y una siniestra sonrisa asomó a sus labios.

--¡No! --traté de decir, pero apenas me salió la voz--. ¡No, por favor! ¡No!

Ni caso. Dirigió su mano hacia Westley y un haz de luz salió de ella hacia él.

--¡¡¡¡Nooooooooo!!!! --chillé.

La luz envolvió a Westley, lo levantó del suelo unos centímetros, y, a un gesto del Rey, lo lanzó con violencia al otro extremo de la habitación. Oí cómo Westley lanzaba una exclamación, contenida, eso sí, de dolor, y solo entonces el rey me soltó. Tosiendo y jadeando, fui corriendo al lugar donde había arrojado a mi novio.

--Westley, mi vida... dime algo, por favor...

Apretó su mano en torno a la mía. Lo miré a la cara y se le notaba que estaba sufriendo lo indecible.

--Te quiero, Melania --masculló.

--No soy tan mala persona, Melania, aunque tú tengas ese concepto de mí -  
-aclaró el rey--. No pensaba matarlo. De eso se encargará el tiempo. Y fijate que lo has hecho tú solita.

--No eres más que un maldito montón de mierda. Te odio y algún día vas a pagar por todo esto.

--Fíjate, Melania. Has derramado toda el agua de la que disponíais. ¿Qué vais a hacer ahora? Porque, en cuanto salga de aquí, voy a dar la orden expresa de que no se os dé nada, ni a ti ni a él.

--Pero, ¿por qué? ¿Qué te hemos hecho? ¿Qué os pasa a ti y a los consejeros conmigo para que me odiéis tanto?

--No era nada personal. Al menos, al principio, no lo era. Medidas para prevenir futuras traiciones, tal vez. Aunque en estos últimos tiempos quizás sí se haya convertido en algo personal.

--Si soy o seré una traidora es porque tú me has llevado a ello.

--Quizás. Son detalles que no hay que molestarse en averiguar. Así que, tortolitos, aquí os dejo. De ti se bien que no vas a morir, por lo que nos veremos de nuevo arriba, y espero que hayas aprendido la lección.

Se giró y se dirigió hacia la puerta.

--¡Espera!

Se detuvo y se volvió hacia mí. Tragué saliva. Tenía ganas de llorar. Hiciera lo que hiciera, ya me había vencido. Pero quizás todavía pudiera salvar a Westley.

--¿Sí? --preguntó tras mirarme unos segundos sin que yo dijera nada.

--¿Qué es lo que quieres? --pregunté.

--¿Perdona?

--No puedo permitir que muera --sollocé--, así que te lo pregunto, ¿qué es lo que quieres a cambio de llevarlo a la clínica para que lo curen y de que no vuelva jamás a este lugar?

--No voy a ponerlo en libertad, Melania, si es lo que me estás pidiendo. Si lo hago con uno, lo tendría que hacer con todos.

--Solo quiero que se ponga bien y que viva --Las lágrimas corrían por mi cara--. Te lo suplico. ¿Quieres que no vuelva a salir de Palacio? Lo haré. Estoy dispuesta a estudiar en todas mis horas libres para mejorar, si es lo que quieres. Obedeceré todas tus órdenes sin rechistar. Pero no dejes que muera, por favor.

El rey avanzó un par de pasos hacia mí.

--¿Estarías dispuesta a obedecer cualquier cosa que yo te ordene a cambio de mandarlo a la clínica y hacer que siga viviendo?

--Sí.

--Interesante. ¿Y si lo hacemos oficial con un juramento? ¡Hombre, Ángela! No te había visto. Pasa, no te quedes en la puerta. Me vienes perfecta: vas a ser nuestro testigo.

Ángela entró en la celda lentamente y me miró con una enorme preocupación en los ojos.

--Vamos a concretar los términos. Yo me comprometo a mandar al chaval a la clínica en este instante, donde se recuperará de todo lo que tiene. Y cuando lo haya hecho, irá directamente a juicio. No pasará por aquí, nos saltamos el proceso del interrogatorio. Es eso, ¿verdad, Melania?

--Y no vas a matarlo posteriormente, ni a mandar matarlo o a ocasionar cualquier cosa que le haga daño o pudiera hacer que muera.

--Bien. Me parece un buen trato. A cambio, quiero que te conviertas en la princesa que siempre debiste ser. No vas a volver a salir de Palacio sin permiso ni vas a desobedecer ni una sola de mis órdenes. Te vas a dedicar a

estudiar y a obedecer. ¿De acuerdo?

--Una última cosa, por favor --sollocé--. Permíteme que vaya a la clínica con él para despedirme. Dame solamente un día. A partir de mañana al anochecer seré una chica obediente. Pero por favor, déjame pasar unas últimas horas a su lado.

El rey se partió de risa ante mi petición.

--De acuerdo, de acuerdo. Que no se diga que no tengo sentimientos. Vamos a hacer un juramento, y entrará en vigor mañana al anochecer. En la puerta de la clínica habrá una tropa desde que entres hasta que decidas salir, como muy tarde al anochecer de mañana. Y para que veas que soy un hombre de palabra, el juramento quedará disuelto y sin validez en caso de que el chaval muera o sufriera algún daño irreversible.

Levantó su mano izquierda, y fijando la vista en el anillo tatuado en su dedo, dijo: --Yo, Basileo, rey, hago un juramento compartido.

Me miró y entendí que yo debía de hacer lo mismo.

--Yo, Melania, princesa, hago un juramento compartido.

El símbolo en nuestros dedos empezó a iluminarse y el rey me tendió su mano para que ambos símbolos se tocaran.

--Juro que en este mismo instante voy a llevar al plebeyo aquí presente a la clínica, de donde saldrá una vez recuperado en su totalidad para someterse a juicio. Asimismo juro que no inflingiré, directa o indirectamente, ningún daño sobre su persona.

--Juro que obedeceré, a partir del anochecer del día que sigue a este, al rey en Palacio a todo cuanto él me diga y ordene.

--Ambos quedaremos libres de este juramento si el joven aquí presente muriera o fuera víctima de daño irreversible.

Los anillos emitieron un brillo que iluminó la celda, durante un segundo, e inmediatamente se apagaron.

--Ya está hecho, Melania. Ya es oficial. Tenemos un testigo --Volvió la cara hacia Ángela, que me miraba con angustia en sus ojos--. Aunque, como todos los juramentos en este mundo, puede deshacerse en cualquier momento, ya lo sabes.

Empezó a pasearse por la celda con una sonrisa siniestra y finalmente se dirigió hacia donde estaba Westley. Se agachó junto a él y le dijo al oído: -- Espero que le hayas enseñado bien a mamarla, chico.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

--Ángela --continuó el rey--, cuando ella vuelva mañana por la noche de la clínica, la quiero en mi habitación, en camisón y sin ropa interior.

Me derrumbé en el suelo sobre mis rodillas. Dios mío. Dios mío. No podía ser cierto. Hijo de puta. Se había aprovechado de la situación.

--¿O prefieres deshacer el juramento, Melania?

Negué con la cabeza. Me tenía entre la espada y la pared, y el tío lo sabía. Había ganado.

--Chica razonable. Nos vemos mañana. Acompáñame, Ángela.

Salieron de la celda y nos dejaron solos. Quería gritar. Quería insultarle y decirle mil improperios, pero al mismo tiempo mi cerebro estaba bloqueado. Las lágrimas me corrían por la cara, eso sí. Unos segundos después, apreté los dientes, me las sequé y me dirigí hacia donde estaba Westley.

--Mi amor...

--Qué has hecho, Melania... --sollozó--. Qué has hecho...

--Tuve que hacerlo.

--Deshazlo, por favor, vida mía...

--No puedo. Si lo hago, morirás.

--Lo prefiero. No quiero que ese hijo de mil putas te toque ni un solo pelo.

En ese momento entraron dos carceleros.

--Tenemos órdenes del rey de llevarlos a ambos a la clínica.

Asentí.

--Ven que te ayude, Westley.

--¡No! Melania, deshaz ese juramento de locura. Si mi destino es morir para que ese bastardo no te ponga la mano encima, lo acepto de buen grado.

--Pero yo no lo acepto, cariño. Vamos, por favor. Si estas van a ser nuestras últimas horas juntos, prefiero que sean en la clínica antes que aquí.

Suspiró entre sollozos.

--No estoy del todo seguro, pero creo que la caída de antes me ha debido de romper algo. No puedo casi moverme.

--Carcelero, ayúdeme a levantarlo. Tiene algún hueso roto. Con cuidado, no le toque la espalda.

--Si tienen ahí una manta, podemos improvisar una camilla --sugirió el carcelero.

--Buena idea.

Y eso fue lo que hicieron. Pusieron a Westley sobre una de las mantas con las que nos habíamos tapado y levantaron de los extremos. No era lo mejor, pero sin duda sería lo menos malo. Me envolví con la otra manta y los seguí. Fuimos por el pasillo hasta el final, donde abrieron un portón de madera tras el cual había dos carretas viejas y destartaladas. Una de ellas tenía unos cuantos bultos cubiertos por una vieja tela sucia y algo me dijo que lo que había bajo ella eran cadáveres. Se dirigieron hacia la carreta vacía y les exigí que lo levantaran con cuidado, que aún estaba vivo y bastante delicado. Cuando lo hubieron colocado, subí a su lado y me tumbé junto a él. Tapé nuestros cuerpos con la manta que me envolvía, con el fin de que no se nos reconociera por la calle ya que recordaba lo que me dijo Ángela de que éramos la comidilla del pueblo, y esperamos mientras llegaba el que iba a conducir la carreta a la clínica.

--¿Te duele mucho?

--Lo que más me duele es el juramento que has hecho. Melania, mi vida, te lo ruego. Deshazlo.

--No puedo hacerlo, Westley.

--No puedo permitir que te conviertas en su esclava.

--Y yo no puedo permitir que mueras.

--Por favor, amor mío. No podré vivir sabiendo que cada noche ese enfermo te está violando. Si no deshaces el juramento, yo mismo acabaré anulándolo.

--Ni se te ocurra. Por mucho asco que me de... Que te aseguro que me lo está dando... Siempre será mejor opción que haberte perdido para siempre. Westley, ya bastante horror me da la perspectiva de mañana por la noche... No me lo hagas más difícil, por favor...

--No lo permitiré, Melania. No puedo permitirlo. Si para anular ese juramento tengo que acabar con mi vida, estoy dispuesto a hacerlo. Pero ese hombre no va a ponerte un solo dedo encima.

--Westley, para ti es muy fácil decir que te quitas la vida. Pero piensa un poco en mí, que me quedo aquí completamente sola. Cuando murió mi abuela también murió una parte de mí, y cuando mi abuelo la siguió sentí tal dolor que jamás creí que podría recuperarme de esa pérdida. Tenía doce años y solo deseaba no tener que volver a pasar nunca jamás por un dolor como aquel. Te juro, Westley, que como te quites la vida y me dejes aquí, sola y con el dolor por haberte perdido, harás que maldiga el día en que te conocí y que llegue la conclusión de que quererte es lo peor que me pudo haber sucedido jamás. ¡Y yo no quiero que algo tan bonito como lo que siento por ti se convierta en algo tan horrible! ¿Me has entendido? ¡Ni se te ocurra volver a insinuar que te vas a quitar la vida!

En ese momento la carreta empezó a moverse. Lo había conseguido, había sacado a Westley de los calabozos del infierno y ahora iba a recuperarse en la



clínica. Respecto a lo que había prometido a cambio... ya tendría tiempo de llorar o incluso de vomitar más tarde.

## Capítulo 80

--Te amo, Melania. Y siempre te amaré. Pase lo que pase y esté donde esté.

Me secó las lágrimas que corrían por mi cara.

--No te despidas de mí todavía, Westley. Aún nos queda el último día para pasarlo juntos.

--Jamás podré agradecerte lo suficiente el sacrificio que has hecho, mi vida. Pero no puedo permitir que lo hagas.

--No es un sacrificio. Ha sido un acto de amor. ¿Todavía no entiendes todo lo que te quiero, Westley?

--Ese malnacido se ha aprovechado de tu inocencia.

--Bueno, era lo único con lo que yo contaba para negociar con él. Ninguna otra cosa hubiera servido. Lo importante es que estás fuera.

--Pero a qué precio.

En ese momento, la carreta se detuvo bruscamente y oí cómo los caballos relinchaban. Al cabo de unos segundos, el que conducía nos quitó la manta de encima.

--La clínica. Abajo todo el mundo.

Me levanté rápido.

--Espere un minuto, por favor. Voy a pedir una camilla.

Me metí en la clínica, cuya puerta estaba abierta de par en par puesto que aún era de día. El mostrador de la entrada, sin nadie por las noches, estaba ocupado por una chica que se me quedó mirando estupefacta.

--Traigo una persona herida. Por favor, necesita una camilla, no puede moverse. Está ahí, en la puerta, en la carreta.

La chica, que llevaba uniforme de doctora, se levantó y se asomó.

--Espere un momento, por favor.

Corrió por un pasillo y en menos de un minuto volvió con otro médico. Ambos llevaban una camilla; salieron corriendo de la clínica y, desde la puerta, vi cómo ponían a Westley en la camilla con mucho cuidado. Al fondo, también pude ver apostándose a varios guardianes del rey: la tropa que debía vigilar que no me escapara, y que en poco más de un día me llevaría a cumplir mi palabra.

Con cuidado, sin prisa pero sin pausa, llevaron a Westley en la camilla al interior de la clínica. Yo los seguí, decidida a no separarme de él ni un segundo. Al doblar una esquina, otro médico, al que reconocí como el responsable del turno de tarde de cuando estuve ingresada, vio la camilla y quién estaba en ella.

--¡Westley, muchacho! ¿Qué ha pasado? --En ese momento reparó en mi presencia y en que no me separaba de la camilla, y fue alternando la mirada entre uno y otro--. No. No puede ser...

--Ayúdenlo, por favor --supliqué--. Está muy mal.

Dirigió la mirada al que llevaba la camilla por la parte delantera.

--Lo lleváis a la catorce, ¿verdad?

--Sí --respondió el médico.

--Voy con vosotros. Lotte, cuando lo tumbéis en la cama, vuelve a recepción.

--Por favor --pedí--, ¿Habría alguna manera de que pudieran avisar a Leo?

--¿A Leo? ¿El doctor del turno de noche?

--Sí, el mismo. Tiene que saber que Westley está aquí y el estado en el que se encuentra.

Llegamos a la puerta de la habitación catorce, donde, con un par de movimientos rápidos, colocaron a Westley en la cama.

--Usted espere aquí --Se dirigió a la chica del mostrador de la entrada, que había llevado la parte de atrás de la camilla hasta la habitación--. ¡Lotte! ¿Nos

harías un favor? ¿Irías de una carrera a la casa de Leo para decirle que Westley está aquí? Vive muy cerca, en la calle de la imprenta.

--Si se enfadara, dígame que viene de parte mía, que yo les he pedido que lo llamen. Por favor --añadí.

--Sé dónde vive. Voy --contestó sonriente la chica, que salió corriendo.

--Usted espere aquí mientras nos ocupamos de él --Me ordenó, y me cerró la puerta en las narices.

Pues nada, ya estaba hecho. Yo ya no podía hacer más; me tocaba esperar. En el pasillo había asientos, de modo que decidí que lo mejor que podía hacer era sentarme y quedarme quietecita mientras Westley recibía ayuda profesional.

En la esquina del pasillo había cuatro personas curiosas que se habían asomado para mirarme. En cuanto volví la vista hacia ellos, se retiraron rápidamente. ¿Qué le pasaba a esa gente? Imaginaba que no era lo más del mundo ir a la clínica a que te atendieran, o a acompañar a alguien, y encontrarte a la princesa en los pasillos, pero tampoco era motivo para que me miraran como si fuera un alien.

Ya sentada, me tomé un poco de tiempo para examinarme. Mi vestido, que una vez fue blanco con estampado de flores, tenía suciedad por todas partes. Era sin mangas, como casi todos los que usaba para andar por Palacio, con lo cual mis brazos estaban también llenos de porquería. En el antebrazo izquierdo tenía una herida causada por el latigazo que me había dado el Rey. No había sangrado mucho, pero necesitaría desinfección. Pensé en ir al excusado para mirarme al espejo y lavarme un poco, pero no quise abandonar la puerta de la habitación donde estaban atendiendo a Westley, no fuera que saliera alguien y no me encontrara. Ya me lavaría y me miraría al espejo más tarde.

Subí los pies al asiento y me abracé las rodillas. ¿Cómo había podido irse

todo tan a la mierda? Hacía algo más de una semana estábamos paseando de la mano, felices y enamorados, y con planes para irnos en unos pocos meses. Ahora él estaba acusado de traición y de vete a saber qué más, malherido y con un juicio en su futuro, y yo en poco más de un día debería dejar que el hijo de puta del rey me violara sin poner resistencia. ¿Cómo habían podido fastidiarse las cosas hasta ese extremo?

Me enjuagué una lágrima. No podía llorar. Ya había llorado suficiente, y no me serviría de nada. Tenía lo que merecía, por imbécil. Si le hubiera dicho a Westley que los duques me perseguían a diario para violarme, que sufría de sus acosos todos los días, si le hubiera narrado exactamente cómo encontré aquel pasadizo... otro gallo nos cantarían. Estaríamos trabajando en alguna granja, posiblemente sí, de sol a sol, pero eso era mil veces mejor que estar en una cárcel por traidor y en la cama del rey, respectivamente. Había sido una estúpida por confiar demasiado en mi suerte.

En ese momento Leo torció la esquina corriendo.

--¡Melania!

Estaba sin afeitarse y con la ropa arrugada; probablemente se habría puesto lo primero que encontró cuando Lotte le dijo lo que pasaba, y había venido corriendo. Me levanté y fui hacia él. Nos fundimos en un abrazo.

--Lo has conseguido, hija. Lo has sacado de allí con vida.

Las palabras de Leo me animaron un poco. Después de todo, sí. Westley seguía vivo y había sido gracias a mi intervención.

Nos separamos y en ese momento reparó en la herida que tenía en la cara, causada por el latigazo, y me giró un poco la cabeza para observarla mejor.

--¿Me esperas un momento aquí? Ahora me lo cuentas todo.

Llamó con los nudillos a la puerta de la habitación y, sin esperar respuesta, entró y cerró tras él. Estuvo dentro unos minutos y salió de nuevo, indicándome que lo acompañara. Abrió la habitación de al lado, que estaba

cerrada con llave, y me hizo pasar. Encendió las luces y fue a la pila para lavarse las manos; una vez lo hizo, sacó de un armarito una pequeña botella y mojó una gasa con su contenido.

--A ver, quieta. Que esa herida no me gusta.

Me aplicó la gasa a la herida y me empezó a escocer. Di un respingo y me quejé.

--No seas niña. Has pasado por cosas peores. Quieta.

Me desinfectó la herida y a continuación me pasó una gasa nueva y humedecida en el desinfectante por el resto de la cara. La gasa salió negra. Repitió la operación y quedó satisfecho. Le enseñé la herida del brazo y me llevó a la pila, donde me hizo lavármelo con jabón, me lo secó con cuidado y volvió a usar el desinfectante. A continuación aplicó yodo en ambas heridas.

--¿Alguna cosa más que te duela?

--No, solo tenía esas dos heridas.

--Bien. Pues ahora cuéntame qué ha pasado para que Westley esté pidiendo que le ayuden a acabar con su vida.

--¿Está pidiendo eso?

--Sí. Por supuesto, le han dicho que se dejara de tonterías. Pero quiero saber qué rayos ha sucedido.

Suspiré y empecé a relatarle toda la historia, desde que llegué a los calabozos e intenté que lo dejaran libre basándome en mi autoridad, pasando por mis esfuerzos para hacer que reaccionara, las curas que le hice, las comidas "para una muerta de hambre" que compartimos, y terminando con el numerito del rey, el juramento que tuve que hacer y el primer deseo que el rey tenía para cuando volviera.

--Ahora lo entiendo --me respondió cuando terminé.

--Tuve que hacerlo --musité.

--Muy valeroso por tu parte, muchacha.

--¿Cómo está él?

--El médico me ha dicho que tiene varias costillas fisuradas y fractura en una tibia. Lo de la espalda esta bien, gracias a ti, y se recuperará.

--Debió hacérselo el rey cuando lo estrelló contra la pared. Intenté evitarlo, pero...

--Bastante hiciste ya llevándote lo que iba para él --Señaló a mi brazo y a mi cara--. No hay daño interno, en ese sentido ha tenido suerte.

--¿Cuándo podré verlo?

--Están aquí al lado; cuando terminen nos avisarán.

--No lo dejes morir, por favor. Aunque te lo pida.

--Claro que no, hija.

--Yo no estaré aquí para cuidar de él, pero ¿me prometes que lo harás tú por mí?

--Por supuesto. Es como un hijo para mí, Melania. Estaré pendiente de él en todo momento y no permitiré que desfallezca.

--Muchas gracias, Leo.

Puso la mano en mi antebrazo y me lo apretó.

--Melania, esto no es para siempre. Algún día acabará y podréis estar juntos de nuevo. Y entonces sí será para siempre. No llores, muchacha. ¿Crees que va a dejarte por otra cuando ya no estés a su lado? No lo hará. Créeme, lo conozco. Sus sentimientos son muy nobles. Te quiere para toda la vida y te esperará.

En ese momento se abrió la puerta que comunicaba ambas habitaciones y el responsable de la tarde nos indicó que podíamos pasar. No esperé a que me lo dijeran dos veces y me lancé a la habitación donde estaba mi novio.

Estaba en la cama tumbado de lado. Tenía el pecho sujeto con vendas y una pierna entablillada, aparte de manchas de yodo en diversas partes de los brazos y manos. Le habían cubierto la espalda con una tela empapada en algún

tipo de sustancia. Me acerqué a él, me agaché hasta ponerme a su nivel y le acaricié la cara. Le habían afeitado y aseado un poco.

--Westley, ¿cómo estás?

Por toda respuesta, me cogió la cara con las manos y la atrajo hacia la suya para besarme con desesperación. Me pilló por sorpresa pero enseguida reaccioné y le correspondí. Noté que los médicos, que se estaban diciendo algo, se quedaron callados de repente y el silencio se hizo en la habitación mientras Westley y yo nos besábamos. Nuestro beso se prolongó hasta que intentó moverse y su estado no se lo permitió, lo que le arrancó un quejido.

--Westley, no hagas esfuerzos.

--Es el último día que tengo para estar contigo. No me voy a privar de moverme como se me antoje.

--Eso díselo a tus costillas y a tu pierna --interrumpió Leo.

Westley miró hacia donde estaba Leo.

--Leo...

--Hijo, nunca me había dado más alegría ver a un herido. Creí que no volveríamos a encontrarnos jamás.

Leo se dirigió a la cama y le dio un abrazo.

--El mérito es de ella --aclaró Westley.

--Bien cierto es --Me miró--. Lo que ha hecho esta chica no lo haría cualquiera.

--Ha pagado un precio demasiado alto.

--Tú vales más que todo, Westley --intervine.

--Os lo digo en serio a los dos. Prefiero estar muerto antes que saberla en la cama de ese miserable.

--Westley, no seas idiota y demuestra que aprecias en algo lo que ha hecho por ti. Te ha salvado la vida, y como bien has dicho, ha pagado un precio muy alto por ello, así que déjate de tonterías y demuestra que eres merecedor de



una mujer como ella.

Llamaron a la puerta. Nos miramos, ¿quién podría ser? Leo se levantó a abrir. Eran médicos de la clínica, del turno de tarde.

--¿Podemos pasar a ver al enfermo?

Leo se hizo a un lado y permitió que pasaran dos doctores y una doctora.

--¡Westley, muchacho! ¡Nos tenías preocupados!

Me aparté y me pegué a la pared para no estorbar mientras los recién llegados le preguntaban a Westley por su salud y le comentaban lo mucho que les había preocupado su repentina desaparición. Éste contestaba a sus preguntas como buenamente podía.

--¿Cómo que te llevaron al calabozo?

--¿Por qué?

Westley me buscó con la mirada e hizo un gesto para que me acercara. Cuando lo hice, me cogió de la mano con fuerza.

--Os presento a mi novia, Melania. Quizás la recordéis, porque estuvo ingresada hace un tiempo.

Me coloqué a su lado mientras todos se recuperaban de la sorpresa.

--Hola --saludé con una sonrisa.

No dijeron nada, pero sonrieron mientras Westley me arrimaba a él y me besaba en el pelo.

--Lo entendéis, ¿verdad? No es que no quisiera decíroslo...

--Sobran las explicaciones, Westley.

--Esta mañana, cuando fui a comprar --comentó la doctora--, en la frutería, en la panadería, en la imprenta, en la zapatería... En todas partes se hablaba de lo mismo. Y hoy en el trabajo, me encuentro con que eres tú. Impresionante. Eres famoso, Westley.

--Por eso hacías turno doble, ¿eh, pillín? --rió uno de ellos.

--¿Quién más lo sabe? --preguntó otro.

--¡Todo el pueblo! --rió el primero.

--No, me refiero, ¿quién más sabe que Westley es... es él?

--De momento, solo yo --aclaró Leo--, y ahora, vosotros. Y quizás Andidus, si por un momento deja de mirar faldas y se da cuenta de lo que pasa a su alrededor. Porque la vio un par de veces aquí y no la reconoció.

--Andidus es único --rió uno de los doctores.

--Por suerte --matizó la doctora, ante lo que todos rieron.

--Bueno, Westley, debemos volver, que nos hemos escapado porque no había pacientes, pero estamos en horas de trabajo.

--Claro. No hagáis enfadar al jefe, porque si es como el mío, os pondrá a limpiar los excusados o a diseccionar mandrágora --bromeó Westley.

--Más vale que no. Bueno, que me alegro mucho de que estés... bien, dentro de lo que cabe. Y de que nos hayas presentado por fin a tu novia.

--Vinimos a darte una sorpresa y hemos sido nosotros los sorprendidos.

--Mucha suerte a los dos, chicos. Que te mejores, Westley.

--Gracias por venir, de verdad.

Salieron de la habitación y volvimos a quedarnos solos con Leo. Westley aún me tenía abrazada y me apretó contra sí.

--Tenía muchas, muchísimas ganas de contarle a todo el mundo acerca de la novia tan bonita y maravillosa que tengo. Estaba harto de tener que esconderme.

--Ya no tendréis necesidad de esconderos más --contestó Leo, con la mirada fija en la ventana--. Bueno, yo os voy a dejar solos un rato. Cuando Lotte se presentó en mi casa estaba terminando de comer. No me he aseado, ni siquiera me he afeitado, y entro en turno en un par de horas.

--Claro, Leo.

Cogió la butaca y la situó junto a la cabecera de la cama de Westley.

--Aquí estarás más cómoda, Melania. No le des nada de lo que te pida sin

consultar antes con otro médico, ¿de acuerdo? No me fío de que vaya a hacer alguna locura.

--De acuerdo.

--No voy a hacer nada. Al menos no antes de mañana al anochecer --aclaró Westley.

--Por si acaso.

Leo salió y me senté en la butaca. Me incliné y apoyé la cabeza junto a la de Westley, sobre los cojines y almohadas.

--Te quiero, princesita mía.

--¿Cómo estás?

--Bueno --rió--, teniendo en cuenta que apenas puedo moverme, bien, supongo. Ah, ni siquiera puedo reírme a gusto sin que me duela.

--Te pondrás bien.

--Sin ti no, mi vida. Ya te lo dije una vez: no puedo vivir sin ti, y no quiero vivir en un mundo donde tú no estés a mi lado.

--No durará eternamente. Podemos intentar convencer a los rebeldes para que me saquen de allí o algo.

--¿Y en qué estado te van a encontrar cuando eso suceda, mi amor? Ese no es un buen plan. Necesitamos algo ya.

--No quiero pensar en ello ahora. Me queda un día y quiero pasarlo contigo, no pensando en lo que va a suceder mañana.

--Tienes ojeras y bolsas en los ojos. ¿Por qué no intentas descansar un poco?

--Quiero aprovechar el tiempo que me queda contigo.

--Cierra los ojos, mi amor. Deja que te recuerde así. Me encanta tu carita cuando duermes, emana una sensación de paz maravillosa. Duerme un poco, corazón mío. Solo hasta que vuelva Leo.

Cerré los ojos, tal y como me pedía. Estaba muy cansada. Las dos últimas

noches había dormido fatal y a ratos.

--Duerme, mi princesita valiente. Te lo mereces.

## Capítulo 81

--Despierta, mi niña.

Abrí los ojos y lentamente fui sacudiéndome el sopor. Al principio me sentí confundida y no sabía dónde me encontraba, pero poco a poco los recuerdos de los últimos acontecimientos fueron volviendo a mi cabeza.

--¿Eh...? ¿Qué hora es?

--Madrugada.

A mi lado, Westley dormía como un bebé. Me solté de su mano con cuidado y levanté la cabeza. Ángela estaba en la habitación, con Leo, que ya llevaba puesto su uniforme reglamentario de médico de la clínica.

--¿Ha pasado algo?

--Vengo con un plan. No será el mejor, pero desde luego es la única salida.

--Me lo ha contado --comentó Leo-- y creo que, decididamente, es una buena idea para que no tengas que pasar por la alcoba del rey sin faltar a tu palabra.

--Ah... ¿y cual es?

--Vas a coger el primer tren de la mañana, el que sale en unas horas, y te vas a ir de aquí lo más lejos que puedas.

--¿Cómo? ¿Qué?

--El rey no se lo espera. Tienes que irte cuanto antes para que al anoecer tú ya estés lejos y no pueda encontrarte.

--No voy a faltar a mi palabra. Volverá a llevar a Westley al calabozo y lo matarán.

--No, hija. No vas a faltar a tu palabra. Recuerda, para empezar, que tu parte del juramento empieza en la próxima puesta de sol.

--Ya, pero si no estoy ahí entonces, habré roto mi palabra.

--Te equivocas, mi niña. He sido la testigo de vuestro juramento, y no creo

que te hayas dado cuenta, pero tú misma te has dado una vía de escape, y el rey no ha reparado en ello.

--¿Cómo? ¿Qué dices?

--Juraste obedecer al rey en Palacio, ¿no lo recuerdas?

--Sí. ¿Y qué con eso?

--Que mientras no estés en Palacio, no estás obligada a nada. Tu juramento solo tiene validez entre los muros de Palacio.

Me quedé callada, digiriendo lo que me acababa de decir.

--Pero si al anochecer no me presento, el rey dará el juramento por roto.

--No, porque yo estaré ahí para aclararle que no has roto nada, sino que sigue en vigor, pero que para que lo cumplas, has de estar en Palacio.

--Se cabreará y se vengará matando a Westley.

--No, corazón. Por dos motivos. El primero, porque es un hombre de palabra. Sí, es un miserable, un corrupto y se ha aprovechado de ti, pero va a cumplir su palabra, créeme, lo conozco muy bien. Y el segundo, porque Westley muerto no le sirve para nada. Te buscará, eso te lo aseguro, y se cuidará bien de mantener a Westley con vida porque es lo único que tiene con lo que puede chantajearte.

--Noooo, no, no. Ni hablar. No voy a consentir que Westley se convierta en un rehén o una herramienta para que el rey lo use en mi contra.

--Hazlo --ordenó Westley desde la cama. Al parecer, lo habíamos despertado.

--De eso nada, Westley. No voy a escapar de las garras de ese cabrón para que tú me sustituyas.

--Escucha, Melania --interrumpió Leo--. Con independencia de lo que tú hagas, cuando él se recupere, no pienses que va a seguir como hasta ahora, trabajando en la clínica y haciendo su vida. Está acusado de traición y quién sabe si de algo más. Lo llevarán a juicio y probablemente tenga que cumplir

una condena; el rey no va a permitir que salga indemne de este asunto. Hagas lo que hagas, va a ser su rehén durante un tiempo. No va a matarlo porque, como dice ella, le conviene que siga vivo, pero tampoco va a dejarlo en libertad.

Me derrumbé sobre la butaca.

--No puede ser... --musité--. Todo para nada...

--No, Melania, por favor. Para nada, no. Le has salvado la vida, ¿te parece poco?

--¿Y de qué sirve si se la he arruinado?

--No vuelvas a decir que me has arruinado la vida, Melania, porque no es cierto.

--Melania, esto --continuó Ángela-- no va a durar eternamente. El rey te va a buscar sin descanso, y debes esconderte muy bien, irte muy lejos y adoptar otra identidad. Pero si no te encuentra, y esperemos que no lo haga, llegará un momento en que se le pase, se canse, o simplemente encuentre otra cosa a la que dedicarse, y se olvidará de ti.

--Y entonces --siguió Leo-- abriremos de nuevo el caso y el juicio, y si el rey no está ahí para impedirlo, lo pondrán en libertad, porque como bien dijiste, no ha hecho nada, y os podréis reunir de nuevo.

--Hazlo, Melania --repitió Westley--. Si tú estás dispuesta a convertirte en la esclava del rey, yo también estoy dispuesto a ser su rehén.

--Y él no va a pasarlo tan mal como lo pasarías tú --añadió Ángela.

Suspiré.

--Hay una patrulla en la puerta de la clínica precisamente para que yo no me escape.

--Por eso quien va a salir de aquí no va a ser la dulce y femenina princesa, sino un chicuelo.

--¿Qué?

Ángela levantó una bolsa de mimbre que llevaba, llena de cosas.

--Que te voy a disfrazar de chico para que salgas de aquí y cojas el tren.

--Por favor, no hagáis estas cosas, que me duele si me río --jadeó Westley, divertido.

--Lo digo completamente en serio, Westley --aclaró Ángela.

--Lo imagino, pero... Dioses, esto hay que verlo.

--¿Qué? ¡O sea que te pones de su parte en esta locura! --protesté.

--Princesita, no me pierdo verte disfrazada de chico por nada del mundo. Vas a estar adorablemente masculina y viril... Ah, dioses, no puedo, no puedo. Por favor, no me hagáis reír más.

--Melania, es la única salida. O eso, o ser violada todas las noches por el rey y los duques. Tú eliges. Y sea lo que sea, elige ya, porque transformarte en chico va a llevar tiempo y lo tenemos bastante justo. Tienes que coger el primer tren de la mañana.

Bajé la mirada y apreté los puños. La suerte de Westley estaba echada, nada lo iba a salvar de la cárcel y de ser el rehén del rey. Y respecto a mí... no tenía la más remota idea de qué iba a hacer cuando me fuera a ninguna parte, ni de cómo me iba a esconder o a ganarme la vida hasta que el rey se cansara de buscarme. Pero lo cierto era que, por poco que me gustara la idea de convertirme en una fugitiva o una vagabunda, la de ser la esclava sexual del rey era mil veces peor. Nada podría ser más malo que eso.

--Vale. Lo haré.

--¡Bien! --exclamaron Ángela y Leo a la vez.

--Es lo mejor, Melania --añadió Leo.

--Lo primero, necesitaría que nos dieran unas cuantas vendas anchas y un par de toallas --pidió Ángela--. ¿Puede ser?

--Está en una clínica, señora Ángela. Tiene a su disposición tantas vendas y toallas como necesite --respondió Leo.



--Y un cuarto con lavabo o un excusado en el que nadie nos moleste.

--El de aquí enfrente, por ejemplo.

--Vamos, Melania. Hay que darse prisa.

Nos metimos en el cuartito de baño que había justo enfrente. Ángela encendió la luz y echó un vistazo.

--Ve quitándote el vestido. Vuelvo enseguida.

Fui abriendo los cierres que, tras tres años, ya era una experta con ellos, y quitándome el vestido, que estaba sucísimo tras pasar día y medio metida en los calabozos. Ángela volvió con una banqueta y varias vendas.

--Dioses, qué sucia estás. Ya sé, ya sé que los calabozos son así, pero... Ufff. No tenemos tiempo para lavarte, mi niña, vamos muy cortas en ese sentido. Levanta los brazos.

Obedecí, y en cuanto lo hice Ángela empezó a vendarme el pecho. Usó tres vendas, pero a mí no me convenció en absoluto el resultado final.

--Se me sigue notando.

--Debajo de la ropa no se notará. Quitate las braguitas y ponte estas otras; al menos, que lleves unas limpias. Bien. Ahora la camisa... Pantalones... Cinturón...

Fui cogiendo y poniéndome todo lo que Ángela me iba dando. Pantalones, después de tanto tiempo. Qué gustazo.

--Y botas. El chaleco y la chaqueta para el final, cuando hayamos acabado con tu pelo. Muy bien. Siéntate en la banqueta.

Hice lo que me pidió y al momento me puso una toalla sobre los hombros. Sacó de la bolsa mi cepillo del pelo y empezó a desenredarme las greñas. Se ayudó con un chorrito de agua e intentó alisarlo un poco.

--De todos los cabellos que he visto en mi vida, y mira que he visto unos cuantos, los tuyos son los más rebeldes, hija mía.

--Pues como su dueña.

--Ni yo misma lo hubiera expresado mejor.

--Mi abuela lo tenía igual.

--Después de esto te será más fácil en tu día a día. A ver, quieta, no te muevas...

Raaas. Tajazo que le dio a mi melena.

--Toma. Sujétalo, que no quiero llenar el suelo de pelo. Y posiblemente a tu novio le gustará conservarlo.

Me puso en la mano lo que acababa de cortar. Era tan largo como mi antebrazo.

--No bajes la cabeza. Levanta. Quieta ahí...

Raaas. Otro corte y otro montón de pelo que me dio.

--Venga, el último. No te muevas...

Raaas. Un último puñado de pelo.

--Ya está. A ver... --Lo sujetó como si quisiera hacer una coleta--.  
Perfecto.

--¿Ya?

--No hay tiempo de igualarlo. La pintura tarda más de una hora en agarrar.

--¿Pintura?

--No pensarás que ibas a ir por ahí con el pelo rojo, ¿verdad? Sería como si llevaras un cartel diciendo quién eres.

Me miré al espejo. Tenía el pelo a la altura de los hombros, igual que cuando había llegado, tres años atrás. Moví la cabeza y la sentí súper ligera. Echaba de menos mi media melena y, afortunadamente, acababa de recuperarla. Observé a Ángela y la vi haciendo una mezcla en un cuenco.

--Gracias por todo esto, Ángela.

--No hay de qué, mi niña. Sabes que te quiero mucho.

--Yo también te quiero a ti.

--Si hubieras dicho que no, te hubiera obligado. No voy a consentir que te

conviertas en su esclava. Jamás. Créeme que no es agradable.

--¿Por qué lo dices?

Ángela dejó de revolver la mezcla y me miró un segundo, para luego seguir con ella.

--Ángela, no me digas que tú...

Siguió en silencio dando vueltas a lo que tenía entre manos, que iba tomando un color cada vez más oscuro.

--Ángela, ¿qué has querido decir con eso?

La mezcla adquirió un color negro y una textura espesa, y eso dejó satisfecha a Ángela, que se arremangó, se puso unos guantes, sacó una brocha del cesto, la impregnó y empezó a aplicarme la mezcla en el pelo, por la parte del cuello.

--Yo era muy jovencita, mi niña. No sabía nada del mundo. El rey, entonces príncipe, era muy apuesto y muy guapo. Por aquel entonces yo era una doncella más, y todas estábamos bastante coladitas por él. Era muy simpático y nos traía a todas locas. Él y yo éramos muy amigos, nos llevábamos muy bien. Pero, en fin... No sé si todo eran apariencias o cuando subió al trono su personalidad cambió. Pero no me di cuenta, o más bien no quise darme cuenta de que el hombre que se puso la corona no era el mismo del que yo me enamoré. Quizás fue el poder lo que lo cambió, o quizás siempre fue así. Nunca lo sabré. Pero iniciamos un pequeño idilio cuando aún era príncipe, y ese idilio continuó al convertirse en rey. Yo no esperaba nada; no esperaba que se quisiera casar conmigo o darme un buen lugar, pero creí sinceramente que me quería. Me hizo jefa de doncellas, el puesto que tengo ahora. Creí que lo hizo por amor, pero el resto de chicas me dijeron que era la más preparada y la que más se lo merecía. Cuánto lamento no haberlas escuchado.

--¿Por qué? ¿Qué sucedió?

--Que me quedé embarazada, mi niña. Fue totalmente inesperado, yo tenía

treinta y nueve años y llevaba muchos teniendo intimidad con él. No esperábamos que sucediera, pero sucedió.

--Entonces Narian es hijo... del rey... --Santo Dios. Del rey. ¡Narian era hijo del rey! No había suficientes hombres en este mundo, que Ángela había tenido que ir a liarse con el peor de todos. ¡Con razón se lo tenía tan calladito! Yo también lo mantendría en secreto si mi hijo resultara ser de ese maldito despojo humano. Claro... El rey había sido un príncipe muy guapo, con un pelo negro muy lustroso y brillante, me lo habían dicho alguna vez. Narian tenía el pelo negro, como su padre, y no rubio ceniza como su madre. Me sentí estúpida por no haber sabido relacionarlo. Pero aún no podía asimilarlo. ¡Narian, hijo del rey! ¿Cómo podía un cabronazo como él haber engendrado a un niño tan tierno y tan bueno?

--Exacto. Ya te dije que no era una historia de amor bonita, de esas que tanto nos gustan a las mujeres como tú y como yo. Cuando se lo dije, me juró que al bebé jamás le faltaría de nada, que quería que hiciera la educación básica, la que va de los ocho a los dieciséis años. Es de pago y no es precisamente barata, pero el rey dijo que su hijo tendría al menos los estudios básicos, y que cuando fuera mayor podría ir a la Escuela que quisiera, en caso de querer seguir estudiando.

--Pero, por lo que tengo entendido, lo cumplió, ¿no? Narian va al colegio.

--Huy, sí, lo cumplió. No se hizo de rogar a ese respecto; ya te dije que es un hombre de palabra. Solo que en cuanto nació el niño, me lo quiso quitar. Dijo que era su hijo y que se criaría en Palacio con él.

--¿Qué? ¿En serio? ¿Pero cómo se atrevió?

--Le rogué, le supliqué que no me quitara a mi hijo. Que yo era su madre y que quería verlo crecer junto a mí. Pensaba dejar de trabajar cuando naciera, e irme al pueblo de mi familia para criarlo, pero el rey no me dejó elección. Si quería que el niño creciera conmigo, con su madre, tenía que quedarme en

Palacio. Y para asegurarse que no le estaba mintiendo, me hizo hacer un juramento. Te suena, ¿verdad? Y yo no tuve ninguna vía de escape como la que tú tienes.

--Pero qué hijo de su putísima madre...

--Y me convertí en su esclava. Nada quedó de aquel joven amable, simpático y romántico del que me enamoré. El hombre al que me até resultó ser un depravado, entre otras cosas. Me lo advirtieron todos; todo el servicio me dijo que me alejara de él, que no iniciara ninguna historia. Pero yo no hice caso. En principio pensé que me había salido muy caro, pero cada mañana veo la cara de mi hijo, veo la sonrisa de mi padre en ella, y pienso que, después de todo, mereció la pena. ¡Eh! ¿Qué haces llorando?

--¡Es que no es justoooo!

--¿Entiendes por qué te habría obligado a esto si te hubieras negado? ¿Lo entiendes ahora? No quiero que te conviertas en alguien como yo. Si te pones a sus órdenes, en el juicio de Westley tendrías que decir lo que él te mandase. Ni más ni menos. Y, conociendo al rey, te obligaría a decir que Westley te secuestró y te violó. Condenarías a tu novio a trabajos forzados por el resto de su vida. Cada noche te obligaría a hacer cosas que prefiero no recordar y que prefiero que no sepas que se pueden hacer. Y si te quedaras embarazada, tendrías una historia similar a la mía. Cuando subieras al trono, lo harías convertida en su marioneta. Yo no pude ser libre, Melania, pero quiero que tú lo seas. ¿No querías ver mundo? Ahora vas a hacerlo. Vive, observa, aprende, y prepárate bien. Vas a ser la mejor reina que hemos tenido.

--El Libro decía que sería una reina muy bien preparada.

--Pues ahí lo tienes. Vas a vivir en primera persona como un habitante más. No hay mejor preparación que las propias vivencias; te vas a enterar de primera mano cuales son los problemas que tiene este reino y de las soluciones que una reina puede dar. Vas a conocer el que será tu reino y a los

que serán tus súbditos, y todo lo que aprendas lo podrás poner en práctica cuando subas al trono.

--Oye, Ángela. Narian no sabe quién es su padre, ¿verdad?

--No, no lo sabe. Solamente las trabajadoras más veteranas lo saben. Para el resto, su padre me abandonó.

--¿No se lo piensas decir nunca?

--Cuando cumpla los dieciséis ya tendrá edad para vivir su vida y su padre no tendría ningún derecho legal sobre él, a menos que le dé por cambiar las leyes, claro. Tenía intención de decírselo entonces. Ya te habrá contado que quiere irse a ver mundo. Me va a dejar de cualquier manera --rió--, y los dieciséis ya es una edad para entender ciertas cosas. Bueno, mi niña, esto ya está --Envolvió mi pelo con la toalla que tenía sobre los hombros y la sujetó con dos imperdibles--. En algo más de una hora hay que aclarar, solo faltará un poco de maquillaje, el resto de la ropa, y estarás lista. A ver... Sí, vamos bien de tiempo. Anda, vuelve con tu novio mientras la pintura agarra en tu pelo. Yo recogeré esto. Cuidado con la toalla, que no se caiga.

Lentamente, me dirigí hacia la habitación donde estaba Westley, que me recibió con una sonrisa y una cariñosa mirada.

--¿Te han pintado el pelo? Negro, por lo que asoma por ahí... Seguro que hasta de morena estás preciosa.

Le enseñé los mechones que llevaba en la mano.

--Oh, tus preciosos rizos...

--Volverán a crecer.

--Sí. Lo harán.

--¿Quieres esto? --le ofrecí el pelo cortado que tenía en la mano.

--Por supuesto. Aunque no lo necesitaré para recordarte.

Envolví el pelo en una toalla limpia y se lo di.

--Eh... Melania, mi amor...

--Dime.

--Te quiero. Y siempre lo haré.

--Y yo a ti, doctor.

--Sé que no son las mejores circunstancias... y créeme que me hubiera gustado que fuera diferente...

--Shhh. No hagas esfuerzos.

Levantó un poco la mano hacia mí, y de inmediato puse la mía en ella. Se la llevó a los labios y la besó.

--Casémonos.

--¿Cómo?

--¿Querías... intercambiar los votos conmigo?

--¿Ahora?

--Sí, ahora. Con Leo y Ángela como testigos. No sé cuándo nos volveremos a ver, pero me gustaría...

--Sí, Westley.

--No quiero que te sientas obligada.

Sonreí y le acaricié la cara.

--Eres el amor de mi vida, Westley. Si vamos a estar separados por lo que parece bastante tiempo, será un bonito recuerdo de nuestra última noche. Con vistas a renovar los votos dentro de un tiempo.

--Pues... llama a Leo, pídele una venda larga, y llama también a Ángela.

--Bien.

--Y... bueno, intenta que Andidus no te vea. Te parecerá increíble, pero no se ha enterado de nada. Estoy empezando a dudar incluso de que sepa de la existencia del rey y de la princesa.

--En mi mundo diríamos que vive en la parra --reí, y salí a buscar a Leo.

Lo encontré en su consulta, ordenando unas carpetas.

--¿Todo bien?

--Sí. Westley dice que si puedes venir, y que traigas una venda larga.

--¿Qué ha pasado? ¿Para qué la quiere?

-- No es nada malo. Allí te lo contamos.

--Viniendo de vosotros, tengo mis dudas. En un par de minutos estoy ahí.

Volví a la habitación y enseguida llegó Leo.

--A ver, decidme.

--Vamos a hacer los votos de unión. Queremos que nos ayudes y que seas nuestro testigo --explicó Westley.

Leo se quedó callado unos segundos, asimilando la noticia.

--¿Qu... qué?

--Que queremos que nos ayudes a hacer los votos de unión.

--¿Os habéis vuelto locos?

--Sí, Leo, estamos locos. Yo por ella y ella por mí.

--¡Pero si se va a ir dentro de un rato!

--Precisamente por eso.

--¿Y queréis que os apoye en esta locura?

--O nos ayudas tú o llamamos a Andidus. Y si no, en la puerta hay una patrulla que seguro que obedece las órdenes de la princesa.

--¡Está bien, está bien!

--¿Qué es lo que pasa? --interrumpió Ángela, que llegaba en ese momento.

--Que te lo cuenten ellos. Par de locos.

--Vamos a hacer los votos de unión, Ángela.

--Melania, eso es prácticamente lo mismo que casarse. Qué digo, es casarse sin papeles. No tiene valor legal pero quedaréis unidos de por vida.

--Eso es lo que queremos.

--¿Pero lo habéis pensado bien? ¡Que es para el resto de vuestras vidas!  
¡No tiene vuelta atrás!

--Sí, Ángela, lo sabemos.



--Chicos, no es que dude de vuestros sentimientos, pero sois muy jóvenes aún... y estáis a punto de separaros por quién sabe cuánto tiempo. Eso es para parejas con ya muchos años de relación y con cierta estabilidad económica. Es como casarse.

--Sí, Ángela. Y vamos a hacerlo. ¿Serías nuestra testigo?

Suspiró y se quedó unos segundos mirándonos resignada antes de contestar.

--Por supuesto.

Leo trajo de la oficina un pequeño libretto en el que estaban escritos los votos; ese libro se usaba para parejas cuando uno de los dos miembros estaba moribundo y querían unirse a pesar de todo, por eso en la clínica siempre tenían algún ejemplar. Trajeron un par de velas a la habitación, las encendieron, apagaron las luces y quedó todo en penumbra, muy bonito e íntimo.

Westley permaneció recostado medio de lado, medio boca arriba. Yo estaba de pie junto a él y había cogido su mano izquierda con mi mano izquierda, y su derecha con mi derecha. Ángela nos explicó que así nuestros brazos formaban el símbolo de infinito. Leo tomó la venda y empezó a pasarla por entre nuestros brazos para hacer un lazo en medio de todo, donde teníamos las manos cogidas.

Ángela y Leo se turnaron para leer del libretto las palabras destinadas a los testigos y, cuando lo hicieron, nos tocó a nosotros: --Yo, Westley Donás Crewe, deseo ser entregado y te reclamo a ti, Melania Martínez Muñoz, como mi compañera por el resto de mis días.

--Yo, Melania Martínez Muñoz, deseo ser entregada y te reclamo a ti, Westley Donás Crewe, como mi compañero por el resto de mis días.

Ángela leyó las palabras de conclusión del libretto, y ya estaba. Unidos. Nos soltamos las manos y las sacamos de la venda, sin deshacer el lazo.

Apagamos cada uno una de las velas y dimos la ceremonia por finalizada.

--Aunque no tenga valor legal, a los ojos de los dioses esto cuenta como un matrimonio, y también a mis ojos. Así que felicidades, chavales --declaró Leo--. Melania, te llevas al mejor estudiante y mejor médico y compañero que he tenido en más de treinta años de carrera.

--Leo, no intentes venderme; ya nos hemos casado. Y el que se está llevando un auténtico tesoro soy yo --aclaró Westley con una sonrisa.

--En eso estoy de acuerdo contigo, Westley --corroboró Ángela--. Te llevas la más valiosa de las joyas que tiene Palacio --Se volvió hacia mí--. Parece que fue ayer cuando te conocí, que no sabías hablar y siempre te equivocabas... No han pasado ni tres años, y acabas de casarte, mi niña...

--Algún día cambiaré la ley y nos casaremos otra vez, y será en una ceremonia con toda la gente que nos quiere, entonces sí que tendrá valor legal.

--Por supuesto que sí, corazón.

--Yo espero poder estar ahí para verlo --sonrió Leo-- al igual que he estado ahora en ésta. Aunque me sigue pareciendo una locura, os agradezco que hayáis contado conmigo para que sea vuestro testigo.

--Leo, por favor. Si hubieras insistido en no participar, me habrías decepcionado muchísimo. Cuando volvamos a casarnos, quiero que seas tú quien me entregue.

--Te lo agradezco, Westley, pero aún queda mucho para eso. Lo que me da rabia es no tener nada para brindar. Pareja, me lo teníais que haber dicho por la tarde y hubiera traído una botella de las caras, porque la ocasión lo merecía.

--Ya habrá tiempo, Leo. Esto es solamente para el resto de nuestras vidas --sonrió Westley.

--Vamos a dejarlos solos, que disfruten un rato de su matrimonio, porque en nada van a separarse. Y chavales, que os conozco. Tal y como estás,

Westley, no vais a poder hacer mucho, pero...

--Sí, Leo, sí. Respetaremos la clínica. Lo prometo.

En cuanto salieron, Westley tiró de mí, me abrazó y me besó con mucha pasión, sin detenerse, sin recuperar el aliento hasta que yo casi me ahogaba de no poder respirar apenas y me separé un poco de él.

--Necesito respirar --reí.

--Mi mujercita. Mi mujercita, mi preciosa princesita ya es mi mujercita.

Me reí.

--Te quiero, tontorrón.

--Escúchame, Melania. No sé cuánto tiempo estaremos alejados. Pero cuando todo esto acabe, juro por la memoria de mis padres que te voy a encontrar. Aunque tenga que registrar todos y cada uno de los pueblos del reino, aunque tenga que explorar los pueblos de reinos ajenos uno por uno, te juro, Melania, que te encontraré. Te encontraré y no volveré a separarme de ti jamás.

--Lo sé. Te esperaré, no importa el tiempo que tardes. Como si son veinte años.

--Espero que no sea tanto --rió--. Pero nunca dudes de que iré a buscarte a donde sea. A los confines de los reinos si es preciso. Y jamás, jamás amaré a otra que no seas tú. Mi padre me lo dijo antes de morir: En nuestra familia, desde siempre, se ama...

--...solo una vez, muy intensamente, y para siempre. Me lo dijiste, y así también es como te amo yo, Westley. Jamás dejaré de quererte. Nunca lo dudes. Si algún día te levantas y estás mal, nunca te rindas. Piensa que yo estoy en alguna parte esperando que vengas a buscarme.

--Y tú nunca dudes de que vendré. Porque lo haré. ¿Me oyes, Melania? Iré a buscarte, me reuniré contigo me cueste lo que me cueste.

Volvimos a besarnos con avidez. Ambos sabíamos que nos quedaba ya

poco, que estos eran los últimos ratos que íbamos a pasar juntos hasta después de mucho tiempo.

--A pesar de todo, Melania, estoy feliz. Estoy muy contento porque ese desgraciado no va a ponerte sus sucias manos encima, mi amor. Y porque... ¡Me he casado contigo, dioses, me he casado con mi princesita! ¡Mía, mía para siempre!

--Anda, tontuelo. Hace mucho que soy tuya.

--Te lo pediré formalmente cuando podamos hacerlo, te pondré un anillo, mi amor, y nos casaremos de nuevo, delante de toda nuestra gente, con toda la ley que nos apoye.

En ese momento llamaron a la puerta y se asomó Ángela.

--Melania, tengo que aclararte el pelo y terminar. Despedíos, porque en cuanto lo haga tienes que irte o no llegarás. Dos minutos, chicos.

Westley me miró muy fijamente, como queriendo atesorarme para siempre en su memoria. Miré sus preciosos ojos azules y observé que estaban húmedos.

--Dioses, dadme fuerzas porque yo solo no podré dejarla ir. Dadme fuerzas para mantenerme de una pieza cuando se vaya, por favor.

--Esto no acaba aquí, Westley.

--Lo sé.

Me acarició la cara y me secó una lágrima.

--Prométeme que vas a cuidarte mucho.

--Te lo prometo.

--Y cuida lo que comes, por favor. No todos los alimentos son aptos para ti.

--De acuerdo, doctor.

--No vayas con tu verdadero nombre. Escoge una nueva identidad.

--Sí, ya lo había pensado.

--Es posible que el rey publique noticias en los periódicos que sirvan de reclamo para atraerte. No hagas caso, lees lo que lees. Probablemente todo sea mentira. Recuerda que no puede causarme ningún daño irreparable ni matarme.

--Lo tendré en cuenta.

--Y ten mucho cuidado. Hay mucha gente que querrá aprovecharse de tu bondad y de tu inocencia.

--Estaré bien, Westley. Cuando te sientas solo, mira al cielo por las noches, y recuerda que, en algún lugar, yo estaré mirando ese mismo cielo y pidiéndole a esas mismas estrellas que nos permitan volver a encontrarnos pronto.

Me miró con desesperación.

--Uno más, uno más.

Tiro de mí y me besó con urgencia. Ángela entró justo cuando había empezado yo a devolverle el beso.

--Pareja, es la hora.

Nos separamos lentamente.

--Iré a buscarte. Juro que te encontraré. Recuérdalo siempre, Melania: te amo.

--Te estaré esperando --sollocé.

Caminé despacito y con pequeños pasos hacia atrás. Cuando nuestras manos dejaron de tocarse, sentí como si me estuvieran arrancando algo de lo más profundo de mis entrañas y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no echarme a llorar y volver corriendo hacia él. Era, de lejos, lo más duro que estaba haciendo en toda mi vida.

Ángela fue guiándome hacia atrás hasta que salimos de la habitación y las lágrimas empezaron a correr hacia abajo en mi cara.

--Yo voy con él --declaró Leo, que estaba esperando en la puerta de la

habitación.

--Vamos, mi niña, vamos, con lo fuerte que has sido ayer y hoy, no te me vengas abajo ahora.

--¡No puedoooo! ¡No puedo soportarlooo! ¡Nooooo!

--Sí que puedes. Venga. Nadie se ha muerto por un corazón roto.

--Westley...

--Va a estar bien. Vamos, chiquilla, deja de llorar.

--¿Qué voy a hacer sin él?

--Eres una chica de recursos. Sobrevivirás. Ahora, deja de llorar y escúchame. ¡Escúchame, muchacha!

Entramos en el cuarto de baño, donde Ángela tiró al suelo la toalla que me había puesto en el pelo, que estaba negra, me hizo inclinarme sobre el lavabo y empezó a accionar el manubrio para que saliera agua. Yo no podía dejar de llorar.

--Cierra los ojos y que no te entre la pintura.

Le llevó un rato, pero me aclaró todo el pelo. Me lo envolvió en una toalla limpia y me dio el chaleco y la chaqueta para que me los pusiera.

--Deja de llorar y pon atención porque esto es importante. Escúchame. Vas a coger el primer tren. Norte, sur, este u oeste, da igual, el que te apetezca. Vas a seguir hasta el final de trayecto, que llegará más o menos sobre mañana a estas horas. Cuando llegues al último pueblo del recorrido, busca el transporte por carreta y sigue, sigue lo más lejos que puedas mientras tengas medio para ello, y cuando ya no puedas seguir viajando busca trabajo. En las tiendas y en las granjas suelen necesitar gente. Si no, pregunta en alguna imprenta. Alójate en un hostel, una pensión o una casa de huéspedes y pregunta si puedes pagar tu estancia limpiando. Y por lo que más quieras, no se te ocurra dar tu verdadero nombre ni tus apellidos; invéntate cualquier cosa. Y ni que decir tiene que no se te vaya a pasar por esa cabeza mandarnos una carta. No te fies

de nadie; recuerda que en cuanto pongas un pie fuera de la clínica serás una fugitiva, y que mañana el rey te declarará traidora y habrá una recompensa sobre tu cabeza. ¿Me sigues?

--Sí, sí.

--Cuando salgas, ve hacia abajo. Dobla la esquina y sigue hacia la derecha por una calle muy ancha. Sigue esa calle hasta el final, tuerce y verás un parque. Al fondo del parque está la estación. Cuando pidas tu billete, muy importante, pide compartimento individual. Vas a pasar un día entero en ese tren y es preferible que duermas sola, aparte de que así no tendrás a nadie a tu lado que se fije en ti. Y recuerda que eres un hombre, ¿entiendes? Un hombre. A ver cómo caminas. No, no, por favor. Separa las piernas. Echa los hombros hacia delante.

--Los hombres no caminan así. Parezco un mono.

--Mejor que parezcas un mono a que parezcas una muchacha. Imagina que de vez en cuando te pica la axila o los genitales, y ráscale.

--¿En serio?

--Sí. En serio. Mira que jamás admitiré haber dicho esto, pero eres demasiado femenina. Levanta la cabeza, que te voy a maquillar. No se te ocurra soltar una sola lágrima. Ni una, ¿entendido? A ver, gira la cabeza...

--¿Me estás pintando de negra?

--Te tengo dicho que no se dice negro. Ningún humano es blanco o negro. En todo caso sería marrón oscuro. Sabes de sobra que esa expresión de tu mundo no la usamos aquí. Y sí, te estoy pintando de tostadito. Quieta... Cierra los ojos...Bien, a ver, las manos también.

--En cuanto sude un poco esto se va a ir a la porra.

--Para entonces ya estarás lejos. Levanta un poco, que te voy a poner sombra de barba.

--¿Barba? ¿Es necesario?

--¿Quieres aparentar ser un hombre o no?

--Sí.

--Pues esto hará que resulte un poco más creíble. Veamos, por aquí... Sí, muy bien... Mira hacia arriba, que te pongo en el mentón... Bueno, ya estás. Toma, el chaleco y la chaqueta. Bien. A ver el pelo.

Me quitó la toalla, me peinó de manera que quedara bien tirante y me hizo una coletita en la nuca.

--Listo. Todo un chavalote.

--*¡Hostia!* --grité en español al verme en el espejo.

--No he entendido lo que has dicho, pero diría que era una palabrota. ¡Hablando como todo un machote! --rió Ángela.

--Hala. En serio, no me reconozco. Parezco una versión del príncipe de Bel Air, de época y con coleta.

--Esperemos que los de la entrada tampoco te reconozcan. A ver, toma esto. Guárdalo bien y que no te lo vea nadie. En el chaleco tienes un bolsillo interior con cierre.

Me dio un fajo de billetes.

--¿Pero... y esto?

--Para el billete de tren, los que hagas en carreta y para que te alojes, te compres algo de ropa de repuesto y puedas comer durante unos cuantos días. Pero recuerda: tienes que buscar trabajo.

--Lo haré.

--Bueno, pues con esto... estás lista. Tienes el tiempo justo. Venga.

Salimos del baño y en la puerta estaba Leo.

--Vaya. Todo un varón. Podría resultar, sí.

--¿Cómo está Westley?

Suspiró.

--Destrozado. He tenido que ponerlo a dormir para que se calmara un poco



y descansara. Llorar tanto no le estaba sentando bien a lo que tiene en las costillas. Pobre chaval.

--Cuida de él, por favor.

--Claro que sí. Te prometo que no lo voy a abandonar. Le buscaré el mejor defensor para su juicio.

--¿Puedes hacer eso?

--Melania, he sido profesor en la Escuela de Medicina durante muchos años. Conozco al director de la Escuela de Leyes y Derecho, y si se lo pido, me buscará al mejor defensor del reino. Te lo garantizo.

--Gracias, Leo.

Me abrazó.

--Cuídate mucho, muchacha. Recuerda que sin ti no puede celebrarse vuestra boda. Y me habéis invitado.

--No lo olvidaré. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

--Que los dioses te protejan. Suerte, chiquilla.

Ángela y yo nos dirigimos hacia la puerta de la clínica.

--Te abro y sales. No deben verme contigo.

Asentí.

--Gracias por estos tres años, Ángela.

--De nada, mi niña. No sabes cómo me hubiera gustado tener una hija como tú.

--Y a mí me hubiera encantado tener una madre como tú. Lo has hecho mejor en tres años que mi verdadera madre en diecisiete.

Nos dimos un fuerte abrazo.

--Te sonará repetitivo porque ya te lo han dicho, pero... cuídate mucho. Y sigue siendo la niña dulce y cariñosa que todos sabemos que eres.

--Dale a Narian un beso y un abrazo muy fuerte.

--Claro que sí. De tu parte.

Ángela me abrió la puerta de la clínica y salí de ella. Piernas separadas, hombros adelante, me rasqué la axila, eché un escupitajo en el suelo y enfilé la calle hacia abajo sin mirar atrás, pero con el corazón saliéndoseme por la boca. Al cabo de un minuto, doblé la esquina y me dirigí hacia el parque donde estaba la estación de trenes. Seguí las indicaciones que me habían dado y la encontré fácilmente. En diez minutos había llegado.

Y nadie me había detenido.

## Capítulo 82

La estación no se parecía a ninguna de las que yo había estado en mi mundo. El muro de la entrada tenía una puerta y era lo único que separaba las vías del resto del pueblo, porque no había ni andenes, ni pasos subterráneos o elevados. Era poco más que un apeadero.

Me acerqué a la taquilla, temerosa. No tenía ni idea de a dónde ir o qué hacer. Desde mi posición se veía la gran montaña. Imponente, como la primera vez que la vi.

--¿Puedo ayudarlo, señor? --me preguntó alguien a mi lado. Por el uniforme, parecía del personal de la estación.

Forcé la voz para que me saliera lo más grave y masculina posible y contesté.

--Sí. ¿Para ir a esa montaña?

--Debe pedir un billete hacia el sur.

--Gracias, colega.

¡Cómo costaba hacer esa voz! Más valía que no tuviera que hablar mucho como un hombre porque mis cuerdas vocales no lo soportarían. Me dirigí hacia la taquilla, carraspeé y pedí un billete de compartimento individual hacia el sur. Pagué y me indicaron que el tren salía en diez minutos, y la vía a la que debía dirigirme. Crucé las vías por el tramo dispuesto para tan fin y me aseguré bien de que entraba en el tren correcto. En realidad me daría igual ir a un lado o a otro porque lo importante era alejarme, pero no quería llamar la atención de algún interventor o dar un show por el que me pudieran recordar.

Según buscaba mi vagón, me fijé en que había bastantes personas, cargadas con maletas o petates, que subían al tren con cara de felicidad. Sin duda irían a reencontrarse con sus seres queridos, todo lo contrario de lo que estaba haciendo yo. Decidí no pensar en ello y encontrar mi vagón cuanto

antes, porque ya se había apostado junto al tren un hombre que tocaba una campana al grito de "Viajeros al tren". El hombre me vio buscando, me pidió que le enseñara el billete y me indicó dónde estaba mi compartimento. Tras darle las gracias, eché una carrerita a donde me había dicho, localicé mi vagón y subí. Una vez en él, no fue difícil hallar mi compartimento individual. No era muy ancho, tenía un asiento acolchado muy desgastado en el que podría tanto sentarme como tumbarme atravesada. La ventana era grande y a través de ella podría verlo muy bien todo, y si quisiera dormir, disponía de cortinas para que no entrara la luz. La puerta de entrada tenía un cristal con una pequeña cortinita para que nadie me molestara, lo que me pareció bien. Había sido un buen consejo el de Ángela, el de pedir un compartimento individual.

Me senté, algo nerviosa. Fuera, el hombre de la campana seguía agitándola y llamando a los últimos viajeros rezagados que quisieran subir. Aparté la mirada de la ventana, no fuera que alguien se fijase en mí y reparara en que no era un hombre. Tenía ganas de que el tren saliera ya; porque a pesar de que no noté que alguien me siguiera, sentía como si de un momento a otro se fuera a presentar una tropa del rey y nos hiciera bajar a todos del tren. Era una tontería, sí, pero estaba bastante asustada al respecto. "Que salga ya, que salga ya", pensaba.

No me di cuenta de que la campana había dejado de sonar hasta que noté que el tren traqueteaba y se movía. Nos íbamos. Lentamente fuimos saliendo de la estación y cogiendo velocidad. El pueblo empezó a pasar por delante de mis ojos a través de la ventana.

Lo había conseguido. Estaba escapando del rey, de sus malas artes, de sus intrigas. Aún era de noche, aunque pronto se haría de día. De pronto vi el palacio, alto, majestuoso, brillante. Se alejaba cada vez más y más.

*--Adiós, Palacio. Adiós, Ángela, Narian, chicas... nos volveremos a ver dentro de un tiempo.*

Apoyé la frente contra el cristal, cerré los ojos e hice un esfuerzo para que las lágrimas no salieran y me estropearan el maquillaje.

*--Adiós, Westley, mi amor. Cómo voy a echarle de menos. No importa el tiempo que tardes; yo te estaré esperando y nunca dejaré de quererte.*

Tragué saliva e intenté pensar en otra cosa que no me pusiera tan triste.

*--Adiós, maldito rey hijo de puta. Adiós, duques asquerosos. Esta vez he ganado yo. Espero que se os retuerza el hígado y os salga espuma por la boca de la rabia. No siempre os ibais a salir con la vuestra.*

El pueblo y con él el palacio fueron haciéndose cada vez más pequeños, hasta que finalmente se perdieron en la lejanía. Noté claridad en el cielo y pude ver cómo una estrella se estaba convirtiendo en sol; un nuevo día llegaba.

--Su billete, por favor.

Me giré, sorprendida, y encontré al interventor en la puerta. Le di mi billete, que observó y rompió en una esquina.

--Le espera un día entero de viaje hasta llegar a su destino. Le aconsejo que cierre la puerta y eche el pestillo; nunca sabemos con quien viajamos hasta que nos llevamos la sorpresa. Ya que ha pagado compartimento, aprovéchelo.

Asentí mientras me devolvía el billete, y cuando se fue seguí su consejo: cerré la puerta y aseguré el pestillo. Eché también la cortina para que nadie me viera porque todas las precauciones eran pocas en mi situación.

Seguí mirando por la ventana y me asombré al comprobar la velocidad que había cogido el tren. Nunca había viajado en los de alta velocidad en mi mundo, pero probablemente debieran de ser algo así, ya que los árboles y campos pasaban a toda velocidad a mi lado; nada que ver con la red de trenes "corrientes" de mi mundo que, al lado de éste, iban a paso de tortuga.

Seguí mirando por la ventana. No era nada especial; solo bosques, campos

de cultivo, algún pueblo, alguna granja aislada... nada fuera de lo normal. Pero llevaba tanto tiempo encerrada entre cuatro paredes, que ver aquel paisaje me parecía algo insólito y estaba feliz de encontrarme allí. Poco a poco, amaneció del todo; se hizo completamente de día. Corrí las cortinas, me tumbé en el asiento e intenté dormir algunas horas; estaba muy cansada. No era mi cama, ciertamente, pero era mejor que dormir en el frío y duro suelo del calabozo como las dos últimas noches o retorcida en la butaca de la clínica.

Desperté al cabo de lo que me parecieron bastantes horas. Descorrí las cortinas y me encontré con la luz del atardecer. Me estiré y pasé revista mentalmente a mi cuerpo. Estaba algo dolorida todavía por la mala postura y la falta de costumbre de dormir en un sitio así, pero me encontraba bastante descansada... y hambrienta. ¿Cuándo fue la última vez que me había llevado algo a la boca? Pues posiblemente en el calabozo, antes de que el rey llegara, hacía un día. Los acontecimientos ocurridos habían sido tan intensos que no había reparado en que tenía el estómago vacío. Ignoraba si en estos trenes existía algo parecido a un vagón-comedor, pero no me iba a aventurar por el tren a buscarlo para que me vieran bien todos los pasajeros. Me aguantaría hasta que llegáramos y ya compraría algo en alguna tienda.

Seguí contemplando el paisaje a través de la ventana durante un largo, largo rato, mientras la luz del atardecer pasaba a ser la del anochecer. Justo en aquel momento los guardias apostados en la puerta de la clínica debían de estar reclamándome; y los médicos les dirían que había salido por mi propio pie a su encuentro hacía muy poco. Así, creyendo que me acababa de ir, buscarían por los alrededores, por el pueblo, y no se les ocurriría pensar que estaba ya muy lejos.

Cayó la noche y el paisaje al otro lado de la ventana se tornó oscuro e imposible de distinguir. Me volví a tumbar en el asiento y decidí echar otra cabezadita, porque llegaríamos al amanecer y me convenía estar totalmente

descansada para entonces. Dejé que el tren me meciera con su suave vaivén y volví a caer dormida.

Cuando desperté todavía era de noche, pero yo ya no tenía más sueño; no podía dormir más y no quería que tuvieran que despertarme cuando llegáramos. Las tripas me rugieron: tenía mucha, pero mucha hambre. "Venga, aguanta, que ya no queda mucho", pensé. Y, efectivamente, así fue. No pasó mucho rato antes de que el tren empezara a amainar su velocidad poco a poco, y finalmente se detuviera. Curiosamente, en el trayecto estaban previstas varias paradas en diversos pueblos, pero no me había percatado de ninguna de ellas al estar tan profundamente dormida. Había sido una buena idea lo del compartimento individual. No solamente nadie se había fijado en mí, sino que había podido dormir, despreocupada porque nadie me iba a molestar ni a robar.

*--Una gran idea, Ángela. Gracias --Suspiré--. Espero que todo haya ido bien por allí cuando estallara la bomba, y que el rey no lo pagara contigo... ni con Westley.*

Por la ventana vi de nuevo a un hombre haciendo sonar una campana de mano y gritando "Fin de trayecto", por lo que me levanté, abrí la puerta de mi compartimento y salí del vagón. Una oleada de aire calentón me envolvió en cuanto pisé el suelo de fuera. ¡Madre mía, qué calor!

Salí del apeadero y me adentré en el pueblo. Callejeé un poco y enseguida encontré una panadería, en la que compré dos bollitos, dos panecillos y una botella de agua. Antes de salir, le pregunté a la panadera dónde podría encontrar transporte para seguir hacia el sur, ella me informó bien, y me puse en camino. Devoré los dos bollitos, que con el hambre que tenía me supieron a gloria, y guardé los panecillos para la hora de comer o para la tarde.

Tuve suerte, porque en breve iba a salir una carreta de pasajeros, de modo que compré un pasaje. Cuando vi lo que era, se me cayó el alma a los pies: un

carromato que parecía salido de La casa de la pradera, tirado por caballos entrenados para la carga, en el cual la gente viajaba sentada como buenamente podía. Se acabó el viajar cómodamente, ahora era una plebeya más. Primera nota mental para la futura reina: el transporte, si no había trenes, daba auténtica lástima.

Gracias a que había dormido mucho y bien, pude mantenerme despierta y atenta durante todo el trayecto. Paramos a la hora de comer para que la gente estirara las piernas y almorzara, momento en el que agradecí tener dos panecillos y casi toda la botella de agua, ya que habíamos parado en mitad de ninguna parte, en un sitio descampado y feísimo, todo lleno de rocas y sin apenas árboles. Al anochecer llegamos a otro pueblo, donde se acababa nuestro viaje. Seguí a la gente y al poco rato encontré una pensión donde pedí una habitación para dormir aquella noche, habitación que resultó ser un cuchitril con un catre pequeño e incómodo. Me levanté temprano a la mañana siguiente, compré más bollos y panes, además de otra botella de agua, y busqué la manera de seguir con mi trayecto.



## Epílogo

Los siguientes doce días fueron exactamente iguales: viaje en carreta durante toda la jornada, llegada a un pueblo donde buscaba alojamiento, y continuar hacia otro lugar a la mañana siguiente. Hacía un calor espantoso; casi siempre iba con la chaqueta anudada a la cintura y sudando como una gorrina. Me sentía pegajosa y asquerosa; necesitaba un baño urgentemente.

Finalmente, llegué a un pueblo donde ya no había manera de seguir adelante. Estaba en la circunvalación quinientos treinta y dos, y de hecho, me costó averiguar aquel dato porque la gente a la que preguntaba no tenía ni idea de qué era ese rollo de las circunvalaciones. Podía esperar al carromato del correo, que venía cada semana, y subirme en él hasta el siguiente pueblo, pero finalmente decidí que había llegado el momento de dejar de viajar. Aquella mañana me di una vuelta por el pueblo en busca de alguna parte donde me dieran trabajo. Mientras paseaba, llegué a una plaza en donde había una estatua muy bonita, que representaba a una mujer con los brazos abiertos y esparciendo algo. Me arrimé a la placa y leí: --"En memoria de los difuntos por la riada que destruyó nuestro pueblo. Año de gracia 48 de la Reina Makoto".

La Reina Makoto... Eso había sucedido hacía muchos años. Me sonaba haber estudiado algo de una zona al sur, lejísimos, donde una vez se desbordaron todos los ríos, provocando la destrucción del pueblo y numerosas muertes; pero aquel pueblo se había levantado sobre su desgracia y empezado de cero. Se decía que los dioses les habían dado una segunda oportunidad, que aprovecharon y sirvió de lección de perseverancia. Todo parecía indicar que yo me hallaba en ese pueblo.

Algo se movió a mi lado y me giré. Era una libélula. Me llevé la mano al colgante que pendía en mi cuello. Las libélulas simbolizan que ningún sueño

era irrealizable y que todo era posible. Y me encontraba en un pueblo que la gente había levantado tras una gran desgracia.

Sí, decididamente, tenía que buscar trabajo en aquel pueblo. Todo saldría bien. Las libélulas eran una buena señal. Seguí caminando y callejeando por allí. Era muy bonito y pintoresco; decididamente, me gustaba.

Me detuve al ver una tienda que me llamó la atención. El cartel estaba tallado en madera y la tienda se llamaba "La bonita", pero lo que tenía de particular es que más abajo estaba escrito en las letras de mi mundo, en español. Me acerqué al escaparate, llevada por la curiosidad. Aquella tienda tenía que ser de inmigrantes españoles, estaba segurísima.

En el escaparate había algunas cacerolas y telas, y en la puerta, un expositor con varios tipos de frutas. Pero lo que más me llamó la atención fue un cartel escrito a mano junto a la puerta, en el que rezaba "Se necesita dependiente, a ser posible chica joven".

Decidida, entré en la tienda. En el mostrador me saludó una mujer de unos sesenta años.

--Buenos días. Vengo por el anuncio de la entrada. Busco trabajo.

--Bien. Esto es un negocio de inmigrantes. ¿Tienes algún problema con eso?

--Ninguno. Yo soy inmigrante. Soy de España.

La mujer abrió la boca, muy sorprendida.

--¿Eres española?

--Sí, lo soy.

--¿Tienes experiencia como dependiente?

--No, sería mi primer trabajo. Pero aprendo deprisa. Por favor, necesito trabajar.

--¿Cuántos años tienes?

--Veinte.

*--¿Dónde vives?*

*--Llegué anoche, estoy en una pensión.*

La mujer asomó la cabeza por una ventanilla.

*--¡José! ¿Puedes venir?*

En unos segundos llegó un hombre que debía de ser su marido. Tenía el pelo gris y aspecto de bonachón.

*--Mira, esta chica viene por el trabajo. Es española.*

*--¡Ah, muy bien! ¡Perfecto! Tienes cara de buena persona.*

*--Pero no tiene experiencia.*

*--Bueno, se le puede enseñar, ¿no? Esto no es que tenga mucho misterio. Se trata de atender al público, cobrar, reponer, limpiar, colocar el género...*

*--Puedo hacerlo --repuse.*

*--Te ofrecemos cuatrocientos al mes, más alojamiento en el desván y comida con nosotros.*

*--Perfecto. Acepto.*

*--Nos acostamos temprano, por lo que tendrías que estar en casa a la hora de cenar. Tendrás cada semana una mañana o una tarde libre, a tu elección.*

*--Bien.*

*--Y, bueno, dado que no tienes experiencia, si te parece bien, te tendremos una semana a prueba, y cuando pase hablamos contigo y decidimos si te quedas.*

*--De acuerdo.*

*--¿Cómo te llamas?*

*--Mel.*

*--¿Mel qué más?*

*--Mel... Bolsón.*

*--Qué apellido tan gracioso. Pues bien, Mel Bolsón. Bienvenida a La*

*Bonita. Yo soy José y ella es Sofía. Si vienes, te enseñaré tu habitación en el desván.*

Subimos y me enseñó un cuarto abuhardillado con una cama, una mesita de noche, un aguamanil con un espejo y un armario. Tenía una pequeña ventana con un gran poyete para sentarse.

*--No es Versailles, pero estarás cómoda.*

*--Es muy acogedora.*

*--Pues te dejo cinco minutos para que te acomodes y dejes la chaqueta, que te debes de estar cociendo, y te enseño la tienda para que empieces hoy mismo.*

*--Bien. Muchas gracias, José.*

Me quité la chaqueta, pero me dejé puesto el chaleco. En el bolsillo interior tenía todo mi dinero y no iba a desprenderme de él. Dejé la chaqueta sobre la cama y me asomé a la ventana.

Ya tenía trabajo y alojamiento. Al ser una tienda, podría comprarme ropa; de hecho, estaba deseando cambiarme las braguitas y darme un buen lavado. En las pensiones en donde me había ido alojando no tenían para bañarse, solo para lavarse la cara por las mañanas. Yo lo había usado para asearme un poco más, pero aún así, quería un baño.

Era curioso: nunca me había gustado bañarme, pero en aquel momento necesitaba urgentemente quitarme los restos de suciedad que me quedaba de los calabozos y el polvo y sudor acumulado de tantos días de viaje. Los tres años como princesa me habían cambiado, y mucho. Nada tenía que ver con la adolescente de diecisiete años que llegó a Palacio. Era una nueva chica.

Solo restaba hacerlo bien para que me durara el trabajo y aguantar. Porque esa situación no sería eterna. En algún momento, las aguas se calmarían, y entonces me reuniría con Westley y ya nada ni nadie nos separaría. Pero lo más difícil ya estaba hecho y conseguido. Tenía esperanza. Todo saldría bien.

--Todo se arreglará --susurré, más por autoconvencerme que por otro motivo--. Nunca llueve eternamente. Y mañana será otro día.

Me retiré de la ventana y respiré hondo.

--Se arreglará. Seguro. No hay que perder la esperanza. El sol seguirá saliendo mañana --me dije, decidida, antes de bajar de nuevo las escaleras hacia la tienda.

**FIN DEL LIBRO PRIMERO**